

JOSE A. PÉREZ LEDO

UN  
LUGAR  
AL QUE  
VOLVER

 Planeta

# ÍNDICE

---

## SINOPSIS

Portadilla

## PRIMERA PARTE

Tomás

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

## SEGUNDA PARTE

Tess

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

## TERCERA PARTE

Tomás y Tess

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9  
Capítulo 10  
Capítulo 11  
Capítulo 12  
Capítulo 13  
Capítulo 14  
Capítulo 15  
Capítulo 16  
Capítulo 17  
Capítulo 18  
Capítulo 19  
Capítulo 20  
Capítulo 21  
Capítulo 22  
Capítulo 23  
Capítulo 24  
Capítulo 25  
Capítulo 26  
Capítulo 27  
Capítulo 28  
Capítulo 29  
Capítulo 30  
Capítulo 31  
Capítulo 32  
Capítulo 33  
Capítulo 34  
Capítulo 35  
Capítulo 36

#### CUARTA PARTE

Tess y Tomás

Capítulo 1  
Capítulo 2  
Capítulo 3  
Capítulo 4  
Capítulo 5  
Capítulo 6

Capítulo 7  
Capítulo 8  
Capítulo 9  
Capítulo 10  
Capítulo 11  
Capítulo 12  
Capítulo 13  
Capítulo 14  
Capítulo 15  
Capítulo 16  
Capítulo 17  
Capítulo 18  
Capítulo 19  
Capítulo 20  
Capítulo 21  
Capítulo 22  
Capítulo 23  
Capítulo 24  
Capítulo 25  
Capítulo 26  
Capítulo 27  
Capítulo 28  
Capítulo 29  
Capítulo 30  
Capítulo 31  
Capítulo 32  
Capítulo 33  
Capítulo 34  
Capítulo 35  
Capítulo 36  
Capítulo 37

QUINTA PARTE  
Una fuerza desconocida

Capítulo 1  
Capítulo 2  
Capítulo 3

## Capítulo 4

Notas

Créditos

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

## SINOPSIS

---

Verano de 2017. Cuando Tomás se queda en el paro, decide aceptar un singular trabajo. Ejercerá como chófer y guía de Tess, una adinerada mujer de Miami, y su hija adolescente en un viaje de tres semanas por el sur de España. Solo pone una condición: ser acompañados por Hugo, su hijo de 13 años, con quien mantiene una complicada relación desde su divorcio.

Así es como estos cuatro personajes emprenden una travesía que los llevará hasta los orígenes familiares de Tess y en cuyo recorrido descubrirán que las cosas más importantes no son necesariamente las más urgentes.

Decía el fotógrafo Henri Cartier-Bresson que la misión última de la fotografía consiste en atrapar ese momento único que ya nunca volverá a producirse. Lo llamó «el instante decisivo». De esos momentos fugaces e irrepetibles trata esta novela.

Jose A. Pérez Ledo



Un lugar al que volver



# PRIMERA PARTE

---



Tomás

La culpa de todo la tuvo un libro.

Eso pensaría Tomás al contemplar las cosas con una cierta aunque, sin duda, insuficiente perspectiva. Tuvieron que pasar las semanas, tuvo que ordenar con calma sus ideas y también buena parte de su vida. Y entonces, cuando por fin encontró un momento de reposo, se sentó al borde de una cama que no era la suya, miró la desangelada pared que tenía enfrente y, tras repasar con sosiego los últimos y turbulentos acontecimientos, se dijo:

—Fue por el libro.

No era cierto, desde luego. Los libros no tienen esa capacidad. Se diga lo que se diga, un libro no puede volver del revés la vida de una persona. No, al menos, la de un adulto. Y Tomás lo era, como atestiguaban las canas que empezaban a cubrirle ya no solo la cabeza, sino también las cejas y parte del pecho. Tenía casi cuarenta años. A esa edad, un libro puede, como mucho, trastocar sutilmente las ideas de uno, alterarlas en algún aspecto, desafiarlas, añadir un punto de vista o completarlo, e incluso algo así está al alcance de muy pocas obras. Pero ¿ponerlo todo patas arriba, como fue su caso, de la noche a la mañana? Eso, definitivamente, no está al alcance de ninguna.

La conclusión de Tomás, por tanto, no era más que una excusa. Una coartada con la que justificar ante sí mismo el violento e inesperado torbellino que le había zarandeado como a un pelele hasta postrarle frente a aquella pared que ahora contemplaba en silencio. «El libro —mascullaba—, el maldito libro». Y bien, ¿qué otra cosa podía hacer? ¿Culparse a sí mismo? ¿A su mujer? ¿Repartir la culpa entre ambos? Esa habría sido una opción, de acuerdo, y lo cierto es que se lo planteó. Lo barajó un buen rato, llegó a considerarlo muy seriamente, pero acabó inclinándose por el libro. Aquella resultaba una opción a todas luces menos dolorosa.

Pero ¿por qué al libro precisamente? ¿Por qué no al jarrón, por ejemplo? Después de todo, también el jarrón acabó en el suelo aquel día infausto. Tomás

lo recordaba con extraordinaria nitidez, haciéndose pedazos en la entrada, a sus pies, junto a la puerta. Y, sin embargo, al jarrón nunca le echó la culpa. Ni se le pasó por la cabeza siquiera.

Si Tomás eligió precisamente el libro como responsable de sus desgracias fue debido a la naturaleza de este. No era un libro cualquiera. Se trataba de una obra atípica en una edición peculiar, eso que los librerías gráficamente definen como «rareza». Fue esa singularidad la que venció la balanza de la culpa hacia él y no hacia el jarrón o hacia el coche o hacia cualquiera de los demás objetos que participaron, en mayor o menor medida, en el incidente.

—Es una edición limitada de solo seiscientos ejemplares —le había dicho el librero encargado de su búsqueda. Y también—: No sé si podré encontrarlo.

Pero pudo, aunque tardó. Y por eso precisamente, porque pudo y porque tardó, había acabado Tomás al borde de una cama que no era la suya dejándose llevar por aquellas divagaciones oscuras y del todo improductivas.

Aquel libro no fue el causante de sus desdichas, de acuerdo, pero es justo admitir que, sin él, las cosas jamás habrían ocurrido como ocurrieron. Un mérito extraordinario si tenemos en cuenta, además, que ni siquiera se molestó en leerlo. Tan solo lo hojeó, apenas unos segundos, y más por compromiso que por otra cosa. Porque Tomás, conviene aclararlo para evitar malentendidos, no era un bibliófilo. Era, de hecho, más bien lo contrario, si es que tal cosa es posible. «Los libros me aburren», decía siempre que salía el tema, y se encogía de hombros al decirlo, en un gesto que lo mismo podía interpretarse como disculpa que como indiferencia.

Esa ironía (que más tarde formularía de la siguiente manera: «los libros se han vengado de mí por tantos años de desprecio») acabaría por resultarle graciosa. Aunque para eso, para que Tomás fuese capaz de reírse de todo aquello, tendría que pasar el tiempo. Mucho más, desde luego, que unas pocas semanas.

Eran las once y media de la mañana, era miércoles y era el año 2014. Tomás y Sandra se encontraban cerca de la facultad cuando uno de los estudiantes, un chaval flaco con una sudadera negra y el rostro cubierto por un pañuelo palestino, lanzó algo en su dirección. Tomás (todavía no había libro, todavía su vida no se había vuelto del revés) gritó:

—¡Cuidado!

Y Sandra, que en aquel momento daba la espalda a los manifestantes, se encorvó un poco y apretó los párpados con fuerza. El objeto, algo cilíndrico, según fugazmente alcanzó a ver Tomás, trazó una parábola en el aire y atravesó con sorprendente precisión la única ventana abierta de la planta baja.

—¿Qué coño era eso? —preguntó Sandra.

Una explosión sorda resonó dentro del edificio. De la ventana brotó una nube blanca y pestilente que el viento agitó alrededor de ellos en forma de remolino. Ya no había duda.

—Una bomba de humo —dijo Tomás. O más bien lo gritó, que era la única manera de hacerse oír en mitad de aquella algarabía.

Las protestas habían empezado al poco de llegar ellos. La manifestación, en principio pacífica, se descontroló para sorpresa de la mayor parte de los asistentes. Como suele ocurrir en estos casos, un pequeño grupo se desgajó de la masa y empezó a armar trifulca por su cuenta y riesgo, entrando en las aulas, volcando el mobiliario y provocando a los responsables de seguridad, para entonces ya visiblemente superados por la situación.

Tomás se llevó la cámara al hombro y grabó a varias personas abandonando el edificio a la carrera, cubriéndose la nariz y la boca, tosiendo y escupiendo. Un hombre en la cincuentena, el pelo gris y el rostro cetrino, miraba a su alrededor desorientado, preguntándose quizás cómo la universidad se había convertido en algo tan parecido a un campo de batalla.

Sonó un disparo a lo lejos y, acto seguido, otro más.

—¿Dónde ha sido eso? —preguntó Tomás.

Sandra señaló un edificio al otro lado de la explanada.

—Por allí. Creo que es el rectorado.

Caminaron en aquella dirección luchando contra la multitud ahora caóticamente disgregada. Algunos de los jóvenes lucían rictus asustados y se apresuraban en sentido opuesto al suyo, alejándose de los disparos. Otros reían y vociferaban y armaban jarana con cuanto tenían a mano, como si fuese una fiesta que, de algún modo no del todo inconveniente, se hubiese salido de madre.

Frente al edificio que quizás fuese el rectorado o quizás no, media docena de policías armados cargaban con pelotas de goma contra un grupo de encapuchados (o se protegían de ellos, no había forma de saberlo dadas las circunstancias). Uno de los agentes había derribado a un manifestante y lo mantenía inmovilizado en el suelo, la rodilla sobre su espalda, mientras pedía ayuda a sus compañeros. Otros estudiantes le increpaban a gritos: «¡fascista!», «¡hijo de puta!», «¡asesino!».

Tomás empezó a grabar justo cuando tres policías alcanzaban la posición de su compañero en apuros. Los agitadores se reagruparon, cruzaron unas palabras, extrajeron algo de una mochila (¿piedras?, ¿tuercas?) y lo arrojaron contra los policías. Un objeto golpeó el casco de uno de los agentes produciendo un ruido seco que hasta Tomás, en la distancia, pudo oír con nitidez. El policía cayó al suelo y allí se quedó, a cuatro patas, aturdido e inmóvil.

Otro agente, envalentonado, asustado o ambas cosas, se encaró a los manifestantes y disparó una, dos, tres veces. No lo hizo al aire, como ordena el reglamento, sino a la altura de los ojos. Las pelotas de caucho cortaron el aire y se perdieron a lo lejos, pero bastó para que los jóvenes emprendiesen la huida entre gritos de «¡fascista!», «¡hijo de puta!» y «¡asesino!».

—¿Has visto eso? —preguntó Tomás a Sandra, pero ella no respondió porque ya no se encontraba a su lado, ni tampoco cerca, ni a la vista siquiera —. ¿Sandra?

No muy lejos de allí, otro grupo de alborotadores acababa de prender fuego a un contenedor de plástico. El viento empujaba ahora el humo negro hacia Tomás, que entornó los ojos y se embozó con la camiseta hasta el puente de la nariz.

—¡Sandra! —gritó con la voz opacada por la tela. Tampoco esta vez hubo respuesta.

Sonaron más disparos en la otra punta del campus. Un cristal que se rompía, una alarma, un grito de júbilo. De pronto, el caos era absoluto.

—¡Sandra!

Tomás la maldijo para sí, idiota, imprudente, y echó a andar despacio, casi a ciegas, a través de la neblina turbia. Había caminado unos metros cuando se percató de que un móvil sonaba en alguna parte. Tardó un momento en comprender que era el suyo. En la pantalla parpadeaba un número no registrado en la agenda, un fijo de Madrid. Vaciló un momento, pero acabó descolgando.

—¿Sí? —inquirió con la boca cubierta por la camiseta.

—¿Tomás... Barrio? —Era una voz de hombre, suave y melódica.

—Sí —confirmó él—. Soy yo.

—Buenos días. O tardes ya. Le llamo de Besarabia.

Eso dijo la voz, pero Tomás no lo entendió por culpa del bullicio que le rodeaba. Depositó la cámara en el suelo, entre sus pies, y se cubrió la oreja libre con una mano.

—Perdone, ¿cómo ha dicho?

—Le llamo de Besarabia —repitió el hombre, y esta vez Tomás lo entendió perfectamente—. La librería.

—Ah, sí. Sí, dígame.

—Acabamos de recibir su libro. —Y luego, con lo que Tomás interpretó como una pincelada de orgullo, añadió—: Le dije que lo encontraríamos.

—¡Estupendo! —exclamó sinceramente complacido. A esas alturas, era una sorpresa de lo más inesperada—. Me pasaré hoy mismo, esta tarde, ¿es posible?

—Cuando quiera. Abrimos hasta las ocho.

—Bien. Hasta luego entonces.

Nada más colgar el teléfono, una voz sonó a su izquierda, en alguna parte entre el humo negro.

—¿Tomás?

—¡Sandra! —gritó él retirándose la camiseta de la boca para ganar volumen—. ¡Aquí! ¿Me ves?

—¡No! ¡Sigue hablando!

—¿Dónde estás? ¿Hola? ¡Sandra!

—Vale, vale, ya te veo.

En la humareda se perfiló una silueta que fue ganando consistencia a medida que se acercaba. La Sandra por fin sólida y concreta lucía una sonrisa

extrañamente alborozada, como si aquella situación le resultase divertida.

—¿Dónde te habías metido?

—He ido a explorar por ahí —respondió ella como si tal cosa—. Se ha montado una buena. Venga, grabemos la entradilla.

—¿Aquí? Hay muchísimo humo.

—Por eso mismo. ¿Cómo tengo el pelo?

—¿Qué más da? No se te va a ver.

Tomás cogió la cámara y encuadró a Sandra, centrada en mitad del plano y apenas visible en la nube tóxica. A su espalda se intuían carreras y llamas y una sirena azul que se aproximaba despacio. Sandra se aclaró la garganta con un carraspeo, sujetó el micrófono a la altura del pecho y sonrió al objetivo.

—Sería —la corrigió Tomás.

—Ay, sí, perdón. —Adoptó entonces un gesto grave y circunspecto, enteramente falso—. Va, cuando quieras.

Un disparo sonó muy cerca.

—Grabando.

A Tomás le aburrían los libros, pero eso no era impedimento para que su casa estuviese repleta de ellos. Los había por todas partes y de toda clase. Ediciones de bolsillo y en tapa dura, obras clásicas y contemporáneas, españolas y extranjeras, teatro y poesía, ensayos y novelas. Había tantos libros, su presencia era tan apabullante, que todas las visitas lo destacaban. «¡Cuántos libros!», exclamaban, y él se veía obligado a aclarar que:

—Son todos de Pat.

Patricia.

Su mujer.

También el libro culpable, ese que lo cambiaría todo, era para ella. Se trataba de un volumen que recopilaba las dieciocho tragedias de Eurípides que milagrosamente habían sobrevivido a los vaivenes de la historia. Lo publicó en 1981 Ediciones Clásicas, una oscura editorial andaluza quebrada poco después, con el sucinto y sumamente descriptivo título de *Tragedias*.

Fue Pat quien lo descubrió en una web de compraventa. Estaban en el sofá, era de noche, y Hugo, su hijo, dormía ya en su habitación con la puerta entornada. Sería diciembre o tal vez enero. Tomás veía una película en televisión, una policiaca contemporánea sin mucho sentido, cuando Pat giró su tableta hacia él. «Mira qué maravilla».

Tomás contempló el libro en la pantalla y ojeó el texto que acompañaba a la fotografía. «Papel verjurado —decía—, filigrana, cinta de registro, guardas decoradas, cortes dorados y encuadernación en piel con estampaciones doradas». Nada de eso le sugirió gran cosa. El precio, sin embargo, sí lo hizo.

—¿Cien euros? —preguntó—. ¿De qué está hecho?

Se arrepintió del comentario nada más ver la reacción de su mujer (dejó de sonreír, se le nubló la mirada). Tomás intentó arreglarlo:

—Si te gusta, cómpralo —dijo, pero ya era demasiado tarde.

Pat negó con la cabeza.



—No, tienes razón. Es carísimo.

Se encogió de nuevo en el sofá con la tableta sobre las piernas y pensó en la hipoteca y en el abrigo que Hugo empezaba a necesitar con cierta urgencia. Pensó también en el ruido que últimamente hacía la lavadora, un sonido seco e inquietante que le llevaba a pensar que cualquier día, en el momento más inoportuno, saldría volando y ya no la verían más. Abrió otra pestaña en el navegador y tecleó:

«Lavadoras precios».

No volvieron a hablar de aquel libro y Tomás se olvidó de él. Hasta una noche, tiempo después. Quedaba un mes para el cumpleaños de Pat. Él estaba en la cama, somnoliento pero aún despierto, cuando, sin más, le vino a la mente. Recordaba el título, *Tragedias*, pero no el autor. Podía ser Sócrates, pero también Arquímedes o Aristóteles o ninguno de ellos. Todos esos nombres griegos le resultaban indistinguibles, ¿quién era el matemático, quién el poeta?

De una cosa estaba seguro: sería un regalo magnífico. Pat no solo apreciaría el libro en sí, también lo que este simbolizaba, una disculpa por aquel comentario inoportuno, meses antes, en el sofá.

Temiendo olvidarlo de nuevo, porque lo que se piensa en duermela no siempre sobrevive a la madrugada, tomó el móvil de la mesilla y apuntó:

«Tragedias».

—¿Qué haces? —murmuró Pat más en sueños que en vigilia.

Él la besó en la frente.

—Nada. Duerme.

A la mañana siguiente, nada más llegar al trabajo, Tomás se sentó frente a uno de los ordenadores de la redacción y escribió en el buscador: «tragedias griegas». Eso le llevó a Wikipedia, epígrafe de máximos exponentes, y allí se topó con Esquilo, con Sófocles y con Eurípides.

En eBay, donde Pat había descubierto el libro, fue tecleando uno a uno los nombres de aquellos griegos. Lo encontró a la tercera. Era el mismo ejemplar, no cabía duda. La misma portada y la misma descripción (filigrana, papel verjurado, cinta de registro, etcétera). Todo era idéntico, salvo un detalle. Donde debía figurar el precio, cien euros, había ahora unas letras en rojo sangre: NO DISPONIBLE. Tomás no podía creerlo. ¿Quién más querría un libro semejante?

Lo intentó en otras webs, en tiendas digitales y en el escaparate virtual de unos grandes almacenes hasta que, de pronto, se acordó de la librería. *Aquella*

librería. Hacía años, en el programa hablaron de libros antiguos, a saber con qué coartada, y visitaron una tiendita cuyo dueño, hijo y nieto de libreros, se decía capaz de encontrar cualquier obra por rara e inaccesible que fuese. ¿Cómo se llamaba? Tenía un nombre extraño, complicado.

Preguntó a María Jesús, la documentalista, cuya capacidad nemotécnica era célebre en la productora. Le habló de aquel reportaje emitido dos años antes, tal vez tres. María Jesús empezó a asentir antes de que terminase de hablar.

—Besarabia —dijo.

Una hora después, Tomás cruzaba la puerta de la librería.

—Claro que conozco ese libro —aseguró el dependiente, hijo y nieto de libreros. Tenía modales delicados, la voz suave y melódica—. Ediciones Clásicas, ¿verdad? Una edición estupenda. Muy cuidada. No será fácil de encontrar.

Tecleó algo en su ordenador, un viejo portátil que ronroneaba en respuesta a cada comando, y se quedó mirando la pantalla por encima de sus gafas de intelectual nórdico.

—Es una edición limitada de solo seiscientos ejemplares. Sin una sola reimpresión, por lo que veo. —Masculló algo y levantó la vista hacia Tomás—. ¿Lo necesita con mucha urgencia?

Le explicó que era un regalo. Debía tenerlo en tres semanas. El librero se encajó las gafas con el meñique de la mano izquierda, un gesto extraño que, sin embargo, ejecutó como si tal cosa. No sería tarea fácil, dijo, pero se comprometía a hacer lo posible.

—Deme su teléfono. Le llamaré en un par de semanas.

No lo hizo y, pasadas dos semanas y media, Tomás se plantó de nuevo en la tiendecita. Quedaban cuatro días para el cumpleaños de su mujer.

—Sigo buscando —se excusó el librero—, pero no hay manera. Mis contactos habituales no lo tienen. Estamos todos detrás de él, se lo aseguro. Aparecerá tarde o temprano, pero no le puedo decir cuándo.

De haber detenido Tomás al librero en aquel momento, los eventos posteriores (que le abocarían a una cama que no era la suya) se habrían desarrollado de manera muy distinta. Sí, Tomás pudo haber dicho «déjelo, no se moleste». Eso habría sido lo más juicioso, pero el hecho es que le dijo:

—Está bien. Siga buscándolo.

Era evidente que no llegaría a tiempo para el cumpleaños de Pat, ¿por qué entonces no se dio por vencido? ¿Por qué seguir persiguiendo aquel libro

que, al parecer, nadie, en ninguna parte, era capaz de localizar?

Había dos motivos.

Para empezar, Tomás quería agasajar a Pat en compensación por la frialdad que se había instalado entre ambos en los últimos meses. Nada especialmente grave, nada insólito en una relación tan duradera como la suya. El tiempo encauzaría las cosas como tantas veces había hecho en el pasado, pero un regalo como aquel aceleraría el proceso.

El otro motivo, quizás el principal, sin duda el principal, era el orgullo. Un orgullo ridículo y pueril que le impedía rendirse a esas alturas. Con el paso de las semanas, la búsqueda se había ido convirtiendo en una suerte de duelo entre el libro y él. Tomás sentía que, de algún modo, el libro le estaba desafiando, burlándose de él, escabulléndose deliberadamente (falso: los libros no se burlan, los libros no se escabullen).

Llegó el cumpleaños de Pat y Tomás le regaló unos botines marrones que ella había visto en un escaparate de la calle Fuencarral. Acudieron juntos a la zapatería, con Hugo de la mano. Pat se los calzó, caminó un poco, se miró en un espejo que había apoyado en el suelo y le preguntó a su marido qué le parecían. A Tomás le parecieron bien, solo eso, porque eso era todo cuanto podía opinar sobre unos botines. Luego deslizó su tarjeta de crédito por el datáfono y de este modo celebraron que Pat acababa de cumplir treinta y seis años sobre el planeta Tierra.

Tampoco ese día hubo noticias de Eurípides. Pero sí una semana después.

La librería se ubicaba en una estrecha callejuela del barrio de La Latina donde estaba prohibido aparcar y, aunque la gestión no le llevaría más de cinco minutos, prefirió no correr riesgos. En los últimos meses, los agentes de movilidad habían sucumbido a un enloquecido afán recaudatorio motivado por la crisis económica y la consiguiente necesidad institucional de hacerse con el dinero de los ciudadanos de todas las maneras posibles. Estacionar en doble fila se multaba con doscientos euros nada menos, así que Tomás condujo en círculos concéntricos hasta que por fin encontró un pequeño hueco en zona azul en el que, tras muchas maniobras, consiguió encajonar el monovolumen.

En hora y media, Pat saldría de la oficina camino al colegio de Hugo. Ese día el niño no tenía ninguna actividad extraescolar, ni música ni baloncesto, así que madre e hijo pondrían rumbo a casa. Llegarían entre las seis y las seis y media, lo que dejaba a Tomás tiempo de sobra para esconder el libro y poner pies en polvorosa sin dejar rastro. Ya lo había pensado: lo guardaría en el armario del dormitorio, en el cajón de las mudas, al fondo. Por la noche, después de acostar a Hugo, se lo entregaría a Pat y, a lo mejor, si no estaban muy cansados, hacían el amor con la puerta bien cerrada. Tomás no recordaba la última vez que lo habían hecho. Hacía más de un mes, de eso estaba seguro. Quizás también más de dos.

En la librería, como siempre, sonaba música clásica y olía a papel viejo. Solo había dos clientes, un octogenario con una chaqueta ajada que husmeaba en las baldas de ocasión y un treintañero en cuclillas en la sección de teatro. Tomás se dirigió al librero, quien, nada más verle, se agachó detrás del mostrador.

—Aquí lo tiene —dijo con una sonrisa de satisfacción mientras se incorporaba con el libro en las manos, un considerable mamotreto que depositó en la mesa con extremo cuidado, como si se tratase de un objeto precioso o un recién nacido.

## TRAGEDIAS

Eurípides

Tomás lo contempló como el cazador admira una pieza postrada a sus pies tras una extenuante cacería, con una mezcla de alborozo y tristeza por el fin de la partida.

—¿No va a hojearlo? —le preguntó el librero un tanto descolocado por su aparente indiferencia.

¿Cómo explicarle que daba igual, que no se trataba de eso? Lo abrió con delicadeza y pasó despacio las primeras páginas.

Facsímil de la edición de Madrid de 1860.

El libro comenzaba con un prólogo firmado por un tal Antonio García Cuenca: «Moderno, humano y trágico». Le seguía *Las troyanas*, la primera de las dieciocho obras que recopilaba el volumen.

—Fíjese —dijo el librero—. Mire qué calidad de impresión.

Y señaló, de manera azarosa, un párrafo cualquiera que Tomás leyó para sí.

«Necio es el mortal que, creyéndose siempre feliz, se abandona al placer: la fortuna, cual furiosa delirante, salta aquí y allá, y a ninguno concede dicha perpetua».

Pagó con la Visa y pidió al librero que se lo envolviera. «Es un regalazo», observó este mientras cortaba unos trocitos de celo con una tijera.

Tomás asintió y se dijo: «Sí, Pat se va a quedar de piedra».

Fue lo último que le regaló, y lo cierto es que ni siquiera se lo regaló exactamente.

Así fue como sucedió todo.

A las cuatro en punto de la tarde, Tomás cruzaba el portón del garaje, situado en los sótanos del edificio. Como era previsible, como debía ser, el coche de su mujer no estaba en su plaza.

Entró en el ascensor con el libro envuelto bajo el brazo, pulsó el número seis y consultó la hora en el reloj de pulsera. El programa acababa de empezar. Aunque no había visto el guion de ese día, estaba seguro de que abrirían con la manifestación universitaria. El director siempre colocaba en el

primer bloque, antes de la publicidad, lo que llamaba «temas de impacto», dejando para más tarde los asuntos menos ruidosos, de manera que los espectadores, jubilados en su mayoría, pudiesen echar la siesta sin sobresaltos sonoros. Escondería el libro en el cajón y luego pondría la televisión, quizás llegase a tiempo para ver el reportaje.

El ascensor se detuvo en el sexto piso. Tomás sacó las llaves del bolsillo y abrió la puerta de su casa. Estaba todavía sobre el felpudo (elegido por Hugo de entre una surtida y horrible oferta, y que decía «¡No me pises!») cuando tuvo la certeza de que algo no iba bien. La puerta se abrió con un único giro de llave. ¿Era posible que la hubiesen dejado así inadvertidamente al marcharse por la mañana? Habían salido los tres al mismo tiempo, la familia entera, y fue él quien cerró, de eso estaba seguro. Siempre cerraba él porque Pat tardaba la vida entera en localizar las llaves, perdidas dentro del bolso entre el maquillaje, el móvil, los cables, el monedero, los tampones y todo lo demás.

Revisó la cerradura, no presentaba desperfecto alguno. No, al menos, a simple vista. Ninguna marca, ningún rasguño. Empujó la puerta con suavidad. Las luces del recibidor estaban apagadas. Examinó el aparador sobre el que descansaba aquel jarrón que Pat compró unos años antes y donde, de cuando en cuando, colocaba un ramillete de claveles o de orquídeas que, según ella, le daba alegría a la casa. Todo estaba en perfecto orden, o eso le pareció en un primer momento. Pero entonces reparó en el ruido. Un ruido uniforme, monótono, líquido. El agua de la ducha. Un ladrón no se ducha en plena faena, salvo que sea ciertamente estúpido o muy muy limpio. Era Pat, tenía que ser ella. Habría salido del trabajo antes de lo previsto por algún motivo. Quizás se encontraba mal, llevaba varios días con dolor de espalda.

Si hubiese estado convencido de que se trataba de su mujer, Tomás habría dado media vuelta con el libro bajo el brazo. Pero no lo estaba. Existía una duda razonable, y eso le pareció suficiente para mantenerse alerta. Si realmente se trataba de Pat, ¿por qué no había aparcado en el garaje? ¿Dónde estaba su coche? ¿Por qué no lo había avisado de que pasaría por casa, de que estaba enferma?

Cruzó el vestíbulo sigilosamente, dejando la puerta abierta a su espalda por si, llegado el caso, tenía que salir por piernas. Articuló un:

—¿Hola?

Aunque nadie respondió, Tomás creyó oír algo justo delante de él. En la cocina. Fue un levísimo tintineo apenas perceptible, tal vez imaginario.

Probablemente imaginario. La clase de sonido que uno solo oye cuando está susceptible, cuando espera o teme oír algo.

Fuese o no ilusorio, su corazón se aceleró. Le vino a la cabeza un reportaje que él mismo había grabado unos meses antes, una crónica sobre los robos en pisos que, según el gobierno autonómico, se habían multiplicado desde el inicio de la crisis. Aún tenía el dato fresco: en la comunidad se denunciaban, de media, cincuenta robos al día. Un policía les contó que los ladrones, últimamente georgianos, se organizaban en bandas que llegaban a perpetrar diez o quince saqueos por jornada. Les explicó que los delincuentes raramente invertían más de cuatro minutos en cada casa, que estudiaban con esmero las rutinas de los propietarios para garantizarse, en la medida de lo posible, no ser sorprendidos durante el golpe. Que casi nunca iban armados, pero que no les dolían prendas a la hora de comportarse violentamente si la situación lo requería.

Tomás apretó el libro con ambas manos. Sería su arma en caso de necesidad, y también su escudo. Golpearía con el canto de *Tragedias*, con sus guardas decoradas y sus cortes dorados, les estrellaría en la jeta aquella encuadernación en piel con estampaciones.

Tomó una bocanada de aire y así, con el pecho hinchado y las sienas latiendo de puro pánico, se asomó a la cocina. Encontró allí a un hombre menudo y delgado. Estaba de pie junto a la pila. Tendría treinta y tantos años, más o menos como Tomás, y vestía unos pantalones negros de pinzas. Llevaba el torso desnudo, el vientre plano, más por genética que por ejercicio, y los pies enfundados en unos calcetines de ejecutivo finos y delicados. Sujetaba un vaso con agua a la altura de los labios, como si se hubiese quedado congelado en esa posición, cuando se disponía a dar un trago. Miraba a Tomás con los ojos muy abiertos y las cejas enarcadas. También él aguantaba la respiración, también él rezumaba pánico. No parecía georgiano ni tampoco un ladrón. Parecía, sin más, un español corriente, pasmado y sediento.

—¿Quién coño eres tú? —inquirió Tomás con el libro en posición ofensiva.

El tipo no se movió. Ni parpadeó siquiera.

—¿Has dicho algo? —preguntó una voz desde el baño. El agua dejó de correr.

Era la voz de Pat.

Era la voz de su mujer.

Lo que pasó luego Tomás lo recordaría fragmentariamente, una secuencia incompleta de imágenes sin solución de continuidad entre ellas.

Recordaría al hombre apartando el vaso de sus labios y apoyándolo en la encimera. Se recordaría a sí mismo apresurándose a la salida, las manos crispadas y una creciente sensación de vértigo. Recordaría la puerta del baño abriéndose, Pat desnuda y empapada, el cabello envuelto en una toalla. La recordaría mirándole, llevándose las manos a la boca con gesto horrorizado. Y recordaría también lo que dijo, una sola palabra expelida como un grito de angustia:

—¡Tomás!

Justo antes de abandonar la casa, lanzó el libro contra el aparador de la entrada, derribando el jarrón donde su mujer, de cuando en cuando, colocaba algún ramillete de flores. «Le dan alegría a la casa», decía siempre.

Ese día, sin embargo, el jarrón estaba vacío. También eso lo recordaría.

Tomás apagó su teléfono con dedos temblorosos de nervios y de rabia y caminó dos horas mirando al suelo, a paso rápido, sin ninguna dirección. Entró en un bar cualquiera y pidió una cerveza, luego otra y después otra más.

Estaba furioso, pero también, y sobre todo, estaba desconcertado. ¿Qué se supone que tenía que hacer uno en estos casos? ¿Dormir fuera, en el coche, en un hotel? ¿Llamar a un amigo y emborracharse con él? ¿Emborracharse solo? ¿Caminar durante toda la noche y regresar a casa de madrugada?

No tenía la menor idea. Jamás, en toda su vida, había imaginado que acabaría en una situación semejante, no la había previsto y eso le obligaba a improvisar. A él, que tanto odiaba la improvisación. A él, que tanto amaba las rutinas.

En la televisión del bar, un periodista anunció que los cincuenta y cuatro universitarios detenidos en los disturbios de la mañana habían sido puestos en libertad sin cargos. Compareció el rector con la boca llena de adjetivos: intolerable, vergonzoso, indigno de una institución educativa. Cuando, poco después, el local empezó a llenarse de oficinistas recién liberados, Tomás saldó su cuenta y caminó dos horas más. A las nueve y cuarto, abrió la puerta de un hotel de tres estrellas y se dirigió a la recepcionista, una joven negra de aspecto y modales impecables:

—No sé cuánto voy a quedarme.



Se tumbó en la cama, pero no se durmió. Revivía la escena una y otra vez en forma de retazos inconexos. El tipo en su cocina, el vaso de agua, el cuerpo de su mujer, el libro en el suelo, el jarrón hecho añicos. Fogonazos de dolor en mitad de la noche.

Se levantó con las primeras luces del alba. Orinó las tres cervezas del día anterior y, mientras lo hacía, contempló la pantalla de su teléfono apagado. Se sentó en el retrete sin apartar la vista de la pantalla. La observó largo rato, su reflejo en la superficie negra, la barba, las ojeras, las canas incipientes, antes de decidirse a encender el móvil. Esperaba tener varias llamadas de Pat. Resultó que no tenía ninguna.

Se duchó con agua fría y bajó a la cafetería del hotel. Tomó dos cafés solos y envió un mensaje a la productora del programa:

«Llego sobre las 12. Motivos personales. Que vaya Fran con Sandra».

La respuesta fue inmediata:

«OK. Todo bn?».

No. Nada bien.

Respondió:

«Sí. Gracias».

Salió a la calle a las nueve en punto y caminó en línea recta hasta toparse con una tienda de ropa barata. De un expositor tomó un par de camisetas y, ya en la caja, ante la dependienta, pensó que también necesitaría unas cuantas mudas. Luego, regresó al hotel.

En su ausencia, alguien había hecho la cama y había limpiado y perfumado el baño, que olía ahora a desinfectante industrial. Tomás dejó la bolsa de plástico en el suelo, se sentó sobre el colchón y, tras un tira y afloja consigo mismo de un par de minutos, rompió a llorar.

Llevaba sin hacerlo una eternidad.

Pat no llamó a Tomás y él tampoco la llamó a ella. Era desconcertante aquel silencio. Por más que lo pensaba, por más vueltas que le daba, Tomás era incapaz de descifrarlo, pero se dijo: «No claudicaré».

Se dijo: «Es ella quien debe llamarme».

Y también: «Puedo esperar».

No resultaba sencillo porque a cada instante le venía a la mente su hijo Hugo. Se preguntaba cómo estaría viviendo todo aquello, qué le habría contado su madre, qué estaría pensando él.

Tenía diez años. Hasta hacía unos meses, engatusarle era pan comido. Si lo decían sus padres, había de ser cierto, ¿cómo podría ser de otro modo? Pero un día regresó del colegio con gesto cariacontecido y, aunque se hizo de rogar largamente, acabó confesando al borde de las lágrimas:

—Se han reído de mí. —Sus padres le preguntaron quién y por qué motivo—. Alejandro y David. Se han metido conmigo por creerme lo de los Reyes Magos. Dicen que no existen, que vosotros me traéis los regalos. Dicen que todo el mundo lo sabe.

Pat y Tomás eran conscientes de que ese momento llegaría tarde o temprano, pero no esperaban que se produjese de aquella manera, sin haber definido primero una estrategia discursiva. No contaban con verse obligados a confesar que a veces la mentira es tolerable. Que también ellos se enredaban en eso que a Hugo le habían descrito como la mayor de las ofensas, el más despreciable de los agravios, el origen de todos los problemas.

—Puedes hacer una travesura y puedes equivocarte —le decían—, pero no mentir. Eso es lo único que nunca debes hacer, ni a nosotros ni a nadie.

Pues bien, aquella noche Tomás y Pat se sentaron frente a su hijo y le revelaron que llevaban mintiéndole desde su nacimiento, año tras año, Navidad tras Navidad, sin el menor remordimiento.

Desde entonces, Hugo ponía en cuarentena cuanto sus padres le decían. De la noche a la mañana, con la radicalidad propia del converso, pasó de ser un niño ingenuo y confiado al más fundamentalista de los escépticos. De cualquier cosa necesitaba garantías, pruebas palpables, exigía verlo con sus propios ojos, tocarlo con sus propias manos. Ni los juramentos bastaban ya, ni siquiera un «te lo prometo» de boca de su madre.

¿Qué le habría contado Pat sobre la súbita desaparición de su padre y qué estaría cavilando él? Eso se preguntaba Tomás cada vez que lanzaba una mirada furtiva al teléfono a la espera de esa llamada que acabó tardando dos días en producirse. Ocurrió al salir del trabajo. Tomás entró en su monovolumen, miró el móvil y, en voz alta, preguntó:

—¿Por qué no me llamas?

En ese mismo momento, el teléfono vibró en su mano. En la pantalla apareció un nombre, Pat, y una fotografía que él mismo había tomado el último verano en la Costa Azul. Pat sonreía apoyada en una barandilla, el sol de cara y el Mediterráneo a la espalda. Era Saint-Tropez, o quizás Niza, no lo recordaba. Sí recordaba el calor y las gaviotas, que Hugo se comió un *glace au chocolat*, que caminaron largo rato por el paseo marítimo y que fueron felices. Tomás se preguntaba ahora si aquel día y en aquel momento, el sol de cara, el mar a la espalda, estaría Pat pensando en otra persona, en un hombre menudo y delgado de cuya existencia Tomás ni siquiera tenía constancia por entonces. Si le habría escrito luego, al llegar al hotel. Si le habría añorado, si le habría deseado secretamente en la distancia, si su rostro habría acudido a su mente la única vez que hicieron el amor durante aquellas vacaciones.

—Patricia.

Así la llamó, por su nombre completo, como solo la llamaban sus padres y su banco.

Al otro lado, ella susurró:

—Tomás.

La conversación fue corta y estuvo repleta de silencios. «Deberíamos vernos», dijo ella, y él se mostró de acuerdo, cuanto antes, sí. Acordaron hacerlo aquella misma tarde en territorio neutral. Tomás propuso una céntrica cafetería que no significaba nada para ninguno de los dos.

Aunque él llegó media hora antes, Pat le esperaba ya en una mesa, con una taza de té humeante entre las manos. Rompió a llorar nada más verle. Se disculpó por ello, deslizó un clínex bajo las gafas de sol y se sorbió los

mocos. Él se molestó. Le parecía, aunque no lo dijo, que ella no tenía derecho a las lágrimas. No esta vez.

—¿Qué quieres hacer? —preguntó ella.

—¿Y tú?

—No lo sé. Necesito tiempo.

—Por supuesto —masculló él.

—Por supuesto, ¿qué?

—Nada.

Silencio.

—¿Dónde estás durmiendo? —preguntó ella.

—En un hotel.

—¿En cuál?

—¿Qué más da?

Silencio.

Él la miró fijamente, ella apartó la mirada.

—Hugo —dijo Tomás—. ¿Qué le has contado?

Le había mentado, por supuesto. El mismo miércoles (el día del libro, el vaso de agua y el jarrón roto) le dijo que a su padre le había surgido un viaje imprevisto, una grabación fuera del país. No regresaría hasta pasados unos días, una semana tal vez.

—¿Y si llego a volver esa misma noche?

Ella se encogió de hombros.

—De todas formas, da igual porque no se lo cree. No para de preguntarme por qué no llamas. Le dije que estarías muy ocupado.

A los diez años todos los niños saben lo que es un divorcio, y lo temen más que a ninguna otra cosa.

—Tenemos que hablar con él —propuso Tomás—. Decirle algo hasta que nos aclaremos. Hasta que sepamos lo que vamos a hacer.

Pat asintió y miró sus propias manos, que jugueteaban nerviosamente con la cucharilla, con la taza, con el sobre de azúcar vacío.

—Y debería pasar por casa —añadió él—. Necesito algunas cosas.

Dos lágrimas asomaron bajo las gafas de sol. Pat se las enjugó con el dorso de la mano y, entre sollozos, balbució:

—La he cagado.

Tomás contuvo un impulso que le urgía a gritar, a golpear la mesa, a morderse el labio hasta descarnárselo. No le resultó sencillo.

—¿Quién era ese tío?

—Da igual.

—¿Da igual? ¡Te lo tiraste en nuestra casa! ¿Qué coño va mal en tu cabeza, Pat? ¿Qué cojones te pasa?

—No lo sé —lloraba—. No sé, no sé qué me pasa.

Una mujer entrada en años los observaba con escasa discreción desde una mesa cercana. Tomás reparó en ella y la miró con igual descaro, el ceño fruncido, hasta que tuvo a bien desviar la mirada.

—Lo nuestro ya no funcionaba —dijo Pat, y Tomás se dio cuenta de que hablaba en pasado, como si su matrimonio fuese ya algo distante y superado—. Solo discutíamos. Le echábamos la culpa al trabajo, pero no es verdad. Si no estuviese Hugo...

... llevarían años separados, esa era la verdad. Pero el hecho es que Hugo estaba. Existía, respiraba, tenía diez años, ellos lo habían creado y era, por tanto, responsabilidad suya.

—¿Eso justifica que te acostaras con ese tío?

—Para.

—¿Que pare? ¿Solo puedes hablar tú? ¿Para eso hemos quedado, para que me digas que te acuestas con otro porque discutimos mucho?

—No grites.

—¡No estoy gritando, joder! —Pero sí lo hacía, ya no era capaz de evitarlo—. ¿Tienes idea de cómo me sentí cuando le vi allí, en la cocina? ¡En nuestra cocina, Dios, Patricia!

La señora de la otra mesa los miraba de nuevo, y Tomás proyectó su rabia contra ella.

—¿Quiere sentarse con nosotros?!

La mujer dio un respingo, dignísima toda ella, y, sin mediar palabra, cogió su bolso y se marchó de la cafetería. En la barra, dos camareros cruzaron unas palabras al respecto, pero no intervinieron.

—Él también está destrozado —dijo Pat.

—Me alegro.

—Se lo ha contado a su mujer.

—¿Y qué? ¿Qué coño me importa a mí? ¿Para qué me dices eso, para que me sienta mejor?

—Estoy hablando contigo. Quiero aclarar las cosas.

Pero no aclararon nada. Acordaron, eso sí, hablar con Hugo esa misma tarde. Fueron hasta el colegio, cada uno en su coche, y lo esperaron en la puerta.

—¡Papá! —gritó el niño al verle, el rostro iluminado de pura y radiante felicidad infantil, antes de salir corriendo a sus brazos.

Pasaron hasta un parque próximo, los tres cogidos de la mano con Hugo en el medio. Los adultos no se miraban, no se hablaban ni se tocaban, y el niño lo advirtió. Compraron un helado de chocolate en un puesto ambulante y se acomodaron luego en uno de los pocos bancos a resguardo del sol.

—¿Os vais a divorciar?

No lo negaron. Pat le dijo que papá y mamá habían decidido vivir separados un tiempo. El niño arqueó la boca en una desmesurada mueca de tristeza.

—¿Cuánto tiempo?

No lo sabían.

—¿Por qué?

—Porque a veces —declaró Tomás— los mayores necesitan estar a solas. Para pensar.

—¿Pensar qué?

Tomás no tenía respuesta y Pat intervino:

—Pensar lo que quieren hacer.

Iban improvisando a medida que hablaban. Él, le dijeron, se quedaría en casa con su madre. Tomás iría a visitarle cada día, todos los días después del colegio.

La bola del helado se desprendió del cucurucho y cayó al suelo formando un pequeño charco marrón a sus pies. Hugo rompió a llorar.

—¿Es culpa mía?

Claro que no.

—No es culpa tuya, cariño —dijo Pat acariciándole la cabeza. Y luego, en lo que fue prácticamente un susurro, repitió—: No es culpa tuya.

Empezaba a atardecer cuando Tomás los acompañó hasta el coche. Caminaron en silencio, cabizbajos. Pat intentó darle la mano a Hugo, pero este la rechazó. «Lo recordará toda su vida —pensó Tomás—. Pasarán los años y mi hijo seguirá recordando este día de mierda».

El niño se precipitó de un brinco en el asiento trasero.

—¿No me das un beso? —preguntó Tomás asomado al interior, pero Hugo ni le miró.

Pat se quitó las gafas de sol y se volvió hacia su marido con los ojos inyectados en sangre. Ninguno de los dos supo qué decir, pero algo había de

ser dicho, eso le pareció a Tomás. Uno no puede desprenderse de su familia sin siquiera abrir la boca.

Dijo:

—Te escribo mañana y me paso por casa.

Pat asintió.

—Claro. Cuando quieras.

Luego, ella entró en el coche. Arrancó y, antes de ponerse en marcha, abrió la ventanilla y le dijo a Tomás:

—Gracias por el libro. Me ha encantado.

Sandra no paraba de preguntarle qué le pasaba, si se encontraba bien, si quería contarle algo. Su preocupación era sincera y Tomás lo sabía. A él no le gustaba mentirle, pero lo hacía. «Estoy bien, no me pasa nada». Ella no le creía, pero fingía que sí, dejaba que pasara un día y volvía a la carga:

—Sabes que puedes contarme lo que sea.

Tanta fue su insistencia que a Tomás no le quedó más remedio que hacer de tripas corazón y confesar. Eligió para ello un bar, uno al que iban a veces, enfrente de la productora. Sandra escuchó en silencio, asintiendo con ademán comprensivo, devolviéndole la mirada cuando convenía y perdiéndola en el vacío cuando lo creía preferible. Él no escatimó en detalles. Habló del libro, del tipo flaco y del grito en la puerta del baño. Habló de Hugo, de sus lágrimas en el parque y de las de Pat.

Aunque Sandra era una mujer con fama de incommovible, no pudo evitar emocionarse en un par de ocasiones. Nunca antes había visto a Tomás así. Tan confuso. Tan perdido.

La crónica completa abarcó dos cañas, un paquete de patatas fritas y lo que restaba de tarde. Al concluir, Tomás llenó de aire los pulmones, lo retuvo allí un momento y lo liberó dejando escapar con él una parte de su carga (una parte diminuta, pero una parte al fin y al cabo).

Sandra lo rodeó con un brazo.

—Vas a salir de esta mierda, ya verás.

Siguieron hablando del amor y sus alrededores durante dos cañas más, y cuando el camarero les plantó la cuenta sobre la barra, Sandra le ofreció su sofá.

—Prefiero irme al hotel.

—No te digo hoy. Cuando tú quieras. Cuando estés preparado. Te vas a arruinar si sigues ahí.

Era cierto. En las últimas semanas se había gastado mucho más de lo que podía permitirse, pero el dinero era lo que menos le preocupaba en aquel momento. No quería pensar en eso, no se veía capaz de hacerlo. Uno no puede luchar por mantener su corazón de una pieza y, al mismo tiempo, hacerse cargo de la infraestructura.

Si bien Sandra era lo más parecido que tenía a una amiga, él no dudó en rechazar su oferta. Lo hizo en parte por orgullo y en parte porque prefería masticar sus miserias en la soledad de una impersonal habitación de hotel. Ella, sin embargo, no estaba dispuesta a tirar la toalla. Volvió a planteárselo al día siguiente y de nuevo dos días después. La quinta vez que se lo propuso, él vaciló sin decirlo, la octava balbució un «ya veremos», y por fin, un sábado por la mañana, apareció en la puerta de Sandra con sus escasas pertenencias.

—¿Una bolsa de deporte? —preguntó ella.

Él se encogió de hombros.

—Estoy aprendiendo a vivir con poco.



Tal y como había prometido, Tomás siguió viendo a Hugo a diario. Lo esperaba a la salida del colegio, y padre e hijo paseaban hasta su casa. Hacían juntos los deberes, jugaban a la PlayStation, miraban vídeos en YouTube y parloteaban de cuestiones intrascendentes. Pat los acompañaba durante un rato. Luego, consciente de que a Tomás le incomodaba su presencia, se escabullía discretamente a la cocina o al dormitorio. Así pasaban la tarde hasta que, a eso de las ocho, Tomás se marchaba y todos quedaban sumidos en la tristeza.

Por entonces, Sandra salía casi todas las noches en un enfebrecido ritmo fiestero. Volvía de madrugada y, por lo general, como una auténtica cuba. A veces lo hacía acompañada. Cuando Tomás, tumbado en el sofá, oía en el rellano una segunda voz o una segunda risa, se quedaba muy quieto, con los párpados apretados, en una pésima interpretación de un hombre corriente vencido por el sueño. Luego, hacía lo posible por ignorar los gemidos, metiendo la cabeza bajo la almohada y preguntándose cómo coño había llegado a aquella situación. Él, Tomás Barrio, un tipo cuya vida, hasta hacía solo unas semanas, era todo un paradigma de la más ordinaria adultez.

Por si fuera poco, el insomnio empezó a acecharle. Él trataba de relajarse viendo una cadena de televisión cuyo modelo de negocio se fundamentaba, al parecer, en la emisión ininterrumpida de los más anodinos documentales de viaje. Cuando, años después, rememorase aquellos días de penosa convivencia con Sandra, le vendrían a la cabeza las maravillas de Oslo, de Buenos Aires, de Delhi. Tomás contemplaba todas aquellas ciudades sin demasiada atención. Dentro de su cabeza, era su propia vida la que pasaba adelante y atrás, congelándose a veces en un gesto, una mirada, una caricia. Buscaba en su relación con Pat, en los casi quince años que habían compartido, una pista, un indicio, algo.

¿Le había enviado ella señales que él no captó? (Oslo tiene una población de un millón y medio de habitantes). ¿Hubo avisos, amenazas? (En Buenos Aires se combina el *art déco* con el neogótico y el estilo colonial). ¿Pudo Tomás de algún modo evitar lo ocurrido? (Delhi es la séptima ciudad más poblada del mundo).

Aquella situación, él haciéndose el dormido en un incómodo sofá de Ikea, con gemidos entrelazados de fondo, había de ser forzosamente provisional, lo sabía Tomás y lo sabía Sandra. Lo que ninguno de los dos sabía era cuándo o cómo terminaría. Y así fueron pasando las semanas hasta que una tarde, mientras Tomás ayudaba a su hijo con los deberes de lengua, el niño se vio en la tesitura de construir una frase de acción presente utilizando para ello un verbo en gerundio. Tras un breve titubeo, Hugo escribió en su cuaderno: «Mamá está saliendo con Darío».

A la mañana siguiente, tan pronto como amaneció, Tomás se lanzó a la búsqueda de un piso que se ajustase a sus posibilidades económicas. Fue un proceso descorazonador. Todo lo que visitaba era pavoroso, indigno no ya de él, sino de un ser humano cualquiera. Cuchitriles inmundos y lóbregos que lo fueron abatiendo cada vez más. ¿De verdad que la gente alquilaba aquellos agujeros? ¿Qué coño le pasaba a Madrid? ¿Qué coño le pasaba al mundo?

Ese estado de ánimo, sumado a la urgencia por abandonar cuanto antes la casa de Sandra, le empujó a quedarse con lo primero que le pareció moderadamente habitable: un ático de sesenta metros cuadrados, todos ellos maltrechos, ubicado entre el barrio de Tetuán y el de Chamberí, donde, al menos, entraba algo de sol por las mañanas.

También dejó de ir a su antigua casa. Ahora esperaba a Hugo a la salida del colegio, daban juntos un paseo casi siempre corto y lo acompañaba luego hasta el portal, donde se despedía de él sin poner un pie en el interior.

Durante aquellos días, Pat lo sepultó en mensajes:

«Tomás, tenemos que hablar. Llámame cuando puedas».

«Soy yo otra vez. Hay que hablar de... De dinero, del piso. Llámame, anda, por favor».

«Hola. No lo hagamos más difícil. Llámame, ¿vale?».

«Tomás. Para ya».

Se divorciaron el 19 de diciembre, con la ciudad engalanada para las celebraciones navideñas. El proceso resultó inevitablemente traumático pero

civilizado. Pat se quedó con la custodia de Hugo. Acordaron que Tomás pasaría con él un fin de semana de cada dos, aunque ella, aseguró sin titubeos, sería laxa a ese respecto.

—Sigues siendo su padre.

Como era previsible, todo aquello repercutió en las notas del niño y también en su conducta. Se volvió arisco y grosero, cuando él jamás había sido ni una cosa ni la otra. «Lo superará», les aseguró el psicólogo del colegio y, aunque en un principio no le creyeron, lo cierto es que acabó teniendo razón. Fue cuestión de tiempo.

Y ahora, con trece años recién cumplidos, Hugo volvía a ser casi el mismo niño alegre y extrovertido que había sido antes de la separación. Aunque no el mismo exactamente.

Claro que tampoco Tomás era ya la misma persona.

# SEGUNDA PARTE



Tess

Tess deambulaba con parsimonia por la casa deshabitada, escrutando cada espacio, cada tabique, cada rincón, y poblándolo todo con muebles imaginarios: aquí un sofá, un armario, una mesa con sus sillas; allí una lámpara de pie, una cortina, un chifonier, tal vez un cuadro, sin duda una alfombra. Tan abstraída estaba en su faena que solo se percató de que el hombre le hablaba cuando ya había dejado de hacerlo.

—*Sorry, I...* ¿Qué dijiste?

Quiso hablar en español a pesar del relativo esfuerzo que suponía para ella. No tenía problemas con las estructuras, menos aún con la pronunciación, pero a veces algunas expresiones se le resistían. Cuando eso ocurría, Tess se enojaba consigo misma porque estaba convencida de que esas palabras tenían que estar allí, dentro de su cabeza, en alguna parte. Al fin y al cabo, las había pronunciado en el pasado.

—Decía que me gustaría tener un sillón. Uno de esos reclinables, de lectura.

Se llamaba Ismael y era una estrella en pleno proceso de acreción. Solo había publicado cuatro discos, pero cada uno de ellos había cosechado un éxito mayor que el anterior: el primero arrasó en su España natal, número uno en ventas y canción del verano; el segundo lo hizo también en México, pista de despegue hacia el mercado latino; y el tercero le abrió las puertas de la comunidad hispana de los Estados Unidos. Con el cuarto, recién sacado al mercado, había empezado a sonar en las emisoras anglófonas, una formidable gesta para un cantante hispano, más aún para uno español, que se traduciría, sin duda, en gigantescas sumas de dinero. Tenían que serlo para permitirse un alquiler en Miami Beach, más aún en Star Island, una pequeña isla artificial de apenas treinta y cinco hectáreas salpicada de fastuosas fortalezas amuralladas.

La casa de Ismael tenía trescientos metros cuadrados repartidos en dos plantas (más un espacioso jardín con dos acacias, riego automático e

iluminación programable). Y, sin embargo, resultaba ridículamente austera en comparación con las ostentosas moles que la flanqueaban, muchas de ellas provistas de embarcadero, algo que allí se consideraba un irrenunciable bien de primera necesidad. Con todo, Tess calculaba que aquel chalé no bajaría de los 50.000 dólares al mes, precio que incluía el privilegio de declararse vecino de Madonna, Gloria Estefan, Ricky Martin o Will Smith, a quienes todos los taxistas de la ciudad aseguraban haber visto en alguna ocasión. Cruzaban el paso elevado de MacArthur, señalaban por la ventanilla y decían:

—¿Ve esa mansión de ahí, la de las dos palmeras altísimas? La de las columnas blancas, ¿la ve? Ahí vive Ricky Martin. Le llevé una vez. Un tío fantástico, muy divertido. No vea la propina que me dejó.

Pronto empezarían a decir lo mismo de Ismael, si no lo decían ya.

El cantante se había puesto en contacto con Tess dos días antes. Era tarde, casi las siete. Ella estaba a punto de salir de su oficina en la calle 28 cuando el móvil sonó dentro de su bolso.

—He alquilado una casa en Star Island —le dijo en inglés— y me han hablado de usted. Me gustaría que le echara un vistazo cuando tenga tiempo.

Tess detectó el acento ya en la primera palabra, aquel *hi* fricativo típicamente hispano, pero decidió, por educación, mantenerse en el inglés.

—Por supuesto. ¿Quién le ha hablado de mí, si no le importa que se lo pregunte?

Él mencionó a un músico de hip hop, un *gangsta* impertinente cuya casa Tess había decorado un par de años antes. Por ese dato dedujo ella que también Ismael pertenecía a la industria musical, uno de los más boyantes sectores económicos del condado, conformado en buena medida por millonarios impacientes por dilapidar su fortuna.

Cerraron una cita para el viernes. Esa misma noche, cuando Tess lo comentó en casa durante la cena, su hija, que por entonces tenía quince años, se volvió hacia ella con los ojos como platos.

—¿Ismael? ¿El cantante?

La niña se encargó de ponerla al día. Era lo más, le dijo. Buenísimo, *supercool* y también muy guapo. Tess, ahora podía decirlo, estaba de acuerdo con lo último. Ismael era alto y fibroso, tal y como cabría esperar de un ídolo de masas en construcción, pero lo auténticamente llamativo, lo que captó su atención desde el momento en que estrechó su mano, fueron sus ojos, negros e inmensos, y una sonrisa insolente que parecía declarar al mundo que nada importa gran cosa.

—Tu español es muy bueno —elogió él.

—Gracias. Mis abuelos nacieron allá en España.

—¿En serio? —Al cantante se le iluminó el rostro—. ¿Dónde?

—En un pueblito de Castilla.

Ismael desplegó los brazos con gesto de franca sorpresa.

—¡Mis padres son de Castilla! ¿Viven allí todavía tus abuelos?

—No. Murieron ya los dos. Se marcharon muy jóvenes. Emigraron a Cuba. Mi mamá nació en La Habana.

Él asintió y se quedó mirándola sin añadir nada, apoyado en la cristalera que daba al jardín y, más allá, a la bahía. Ella le devolvió la mirada y así permanecieron, observándose en silencio en aquella casa desamueblada, envueltos ambos en la radiante luz tropical. La incomodidad primera de Tess dio paso al desconcierto, no tanto por la actitud de Ismael como por la suya propia. ¿Qué estaba haciendo? ¿Por qué miraba de aquella manera a un hombre desconocido, un hombre con quien había compartido apenas media hora, un hombre, además, catorce años más joven que ella? Tess no era así, ella no hacía esas cosas. Quiso resistirse, apartar la mirada, decir algo, cualquier cosa, pero no fue capaz. En vez de eso, se dejó llevar, como inducida a un trance hipnótico por esos ojos y esa sonrisa, fuera del tiempo y del espacio, lejos de aquella casa y de aquella ciudad, en las antípodas de su vida, hasta que un agujonazo en la base del cráneo, el súbito recuerdo de su hija («es buenísimo, *supercool* y muy guapo»), la devolvió a la realidad y a la cordura.

—¿Qué? —dijo Tess por decir algo y sonó casi como un suspiro.

Ismael negó con la cabeza.

—Nada. —Luego caminó hasta el centro de la estancia y preguntó—: ¿Y bien? ¿Aceptas el trabajo?

Tess se volvió hacia la cristalera y contempló los distantes destellos del sol sobre el mar. Un ferri de dos pisos avanzaba lentamente, agitando el agua a su paso y provocando un sutil oleaje.

—Sí —dijo—. Claro que lo acepto.

Tan culpable se sentía Tess por aquella mirada que telefoneó a su marido nada más arrancar el coche.

—*Honey* —dijo él al otro lado, y le preguntó por la visita.



Ella se limitó a desgranar los pormenores que no la comprometían: el tamaño de la casa, la estructura en dos plantas, el jardín, las vistas.

—¿Y el cantante? —inquirió él—. ¿Qué tal, es muy engreído?

—No me lo ha parecido. —Trató de sonar neutra, aunque no pudo evitar que su voz la traicionara ligeramente cuando añadió—: Es normal. Simpático.

—¿Le has pedido que te firmara el CD?

Tess lo había comprado el día anterior en el Museo del Disco Records, una de las pocas tiendas de discos de la ciudad que sobrevivía a la paulatina pero inevitable extinción. Lo encontró nada más cruzar la puerta, bajo el cartel de Novedades/*New releases*. El dependiente, un puertorriqueño gordo y simpático con una camiseta agujereada y una gorra de AC/DC, le aseguró que se estaba vendiendo como rosquillas.

—Lo llevo en el bolso —respondió Tess a su marido—, pero me ha dado vergüenza sacarlo.

Él rio al otro lado.

—Bueno —replicó—. Tienes tiempo de sobra, otro día se lo pides.

—Otro día, sí.

—Oye, tengo que dejarte.

—¿A qué hora llegarás a casa?

—Tarde. Hoy tengo pádel, y luego quiero comentar un par de cosas con Julian sobre el asunto de Nueva York, que nos está trayendo de cabeza.

—Vale. Voy a llamar a Donna. No sé nada de ella desde esta mañana. Te quiero.

—Y yo a ti.

Tras colgar, Tess pidió al manos libres que telefonease a su hija. «*Calling Donna*», sentenció en respuesta una voz robótica. Dejó que sonara largamente, pero, como era previsible, Donna no respondió.

El tráfico era fluido, sin el estrépito constante de los cláxones, una anomalía en aquella ciudad, más aún para un viernes por la tarde. Tess aprovechó un semáforo en rojo para sacar el CD del bolso e introducirlo en el lector del coche. En los altavoces del equipo estéreo empezó a sonar un piano al que poco después se sumó la voz del cantante. Al oírla, Tess tuvo una sensación extraña. No había duda de que se trataba de Ismael y, al mismo tiempo, no lo parecía del todo.

Cuando el semáforo se puso en verde, apoyó la caja del disco en el volante, ante sus ojos. La portada mostraba a Ismael en cuclillas en una playa desierta contemplando un mar que Tess supuso el Mediterráneo. Vestía un

pantalón negro y una camisa blanca remangada. Estaba descalzo y a su lado reposaban dos zapatos desanudados y parcialmente cubiertos de arena. La instantánea había sido tomada al atardecer y el cielo exhibía un imponente despliegue de rosas, naranjas y amarillos. Sobre la cabeza del cantante, en pequeñas letras negras, flotaba vaporoso el título del álbum: *El arte de volar*.

Tess se concentró en la canción, un rosario de versos más o menos pueriles, rimas mil veces repetidas en mil canciones idénticas. Su calidad como compositor, si es que lo era, dejaba mucho que desear, pero Tess siguió escuchando y, poco a poco, se vio arrastrada por aquella voz melodiosa, como antes se había visto arrastrada por su mirada. Ismael cantaba a una mujer sin nombre, y esa mujer, decidió, sería ella. Él la acarició en la canción y Tess sintió el rastro de esa caricia. La besó en la canción y la besó en su fantasía. La tomó de la mano, la llevó hasta la cama y, cuando estaban a punto de desnudarse, las manos de Ismael en la cadera de Tess, la balada se interrumpió abruptamente y la voz robótica anunció:

«Donna».

Tess dio un respingo y vio que circulaba a cincuenta millas por hora en una zona limitada a treinta. Levantó el pie del acelerador, lanzó la caja del disco al asiento del copiloto y esperó unos segundos antes de responder («Donna», repetía el robot, «Donna», «Donna»). Todavía estaba sofocada cuando dijo:

—Hola, cariño.

—*Mum*.

Su hija, como siempre, sonaba desganada e impertinente.

—¿Cómo estás? —preguntó Tess.

—Estoy bien.

—¿Qué tal el día?

—Bien.

Hacía ya un año que sus conversaciones se mantenían en estos parámetros telegráficos. Bien, mal, normal, adiós. Tess era perfectamente consciente de que se trataba de un síntoma de la adolescencia, pero eso no la consolaba. También ella fue joven y jamás se comportó así. Siempre fue respetuosa con su madre, incluso cuando la sacaba de quicio, incluso cuando la avergonzaba ante sus amigas con comentarios estúpidos, supersticiosos o simplemente inoportunos. Nunca le habló como Donna le hablaba a ella, con esa detestable insolencia, como si la mera existencia de su madre le molestase, como si cada palabra que tuviese que dedicarle conllevara un fatigoso esfuerzo.

—¿Quieres algo o no? —preguntó su hija.

—Había pensado que podíamos ir luego a tomar un helado.

Un suspiro al otro lado del teléfono.

—Mamá, no tengo diez años.

—¿Y qué? ¿Es que solo se puede tomar un helado a los diez años?

—Nos vemos luego, ¿vale?

Tess iba a decir *I love you*, pero su hija colgó antes de que pudiese hacerlo. En el equipo estéreo, Ismael apoyó de nuevo las manos en su cadera.

A pesar de ser martes y a pesar de que los Marlins jugaban contra los Cardinals, El Español estaba hasta los topes. Desde su inauguración, solo cuatro meses antes, se había convertido en el restaurante de moda en la ciudad. Las fotografías enmarcadas en las paredes daban buena cuenta de ello: Eva Mendes, Andy García, Enrique Iglesias, Paulina Rubio... Todos acompañados de una mujer pálida y delgada y de un chico moreno y guapo de rasgos árabes, el mismo que ahora les decía:

—*Welcome to El Español*. Bienvenidos.

—Gracias —respondió Ismael en su lengua materna.

Tess, dos pasos detrás del cantante, miraba a su alrededor visiblemente incómoda. Era la primera vez que visitaba aquel restaurante, aunque, por supuesto, había oído hablar de él. ¿Cómo no hacerlo? Estaba en todas partes. Incluso trató de reservar una mesa, sin éxito, poco después de su apertura. Un hombre muy amable, quizás el mismo que los recibía ahora, le dijo entonces que no tenían un solo hueco y que las reservas permanecerían *congeladas* durante un tiempo que no pudo precisar. Apuntó su teléfono y se comprometió a devolverle la llamada, pero nunca lo hizo, y ella no se molestó en intentarlo de nuevo. Quien sí la llamó fue Ismael, el viernes pasado.

—He pensado una cosa —le dijo.

Tess sonrió. No podía evitarlo cuando hablaba con él, un fenómeno que en parte la avergonzaba (se recordaba su propia edad, se decía «Tess, por el amor de Dios, tienes casi cincuenta años») y en parte la complacía.

—¿Qué pensaste?

—Me han hablado de un restaurante español que está en Collins Avenue, cerca de Española Way. Lo lleva una chica de Madrid y parece que es muy bueno.

—Sí, ya lo conozco.

—¿Has estado alguna vez?

—No. Abrió hace poco.

—¿Por qué no cenamos allí un día? Yo invito. —Y, sin esperar respuesta, añadió—: ¿Qué tal el martes?

Tess no supo qué decir. ¿Cenar? ¿Por qué motivo habían de cenar juntos? ¿Acaso no podían hablar de lo que fuese por el día, en casa de él o en la oficina de ella, por la mañana o por la tarde? Podían quedar para almorzar, eso le hubiese parecido más oportuno, a las doce o a la una, a veces lo hacía con sus clientes, pero ¿cenar?, eso nunca.

—Tess.

—Sí. Acá estoy.

—¿Puedes? Estaría bien. Así comentamos tus ideas para el salón.

Dudó un momento, pero fue un momento breve y una duda ficticia.

—De acuerdo. El martes.

Y ahí estaban ahora. Sin reserva. «Porque los famosos —pensó Tess— no necesitan reservar. Para qué, a ellos nunca les faltará una mesa».

—Sígueme —dijo aquel tipo tan amable y los condujo hasta la única mesa libre.

Estaban todavía acomodándose cuando un camarero mulato («English or Spanish?», «Spanish», «Estupendo. Me llamo Stu y los atenderé esta noche») depositó tres cartas en el tablero, dos de las cuales detallaban la oferta gastronómica, y la otra, una selección de vinos y cervezas.

—¿Te gusta? —preguntó Ismael con aquella sonrisa suya. Tess le devolvió un gesto crispado—. ¿Estás nerviosa?

Claro que lo estaba, ¿cómo no iba a estarlo? Ni siquiera sabía qué hacía allí. A su marido le dijo:

—El martes ceno con el cantante en ese restaurante español, ¿sabes?, ese que está tan de moda. Quiere que discutamos algo de lo que le he propuesto.

Él le dedicó una mirada fugaz por encima de las gafas y regresó inmediatamente a su portátil.

—Yo cenaré con Mike —dijo.

Y eso fue todo. Ni una pregunta, ni el menor gesto de asombro o desconfianza. Nada de «¿Por qué tenéis que cenar juntos?», ni tampoco «¿Desde cuándo cenas con los clientes?». A Tess le molestó la aparente incapacidad de su marido para experimentar siquiera un leve atisbo de celos, una mínima sombra de sospecha. En aquella cabeza de economista, según parece, no cabía la posibilidad de que ella le fuese infiel. El gran analista de riesgos, capaz de prever las sacudidas del mercado asiático con días de

antelación, estaba totalmente ciego ante las amenazas más próximas, las que rondaban su propia vida y a su propia familia. Si reaccionó con aquella laxitud, zanjando la cuestión con solo cuatro palabras (y todas referidas a sí mismo), fue sin duda porque no concebía que un hombre joven y atractivo, deseado por miles de mujeres en todo el mundo, pudiese mostrar algún interés por su esposa. Ese mismo día, Tess fue al centro y se compró un vestido de Ralph Lauren específicamente para aquella cena, uno negro precioso, con un pronunciado escote en V y la espalda descubierta. ¿Que si estaba nerviosa? Por supuesto que lo estaba.

—¿Por qué lo dices?

—Desde que hemos llegado, miras a todas partes.

Lo hacía, en efecto. La abrumaba la cantidad de gente que había en el restaurante, y si oteaba en todas direcciones era porque buscaba entre la multitud algún rostro conocido, un vecino, un amigo, quizás un antiguo cliente. Quería saber si alguien le preguntaría días después qué hacía ella allí, con ese cantante tan joven y guapo, con aquel vestido negro de escote en V y espalda descubierta.

—Perdona —se disculpó Tess, y relajó los hombros. Tanta tensión empezaba a darle dolor de cabeza.

Ismael se percató del gesto y, apoyando los codos sobre la mesa, le susurró:

—Estás guapísima.

Ella asintió con timidez, porque no fue capaz de hacer otra cosa, y, sin más, se puso a hablar de trabajo. Habló de colores, de texturas, de espacios y puntos de luz, y eso, para su tranquilidad, marcó el tono de la velada. Entre plato y plato, todos deliciosos, zanjaron el asunto de las cortinas, descartaron la alfombra de la entrada y apostaron definitivamente por una determinada barra americana con banquetas, no más de tres, redondas y forradas en cuero.

Estaban acabándose los postres, tarta de chocolate él, macedonia de frutas ella, cuando una mujer flaca y risueña, la misma de las fotografías que colgaban en las paredes, se acercó a su mesa y, en un español del Madrid más obrero, les dijo:

—Buenas noches. Soy Lara, la cocinera.

Vestía de negro y llevaba el pelo recogido en una coleta.

—¡Vaya! —respondió Ismael con efusividad. Sin levantarse de la silla, le ofreció una mano que la mujer estrechó—. Gracias por acercarte. Iba a preguntar ahora si estabas por aquí.

—Yo siempre estoy por aquí —replicó la cocinera volviéndose hacia Tess, que estaba ya más tranquila gracias al efecto de aquel vino español oscuro y delicioso.

—Tess —se presentó ella—. Estuvo todo muy rico.

—Gracias —correspondió Lara—. No reconozco tu acento. ¿Eres cubana?

—No. Soy de aquí, de Florida. Pero hija de cubana y nieta de españoles.

—¡Vaya! —dijo Lara enarcando las cejas—. ¿Qué te parece?

A Tess le encantó esa expresión, «¿qué te parece?», que inmediatamente supo retórica, y se esforzó por retenerla.

Ismael señaló una de las sillas libres y pidió a Lara que los acompañase, pero esta rehusó cortésmente.

—Todavía queda mucha faena en la cocina —alegó—. Pero sí me gustaría hacerme una foto con vosotros, si no os importa.

A Ismael no le importó, faltaría más. Tess notó cómo le subían los colores y se puso en pie precipitadamente.

—¿Dónde vas? —le preguntó Ismael divertido—. ¡Ven aquí, no huyas!

—No —acertó a decir ella—, yo... no.

Pero no tuvo escapatoria. Ismael la tomó de una muñeca y tiró de ella con suavidad.

—Os presento a Karim —dijo Lara señalando al chico árabe, que se había aproximado también a la mesa—. Mi marido.

Una camarera se acercó con un móvil y enfocó a los cuatro, Ismael y Tess en medio, escoltados por Lara y Karim. Para entonces casi todos los comensales los miraban y cuchicheaban. Cuando la camarera dijo *Cheese!*, Tess se esforzó por sonreír. Lo que afloró en su rostro, sin embargo, se pareció más bien a una mueca de pánico.

El azar toma caminos extraños y sinuosos que, a veces, se empeñan en pasar dos veces por un mismo lugar. Tess lo supo, o lo intuyó, cuando, una semana después, sonó su teléfono y una voz le dijo.

—¿Tess Greeley?

Ella estaba en su oficina, imaginando sobre plano el dormitorio de Ismael, la cama *king size*, las mesillas blancas, el ropero lacado.

—Sí. Soy yo.

—Le llamo del restaurante El Español. —Tess identificó a aquel chico moreno y guapo de rasgos árabes cuyo nombre ya no recordaba. Era él sin duda—. Antes de nada, quiero pedirle disculpas. Sé que ha pasado mucho tiempo desde que nos telefoneó y sé que le dije que le devolvería la llamada. Hemos estado sobrepasados desde la inauguración. ¿Todavía desea hacer una reserva?

Tess se quedó en silencio, con el móvil en la mano. Ya no contaba con recibir aquella llamada y, a decir verdad, tampoco sabía si quería volver allí. La comida le había encantado, cierto, y el trato había sido exquisito. Pero había acudido con Ismael y le incomodaba regresar ahora, tan poco tiempo después, acompañada de su marido y de su hija. Y estaba *la* foto. Esa foto que, sin duda, decoraría ya alguna de las paredes del restaurante.

Por otra parte, pasar tiempo en familia se había vuelto casi imposible. Apenas se veían en casa, no digamos ya fuera, y una excusa como aquella podía ser justo lo que necesitaban. La llamada era una señal, así la entendió Tess, y las señales no deben obviarse.

—¿Sigue ahí? —le preguntó el chico al otro lado.

—Sí. Sí, estoy aquí. ¿Qué tal el viernes a las ocho?

Y el viernes, a las ocho en punto de la tarde, Tess, Jack y Donna se presentaron en El Español.



No resultó fácil. Fue, de hecho, poco menos que una gesta. Para Jack era demasiado pronto, «ya sabes cómo ando los viernes, me parece increíble que hayas reservado sin llamarme antes». Lo cierto es que andaba así cada día, fuese viernes, lunes o miércoles. Cualquier cosa era más importante que ella: el trabajo, el coche, el golf..., hasta la American League empezaba a ganar puestos en su lista de prioridades, y eso que a él jamás le había interesado el deporte.

Donna, por su parte, torció el morro y preguntó si *de verdad* tenía que ir. «¿Un viernes?». Parecía horrorizada. «¿Por qué tiene que ser *precisamente* un viernes?». Había quedado, tenía planes y resultaba ser la clase de planes que no pueden postergarse, era ahora o nunca, el viernes o jamás, porque no sé quién hacía una fiesta en su casa de no sé dónde y allí estarían Juliette y Sarah y Ariana y «literalmente todo el mundo». Tess alegó que no era posible que acudiese *literalmente* todo el mundo, pero su hija no entendió la ironía, o no quiso entenderla, y respondió con un «no me lo puedo creer» y el consiguiente (y, desde hacía unos meses, inevitable) portazo.

—Haz el favor de quitarte los auriculares y comportarte —le dijo Tess a su hija nada más entrar. ¿Quién entra en un restaurante con los cascos puestos? ¿Qué actitud era esa, por el amor de Dios? ¿Y por qué Jack no le decía nada, por qué siempre le tocaba a ella ser la mala de la película?

La chica resopló y obedeció con desgana, dejándose los enormes auriculares colgados del cuello. Luego miró en torno suyo, en busca sin duda de algún chico de su edad. Resultó que no había ninguno, así que volvió a resoplar (resoplaba mucho por aquella época; resoplaba más que hablaba, hasta el punto de que Tess empezaba a considerar el resoplido el idioma principal de su hija, muy por delante del inglés).

El chico de rasgos árabes reconoció a Tess nada más verla, pero no quiso manifestarlo más allá de un levísimo gesto de cabeza, una suerte de reverencia que solo ellos dos compartieron y que podría ser interpretada como una simple cortesía entre dos desconocidos bien educados. Le preguntó su apellido, consultó el cuaderno de reservas, tachó con garbo una línea y dijo:

—Por aquí.

Los condujo hasta una mesa en el centro del restaurante, no muy lejos de la que Tess e Ismael habían ocupado una semana antes y en la que, por el momento, no había nadie. Tess oteó a su alrededor en busca de la fotografía. Vio a Julio Iglesias, a Rosie O'Donell y a Shaquille O'Neal, pero no vio a Ismael ni se vio a sí misma, y respiró aliviada.

—Me llamo Amanda y voy a ser su camarera esta noche —dijo en inglés una chica joven quizás cubana, quizás puertorriqueña, mientras entregaba una carta a cada uno—. ¿Desean que les saque algo para beber?

Donna quería una Coca-Cola Zero, Tess una copa de vino español, y a Jack le apetecía una cerveza.

—Tenemos varias cervezas españolas —dijo la camarera—, en la carta puede ver...

—Una Bud —interrumpió él sin mirarla.

Fue ese gesto de su marido, arrogante y grosero, el que certificó lo que Tess llevaba rumiando desde que salieron de casa: que todo aquello había sido una pésima idea. No quería estar ahí, era un error y ahora lo veía con perfecta claridad. ¿Por qué lo había hecho? ¿Por qué había forzado aquella situación que, como era obvio, solo ella deseaba? Quería largarse inmediatamente, ponerse en pie, volver a casa y ver una serie de televisión cualquiera hasta que el sueño la derrotase.

Jack hojeó la carta, arqueó sus dos cejas velludas, y la cerró al cabo de unos segundos, dejándola sobre la mesa.

—¿Por qué no eliges por todos? —le preguntó a su mujer; solo que no fue una pregunta, sino una afirmación, una orden suavizada por la inflexión interrogante. Quería decir: «Elige por todos».

Era una muestra más de su despreocupada petulancia, ese desdén de la planta ejecutiva con el que trataba al mundo entero, incluida ella, como si todos los habitantes del planeta fuesen secretarias en horas de servicio. ¿En qué momento se había vuelto así? ¿En qué momento *se habían* vuelto así? Jack ni siquiera esperó una réplica porque los marineros no replican al patrón; sacó el iPhone del bolsillo, lo desbloqueó y se puso a toquetear la pantalla.

—¿Tienes que hacer eso ahora? —le recriminó Tess.

—Estoy esperando un correo, ya sabes que estamos a punto de cerrar lo de China.

Donde China era intercambiable por cualquier otro país, India, Brasil, Rusia, todos los cuales resultaban más urgentes que Tess, siempre, por algún motivo. Donna, por supuesto, imitó a su padre. También ella dejó la carta y también ella sacó el teléfono con la esperanza de encontrar allí algún mensaje, alguna notificación de Facebook, de Snapchat, de Instagram, de lo que fuese.

—Deja el móvil —exigió Tess.

—¿Papá puede y yo no?

Tess titubeó.

—Papá está trabajando.

Donna dirigió a su madre una mirada de desprecio y, lanzando el móvil sobre la mesa, se cruzó de brazos con otro resoplido. Jack ni se inmutó.

Tess sintió que le faltaba aire, como si sus pulmones se hubiesen reducido súbitamente, como si algo la estuviese estrangulando desde lo más profundo. Era una sensación angustiosa y terrible, pero no nueva. Dijo:

—Voy al baño.

Ni su marido ni su hija respondieron (Jack, en rigor, ni siquiera pareció oírla). Caminó ligeramente encorvada hacia el servicio de mujeres, esforzándose por balancear los brazos con naturalidad, un pie detrás del otro, la espalda recta y la cabeza erguida. Fue entonces cuando se topó con la fotografía. Colgaba junto a la puerta que daba acceso al baño, rodeada de otras muchas. Allí estaba ella, con su vestido negro y su sonrisa de pánico. A su lado, muy cerca de ella, *pegado* a ella, Ismael miraba al objetivo con naturalidad y confianza. Tess no quiso detenerse.

El baño era pequeño y blanco, con un cartel junto al grifo que recordaba, en inglés y español, que todos los trabajadores debían lavarse las manos antes de salir. Había dos cubículos con retretes. Tess se sentó en uno de ellos y entornó la puerta desde el interior, pero eso hizo que se sintiese aprisionada, así que la abrió de nuevo inmediatamente. Cerró los ojos y se concentró en visualizar el océano. Eso siempre daba resultado: imaginar el bramido de las olas, la brisa húmeda y salada, los destellos blancos del sol reflejándose en la superficie. Concentrarse en los azules y en los verdes, en la inmensidad y el horizonte. Pensar solo en eso y nada más que en eso. Se repitió: «No te estás ahogando. No te estás ahogando. No te estás ahogando». Pero se ahogaba.

Llevaba meses padeciendo en secreto aquellos ataques. Se negaba a buscar ayuda porque sabía cómo solucionaban aquello los médicos. Le recetarían ansiolíticos, eso hacían siempre, un Xanax y listo. Pero Tess estaba decidida a ponerle remedio por sí misma. Quería atajar el problema, no su manifestación. Así lo veía ella: «Soy desgraciada y mi desgracia es la causante de esta falta de oxígeno. Puedo negarlo o puedo concebir mi asfixia como un recordatorio de mi vida naufragada». De ahí que, cada vez que Tess se quedaba sin aire y cerraba los ojos y pensaba en el océano, se decía: «Si no reacciono, me ahogaré. Desapareceré para siempre bajo esas olas y nadie volverá a saber de mí».

—*You OK?*

Tess abrió los ojos. Tardó unos segundos en enfocar la silueta imprecisa que tenía delante. Era Lara, que la observaba con un trazo de cocina en las manos y gesto preocupado.

—Sí —dijo Tess cuando la hubo reconocido.

Pero mentía, como la palidez de su rostro evidenciaba y también el sudor en su frente y los brazos inertes, colgando a ambos lados de la taza del váter. Parecía, de hecho, a punto de perder la consciencia. Eso alertó a Lara, que se puso en cuclillas y apoyó las manos en las rodillas de Tess.

—¿Quieres que llame a un médico?

—No. Necesito... —hizo un gesto con los dedos, como la vela de un barco desplegándose frente a su pecho— aire.

—¿Te acompaño a la calle?

Tess negó con la cabeza. Seguía luchando por respirar, y hablar no resultaba tarea sencilla. Cerró los ojos y apretó los párpados con fuerza. Permaneció así un minuto, durante el cual Lara la observó sin decir nada, hasta que se sobrepuso un poco y dijo:

—Ya estoy mejor.

Lara la ayudó a incorporarse y Tess, ya en pie, llenó de aire sus pulmones solo para comprobar que podía hacerlo. Luego, se retiró un mechón de pelo de la frente y contempló su rostro en el espejo.

—Dios —dijo en inglés—. Qué ojeras me han salido.

—Tengo antiojeras si quieres —le ofreció Lara.

Tess negó con la cabeza. Sintió el impulso de explicarse, de mentir: «No sé qué me ha pasado», «es la primera vez que me ocurre», «habrá sido por el calor». Y lo habría hecho de no ser porque, en ese preciso momento, un plato se estrelló con estrépito en alguna parte.

—Tengo que volver a la cocina o acabarán prendiéndole fuego —dijo Lara—. ¿Seguro que estás bien?

—Sí —aseguró Tess—. Gracias.

Lara asintió con una sonrisa y se marchó. Tess aguardó un minuto más antes de salir también del baño. De vuelta a su mesa, lanzó una discreta mirada a la fotografía de Ismael y ella, pero en su lugar encontró un hueco de pared desierta con un clavo en el medio. Alguien la había retirado.

Tess vaciló un momento, pero acabó respondiendo al teléfono cuando Ismael la llamó aquel jueves. Respondió aunque era tarde, o quizás precisamente porque lo era. Esa noche Donna dormía fuera, en casa de Juliette, eso le había dicho, pero vete a saber. Jack la había avisado de que llegaría tarde, tenía una cena y luego quizás unas copas porque «los clientes chinos, ya sabes». No sabía, pero tampoco le importaba. Que volviese cuando le diese la gana. Que se emborrachase, que se tirase a una *stripper*. Lo mismo le daba.

—Tess, perdona, ya sé que es tarde.

—No te preocupes. —Sonrió, seguía sin poder evitarlo—. Miraba fotografías.

Era cierto. Había sacado del arcón el álbum de cuero negro donde guardaba las pocas instantáneas que conservaba de aquellos años en que estas aún podían tocarse. Allí estaba su boda, el nacimiento de Donna y su bautizo, estaban Jack y sus padres, Miami, Nueva Orleans, La Habana y un pueblo español, el de sus abuelos, congelado en la única fotografía que llevaron consigo en su travesía oceánica.

—¿Fotografías? —inquirió Ismael.

—No importa. —Quería cambiar de tema y preguntó—: ¿Qué pasó? ¿Algún problema con los muebles?

—No, no. No hay ningún problema, está todo perfecto. Has hecho un trabajo fabuloso.

—Gracias.

—Te llamo porque mi *manager* me ha traído un vino de España, un tinto muy bueno. Había pensado que a lo mejor te apetecía compartirlo conmigo.

—Ah. Sí, bueno.

—Te espero entonces.

Tess abrió mucho los ojos en gesto interrogante, como si él pudiese verla, como si estuviese allí a su lado mirándola.

—¿Ahora? —preguntó.

—¡Claro! Así inauguramos la casa, como hacen con los barcos antes de lanzarlos al mar.

—La botadura —dijo ella en perfecto español.

Ismael rio en el auricular.

—¡Pero bueno! ¿Cómo puedes saber esa palabra?

—Por mi abuela —dijo ella, y bajó la vista hacia la fotografía—. Pasó mucho tiempo en un barco.

Optó por un vestido marrón de Valentino, discreto y elegante, que reservaba para encuentros discretos y elegantes. Ahora, envuelta en él, atravesaba Miami con la voz de Ismael susurrándole cosas hermosas en el equipo estéreo. Eran las once y veinte de la noche, y el estómago le protestaba de hambre y de nervios.

En cada semáforo miraba la pantalla del móvil. Lo sujetaba con la mano derecha, la de la alianza. Se había prometido que, si su marido o su hija la llamaban, daría media vuelta. Ocurrió que ninguno de los dos la llamó ni le escribió y Tess cruzó la entrada de Star Island saludando a su paso al guarda de la garita. Si aún le rondaban las dudas, poco pudo hacer con ellas porque, tan pronto como detuvo el motor, Ismael salió a recibirla, vestido como siempre, con una camisa blanca y unos vaqueros desgastados.

—Preciosa —dijo él al verla, y ella aceptó el cumplido con una sonrisa.

Ismael cedió el paso a Tess y cerró la puerta a su espalda. Ella entró y dejó su bolso sobre la mesa negra comprada en Crate & Barrel. Contempló el salón por fin amueblado: el sofá con sus cojines, los dos sillones, el esquinero, la cortina y la alfombra que tanto les costó elegir. Fue a decir algo (una observación sobre la dichosa alfombra) cuando él la tomó por la cintura y, sin más, la besó en la boca. Su lengua sabía a vino, pero a ella no le importó. Era la primera vez en veinticuatro años que Tess besaba a un hombre distinto de su marido. Y le gustó. Le gustó mucho, aunque no tanto como para perder la cabeza por completo. De ahí que, cuando él deslizó las manos hasta su culo, ella se las apartara con delicadeza y dijese:

—El vino.

—He empezado sin ti.

—Ya lo noté.

Ismael soltó una risotada y se encaminó hacia la cocina. Tess aprovechó para tomar una amplia bocanada de aire. Advirtió un remoto eco de asfixia, muy leve, pero suficiente para ponerla en guardia. «No —suplicó—, ahora no, por favor». Cerró los ojos, y un océano profundo, cubierto de reflejos blancos, fue poco a poco desplegándose bajo sus párpados. Tess flotó sobre él, dejándose acariciar por la brisa fresca y salada. No había nada de qué preocuparse. Todo estaba en orden allí arriba.

—¿Estás bien?

Ismael sujetaba la botella por el cuello y, en la otra mano, dos copas aún vacías. Tess asintió.

—Un poco cansada, no más.

El cantante sirvió el vino, algo menos de medio cáliz, y le alcanzó una de las copas.

—¿Por qué brindamos? —preguntó él.

—Por tu nueva vida en Miami.

—Me parece bien.

Dieron un trago mirándose a los ojos, que es, dicen, la fórmula para espantar la mala fortuna. Tess no era una experta en vino y aquel le supo duro, áspero pero sabroso, y también muy intenso.

—¿Y bien? —preguntó él.

—Está rico —dijo ella por decir algo.

—Más vale. Es un Pingus del 95.

—¿Eso es bueno?

—Bastante. Cuesta diez mil dólares.

Tess se escandalizó y lo puso de manifiesto, de forma un tanto cómica, apartando de sí la copa.

—*What?* ¿Te volviste loco?

—Es un regalo, no he podido rechazarlo. —Ismael contempló su copa a contraluz, el color teja de capa alta—. ¿Sabes por qué es tan caro?

Tess negó con la cabeza.

—Ese año —explicó Ismael— fue el mejor de la bodega. 1995. Robert Parker, que es el crítico de vino más importante del mundo, le dio una puntuación altísima, 98 sobre 100. Casi matrícula de honor. Dijo que era un vino prácticamente perfecto, uno de los mejores que había probado nunca, una obra maestra. La cuestión es que nadie conocía aquella bodega. Acababa de abrir y era muy pequeña, un negocio familiar, pero a todo el mundo le bastó con la palabra de Parker. Si él decía que había que probarlo es que había que

probarlo. En Pingus recibieron miles de peticiones desde Estados Unidos, así que metieron todas las botellas que les quedaban en un barco y las mandaron para América. Pero nunca llegaron.

—¿Por qué?

—El barco se hundió en mitad del Atlántico. Se encontró con una tormenta en las Azores y se fue a pique. Y, con él, las botellas. Esta de aquí es una de las poquísimas que no se enviaron a Estados Unidos. Una de las pocas Pingus 95 que quedan en el mundo. La última a lo mejor.

Tess contempló su copa fijamente, como si la mera visión de aquel líquido pudiese revelarle algo.

—¿Y por qué lo compartes conmigo? Yo no sé valorarlo.

Ismael no respondió. En vez de eso, le quitó con suavidad la copa de la mano y la depositó en la mesa de Crate & Barrel. Tess exhaló todo el aire de los pulmones, cerró los ojos y así, a oscuras y sin oxígeno, advirtió cómo él aproximaba su rostro al de ella y besaba despacio su cuello. Hacía una eternidad que nadie la besaba de aquella manera. Gimió, y oír su propio gemido la excitó aún más.

—Abre los ojos —le pidió, y Tess obedeció.

Se entregaron a una sucesión de besos violentos, húmedos, descarnados. Ismael avanzaba y Tess retrocedía, pegados el uno al otro, hasta que se toparon con una pared y allí se detuvieron. Él se quitó la camisa y amasó sus pechos. Ella le acarició los pectorales, los hombros, la espalda. Hacía una eternidad. Ismael introdujo una mano bajo el vestido marrón de Valentino (Tess pensó: «Quiero hacer esto») y ella arqueó la espalda (pensó: «Debí hacerlo antes»). Creyó oír algo. Era un teléfono. Era *su* teléfono. Sonaba dentro del bolso, en la mesa, junto a las copas y la botella.

Trató de ignorarlo. Se dijo: «Da igual». Se dijo: «No importa». Él hurgaba entre sus piernas y ella centró toda su atención en aquella mano, trató de enfocarse en el placer, nada más que en eso, y obviar la melodía que seguía sonando al otro lado del salón. No fue capaz.

—Espera —susurró sin mucho convencimiento.

Pero Ismael no se detuvo. Se arrodilló ante ella y levantó el vestido por encima de sus caderas.

—El celular —balbució ella.

—Deja que suene.

Ella quiso hacerle caso. Deseaba seguir y deseaba que él siguiera. Su marido se lo merecía, su hija se lo merecía. Ella se lo merecía. Ismael deslizó



sus bragas piernas abajo y Tess notó el aliento caliente sobre su sexo. Deseaba aquello más que ninguna otra cosa. Pero no podía hacerlo.

—Para —dijo. Él no paró y ella tuvo que poner toda su voluntad para repetir—: Para. *Enough!*

Se zafó de él como pudo, apartándose torpemente con la ropa interior por los tobillos. Se sintió ridícula y vulnerable. Ismael permaneció de rodillas, frente a la pared, mientras ella se subía las bragas y se recolocaba el vestido.

—¿Qué pasa? —preguntó él—. ¿Qué haces, adónde vas?

—No puedo —dijo ella simplemente.

El móvil dejó de sonar, sumiendo la casa en un silencio incómodo y hostil.

—¿Lo dices en serio?

—Lo siento. —Tenía ganas de llorar, se esforzó en evitarlo—. Pensé que sí podría, pero...

—¿Entonces para qué coño has venido?

Lo preguntó poniéndose en pie, y Tess descubrió que aquel hombre, el que se levantaba y la miraba, el que se recolocaba la polla todavía erecta dentro del pantalón, no era el mismo que minutos antes la había invitado a un vino carísimo. No era, desde luego, el hombre tierno y encantador que la había llevado a cenar, ni tampoco el que le susurraba, a veces, canciones de amor en el coche.

Y súbitamente, los últimos dos meses se reinterpretaron en su cabeza. Lo que había pasado entre ellos adquirió un nuevo significado, uno muy distinto, uno espantoso. Las llamadas, los mensajes, las miradas y las sonrisas, todo aquello le pareció entonces falso y artificial, prefabricado, ensayado y, casi con seguridad, mil veces repetido ante mil mujeres distintas. Aquel hombre era un depredador y ella había hecho las veces de presa sonriente y domesticada. Una presa imbécil que ni siquiera era consciente de estar a punto de ser devorada. ¿Cómo había podido ser tan estúpida? ¿Cómo se había dejado embaucar de esa manera, a su edad, con su experiencia?

—Que para qué coño has venido —repitió Ismael con el ceño fruncido.

Tess quiso responder con igual agresividad, proyectar contra él la furia que ahora sentía, «¡vete a la mierda!», «¡que te follen!», pero no fue capaz porque ella no era así.

—No me hables de esa manera —farfulló en lo que fue casi un tono de disculpa.

—Estás en mi casa. Te hablo como me da la gana.

Ismael apretó los puños, tensando los brazos y los pectorales. Tess dejó de sentir rabia y empezó a sentir, sobre todo, miedo. Dijo:

—Me voy.

Se apresuró hacia la mesa y cogió su bolso, volcando sin querer una de las copas. El vino se derramó por el tablero recién estrenado. La copa rodó y fue a estrellarse contra el suelo, astillándose en miles de pedazos diminutos.

—¡Mira lo que has hecho! —rugió él.

Su voz no era ya su voz, ni su cara era ya su cara. Se había convertido en otra persona, una violenta y salvaje. Una peligrosa. Tess titubeó un momento, unos segundos preciosos inútilmente malgastados que Ismael aprovechó para cortarle el paso. Tess, abrazada al bolso, luchó por contener el pánico.

—Déjame salir —dijo en inglés.

—Antes tienes que calmarte. Ven, acércate. Hablemos.

Ella avanzó dos pasos; primero uno, pausa, y luego otro más. Trataba de parecer firme, combativa.

—Que me dejes salir.

Él sonrió (tampoco aquella era ya su sonrisa) y se abalanzó sobre ella, apresándole un brazo y retorciéndoselo a la espalda. Tess quiso gritar con todas sus fuerzas, pedir auxilio, revolverse, pero apenas logró articular un chillido agudo y estridente.

—No te oye nadie —le susurró él al oído.

Tess recibió su aliento en el rostro, un hálito a vino que le dio ganas de vomitar. Estaba aturdida. Estaba aterrorizada.

—Suéltame.

No lo hizo. En su lugar, aumentó la presión sobre el brazo, retorciéndoselo un poco más. Tess experimentó un intenso dolor que le trepó por el hombro hacia el pecho y el omóplato. Apretó los dientes, atirantó el cuello y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Me has costado diez mil dólares —dijo él con desprecio.

Después de eso, la besó en la mejilla, pero no fue una expresión de cariño, sino más bien una parodia. Colocó los labios sobre la cara de Tess, surcada ahora por lágrimas negras y, al besarla de aquella manera, se rio de su ingenuidad. Ella sintió que las piernas le fallaban. Tenía la certeza de estar a punto de desplomarse, derrotada y a su merced, cuando Ismael la liberó.

Tess se encorvó, flexionó el brazo herido. Cerró los dedos en un puño y los extendió de nuevo. Le costaba y le dolía y le latía, como si aquella mano

tuviese su propio corazón. Aquello no estaba pasando, no era posible, no podía estar sucediéndole a ella.

Ismael la miró con indiferencia y se peinó con una mano. Luego, abrió la puerta de la calle con una escalofriante parsimonia, con un movimiento que parecía haber ejecutado ya muchas veces, como si fuese una rutina molesta pero inevitable, y le dijo:

—Eres una calientapollas. ¿Sabes lo que significa o te lo digo en inglés?

Tess miró al jardín iluminado, recogió su bolso del suelo y, sin pensarlo un segundo, salió corriendo de la casa. Avanzó desmadejada hasta el coche, entró en él y, nada más acercar la llave magnética al contacto, la voz de Ismael la atronó, prometiéndole que la querría para siempre. Tess dejó escapar un grito de pánico. Tan perturbada estaba que tardó varios segundos en atinar con el botón correcto, *eject*. Abrió la ventanilla y lanzó el disco al exterior. No fue hasta que pisó el acelerador que se dio cuenta de que estaba descalza. Sus zapatos habían quedado allí dentro, en alguna parte.

Abandonó Star Island a toda velocidad, sin mirar al guarda de la garita, y cuando llegó al paso elevado de MacArthur, giró en dirección este. No quería ir a casa, *no podía* ir a casa. Necesitaba dar un rodeo, tranquilizarse, dejar de temblar. (El océano). Condujo sin apartar la vista de la carretera y, aunque ya no lloraba, las luces de los coches y de las farolas se multiplicaban dentro de sus lágrimas. (Los reflejos sobre las olas, el cielo azul, la espuma blanca). Condujo por su carril haciendo caso omiso de aquel dolor agudo y punzante, sin plantearse adónde iba (la brisa fría y salada) hasta que se topó con un sitio donde aparcar y allí se detuvo.

Miami Beach resplandecía en mitad de la noche, vulgar y majestuosa, con sus neones verdes y rosas y turquesas. Tess examinó su brazo malherido. Tenía cinco marcas rojas, los dedos de Ismael.

Pensó: «Se pondrán moradas».

Pensó: «Jack me preguntará qué me ha pasado y yo tendré que mentirle».

No pudo más y rompió a llorar de nuevo. Lo hizo como una niña, dejándose llevar por el llanto, sin restricciones ni vergüenza. Lloró largo rato, sentada dentro del coche, hasta que le dolió la tripa y le ardió el pecho. Contempló luego su reflejo en el retrovisor, el maquillaje desfigurado burlándose de ella, riéndose de su intento por parecer joven de nuevo, por simular ser alguien que no era, que nunca había sido y que nunca sería. Decidió dejarlo así, descompuesto, porque así era como se sentía.

«¡El móvil!», recordó de pronto, y lo extrajo del bolso con manos temblorosas. En la pantalla, una llamada perdida de Jack y un mensaje de voz.

«Cariño —decía él, mucho ruido al fondo, música y griterío—. Supongo que estás en la cama. Te llamaba para decirte que esto se va a alargar un rato. Parece que los chinos no han salido en su vida». Una risotada que a Tess le desagradó profundamente. «En fin, bueno, mañana te cuento. Un beso».

Tess apoyó el teléfono en el salpicadero. Había dejado de temblar, pero seguía asustada. Poco a poco, se fue apoderando de ella una inmensa tristeza. ¿Qué se supone que hace una en estos casos? ¿Ir a la policía y denunciarlo? ¿Llamar a una amiga y contárselo, emborracharse sola y torturarse? Aquella sensación de incertidumbre no era nueva, pero jamás antes la había experimentado con semejante intensidad. Estaba perdida y estaba sola.

Un mendigo pasó junto al coche y golpeó accidentalmente la ventanilla. Tess se giró y, al hacerlo, descubrió en la acera de enfrente la fachada blanca de El Español. Pensó: «¿Cómo he llegado aquí?», y también: «¿Por qué aquí precisamente?». Era una señal, tenía que serlo, ¿cómo explicarlo si no? ¿Cómo si no era posible que, de todas las calles y plazas de aquella ciudad de casi medio millón de habitantes, hubiese ido a parar justamente allí?

El restaurante estaba vacío, pero Tess creyó apreciar una luz encendida al fondo. Salió del coche, porque las señales no deben obviarse, y cruzó la calle, descalza y zigzagueante. Apoyó la frente en el cristal de la puerta, junto a un cartel que manifestaba *Closed/Cerrado*, y comprobó que, en efecto, los fluorescentes de la cocina permanecían encendidos. Tal vez los dejaban así al marcharse o tal vez no. Golpeó con los nudillos y esperó. Nada se movió dentro, así que llamó de nuevo, más fuerte. Esta vez Lara asomó por la puerta abatible de la cocina y miró con recelo la silueta pegada al cristal. Tardó unos segundos en reconocerla, pero entonces su expresión cambió súbitamente y por completo. Abrió los ojos de par en par, movió los labios diciendo algo que Tess no pudo oír y se precipitó hacia ella. De la cocina salió también Karim, desprovisto ya de su uniforme de trabajo.

—Dios —dijo Lara mientras abría la puerta—. ¿Estás bien?

—No —respondió ella y, aunque quiso evitarlo, la voz se le quebró en un sollozo.

Lara examinó a Tess, sus pies descalzos, el brazo encarnado, el maquillaje corrido, y luego echó un vistazo fuera. Buscaba quizás un corrillo, una trifulca, algún tipo con mal aspecto, pero no vio nada de eso. La vida en

Collins Avenue con la 14 discurría como si tal cosa, ajena por completo a Tess y a su llanto.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó Karim, y Tess negó con la cabeza.

—¿Puedo pasar? —dijo tan solo.

—¡Claro! —exclamó Lara—. Claro que sí, pasa.

La tomó con cuidado de una mano y juntas entraron en el restaurante. Allí permanecerían buena parte de la noche.

# TERCERA PARTE

---

# Tomás y Tess

Tomás descubrió que estaba a punto de perder su trabajo. A las cinco y media de la tarde, la productora ejecutiva (y dueña de la empresa) convocó en el plató a toda la plantilla y dijo:

—La cadena ha decidido prescindir de nuestro programa. Nosotros no podemos...

Y eso fue todo. La voz se le quebró en plena frase y ya no fue capaz de seguir. Miró al suelo, farfulló un «perdón» y así se quedó, con la cabeza gacha y la respiración agitada. Varios de los presentes escondieron la mirada, hubo carraspeos y toses, alguien chasqueó la lengua, Tatiana (maquilladora) dijo «mierda» y Dani (operador de sonido y exlegionario) rompió en un aplauso pretendidamente épico al que nadie se sumó.

A decir verdad, aquello no fue una sorpresa para ninguno de los veintidós trabajadores. Hacía meses que los rumores de cierre planeaban sobre la productora. La crisis se había llevado por delante buena parte de la industria televisiva y, teniendo en cuenta los bajos índices de audiencia de su programa, era cuestión de tiempo que la ola los alcanzase también a ellos.

La productora recobró las fuerzas, les dijo que, en los días sucesivos, iría citándolos por separado para abordar cada una de sus situaciones particulares. Habló de indemnizaciones, de contratos y de autónomos. Rogó tranquilidad y confianza y se comprometió a hacerlo «todo bien, en orden y en tiempos».

Cuando las explicaciones ya no dieron para más, Xurxo, el jefe de producción, propuso ir a emborracharse. A la mayoría le pareció de lo más congruente dadas las circunstancias y aceptaron la moción a la manera vikinga, con gritos y risotadas. Acabaron en el bar de al lado, el de siempre. En el ambiente estruendoso que ellos solos generaron flotaba esa melancolía propia de las despedidas.



Tomás disfrutó como el resto, rio como el resto y, de la misma manera que el resto, no pudo evitar emocionarse en un par de ocasiones. Había perdido ya la cuenta de las cervezas que llevaba cuando uno de los cámaras empezó a contar algo (una anécdota simpática sobre su hijo pequeño) que le hizo caer en la cuenta.

—¿Qué pasa, estás bien? —le preguntó Sandra al ver su gesto: las cejas en alto, una mano a la cabeza.

Tomás sacó el móvil y trató de encenderlo, pero el maldito trasto se negó. Se giró entonces hacia la ventana. Fuera atardecía en el mejor de los casos y anochecía en el peor.

—¿Qué hora es? —inquirió alarmado.

—Las siete y veinte.

—Mierda. Mierda, joder. Déjame tu teléfono, corre.

Sandra obedeció sin hacer preguntas. Tomás se apartó de la algarabía y marcó el número de su exmujer, que aún se sabía de memoria.

—¿Sí? —dijo ella.

—Pat, soy yo.

Un suspiro al otro lado.

—Estaba preocupadísima. ¿Qué pasa, estás bien?

—Sí, sí. ¿Estás con Hugo?

—¡Claro que estoy con Hugo! ¿Dónde coño estás, qué ha pasado?

—Me he quedado sin batería y... —Tomás cerró los ojos, apretó los párpados—. Se me ha olvidado.

—Dios, Tomás. ¡Hugo ha estado una hora esperándote en la puerta del colegio!

—Ya, es que...

Pat le interrumpió:

—¿Estás en un bar?

El ruido de fondo le delataba, no había forma de negarlo, así que optó por cambiar de tema:

—¿Dónde estáis vosotros, estáis en casa?

—¿Dónde vamos a estar?

—Voy para allá.

Pat empezó a decir algo («¿Me puedes explicar...?»), pero Tomás colgó a media frase y le devolvió el teléfono a Sandra.

—No pensarás conducir así —le reconvino ella.

—Así, ¿cómo?

—Así. Borracho.

—No estoy borracho. ¿Estoy borracho, parezco borracho, sí?

—Coge un taxi.

La carrera duró veinte minutos (diecisiete euros), tiempo que Tomás invirtió, sobre todo, en maldecirse. Había quedado con su hijo para merendar una hamburguesa, incluso se lo había confirmado por la mañana (recordaba perfectamente el *emoji* relamiéndose que el niño le había enviado en respuesta). Mierda. Lo último que necesitaba Hugo era que su padre, el de verdad, olvidase sus citas; al otro, al de mentira, nunca le ocurriría una cosa semejante. Darío era intachable, perfecto, él siempre lo recordaba todo.

Salió del taxi a toda prisa y carraspeó antes de llamar al video-portero. Tenía la boca pastosa y empezaba a dolerle la cabeza. Pat dijo «quién», Tomás respondió «yo».

Tuvo suerte y encontró el portal vacío. Cuando se topaba con algún vecino, y no era raro en aquel edificio de ocho pisos, siempre le preguntaban por Hugo, qué tal andaba, cómo le iba en el colegio, pero jamás nadie, en esa escalera en la que él había vivido nueve años, le preguntó qué tal se encontraba *él*. Ni una sola vez le preguntaron cómo lo llevaba, quizás porque vaticinaban la respuesta, porque temían que les dijese «divorciado» o «solo» o «traicionado por la del sexto A, ya sabes, mi exmujer».

Miró al espejo del ascensor y ahí se encontró, despeinado y con dos marcadas ojeras de vividor. En términos generales, ofrecía un aspecto lamentable y, tenía razón Sandra, parecía borracho (no mucho, pero sí lo suficiente para que aquello fuese, en conjunto, una pésima idea). Se maldijo otra vez.

—Ya te vale —soltó Pat desde el quicio de la puerta—. Es la segunda vez este mes.

—Ya lo sé, pero es que...

—¿Has bebido?

Lo preguntó antes de lo previsto, cuando Tomás estaba todavía en el rellano. Se peinó con una mano (sintió que debía hacerlo porque ella le miró el cabello después de lanzarle la pregunta) y solo acertó a decir:

—Me voy al paro.

Pat cambió su semblante, descruzó los brazos.

—Qué dices.

—Nos han avisado esta tarde. La productora cierra. No han conseguido que la cadena renueve el programa. En dos semanas nos vamos todos a la

calle. —Señaló al interior de la casa—. ¿Puedo pasar?

Entraron los dos. Darío (intachable, perfecto) se reunió con ellos en el pasillo.

—Tomás —dijo muy serio, y este le respondió levantando una mano a modo de saludo. Así se ahorra tener que tocarle.

—¿Y Hugo?

—En su cuarto —respondió Pat—, pero ni de broma lo vas a ver con esa melopea que llevas.

—¿Estás borracho? —preguntó Darío.

Tomás no respondió porque aquello no había sido una auténtica pregunta (que, en términos generales, se formula a la espera de una contestación), sino más bien un reproche. Al decir «¿estás borracho?», Darío pretendía transmitir un juicio moral, un «¡válgame el cielo!», algo así como «¿estás trayendo el alcohol a mi casa!». De modo que Tomás se dirigió a su exmujer:

—Me he quedado sin batería en el móvil. Deja que le vea, anda.

Pat le miró en silencio. Había en su gesto un fondo de compasión, de lástima tal vez. Se apoyó en la pared y cruzó los brazos de nuevo.

—Como quieras, pero piénsalo antes. Reflexiona un momento, si es que puedes. ¿No es mejor que lo dejes para mañana?

Tomás estaba dispuesto a fingir que reflexionaba para llegar a la conclusión falsamente meditada de que, en efecto, quería ver a su hijo. Resultó innecesario porque, justo entonces, Hugo abrió la puerta de su cuarto. Aunque fue cuestión de un par de segundos, Tomás tuvo tiempo de sobra para sentir cómo le fulminaba con la mirada y le echaba en cara no ya el olvido puntual de aquella tarde, ni siquiera los dos del mes o los ¿cuántos?, ¿cinco?, que llevaba ese año, sino, en general, todos los errores que había cometido a lo largo de su paternidad. Luego, tras más de una década de reproches condensados en un parpadeo, el niño giró en redondo, entró de nuevo en su habitación y cerró de un portazo.

—Te lo dije —aseveró Pat. Después, le ofreció un café.

Se sentaron los tres en la cocina, cada uno con una taza distinta. Tomás miró la suya. Años atrás, a veces usaba esa misma taza para desayunar. Le gustó comprobar que allí seguía, en el mismo armario, en exactamente el mismo lugar, como un vestigio de su vida arrebatada.

Pat le dijo «cuéntanos» y él resumió lo que la productora les había anunciado horas antes. Que el programa terminaba, que no tendría repuesto y que todos se verían de patitas en la calle en menos de un mes.

—¿Qué planes tienes? —preguntó Darío.

—No tengo ningún plan. Me lo han dicho esta tarde, ni me he hecho a la idea todavía.

Darío asintió comprensivamente y añadió:

—Míralo como una oportunidad.

—Ajá. Gracias por el consejo.

Antes de desposeer a Tomás de todo, Darío trabajaba como consultor por cuenta ajena. Pasaba entre ocho y doce horas diarias bajo los plafones fluorescentes de una gran multinacional, hasta que una tarde, eso cuenta él, vio la luz. La epifanía tuvo lugar en el metro, línea verde, después de una deprimente jornada en su impersonal cubículo de la planta doce. Darío se topó con su propio reflejo en uno de los cristales del vagón (la corbata mal anudada, las bolsas en los ojos, las entradas incipientes) y súbitamente comprendió que estaba tirando su vida por el retrete. Había sido un estudiante brillante, una media de sobresaliente y varias matrículas de honor, ¿cómo había llegado a convertirse en aquel tipo del cristal? ¿Acaso no merecía un horizonte mayor, más luminoso? ¿Por qué constreñir su existencia a las estrecheces de un trabajo repugnantemente gris por alto que fuese el sueldo variable, por grandes que fuesen las perspectivas de promoción?

Aquel arrebató psicótico (así lo consideraba Tomás) acabó dando como resultado *Felicidad y eficiencia*, un manual a mitad de camino entre la autoayuda y la gestión empresarial que escribió en menos de tres meses, robando tiempo al sueño y a su ya por entonces maltrecha relación. «Lo llevaba dentro», contaría Darío en una entrevista. «Esas ideas estaban deseando salir, de ahí que el proceso fuese tan rápido». Lo puso a la venta en internet y, por algún motivo, se convirtió en un éxito fulminante que hizo de Darío un gurú de no se sabe muy bien qué.

El libro solo podía adquirirse en copia digital, noventa y cinco céntimos la unidad, así que no se enriqueció, pero le sirvió para que una gran editorial le pusiera un contrato encima de la mesa. Con ella publicó su segunda obra (*Las cinco claves de la felicidad eficiente*) y también la tercera (*¡Toma las riendas!*, subtítulo: *Hazte el dueño de tu tiempo y de tu vida*). Ambos resultaron ser superventas y a Darío le faltó tiempo para pedir la cuenta en la multinacional de los plafones fluorescentes. Ahora vivía de sus libros, de sus artículos y de conferencias por las que nunca cobraba menos de tres mil euros.

—No te pongas a la defensiva —le dijo Darío a Tomás con pegajosa condescendencia—. Te lo comento por si puedo ayudarte. Me gustaría.

—No es el momento —intervino Pat.

—No, no lo es —confirmó Tomás, y se puso en pie—. Me voy a casa.  
Mañana llamaré a Hugo. Ya le compensaré de alguna manera.

—Te va a costar —dijo ella—. Está muy enfadado.

—Bueno. Algo se me ocurrirá.

Una semana después, a Hugo aún le duraba el enfado.

—No quiere hablar contigo —le dijo Pat por teléfono.

—¿Y tú le dejas?

—¿Qué quieres que haga? No puedo obligarle. Ya se le pasará, dale tiempo.

Tampoco es que Tomás estuviese pasando por su mejor momento. Cada mañana, al llegar a la productora, se encontraba con un folio pegado a la puerta anunciando los días que quedaban para el cierre: dieciséis, quince, catorce... Era un acto supuestamente reivindicativo puesto en marcha por varios compañeros, pero, desde su punto de vista, aquello solo servía para abismar unos ánimos ya de por sí hundidos. Únicamente Sandra parecía ajena a la depresión colectiva, manteniéndose en lo que se podría definir como un «estoicismo indiferente». Ella era joven, carecía de compromisos y de cargas familiares; perder el trabajo era una mala noticia, pero en ningún caso la tragedia que suponía para buena parte de sus compañeros.

—¿Cómo van las cosas con Hugo? —le preguntó a la vuelta de una grabación.

—Mal. Me siento un padre de mierda.

—Venga ya, no seas melodramático.

—No quiere verme.

—¿Y por qué no lo esperas a la salida del instituto? Preséntate sin avisar. Apareces allí, os vais a dar un paseo y aclaráis lo que tengáis que aclarar.

—No es tan fácil —argumentó él.

—¿Por qué?

—Para empezar, tendría que avisar a Pat. Si no le digo nada, Darío podría mandar a la policía detrás de mí, y eso es justo lo que me faltaba ahora, que me detuvieran por secuestrar a mi propio hijo.

—Pues la avisas, ¿dónde está el problema?

En ninguna parte, esa era la verdad y Tomás lo sabía. Caviló sobre ello un par de días. A veces le parecía una idea estupenda, a veces nefasta, pero el hecho es que el niño seguía sin hacerle caso, sin ponerse al teléfono ni responder a sus mensajes, de modo que Tomás acabó proponiéndoselo a Pat: «... me presento sin más y hablo con él». Ella lo vio con buenos ojos y el miércoles por la tarde Tomás se plantó en la puerta del instituto con las manos en los bolsillos y más dudas que certezas en torno a aquella estrategia. Cuando Hugo salió y atisbó a su padre, plantado como un pasmarote en la acera de enfrente, se detuvo en seco, miró a su alrededor y trató de escabullirse por entre la multitud de chavales allí congregados. Casi lo consigue, pero Tomás echó a correr tras él y lo agarró de la mochila.

—¡Suéltame! —bramó el niño, y lo hizo a tal volumen que varias cabezas se giraron hacia ellos. Nadie se alarmó, porque los adolescentes no se alarman. En vez de eso, uno hizo muecas, otro se las rio y un tercero, a lo lejos, imitó a Hugo: «¡Suéltame! ¡Suéltame!».

—¿Adónde vas? —preguntó Tomás a su hijo.

—Déjame. No quiero hablar contigo.

—Hugo, joder, ¡ha pasado semana y media! Se me olvidó que habíamos quedado, vale, perdóname, lo siento, no volverá a pasar.

—Eso dijiste la última vez —argumentó, y era cierto—. Te da igual todo. Lo dijo sin mirarle, con una mezcla de desprecio y tristeza.

—¿A qué viene eso? ¿Cómo que me da igual todo? ¿Quién te ha enseñado esa frase? ¿Se la has oído a Darío?

El niño negó con la cabeza. Parecía decir: «No entiendes nada». Así, al menos, lo interpretó Tomás.

—No —dijo Hugo con chulería—. No me lo ha dicho Darío.

—¿No? Pues no sé, yo creo que sí, porque los niños no dicen esas frases.

—No soy un niño.

—¿Ah, no? ¿Y qué eres, un hombre?

—Vete a la mierda.

Esta vez sí le miró. Le estaba retando, y Tomás tuvo que tomar aire para no sucumbir a la provocación. ¿Dónde había quedado el niño cariñoso que le cogía de la mano y le pedía ser aupado, que le decía que de mayor sería astronauta o bombero o tal vez, a lo mejor, cámara como él? ¿Qué había sido de su hijo y quién era aquel mocoso insolente que ocupaba su lugar?

—Ni se te ocurra hablarme así.

—¿O qué? ¿Qué vas a hacer, castigarme? No puedes —dijo con el rostro crispado—, no vives en casa.

Tomás se metió las manos en los bolsillos y bajó el tono hasta casi el susurro.

—Hugo, escucha. No tengo ninguna intención de castigarte. He venido para pedirte perdón, nada más. Si lo aceptas, bien. Y si no... Me marcharé por donde he venido.

El niño observó fijamente a su padre. Lo analizó con gesto reconcentrado, miró sus ojos y sus manos, miró a sus compañeros que se alejaban, y entonces, sin más, le dijo:

—Tengo hambre.

Entraron en un McDonald's y pidieron dos hamburguesas, como desagravio por aquellas que no se llegaron a comer. Se acomodaron en una mesa junto a la ventana, lo más lejos posible de un ruidoso grupo de adolescentes en plena eclosión hormonal. Aunque en un principio Hugo se mostró circunspecto, el azúcar de la Coca-Cola y la carne procesada hicieron su efecto y padre e hijo acabaron hablando largo y tendido, sobre todo de baloncesto, afición que el niño había heredado de su padre y sobre la cual Darío, felizmente, no podía aportar nada. Fue en mitad de la conversación (Tomás alababa el papel del Estudiantes durante aquella temporada) cuando a Hugo le cambió la cara, entristeciéndose de pronto.

—¿Qué pasa? —le preguntó su padre.

—Mamá me ha dicho que te van a echar del trabajo.

—Bueno, no es que me vayan a echar, es que cierra la empresa.

—Os echan a todos.

—Eso es.

Hugo se aferró a su vaso con ambas manos y meneó con un pie las servilletas sucias y arrugadas que había bajo la mesa.

—¿Y de qué vas a trabajar?

—De cámara. Es mi trabajo, es lo que sé hacer. Tendré que buscar otro sitio, nada más.

—¿Y si no lo encuentras?

—Lo voy a encontrar. No te preocupes por eso.

Hugo reflexionó un momento y, sin tenerlas todas consigo, declaró:

—Darío dice que tienes que reinventarte.

Tomás se esforzó por disimular su irritación. No fue fácil.

—¿Eso te ha dicho?



—Se lo ha dicho a mamá.

—Estupendo.

—¿Qué es reinventarse?

—Es... —Tomás buscó una manera sencilla de explicarlo, pero lo cierto es que no quería hacerlo—. ¿Por qué no se lo preguntas a Darío?

—Me lo explicó, pero no lo entendí. No se explica muy bien.

A Tomás le complació oír aquello. Al parecer, no era perfecto después de todo.

—Bueno, verás, reinventarse es... algo así como volver a empezar. ¿Entiendes?

—Volver a empezar —repitió el niño, y torció la cabeza.

—Mira. —Tomás se apoyó en el respaldo con una pajita entre los dedos, moviéndola a modo de batuta—. La gente, los adultos, vamos... montando nuestras vidas a medida que crecemos. Los mayores no nacemos con trabajo, ni con pareja, ni con hijos...

—No soy idiota —le interrumpió Hugo.

—Tienes razón, perdona. Lo que quiero decir es que, a medida que pasa el tiempo, vas acumulando... compromisos. Un trabajo, una pareja, una casa. —El niño le miraba concentrado, atento a cada palabra—. No quiero decir que sean cosas malas, pueden ser estupendas y generalmente lo son. Has luchado mucho por todo eso, has tenido que renunciar a otras cosas para conseguirlas, así que estás contento con ellas, pero... no tienen por qué ser para siempre. No todas. Algunos matrimonios terminan, ya lo sabes. Eso no quiere decir que la gente deje de quererse. Tu madre y yo nos queremos mucho. Pero, con el paso de los años, algunas personas descubren que necesitan otras cosas. Cosas nuevas. Cosas que no habían necesitado hasta ese momento o que no sabían que necesitaban. Eso pasa también con el trabajo. Uno puede tirarse años en una oficina o en una tienda. O en una productora, como yo. Y llega un momento en que te acomodas, es inevitable, porque crees que va a durar para siempre. Pero no tiene por qué ser así. Un día te puedes quedar en la calle y eso —carraspeó— puede ser bueno.

—¿Por qué?

—Porque es una oportunidad. Porque puedes empezar algo nuevo, algo que no habías hecho nunca.

—¿Como qué?

—No sé, cualquier cosa. Puede ser algo que ni sabías que podías hacer, algo que nunca imaginaste que acabarías haciendo. Eso es reinventarse. —

Tomás contempló a su hijo, que reflexionaba con la mirada perdida entre las sobras de la merienda—. ¿Has entendido algo?

—Más o menos.

—¿Me he explicado mejor que Darío?

El niño sonrió, cómplice de su maldad.

—Mucho mejor.

Dieron un paseo y hablaron de las vacaciones. Desde el divorcio, Hugo veraneaba con su madre. Alquilaban un apartamento en Cádiz, cerca de la playa, y pasaban allí quince días en agosto. El año pasado Darío se había incorporado al plan por primera vez.

Tomás se quedaba en la ciudad y solo se permitía alguna escapada puntual, empujado por el calor sofocante de Madrid. El último verano recorrió en coche durante una semana la cordillera Cantábrica, desde Asturias hasta el País Vasco francés. Este año, sin embargo, el despido le obligaba a ser prudente con sus ahorros. Si se marchaba a alguna parte, no serían más que unos pocos días.

—¿Por qué no nos vamos todos juntos? —preguntó Hugo.

—Todos, ¿quiénes?

—Mamá, Darío, yo y tú.

—Se dice tú y yo.

—¿Por qué?

—No tengo ni idea, pero se dice así. Y no me parece una buena idea.

—¿Por qué?

—Porque mamá y Darío querrán ir juntos de vacaciones. Sin mí, quiero decir.

—Entonces vámonos nosotros. Tú y yo, solos.

Tomás se volvió hacia su hijo, que le chantajeó con la mirada. Era una sensación agradable tras la silenciosa hostilidad de los últimos días, y a punto estuvo de ceder solo para no disipar aquella ilusión, pero, cuando abrió la boca, el sentido común se impuso.

—No sé si podré, Hugo. Cuando me quede sin trabajo, tendré que apretarme el cinturón. —El niño clavó la vista en sus zapatillas, otra vez enfurruñado—. Pero ya lo hablaremos más adelante, ¿vale? Quedan más de dos meses para las vacaciones.

El niño asintió sin mirarle y farfulló un «vale» desencantado.

Una cosa era cierta: Tomás no se sentía capaz de pensar en aquello. ¿Cómo iba a planificar agosto si ni siquiera sabía qué sería de él en junio?

Bastante tenía con no sucumbir al pánico. Aunque trataba de evitarlo por todos los medios, de vez en cuando le daba por pensar en esa mañana, cada vez más próxima, en que se levantaría sin nada que hacer. ¿Cómo lo gestionaría? ¿Qué hace la gente cuando se queda sin trabajo? ¿Cómo organizan los días, las semanas, los meses? Era una situación nueva para él, jamás en su vida había estado en el paro. Se decía «ya lo afrontaré cuando llegue» y se esforzaba por pensar en cualquier otra cosa, pero cada noche, al meterse en la cama, la angustia volvía a corroerle; trece días, doce días, once días...

Acompañó a Hugo hasta la puerta de casa, donde Pat los recibió en camiseta, mallas y unas llamativas zapatillas color rosa. Tenía el rostro congestionado y empapado en sudor. Acababa de volver de correr, dijo soltándose la coleta. Desde el divorcio, le había dado por el *running*, exactamente igual que a la mitad de los treintañeros de la ciudad.

—¿Qué, lo habéis arreglado? —preguntó Pat a su exmarido cuando Hugo entró en su cuarto.

—Sí. Solo necesitaba que le hiciese algo de caso.

—¿En serio? Qué perspicaz eres.

—Oye, no me agobies tú también.

—Perdona —dijo ella con ternura—. ¿Cómo llevas lo del trabajo?

—Bien.

—Si necesitas hablar, sabes que...

—Sí —interrumpió Tomás—. Ya lo sé.

—Vale.

Pat le plantó un beso en la mejilla y Tomás no pudo evitar recibirlo con los ojos cerrados. Al separarse, ambos suspiraron, cada cual por sus propios motivos.

Tomás entró en su portal a las nueve menos veinte de la noche, después de hacer algunas compras en el chino de la esquina: leche, papel higiénico, salchichas y tres cervezas. Apoyó la bolsa de plástico en el suelo y abrió el buzón por rutina, sin esperar nada más que alguna factura y algún panfleto publicitario. Lo que encontró fue un abultado sobre marrón a su nombre y sin remite. Esperó a entrar en casa para abrirlo. Contenía un libro, y no uno cualquiera. *Reinventate*, de Darío L. Cuadrado, cuyo subtítulo proclamaba: *El libro que te ayudará a empezar de nuevo*. En la portada, un dibujo en trazos pastel daba forma al estereotipo contemporáneo de mujer-joven-y-activa (ropa

elegante, femenina pero formal, de *casual Friday* con buen tiempo; una combinación milimétricamente estudiada de abnegada responsabilidad y jovial despreocupación). A Tomás le pareció que aquella mujer se daba un aire a Pat.

En la cuarta página, encontró una dedicatoria escrita a boli:

«Ojalá te ayude. Darío».

Fue hasta el dormitorio con el libro en las manos. Era el único que había en aquella casa porque Tomás odiaba los libros y los libros le odiaban a él. No lo leería, pero tampoco quería tirarlo. No ese día, por lo menos. Así que, tras meditarlo un momento, decidió dejarlo en una balda. Justo al lado de su vieja cámara de fotos.

Tess y Lara se hicieron amigas.

Su amistad nació la noche en que la americana se presentó sin avisar en la puerta del restaurante descalza y con marcas en el brazo. Karim dejó solas a las dos mujeres a petición de su pareja. Y allí, sentadas en una mesa, Tess se despachó a gusto con Lara. Mencionó el carísimo vino, la llamada de su marido, le habló de los insultos, las amenazas, la humillación. Lloró mucho y cada poco repetía: «No sé por qué te cuento esto».

Lara le aconsejó que lo denunciase, incluso se ofreció a acompañarla a la comisaría de Washington Avenue, pero Tess negó con la cabeza.

—No puedo —susurraba—. Mi marido..., mi hija...

Era ya muy tarde cuando Jack la telefoneó. Sonaba borracho y alarmado.

—Acabo de llegar a casa, ¿dónde estás?

—Tomando algo con una amiga —se limitó a responder ella.

Estaba decidida a ocultarle lo ocurrido. Cuando entró en su dormitorio, casi al amanecer, él abrió los ojos y, en duermevela, le preguntó:

—¿Qué hora es?

—Muy tarde —contestó ella, y eso fue todo cuanto se dijeron.

Tess se despertó sola en la cama, con medio cuerpo entumecido y un punzante dolor en el brazo. Se puso una camisa de manga larga que ocultaba los cardenales ya azulados, y a media mañana le envió un mensaje a Lara:

«Gracias por lo de anoche».

Ella respondió de inmediato:

«*You're welcome*. ¿Cómo estás hoy?».

«Bien —mintió Tess—. Mejor».

Lara le devolvió un *emoji* sonriente y otra pregunta:

«¿Qué haces el viernes?».

Así nació la costumbre. Cada viernes, a primera hora de la tarde, las dos mujeres se reunían en la terraza del hotel Betsy (o en el salón, si el tiempo no

acompañaba) para tomar juntas un café. Solas ellas dos, desgranaban lo más destacado de su semana, entretejiendo asuntos propios con chismes ajenos.

Aquella tarde de marzo, Tess aparcó en Meridian Avenue, lejísimos del hotel, y atravesó a la carrera la calle 15. Vio a Lara nada más doblar la esquina de Ocean Drive; estaba en la mesa acostumbrada mirando algo en el móvil.

—¡Discúlpame! —gritó Tess con voz ahogada.

Lo dijo en español. En ese idioma había germinado su relación y en él se mantenía desde entonces.

—Tranquila —replicó Lara—. Respira, mujer. Solo llegas quince minutos tarde. En España esto es ser puntual.

Tess sonrió, se cruzaron dos besos.

—Tuve que dar una vuelta enorme. Están filmando algo por Alton Road. *CSI*, me pareció, estaba el actor pelirrojo ese.

—¿De dónde vienes?

—No te lo vas a creer. —Forzó una pausa, arqueó las cejas—. Estuve toda la mañana con un torero.

Lara dio un cómico respingo.

—¿Qué dices? ¿Hay toreros en Miami?

—Uno como mínimo.

El camarero, un mulato vestido enteramente de blanco, se acercó a la mesa y saludó a Tess con familiaridad. Ella le pidió un café *latte* y, mientras se lo preparaban, aclaró que el torero en cuestión era, en realidad, un extorero. Se acababa de retirar y había decidido despilfarrar sus ahorros, o parte de ellos, en una casita al norte de Miami Gardens, sospechosamente cerca del casino.

—¿Y se la estás decorando tú?

—Sí. Me recomendó el *sanaco*. —Era aquella un habla cubana que Tess conocía por su abuela y que venía a significar algo parecido a «bobo». Tess la usaba para referirse a Ismael, evitando así pronunciar su nombre, y Lara compartía el código—. No es la primera vez que me recomienda. Me parece a mí que lo hace como acto de contrición. ¿Se dice así?

—Sí. ¿Has vuelto a hablar con él?

—¿Con el *sanaco*? No. Nunca.

Tess se llevó una mano al brazo, cubriéndose el lugar exacto donde Ismael la había marcado con sus dedos. Fue quizás un gesto inconsciente, pero Lara se percató de ello y decidió cambiar de tema.

—Háblame de ese torero.

Charlaron durante casi una hora de aquel y otros asuntos hasta que Lara consultó la pantalla de su móvil y pidió la cuenta al camarero. Tess había decidido tomarse la tarde libre, así que se ofreció a acompañarla hasta el restaurante. Caminaban las dos calle abajo, el océano a su izquierda, cuando Tess le preguntó:

—¿Te puedo comentar una idea que tuve? —Llevaba tiempo buscando el momento adecuado para hacerlo. Si no lo había encontrado hasta entonces no era tanto porque se tratase de una información relevante o delicada, que no lo era, como por sus propias inseguridades. Lo cierto es que seguía teniendo dudas al respecto, pero las acalló y dijo—: Me estoy planteando visitar España.

—¿En serio? —Lara se volvió hacia ella con una sonrisa exultante.

La idea la había asaltado un par de semanas antes, un domingo por la tarde, frente al álbum de fotos antiguas. Frente a una fotografía en concreto.

—Me gustaría conocer el pueblo de mis abuelos.

—¿Con Jack y Donna?

—Jack trabajará este verano. En el banco están en mitad de una operación y le han pedido que se quede. Iría solo con Donna.

Lara ensanchó la sonrisa.

—¡Tía, es un planazo!

—Sí —asintió Tess—, pero no sé por dónde comenzar. Pensé en contratar a alguien de allá para que nos organice el viaje y nos lleve a los sitios. Me da miedo manejar en otros países.

—¿Un guía?

Tess se encogió de hombros.

—Supongo, algo así.

Lara entrecerró los ojos, pensativa, y dijo:

—Puede que conozca a la persona perfecta para eso.

Su primera semana desempleado fue mucho menos terrible de lo que había augurado. Podría decirse, de hecho, que no fue terrible en absoluto. Le resultó incluso agradable. Plácida. Aprovechó para ponerse al día en varios asuntos que llevaba tiempo postergando (papeleos, temas del banco y de la aseguradora), limpió la casa por completo (algo que, con tal minuciosidad, no había hecho en toda su vida) y llevó a cabo diversas reparaciones domésticas (dos bisagras sueltas, un rodapié que bailaba, un cajón fuera de sus carriles y una manilla con tendencia a la flojera).

Así pasó aquellos días, entre ocupaciones autoimpuestas y una laxitud que le permitía, por ejemplo, echarse una siesta cuando le venía en gana y prolongarla cuanto quisiera, felizmente irresponsable, como un adolescente por fin solo en casa, libre de vigilancia y exonerado de compromisos de toda índole. Aquella sensación, sin embargo, duró poco. Una mañana, Tomás se levantó, meó, desayunó, se afeitó, se duchó y, de la manera más inesperada, se dio cuenta de que no tenía absolutamente nada que hacer a continuación.

A partir de entonces, los días empezaron a dilatarse. Las mañanas eran cada vez más largas y las tardes se volvieron eternas. Cuando caía el sol era aún peor; a eso de las nueve, el tiempo se ralentizaba y Tomás tenía la sensación de que la noche nunca acabaría. Era en ese momento, postrado insomne en el sofá o sobre la cama, cuando le daba vueltas a la cabeza. ¿Y si ya nunca más encontraba trabajo como cámara de televisión? ¿Y si tenía que plantearse buscar otra cosa? ¿Y si se veía obligado a emigrar?

Empezó a sumirse en la apatía, y ese estado de ánimo, sumado a los problemas de sueño, le llevó a violar el horario que él mismo se había puesto. Algunas mañanas se quedaba tumbado hasta las diez, hasta las diez y media, un poco más, hasta las once. Se sentía incapaz de ir hasta el gimnasio, no tenía fuerza de voluntad para salir a la calle y caminar los quince minutos escasos que le separaban de las máquinas de aeróbic y las pesas. Desayunaba,



encendía la televisión y allí se quedaba mirando la teletienda, las tertulias políticas, lo que fuese.

Dejó de escribir a esos amigos que siempre estaban demasiado ocupados para él, le daba largas a Sandra y, poco a poco, se vio arrastrado por el abandono. Leía los periódicos digitales con compulsión obsesiva, angustiado por lo lentamente que se generaban noticias nuevas. Ojeaba blogs, veía vídeos y películas, y un jueves se tragó una serie de televisión entera, siete horas del tirón. A veces se dejaba el pijama puesto hasta que salía al encuentro de su hijo. Solo por él abandonaba, y solo brevemente, aquella espiral abúlica y depresiva.

—¡Venga, papá, corre!

Era sábado y acababan de regresar del cine, donde habían visto una espantosa película de superhéroes con la que Hugo llevaba meses dándole la matraca. Cuando, acabada la proyección, Tomás encendió el móvil, se encontró con un mensaje de su hermana.

«¿Skype?».

Él le pidió una hora, que fue lo que tardaron en llegar al ático desde el centro comercial. Nada más cruzar la puerta, Hugo corrió a por la tableta de su padre y ejecutó el programa. Tomás todavía se estaba descalzando en la entrada cuando sonó el tono de videollamada. El niño pulsó el botón verde y gritó:

—¡Tía Lara!

—¡Hola, cariño! —dijo ella a siete mil kilómetros de distancia.

Como era costumbre, Hugo monopolizó buena parte de la conversación. Habló de los terribles profesores que tenía en el instituto, del único bueno (un tal Jesús, que les ponía películas *antiguas*, como *2001* o *Blade Runner*, para debatirlas luego) y de su vocación profesional, que en los últimos meses había derivado, sin explicación aparente, de «algo de ciencias» a «algo de letras». Cuando el niño concluyó su vigoroso monólogo, que Lara escuchó con atención, haciendo las preguntas oportunas, riendo a veces, sorprendiéndose otras, Tomás le pidió un momento de intimidad con su hermana. Hugo se lo concedió en la medida en que aquel piso lo permitía; se lanzó sobre el sofá, tumbado cuan largo era, y se dispuso a hojear un cómic de Superman que andaba por allí tirado.

—¿Qué tal va el restaurante? —preguntó Tomás a la pantalla mientras, por deformación profesional, recolocaba su silla para centrarse en el encuadre.

—La verdad es que no puede ir mejor. Nos estamos planteando abrir otro.

—¿Lo dices en serio?

—Sí. —Sonrió con picardía, como si estuviese compartiendo una travesura—. Por ahora solo es una idea, pero... Le estamos dando vueltas.

—¿Dónde?

—Agárrate. —Lara forzó una pausa dramática, los ojos muy abiertos—. En Nueva York.

—¿Te has vuelto loca?

—Ya, ya... Es una movida. Necesitaríamos socios y alguien que conozca bien la ciudad. Pero, bueno, todavía no hay nada. Ya te contaré más cuando tengamos algo en firme. Cuéntame tú. ¿Cómo te lo montas últimamente?

—Bien —mintió Tomás—. Voy matando el tiempo.

—¿Sigues sin salirte nada?

—Estando tan próximo el verano no es fácil. Los programas de televisión paran estos meses. A ver si hay suerte en septiembre.

—Quedan cinco meses para septiembre.

Tomás hizo un sutil gesto a su hermana, una leve inclinación de cabeza en dirección a Hugo. Lara lo entendió y cambió de tema.

—Oye, por cierto, te quería comentar una cosa. Tengo una amiga aquí, en Miami, que está pensando en visitar España este verano. Es nieta de españoles, pero no ha ido nunca. Quiere ir con su hija de diecisiete años, hacer una ruta por ahí y conocer el pueblo de sus abuelos. —Tomás asintió intrigado—. El caso es que necesita un guía. Bueno, no un guía exactamente. Quiere alguien que le haga un itinerario y se encargue de la logística. Que le recomiende lo que puede visitar, que le reserve los hoteles, que la lleve en coche y le...

Tomás levantó una mano, perfilando el gesto internacionalmente comprensible de *stop* y, por si había dudas, añadió:

—Para.

—Espera, déjame acabar.

—No hace falta, ya sé cómo acaba.

—Te vendría bien —insistió Lara—. Pasarías unas semanas fuera de Madrid y te sacarías un dinero. Tiene pasta y es muy buena tía, en serio.

Él se dispuso a replicar, iba a decir «me da igual», pero Hugo intervino entonces desde el sofá:

—¿Podría ir yo también?

Tomás cerró los ojos y Lara, en Miami, notó (con un leve retardo) cómo su hermano la maldecía para sus adentros. Los dos adultos permanecieron en silencio mientras el niño se ponía en pie y se acercaba a la tableta con el cómic aún en las manos.

—¿Podría ir yo? —repitió, y esta vez se lo dijo a su tía, a su rostro en la pantalla.

—Sería cuestión de... No sé, podría hablarlo con ella —respondió Lara dubitativamente.

—No hay nada que hablar —intervino Tomás—. No voy a aceptarlo, Hugo. No soy chófer ni soy guía turístico. ¿Qué pinto yo haciendo eso?

—Te puedes reinventar —sugirió Hugo—, tú lo dijiste.

—Yo no dije eso —replicó Tomás recordando el libro que había en la balda de su habitación, el único libro de aquella casa, y a la mujer de la portada, tan parecida a Pat—. Darío lo dijo.

—¡Pero serían como unas vacaciones! —bramó el niño con vehemencia. Era una protesta y también, sobre todo, una súplica—. ¿Qué te cuesta? ¿Ni cobrando quieres pasar tiempo conmigo?

Fue un golpe bajo y Tomás lo acusó, más por cuanto su hermana lo había presenciado. Tal vez fuese un mal padre, es posible incluso que fuese un padre de mierda, pero no hacía falta proclamarlo a los cuatro vientos. No era necesario, maldita sea, que la noticia llegase a los Estados Unidos.

—No se trata de cobrar —dijo Tomás mirando de reojo el rostro de su hermana, que contemplaba la discusión con ademán preocupado, consciente de que ella la había provocado—. No es una cuestión de dinero.

—¡Me dijiste que no íbamos de vacaciones porque no tenías dinero porque estabas sin trabajo!

—Ya sé lo que te dije.

—¡Y era mentira!

—No era mentira. No *es* mentira.

—¡¿Entonces por qué no quieres el trabajo?!

—Porque...

—¡Lo que pasa es que no quieres ir de vacaciones conmigo! —interrumpió Hugo a voz en grito. Tenía el rostro congestionado, comprimido todo él en una mueca de cólera—. ¡Siempre te olvidas de mí! ¡Prefieres lo que sea antes que estar conmigo! ¡Ni aunque te paguen quieres que vayamos juntos a ninguna parte!

—¡Vale! —gritó Tomás alzando las manos en señal de capitulación—. ¡Vale, joder, tú ganas!

—¿Sí? —preguntó el niño, y sus ojos se iluminaron en mitad de aquel rostro encarnado por la rabia—. ¿Vas a...? ¿Vas a coger el trabajo?

—Vamos a dejar que esa mujer lo decida. Que tu tía se lo proponga y veremos lo que dice, ¿te parece? —El niño caviló un momento y luego asintió muy serio—. Pero no te hagas ilusiones. —Tomás se volvió hacia la pantalla y, mirando a Lara, se preguntó—: ¿Quién querría contratar a un guía que viaja con su hijo?

A Tess le pareció primero una idea extravagante, luego interesante y, por fin, estupenda. El proceso madurativo completo le llevó un día casi entero. Empezó a primera hora de la mañana, cuando Lara la llamó por teléfono.

—Te dije que conocía a la persona perfecta para hacer de guía. Me refería a mi hermano Tomás, te he hablado de él alguna vez. Se lo comenté ayer y le pareció bien, pero tiene una condición. Es un poco... Bueno, no sé, decídelo tú. Quiere viajar con su hijo.

Tess conocía al niño por las fotografías que su amiga le había enseñado en el móvil, un chaval de trece años con ojos vivos e inteligentes. Del padre, sin embargo, no sabía apenas nada (que trabajaba en televisión, que estaba divorciado, que vivía en Madrid). Pero qué más daba. Se trataba del hermano de Lara y eso era garantía suficiente. Tess había confiado todos sus secretos a aquella mujer, ¿cómo no iba a confiarle sus vacaciones?

Si el tal Tomás aceptaba correr con los gastos del niño, por ella no había ningún problema. Así se lo hizo saber a Lara, quien respondió:

—Os caeréis genial. —Y se comprometió a ponerlos en contacto.

Eso ocurrió a media tarde, apenas una hora antes de que Donna entrase por la puerta de casa como siempre lo hacía: dando golpes y pegando gritos.

—*I'm home!*

Se encaminó directamente hacia su habitación, en la planta de arriba, sin esperar respuesta. Tess, que estaba en la cocina preparándose un zumo antioxidante de moras, frambuesas, arándanos y fresas, se enjuagó las manos en el grifo y trató de interceptarla. No lo consiguió. Cuando llegó al piso superior, la adolescente ya se había encerrado en su cuarto. Con pestillo. En mala hora aceptaron ponérselo.

—Donna, abre.

Ninguna respuesta.

—¡Donna!

Unos pies se arrastraron pesadamente hasta la puerta (en el trayecto, un resoplido). Tess oyó el sonido metálico del pasador y Donna se asomó por una minúscula rendija.

—¿Qué?

—Quiero hablar contigo —respondió Tess, y empujó la hoja sin contemplaciones.

Entró en la habitación y examinó el desorden a su alrededor. Por todas partes había revistas, bragas, *leggings*, bolsos, zapatos. ¿De verdad necesitaba todo aquello? Vio una bolsa blanca de Levi's tirada sobre la cama.

—¿Has ido de compras?

Donna cogió la bolsa y la arrojó al interior del armario.

—¿De qué quieres hablar?

Tess se acercó a la ventana y deslizó la cortina con una mano. En la calle, la señora Delaney, con pamelas y auriculares, paseaba a su ridículo chihuahua. Desde que se estiró la cara, en enero, tenía el mismo rictus que uno de esos guerreros de terracota.

—De las vacaciones —dijo Tess.

—¿Qué pasa con ellas?

Donna acababa de cumplir diecisiete años y estaba en undécimo grado. En un año ingresaría en la Universidad de Miami, una de las más caras del país y, de lejos, la más cara del Estado. Quería estudiar Comunicación, aunque nunca veía las noticias y no mostraba el menor interés por lo que ocurría en el mundo, ni siquiera en América, ni siquiera en Florida. Podría decirse que su pelo y el tamaño de su cadera (ancha, como la de su madre) constituían sus principales preocupaciones, el núcleo central de su vida. Reducir culo se había vuelto, de un tiempo a esta parte, en el propósito último de su existencia. Lamentablemente para ella, se trataba de una lucha estéril. Aquella cadera suya no era producto de la vida sedentaria ni de sus pésimos hábitos alimenticios. Era, sin más, el reflejo de una determinada estructura ósea con la que tendría que aprender a vivir. Hasta en eso estaba Tess en el bando enemigo; si a Donna ningún pantalón le quedaba bien del todo era por culpa de su herencia genética.

—Papá tiene que trabajar en julio y agosto.

—¿Y?

—He pensado que podríamos irnos de vacaciones juntas.

—¿Tú y yo?

Pronunció aquella pregunta con gesto de asco, arrugando la nariz y torciendo la boca. Tess sintió el impulso de abofetearla. Lo contuvo, por supuesto. Nunca le había pegado, ni siquiera cuando era pequeña. Mirándolo ahora con perspectiva, no estaba totalmente segura de que aquella hubiese sido la mejor de las decisiones. Era lo políticamente correcto, de eso no había duda, ¿pero lo adecuado? No lo tenía tan claro. ¿Y si tenían razón los republicanos (*algunos* republicanos) cuando decían que esa laxitud educativa tan propia del pensamiento demócrata, ese *laissez faire* liberal, estaba dando lugar a una generación de americanos maleducados y crueles? Se lo oyó una vez a un periodista de la FOX y, aunque lo puso en cuarentena, como todo lo que decían en esa cadena, lo cierto es que sembró en ella la semilla de la duda. Las tendencias pedagógicas van y vienen. Hasta los libros, que siempre habían sido la piedra angular de la educación, estaban siendo puestos en cuestión últimamente. Lo mismo que el silencio. Ahora los críos debían expresarse libremente, sin ataduras, gritar si lo necesitaban, montar bulla, armar gresca. ¿Quién le aseguraba que, dentro de unos años, los pedagogos no empezarían a recomendar algún azote de cuando en cuando?

—Sí, Donna. Tú y yo.

—¿Por qué? —Fue más una queja que una pregunta.

—Porque quiero que pasemos tiempo juntas. ¿Tan raro te parece?

Donna se sentó en la cama con las manos unidas entre los muslos. «Es una niña», pensó Tess. Seguía siendo una niña.

—¿Adónde iríamos? —preguntó Donna.

—A España.

La chica no reaccionó. Permaneció en silencio, con la mirada perdida, como si estuviese tratando de localizar ese país en el globo terráqueo. España, ¿dónde demonios quedaba eso? ¿Era Europa? Sí, claro que lo era. Esa parte de Europa que ni siquiera parece Europa. Nada que ver con Francia ni con Alemania. España era más parecida a Italia, pero sin esos chicos italianos y sin Milán y sin Venecia. Donna sabía que sus bisabuelos maternos nacieron en ese país. Sabía, porque su madre lo contaba todas las Navidades, que huyeron de allí por causa de alguna guerra, la primera, la segunda, quizás alguna otra. Qué más daba. Qué tenía aquello que ver con ella.

—¿Qué hay en España?

—El pueblo de tus abuelos. Y muchas cosas más. —La joven se sumió en otro silencio reflexivo, tratando de dilucidar su postura con respecto a la propuesta de su madre. Mientras lo hacía, Tess prosiguió—: He encontrado un

guía. Es el hermano de Lara, la cocinera del restaurante español. Viajaríamos con él y con su hijo.

La chica dio un respingo, súbitamente interesada.

—¿Qué edad tiene su hijo?

—Trece años —respondió Tess, y a Donna no le gustó esa respuesta.

—¿Cuánto tiempo pasaríamos allí? —preguntó.

—No lo sé. Unas tres semanas.

—¡¿Tres semanas?!

—Donna, por favor.

—¡Tres semanas es muchísimo!

—Se supone que vamos a pasarlo bien.

—Sí —convino la adolescente—. Se supone.

Tal vez aquello no fuese tan buena idea después de todo. Tess confiaba en que aquel viaje sirviese para acercarlas de nuevo. Su niña y ella. ¿Estaba siendo ingenua? ¿Puede un viaje de tres semanas conseguir tal cosa? Bien, es posible. Pero ahora le parecía que también podía provocar el efecto contrario. ¿Y si aquello las distanciaba para siempre? ¿Y si acababa por romper lo poco, lo poquísimo que aún la unía con su hija?

—Donna... —dijo Tess con desánimo, y en ese punto abandonó la frase.

—Qué.

—Es igual. Da igual.

Fue hasta la puerta y, cuando estaba a punto de cruzarla, lo pensó mejor y se detuvo.

—Mira, cariño, no voy a obligarte a nada. No quiero forzarte a que hagas algo contra tu voluntad. Pero me gustaría que lo pensaras. Si me dices que no quieres ir... Vale. Lo aceptaré. Pero es importante que reflexiones sobre ello. Sobre lo que significa para mí. Para nosotras.

Tess regresó a la cocina. Su hija cerró la puerta, esta vez sin golpe, y, al poco, un reguetón saturado de palabras malsonantes empezó a retumbar dentro de su habitación, dispersándose, a través de los tabiques, por toda la casa. A Tess le horrorizaba aquella música. Primero intentó evitar que la escuchara, luego que la escuchara en casa. Fracásó también en eso. «Zorra —repetía el cantante una y otra vez—. Zorra, zorra, zorra».

Se le habían pasado las ganas de tomarse el zumo. Tapó el vaso de la batidora, lo guardó en la nevera y salió al jardín, lejos del estruendo. Buscó un punto donde el sol, muy bajo ya, le acariciase el rostro. Cerró los ojos y sintió



cómo su tez subía lentamente de temperatura. Fue consciente de cada arruga, o eso le pareció.

Pensó: «Si Donna no quiere venir conmigo, me largaré sola».

Pensó: «Si no salgo de aquí, me volveré loca».

Pensó más cosas, pero ninguna le llevó a nada. Solo quería que todos se fuesen al infierno. Que la humanidad se extinguiese y la dejase tranquila, en su jardín, en su casa, disfrutando del sol en el rostro.

—*Mom.*

Se giró. Donna estaba apoyada en la puerta de cristal que daba al salón. Sujetaba el móvil con una mano, como siempre.

—Me parece bien lo del viaje.

Tess le dedicó una sonrisa y Donna le respondió con otra, muy leve y muy corta, como si (tal vez) la avergonzase semejante muestra de cariño. Luego, Tess encaró el sol de nuevo y, sin decir una palabra, volvió a cerrar los ojos.

**From:** Tomás Barrio

**Date:** June 11, 2017 at 10:18

**To:** Tess

**Subject:** Viaje

Hola, Tess.

Soy Tomás, el hermano de Lara. Encantado de saludarte.

Lo primero, gracias por aceptar que nos acompañe mi hijo Hugo. Tiene trece años y es muy formal. No supondrá ninguna molestia. Como te ha dicho Lara, todos sus gastos correrán de mi cuenta, por supuesto.

Hay varias cosas que deberíamos aclarar. Sé que quieres visitar el pueblo de tus abuelos, pero Lara no recuerda cómo se llama ni dónde está exactamente.

Además de eso, necesitaría saber qué os apetece visitar. Lara me ha dicho que te interesa el sur sobre todo. En quince o veinte días no da tiempo para mucho. ¿Hay algo que sí o sí quieras ver? ¿La Alhambra, por ejemplo?

No sé cómo te planteas el tema del alojamiento. ¿Prefieres buscar tú los hoteles o te fías de mi criterio? De ser así, ¿qué presupuesto barajas?

Respecto a cuánto cobrarte, no sé qué decirte. Nunca he hecho nada parecido a esto, así que no me veo capaz de darte una cifra. Tú dirás cuánto habías pensado.

Un saludo,

T.

**De:** Tess Greeley

**Fecha:** 11 de junio de 2017 a las 14:18

**Para:** Tomás Barrio

**Asunto:** Re: Viaje

Hola, Tomas.

Gracias a ti por aceptar el trabajo. Lara me habla mucho de vosotros. A Hugo lo conozco por fotografías, tiene el celular repleto de ellas. Estoy segura de que nos caeremos muy bien.

La verdad es que no conocía La Alhambra. La busqué en la internet y me volví loca! Vayamos, si!

El pueblo de mis abuelos se llama Cubil. Está en Castilla. Dejo en tus manos el resto del recorrido. Lara me dijo que en verano hay mucha gente en todos lados, como acá. Me gustaría evitar las multitudes y las autopistas, de eso ya tenemos en Miami.

Respecto a los hoteles, no pensaba en nada lujoso. Basta con que sean cómodos, sitios a los que irías con tu hijo. Creo que lo más fácil será que los reserves tu mismo, me fío del todo de tu criterio.

Para tus honorarios piense en \$6.000. Como lo ves?

Kisses

Tess

**From:** Tomás Barrio

**Date:** June 12, 2017 at 16:31

**To:** Tess

**Subject:** Re: Viaje

Hola, Tess.

La cifra que propones me parece bien, así que ya podemos decir que tenemos un trato :)

Lo de evitar autopistas es fácil. Pero si quieres esquivar las multitudes, me temo que lo mejor será no acercarnos a la costa. En julio habrá muchísima gente y nos pasaríamos todo el viaje atrapados en atascos.

Estoy planificando una ruta que encaje en veinte días sin ir a la carrera. Te cuento lo que tengo en mente, por si quieres mirarlo en internet.

Primero, dos días en Madrid. Os puedo llevar adonde queráis, pero la mejor manera de ver la ciudad es a pie y en metro. Si os apetece visitar algún museo (el Prado y el Reina Sofía son los más famosos), dímelo y os saco entradas.

Luego podemos ir a Salamanca y pasar allí un par de días. Es un destino turístico importante. El casco histórico es todo de piedra amarilla y tiene una de las universidades más antiguas de Europa.

Después te propongo pasar por Ciudad Rodrigo, un sitio pequeño y tranquilo, bastante turístico también, y de ahí a Mérida. Es una ciudad fundada por los romanos, llena de ruinas. Hay un teatro y un circo romanos abiertos al público.

También podemos ir a Sevilla. Supongo que te suena. Es una ciudad grande, aunque en esas fechas habrá un montón de turistas. Lo bueno es que desde allí lo tenemos fácil para hacer excursiones. Cádiz, por ejemplo, es muy bonito y queda a hora y media.

Y, por supuesto, Granada, para ver la famosa Alhambra. Además, podríamos quedarnos unos días en Cartagena, una ciudad costera, antes de ir al pueblo de tus abuelos, que nos coge de camino a Madrid.

Hay muchos más sitios que merecen la pena, pero en tan poco tiempo es imposible.

Cuando cierres las fechas de los vuelos dímelas y, si estás de acuerdo con lo que te propongo, empiezo a buscar hoteles.

Un abrazo,

T.

**De:** Tess Greeley

**Fecha:** 13 de junio de 2017 a las 20:01

**Para:** Tomás Barrio

**Asunto:** Re: Viaje

Hola, Tomas! Ya mire todo lo que me propusiste y todo me encanto! Vi la piedra amarilla de Salamanca, que linda luce en las fotografías!

Tambien compre los vuelos. Llegaremos al aeropuerto Adolfo Suarez Madrid-Barajas el domingo 2 a las 21:15, hora de Espana. El regreso es el jueves 20 a las 14:00.

Solo un detalle mas. Me gustaria pasar una noche en Cubil. Que sea la ultima parada del viaje me parece perfecto.

Besos

Tess

P.S.: Donna y yo compartiremos habitacion.

**From:** Tomás Barrio

**Date:** June 15, 2017 at 10:57

**To:** Tess

**Subject:** Re: Viaje

Hola, Tess.

Te adjunto los localizadores de los hoteles. Son reservas, así que puedo anular lo que no te convenza.

Al ser temporada alta está todo bastante caro. Si algún precio te parece excesivo, puedo buscar otros más ajustados.

Hugo y yo dormiremos en los mismos hoteles que vosotras. No lo habíamos hablado, pero me ha parecido lo más práctico.

En Cubil solo he encontrado un hostel. No tengo ni idea de cómo estará, en la web ni siquiera ponen fotografías. No te adjunto el localizador porque he tenido que reservarlo por teléfono y no me han enviado nada.

Échale un ojo a todo cuando puedas y dime qué te parece.

Beso,

T.

**De:** Tess Greeley

**Fecha:** 16 de junio de 2017 a las 13:16

**Para:** Tomás Barrio

**Asunto:** Re: Viaje

Hola, Tomas.

Ya lo mire todo y todo esta perfecto.

Beso,

Tess.

**From:** Tomás Barrio

**Date:** June 29, 2017 at 09:23

**To:** Tess

**Subject:** Re: Viaje

Hola, Tess.

¿Cómo estás? ¿Habéis hecho ya las maletas?

He mirado el tiempo y parece que va a hacer mucho calor estos días.

El domingo os esperaré en la salida de la terminal 1. Llevaré un cartel con tu nombre.

Si tienes algún problema en el aeropuerto, llámame o escíbeme.

Beso,

T.

**De:** Tess Greeley

**Fecha:** 29 de junio de 2017 a las 16:16

**Para:** Tomás Barrio

**Asunto:** Re: Viaje

Hola, Tomas!

Descuida, somos de la Florida, estamos acostumbradas al calor :)

El domingo nos conocemos.

Muchos besos!

Tess.

Después de facturar las maletas, Tess y Donna hicieron una parada en la librería de la terminal. Tenían más de siete horas de vuelo por delante y, aunque Tess confiaba en dormir durante la mayor parte del trayecto, no estaba segura de que fuese a conseguirlo. Estaba demasiado inquieta, demasiado excitada. Apenas había pegado ojo en toda la noche y encima se había tomado dos cafés, uno al levantarse y otro poco antes de salir de casa.

Tras dar un paseo por entre las estanterías, se detuvo en la sección de libros en español. No conocía a ninguno de los autores, latinoamericanos en su mayoría, así que se dejó engatusar por las portadas. Le llamó la atención una que mostraba a una mujer sonriente dibujada en suaves trazos pastel. Se titulaba *Reinvéntate* y lo firmaba un tal Darío L. Cuadrado. *El libro que te ayudará a empezar de nuevo*.

En su nuevo *best seller*, Darío L. Cuadrado (Madrid, 1978) desvela las claves de la felicidad. A través de veinte inspiradores capítulos, el autor te enseña a reinventarte paso a paso y sin excusas. ¡Aprende a dejar atrás malos hábitos y a librarte de las compañías tóxicas! *Reinvéntate* es considerado por muchos el libro de autoayuda definitivo.

Tess miró otra vez a la mujer de la portada. Era joven, era guapa y lucía una sonrisa de aire despreocupado. ¿Por qué querría reinventarse alguien así? ¿Cuántos años tendría? ¿Treinta? Tal vez ni eso. Es fácil reinventarse a esa edad, cuando todo es ligero y apenas se tienen compromisos. Pero ¿qué hay de las madres de cincuenta años? ¿Qué pasa con las mujeres que ya no encajan en los estándares de belleza de las portadas de los libros, las que ya no pueden sonreír con aire despreocupado porque ni recuerdan qué demonios era la despreocupación?

Devolvió el libro a la balda y recorrió las novedades en inglés. Se fijó en lo que parecía una novela policiaca. *15th edition*, gritaba la faja. En la portada, el Empire State Building oscurecido por unas amenazadoras nubes de

tormenta. El título, *One more last chance*, era un juego de palabras: *Una última oportunidad más*. La contraportada prometía un misterio repleto de giros inesperados: una niña desaparecida, un detective retirado, una enigmática cirujana. Era justo lo que Tess andaba buscando.

Fue hasta la caja con la novela y la depositó en el mostrador. Donna se acercó y, sin mediar palabra, colocó sobre el libro una *Elle* y una *Marie Claire*. Una latina somnolienta con las cejas pintadas o quizás tatuadas pasó los tres productos por el lector de códigos de barras: veintiséis dólares con cincuenta. Mientras sacaba la cartera, Tess se fijó en el expositor que tenía al lado, Visit Miami-Dade, con postales de cocodrilos, flamencos, puestas de sol, fachadas turquesa y neones rosas. También había cuadernos. Cogió uno pequeño de tapas rojas. Era una imitación de Moleskine, sin goma y con las hojas rayadas.

—Cóbrame esto también —dijo a la cajera, que corrigió la cuenta en la máquina registradora.

—Treinta y dos justos.

Tess pagó con la American Express. La cajera guardó todo en una bolsa que decía *Have a nice day* y luego ella misma lo dijo.

Esperar la cola de inmigración les llevo algo más de media hora. Ya muy cerca de los puestos de control, Tess tuvo la sensación de que un policía miraba a Donna más de la cuenta. Confirmó sus sospechas al ver que cruzaba gestos cómplices con un compañero: un movimiento de cabeza, una sonrisa maliciosa. Tess les dedicó una mirada cargada de repugnancia, pero los agentes no quisieron darse por enterados. Tampoco Donna.

Llegaron a la puerta de embarque a las siete y diez de la mañana. Quedaban cincuenta minutos para el despegue y a Tess los nervios empezaban a revolverle el estómago. Donna se hizo un selfi con el monitor de fondo, «Madrid», y luego las dos se acomodaron en una mesa del Starbucks sin pedir nada, solo por descansar las piernas. Donna, concentrada en el retoque de su fotografía, seguía ausente y a la defensiva. Quería dejar muy claro que aquel viaje era idea de su madre, suya exclusivamente, y que ella lo aceptaba como se acepta un destino ineludible: con resignación, con dignidad, con entereza. Era una rehén, y las rehenes no sonrían ni ponen buena cara, solo faltaba eso.

Tess trató de reconducir la situación.

—Tu primer viaje transoceánico —dijo.

Donna se limitó a suspirar un lánguido «ajá» mientras echaba mano a la *Elle*. Empezó a pasar las páginas con desaire, como si también la revista



tuviese la culpa de sus quebrantos.

—No estés borde —dijo Tess.

—No estoy borde, es que tengo muchísimo sueño. —Y reprimió un bostezo fingido.

—Yo también tengo sueño, pero... Escucha, vamos a hacer una cosa. Donna, escúchame. —Su hija cerró la revista de un manotazo y dirigió a su madre una mueca sarcástica—. Vamos a pasar veinte días juntas. Muy juntas. Vamos a dormir en la misma habitación y a viajar en el mismo coche. La idea es que lo pasemos bien, pero la verdad es que ya no pido tanto. Soy realista. Vayamos poco a poco. Día a día. De momento, me conformo con que no me amargues la existencia *hoy*. Empecemos por ahí, ¿te parece? Veinticuatro horas de tregua, solo te pido eso. ¿Crees que serás capaz?

—¿Pero qué he hecho?!

La gente en las mesas circundantes se volvió hacia ellas.

—Donna, por favor.

—¿Es que no he hecho nada!

—No me vas a amargar el viaje —concluyó Tess.

El resto de la espera se mantuvieron en silencio. Donna siguió hojeando la revista y Tess trató de relajarse curioseando a sus compañeros de vuelo por allí desperdigados. Eran en su mayoría españoles de regreso a casa. Escrutó su ropa, sus rostros, su actitud. Cargaban con mochilas y bolsas, bebían café y bostezaban, cansados pero felices, todos muy morenos. Algunos se besaban, las madres corrían detrás de los niños, los padres decían «no grites», «no molestes al señor», «no pegues a tu hermana».

A las siete y media, una trabajadora de la compañía aérea, blusa blanca y falda azul, encendió el micrófono del mostrador provocando, al hacerlo, un chirrido ensordecedor. Quienes se encontraban más próximos al altavoz pegaron un respingo sobresaltados. La mujer susurró algo a su compañera, que le correspondió con una risilla estúpida. Luego, se acercó el micrófono a la boca y, en un tono mecánico, apenas humano, dijo que embarcarían primero los viajeros con niños, aquellos que tuviesen necesidades especiales y los pasajeros con asientos en primera clase. Tess y Donna volaban en la fila uno, de modo que se pusieron en pie y entraron al avión sin hacer cola.

Un auxiliar de vuelo, camisa blanca y pantalón azul, les ayudó a colocar su equipaje en el compartimento superior; todo salvo las revistas, la novela, el cuaderno y el bolso. Eso lo depositaron en el suelo, a sus pies.

—Voy a escribir a papá —dijo Tess sacando el móvil. A su hija le dio igual.

«Ya en el avión», tecleó.

«¡Buen viaje!», respondió Jack. Y, en otro mensaje, añadió: «Escribe en cuanto aterricéis».

Tess le mandó un OK y un *emoji* que lanzaba un beso, aunque, a decir verdad, no le apetecía besarle.

Despegaron en hora, con Norah Jones sonando en los altavoces. Tan pronto como se apagó la señal de cinturones, el mismo auxiliar de vuelo que les había ayudado con las maletas les ofreció un café, un refresco, agua, «lo que quieran». Ellas no quisieron nada.

Donna cayó dormida al poco. Tess se colocó los tapones en los oídos y toqueteó la pantalla táctil de su asiento. Había allí medio centenar de películas, producciones de Hollywood que o bien ya había visto o bien no tenía intención de ver. Se introdujo los tapones un poco más, hasta que el mundo se calló del todo. Luego, abrió el cuaderno recién comprado, sacó un bolígrafo del bolso y, en la primera página, escribió:

#### *Notas de viaje*

Se le había ocurrido al verlo en el expositor de la librería. «Podría escribir algo sobre los lugares que visitemos, una pincelada en cada sitio, el nombre y una sensación, alguna anécdota divertida si es que la hay». Así, se dijo, podría recordarlo en el futuro.

Pasó las hojas elucubrando sobre lo que le aguardaría en Madrid, en Salamanca, en Sevilla. Pensó en Tomás de la manera en que se piensa en quien no se conoce y de quien no se sabe apenas nada. A decir verdad, ni siquiera le ponía rostro. Su avatar en WhatsApp mostraba tan solo el objetivo de una cámara (Tess no podía criticar eso; el suyo era una puesta de sol) y en las fotografías de Hugo que Lara le había enseñado el niño siempre aparecía solo o acompañado de su madre.

Semanas antes, Tess se había pasado una hora buscándolo en internet. Hurgó minuciosamente entre los contactos de Facebook de Lara, que pasaban del millar. Encontró a tres hombres que respondían al nombre de «Tomás», ninguno de los cuales resultó ser *su* Tomás. Indagó luego entre quienes usaban seudónimos, pero eran demasiados y acabó por tirar la toalla. ¿Era posible que no tuviese una cuenta allí? Podía ser, desde luego, pero ¿quién no estaba en las redes sociales hoy en día? ¿Sería acaso uno de esos chiflados que van por ahí demonizando el progreso y la tecnología? Tess conocía a unos cuantos,

en Miami eran legión, y no le gustaban. Detestaba esa arrogancia que desprendían, esa condescendencia, esa superioridad moral.

Ella, no obstante, se había construido su propia imagen de Tomás. Lo hizo basándose en el estereotipo racial, y el resultado era un hombre alto y corpulento, moreno, de pelo negro, con ojos oscuros y profundos. Los estereotipos son siempre reduccionistas y por tanto injustos, ella lo sabía mejor que nadie, pero lo cierto es que suelen basarse en realidades estadísticas. Si esa es la imagen de los latinos es porque muchos de ellos son precisamente *así*. Claro que, por otra parte, Lara estaba en las antípodas de ese cliché. Tenía el pelo negro, sí, pero ahí terminaban las coincidencias; su tez era más bien pálida y sus ojos azules, casi grises. Antes pasaría por rusa que por mediterránea.

En la megafonía del avión, el comandante fue desgranando una retahíla de datos: la duración del vuelo, la trayectoria, la altitud y la velocidad, qué tiempo encontrarían en ruta y qué tiempo en destino. A Tess, con los tapones en los oídos, le pareció que aquel hombre le hablaba desde un lugar remoto. Esperó a que la voz se callara para bajar la persiana de plástico y abrir la novela.

No había terminado el primer capítulo cuando se quedó profundamente dormida. Su último pensamiento consciente fue para Tomás, a quien brevemente imaginó flaco, pálido y de ojos claros.

El domingo 2 de junio Tomás se despertó gritando. Fue, de hecho, un solo grito, corto y seco, pero bastó para que Hugo apareciese en su habitación a la carrera, con el rostro desencajado en parte por el sueño y en parte por el susto.

—¡Papá! ¿Qué pasa?

A Tomás le llevó un momento ubicarse: su habitación, su casa, su hijo.

—Nada —dijo todavía un poco desorientado. Se incorporó en la cama, tragó saliva—. He tenido una pesadilla.

Eso dedujo, aunque no lo recordaba. Solo sabía que estaba empapado en sudor, el corazón desbocado y la boca estropajosa.

—Vuelve a la cama —dijo Tomás, y Hugo vaciló un momento—. Ve, estoy bien.

El niño acabó obedeciendo, aunque dejó la puerta entornada. Tomás apoyó la espalda en el cabecero de la cama. Trató de hacer memoria, pero no pudo recordar qué le había alterado tanto.

Las pesadillas empezaron al poco de quedarse sin trabajo. No eran muy frecuentes, una vez por semana o menos. Él lo achacaba a los nervios, a la inquietud por no hacer nada, por esperar *algo* día tras día.

El patrón era siempre el mismo: se despertaba gritando y pataleando, con el rostro y el pecho bañados en sudor. Pero ¿qué le llevaba a ese punto? ¿Lo perseguían, lo mataban, hacían daño a su hijo, a Pat, a Sandra? Era un misterio.

Tomó una bocanada de aire y la exhaló despacio, tratando de apaciguar su ritmo cardiaco muy acelerado todavía. Eran las ocho y diez de la mañana, demasiado pronto para un domingo (demasiado pronto, en realidad, para cualquier día de la semana). Tess y su hija, calcularían en menos de seis horas. Esa idea acabó por despejarle del todo.

Se puso en pie y fue de puntillas hasta la ventana. La abrió con cuidado, deslizando la hoja con suavidad. Esperaba que entrase algo de fresco, pero lo que entró fue un soplo de aire bochornoso. Por la acera desfilaba un grupo de cinco tipos, borrachos los cinco. Todos pasaban holgadamente de los treinta, y tres de ellos discutían a gritos algo relacionado con una mujer. Que si lo hacía queriendo, decía uno, que cómo lo iba a hacer queriendo, le rebatían los otros. Un cuarto desafinaba una canción que estuvo de moda a principios de siglo mientras el último, rezagado, le hacía los coros.

Tomás trató de imaginar a Tess. Sabía de ella que estaba casada y que tenía una hija adolescente. Sabía que se dedicaba al interiorismo («Es decoradora», le dijo Lara) y que no le faltaba el dinero. Y también que era hija de cubana y nieta de españoles.

Cubil. En su vida había oído hablar de aquel sitio. En Google Maps ocupaba un minúsculo puntito que, a base de ampliar, acababa convirtiéndose en una borrosa sopa de píxeles. Tomás se lo imaginaba como uno de esos pueblos con poco más que una iglesia, un par de bares y un puñado de ancianos viendo pasar la vida a la sombra de un árbol. Un pueblo castellano como tantos otros, sin nada que ver, sin nada que hacer. Se preguntó qué esperararía Tess de aquella visita. Más valía que no mucho.

—Papá.

Hugo, apoyado en el marco de la puerta, le miraba con el semblante ya totalmente despejado.

—¿No puedes dormir? —preguntó Tomás.

—Me he desvelado —dijo el niño, y se rascó la cabeza—. ¿Desayunamos?

También para eso era demasiado pronto, pero qué remedio.

Retiraron las sábanas de la cama del salón y, en un par de movimientos, esta recuperó la forma de sofá. Era la única manera de ganar algo de espacio y poder moverse por aquel ático piojoso. Luego, Tomás abrió todas las ventanas. Corrió algo de aire, no mucho, pero incluso eso era mejor que nada. En una hora, el calor le obligaría a cerrarlas de nuevo.

Hugo, todavía en pijama, introdujo una jarra de leche en el microondas y se sentó a la mesa con su cómic de Superman.

—¿Bajamos a lanzar unas canastas? —le preguntó Tomás.

Lo hacían a veces. Caminaban hasta una cancha pública, a unos quince minutos del piso, y pasaban allí la mañana. Ese día, sin embargo, Hugo no tenía ganas de baloncesto. Mejor. Tampoco Tomás las tenía.

—¿A qué hora llegan la señora y su hija? —preguntó el niño.

—Por la noche, a las nueve y cuarto. Antes te dejaré con tu madre.

—¿No voy a conocerlas? —Pasaba las páginas del cómic sin detenerse en los bocadillos.

—Hoy no. El miércoles las conoces, cuando salgamos para Salamanca.

—Hugo no hizo ningún comentario—. Bueno, ¿qué te apetece hacer?

Se encogió de hombros y, con una cierta indiferencia, propuso:

—Podríamos ir a ver trenes.

—¿Trenes? —preguntó Tomás confundido.

—Hay un sitio con trenes antiguos. Darío me llevó una vez.

El Museo del Ferrocarril. Tomás había grabado allí un par de reportajes. Era la antigua terminal ferroviaria de Delicias, una luminosa nave de hierro, ladrillo y cristal reconvertida hacía años en un centro de esparcimiento.

—¿Te llevó Darío?

—Sí.

—¿Y te gustó?

—Me gustan los trenes.

La campana del microondas tintineó y Tomás, un tanto contrariado por la deriva que había tomado la conversación, extrajo la humeante jarra.

—Oye —le dijo al niño mientras llenaba su taza—, ¿quién es Jon?

—Mi mejor amigo.

—¿Y por qué nunca me hablas de él?

—No sé. Nunca me preguntas.

Tomás se quedó mirando a su hijo, pero este evitó devolverle la mirada. En vez de eso, pasó una página del cómic. Junto al tazón de leche, Superman salvaba a un grupo de astronautas en la Estación Espacial Internacional.

—¿Cuántas veces has leído ese cómic?

—Es que aquí no tengo más.

—Pues vamos a ver trenes y luego compramos alguno.

—Es domingo.

—Algo habrá abierto.

—Guay —dijo Hugo, y dio un largo trago a la leche.

En el Museo del Ferrocarril no había un alma. Además de un mercadillo con puestos de muebles, juguetes, ropa, pan y conservas, había, en la parte descubierta, una concentración de *food trucks* con una variada oferta

gastronómica, desde tacos mexicanos a ensaladas. Por todas partes se respiraba ambiente festivo y familiar.

Tomás y Hugo pasearon por entre los trenes antiguos y recorrieron el interior de los dos únicos vagones en los que estaba permitido el acceso al público. El niño ilustró a su padre con una avalancha de datos: el modelo de las máquinas, la fecha de fabricación, sus rutas principales.

—¿Por qué sabes todo eso?

Hugo desplegó una sonrisa orgullosa.

—Me gustan los trenes —dijo simplemente, como si eso lo explicase todo.

Pidieron dos fajitas y se las comieron al sol, apoyados en una mesa alta. Mientras masticaban en silencio, Tomás se percató de que Hugo no perdía de vista a una niña sentada en una mesa próxima. Era algo mayor que él, unos quince años, y lucía una llamativa melena azul verdoso. También ella estaba con su padre y también él parecía abrumado. Otro miembro del Club de los Divorciados, pensó Tomás.

—¿Te gusta esa chica?

Hugo se ruborizó. Tan súbito fue el proceso y tan intensa la coloración de las mejillas que Tomás se sintió un poco culpable.

—No pasa nada —se apresuró a añadir volviéndose hacia la muchacha.

—¡No la mires!

—Vale, vale. No la miro.

No era la primera vez que Tomás se descubría enmarañado en una situación como aquella y, a decir verdad, seguía sin tener la menor idea de cómo manejarlas. Le faltaba, digámoslo así, un referente. Sus padres nunca le hablaron de sexo ni de sus alrededores. Ni una sola vez, que él recordase. Durante su adolescencia, Tomás fue aprendiendo a su manera, conformando un cuerpo teórico a partir de lo que decían sus amigos (mentiras y exageraciones casi todo) y de lo que veía en las escasas revistas pornográficas que circulaban por el instituto. Pero los tiempos habían cambiado. Ahora los chicos estaban expuestos a absolutamente todo desde la infancia (más aún si, como era el caso de Hugo, tenían su propio móvil). Tomás sabía, porque lo habían tratado en el programa, que las nuevas generaciones mantenían su primera relación sexual a edades cada vez más tempranas. En su época, pocos eran los que perdían la virginidad antes de tener carné de conducir; ahora, según los expertos, lo hacían, de media, a los dieciséis años.

Tomás no estaba dispuesto a escurrir el bulto. Sabía que si lo hacía, si se lavaba las manos y dejaba correr el asunto tal y como hicieran sus padres, Darío se aprovecharía de ello y acabaría manteniendo con su hijo una conversación que, por derecho, le correspondía a él. De ahí que, cada vez que la vida le daba alguna coartada (como, por ejemplo, una escena de sexo en televisión), Tomás intentase poner el tema encima de la mesa. Ocurría que lo hacía torpemente, porque no sabía hacerlo de otra manera, y Hugo siempre se cerraba en banda. A pesar de los sucesivos fracasos, Tomás se consolaba pensando que así, al menos, allanaba el camino, creaba un cierto discurso, una suerte de charla-río que se prolongaba ya durante varios meses y por medio de la cual esperaba rebajar el trauma inevitable (el del niño, pero también el suyo propio).

Con la chica del pelo azul a su espalda, con su hijo a su lado, entregado a su fajita, Tomás pensó que aquel era un momento propicio para uno de sus minúsculos avances. Esperó a que el sonrojo de Hugo se desvaneciese, carraspeó y, con un tono falsamente inopinado, preguntó:

—Oye, ¿has hablado de sexo con mamá?

Era una mera exploración del terreno, bastante inocua en su opinión, pero Hugo reaccionó como si su padre acabase de sacar del bolsillo un plátano y un condón.

—¡Papá! —gritó, y las mejillas se le tiñeron otra vez.

—¿Qué?

—¡Tengo trece años!

Tomás no comprendió el significado de semejante declaración. ¿Se refería a que era demasiado joven para hablar de sexo o, por el contrario, quería decir que a esas edades uno ya es todo un experto en la materia?

—Respóndeme, anda. No es un interrogatorio, solo quiero saberlo. ¿Lo has hablado con tu madre?

—¿Por qué no se lo preguntas a ella?

Esa era, sin duda, una buena pregunta. La respuesta sincera habría sido: «Porque no puedo hablar de sexo con tu madre, porque el sexo fue lo que nos separó, porque lo estoy postergando igual que postergo otros tantos asuntos que tengo pendientes con ella, porque tu madre y yo no nos comunicamos por más que nos veas hablar, por más que crucemos palabras y palabras y palabras». Pero no fue eso lo que Tomás respondió a su hijo, sino:

—Te lo pregunto a ti.

Hugo dio un trago a su Coca-Cola.



—Sí —dijo por fin. Y, tras una pausa, añadió—: Hablamos de eso hace tres años.

¿Hace tres años?

—Entonces tenías diez —dijo Tomás esforzándose por no manifestar la turbulencia física que aquello empezaba a provocarle—. Yo vivía con vosotros.

—No. Fue justo después de que te largaras.

Lo dijo sin mirarle, con hostilidad, y aquel verbo, «largarse», atravesó a Tomás como una bala. Era su venganza por lo de la niña, por haberlo avergonzado.

—No me largué —se defendió.

—Sí te largaste —dijo Hugo con naturalidad, como quien dice «sí que es de día» o «sí que es verano»—. Te largaste porque mamá se acostó con Darío.

Ahora fue Tomás quien se azoró. ¿Qué se dice a eso? ¿Qué respondes a tu hijo cuando da en el clavo pero ese clavo arde todavía?

—Las relaciones de los adultos son complicadas.

El niño se limitó a dar otro mordisco a la fajita, y esa fue toda su reacción. Comía sin apartar la mirada de sus propias manos y en aquel gesto vio Tomás una réplica a escala de sus propios mecanismos de defensa.

—No fue culpa de tu madre —dijo.

—Sí que fue culpa suya. —Hablaba con la boca llena. Estaba furioso—. Si no se hubiese acostado con Darío, tú vivirías con nosotros.

Aquello era nuevo. También era cierto, pero admitirlo ante el niño habría sido una mezquindad.

—Nuestro matrimonio no iba bien —dijo Tomás. Y lo dijo sin dificultad porque lo creía realmente. Luego tuvo que mentir y eso no le resultó tan sencillo—. Darío no tuvo nada que ver.

—Ajá.

De este modo acabó la conversación, con un «ajá» escéptico y desdeñoso tras el cual Tomás no fue capaz de añadir nada. Aquello enrareció el ambiente y así lo mantuvo, enrarecido, durante el resto del día. Por la tarde se acercaron a un centro comercial para que Hugo pudiese comprarse unos cómics, tal y como su padre le había prometido. Luego pasaron por casa. El niño cogió su mochila y fueron al encuentro de su madre.

Habían quedado con Pat y con Darío en una cafetería del centro. Mientras se aproximaban por la calle, Tomás los divisó sentados en una mesa de la

terraza. Tenían las manos entrelazadas, las miradas fijas el uno en el otro, compartiendo confidencias como dos enamorados recientes.

—Mira qué dos chicos guapos —dijo Pat al verlos—. ¿Qué tal ha ido el fin de semana?

—Muy bien —contestó Tomás—. Hemos estado viendo trenes y comprando cómics, ¿verdad?

Hugo asintió sin decir nada. Seguía enfurruñado y Pat lo notó. Ella siempre lo notaba todo. Se volvió hacia Tomás, que arqueó las cejas en respuesta.

—Sentaos —propuso Darío.

—No puedo —dijo Tomás—, tengo que ir al aeropuerto.

—¿Ya? —intervino Pat, y consultó la hora en el reloj de muñeca de Darío—. ¿A qué hora llegan?

—A las nueve y cuarto, pero quiero llegar con margen, por si acaso.

—Por si acaso ¿qué? —preguntó Pat—. Sería la primera vez que un vuelo transoceánico se adelanta. ¡Venga, siéntate un rato!

Tomás detestaba aquellas situaciones. Si las soportaba era solo porque no le quedaba más remedio, porque constituían el peaje para encontrarse con Pat, para verla un momento, pero de ahí a fingir normalidad había un buen trecho. Y ese trecho era para él infranqueable. No estaba dispuesto a simular que todo marchaba sobre ruedas, no iba a confraternizar con Darío como si lo ocurrido tres años antes no tuviese la menor importancia, como si el tiempo le hubiese restado siquiera un ápice de gravedad. Por ahí no pasaría, de ninguna manera. Tenía razón Hugo: él se largó porque Pat se acostó con aquel tipo que ahora amistosamente le invitaba a compartir un café. Aquella era una verdad tan simple que hasta un niño podía entenderla. Si su exmujer necesitaba de aquellas farsas para expiar sus pecados era problema suyo. Que no contase con él.

—Prefiero irme ya —dijo, y eso fue exactamente lo que hizo.

Estacionó en el *parking* de la terminal. Aún faltaba una hora para que el vuelo aterrizase. A eso había que sumar el desembarco, la cola de inmigración y la recogida de maletas. Tenía, por tanto, tiempo de sobra. Fue hasta una cafetería italiana en la cual lo único italiano era el nombre, y se tomó un café y luego otro. Leyó en el móvil los principales titulares del día, que eran pocos

pero todos ellos desmoralizadores: empresas que cerraban, cambio climático, corrupción, Trump.

Cuando, harto de estar sentado, decidió aproximarse a la puerta de llegadas, se dio cuenta de que no tenía dónde apuntar el nombre de Tess. Vio, en la otra punta del vestíbulo, una librería a media luz. Se apresuró para llegar y lo hizo justo cuando la dependienta, una chica con un *piercing* en la nariz y otro en la ceja, salía por la puerta con un manojito de llaves en la mano. Tomás le suplicó que le vendiese un cuaderno, era un asunto de máxima importancia. Ella dudó un momento, pero acabó cediendo al patetismo de aquel hombre tan visiblemente sobrepasado por cualesquiera fuesen sus circunstancias.

Le cobró cinco euros por una libreta que en cualquier otro sitio no le habría costado más de dos. Tan exaltado estaba Tomás que no advirtió que tampoco tenía con qué escribir. Para cuando cayó en la cuenta, la chica de los *piercings* ya había bajado las persianas y Tomás no tuvo fuerzas para humillarse de nuevo. Regresó a la cafetería y le pidió un bolígrafo al camarero.

—Con uve de vuelta —le dijo aquel falso italiano sin un ápice de ironía.

Tomás quiso mandarlo a la mierda, pero le dijo «descuida». Luego, abrió el cuaderno por la primera página y en grandes letras mayúsculas escribió:

TESS GREELEY

Tess se despertó cuando quedaba todavía una hora de vuelo y se quitó los tapones de los oídos. El pasaje al completo permanecía en un silencio casi absoluto. En el asiento de al lado, su hija dormía profundamente, moviendo los ojos bajo los párpados.

Se desperezó y buscó la novela. La encontró tirada en el suelo, entre sus pies, y la recogió con cuidado para no despertar a Donna. La boca le sabía a mil demonios. Abrió el bolso en busca de un chicle. Se topó con el sobre marrón que había comprado un par de días antes. En su interior guardaba la fotografía de sus abuelos tomada en su pueblo natal. La extrajo con cuidado y la observó. Los dos aparecían muy jóvenes, mucho más que Tess ahora, casi tan jóvenes como Donna, a la sombra de un alcornoque gris. Él decía algo, ella sonreía. Apoyada en el árbol, una bicicleta con una cesta. En la cesta, una hogaza de pan mordisqueada. Estaban en un promontorio y tras ellos, a lo lejos, se divisaba el campanario de una iglesia.

Había algo en aquella imagen que despertaba en Tess una agradable sensación de sosiego. Era quizás la expresión despreocupada de sus abuelos, o tal vez el paisaje, sencillo y armónico. Tan solo un árbol, una bicicleta y aquel campanario despuntando en un cielo limpio de nubes.

—¿Quiénes son?

Su hija, todavía somnolienta, miraba la fotografía con los ojos entrecerrados.

—Tus bisabuelos —dijo Tess—. Dolores y Antonio.

Donna nunca había visto aquella fotografía. Preguntó «¿puedo?», y Tess se la entregó.

—Qué guapa —dijo mirando a la mujer.

—Sí que lo era. —Pensó «tú te pareces mucho a ella», pero no lo dijo—. Eso que se ve al fondo es su pueblo. Cubil.

—Vamos a ir ahí, ¿no?

Tess asintió.

—Al final del viaje.

Donna inspeccionó la fotografía un rato más. Luego, se la devolvió a su madre y preguntó:

—¿Crees que nos quedará algún familiar allí?

—Puede ser —concedió Tess, quien, por supuesto, también se lo había planteado.

—Sería una pasada.

—Sí que lo sería.

—¿Te imaginas? Un primo español.

Las dos sonrieron. Tess lanzó una última mirada a la instantánea y la introdujo de nuevo en el sobre.

Un auxiliar de vuelo les ofreció una consumición. Tess tomó un café solo; Donna, una Coca-Cola. A medida que se acercaban a su destino, la quietud del pasaje fue dando paso a un runrún cada vez más excitado. Tess dijo «mira», y madre e hija contemplaron Madrid desde el aire, muy cerca allí abajo. Sobre la ciudad se desplegaba un cielo imponente, todo amarillo y rosa y naranja, atravesado por unos pocos estratos afilados.

El aterrizaje fue impecable y varias personas lo celebraron con aplausos. Mientras el avión rodaba por la pista, Tess se santiguó y su hija miró para otro lado. Le avergonzaban esas exhibiciones religiosas en público. Le parecían propias de gente vieja y anticuada.

Fueron las primeras en abandonar la aeronave, privilegios de clase, y las primeras en atravesar los controles de inmigración, pero ninguna de las dos cosas les sirvió de nada porque las maletas tardaron lo suyo en llegar a la cinta. Aprovecharon el wifi gratuito del aeropuerto para revisar sus correos y sus mensajes. Donna escribió a su mejor amiga; Tess, a su marido:

«Ya hemos llegado».

«¿Qué tal el viaje?».

«Muy bien. Cuando llegue al hotel te llamo».

«OK».

Un estadounidense joven y corpulento, con peinado y modales de militar, les ayudó con las maletas, apilando con cuidado una encima de otra, cuatro en total, sobre el carrito metálico. Pesaba una barbaridad, y a Tess, que lo empujaba, no le resultó sencillo maniobrar con él. Un par de veces se le desvió para la izquierda, un par de veces a la derecha. Fue durante uno de esos zigzagueos que se fijó en un reloj de pared.

—Madre mía —dijo. Eran ya las diez y diez—. Este hombre lleva casi una hora esperando.

—¿Cómo se llamaba? —preguntó Donna.

—Tomás.

—Tomás —repitió la chica con ánimo de fijarlo en su memoria.

Cruzaron la puerta automática que daba paso al vestíbulo de llegadas. Habría allí un centenar de personas, y muchas de ellas sujetaban carteles con nombres. Tess buscó el suyo en manos de un hombre moreno y de penetrantes ojos negros, o bien en las de uno pálido y de ojos claros.

A las diez menos cuarto, Tomás, aburrido de esperar de pie, se sentó en un banco y siguió toqueteando el móvil hasta que también eso le aburrió. Se dedicó entonces a escrutar a la gente que le rodeaba y, sin nada mejor que hacer, jugó a imaginar sus historias. Aquel matrimonio, por ejemplo, esperaba a su hijo, que regresaba por fin a casa después de un larguísimo curso lectivo en la Universidad de Miami. La mujer de traje venía a recibir al ponente de la conferencia del lunes, una eminencia mundial en vete a saber qué. La pareja gay del fondo aguardaba a unos amigos a quienes habían conocido el verano pasado, mientras disfrutaban de sus vacaciones en Florida, y a los que habían dicho «¡tenéis que venir a España el año que viene!».

Reparó entonces en otra pareja que, junto a los cajeros automáticos, discutía con vehemencia. Parecían las únicas personas de toda la terminal que no estaban mortalmente aburridas. Él gesticulaba mucho, ella no se achicaba y gesticulaba más, arqueaba las cejas, no podía creer lo que estaba oyendo, ¿en serio?, ¿de verdad me acabas de decir lo que creo que me acabas de decir? Andaba Tomás sumido en aquella bronca, preguntándose a qué se debería y tratando de decidir si se posicionaba con él o con ella, cuando notó cómo el ambiente se electrificaba. Las puertas de cristal se habían abierto y por ellas salían ya los primeros pasajeros, provocando carreras, gritos, abrazos. «¡Papá!», «¡hijo!», «¡cariño!».

Tomás se puso en pie con parsimonia, para qué apurarse a estas alturas, y abrió la libreta por la primera página, la única escrita. TESS GREELEY. Se colocó el nombre a la altura del pecho, como si posara para un retrato policial, y fue paseando la mirada por los viajeros recién aterrizados.

No tardó en verla porque no tardó en salir. Una mujer de unos cincuenta años que luchaba por dominar un carrito cargado con cuatro maletas, todas

enormes. A su lado, una adolescente mulata se frotaba los ojos.

Tomás alzó el cuaderno hasta casi taparse la boca. La chica lo vio primero. Le tocó un brazo a su madre, le dijo algo y señaló en su dirección. La mujer se volvió hacia él. Miró el cartel y luego miró a Tomás, directamente a sus ojos negros y penetrantes.

Sonrió.

—Tomás —dijo Tess, y a este le sorprendió el acento.

No sonaba a inglés, tampoco al español de España ni al de Cuba. Era un acento extraño, una rara mezcla de varios. Un acento de ninguna parte.

—Tess. Donna. Bienvenidas.

Se dieron la mano. La chica sonrió educadamente, profirió una leve reverencia con la cabeza y dijo *Pleased to meet you*, todo lo cual (la sonrisa, la reverencia y la frase) sorprendió gratamente a su madre.

—Por aquí —dijo Tomás tras ofrecerse a comandar el carrito, un honor que Tess le cedió encantada—. ¿Qué tal el viaje?

—Muy bien —respondió ella—. Pasó deprisa. Dormimos casi todo el tiempo.

—Estaréis muy despejadas entonces. —Tess le devolvió una mirada confundida—. Despejadas. Que no tendréis sueño.

—¡Ah! *Despejada*. No la conocía esa. Estoy bastante despierta, sí. Recién me tomé un café.

—El hotel donde os alojáis está en el centro. Si no tenéis sueño, podéis salir a dar una vuelta. Por allí siempre hay vida.

Tess asintió.

—Estupendo.

Tomás se volvió hacia Donna, en cuyo rostro se mantenía aún la sonrisa, ya más artificial que verdadera, pero sonrisa al fin.

—¿No hablas nada de español?

Donna hizo un gesto con la mano: más o menos.

—Un poco sí que habla —matizó Tess—. Di algo, anda.

Donna proyectó una mirada airada contra su madre, breve y sutil, lo pensó un momento y le dedicó a Tomás las palabras:

—Gracias por venir.

Las pronunció con vergüenza y también con un marcado acento anglosajón.

—De nada —correspondió él.

Llegaron al garaje y caminaron unos minutos más hasta la plaza donde Tomás había aparcado su monovolumen.

—Es este —dijo deteniendo el carrito junto al maletero.

Tess hizo ademán de ayudarle, pero Tomás se lo impidió cortésmente. Aquellas maletas pesaban demasiado incluso para él.

Donna se sentó en la parte de atrás y se colocó los grandes auriculares blancos que hasta entonces llevaba colgados del cuello.

—Siéntate delante —le dijo Tomás a Tess al advertir que esta dudaba.

Tomás condujo despacio, tomando las curvas con suavidad y manteniéndose en el carril derecho. Quería causar buena impresión; Tess y Donna pasarían tres semanas en aquel coche, era importante que confiaran en sus dotes al volante.

—Lara es un encanto —dijo Tess sin que viniese a cuento, solo por hablar de algo. Era lo único que, de momento, tenían en común.

—Tiene sus prontos también, no te creas.

—¿Sus prontos?

—Sí, me refiero a... Que tiene un carácter difícil. Cuando se enfada no hay quien la aguante.

Tess sonrió.

—No sé. Me parece que nunca la vi enojada.

—¿Cómo os conocisteis?

«Un tipo intentó violarme», pensó Tess, pero no lo dijo. Se preguntó, y no era la primera vez que lo hacía, si Lara se lo habría contado. «Cuídala, no hace mucho pasó por una mala racha. Intentaron violarla, apareció en el restaurante descalza y apaleada. Estuvo toda la noche llorando, y creo que todavía no lo ha superado del todo».

—Nos conocimos en su restaurante —se limitó a responder—. Es toda una institución allá en Miami.

—Eso me han dicho. Lo curioso del asunto es que en casa de mis padres no cocinó jamás.

Quiso añadir que «fue una vocación tardía», pero le parecieron dos palabras complicadas y lo dejó estar.

—¿Estuviste en su restaurante? —preguntó ella.

—No. Hace años que le debo una visita. No he estado nunca en Miami.

—Creo que te gustaría.



—Estoy seguro —mintió Tomás. Y lo compensó luego con algo que sí era cierto—: A Lara le encanta.

Se mantuvieron un rato en silencio (más les valía acostumbrarse a ello cuanto antes, les aguardaban muchas horas de carretera), hasta que Tomás no pudo más y preguntó:

—¿Qué planes tenéis para mañana? ¿Quieres que os lleve a alguna parte?

Tess se giró hacia su hija, que jugaba con el móvil recostada en el asiento. Le sacudió una pierna y la chica alzó la vista, pero no se quitó los auriculares ni mostró intención de hacerlo. ¿Qué demonios le pasaba ahora? ¿Era porque la había obligado a hablar español? Se retaron con las miradas durante unos segundos, las dos en silencio, hasta que Tess claudicó y se recolocó en su sitio.

—No te molestes —le dijo a Tomás sin disimular su irritación—. Pasearemos por ahí.

—Me he tomado la libertad de compraros un par de entradas para el Museo del Prado —dijo señalando la guantera—. Cógelas, no se me vayan a olvidar luego.

Tess abrió la guantera y extrajo un sobre blanco que contenía los dos tickets.

—No hace falta que vayáis, por supuesto. Es solo por si os apetece.

—Qué detalle —dijo utilizando una expresión que Lara le había enseñado meses antes—. Muchas gracias.

Al tomar la salida hacia la avenida de América, el tráfico se volvió más denso.

—Pasado mañana podría llevaros a Toledo —propuso Tomás—. Está aquí al lado, a una hora. Es una de esas ciudades de piedra antigua que no tenéis en América.

Tess sonrió. Le gustaba aquella expresión, «piedra antigua».

—Bueno —dijo—, nosotros tenemos Las Vegas.

Tomaron la M-30 y un par de kilómetros después la abandonaron de nuevo. Fue entonces cuando Tomás empezó a ejercer sus labores de guía turístico. Señalaba por la luna del coche hacia El Retiro, la Puerta de Alcalá, Cibeles, el Círculo de Bellas Artes, el edificio Metrópolis. De cada lugar exponía uno o dos datos, los más notables, los que todo madrileño conocía. «Es un jardín histórico, tiene dentro un palacio de cristal». «Es un icono de la ciudad, anterior al Arco del Triunfo de París». Tess escuchaba con atención,

sin hacer preguntas. Tan solo miraba en la dirección que Tomás le indicaba y asentía de cuando en cuando.

Estacionaron en la puerta del hotel, muy pegados a la acera para obstaculizar el tráfico lo menos posible. Con todo, un taxista les dedicó un largo bocinazo y le gritó algo a Tomás por la ventanilla cuando este se encaminaba hacia el maletero sin sucumbir a la provocación. Dentro del monovolumen, Tess se giró hacia su hija con gesto bronco. La chica, esta vez sí, se quitó los auriculares.

—Mueve el culo —le dijo muy seria.

Por más que las maletas tuviesen ruedas, Tomás era incapaz de manejarlas todas al mismo tiempo, y el mozo, si lo había, no daba señales de vida. Tess se percató de su apuro y cogió una de ellas. De otra se ocupó Donna después de que su madre la atravesase nuevamente con la mirada.

En el vestíbulo, un recepcionista alto y delgado, enteramente vestido de negro, solicitó a Tess y a Donna sus documentos identificativos y también una tarjeta de crédito «a modo de garantía». Mientras tecleaba en el ordenador, las informó del horario del desayuno y desglosó los servicios del hotel: bar, restaurante, servicio de habitaciones, lavandería, wifi gratuito y alquiler de bicicletas. Donna se aburrió a media explicación y se dejó caer pesadamente sobre un sofá cercano. En ese momento apareció el botones, un tipo fuerte, bajito y muy moreno, que contempló el equipaje agrupado junto al mostrador de recepción y, tras alzar las pobladas cejas hasta más allá de la frente, se apresuró a por el portamaletas. Resolló al levantar el primer bulto. Con los restantes, por decoro, se contuvo.

Tess se volvió hacia Tomás.

—¿Entonces nos vemos pasado mañana para ir a...? No recuerdo el nombre.

—Toledo. Sí, te escribo mañana. Y si necesitáis algo antes, llámame. Vivo a veinte minutos de aquí, puedo acercarme en cualquier momento.

Tess extendió la mano y él se la estrechó.

—Muchas gracias por todo.

Donna, con la cabeza apoyada en el respaldo del sofá y expresión hastiada, se limitó a despedirlo con una mano, gesto que Tomás replicó acompañado de un *bye*.

El botones las condujo a su habitación, ubicada en la cuarta planta y con vistas a la Gran Vía. Les mostró el baño, el armario y el minibar, aceptó sonriente uno de los billetes de diez euros que Tess había cambiado días antes

y, ya desde la puerta, les deseó una placentera estancia en la ciudad. Solo entonces, cuando madre e hija se quedaron a solas, Tess se volvió hacia Donna y, muy seria, le espetó:

—No sé qué te pasa ahora, pero no me vas a amargar el viaje, ¿está claro?

Su hija tecleaba en el móvil a toda velocidad, sin mirarla.

—Pero ¿qué he hecho?

—Comportarte como una idiota. Y deja el teléfono cuando te hablo.

—Espera un poco.

—¡Que dejes el teléfono! —gritó Tess, y le arrebató el móvil sin que la chica fuese capaz de hacer nada para impedirlo.

Donna abrió la boca en una mueca de desconcierto.

—¿Estás pirada o qué te pasa?

Tess desplegó hacia ella un dedo amenazador.

—No me vas a arruinar este viaje.

—Dios. Desde que te vino la menopausia estás como una puta cabra.

Tess no lo pensó. Dio un paso al frente hasta colocarse justo delante de su hija y la abofeteó con fuerza. De haberse parado a meditar siquiera un segundo, jamás habría reaccionado de esa manera, pero fue un acto irreflexivo, fruto del largo viaje, de la tensión, de los nervios.

El bofetón resonó en la habitación y las dos se quedaron en silencio. En *shock*. Donna parpadeó varias veces y se llevó una mano a la mejilla enrojecida. Lo hizo muy despacio, como a cámara lenta.

—Me has pegado —dijo con incredulidad, y sus ojos se llenaron de lágrimas.

Era la primera vez que Tess abofeteaba a su hija, y había tenido que cruzar medio mundo para hacerlo. Habían hecho falta diecisiete años, 4.400 millas y un cambio horario para que aquella mocosa insolente rebasara por fin su caudal de paciencia.

Se arrepintió nada más hacerlo. Lo lamentó con todo su ser, porque aquella bofetada no era sino una derrota, un fracaso como madre y mucho más como la amiga que intentaba que Donna viese en ella (¿qué amiga te golpea?, ¿qué clase de amistad es esa que te maltrata?). Pero ya no había vuelta atrás. Ya no había remedio.

—Me vas a escuchar —dijo Tess sin pretender flaquear pero flaqueando, queriendo sonar firme sin conseguirlo.

—¡Estás loca! —gritó Donna. Fue un chillido agudo y destartalado.

—Donna... —empezó a decir Tess, pero su hija la interrumpió con otro grito.

—¡Quiero irme a casa! —Se puso en pie, cruzó la habitación y se encerró en el baño dando un portazo.

La oyó llorar al otro lado de la puerta. Luego, un grifo se abrió, el de la ducha, y el llanto quedó velado por el ímpetu del agua contra la porcelana.

Tess estaba dolida, pero también y sobre todo furiosa. Había arruinado el viaje nada más llegar, lo había fastidiado todo antes incluso de deshacer las maletas. Suspiró, y el suspiro se le quebró en la mitad. Sabía bien lo que venía a continuación. Se sentó en la cama y notó cómo la respiración se iba volviendo cada vez más trabajosa. Irguió la espalda, trató de llenar los pulmones, pero algo en su interior se lo impedía. Ese algo conocido que, muy dentro de sí, regresaba para asfixiarla. Cerró los ojos y el océano se desplegó bajo sus párpados. Intentó sobrevolarlo, dejarse acariciar por la brisa, el viejo remedio, el que siempre funcionaba, pero la mirada de Donna, asustada y sorprendida, se imponía sobre el paisaje. Rezó por que su hija no saliese del baño en ese momento, por que no la viese en aquel estado. Pasó así diez minutos, apelando a un poder supremo, luchando por un poco de aliento, por no ahogarse, por no sucumbir al pánico, hasta que sus pulmones empezaron a abrirse de nuevo. Seguía sentada en la cama, con los ojos aún cerrados, cuando el móvil de Donna vibró entre sus manos. Tess miró la pantalla. Era un mensaje de Juliette, la mejor amiga de su hija. Decía:

«Suerte con la loca de tu madre».

Tomás aparcó en el garaje y puso rumbo hacia su casa. Caminaba con parsimonia; se había quedado una noche estupenda y le apetecía disfrutarla unos minutos. Consultó el teléfono por rutina y descubrió un *whatsapp* de Lara. Quería saber si Tess y Donna habían llegado ya, si las había recogido, si todo marchaba según lo previsto. Tomás se dispuso a responder, pero lo pensó mejor y volvió a guardar el móvil en el bolsillo.

Como era previsible, el calor se había reconcentrado dentro del pequeño ático. Abrió la ventana de la cocina. Su estómago le recordó que no probaba bocado desde mediodía. El interior de la nevera era un fiel reflejo de su vida por entonces: fría y deshabitada. Cogió un botellín de cerveza y se dijo que con eso bastaría. Luego, apoyó el culo en la encimera y respondió al mensaje de su hermana.

«Sí —tecleó—. Las acabo de dejar en el hotel».

La respuesta fue inmediata.

«Y? Q t parecen?».

Tomás meditó el veredicto durante unos segundos. Miró por la ventana a la fachada del edificio de enfrente, anaranjada por la luz de las farolas. Dio un trago y escribió:

«Tess me ha gustado».

No había solución buena. Tess, al menos, no era capaz de encontrarla. Se pasó toda la mañana siendo amable y servicial con su hija, pero esta no cedió un palmo en su hostil indiferencia. Solo apartaba los ojos del móvil para cruzar la calle y se negaba a desprenderse de los auriculares. Era como caminar solo o, peor aún, como hacerlo con alguien que te desprecia profundamente.

Se había disculpado durante el desayuno. Ambas tenían *jet lag* y a Tess, además, le dolía la cabeza. Se sentaron en una mesa, junto al bufé, y allí le dijo:

—Perdona por lo de ayer.

Su hija le lanzó una mirada tan breve que apenas sí se produjo.

—OK.

Tess no mencionó el mensaje de Juliette, aunque aún le dolía. «La loca de tu madre», había escrito aquella malcriada a la que vio crecer junto a su hija, la misma que había dormido en su casa ¿cuántas?, ¿cien veces? «Es la adolescencia —se dijo—, las chicas ahora se hablan así», pero no le sirvió para mitigar el dolor.

Pasearon por la ciudad. Donna solo quería hacerse selfis delante de escaparates, era lo único que le interesaba, lo único que llamaba su atención: los bolsos, las faldas, los vestidos.

A eso de las once y media, Tess quiso entrar en el Prado. Donna le dijo que esperaría fuera, sentada en alguno de los bancos que había por allí. Aquella no era una opción ni remotamente asumible, de modo que Tess la conminó a acompañarla al museo. Donna resopló y acabó convirtiendo la visita en un suplicio, arrastrando los pies y bostezando estentóreamente. Menos de una hora después, Tess tiró la toalla y salieron de nuevo a la calle. Donna sonrió para sí: batalla ganada.

Llegaron a la plaza de Cibeles, donde Tess contempló maravillada el edificio que albergaba el ayuntamiento.

—No me digas que no te gusta —le dijo a su hija.

Ella examinó la fachada haciéndose visera con una mano. Se encogió de hombros.

—*It's just a building* —fue su respuesta. «No es más que un edificio».

A media tarde, después de comer en un bar de tapas del barrio de La Latina, Tess recibió un mensaje de Tomás. Le preguntaba qué tal lo estaban pasando, si podía hacer algo por ellas.

Ella le respondió con una fotografía que había tomado desde lo alto del ayuntamiento. Mostraba parte de la ciudad bañada por el sol y abierta en canal por la calle Alcalá. La acompañó de una frase:

«Esta ciudad es preciosa».

—¿Qué te dice? —inquirió Sandra.

Tomás le enseñó la pantalla del móvil y ella leyó el mensaje. Acababan de entrar en un bar, uno de sus habituales. El camarero les servía dos cañas en aquel mismo momento.

—Respóndele —le animó Sandra.

—¿Y qué le digo?

—No sé. Que sí, que es preciosa, pero no tanto como tú.

Sandra escupió una carcajada breve y burlesca, falsa.

—Qué idiota eres —dijo Tomás—. No es mi tipo. Igual te va más a ti. ¿Quieres que te la presente?

Sandra unió las manos haciendo un gesto de súplica.

—¡Sí, por favor!

—Ya te gustaría.

—¿Por qué no? ¿Te avergüenzas de mí? —El camarero depositó a su lado las dos cervezas—. Venga, dile algo, no seas maleducado.

—No se me ocurre nada.

—Sé creativo.

La mirada de Tomás vagó por entre la gente, tratando de imaginar una respuesta que no sonase demasiado forzada, y empezó a teclear.

—¿Qué escribes?

—Espera —dijo él sin mirarla.

Sandra subrayó su impaciencia tamborileando con los dedos sobre la barra. «Para», dijo él, y ella obedeció con una sonrisa. Tomás envió el mensaje, aguardó a que el teléfono lo procesara y solo entonces, cuando leyó «¡Enviado!», se lo mostró a su amiga.

«Me alegro. ¿A qué hora quedamos mañana?».

Donna había entrado en el probador con tres vestidos distintos cuando a Tess, que esperaba junto a la cortina, le vibró el móvil dentro del bolso. Leyó el mensaje y, la verdad, se sintió un poco defraudada. Esperaba algo menos frío, menos mecánico.

Tomás no se parecía en nada a Lara, eso ya estaba claro. Ella era enérgica, impulsiva, precipitada. «Mejor pedir perdón que pedir permiso», solía decir, una sonora expresión que embelesaba a Tess. Tomás, sin embargo, daba la impresión de ser más bien lo contrario: prudente, cauteloso, comedido. Definitivamente, pensó Tess, el carácter no va en el ADN.

Tecléo:

«¿A las 10 en el hotel?».

Él respondió de inmediato.

«OK».

A las siete de la tarde, agotadas por tanta caminata y con tres bolsas llenas de ropa, regresaron a la habitación. Cenarían en el restaurante del hotel, bien valorado por los turistas estadounidenses en Tripadvisor. Tess decidió refrescarse en el baño y así se lo comunicó a su hija, que se encogió de hombros sin pronunciar una sola palabra. Seguía igual de hosca que por la mañana. Ni siquiera las compras la habían animado, lo que revelaba la verdadera dimensión de su enfado.

—¿Vas a pasarte así todo el viaje?

Donna la miró muy seria.

—Probablemente.

Cenaron en silencio. A excepción de una pareja de ancianos y de ellas, el restaurante estaba desierto. En el hilo musical sonaba una melodía anodina a un volumen apenas perceptible, lo que hizo la situación aún más incómoda. Tess se esforzó por sacar algún tema de conversación, pero a todo respondía Donna con monosílabos, frases cortantes y malas caras, así que acabó dándose por vencida y limitándose a masticar con la mirada puesta en una de las ventanas.

Tan pronto acabaron de cenar, subieron de nuevo a la habitación. La pequeña televisión que colgaba en la pared tenía sintonizadas varias cadenas estadounidenses. Tess las recorrió todas y se detuvo en la CNN, donde una presentadora informaba con neutralidad acerca de la última ocurrencia de su



presidente. Al parecer, Trump había sacado al país del Acuerdo de París, un gesto que los demás líderes mundiales consideraban una trágica estupidez.

—El presidente —declaraba el secretario de Estado frente al escudo de la Casa Blanca— está dispuesto a volver a implicarse en el Acuerdo de París si Estados Unidos identifica términos que sean más favorables para nuestro país, nuestros negocios, nuestros trabajadores y nuestros contribuyentes.

—¿Puedes bajar eso? —preguntó Donna.

Tess hizo algo mejor: apagó la televisión y cogió de la mesilla su novela policiaca. Se fijó entonces en el cuaderno rojo, cerrado y con el bolígrafo apoyado sobre él. Abrió la primera página y leyó, de su puño y letra, lo único escrito por el momento: «Notas de viaje».

Reflexionó un momento, pero no se le ocurrió nada que añadir.

Tomás pasó a recogerlas a las diez en punto de la mañana. Nada más verlas frente a la puerta del hotel, la madre de brazos cruzados, la hija con la mirada perdida en el móvil, supo que algo no iba bien. Tess, en efecto, estaba mucho menos habladora que el día de su llegada, y ni el maquillaje era capaz de disimular unas marcadas ojeras color té. En Donna, por el contrario, no apreció grandes diferencias: se limitó a dejarse caer en el asiento trasero con los auriculares puestos y así, ajena al resto del mundo, permaneció durante todo el viaje.

Aquello no ayudó a apaciguar la intranquilidad de Tomás. Una intranquilidad, todo sea dicho, fruto de algo más bien ridículo. Había ocurrido esa misma mañana, apenas hora y media antes, bajo el chorro de la ducha. Estaba aclarándose el cabello, pensando en la jornada que le esperaba, la visita a Toledo con las dos mujeres, cuando le asaltó una cuestión en la que no había reparado hasta entonces: «¿Querrán que se lo enseñe?».

La respuesta era obvia: «Por supuesto que querrán, te pagan para eso precisamente». Salió de la ducha de un brinco y se lanzó a por su teléfono, Wikipedia, Toledo. La cantidad de información allí contenida era apabullante: desde la humedad media a la evolución demográfica, de la historia antigua a los movimientos migratorios. Optó por una lectura diagonal, tratando de memorizar lo máximo posible mientras se enfundaba los calcetines, los calzoncillos, la camiseta y los pantalones, mientras desayunaba y, luego, al lavarse los dientes, al peinarse y también de camino al garaje.

Estaba todavía repasando lo leído cuando Tess y Donna se montaron en el coche, generando en su interior un silencio plomizo y sumamente incómodo. A Tomás le pareció que no era cosa suya forzar conversaciones, no quería ser como esos taxistas que martirizan al personal sin preguntar siquiera si la cháchara es o no bienvenida, así que señaló la radio y preguntó a Tess:

—¿Te importa si la pongo?

—Claro que no, estás en tu coche —dijo ella, a pesar de lo raro que le sonaba aquel término, «coche». Para Tess siempre habían sido «carros», así los llamaba su abuela. Si sabía de aquella palabra, y de tantas otras, era gracias a Lara.

Una voz de mujer, firme y un poco rota, resonó en los altavoces. Trataba de arrinconar a un ministro, tal vez fuese el de economía, quizás cualquier otro. El político se defendía, interrumpía, imponía su voz sobre la de la periodista: «Eso que dice, escuche, déjeme hablar, lo que dice no es correcto, no es preciso, usted debería saber que...». Tomás cambió de dial, transitando por emisoras. En unas había noticias, en otras chillones programas de humor. Se topó con una misa cantada, con un curso de inglés y, por fin, con algo que le pareció adecuado. Era un viejo tema de U2 que hacía años no escuchaba. *Lemon*. Los acordes le transportaron a su juventud, a un tiempo anterior a Pat y muy anterior a Hugo. Le vinieron a la mente bares que ya no existían y notó, con absoluta consistencia, el aroma acre del líquido de revelado. No pudo evitar sonreír y le pareció que también Tess lo hacía.

La mujer abrió la ventanilla y exclamó «¡guau!». Tenía frente a sí el enorme arco de herradura de la Puerta de Alcántara y, más allá, a lo lejos, el Castillo de San Servando.

—¡Dios mío! —dijo luego en perfecto español y, volviéndose hacia Tomás, añadió—: Parece sacado de un cuento.

Echaron a andar por las calles en cuesta y Tomás se esforzó por ganarse su sueldo tan bien como pudo. Tiraba de memoria, trataba de recordar lo que había leído unas horas antes y lo mezclaba con chascarrillos de cosecha propia que iba improvisando sobre la marcha.

—A Toledo se le llama «la Ciudad Imperial» porque fue la sede de la corte de Carlos I, un rey español. También se le llama «la Ciudad de las Tres Culturas» porque durante siglos vivieron aquí cristianos, musulmanes y... Y...

—¿Judíos? —aventuró Tess.

—Judíos. Exacto.

La americana no dejaba nada sin contemplar, sin admirar, sin fotografiar con el móvil. En un momento dado, preguntó a su hija:

—¿Quieres que nos hagamos un selfi?

La chica enarcó las cejas y meneó la cabeza, como si la mera propuesta le pareciese una completa locura. Llevaba aún los cascos puestos, pero ahora

al menos miraba a su alrededor con un cierto interés (ese interés adolescente que nunca es excesivo y que parece siempre un tanto sarcástico).

Entraron en una tasca, y también allí Tess lo examinó todo: las tapas de la barra, la estrepitosa tragaperras, los amarillentos carteles taurinos colgados de las paredes («¡Grandiosa corrida de toros!», clamaba el más grande). Se fijó muy especialmente en el tipo tras la barra, un sexagenario que llevaba la camisa excesivamente desabotonada, luciendo en la abertura una poblada mata de vello cano.

—Nada que ver con los bares de Miami, ¿eh? —dijo Tomás divertido por aquella curiosidad casi neurótica.

—La verdad es que no. Aquí todo es más...

—¿Pobre?

—No. —Ella agitó la cabeza escandalizada. No quería decir eso, desde luego—. Iba a decir... auténtico.

Donna se había llevado su Coca-Cola hasta una mesa y, allí sentada, miraba la televisión que, a un volumen atronador, vomitaba videoclips uno detrás de otro.

—¿Nunca estuviste en América? —preguntó Tess.

—Una vez —respondió Tomás—. En Nueva York, de vacaciones. Fui con mi mujer. Con mi exmujer —se corrigió—, poco antes de que naciese Hugo. Ella estaba embarazada de cuatro meses.

—¿Te gustó?

—Nos encantó.

Tomás dio un trago a su cerveza, momentáneamente perdido en los recuerdos de aquel viaje: la Estatua de la Libertad, el Empire State Building, Central Park.

—Tengo ganas de conocerlo —dijo Tess y, ante el gesto confundido de Tomás, aclaró—: A Hugo.

—Oh. Perdona, estaba pensando en... Sí, mañana os lo presento. Esta noche duerme conmigo. Ahora está con su madre. Vive con ella. Y con su padrastro.

Tess movió la cabeza sin añadir nada. La forma en que Tomás había dado todas esas explicaciones no solicitadas le hizo pensar que se trataba de un asunto espinoso. Mejor no profundizar en ello.

—Nuestro siguiente tema lleva tres semanas siendo número uno —anunció un hombre en la televisión—. Lo está petando en Estados Unidos,

México, Colombia y también aquí, en su país. La canción se titula *Destino* y él se llama Ismael.

Tess se giró hacia la televisión como disparada por un resorte. Un ritmo electrónico empezó a resonar en el bar mientras en la pantalla desfilaban palmeras agitadas por el viento.

—*Mom!* —gritó Donna y, mirando a su madre, señaló la televisión.

Tess se limitó a asentir con una sonrisa forzada. Era la primera palabra que Donna le dedicaba por iniciativa propia en todo el día y no quiso rehuirla.

La voz de Ismael brotó suave y melodiosa sobre un plano de Biscayne Bay. Luego, él mismo llenó la pantalla. Vestía una camiseta blanca muy ceñida y movía los hombros al ritmo de la música.

Tess nunca contó a su hija lo que había vivido en aquella casa de Star Island. Durante el tiempo que trabajó para Ismael, Donna la sometía a interrogatorios diarios: cómo era, de qué hablaban, si tenía pareja, si la buscaba. También las amigas de su hija se interesaban por la cuestión cada vez que la veían.

—Cuéntenos cosas de él, señora Greeley.

Desde el *incidente* había conseguido evitarle por completo. No resultó tarea fácil dada su creciente popularidad. Cuando empezaba a sonar en la radio del coche, ella la apagaba. Cuando aparecía en televisión, cambiaba de canal. Cuando se lo topaba en la web de algún periódico, «Ismael lanza el single de su nuevo disco», ella se limitaba a evitar la noticia, forzándose por todos los medios a no fijarse en aquellos ojos negros y en aquella sonrisa seductora.

—¿Te gusta? —le pregunto Tomás. Ella le miró con desconcierto, como si acabase de regresar de un lugar remoto, y luego negó con la cabeza—. Ya —sonrió—. A mí tampoco. Pero es un tío simpático. Una vez le entrevistamos en nuestro programa.

Tomás iba a desarrollar la anécdota, pero Tess se disculpó. Tenía que ir al baño. Allí permaneció durante tres minutos, cruzada de brazos en la taza del váter, hasta que tuvo el convencimiento de que la canción había terminado.

Visitaron el castillo, comieron unos sándwiches y, a eso de las tres de la tarde, pusieron rumbo a Madrid. Tess se pasó todo el viaje igual que había pasado buena parte de la mañana: en un meditativo silencio. O eso

(meditativo) le pareció a Tomás. En el coche, la conversación más larga la inició él:

—Mañana deberíamos salir pronto.

—Bien. A Salamanca, ¿verdad?

—Sí. Está a dos horas y pico. Más piedra antigua.

—Estupendo —dijo ella con una sonrisa nada más que cordial.

Ismael lo había arruinado todo. Verlo en la televisión, recordarlo, la puso furiosa primero y profundamente triste después. Se entristeció precisamente por estar furiosa, por darle ese poder, por conceder a ese hijo de puta la potestad de hundirla todavía ahora, años después.

Trató de reponerse, pero no fue capaz y, poco a poco, la tristeza se fue apoderando de ella, contaminándolo todo.

Le dio por pensar que aquel viaje estaba siendo un desastre. Lo había organizado para escapar de una parte de su vida, esa que la arrastraba hacia abajo, que le impedía mantenerse a flote y respirar, pero ahora tenía la sensación de haber fracasado por completo. Dos días antes había sufrido un ataque de ansiedad, tras meses sin tenerlos. No esperaba asfixiarse en España, pero le pasó nada más llegar, cuando apenas llevaba dos horas en el país. Un presagio terrible para alguien que, como Tess, creía firmemente en las señales.

Su hija seguía tan distante como en Miami. Igual de soberbia y autosuficiente, tan desapegada o más. Pero ¿por qué habría de ser de otro modo? ¿Solo por estar en otro continente?, ¿solo por haber adelantado el reloj cuatro horas? La había forzado a acompañarla y ahora se estaba vengando. No le costaba hacerlo porque era egoísta y cruel. Se le daba bien eso, es posible incluso que disfrutase con ello.

Tras mucho divagar, Tess llegó a la conclusión de que tenía que hacer algo. No bastaba simplemente con resignarse o maldecirse. Les quedaban casi tres semanas por delante en aquel coche y en aquel país. Algo tenía que hacer, sí, pero ¿qué?

Ojalá estuviese allí Lara. Ella la comprendería, sabría aconsejarla. Trató de imaginar qué le diría, sentada en la terraza del hotel Betsy con un café entre las manos. Probablemente:

—Habla con Donna, dile lo que sientes.

Pero su hija ya sabía lo que sentía. Lo sabía perfectamente y le daba igual.

¿Y Jack? Habló con él el día anterior, lo llamó desde el hotel, pero no le contó una palabra sobre la bofetada ni sobre el conjunto de circunstancias que

la habían provocado. ¿Para qué? Se imaginaba bien la situación. Tess diría que Donna la maltrataba, que jugaba con ella, que se burlaba, y él, al otro lado del océano, se encajaría las gafas en la nariz y respondería: «Bueno, mujer, no será para tanto».

—Quiero decirle algo a Donna —anunció Tomás al volante—. ¿Puedes traducirme?

Tess asintió, se giró y chasqueó los dedos ante el rostro de su hija, que se deslizó los cascos hasta el cuello.

—*What*.

—La radio tiene conexión USB —dijo Tomás mirando a Donna por el espejo retrovisor, y Tess se lo tradujo—. Si quieres, podemos poner tu música durante el viaje.

Tess vaciló antes de traducir esa última parte, pero acabó haciéndolo. Tuvo, no obstante, la sensación de que era innecesario, de que Donna ya lo había entendido (las palabras «música» y «viaje» necesariamente debía conocerlas; llevaba años estudiando español en el instituto).

La joven se quedó mirando en silencio a su madre, y esta arqueó las cejas a la espera de, al menos, un agradecimiento. Si no decía nada, la mataría. Lo haría sin duda, ya estaba decidido. Saltaría al asiento trasero, abriría la puerta y la empujaría al asfalto. Luego, pediría asilo al Gobierno español y pasaría los años que le restasen de vida vagando por los arcenes y contándole a quien quisiera escucharla que mató a su única hija por no dar las gracias.

Afortunadamente, nada de eso fue necesario.

—*OK* —le dijo Donna a los ojos de Tomás en el retrovisor—. *Thanks*.

Tess se giró hacia él.

—No sabes lo que acabas de hacer.

Tomás sonrió. En efecto, no lo sabía.

—Escríbeme todos los días —le dijo Pat, y le golpeó en el centro del pecho con el dedo índice.

—Que sí —respondió Tomás contemplando aquel dedo insolente.

—Hablo en serio.

—Ya sé que hablas en serio, es la tercera vez que me lo dices. Todos los días, me ha quedado claro.

Darío sonrió y se apoyó en el marco de la puerta. Estaban todos en la habitación de Hugo, también el niño, que pululaba entre el armario y los cajones apilando sobre la cama la ropa que luego metería en la maleta. Era la primera vez que se hacía su propio equipaje y Pat no las tenía todas consigo, pero él había insistido tanto que su madre acabó por ceder.

—¿Podéis dejar de vigilarme? —preguntó Hugo de mal humor.

—Que no se te olvide el bañador —dijo Pat mientras salía de la estancia acompañada de los dos hombres. De camino al salón, se colgó de un brazo de su exmarido y le susurró—: Está supernervioso. Y muy ilusionado. Intenta no joderlo.

Era un comentario sarcástico, pero eso no impidió que Tomás se sintiese ofendido. Se zafó del brazo de Pat para poder mirarla a los ojos y, muy serio, le preguntó:

—¿A qué viene eso?

—Haya paz —pidió Darío en su habitual tono indulgente.

—Le he dado una caja de ibuprofeno —dijo Pat—. Si le duele la cabeza, dale uno en cuanto te lo pida.

—Pat —dijo Tomás—, te va a parecer increíble, pero he vivido con ese niño durante diez años. Sé lo que tengo que hacer.

—Te lo digo porque lo pasa fatal con las migrañas.

—¡Ya sé que lo pasa fatal con las migrañas! Era yo quien se quedaba con él por la noche cuando le daban de pequeño, ¿te acuerdas?



Darío se había acomodado en el sofá y desde allí los contemplaba divertido, las piernas cruzadas y un brazo sobre el respaldo.

—Parecéis una pareja cómica —dijo, y Tomás se mordió el labio inferior para no replicar a tan brillante aportación.

Hugo consiguió meter toda su ropa en una maleta que Pat supervisó luego concienzudamente. Llevaba también una mochila con varios cables y la primera parte de *El señor de los anillos* (era la tercera vez que intentaba leerlo por insistente recomendación de su amigo Jon). En el recibidor, su madre lo abrazó. Ya era más alto que ella.

—Mamá, que me asfixias —se quejó Hugo, quien, sin embargo, no se opuso al estrujón.

—Parece que lo estoy secuestrando —dijo Tomás—. ¿Seguro que no quieres que te firme un aval?

Darío soltó una carcajada y le tendió una mano a Hugo.

—Chaval —dijo cuando este se la estrechó—. Pásalo muy bien.

Cuando consiguieron alcanzar el descansillo, Tomás se cruzó dos besos con Pat, que repitió:

—Todos los días, ¿vale?

Tomás empleó el trayecto hacia su casa para esclarecer algunas cuestiones con su hijo. Le preocupaba que la tensión que existía entre Tess y Donna contagiase a Hugo. Que lo intoxicase y acabase convirtiendo una experiencia teóricamente placentera en algo traumático y asfixiante. El viaje a Toledo, los largos silencios a la ida y aún más largos a la vuelta lo habían puesto en guardia.

Empezó aclarando que las mujeres no eran amigas suyas. Él solo era un empleado a su servicio, lo cual le obligaba a mantener un distanciamiento respetuoso. Hugo asintió con seriedad, lo entendía perfectamente. Tomás le recordó que, por más que aquello pareciesen unas vacaciones, no acababan de serlo exactamente. Dado que él estaba trabajando, tendría un horario, unos deberes, unas ciertas obligaciones, y a Hugo no le quedaría más remedio que adaptarse a lo que surgiera.

—Sin problema —dijo el niño—. ¿Cuántos años tiene la hija de la señora esa?

—La señora esa se llama Tess. Y su hija se llama Donna y tiene diecisiete años.

—Donna —repitió Hugo para sí.

Pidieron una pizza que cenaron en el salón, Tomás sentado en el sofá y su hijo tirado sobre la alfombra. El niño, como siempre, se adueñó del mando a distancia y puso una película de acción que, a pesar de su trama manifiestamente insostenible, logró captar la atención de ambos. Al menos durante un rato, porque Tomás fue incapaz de mantenerse despierto hasta el final y, cuando al héroe empezaba a complicársele la vida en alguna parte de Centroeuropa, cerró los ojos y allí lo dejó, empantanado y con cara de pánico. Se despertó, sueños después, con Hugo agitándole una pierna y un anuncio de limpiacristales en la pantalla.

—Tenemos que hacer mi cama.

Tomás se desperezó lo justo para obedecer a su hijo. «Pronto tendré que comprar un sofá más grande —pensó—. O quizás debería pensar en mudarme. Buscar un piso con un cuarto para él. Que tenga su propio espacio cuando venga a verme. Un adolescente no puede dormir en el salón, pero bueno...».

—... ya lo pensaré.

—¿Qué?

—Nada —dijo Tomás, y negó con la cabeza—. Estoy dormido, pensaba en alto. Venga, lávate los dientes y métete en la cama.

Tomás arrastró los pies hasta su habitación y bostezó por el camino. Estaba cruzando la puerta cuando Hugo le dijo:

—Papá. —Tomás se giró hacia el niño—. Gracias por dejarme ir contigo.

Tomás sintió que el corazón se le agrandaba un par de centímetros dentro del pecho. Fue una sensación ciertamente insólita.

—Gracias a ti por acompañarme.

Entró en su habitación y cerró la puerta todavía admirado por aquella emoción a la que tan poco acostumbrado estaba.

Había hecho la maleta por la tarde y allí seguía, abierta junto a la cama. Al hacerla le había parecido que olvidaba algo, y ahora, al contemplarla somnoliento, esa intuición se acentuó. Se agachó ante ella y revolvió el contenido con cuidado. La ropa, las mudas, el pijama, los cargadores, el neceser. ¿Qué podía faltar, si es que faltaba algo? Miró los armarios, la mesilla, las baldas, y reparó entonces en su vieja cámara de fotos.

Era uno de los primeros modelos digitales que Canon lanzó al mercado allá por principios de siglo. Le costó un dineral en su día, aunque ya no valdría gran cosa.

La tomó en sus manos y apartó el polvo de un soplo. Tenía acoplada una óptica fija de cincuenta milímetros. Hacía años (muchos años ya, más de dos décadas) había leído una entrevista a un gran fotógrafo, no recordaba quién, que aseguraba llevar toda la vida utilizando solo ese objetivo. Con él, decía, retrató paisajes y personas, cubrió guerras e inmortalizó a celebridades. Con aquella óptica, un cincuenta milímetros de focal fija, había sido capaz de fotografiarlo todo. Eso había inspirado a Tomás y también él había adoptado esa filosofía. Había vendido el resto de sus objetivos y se había quedado solo con aquel que ahora manipulaba haciendo girar el anillo de enfoque para comprobar que aún respondía.

Encendió la cámara. Había pasado una eternidad desde la última vez que lo hizo y, como era previsible, el símbolo de batería parpadeó dos veces antes de apagarse de nuevo. Aun así, se la llevó al rostro y miró a través del pequeño visor. Solo vio negro.

Al otro lado de la puerta, su hijo caminó hasta el baño, abrió el grifo y se lavó los dientes con diligencia. Tomás escuchó todo el proceso en silencio. Después, cuando Hugo se acostó por fin y apagó la luz del salón, metió la cámara en la maleta, con el resto de sus pertenencias.

Tan pronto terminó el postre, una generosa porción de tarta de chocolate, Donna anunció que subía a la habitación. Quería chatear un rato con sus amigas; en Miami eran las cuatro de la tarde y todas estaban conectadas. Tess no tenía ni pizca de sueño y tampoco se sentía con fuerzas para soportar las desquiciantes risitas privadas de su hija, así que decidió quedarse un rato más. Pidió al camarero que cargara la cena a su habitación. Luego, fue hasta la barra y se sentó en una banqueta. Otro camarero, este enteramente vestido de negro, le dio las buenas noches y le aproximó una carta de bebidas que Tess no se molestó en abrir.

—¿Sirven daiquiris?

Era su bebida favorita. O lo fue en su juventud. Hacía años que no probaba uno.

El camarero asintió, «por supuesto», y empezó a preparárselo cuando un hombre en quien Tess no había reparado hasta entonces le dijo:

—Los hacen bien aquí.

Estaba sentado a dos banquetas de distancia. Tendría cincuenta años y vestía un traje ligero sin corbata. La miraba con los codos apoyados en la barra y una cerveza negra entre las manos.

—Soy exigente —respondió Tess.

—¿Americana?

Ella asintió. Le apetecía charlar, pero no quería dar lugar a malentendidos. Era una mujer sola, de noche, en el bar de un hotel. Sabía cómo interpretaban algunos hombres esa circunstancia.

—De Miami.

—Buen sitio —dijo el hombre. Tenía una voz agradable y maneras educadas.

—¿Lo conoce?

—Estuve una vez, con mi exmujer. Me dejó justo después de aquello, pero no culpo a la ciudad.

El hombre sonrió y Tess hizo lo propio.

—Miami es buena rompiendo matrimonios —dijo ella.

El hombre le miró las manos, vio la alianza.

—El suyo sobrevive.

—Sí —dijo Tess—. Sobrevive.

Se arrepintió de inmediato. ¿Por qué había dicho eso? El desconocido la observó con una curiosidad divertida mientras el camarero posaba la frágil copa del daiquiri frente a Tess. Ella se la llevó a los labios y dio un trago corto, solo para degustarlo. Tenía demasiado ron y poco zumo, pero asintió por educación al camarero.

—Se lo he dicho —manifestó el desconocido—. Son los mejores daiquiris de Madrid.

—¿Los probó todos?

El hombre soltó una risotada que le rejuveneció súbitamente. Bien pensado, quizás no llegase a los cincuenta años.

—No —admitió él, y se estiró los puños de la camisa bajo la americana—. Aunque seguramente sí la mayoría.

—¿Alcohólico?

—Peor. Editor.

—¿Editor? —preguntó Tess.

—Publico libros. Los leo y, si me gustan, los publico.

—¿En serio?

Él asintió despacio y con desgana.

—No le creo —dijo Tess.

El hombre se encogió de hombros.

—Qué le vamos a hacer —dijo, y se centró de nuevo en su Guinness.

Tess paseó la mirada por el fondo de la barra. Además de un buen montón de botellas de todo tipo, había allí varios utensilios de cocina antiguos iluminados como las piezas de una exposición: un molinillo de café color mostaza, un viejo peso metálico, una jarra cobriza con un largo pico en forma de cuello de cisne. Tess dio otro trago a su daiquiri. Esta vez le supo algo mejor.

—Digamos que le creo. ¿Qué hace aquí un editor de su talla?

Él sonrió de nuevo.

—No he dicho que sea bueno. Pero, en respuesta a su pregunta..., había quedado con un amigo.

—¿Y dónde está?

—Me ha dejado colgado. ¿Sabe lo que significa eso?

—¿Que no apareció?

—Exactamente. No apareció.

—¿Siempre queda con amigos en hoteles?

—Mi amigo está alojado aquí. Es de Barcelona.

—Cuántas explicaciones —dijo Tess con sarcasmo.

—No se cree una palabra de lo que le estoy diciendo, ¿eh?

—Usted sabrá.

—Usted sabrá —repitió el hombre sin imitar el acento de Tess—. Su español es perfecto. ¿Es latina?

—Depende de cómo entienda usted eso. Mis abuelos eran españoles.

—¿De verdad? No me diga que ha venido en busca de sus orígenes. — Tess se volvió hacia su daiquiri sin decir nada. El hombre ensanchó su sonrisa —. No. ¿He acertado?

—Más o menos. Vine con mi hija. Visitaremos varios sitios y luego iremos al pueblo de mis abuelos, sí.

—Vaya.

El hombre jugueteó con la cerveza, trazando círculos con ella y contemplando el rastro de espuma en las paredes del vaso.

—Es una buena historia —dijo.

—¿El qué?

—Su viaje. La búsqueda del origen. A la gente le gusta ese tipo de cosas. ¿Se ha planteado escribirlo? —Tess pensó en el cuaderno rojo que descansaba sobre su mesilla—. Si es bueno podría publicárselo.

—Seguro —dijo Tess con gesto descreído.

El hombre echó mano al bolsillo interior de la americana y saco de allí una tarjeta. La deslizó sobre la barra hacia Tess. Ella la miró sin tocarla.

—Le juro que no estoy flirteando —dijo el hombre—. ¿Conoce esa palabra?

—Por el contexto —respondió Tess.

—El contexto lo es todo —apostilló el hombre, y señaló la tarjeta—. Quédesela, por favor.

Tess la cogió. En el anverso figuraba un nombre y dos apellidos, un teléfono móvil, un correo electrónico; en el reverso, un logotipo. «Editor de

ensayo», ponía.

—¿Por qué se marcharon sus abuelos? Si no es mucha indiscreción.

—Huyeron de la guerra.

—¿De verdad?

Tess asintió.

—Unas semanas antes de que empezara. Se fueron a La Habana. Luego estalló la revolución y se marcharon a Estados Unidos.

El hombre soltó una risotada breve y seca que no fue correspondida.

—Perdón —se apresuró a decir, y agitó una mano—. No es gracioso, ya lo sé.

—No lo es.

—Lo siento. No se enfade, pero es que... ¿Sabe qué?, olvídense del viaje. Me interesa más la historia de su familia.

—Pare ya.

—Hablo en serio. Tiene nostalgia, tiene exilios, guerras y revoluciones. Y un final feliz, espero.

Tess asintió.

—Fueron felices y abrazaron el sueño americano.

—Me alegro por ellos. ¿Y sabe lo mejor? —El hombre desplegó tres dedos—. Tres mercados. Español, latinoamericano y estadounidense. ¿Se le da bien escribir?

—Bueno, no soy analfabeta —dijo Tess a la defensiva. Luego apuró el daiquiri de un solo trago. Había dejado de disfrutar de aquella conversación—. Mi hija me espera.

—Espere —suplicó el hombre—, cinco minutos más. La invito a otra copa. No todos los días se encuentra uno con una historia como esta. —Tess negó con la cabeza y se puso en pie—. Entonces deje que la invite a esta por lo menos. Como símbolo de amistad entre nuestros países. Y llévese mi tarjeta, por favor. Si se le ocurre escribir eso, mándemelo. Lo digo muy en serio. Me gustaría leerlo.

—Claro —dijo Tess, y guardó la tarjeta en el bolso—. Gracias por el daiquiri.

El hombre se levantó de la banqueta, se alisó la camisa de un tirón y ofreció una mano a la mujer.

—No me ha dicho su nombre.

Tess estrechó aquella mano y dijo:

—Teresa. Teresa Greeley.

Tess se acomodó en el pequeño escritorio de la habitación y abrió su cuaderno de tapas rojas. Leyó las palabras «Notas de viaje», se humedeció los labios, pasó una página y sin pararse a pensar escribió:

*Hoy un editor de libros me ha dicho que debería escribir la historia de mi familia.*

Era la una de la madrugada y seguía sin tener sueño. No podía culpar al *jet lag*, sus desórdenes nocturnos venían de lejos. En la mesilla tenía el frasco de zolpidem, pero se había propuesto no tomar ninguna pastilla durante el viaje. Quería conciliar el sueño por sus propios medios, sin soluciones artificiales.

Se volvió hacia Donna, que dormía profundamente en la cama, y la contempló unos segundos. Luego, encaró de nuevo el cuaderno.

*Supongo que solo coqueteaba, pero me ha dado que pensar. Nunca me había planteado escribir. No al menos con la pretensión de ser leída.*

*Creo que podría hacerlo. Podría intentarlo, al menos. La cuestión es: ¿a quién podría interesarle la vida de mi familia?*

Tess releyó aquella pregunta con la respiración de su hija, rítmica y tranquila, de fondo. ¿A quién podría interesarle?

*He estado mirando la fotografía de mis abuelos. Acabaré gastándola de tanto tocarla. Es tan pequeña que apenas sí se aprecian sus rostros. Lo justo para ver que sonreían, que eran felices. Que estaban enamorados.*

*Mi abuela Dolores me contó que se la hicieron poco antes de abandonar el país. Dos meses antes, creo que me dijo, pero vete a saber. Ya era muy mayor por entonces y confundía las cosas. A veces me confundía con mi madre, me llamaba Rosa y me preguntaba por su marido, mi abuelo, que llevaba años muerto.*



*Mi abuela murió el 13 de septiembre de 2007. Padeció alzhéimer los últimos cinco años de su vida. Durante ese tiempo, su memoria se fue erosionando de manera lenta pero imparable. Olvidaba sin recordar que lo hacía. Primero nos olvidó a los otros, luego a sí misma. Cuando me sentaba a su lado en el jardín de la residencia y le tomaba las manos y decía su nombre, ella dirigía sus ojos hacia mí, pero miraba más allá, a través de mi cabeza, al infinito.*

*«Se perdió dentro», me dijo una de sus amigas.*

*Se perdió dentro.*

*Mis abuelos se conocieron en Cubil. Nacieron conociéndose, en realidad. Ella era unos meses mayor que él y compartieron la niñez en aquel pueblo de Castilla. Mi abuela solía decir que ellos nunca empezaron a salir porque siempre habían salido. Fueron novios desde niños, decía.*

*Una vez, tendría yo trece o catorce años, me dijo que ella siempre estuvo enamorada de mi abuelo. Que no recordaba un solo día de su vida en que no lo hubiese querido.*

*Cuando a él le diagnosticaron cáncer de páncreas, ella resistió sin llorar. Al salir del hospital, se cogió de mi brazo y me dijo: «Solo le pido a Dios tener salud para cuidarlo». Pero mi abuelo murió cuatro meses después y mi abuela se perdió dentro. Ahí empezó a perderse.*

*Dejó de salir de casa. Dejó de salir de la cama. Poco después, se cayó en la ducha y se rompió la cadera. Insistí en contratar una cuidadora, alguien que se ocupase de ella y de las labores domésticas. Ella se enfurecía con solo oírlo. Decía que no era una inválida, que siempre se había valido por sí misma. Que había cruzado el océano, que había vivido en tres países, en dos continentes, en dos idiomas. Que yo solo quería su mal, que la odiaba.*

*Un día, al llegar a su casa, la encontré sentada en la taza del váter. Estaba maquillada, enojada y vestida con un viejo abrigo de visón que tendría no menos de treinta años. Me miró confundida y me llamó con el nombre de mi madre. «Rosa —me dijo—, llegas tarde».*

—Mamá, ¿qué haces?

Tess estaba llorando y respondió sin volverse, con un susurro roto.

—Perdona, cariño. ¿Te he despertado?

Donna se incorporó un poco.

—¿Qué pasa?

Sonaba preocupada y Tess lo agradeció.

—Nada —dijo—. Estoy tonta, sigue durmiendo.

Su hija siguió observándola unos segundos. Luego, se recostó de nuevo.

Tess miró el cuaderno y añadió una última frase:

*Mis abuelos se amaron durante 76 años.*

Después de eso, apagó el flexo del escritorio y también ella se metió en la cama. Justo antes de cerrar los ojos, se llevó una pastilla a la boca.

A las nueve y veinte de la mañana, las mujeres seguían sin aparecer.

—¡Que te den a ti! —gritó Tomás a un taxista que le increpó al pasar a su lado.

Estaba aparcado en doble fila, frente a la puerta del hotel.

—Palabrota —dejó caer Hugo desde el asiento trasero. Darío no toleraba el lenguaje malsonante y, en algún momento del último año, había reclutado a su hijo para su cruzada.

—No ha sido una palabrota —se defendió Tomás—. De todas formas, en esta situación se pueden decir palabrotas.

—¿Sí? ¿Puedo yo?

—No. Tienes que ser mayor de edad. Y padre. —Miró la hora en el salpicadero—. Voy a entrar a buscarlas.

Hugo resopló visiblemente aburrido.

—Es la tercera vez que lo dices.

Una furgoneta de reparto le tocó el claxon. Tomás miró al conductor, leyó sus labios, algo acerca de su madre.

—Quédate en el coche —dijo Tomás—. Si viene la policía, hazte el muerto.

El niño dejó caer la cabeza hacia un lado, los ojos abiertos y la lengua fuera.

—Perfecto. Aguanta así hasta que vuelva.

Salió del coche y se encaminó hacia la entrada del hotel soltando juramentos a media voz. Un observador externo le habría tomado por uno de esos perturbados que se pasean por las aceras de las grandes ciudades discutiendo con sus demonios interiores. Resultó que el último de los improperios, «me cago en la puta», fue a parar a Donna, quien lo recibió en plena cara.

—*Hi* —dijo la joven, que cruzaba la puerta en ese momento.

—¡Perdona! —gritó Tess detrás de su hija—. ¡Me quedé dormida, perdona!

A la espalda de la mujer, un botones flaco y ojeroso empujaba el portamaletas cargado hasta los topes. Tomás restó importancia al retraso y pidió al mozo que le siguiera hasta el maletero del monovolumen. Al pasar junto a la ventanilla trasera, golpeó el cristal con los nudillos. Hugo dio un respingo sobresaltado y salió del coche.

—Tess, Donna, este es mi hijo Hugo. *My son*.

Hugo se puso muy recto, superando en altura a las dos mujeres, y ofreció su mano a Tess, quien la estrechó con suavidad.

—Encantada.

—Igualmente, señora Tess.

Tess sonrió y miró a Tomás, que se encogió de hombros mientras cargaba las maletas.

—Con Tess vale —precisó ella.

Hugo asintió y estrechó luego la mano de Donna, que le devolvió un apretón flácido, casi inerte. A cambio, la adolescente le miró fijamente y, aunque Hugo trató de aguantar aquella mirada, acabó claudicando y, con un carraspeo, gallo incluido, regresó al interior del coche.

Tess ocupó el asiento del copiloto y los chicos se acomodaron en la parte de atrás. Antes de ponerse en marcha, Tomás abrió la guantera y extrajo de allí un cable blanco.

—*Your music, please* —dijo mirando a Donna por el espejo retrovisor.

—Te arrepentirás —le advirtió Tess.

—Venga, no puede ser tan horrible.

Pero lo fue. Donna conectó su móvil y, tan pronto como se sumaron a la corriente de tráfico de la Gran Vía, un reguetón ruidoso y machacón convirtió el monovolumen en una discoteca ambulante. Tomás no dijo una palabra, pero temió que la intensidad de aquellos graves acabase reventando los cristales de sus gafas de sol.

—Te lo dije —ratificó Tess.

—A mí me gusta —dijo Hugo.

Y Donna, sin necesidad de traducción, le dedicó una sonrisa cómplice.

El GPS tuteó a Tomás. «Sigue por Gran Vía hasta la calle Princesa. Después, en la A-6, toma la salida 52 y avanza cuarenta y seis kilómetros. En Castilla y León sigue doce kilómetros por la AP-6 y métete luego en la AP-5. Continúa en esa dirección ciento cincuenta kilómetros y llegarás a tu destino».

Tiempo total: dos horas treinta y cuatro minutos en condiciones de tráfico óptimas y, por tanto, irreales.

No llevaban un cuarto de hora cuando Tess se declaró incapaz de soportar un segundo más aquella «música espantosa». Amenazó con saltar del coche en marcha y, si era necesario, regresar nadando a Miami. Hugo rio el comentario mientras Tess desconectaba el teléfono y se lo devolvía a su hija. Donna lo cogió con una sonrisa en los labios, como si también aquello engrosase su lista de victorias sobre la voluntad y la paciencia de su madre. Luego, se colocó los cascos y se encerró de nuevo en su burbuja.

En la autovía, el tráfico era fluido. Tomás ocupó el carril derecho, concentrado en mantener una velocidad constante de ciento veinte kilómetros por hora. Hugo sacó de la mochila el iPad que Darío le había regalado un par de meses antes y se puso a ver una película. De vez en cuando encaraba la ventanilla y permanecía así unos segundos, escuchando los diálogos o pensando en sus cosas. Cuando lo hacía, aprovechaba para lanzar una discreta mirada a Donna, que, recostada a su lado, fingía no percatarse de ello.

—¿Cómo es eso de trabajar en televisión? —preguntó Tess mientras se llevaba un chicle a la boca y le ofrecía otro a Tomás.

—Como todos los trabajos, supongo —respondió él, que aceptó el chicle sin apartar la mirada de la carretera—. Gracias. La verdad es que no puedo comparar. Siempre he trabajado en la tele.

—¿Siempre?

—Bueno, de joven estuve un tiempo detrás de la barra, pero tengo un recuerdo... digamos que borroso.

Tess se quedó pensativa, la mirada fija en el vehículo de delante.

—También yo fui camarera. Hace mucho, mientras estudiaba. Allá en Miami siempre hay trabajo de camarera.

—Aquí ya ni de eso hay demasiado.

Tess se volvió hacia la ventanilla y contempló el paisaje, nada más que árboles amarillentos que brotaban de un suelo seco y pajizo.

—¿Andan muy mal las cosas por acá?

—Bueno, ahora están algo mejor, pero llevamos una década en crisis. Hemos pasado años difíciles, sí.

—No se habla mucho de España en la televisión de mi país. Lara me contó algo. Me dijo que hubo mucho desempleo.

—Lo sigue habiendo. —Un deportivo los adelantó a toda velocidad. Tomás esperó a que el rugido se alejara antes de continuar—. Lara se marchó

de aquí por eso, cuando la crisis empezaba. Fue rápida. Otros esperaron un poco más, aguantaron con sus negocios y acabaron perdiéndolo todo, los negocios y los ahorros.

Lara. Hablaron de ella, de su restaurante y de (así lo llamó Tomás) «su aventura americana». Él desgranó alguna anécdota de la infancia y adolescencia de su hermana, cuando se escapó para ir a un concierto y cuando, poco después, casi prende fuego a la casa por un enfado. Tess escuchó con atención, tratando de identificar al personaje de aquellas historias con la Lara que ella conocía.

A mitad de trayecto, se detuvieron en una estación de servicio encajonada en mitad de un desfiladero para repostar y estirar las piernas. Era una suerte de centro comercial a escala, todo plástico, cristal y pladur.

Entraron en la cafetería, que ocupaba la mitad de la superficie de un edificio denominado «Área comercial». El resto estaba copado por revistas, libros, juguetes, comida, accesorios para el coche, cedés, DVD y toda clase de artículos inútiles (tazas con la bandera de España, maquetas de toros bravos...).

Pidieron dos cafés, dos Coca-Colas y cuatro pinchos de tortilla. Donna miró el suyo con una expresión a mitad de camino entre la fascinación y el asco. Le dio unos toquecitos con el tenedor, como temiendo que se levantara de pronto, mordisqueó el vértice, lo entretuvo en la boca más de la cuenta y, tras deglutirlo con cierto esfuerzo, dejó el tenedor en el plato y ya no volvió a tocarlo.

Hugo le pidió cinco euros a su padre para comprar chucherías. Se fue con el billete al otro lado del edificio y, al poco, le gritó desde la zona de revistas.

—¡Papá! —Tomás le miró, y también una docena de personas más—. ¡Está el libro de Darío!

Tomás le hizo un gesto, «habla más bajo», y pensó: «Hasta aquí me sigue el cabrón».

—¿Un amigo? —preguntó Tess mientras se limpiaba los labios con una servilleta de celulosa que decía «Gracias por su visita».

—No. —Miró a Hugo, que se encaminaba ya hacia los estantes de gominolas—. No exactamente. Es la pareja de mi exmujer.

Tess descruzó las piernas y se inclinó hacia delante.

—¿Es escritor?

—No exactamente. Escribe libros de autoayuda. No sé cómo se dice eso en inglés.

—Igual. *Self-help*. —Donna levantó la vista y miró a su madre con una sonrisa burlona.

Durante un tiempo, a Tess le dio por leer libros de aquellos. *Inteligencia emocional*, *En busca del sentido*, *Encuentra tu elemento*. Los consumía compulsivamente, uno detrás de otro. Los que más le gustaban los recomendaba a su hija. «Aprenderás cosas», le decía, pero la chica nunca leyó ninguno. A Donna todo aquello de la autoayuda le parecía una paparrucha, un sacacuartos más para gente como su madre, gente débil, gente que necesita que otros le digan lo que debe hacer y sentir.

—¿Son buenos sus libros? —preguntó Tess.

Tomás maduró la respuesta durante unos segundos. Debieron de ser demasiados, porque Tess acabó diciéndole:

—Vale. Entiendo.

—No, no, es que... No los he leído. Te puedo decir que a la gente le gustan, porque él vive de eso. De eso y de dar charlas.

—¿Charlas? —Tess entrecerró los ojos con gesto de incompreensión. ¿Cómo se puede vivir de charlar?

Tomás buscó un sinónimo.

—Conferencias. Imparte conferencias sobre los temas de sus libros. Y le pagan bien, o eso me dice mi exmujer.

Tomás escudriñó la tienda en busca de su hijo. Lo localizó en la caja, entregando el billete de cinco euros a un tendero malcarado que vestía el color corporativo de la compañía petrolífera.

—¿Y por qué no leíste sus libros? —preguntó Tess, consciente de estar llevando la conversación hacia un terreno probablemente delicado.

—Los tengo en casa, pero...

«... no me interesan una mierda». Así concluía el razonamiento, pero Tomás prefirió no verbalizarlo; tampoco era cuestión de resultar tan transparente. Lo sustituyó por un carraspeo nervioso. Luego, cruzó los brazos y estiró las piernas bajo la mesa, dando el tema por zanjado.

El resto del trayecto, poco más de una hora, lo pasaron en silencio. El paisaje era aburrido, inmutable, un bucle mustio y yermo de marrones y amarillos.

Tess cerró los ojos y Tomás dejó que su mente vagara a la deriva. Pensó en lo que haría al terminar el verano, a quién llamaría, a quién escribiría, cómo demonios se las arreglaría para encontrar trabajo. Se esforzó por pensar

en otra cosa, y lo consiguió por momentos, pero siempre acababa regresando ahí: al trabajo, al paro, a la angustia.

Aunque el aire acondicionado esparcía un ambiente fresco y agradable dentro del coche, el sol abrasaba a través de los cristales. Tess se descalzó y colocó las rodillas en el salpicadero. Preguntó:

—¿Te molesta?

A Tomás no le molestaba. Ella llevaba un vestido corto y ligero que le cubría hasta medio muslo, algo menos en aquella posición. Tenía las piernas bonitas y muy morenas. Unas piernas que se convirtieron en una distracción constante durante el último tramo del viaje. De vez en cuando, la tela se deslizaba un poco, dejando aún más muslo a la vista, y Tess, sin abrir los ojos, se recolocaba el vestido con un gesto. Cuando eso ocurría, Tomás lanzaba una mirada furtiva (digamos que involuntaria) de la que se arrepentía inmediatamente. Luego regresaba a los pesares, el trabajo, el paro, la angustia, hasta que la tela ligera de verano se deslizaba de nuevo y, de nuevo, acaparaba su atención.

A las doce y media cruzaron el río Tormes.

—La ciudad vieja —anunció Tomás señalando al frente.

Los chicos no se inmutaron. Tess, sin embargo, se incorporó en el asiento y miró en todas direcciones, como si tuviese urgencia por contemplar lo máximo posible. Como si fuese plenamente consciente de que nunca más tendría la oportunidad de ver todo aquello por primera vez. Tomás deceleró.

—Es precioso —dijo ella. Fue, de hecho, un susurro.



Se registraron en el hotel. La reserva estaba en orden, los esperaban y sus habitaciones estaban listas. Eso dijo la recepcionista, una chica pálida y menuda que parecía demasiado joven para desempeñar cualquier trabajo. «Solo faltan sus firmas —declaró— y una tarjeta de crédito». Tess le entregó la American Express y se volvió hacia Tomás:

—Ya descontaremos lo de Hugo.

El hotel, de cuatro estrellas, era viejo pero acogedor. Tomás se había decidido por él después de leer un buen número de reseñas en internet que alababan, sobre todo, el trato del personal y la ubicación. Lo segundo era incuestionable: se encontraba junto a la plaza Mayor, en el corazón mismo de la ciudad.

Tess y Donna compartían la habitación 223; Tomás y Hugo, la 225, justo al lado. Las estancias, enteramente cubiertas con papel pintado, contaban con un baño de generosas dimensiones, camas robustas y mesillas de madera coronadas por lámparas de tulipa blanca y luz cálida. Ambas daban acceso a sendos balcones, diminutos los dos, que se asomaban sobre la plaza.

Tomás y Hugo se repartieron el armario. Andaba el niño colocando sus camisetas cuando vio cómo su padre extraía de la maleta su vieja Canon y la depositaba sobre la cama.

—¡Has traído la cámara! —exclamó ilusionado.

—Sí —dijo sin más.

—¡Enséñame! —gritó Hugo, y un gallo le quebró la voz.

—¿Que te enseñe a qué?

—¡A hacer fotos! Mamá dice que eras un fotógrafo buenísimo.

—Tu madre exagera. Siempre.

—¡Enséñame! —imploró. Miraba con ansia la cámara sobre el colchón.

—Hugo, no se puede enseñar a hacer fotos.

—Por favor —dijo el niño, y alargó mucho la «o», juntando las manos en gesto de súplica.

—¡Vale, vale! Coge la cámara.

El niño desplegó una enorme sonrisa, todo dientes, y tomó la cámara de cualquier manera.

—Ten cuidado —le advirtió su padre. Aquella vieja Canon era una carraca obsoleta, de acuerdo, pero significaba mucho para él—. No es un juguete. Si se cae, se rompe.

Tomás le quitó la cámara con suavidad y le indicó, con un gesto, que se sentara a su lado. Hugo obedeció con la atención centrada en las manos de su padre, idénticas a las suyas, pero mucho más grandes. Eran, sin duda, las manos que acabaría teniendo.

—El cuerpo de la cámara no se sujeta, lo que se sujeta es el objetivo. Mira, pon la mano izquierda como yo. —Hugo le imitó. Luego, Tomás colocó la cámara en la mano del niño—. ¿Lo ves? Todo el peso está aquí, en esta mano. Y la otra la pones aquí, con el dedo índice en el disparador, que es este botón. —Hugo sostenía la cámara con tensión—. Esta óptica es fija. Eso quiere decir que no tiene zoom, así que la mano izquierda solo te sirve para enfocar. De momento, te lo voy a poner todo en automático, ¿vale?

—Vale —dijo el niño, sin entender exactamente lo que significaba.

—Que esté en automático no quiere decir que la cámara lo haga todo.

—¿No?

—No. Solo quiere decir que algunas de las...

Unos nudillos contra la puerta le interrumpieron. Tomás se levantó y fue a abrir.

—Hola —sonrió Tess. Se había pintado los labios y sujetaba la tarjeta de la habitación entre los dedos índice y corazón, como si fuese un cigarrillo—. Donna y yo iremos ahora a comer y a dar un paseo. —Tomás asintió, Tess le miró y ninguno de los dos dijo nada durante unos segundos. Luego, visiblemente incómoda, la mujer dio un corto paso atrás y dijo—: OK. ¿Hablamos luego, por la noche?

—Claro. Yo voy a estar de profesor. —Y señaló a su espalda con un pulgar.

Hugo, sentado en la cama, alzó la cámara con sumo cuidado.

—Voy a aprender a hacer fotos —dijo.

—¡Qué bueno! —replicó ella—. Tienes que hacernos una a Donna y a mí.

Tomás no reparó en aquel momento. Caería poco después, mientras se aseaba en el cuarto de baño. Rememorando la conversación que acababa de mantener con Tess, se percató de aquella pausa extraña, del paso atrás, de la incomodidad (ahora le resultaba muy evidente) que había provocado en la mujer. ¿Acaso pretendía ella que fueran a pasear los cuatro juntos? ¿Era eso lo que quería decirle? ¿Para eso había llamado a su puerta?

Se secó con una toalla de mano. Tenía el nombre del hotel bordado y Tomás lo leyó en voz alta para sí. Pensó en escribirle un mensaje:

«¿Queréis que os acompañemos?».

Pero le pareció que ya era demasiado tarde y decidió dejarlo estar.

Hugo tenía hambre, de modo que padre e hijo salieron a la calle en busca de un sitio donde comer. A Tomás le costó decidirse. La mayor parte de los restaurantes estaban atestados de turistas nacionales en su vertiente más escandalosa. Acabó decantándose por una terraza discreta y casi vacía cuya carta ofrecía un escaso pero suficiente repertorio de platos combinados.

El día seguía magníficamente soleado y, mientras comían, Tomás trató de explicar a su hijo la relevancia histórica de aquella ciudad. Hugo, sin embargo, solo estaba interesado en una cosa:

—¿Es muy cara?

—¿El qué?

Señaló la mochila de su padre:

—La cámara.

—Lo fue en su día —respondió Tomás—. ¿Desde cuándo te interesa tanto la fotografía?

Hugo se encogió de hombros, que era, supuso su padre, la manera de expresar «desde hace una hora». Tomás pidió la cuenta, se quedó mirando a su hijo y le preguntó:

—¿De verdad quieres aprender a hacer fotos?

—Ya te he dicho que sí —respondió el niño. Su madre le había comprado unas gafas de sol que le quedaban demasiado grandes y se le deslizaban cada poco nariz abajo. Tomás se las encajó con un dedo y Hugo se molestó. Se molestaba por todo últimamente.

—Si de verdad te comprometes, puedo enseñarte. Pero tienes que ir en serio.

Un año antes, Hugo había decidido que quería patinar. La idea se la metió en la cabeza un amigo, quizás ese tal Jon que tanto parecía influir en él. Acudió a un par de clases y regresó entusiasmado. Era un curso de iniciación para niños que no requería equipamiento; los organizadores aportaban todo, los patines, el casco, las rodilleras y las coderas. Hugo se pasó semanas viendo en YouTube a patinadores que ejecutaban toda clase de florituras. Tal fue su entusiasmo que Tomás decidió regalarle unos patines en línea. No es que le costasen un dineral, pero tampoco fueron baratos. Se los puso un par de tardes y luego, si te he visto, no me acuerdo.

No se lo recriminó, ni entonces ni ahora. Los niños son así. Prueban. Exploran. El error fue de Tomás; al fin y al cabo, y como tantas veces le recordaría Pat, Hugo jamás pidió que le comprasen aquellos patines.

—Quiero aprender —zanjó el niño.

—Vale —dijo Tomás, y apuró su café de un trago—. Empecemos entonces.

Primera lección.

—¿Qué es lo más importante de una fotografía?

Caminaban por el llamado Huerto de Calixto y Melibea, un pequeño y apacible jardín que ofrecía unas hermosas vistas sobre el sur de la ciudad. A su alrededor, un puñado de turistas hablaban en susurros, condicionados por la intimidad del paisaje y por un calor en aquel momento sofocante.

—No sé —dijo Hugo también en voz baja. Sujetaba la cámara tal y como su padre le había explicado por la mañana: una mano firme en la óptica, la otra apoyada en el cuerpo—. ¿La luz?

—Casi —respondió Tomás—. Lo más importante de una fotografía es *lo que muestra* la fotografía. El paisaje, la persona, lo que sea.

—Vale —dijo Hugo, como si fuese algo obvio en lo que no había reparado por pura torpeza.

—Todo lo demás —prosiguió Tomás— es secundario: cómo la has tomado, si estabas de pie, de rodillas o tumbado, si has usado esta óptica o esta otra... Eso es la técnica, y es importante, pero no es lo fundamental. —A su lado un hombre de unos treinta años fotografiaba a su pareja, que posaba sonriente frente a la puerta pétrea del jardín—. Fíjate en eso. Hoy mismo, aquí, en Salamanca, se van a tomar miles de fotos. Decenas de miles igual, no lo sé.

—Un montón —concluyó Hugo.

—Eso es. Un montón. Y la mayoría serán malísimas. —Hugo sonrió con malicia—. No le interesarán a nadie más que a la gente que las ha tomado y a sus familiares. ¿Estás de acuerdo? —El niño asintió. No solo estaba de acuerdo, estaba convencido de ello—. Entonces, ¿qué tienen de especial las fotografías que hace un fotógrafo?

Hugo no tenía la menor idea, pero estaba dispuesto a meditarlo. Miró al suelo empedrado con el ceño fruncido y así permaneció unos segundos durante los cuales Tomás aguardó en silencio, a la sombra de un almendro.

—¿Que las de un fotógrafo son mejores?

Estaba casi convencido de que esa no era la respuesta correcta, pero lo dijo de todos modos.

—Puede ser —respondió Tomás, que empezaba a disfrutar con aquel papel de maestro socrático—. Pero no necesariamente. Estarán mejor desde un punto de vista técnico, claro, pero eso no hace que una fotografía sea mejor que otra. Lo que hace buena una foto es, sencillamente, que la gente quiera verla. —Hugo hizo un aspaviento: ¡era obvio! ¿Cómo no se le había ocurrido a él?—. La cuestión es cómo se consigue eso. Cómo se hace para que alguien quiera ver una foto años o décadas después de que se haya tomado. —Hugo tardó en comprender que su padre esperaba una respuesta. Esta vez optó por no jugársela: enarcó las cejas y negó con la cabeza—. Una fotografía sobrevive en el tiempo cuando consigue captar algo único. Algo que pasó en un momento dado, justo en el instante en que el fotógrafo miraba a través de la cámara, algo que ya no volverá a pasar nunca más.

Hugo observaba a su padre con los ojos como platos. Hacía años que Tomás no veía esa mirada de entrega absoluta, de total admiración. Sonrió para sí, no pudo evitarlo.

—Hubo un fotógrafo francés que se llamaba Henri Cartier-Bresson. ¿Te suena? —El niño negó nuevamente—. Fue muy famoso. Viajó por todo el mundo haciendo fotos. Retrató a pintores, a cantantes... Y también a gente normal que se encontraba por la calle. Fue el primer fotógrafo que expuso en el Louvre, ¿sabes lo que es?

—¿Un museo? —No estaba seguro.

—De París, sí. Algún día iremos.

—Vale —dijo, y sonrió.

—Cartier-Bresson se inventó un nombre para ese momento que te he dicho, ese que ya no va a repetirse. Lo llamó «el instante decisivo».

Hugo lo masculó para sí, como si quisiera afianzarlo:

—El instante decisivo.

—Eso es lo que buscan todos los fotógrafos. Captar ese momento.

Aunque solo sea una vez en la vida.

Tomás acabó sus estudios convencido de que el porvenir le deparaba algo grande. Todos sus profesores se lo habían dicho: llegaría lejos, tenía un enorme talento.

A los diecisiete años ganó su primer concurso fotográfico. Lo hizo con una imagen de la Gran Vía de Madrid completamente desierta durante una final de fútbol. Le dieron 50.000 pesetas, una fortuna para él en aquel momento.

Estudió imagen y sonido, aunque lo segundo a él no le interesaba. Por entonces, todos los días salía a la calle con una vieja Nikon que se había comprado con el dinero del premio. Tomás había nacido en una familia humilde y la suya era una pasión cara, así que tuvo que buscarse una fuente de ingresos para pagar los carretes, los líquidos de revelado, el papel.

Al concluir sus estudios, un conocido del barrio, un tipo poco recomendable que transitaba más la noche que el día, le consiguió trabajo en un bar. Tomás acababa de cumplir veintidós años, pero el porvenir seguía sin revelarles eso que tantas veces le habían prometido. Ni rastro del éxito. Ni el menor indicio de gloria.

El bar era un garito pequeño y neblinoso que abría tarde y cerraba cuando el último borracho perdía la conciencia. A Tomás siempre le encasquetaban los peores turnos por ser el nuevo, el más joven y el menos ducho. Rompió decenas de vasos, destrozó un trozo de la barra con un barril de cerveza y, en cierta ocasión, casi prende fuego al local entero, pero el dueño estaba lo suficientemente colgado como para no considerar nada de eso motivo de despido.

También al bar llevaba la cámara. Algunos clientes, poco dados a recordar los nombres, le llamaban simplemente Fotógrafo. «¡Eh, Fotógrafo, tres cañas más por aquí!». De vez en cuando, le pedían un retrato, «¡Haznos una foto, Fotógrafo!», y Tomás no perdía la oportunidad. Sacó un material extraordinario de aquella época: rostros cuarteados por el trabajo y la mala

vida, con cavidades negras en vez de dientes, con barbas irregulares, con surcos y cicatrices.

Se paseó con aquellos retratos por decenas de galerías, pero nadie mostró interés. Muchos se lo quitaron de encima prometiéndole que lo llamarían algún día, en el futuro. Otros fueron más sinceros y le aseguraron que no había manera de vender ese tipo de imágenes. Todavía hoy, años después, recordaba a una galerista insolente que le dijo:

—Nadie quiere colgar en su salón retratos de gente fea.

Le recomendó que fotografiase cosas bonitas. «Enmarcables» fue la expresión que utilizó.

De aquel primer bar pasó a otro, un poco más grande y menos brumoso. Cobraba algo más, tenía un horario razonable y los clientes no lanzaban botellines contra la televisión solo por ver si estallaba. El destino, sin embargo, seguía sin cumplir lo prometido y así siguió cuando, poco después, encontró trabajo en una tienda de fotografía.

Allí ahorró parte de sus primeros sueldos, y con ese dinero más su descuento de empleado se compró una Canon de segunda mano. No tiraba la toalla, ¿por qué iba a hacerlo? ¿Acaso era posible que *todos* sus profesores se hubiesen equivocado con él?

Ocurrió un día de julio. Tomás tenía la mañana libre y había decidido caminar sin rumbo por el centro de la ciudad cámara en mano. De cuando en cuando, se apostaba en alguna esquina más o menos discreta, colocaba un dedo sobre el disparador y así permanecía, mirando a través del visor, por si algo ocurría (algo especial, algo hermoso, algo único). Fue de este modo como la vio.

Estaba en Atocha, apoyado en un semáforo. Llevaba tiempo enfocando la acera de enfrente, generalmente atestada por la multitud que cruza la plaza del Reina Sofía camino de la estación. Una mujer joven entró en su encuadre por el margen derecho. Llevaba un libro y leía mientras caminaba, una práctica un tanto imprudente que le granjeaba empujones, roces y alguna que otra mala cara. A ella, sin embargo, no parecía importarle.

Tomás la siguió con la cámara. La mujer se detuvo en primera línea del paso de cebra sin despegar los ojos de su lectura. Era morena y delgada, llevaba una bandolera cruzada, vaqueros cortos deshilachados y una camiseta blanca de tirantes. La fotografió sin pensarlo dos veces. El obturador



parpadeó ante sus ojos y ella levantó la mirada del libro. Así fue como Pat y Tomás se miraron por primera vez: a diez metros de distancia y con una cámara entre ambos.

El semáforo se puso en verde y Pat cruzó la calle con decisión, directamente hacia Tomás. Le habló a mitad del paso de cebra.

—Perdona —dijo—. ¿Me has hecho una foto? —Guardó el libro en la bandolera, él asintió—. ¿Por qué?

—Estoy en la calle —alegó Tomás como si aquella explicación fuese suficiente.

—Ya, bueno, pues me da igual. Me has hecho una foto *a mí*, yo no soy la calle. Saca el carrete, por favor.

Conviene recordar que, por entonces, las fotografías no podían borrarse. Cuando la luz impregnaba la película, ya no había manera de revertir el proceso sin velar el carrete entero.

—No voy a sacar el carrete —dijo Tomás con firmeza. No era la primera vez que se enfrentaba a una situación semejante, pero sí era la primera vez que deseaba prolongarla.

Pat seguía en la calzada. Una moto hizo sonar el claxon al pasar a su espalda.

—Sube a la acera —dijo Tomás tendiéndole una mano que ella rechazó sin mirarla siquiera.

—No me gusta que me hagan fotos. Y menos sin pedir permiso. ¿Para qué la quieres?

Tomás se enredó la correa de la cámara en su mano derecha. Le gustaba llevarla así.

—Soy fotógrafo. —Ella levantó una ceja en un ademán de burlón escepticismo. Fue a decir algo, pero Tomás se le adelantó—: Podemos hacer una cosa si te parece. No lo he hecho nunca, pero te lo voy a proponer y tú decides. Echa un ojo a la foto. La ves y si no te gusta, si te parece horrible, rompo el negativo delante de ti. Yo me comprometo a hacerlo, te doy mi palabra. Pero antes tienes que verla.

—¿Y cómo hago eso?

—Tendrías que acompañarme a revelarla. —Ella soltó una carcajada. ¿Por quién la había tomado?—. Espera, déjame hablar.

—Oye, mira...

—Espera, por favor, déjame hablar.

Se miraron en silencio. Luego, ella hizo un gesto: «Habla».

—Las reveló yo mismo —dijo Tomás—. Un amigo tiene un estudio aquí al lado, en Buenavista, a cinco minutos. Seguro que me deja el cuarto oscuro un rato. —Pat consultó la hora en su reloj de muñeca. No tenía prisa, pero había decidido fingir lo contrario—. Serán... veinte minutos, no más.

Ella le miró y miró luego alrededor, como si su decisión dependiera del entorno, de la gente y del tráfico.

—Veinte minutos —concedió ella. Y con esas palabras, cambió para siempre la vida de ambos.

Caminaron a paso rápido por la calle Atocha, abarrotada de turistas.

—Tomás —se presentó él.

—Patricia —correspondió ella. Luego dudó un momento y añadió—: Pat.

—¿Qué estabas leyendo? Parecía muy... absorbente.

Ella abrió la bandolera y le tendió el libro.

—Cavafis —leyó Tomás en la portada y, mirándola, se encogió de hombros.

—¿No lo conoces?

Tomás husmeó entre las páginas y se detuvo en una que tenía varios versos subrayados. Las líneas negras bajo las palabras eran perfectamente horizontales. Habían sido trazadas con la ayuda de una regla.

Pide que el camino sea largo.

Que muchas sean las mañanas de verano

en que llegues —¡con qué placer y alegría!—

a puertos nunca vistos antes.

—¿Eres poeta o algo así? —dijo él por decir algo.

—Algo así —respondió Pat quitándole el libro de las manos y guardándolo de nuevo—. Soy filóloga.

—¿Y qué hace una filóloga exactamente?

—Leer, sobre todo.

—Qué coñazo —observó Tomás.

—Para nada —rechazó ella, y se volvió hacia él—. ¿Por qué dices eso?

Tomás, que ya por entonces mantenía una relación de absoluta indiferencia con la palabra escrita, le devolvió la mirada y buscó una coartada que no le hiciese quedar como un perfecto estúpido ante aquella mujer, pero solo acertó a responder:

—Los libros me aburren.

Llegaron a un pequeño local en cuyo frontispicio un vinilo gris anunciaba «Escuela de fotografía». El interior, de ladrillo caravista y vigas al aire, estaba enteramente pintado de blanco. Había por allí tirados trípodes, focos, sinfines y difusores de toda clase. Sentado tras una mesa de cristal, un chico alto y delgado, con perilla y gafas de pasta rojas, alzó la vista de su Mac portátil y exclamó:

—¡El señor Tomás Barrio!

Se dieron un abrazo, cuánto tiempo, te veo bien, ¿en qué andas? Pat aguardó incómoda a que la puesta al día concluyera, aferrada con ambas manos al asa de su bandolera.

—Esta es Pat —dijo Tomás por fin—. Quiere ser bibliotecaria.

Ella le dedicó una mueca burlona y estrechó la mano del otro chico.

—Me parece un trabajo precioso —dijo él con una sonrisa—. Me gusta la gente que habla bajito. Bueno, ¿qué necesitáis? ¿O es una visita de cortesía?

—Quería revelar un carrete. Tenemos bastante prisa.

No había ningún problema; la clase acababa de terminar y el siguiente grupo no entraría hasta dentro de cuarenta minutos. Durante ese tiempo, dijo el chico, el cuarto oscuro era todo suyo. Tomás le dio las gracias y pidió a Pat que le siguiese al fondo de la estancia, donde una puerta de madera también blanca daba paso a un habitáculo pequeño y frío dotado de un grifo, un mostrador, un par de máquinas aparatosas y decenas de recipientes apilados en estanterías. Había también unas cuerdas con pinzas que, Pat lo sabía por las películas, se utilizaban para colgar las fotografías ya reveladas.

—Puedes sentarte ahí —dijo Tomás señalando una banqueta alta ubicada en una esquina.

Desde allí observó cómo él rebobinaba la película dentro de la cámara, cómo extraía el carrete y lo guardaba en el bolsillo trasero del vaquero. Cogió luego un pequeño bote negro de una de las baldas y vertió en su interior un líquido incoloro. Lo hizo todo meticulosamente, en silencio, concentrado en cada movimiento.

—Necesito que apagues la luz —le dijo a Pat mientras cogía unas tijeras—. Tienes el interruptor ahí, a tu izquierda.

Pat pensó: «Estoy encerrada en un cuartucho con un desconocido que, con unas tijeras en la mano, me pide que apague la luz». Era perfectamente consciente de cómo sonaba eso, de lo que su padre diría si la viera ahora. Se desmayaría probablemente, pero antes gritaría: «¡¿Eso es lo que haces en

Madrid? ¡ ¡Así te comportas?! ¡ ¡Para esto quieres quedarte ahí?!». Y solo por ese motivo, por la reacción imaginaria de su padre, Pat se giró hacia el interruptor y lo presionó con fuerza.

El cuarto se sumió en la más absoluta oscuridad. Sin moverse de la banqueta, con la bandolera sobre los muslos, Pat oyó cómo Tomás hurgaba en su bolsillo trasero, cómo extraía el carrete y cortaba algo con la tijera. Cómo manipulaba luego el bote y cómo lo cerraba.

—¿Hay que estar mucho tiempo a oscuras? —preguntó ella.

Sin moverse del sitio, Tomás tiró de una cadenita y una bombilla roja se encendió en el habitáculo.

—¿Mejor? —Ella entrecerró los ojos y se hizo visera con una mano. Tomás empezó a agitar el bote con suavidad. El líquido resonaba en su interior—. Esto lleva un rato. Cuéntame algo, anda.

—¿Qué quieres que te cuente?

—¿De qué parte de Galicia eres?

—¿Tanto se me nota?

—¿Tanto se me nota? —repitió Tomás imitando el acento de ella.

Pat sonrió y cruzó las piernas.

—De Lugo.

—De Lugo —volvió a imitarla él.

—Para. No hagas eso.

—Perdona. ¿Y qué hace una filóloga de Lugo en Madrid?

—Llevo seis años aquí. Hice la carrera aquí. ¿Tú eres de Madrid? —Tomás asintió con la mirada en el reloj de la pared. Era redondo y carecía de toda floritura—. ¿Ahora tienes prisa?

—Yo no, pero la película sí.

Abrió el bote, retiró el líquido del interior e introdujo otro distinto.

—¿Qué es eso? —preguntó Pat—. Lo que acabas de echar.

—Se llama baño de paro. Sirve para detener el proceso del líquido anterior.

Tomás siguió agitando el bote. Los dos se miraron y los dos apartaron la mirada al mismo tiempo. Se mantuvieron en silencio hasta que Tomás extrajo el líquido e introdujo un tercero.

—Dos minutos más —dijo.

—¿Te ganas la vida con esto?

Tomás inclinó la cabeza.

—Todavía no.

—Me gusta ese optimismo. ¿Se puede vivir de la fotografía?

—Algunos pueden. Los buenos.

—¿Y tú eres bueno?

Tomás la miró con fijeza. Quiso decir algo, una frase ingeniosa o, cuando menos, tan insolente como aquella pregunta, pero no se le ocurrió nada y acabó por volverse hacia el mostrador. Extrajo el carrete del bote y lo desplegó sobre la mesa.

—No han pasado dos minutos —dijo ella.

Era cierto, pero tampoco a eso respondió Tomás. Observó el negativo bajo la luz roja, lo examinó y encontró lo que buscaba. Agarró el carrete, lo cortó con la tijera en fragmentos más manejables y colocó uno de ellos en una ampliadora. Cogió un papel fotográfico del tamaño de un folio y lo ubicó en la bandeja horizontal de la máquina. Manipuló unos engranajes y luego se giró hacia Pat.

—No respires ahora —le dijo. Ella le miró con gesto interrogante—. Es broma.

—Idiota —sonrió.

Tomás apretó un botón y la máquina arrojó un haz de luz sobre el papel. Duró solo unos segundos. Cuando la luz se hubo apagado, Tomás cogió el papel con dos dedos, lo hundió en el líquido de una bandeja y empezó a acunarla con delicadeza.

—Mira —le dijo a ella sin volverse.

Pat se aproximó. En el papel surgieron unas sombras grisáceas que fueron definiéndose lentamente bajo el suave oleaje. El perfil de una esquina, un semáforo, una moto. Luego, también Pat emergió del blanco. Su rostro, su cuerpo y el libro en sus manos empezaron a brotar de la nada. Y ella, que nunca había presenciado tal cosa, lo contempló fascinada, con los labios entreabiertos.

Pat ocupaba el centro del encuadre. A su alrededor, una ciudad áspera y rugosa, desprovista de consistencia, casi abstracta. Se intuían coches, fachadas y farolas, y a todo ello permanecía ajena Pat, concentrada solo en su lectura, como si todo lo demás, los coches, las fachadas y las farolas, fuese menos importante, más irreal que las páginas de aquel libro que ella leía.

—¿Y bien? —preguntó él—. ¿La rompo?

Pat miró a Tomás fijamente. Estaba bañado por la luz roja.

Les dijeron que había una rana en la fachada.

Fue por la mañana, después de llamar con los nudillos a la puerta de Tomás, después de su breve conversación y del silencio incómodo. Madre e hija bajaron los dos pisos en ascensor y la recepcionista les entregó un plano de la ciudad vieja. Allí aparecían señalados con puntos rosas todas las visitas imprescindibles: la Catedral Nueva y la Catedral Vieja, el Palacio de Monterrey, la Casa de las Conchas, la Clerecía, un puente romano, algo llamado el Huerto de Calixto y Melibea (donde, según les contó la recepcionista, se ambientaba una conocida novela española cuyo título Tess olvidó al instante) y también varios museos, facultades, iglesias y seminarios.

—¿Todo esto es imprescindible? —preguntó ella contemplando aquel plano diminuto y apenas legible.

La recepcionista enseñó los dientes superiores.

—No se agobie —dijo—. Está todo junto.

Más que eso, en realidad; estaba amontonado, abigarrado, como un parque de atracciones de la Europa medieval. No era difícil imaginar por allí gente a caballo, en carreta, con espadas y armaduras, mierda en el empedrado, orines hediondos, música de flautas, laúdes y monocordios, estandartes agitados por el viento y pordioseros mendigando un trozo de pan. A un edificio imponente («piedra amarilla», había escrito Tomas, y ahora Tess lo entendía) le seguía otro y otro más en una sucesión que se le hizo primero magnífica y luego angustiosa.

—Cuando vayan aquí —le dijo la recepcionista y señaló el punto rosa con el número 5, «Universidad»—, fíjense en la fachada. El arquitecto esculpió una rana. Es pequeña, una cosa así. No les digo dónde está porque la gracia consiste precisamente en buscarla.

Y diez minutos llevaban ya buscándola. No eran las únicas, desde luego; como ellas, una decena de turistas ocupados en exactamente la misma tarea.

Señalaban, reían, discutían. Donna creía verla a cada momento.

—*There!* —gritaba.

Los demás turistas se giraban y miraban en aquella dirección buscando la rana dichosa sin encontrarla. Fue entonces, ante la fachada de la universidad, cuando Tess bajó la cabeza, se miró los pies y los vio muy lejos, diminutos. ¿En qué momento se habían alejado tantísimo de ella? Alzó la vista y con aquel movimiento el mundo se traspapeló. Susurró:

—Donna.

Su hija sonreía (*There!*, acababa de gritar de nuevo, y nuevamente sin motivo), pero, al volverse hacia su madre, su expresión adoptó un semblante serio.

—¿Estás bien? —preguntó, y Tess detectó angustia en su voz—. Mamá, estás muy pálida.

En torno a Tess, todo se desenfocó. Todo, salvo una cosa. La rana. Allí estaba la maldita rana, encaramada a una calavera, contemplándola impertérrita. Tess quiso señalarla, pero no fue capaz. Trató de hablar, tampoco pudo. Su hija, delante de ella, la sujetaba por los hombros y movía la boca:

—(...) *mom* (...) *OK?* (...) *emergency?*

¿Qué le estaba pasando? Una bajada de tensión. El calor la había vencido. Debió comprar una botella de agua, protegerse del sol, descansar un momento.

No.

No era eso.

Era la piedra amarilla. La acumulación de belleza. La falta de costumbre. Estaba siendo víctima de toda aquella delicadeza, de aquella sucesión de obras sublimes, una detrás de otra, al lado de otra, enfrente de otra. Su mente no pudo resistirlo y cedió. Eso pensaba Tess mientras le fallaban las piernas: que tanta belleza la había enfermado.

Pero no.

Tampoco era eso.

Era Ismael en la pantalla, era la bofetada, era «la loca de tu madre». Era su vida entera. Justo entonces y justo allí, sobre el suelo adoquinado, ante aquella magnífica fachada, su cuerpo no pudo más y colapsó, rompiéndola en pedazos, inutilizándola.

Donna la apartó del tumulto. Tess notó cómo su hija manipulaba su cuerpo, cómo tiraba de ella hacia abajo, intentando que se sentara. Su culo se posó sobre algo frío (más piedra) y las nalgas se le helaron de pronto. Tess

luchaba por mantener los párpados abiertos. Decidió centrar toda su atención en las yemas de sus dedos. Los percibía ajenos, como si alguien hubiese clavado los de otra persona en sus propias manos.

Buscó el océano, trató de alcanzarlo, pero estaba demasiado lejos y se negó a acudir en su auxilio.

—*Sorry, I don't understand. English?*

Era la voz de su hija hablándole a alguien (una mujer), que llamó a otro alguien, «¡José!», y un tiempo indeterminado después unos pies llegaron corriendo. Las manos de Tess seguían congeladas. Las yemas, hielo puro.

Un hombre (¿José?) habló en un inglés con acento de otra parte, no de España, de Puerto Rico quizás, o de Perú. *What's the problem?*, preguntó, ¿qué pasa? Donna se atropelló: su madre se había mareado, se puso pálida, la mirada perdida, casi se cae. Durante la verborrea, Tess notó una mano sobre su hombro, apretando con cuidado, manteniendo su tronco erguido. Una voz le dijo algo, pero ella no lo entendió.

Estaba confundida y pensó: «Todo me sale mal y no lo merezco». Tuvo ganas de llorar, pero ni llorar podía. Había tratado de evitar por todos los medios que su hija la viese así y también en eso había fracasado.

Más palabras en inglés, más palabras en español y otra mano, la de Donna, que le alzaba la cabeza.

—*Drink* —le dijo, y algo trató de abrirse paso entre sus labios.

Plástico, una pajita.

Tess se esforzó en mirar al frente y lo que vio fue una multitud emborrugada, rostros sin rasgos, bolas de color carne. Qué ridículo. Qué humillante.

Absorbió. Era Pepsi.

—*More* —le dijo una voz masculina y joven. José.

Tess obedeció. Dio otro trago, este más largo. El refresco estaba helado, pero no tanto como sus manos. Consiguió decir:

—*Thanks*.

En la neblina distinguió una sonrisa y Tess hizo lo que pudo por corresponderle.

—Ya está mejor —dijo el hombre.

Tess quiso hablar, dar las gracias, disculparse por las molestias, lo que fuese con tal de disolver el enjambre de curiosos, ahora ya más definidos, con ojos y con bocas, con abanicos y gorras y gafas de sol. Lo intentó, pero solo logró balbucear algo que no era inglés ni tampoco español.



—Tranquila, mamá —dijo Donna—: *I'm here*. —Y repitió—: Estoy aquí.

Tardó varios minutos en recuperarse del todo. En ese tiempo un coche patrulla se aproximó, atraído por la multitud. Dos agentes bajaron y uno de ellos cruzó unas palabras con Donna; después se arrodilló frente a Tess.

—¿Quiere que llamemos a una ambulancia?

—No —dijo ella, que poco a poco había ido recuperando el habla—. Gracias.

Se puso en pie con dificultad, como una anciana. Tenía las articulaciones ateridas, los miembros le pesaban toneladas. Al menos volvía a sentir las manos. El policía se aseguró de que Tess se encontraba bien, que podía caminar, que no se mareaba de nuevo, y se ofreció a llevarlas en coche hasta el hotel. Tess declinó amablemente.

—Estoy bien. De verdad.

Cuando los agentes se marcharon y los últimos curiosos se dispersaron por fin, Tess se agarró al brazo de su hija.

—*Thanks* —le dijo. Estaba orgullosa de ella, de la manera en que había gestionado aquello.

Donna, todavía con cara de susto, dejó escapar un bufido.

—No vuelvas a hacerme esto. ¿Qué te ha pasado?

Tess vaciló un momento y luego señaló hacia la fachada. Su hija miró en aquella dirección, preguntó «¿qué?» y entonces la vio. Una minúscula rana, esculpida en piedra, encima de una calavera.

Tess se tumbó boca arriba en la cama. El mareo la había dejado exhausta y dolorida. Quería dormir, pero antes se giró hacia su hija y le dijo:

—Coge mi móvil y escribe a Tomás. Dile que mejor anulamos la cita.

—¿En español? —preguntó Donna. Se había sentado en su cama y la observaba con preocupación.

—Yo te dicto. —Y con los ojos cerrados fue diciendo—: Estamos agotadas. Punto. Cenamos en la habitación. Punto. Hablamos mañana. Punto. Y pon un muñequito mandando un beso.

—¿Con corazón o sin corazón?

Tess miró a su hija, que la contempló con una sonrisa punzante.

—Sin corazón.

Donna envió el mensaje y luego se dejó caer también sobre la cama.

Un par de minutos después recibió una respuesta:

«OK. Pasadlo bien!».

Donna fue a leerlo en alto, pero, para entonces, su madre ya se había dormido.

Era medianoche cuando Tomás se asomó a la calle. Hugo dormía, pero él no lograba pegar ojo. Llevaba una hora en la cama dándole vueltas a lo de siempre: el desempleo, la soledad, la angustia. Se levantó con sigilo, abrió la puerta del balcón y se apoyó en la baranda de hierro. La luna brillaba en cuarto creciente y seguía haciendo calor. Abajo, en la plaza, resistían aún las últimas terrazas y una veintena de turistas perezosamente apoltronados en ellas.

Por uno de los callejones aparecieron zigzagueando los restos desastrados de una tuna. Con ellos, todos hombres, iba una sola mujer, vestida de novia (el peinado ya descompuesto, la falda, blanca y excesiva, recogida con las manos).

Tomás pensó:

«Quedan diecisiete días. Luego volveré a Madrid y tendré que ponerme a buscar trabajo en serio. Pero no lo encontraré, nunca más volveré a trabajar de cámara de televisión».

La tuna y la novia culebrearon hasta el centro de la plaza y Tomás pensó:

«Tendré que dedicarme a otra cosa. No tiene sentido seguir esperando a que alguien me llame porque nadie va a hacerlo».

Dos semanas antes de emprender el viaje, Tomás se había citado con un antiguo compañero, también cámara de televisión y también en el paro. Hacía una eternidad que no se veían, siete años o más. Tomás le escribió un mensaje, le propuso tomar una caña y el otro aceptó. Tomaron tres. Destinaron las dos primeras a labores retrospectivas. Tenían mucho que contarse: bodas, hijos, separaciones, fallecimientos. La tercera cerveza la ocuparon con melancolía primero y resignación después. «La cosa está complicada de cojones», declaró el antiguo compañero, que llevaba dieciocho meses sin cotizar un solo día a la Seguridad Social. «No hay nada que hacer, habrá que buscarse otra cosa».

Para qué negarlo. Tal y como estaba el sector, a Tomás no le quedaría más remedio que (maldita sea) reinventarse. La cuestión era: ¿cómo se hacía eso? Se había pasado casi veinte años con una cámara al hombro, era lo que se le daba bien, lo único que sabía hacer en realidad. Notó una presión en el pecho y para despistarla se giró hacia la habitación.

Hugo dormía con la boca abierta. La sábana, enmarañada, había caído al suelo, a los pies de la cama. Tomás entró y tapó a su hijo de nuevo. El niño exhaló un ronquido suave y se revolvió sin despertarse. Luego, Tomás se asomó de nuevo a la calle.

—Buenas noches.

Tess lo observaba desde el balcón contiguo, con una expresión serena, ligeramente adormilada. Vestía un pijama color turquesa y lucía una sonrisa ya desprovista de maquillaje. Estaban muy cerca el uno del otro, tanto que podrían haberse tocado con solo alargar el brazo.

—Buenas noches —susurró Tomás. No quería despertar a su hijo—. ¿No puedes dormir? —Tess negó con la cabeza sin añadir nada—. ¿Qué tal ha ido el día?

—Bien —mintió. Había decidido ocultar su desfallecimiento en plena calle—. Dimos mil vueltas. Es preciosa esta ciudad.

—Sí que lo es —convino Tomás.

—¿Y vosotros? ¿Qué tal fueron esas clases?

—Progresamos. No sé qué le ha dado con la fotografía.

—Chicos —concluyó Tess.

Tomás sonrió y se volvió hacia la tuna, cuyos miembros empezaban a entonar *Clavelitos*. Ella aprovechó para escrutarle con disimulo. Aquella camiseta roja, aquel pantalón verde. Dios santo. Por eso le compraba los pijamas a Jack. De lo contrario, también él vestiría de esa manera. «Qué más da —le dijo Jack una vez cuando eran novios—. Nadie me ve cuando estoy en casa». «Yo te veo», respondió ella, y empezó a elegir sus pijamas. Ahora dormía de Calvin Klein, manga larga en invierno y corta en verano, blanco, gris o negro.

Tess recordó una de las pocas conversaciones que había tenido con Lara a propósito de Tomás. Fue en la terraza del hotel Betsy. Le contó que llevaba tres años divorciado, que vivía solo, que se negaba a salir con mujeres, que no levantaba cabeza.

«No les iba bien —había dicho Lara—, eso lo sabíamos todos. Pero das por hecho que son etapas, no sé. Todo el mundo tiene crisis. Cuando me dijo

que se había ido de casa me quedé de piedra. Ya ves. Nadie sabe lo que pasa en una pareja».

Tess asintió, estaba de acuerdo con eso. Cómo no iba a estarlo.

Lara le contó que la ruptura fue escabrosa y traumática. Le dijo que hubo otra persona, un hombre. El mismo que ahora vivía con su exmujer y ejercía de padrastro de Hugo.

«Imagínatelo —dijera Lara—. Cada vez que Tomás va a buscar al niño se encuentra con ese tío».

Quizás, pensó Tess, por eso parecía tan distante y tan frío.

—Una cosa —dijo Tomás en el balcón, a su lado—. Esta mañana, cuando has venido a la habitación... —Él hizo una pausa, ella asintió—. Igual esperabas que fuésemos con vosotras. Lo he pensado luego, y tengo la sensación de que esperabas eso, que fuésemos a pasear los cuatro juntos.

—Me hubiese gustado, sí. Pero no quiero que te sientas obligado.

—Claro que no. Es que a veces soy... torpe. En estas cosas, en las relaciones. No se me dan bien.

Tess le miró allí de pie, su metro noventa, y no pudo evitar sentir ternura hacia aquel hombre.

—No te preocupes. Sé que quieres pasar tiempo con Hugo, lo entiendo.

—Mañana saldremos con vosotras —se apresuró a decir Tomás—. Si todavía te apetece.

Tess sonrió.

—Claro que sí. Me apetece mucho.

Acordaron encontrarse a las diez de la mañana en la puerta del hotel. Luego, Tomás entró en la habitación y cerró el balcón con suavidad. Tess se quedó fuera contemplando a los camareros que recogían las últimas mesas y apilaban las últimas sillas. Un grupo de hombres vestidos de negro cantaban algo sobre un pedacito de cielo. A Tess le pareció una canción ridícula.

## Segunda lección.

Pasaron la mañana dando vueltas por la ciudad vieja. Hugo ya no se apartaba de la cámara de su padre. A cada paso se la llevaba al rostro, encuadraba y apretaba el disparador. Después, revisaba la toma en la pantalla y decidía si la borraba o no. Generalmente lo hacía, pero, a veces, cuando no estaba seguro, se la mostraba a Tomás y este le daba algún consejo.

—Yo habría dejado más aire por arriba.

O bien:

—¿Cuál es el interés de la imagen?

Cuando Tomás hacía eso, cuando lo ponía a prueba, Hugo fruncía el ceño, reflexionaba un momento y decía cosas como:

—Este señor.

—Entonces céntrate en él. Haz que la mirada vaya ahí.

Se lo tomaban los dos muy en serio.

A eso de las doce y media, Donna proclamó estar harta de caminar y a punto de desfallecer por el hambre. Tomás era incapaz de comer tan pronto, pero pensó que una cerveza le iría bien. Se acomodaron en una terraza de la Rúa Mayor, todos menos Hugo, que siguió dando vueltas cámara en mano.

—¡No te alejes mucho! —le exhortó Tomás.

Tess se deslizó por la silla y cerró los párpados. Aquel sol era muy distinto al de Miami. Más seco. Más cruel, en cierto sentido, más despiadado.

—*You OK?* —preguntó Donna a su madre.

Tess abrió los ojos y asintió con una sonrisa. Le complacía aquella atención que su hija mostraba de pronto hacia ella. Llevaba toda la mañana muy pendiente; ni siquiera se había puesto los auriculares y apenas consultó el móvil. En un momento dado, al visitar el interior de una iglesia, llegó a tomarla del brazo, y a Tess aquel gesto la hizo profundamente feliz.

—¿Pasa algo? —preguntó Tomás, consciente, por aquel cruce de miradas, de que algo se había perdido.

Tess negó con la cabeza, pero su hija la desdijo:

—*She got sick yesterday.*

—*Sick?* —preguntó Tomás. Miró a Donna y luego a Tess—. ¿Enferma?

Tess lanzó una mueca reprobatoria a su hija.

—Ayer me mareé un poco. Pero no fue nada.

Lo dijo en un tono arrastrado, restándole importancia.

—¿Dónde? —preguntó Tomás—. ¿En la calle?

—Sí —confirmó Donna en español—. En la calle.

Tess posó una mano en la pierna de su hija y se la apretó ligeramente, indicándole que se callase de una vez.

—No fue nada —repitió—. Sería por el sol.

—¿Y cómo te encuentras hoy?

—Bien. Estoy bien, de verdad.

Tess quería escapar de aquella conversación. No se sentía cómoda siendo el centro de atención, menos aún por un motivo como ese. La salvó el camarero, que se detuvo a su lado y pasó un trapo enérgicamente sobre la mesa de plástico. Tenía una sola ceja, los brazos oscuros y velludos.

—¿Quieren comer o van a tomar algo?

—Nosotras comeremos —dijo Tess.

—Pues les dejo unas cartas aquí mismo —sacó dos cartas plastificadas del bolsillo trasero del pantalón—. Vayan mirando a ver qué les apetece y me paso en un rato. ¿Les traigo algo para beber mientras lo piensan?

Tomás alzó una mano.

—Una cerveza.

—Otra para mí —dijo Tess.

Donna pidió un zumo de piña. De repente, se escuchó un grito a lo lejos.

—¿No es Hugo? —preguntó Tess.

Lo era sin lugar a dudas, pero Tomás no respondió. En vez de eso, se puso en pie de un salto, impulsado por un resorte irracional, puramente instintivo. Tan brusco fue el movimiento que por poco vuelca la mesa. Salió corriendo en la dirección del grito, con el corazón bombeando a plena potencia, pero aflojó el paso en cuanto vio a su hijo. Estaba en pie. Estaba bien. Con el niño, en mitad de la calle, había otro de edad parecida, más bajo aunque mucho más voluminoso. Hugo protegía la cámara con ambos brazos, como si temiera que se la arrebataran. El otro niño lo miraba con chulería a un

par de metros de distancia, la cabeza alta, el cuello tenso, cuando, de pronto, se lanzó a por la cámara. Hugo se resistió, se dio la vuelta protegiéndola con todo su cuerpo.

—¡Eh! —voceó Tomás, y eso fue suficiente para detener el forcejeo. Cuando llegó a su altura, posó una mano en la espalda de su hijo—. ¿Todo en orden?

Hugo exclamó:

—¡Me quiere quitar la cámara!

Tenía el rostro congestionado y parecía a punto de llorar. Parecía humillado. El otro niño dijo:

—¡Solo quería verla!

Discutieron a gritos, sin escucharse, tú has dicho esto, tú has dicho lo otro. Así estuvieron varios segundos y, cuando Tomás se disponía a interrumpirlos y a dar la bronca por terminada, otra voz se le adelantó.

—¿Qué pasa aquí?

Era un hombre de cuarenta y tantos años, calvo y obeso. Medía como Tomás, algo más, cerca de los dos metros. Tenía una nariz pequeña y torcida y una camiseta negra que anunciaba, en grandes caracteres, el nombre de un grupo de heavy metal. Se acercó con grandes zancadas, los brazos rollizos y rosados balanceándose a ambos lados del tronco circular.

—¿Es su hijo? —preguntó Tomás con buen tono.

El hombre le dedicó un gesto displicente y, sin responder, se volvió hacia el niño.

—Kevin, ¿qué ha pasado?

—Me dijo que me dejaba hacer una foto —bramó señalando a Hugo—, pero luego me ha dicho que no y me ha llamado gordo.

Hugo abrió los ojos de par en par, sin dar crédito a lo que acababa de oír.

—¡¿Qué?! ¡Yo no te he llamado gordo!

Como cualquier padre en semejantes circunstancias, Tomás optó por creer a su hijo. Hugo tendría muchos defectos, algunos de ellos amplificadas desde el divorcio, pero no era un mentiroso. Fuera como fuese, urgía poner fin a aquella situación lo antes posible.

—Bueno, vale, ya está —dijo Tomás en tono afable—. No hace falta que...

—¿De qué coño te ríes tú? —interrumpió el hombre.

Lo miraba con una mueca sumamente desagradable, el labio superior contraído, inspirando y espirando ruidosamente por aquella nariz chata.



—No me he reído —aclaró Tomás. El tono afable empezaba a diluirse.

—¿Te hace gracia? —preguntó el hombre, y separó del cuerpo los brazos rechonchos, como si fuese un vaquero de película listo para desenfundar.

Tomás se había enfrentado a situaciones similares en el pasado, cuando Hugo era mucho más pequeño. Siempre había algún idiota en los columpios, a veces varios. Y los idiotas, por su propia naturaleza, tienden al conflicto. Bien es cierto que, por entonces, era Pat quien se encargaba de aquella clase de mesteres. Se le daban bien. Sonreía y no le importaba pedir disculpas fuera cual fuese el desencadenante del embrollo. De nada servía el orgullo en esos casos, Tomás lo sabía perfectamente, pero, aunque lo intentó, no fue capaz de reprimirse.

—Tío, ¿qué te pasa? No me estoy riendo.

El hombre dio un paso al frente, hacia él, evidenciando aún más la diferencia física entre ambos. Era realmente enorme.

—¿Te estás cachondeando? —preguntó, y Tomás apreció, en su aliento, el agrio efluvio del vino.

—Ya te he dicho que no. Y no te acerques tanto. —Tomás miró de soslayo a su hijo, que le contemplaba con gesto desvalido, abrazado todavía a la cámara de fotos. Fue esa visión la que le devolvió la cordura. Iba a arreglarlo a la manera de Pat. Con una sonrisa. Con buenas palabras—. Venga, vamos a dejarlo. Son cosas de niños, no lo compliquemos.

El gordo dio otro paso al frente. Ahora sus rostros ya casi se tocaban. Fue más que una amenaza, fue casi una agresión, pero Tomás no claudicó y se mantuvo firme. El hedor a vino era ya muy intenso, todavía más cuando el hombre le dijo:

—Lo complicas tú, payaso.

Estaba claro que el tipo buscaba pelea, y estaba igualmente claro que solo necesitaba un pequeño aliciente. Tomás debió dejarlo estar, debió darse la vuelta, coger a Hugo de un brazo y alejarse de allí con el rabo entre las piernas. Eso habría funcionado, es lo que él mismo habría hecho en cualquier otro momento de su vida. No fue, sin embargo, lo que hizo aquel día.

—Aquí no hay más payaso que tú —dijo.

El gordo apretó los dientes e inclinó el cuerpo hacia atrás. No fue el principio de una retirada, como brevemente dio la impresión, sino el retroceso justo para tomar impulso. Acto seguido, lanzó un cabezazo contra Tomás, directo a su rostro. Este lo esquivó sin problema porque el tipo estaba borracho y era gordo y era torpe.

La adrenalina hizo el resto. Tomás retrajo uno de sus brazos y lo lanzó contra el gordo, que encajó el derechazo sin la menor oposición. El golpe le cayó un poco por debajo del ojo, donde la calavera se abomba y da forma al pómulo. Un mal sitio para recibir un puñetazo e igualmente malo para asestarlo. Tomás notó cómo el dolor se dispersaba por su mano y su antebrazo. Vio una cascada de fogonazos de luz flotando ante sus ojos, pero no se arrepintió todavía. Eso llegaría un parpadeo después, cuando el gordo retrocedió desorientado y su hijo le gritó:

—¡Papá!

La masa de carne se bamboleó, presa oscilante de la gravedad, y acabó precipitándose contra el suelo. Fue una caída de lo más lamentable. El tipo quedó sentado, con la mirada perdida y medio rostro enrojecido.

La coreografía completa no duró más de cuatro segundos, pero, en ese tiempo, Tomás pensó toda clase de cosas. Pensó, por ejemplo, que se había roto la mano (luego resultó que no). Pensó también que era un excelente boxeador, quién lo hubiese dicho, y pensó en lo que haría si el gordo se ponía en pie y decidía continuar la pelea. No lo hizo, por supuesto.

El niño llamado Kevin se arrodilló junto a su padre, gimiendo, llorando y gritando «¡papá!». El tipo, completamente aturdido, no parecía tener claro cómo demonios había acabado en el suelo, por qué chillaba su vástago, a cuento de qué le observaba todo el mundo.

Tomás se giró hacia Hugo. Ya no se abrazaba a la cámara ni parecía asustado. Su semblante era ahora muy distinto. Le observaba fijamente, con la cabeza un poco ladeada y la boca entreabierta. Era, eso le pareció a Tomás, una mirada de pura admiración.

Dio otro trago al vaso de agua y contempló el tablón de corcho que tenía delante. Había allí una docena de papeles clavados con chinchetas, dos de los cuales mostraban retratos en blanco y negro. Los dos eran varones, ambos con aspecto peligroso y actitud desafiante. Había también un plano de la ciudad, una tabla con horarios y un DIN A4 con la frase «No se olvide de sonreír» rematada por un *smiley* amarillo.

Tomás no tenía ningunas ganas de sonreír. Tenía, más bien, ganas de gritar. No podía creer lo que había hecho. ¡Le acababa de atizar un puñetazo a un desconocido! Peor aún, le había atizado delante de Hugo. ¿En qué coño estaba pensando?

Se examinó la mano derecha. Los nudillos seguían enrojecidos y uno de ellos, el del dedo corazón, tenía restos de sangre parcialmente coagulada. Se llevó la herida a la boca y recordó, con desagrado, que la sangre tiene sabor herrumbroso.

—Bueno, parece que va a tener suerte.

Un policía cincuentón pasó a su espalda, bordeó la mesa que Tomás tenía delante y se sentó resoplando en una silla negra de oficina, justo debajo del tablón.

—El señor Gutiérrez no va a presentar cargos contra usted. Dice que fue un malentendido y que prefiere olvidarse de todo el asunto.

—Ya se lo he dicho —replicó Tomás mientras se limpiaba la saliva del nudillo con la palma de la otra mano—. Fue una pelea de niños, no sé cómo llegamos a eso.

El policía miró su ordenador con los ojos entornados y la nariz arrugada, como si la pantalla estuviese a diez metros de distancia, y tecleó algo con dos dedos. Luego, pulsó el *enter* con innecesaria fuerza y se volvió hacia Tomás.

—¿Eh?

—Que fue una tontería. Una discusión por los niños, no sé cómo... —Se interrumpió. Ya le había dicho eso y no quería repetirlo—. Lo siento, se salió de madre.

El policía le miró la mano herida y se la señaló con el bigote.

—¿Le duele? —Horrores, pero Tomás negó con la cabeza—. Sí, ya lo creo que se salió de madre. —Luego se sorbió los mocos y tragó. Tomás contempló con desagrado aquella nuez que subía y bajaba—. Mire, aquí no nos gusta este tipo de turismo. El que se mete en peleas, ¿me entiende? No nos gusta. Aquí nos gustan los turistas tranquilos. Los que vienen a ver las iglesias y la universidad y compran algo y comen algo y luego se marchan y dejan todo como estaba.

Era un auténtico gilipollas. Tomás lo supo en cuanto lo vio aparecer por la calle preguntando a gritos «qué cojones» pasaba allí. Miró al gordo, miró a Tomás y le pidió que se explicara. Él intentó hacerlo, dijo: «verá, mi hijo tenía una cámara...», pero el policía le interrumpió con un gesto.

—Pare, no, espere. Mejor me lo cuenta en comisaría.

Le acompañaba otro policía en apariencia más espabilado que se acercó a Tomás y, este sí, amablemente le pidió que lo acompañase hasta el coche patrulla.

—No hace falta que le espose, ¿verdad?

Tomás negó con la cabeza.

Para entonces, el gordo había recobrado el sentido y varias personas lo rodeaban preguntándole si estaba bien, cómo se llamaba, cuántos dedos veía. «Mira que pegarle delante de los niños», farfulló una anciana, y dedicó a Tomás una mueca de asco.

También Tess se había acercado al campo de batalla, dejando a Donna sola en la mesa (que ahora contemplaba la escena de pie y con el bolso de su madre en las manos).

—Hugo —dijo Tomás—, quédate con Tess. Id al hotel o adonde sea. Os llamo en un rato, en cuanto arregle esto. —Luego se volvió hacia Tess—. Es mejor que os vayáis de aquí. Comed en otra parte.

Tess estaba desconcertada. Más que eso, estaba estupefacta y ni hablar podía. ¿Qué locura era aquella? ¿Así arreglaban los problemas en aquel país, a golpes en mitad de la calle? Le vino a la mente un cuadro español que había visto en el Museo del Prado solo unos días antes. Mostraba a dos hombres en un paisaje yermo lanzándose el uno contra el otro, cada cual con un garrote.

—Ha pegado usted a un hombre delante de su hijo —dijo el policía gilipollas bajo el tablón de corcho.

—Lo sé. Y créame que lo siento, de verdad. —El agente suspiró falsamente, subrayando la enorme pereza que todo aquello le provocaba—. Mire, ya se lo he contado, pero se lo puedo contar otra vez. Se lo cuento las veces que haga falta. Ese tío intentó darme un cabezazo. Estaba borracho, ya lo ha visto, le apestaba el aliento a vino. Me agredió, intentó pegarme y me defendí. Fue instinto.

—Pues controle ese instinto suyo —dijo el policía metiéndose un chicle en la boca, aburrido ya de la conversación—. ¿Hasta cuándo se queda en Salamanca?

—Me marcho mañana.

—Bien. Intente que no vuelva a verle en lo queda de día.

Tomás salió de la comisaría y se alejó a paso rápido. Caminó un par de minutos hasta doblar una esquina y allí se detuvo. No tenía la menor idea de dónde estaba, así que se apoyó en la pared y sacó el móvil del bolsillo. Tenía tres mensajes, todos de Tess. El primero decía:

«Estamos comiendo con Hugo».

El segundo, media hora después:

«Llama cuando salgas».

El tercero, hacía diez minutos:

«Sigues en la comisaria? Vamos?».

Tomás dejó escapar un lamento y se frotó neuróticamente la frente con la mano sana. A saber lo que esa mujer estaría pensando de él. Que era un tipo violento, imprevisible, un desequilibrado. Razones no le faltaban, desde luego. Llevaban dos días de viaje y ya había noqueado a una persona. Volvió a frotarse la frente mientras abría Google Maps. Tecleó el nombre del hotel y descubrió que no estaba lejos, a solo diecisiete minutos caminando. Un paseo le sentaría bien.

En cuanto echó a andar, el móvil vibró en su mano y una fotografía de Pat sustituyó al mapa en la pantalla. Tomás no tuvo ninguna duda: lo sabía. De algún modo se había enterado.

Tomó aire, lo expulsó de golpe y descolgó.

—Pat —dijo.

—¿¿Qué coño ha pasado?!

—Tranquila.

—Estoy tranquila, dime qué ha pasado.

No estaba tranquila. Estaba en las antípodas de la tranquilidad. Tenía la respiración agitada, como si acabase de correr media maratón, y las palabras se le amontonaban en la boca.

—¿Cómo te has enterado? —preguntó Tomás.

—Me ha escrito Hugo y le he llamado. Acabo de colgar. He hablado con él y con esa mujer, Tess.

—¿Has hablado con Tess? —preguntó Tomás, y se detuvo en la acera con los párpados apretados.

—¿Qué es eso de que has pegado a un tío? ¡Tomás!

—Mira —empezó a decir él; hablaba despacio para contrarrestar el estrés de su exmujer—, no sé qué te han dicho, pero no ha sido culpa mía. Hugo estaba peleándose con otro niño y apareció su padre. Estaba borracho, me increpó y... Intentó darme un cabezazo.

—Dios...

Los dos se quedaron en silencio. Tomás vio un banco desocupado y se sentó en él. Enfrente, una peluquería anunciaba sus precios en el escaparate. Corte, doce euros. Barba, nueve euros. Corte más barba, dieciséis euros.

—¿Cómo está Hugo? —preguntó Tomás.

—¿Que cómo está? ¡Encantado! —gritó Pat al teléfono—. Está encantado, dice que ha sido muy guay, que tú no tuviste la culpa, que solo le estabas defendiendo. ¿Te das cuenta de lo que has hecho?

Vagamente, esa era la verdad. Se inclinó hacia delante y apoyó los codos en las rodillas.

—¿Qué quieres que te diga? Fue un impulso, sabes que no me he metido en una pelea en mi vida.

—Y para una vez que lo haces, tiene que estar nuestro hijo delante.

Tomás se sintió de pronto muy cansado, como si la adrenalina empezase a disiparse justo en ese momento. Como si, al hablar con su exmujer, se sintiese por fin en calma. Por fin en casa.

—No sé qué decir, Pat.

—¿Dónde estás?

—Acabo de salir de comisaría. —Tomás levantó la vista y contempló su reflejo en el cristal de la peluquería—. Estoy de camino al hotel.

Una campana dio las horas en alguna parte y Pat dijo:

—Habla con Hugo. A ver cómo se lo explicas.

Tess esperaba sentada en un sofá del vestíbulo leyendo un ejemplar atrasado de *The New York Times*. Nada más ver a Tomás, dejó el periódico en una mesa y se encaminó hacia él.

—¿Cómo estás?

Tomás se esforzó por sonreír, pero solo le brotó una mueca más bien pesarosa.

—He estado mejor. ¿Hugo?

—Arriba, en la habitación. Hablé con tu mujer.

—Exmujer. Sí, ya lo sé, me ha llamado.

Del ascensor salió una pareja de ancianos. Llevaban una guía de viaje, *Spain*, declaraba la portada sobre una fotografía de la Sagrada Familia. La mujer les saludó en inglés y ambos devolvieron el saludo, cada cual en su idioma.

—Estoy... —empezó a decir Tomás, pero un gallo le sajó la frase. Le fallaba la voz, se sentía ridículo—. Estoy avergonzado. Estoy muy avergonzado, perdona.

—No te preocupes —dijo ella con escasa convicción—. Ese hombre estaba tomado. ¿Se dice así?

—Sí, bueno. Aquí decimos «borracho».

—No fue culpa tuya —reiteró Tess, y le acarició un brazo. Pretendía ser un gesto afectuoso, pero resultó un tanto mecánico, artificial.

Tomás se giró hacia la escalinata que subía a las habitaciones.

—Voy a hablar con Hugo.

Tess aguardó a que se alejara. Cuando estaba a punto de perderle de vista, lo llamó por su nombre y dijo:

—Me gustaría invitaros a cenar esta noche.

Tomás sonrió sin ganas y siguió subiendo las escaleras.

El niño estaba sentado en la cama deshecha. Sobre las sábanas, la cámara de fotos y la primera parte de *El señor de los anillos* con el móvil entre las páginas marcando el último punto de lectura. Tomás le hablaba a su hijo apoyado en la única mesa de la estancia.

—Entiendes que lo que he hecho hoy no está bien, ¿verdad?

El niño meneó los pies, ladeó la cabeza.

—Sí, pero... —dejó la frase en el aire y se volvió hacia el balcón abierto. Por allí se colaba el bullicio de la plaza.

—Pero ¿qué? —preguntó Tomás—. Hugo, mírame.

—No te ha quedado más remedio —dijo el niño. Era una queja.

—Siempre hay remedio.

—¡Pero te iba a pegar!

—Hugo...

—¡Intentó pegarte!

—No importa.

—Sí que importa.

—No, Hugo, no importa.

El niño se fijó en la mano encarnada de su padre. Tomás la apartó de su vista, ocultándola detrás del cuerpo.

—¿Entonces qué tenías que haber hecho? —preguntó—. ¿Dejar que te pegara?

—No.

—¿No?

—¡No lo sé, joder! ¿Qué quieres que te diga?

—¡Él te iba a pegar! —bramó el niño—. Le pegaste porque te iba a pegar.

—Hugo, escúchame. No hay excusa para lo que he hecho esta mañana. No sé qué decirte porque ni siquiera sé por qué lo he hecho. Pero no ha estado bien. Solo los perdedores van por ahí pegando a la gente.

—Tú no eres un perdedor —declaró el niño con seguridad.

Tomás se humedeció los labios. Le palpitaba la mano, ahora también las sienes, y solo se le ocurrió replicar:

—No me conoces tanto.



La cena resultó un estupendo ejercicio de descompresión. Estaban todos agotados por las emociones del día, así que optaron por un restaurante allí mismo, en la plaza Mayor.

El camarero los acomodó en una mesa a los pies de Unamuno, que los observaba de perfil desde un medallón esculpido en la fachada. Los primeros minutos fueron un poco incómodos, un poco tensos, hasta que Donna inesperadamente le soltó a Tomás:

—¿Y kung-fu sabes?

Lo dijo en inglés, pero no hizo falta traducción. Los cuatro rieron y Tomás se lo agradeció a la chica con la mirada.

Pidieron varios platos para compartir: jamón, una ensalada de perdiz escabechada y una ración de croquetas. Todo tuvo un gran éxito y las americanas comieron a dos carrillos. Los adultos dieron buena cuenta de un vino con denominación de origen Arribes que les recomendó el camarero. No estaba malo, tampoco especialmente bueno, pero a Tomás le dio igual. Le sirvió para templar los nervios y hasta la mano dejó de dolerle.

En un momento dado, fue inevitable, el elefante de la habitación centró la conversación. Se preguntaron, entre risas, dónde estaría el gordo de la nariz chata, qué recordaría si es que recordaba algo, si le quedarían secuelas permanentes a él o a su hijo. A Tomás nada de aquello le hizo gracia, pero lo aceptó a modo de penitencia, sonriendo por educación, hasta que se cansó de fingir y dijo:

—Bueno, basta ya. Hablemos de otra cosa, por favor.

Lo hicieron. Hablaron de Salamanca, de lo que Tess y Donna habían visitado, de las catedrales, la universidad y la rana. Tess ejercía de traductora para su hija, quien, de cuando en cuando, la interrumpía con la frase: «Lo he entendido».

Era una chica inteligente Donna. Y muy guapa. Cuando hablaba, Hugo la contemplaba con gesto bobalicon. Sonreía demasiado, asentía demasiado. Aunque no podía ser más evidente, su padre no se había percatado hasta ese momento. El niño, sentado frente a la chica, la miraba sin reservas ni precauciones, con la boca entreabierta, rendido ante la belleza y la naturalidad de la muchacha, atrapado por ella, desprovisto por completo de voluntad. Tan transparente resultaba que más que ternura a Tomás le despertó un poco de lástima.

Donna era consciente de aquella mirada, tenía que serlo, pero no se mostraba incómoda ni azorada. Estaba, sin duda, acostumbrada a que los chicos la mirasen de esa manera, a que le diesen la razón y le riesen exageradamente todas las gracias.

Tomás se preguntó si también Tess estaría habituada a ello. Intuyó que sí. Al fin y al cabo, la belleza de Donna era un reflejo de la de su madre. Los mismos labios, los mismos ojos, el mismo cuello largo y distinguido. Pero Tess carecía ya de las virtudes de la juventud. Su piel no era tersa, había arrugas en torno a su boca y también en su frente. Y, sin embargo, la edad no le restaba un ápice de atractivo. Más bien al contrario. La suya, pensó Tomás, era una belleza madura y reposada que bien podría...

Tomás interrumpió abruptamente su caudal de pensamientos cuando advirtió la forma en que Tess lo miraba. Hugo estaba hablando, Donna reía y ella, Tess, lo observaba con una perplejidad cómplice y divertida. Tenía las cejas enarcadas y la copa de vino al borde mismo de los labios, que trazaban ahora una leve sonrisa. Le estaba leyendo la mente, no había ninguna duda.

Tomás se ruborizó y, sin venir a cuento, dijo:

—Perdón.

Hugo hablaba tan deprisa que Tess apenas descifraba la mitad de lo que decía y Donna, estaba segura, nada o casi nada. Daba igual, la adolescente reía como si lo entendiese todo. Estaba contenta y relajada, y a Tess le hacía feliz verla así y se dejaba contagiar por la risa de su hija.

Alargó una mano, tomó su copa de vino y se la llevó a la boca. A punto de beber, rozando ya el cristal, se percató de la mirada de Tomás. No era lasciva, ella no diría tanto, pero sí lo suficientemente indisimulada y fuera de lugar como para que Tess se lo reprochara sutilmente.

Bastó con eso. Tomás volvió en sí, parpadeó varias veces, como arrebatado de una ensoñación profunda, y dijo:

—Perdón.

Hugo, que seguía hablando, se interrumpió y se volvió hacia su padre sin comprender.

—¿Qué?

—Nada —respondió Tomás poniéndose en pie con torpeza—. Que voy al baño.

«Debí pasar del vino», se dijo mientras contemplaba su reflejo en el espejo del baño. Tenía mal aspecto, estaba pálido y un ramillete de venas carmesí le emborronaban el blanco de los ojos. Había sido un día largo y extenuante y su rostro daba cuenta de ello. Abrió el grifo y se refrescó la nuca para ver si así se despejaba un poco. Por la mañana reanudarían el viaje, rumbo a Ciudad Rodrigo y, aunque no era un trayecto largo, quería estar en forma y tener la mente clara. Se había acabado el alcohol por esa noche. Al fin y al cabo, no debía olvidarlo, estaba trabajando. Un trabajo extraño en el cual se permitía la licencia de pegar a desconocidos y, maldita sea, violentar a su contratante con miradas procaces.

—Gilipollas —le dijo al tipo del espejo, que le devolvió el insulto con gesto impasible.

Cuando regresó a la terraza, encontró a Hugo y Donna solos en la mesa, centrado cada cual en su propio móvil.

—¿Y Tess? —preguntó mientras se sentaba.

Donna señaló con la cabeza. Su madre deambulaba por entre los arcos, lejos de ellos, con el teléfono en la oreja. Tomás llamó la atención del camarero y pidió la cuenta. «Sí, señor, ahora mismo». Mientras esperaba, mantuvo la vista en Tess. A pesar de la distancia, que hacía imposible distinguir su gesto y más aún oír lo que decía, Tomás supo que estaba agitada. Gesticulaba un momento, luego se quedaba inmóvil con la mirada perdida y entonces, de pronto, reaccionaba con aspavientos cortos y nerviosos, acuchillando el aire con la mano libre.

—*They are arguing* —dijo Donna espontáneamente. «Están discutiendo».

—¿Con quién habla? —preguntó él. Era, quizás, un exceso de confianza, pero a la chica no pareció importarle.

—Con mi papá —respondió en español.

El camarero depositó la nota sobre la mesa y les ofreció unos chupitos, «cortesía de la casa», que Tomás rechazó. Sacó la Visa justo cuando Tess colgaba. Tecléo el código en el datáfono inalámbrico y, mientras la máquina lo procesaba, Tess permaneció bajo los arcos, de espaldas a ellos, con los brazos cruzados y el teléfono en una mano. Luego, entró en el restaurante a paso rápido evitando volverse hacia la terraza. Regresó al cabo de un par de minutos y se dirigió a Tomás.

—Me dijo el camarero que pagaste.

Estaba muy seria.

—Como desagravio... —empezó a decir Tomás, pero le pareció una palabra demasiado complicada y se detuvo—: Por lo de hoy.

—Dije que invitaba yo.

—Otro día. Hay tiempo de sobra.

Pusieron rumbo al hotel. Tess caminaba en silencio, absorta y cabizbaja, centrada en las baldosas y en la basura acumulada a lo largo del día. Tomás no quiso interrumpir sus pensamientos, cualesquiera que fuesen. Contempló a los turistas que iban y venían por la calle, extranjeros en su mayoría. Se fijó en una pareja joven con un niño pequeño. El padre lo sujetaba de una mano, la madre de la otra. Contaron: «uno, due, tre...» y tiraron del niño hacia arriba, que voló entre risas agudas durante unos segundos. Nada más aterrizar, gritó: «Ancora! Ancora!».

Tomás rememoró cuando Pat y él jugaban a eso mismo con Hugo. También él se reía y pedía más, hasta que a Pat le dolían los brazos y Tomás se lo cargaba a la espalda, con una piernita a cada lado del cuello.

Abrió la puerta del hotel y cedió el paso al resto. Tess entró la última, todavía abstraída. Mientras esperaban al ascensor, la mujer levantó la vista y exploró su alrededor. Se fijó en el bar del vestíbulo. No había ni un alma, pero la luz estaba encendida. Las puertas del ascensor empezaron a abrirse y, sobre el tintineo, Tess preguntó:

—¿Un café?

Tomás, un tanto descolocado por la inesperada propuesta, se volvió hacia su hijo, que bostezaba en ese momento. Se tomó su tiempo en completar la operación y, cuando por fin cerró la boca, dijo:

—Yo me voy a la cama. —Y tendió la mano hacia su padre—. ¿Me das la tarjeta?

Donna imitó el gesto, y los dos adultos prometieron subir en un rato.

No tomaron café. Tess quería un daiquiri, pero tuvo que conformarse con una cerveza en botellín. Tomás, que solo veinte minutos antes había renegado del alcohol, pidió otra. Les sirvió la propia recepcionista y los dos permanecieron en silencio hasta que la muchacha volvió a su puesto junto a la puerta. Una vez se quedaron solos, Tomás preguntó:

—¿Todo bien? —Tess dio un trago largo a su cerveza, como si tuviese prisa por emborronar su mente. Después, se limpió los labios con el dorso de la mano, un gesto basto, impropio de ella, y sonrió sin decir nada—. Vale. No quieres hablar de ello.

—¿De qué? ¿De mi matrimonio? —Tess soltó el botellín. Apoyó las dos manos sobre la barra, con los dedos muy abiertos, y contempló su perfecta manicura—. No hay mucho que contar. Estoy casada con alguien que no se parece en nada a la persona de la que me enamoré.

—Ah, eso. En España también lo hacemos.

Tess desplegó una risa lánguida.

—Mi marido no entiende qué hago aquí.

Lo dijo con la mirada perdida entre las botellas que había expuestas detrás de la barra. Estaban iluminadas desde arriba con unos foquitos halógenos de luz fría. Una imagen tétrica, desangelada.

—¿Qué hay que entender? Estáis de vacaciones.

—Sí... —Tess se llevó una mano a la nuca y trazó un círculo con la cabeza—. Es igual. No hablemos de eso. ¿Te puedo mostrar una cosa?

—Claro.

Abrió el bolso y sacó el sobre marrón. En los altavoces sonaba música ambiental a un volumen apenas audible. Tess extrajo la fotografía del sobre y se la ofreció a Tomás, que depositó el botellín sobre la barra, se secó las manos en el vaquero y la cogió con cuidado.

—¿Quiénes son?

—Dolores —señaló— y Antonio.

—Tus abuelos —dedujo él acertadamente—. ¿Lo que se ve al fondo es Cubil?

Ella asintió.

—Estoy nerviosa. Sé que es una tontería, pero significa mucho para mí. Ir allí. Estar allí.

Tomás contempló la imagen con renovada atención. No le pareció que hubiese en ella nada particularmente llamativo. Gente cualquiera en un paisaje

español cualquiera. El campanario de una iglesia pobre, de pueblo. Un árbol corriente y, apoyada en él, una bicicleta de cuya cesta asomaba una hogaza de pan mordisqueada.

—No es una tontería —dijo él devolviéndole la fotografía—. Ojalá encuentres lo que buscas.

Tess guardó la instantánea en el sobre y el sobre en el bolso.

—No sé qué busco. No sé si busco algo. —Hizo una pausa, dio otro trago—. Pero creo que me espera algo allí. —Sonrió, miró a Tomás—. ¿Te parezco una tonta?

—No. No digas eso.

Tess sintió el impulso de abrirse a aquel hombre. Le pareció el momento adecuado, el lugar idóneo; solos los dos en aquella barra a media luz, amparados por la noche y el alcohol. Quiso preguntarle si a veces se sentía perdido. Si, como ella, tenía la sensación de verse cautivo en una vida que no había elegido del todo. Pensó que Tomás la entendería porque también él parecía estar perdido y a la deriva. Pero, justo cuando se disponía a sincerarse, cuando se había convencido de exhibir sus miserias más privadas, él bostezó. Se tapó la boca con la mano magullada y pidió perdón, pero no sirvió de nada. Había arruinado el momento.

Tomás preguntó:

—¿Qué ibas a decir?

Tess meneó la cabeza.

—Nada, es igual. Es tarde y estamos cansados. —Se frotó los ojos con las palmas de las manos—. Ya te lo contaré en otro momento. Vayamos a dormir.

Y así lo hicieron.

Tess llegó a Nueva Orleans en el Mardi Gras de 1991. Era su primera visita a la ciudad.

Viajaba con dos amigas, todas veinteañeras. Una de ellas, Sharon, les había prometido que no tendrían problemas de alojamiento. Conocía a alguien en la ciudad, un chico simpático y educado, hijo de un amigo de sus padres, con quien había veraneado un par de años siendo niña. Hablaron por teléfono unos días antes y él le aseguró que podrían quedarse las tres en su casa el tiempo que durase el festival. Había sitio de sobra, dijo. La casa era grande, estaría libre de adultos y dispondrían de una habitación para ellas solas.

El viaje en autobús fue una pesadilla de veinte horas: de Miami a Orlando, de Orlando a Mobile, de Mobile a Nueva Orleans. Cuando por fin se apearon del Greyhound, con el culo y la espalda hechos añicos, Sharon se acercó a un policía y le mostró un papel con la dirección de su amigo. El agente les dijo que el tráfico estaba cortado por «el asunto de los desfiles». Lo mejor sería que fuesen caminando. No estaba lejos. Debían ir hasta Loyola Avenue, dejar atrás Canal y tomar luego Basin Street. Eso las llevaría hasta el parque Louis Armstrong. La casa de su amigo estaba allí mismo, a la derecha.

«No tiene pérdida —les dijo—, veinte minutos como mucho». A las chicas les llevó algo más de media hora. Durante el recorrido, medio centenar de hombres, casi todos borrachos, se ofrecieron a ayudarlas con las maletas. También se ofrecieron a otras cosas, pero ellas no se detuvieron ni se giraron.

—No los miréis —decía Margaret, quien, por dos meses, era la mayor de todas y, con mucho, la más precavida.

Tess llevaba años proponiéndoles hacer aquel viaje, desde que iban al instituto. Media ciudad había estado en el carnaval y todo el mundo volvía contando maravillas.

«Es una locura», le había dicho Anne, que de locuras sabía bastante (dos abortos antes de los dieciocho).

«No te haces una idea de lo que es hasta que no lo ves con tus propios ojos», le dijo James, de cuyo criterio Tess siempre se fiaba.

Lo intentaron varios años, pero sus padres siempre se oponían. Cuando los de una claudicaban, los de otra se negaban. No había manera de sincronizarlos a todos. Sus objeciones podían resumirse en una sola frase: aquel no era un buen destino para tres chicas solas.

Luego, cuando alcanzaron la edad suficiente para no requerir del permiso paterno, surgieron nuevas complicaciones. Siempre había planes más urgentes, compromisos irrenunciables. Margaret se casó (a los veinte años, con su novio de la infancia), y a su marido no le hacía ninguna gracia que su mujer visitase sin él aquella ciudad pecaminosa, menos aún durante el Mardi Gras.

—Ahora que nos libramos de los padres, llegan los maridos —se quejaba Tess.

Ella, no obstante, siguió insistiendo. Y, por fin, a principios de aquel año, logró convencer a Sharon, a Margaret y a su esposo (a este último no para que las acompañase, sino para que concediese una libertad transitoria a su esposa).

Cuando llegaron al parque Louis Armstrong, giraron a la derecha, tal y como el agente les había dicho, y allí, en la frontera del Barrio Francés con el de Tremé, encontraron la casa que buscaban. Tenía dos alturas, era blanca y de madera. De un mástil colocado en el porche colgaba una gran bandera con barras y estrellas que por pocos centímetros no rozaba el suelo. Por las ventanas escapaba un rítmico embrollo de instrumentos de viento y el inconfundible bullicio de la juventud: risotadas, gritos, silbidos, aplausos.

Les abrió la puerta un chico flaco con una careta de calavera que contempló a las tres mujeres a través de las cuencas vacías. Luego, se levantó la máscara desvelando un rostro imberbe de ojos azules.

—No sé quiénes sois —dijo con un marcado acento sureño—, pero estáis en el sitio correcto.

—Soy amiga de Jack —manifestó Sharon.

—¡Todo el mundo es amigo de Jack! —Se volvió a encajar la careta y las invitó a pasar con una teatral reverencia—. Entrad por vuestra propia voluntad.

En el salón había una veintena de personas. Algunas charlaban en corros, otras bailaban, todas bebían. La música escapaba de un tocadiscos en torno al cual alguien había colocado velas de colores, collares de cuentas, patas de pollo y otros objetos propios de la superstición criolla local.



Las chicas apilaron sus maletas en una esquina, cerca de la entrada. Sharon quiso preguntar por Jack al esqueleto sureño, pero este se había perdido ya entre la multitud. Se dirigió entonces a una joven que movía las caderas a su lado.

—Perdona —dijo—, ¿sabes dónde está Jack?

—¿Quién? —La muchacha se colocó las manos tras las orejas, haciendo pantalla.

—¡Jack! —gritó Sharon—. ¡El dueño de la casa!

—¡Ah! Le he visto hace un rato en la cocina. —Y señaló a una puerta abierta con una uña larga y roja.

Las tres chicas tuvieron que luchar cada paso, atravesando los corros, esquivando a los bailarines, *sorry, excuse me*.

En la cocina había cuatro personas. Dos de ellas se daban el lote junto al frigorífico, él manoseando las tetas de ella, ella riendo y mirando a su alrededor de cuando en cuando, diciendo «para» sin pararle. En el otro extremo, ajenos a la escena lujuriosa, dos chicos charlaban con sendos vasos de cartón en las manos. Uno de ellos, en efecto, resultó ser:

—¡Jack! —gritó Sharon, y salió corriendo hacia él, que la recogió en un abrazo y la levantó en vilo.

—¡Rubia!

Tess miró al hombre de arriba abajo. Sharon le había dicho que era atractivo y no había exagerado. Tendría unos treinta años, era de piel muy negra y llevaba el cabello casi completamente rapado. Sus ojos eran oscuros y profundos. Y no tardaron en clavarse en Tess.

Las chicas pasaron tres días en aquella casa, compartiendo con apreturas una cama de matrimonio en la planta de arriba. Las miradas cómplices entre Jack y Tess se sucedieron, extendieron y amplificaron. Ella confiaba en que él diese algún paso, pero no lo hizo y el momento de regresar a Miami se acercaba. De modo que la tarde del tercer día, Tess se las ingenió para coincidir con él en la cocina y le propuso dar un paseo.

—Quiero tomar un poco de aire —dijo—, pero Sharon y Margie están con resaca.

El cielo amenazaba tormenta y la calle entera olía a jambalaya, el plato típico de la ciudad. Charlaron del carnaval, del turismo y de los muchos borrachos que por aquellas fechas se congregaban en el Barrio Francés. Se

adentraron en el parque Louis Armstrong y Jack la guio hasta una zona próxima al enrejado, donde se detuvo.

—Mi tatarabuelo tocaba aquí.

—¿Era músico? —preguntó Tess, y Jack sonrió.

—Era esclavo. Pero los domingos les daban el día libre y venían todos aquí. Se juntaban cientos de personas para tocar y bailar. ¿Sabes qué instrumento tocaba él? —Tess negó con la cabeza—. Una calabaza. La ahuecaba él mismo. La golpeaba con las palmas de las manos como si fuese un bongó. Entonces este sitio se llamaba Congo Square. Unos tocaban calabazas, otros cajas de madera... Lo que tuviesen a mano. No era jazz todavía, pero de aquí surgió. ¿Quieres ver una cosa? —Tess asintió y él sacó del bolsillo las llaves de su coche—. No tardaremos mucho.

Tardaron casi una hora, pero mereció la pena. Jack condujo hasta una antigua plantación de algodón llamada Oak Alley, a orillas del río Misisipi. Bajo aquellos robles a los que hacía referencia el nombre (Oak Alley significa «Paseo del roble»), él le contó que se había graduado en *Business* en la State University de Nueva York. Ahora compartía un piso en Queens y trabajaba en el Bank of America. Tenía la esperanza de saldar sus créditos de estudio lo antes posible, en tres años o menos, y prosperar en la entidad. «El viejo sueño americano», dijo con sorna. Luego, señaló el camino empedrado que tenían ante sí. Desembocaba en una hermosa mansión blanca adornada con ciclópeas columnas dóricas.

—Por aquí traían a los esclavos. Por aquí llegó mi abuelo. Por este camino, bajo estos mismos árboles, hasta la casa del amo.

Él le preguntó por sus orígenes. «Pareces latina», aventuró. Ella le contó que tenía sangre española, aunque muy diluida ya, y él contestó que eso explicaba su belleza.

Se besaron allí mismo, bajo los robles.

Después, regresaron al coche y Jack la llevó a un local en el barrio de Tremé, un tugurio oscuro y nebuloso sin nombre en la puerta donde ella era la única blanca. Había algo parecido a una barra y algo parecido a un escenario iluminado con velas y bombillas de colores.

Jack saludó efusivamente al camarero, a los músicos y a varios clientes.

—Vienes mucho por aquí —afirmó ella.

—La verdad es que no. Pero, si por mí fuera, viviría aquí.

Se sentaron justo delante del escenario y escucharon los clásicos locales. Después del cuarto tema, uno de los músicos cogió a Jack por la pechera y lo

arrastró a la tarima. Él se hizo de rogar, protestó entre risas, pero el camarero jaleó desde el mostrador y no paró hasta contagiar a parte del público. El trompetista cambió la boquilla de su instrumento y se lo cedió graciosamente a Jack. Tocaron *When You Wish Upon a Star*, la canción de los años cuarenta popularizada por Louis Armstrong. Jack miró fijamente a Tess durante buena parte de la ejecución. Tras los aplausos y la reverencia, volvió a su lado y se besaron largamente.

Bebieron juntos durante horas al ritmo de la música. Los clientes se marchaban y llegaban otros nuevos. A las tres de la mañana, también ellos decidieron irse a casa. Tess no entró en la habitación donde sus amigas dormían ya. No quiso hacerlo, aunque él la acompañó hasta la misma puerta.

—Vamos a tu cuarto —le susurró ella al oído.

Esa noche Tess perdió la virginidad oyendo a un grupo de borrachos que cantaba a capela el clásico de Aretha Franklin: *I never loved a man (the way I love you)*.

Había dos formas de llegar a Ciudad Rodrigo. Estaba el trayecto recto (y, por tanto, corto) que les llevaría una hora como mucho. Y estaba el sinuoso, que trazaba un largo e innecesario rodeo. Tomás expuso a Tess ambas opciones durante el desayuno. Lo había mirado un rato antes en la habitación, mientras Hugo se duchaba. La ruta alternativa pasaba por unos cuantos pueblos de los que Tomás, según confesó, no había oído hablar en su vida.

—Pero quién sabe —dijo—, a lo mejor descubrimos alguna joya.

Si la había, lamentablemente, ellos no la encontraron. Vieron vacas, campos abiertos que daban paso a zonas frondosas, un hostel restaurante con columpios oxidados, un frontón de pelota inexplicablemente ubicado en plena nada y varias poblaciones diminutas que cruzaron a los reglamentarios cincuenta kilómetros por hora. Pero joya, ninguna.

Tess contempló todo aquello en silencio. Se había levantado pensando en su marido (quizás había soñado con él; no lo recordaba) y llevaba desde entonces rememorando la discusión de la noche anterior. En algún momento de la mañana la tristeza se había convertido en enfado y ahora no podía escapar de aquel estado de ánimo.

Jack no puso ningún problema cuando, un par de meses antes, ella le contó sus planes: «Me estoy planteando ir con Donna de vacaciones». Él sabía que oponerse solo serviría para provocar una nueva crisis entre ellos. Además, ¿qué podía argumentar? Tenía que trabajar todo el verano, no había motivo para que ellas se quedaran en Miami. Al contrario, también él prefería que se fueran. Estaría más tranquilo sabiendo que Tess no le esperaba en casa, que tenía carta blanca para dilatar sus jornadas tanto como quisiera, hasta las ocho, las nueve o las diez, para ir a jugar al pádel y al golf, para cenar con sus amigos, quizás también con sus amigas. Tess recordaba sus palabras exactas, dijo: «Good idea».

No reaccionó de la misma manera, sin embargo, cuando ella mencionó el destino.

—¿España? —preguntó él como si acabase de oír la cosa más extravagante del mundo—. ¿Por qué España?

Tess le explicó que llevaba tiempo queriendo ir. Deseaba conocer el país del que en parte ella procedía.

—¿Y por qué nunca me lo habías dicho? —inquirió él—. Habríamos ido antes juntos. ¿Por qué ahora? ¿Por qué tú sola?

—No voy sola —aclaró ella—. Te estoy diciendo que voy con Donna.

En una cosa sí tenía razón Jack: nunca antes se lo había dicho. Ni se lo había sugerido siquiera. Por supuesto, había un motivo para ello. Y es que a Jack aquel asunto de la ascendencia española de Tess no le interesaba en absoluto. No resultaba tan exótico como descender de esclavos arrastrados desde África en las tripas de un barco. La familia de Tess carecía de la épica de la liberación, no formaba parte de la *auténtica* historia americana. Su tatarabuelo no inventó el jazz golpeando una calabaza, no hubo paseos bajo los robles, ni cadenas, ni campos de algodón. ¿España? ¿Qué demonios había allí? ¿Sol, arena? De eso ya tenían de sobra en Miami.

—Quiero visitar el pueblo de mis abuelos —le dijo ella—. Voy a contratar a un guía, un español.

Estaban en casa, era domingo y Jack llevaba toda la tarde encerrado en su despacho haciendo Dios sabe qué. Al oír aquello, se reclinó en la silla de cuero y se retiró las gafas con parsimonia.

—¿Y de dónde sale ese guía, si puede saberse?

Tess detestaba cuando la trataba con esa altanería, como si fuese ella una empleada insolente y fastidiosa. Se mordió la lengua y dijo:

—Es el hermano de Lara, la cocinera.

Jack asintió larga y pensativamente. Cogió un bolígrafo de la mesa y empezó a jugar con él.

—Te has hecho muy amiga de esa mujer.

—Me cae bien. Es simpática, y su marido también. Hablo español con ella, así práctico.

En la minicadena sonaba un saxofón rápido y estridente. A Tess no le gustaba esa música (durante años la había soportado estoicamente, aunque siempre la había sacado de quicio).

—¿Puedes bajar eso?

—*Eso* es John Coltrane —dijo él con aspereza, y bajó el volumen con el mando a distancia—. ¿Qué sabemos del hermano de la cocinera?

Jack se echó hacia delante y apoyó los brazos en el escritorio.

—¿Es un interrogatorio? —preguntó ella.

—Si vas a pasar allí... ¿cuánto?, ¿dos semanas?

—Tres.

—Si vas a pasar tres semanas con él estaría bien saber quién es. No creo que esté diciendo ninguna locura.

No era una locura, de acuerdo, pero Tess estaba tensa y cabreada. Tenía la sensación de estar pidiéndole permiso y no quería sentir eso. Discutieron y ella acabó mandándolo a la mierda, pero volvieron sobre el asunto varias veces en los días siguientes. El tono soberbio de Jack se fue desvaneciendo a medida que asumía que su mujer haría ese viaje con o sin su aprobación. Tess accedió a contarle cuanto sabía de Tomás: que era cámara de televisión, que vivía en Madrid, que había estado casado. Que tenía un hijo de trece años y que el niño viajaría con ellos.

—Espera, ¿qué?

—Ya lo has oído.

—¿Qué clase de guía lleva a su hijo con él?

Ella se encogió de hombros.

—No ha sido idea mía, pero yo he aceptado. Me parece bien, no veo ningún problema.

—No —dijo él tras pensarlo un momento—. Yo tampoco.

A decir verdad, aquello le tranquilizaba.

La noche antes de la partida, Jack y Tess hicieron el amor por iniciativa de él. Hacía medio año que no practicaban sexo, y al terminar, desnudos sobre la cama, Jack le pidió que le telefonara todos los días.

—Solo si me vas a coger el teléfono —dijo ella—. No quiero andar persiguiéndote.

Por el momento estaba cumpliendo su palabra. Jack atendía sus llamadas, cualquiera que fuese la hora, y Tess le detallaba entonces lo más destacado de la jornada (solo había omitido tres cosas: la bofetada a Donna, su desvanecimiento y la trifulca de Tomás).

No eran, a decir verdad, auténticas conversaciones. Jack se limitaba a asentir al otro lado del teléfono sin aportar nada que no fuese un lugar común, un «ajá», un «qué bien». Tess estaba convencida de que lo aguantaba por puro compromiso, porque eso es lo que se supone que hacen los matrimonios. Podía

imaginárselo sin esfuerzo delante del iPad, revisando sus correos, deseando que Tess cerrase la boca y colgase de una vez.

—¿Y qué tal con el hermano de la cocinera?

Se lo preguntaba todos los días, y todos los días ella respondía lo mismo. Que bien. Que era un tipo sencillo, cortés, discreto. Que merecía cada centavo que pagaba por sus servicios. Pero a Jack eso parecía no bastarle y seguía preguntándose: «¿Qué tal con el hermano de la cocinera?».

—¿Por qué te preocupa tanto? —replicó ella airadamente bajo los arcos de la plaza Mayor. Ya no podía más, estaba harta de aquella pregunta. ¿Qué demonios esperaba que le respondiese?

—No me preocupa, solo pregunto.

—¿No te preocupa? Pues lo parece. Parece que te preocupa muchísimo.

—Oye, ¿qué te pasa?

—No me lo voy a tirar, puedes estar tranquilo.

Se produjo un largo silencio. Tess se imaginó a su marido quitándose las gafas, dejando el iPad a un lado, descruzando las piernas.

—¿A qué viene eso?

—¿A qué viene que me preguntes lo mismo cada día?

—Estáis a medio mundo de distancia con un tío al que no conozco.

—¿Y?

—¿Cómo que y? Me parece completamente lógico que te pregunte al respecto. Dormís puerta con puerta, vais en su coche, ¿qué hay de raro en que pregunte?

—Tengo cuarenta y ocho años —espetó ella. Estaba furiosa.

—Por lo que más quieras, no hagas un drama de esto.

—No estoy haciendo ningún puto drama, no me trates como si fuese una histérica. Estoy harta de que me preguntes lo mismo todos los días. Si no te fías de mí, puedes contratar un espía. Te daré la dirección del hotel en cuanto cuelgue, te daré la de todos los hoteles, así lo tendrá más fácil. Claro que, bien pensado, ¿por qué no vienes tú mismo? ¡Mucho mejor! Me podrás controlar directamente, sin intermediarios. Espera, no, acabo de caer. Tú no puedes venir de vacaciones con nosotras porque tienes trabajo. ¿En qué coño estaría pensando, eh?

La respiración de él se volvió estentórea, ella podía oírla perfectamente a través del auricular del móvil.

—Tess... Mira, no tengo el día.

—Claro que no, Jack. Tú nunca tienes el día.

—¿Sabes qué? Déjalo. Cambiemos de tema.

—¿Ahora tenemos que cambiar de tema? —preguntó ella—. ¿Cuando digo algo que no te gusta hay que cambiar de tema?

—¡Vale, joder, pues sigue hablando!

Lo había sacado de quicio y eso no era fácil. Él siempre guardaba las formas, incluso cuando se sabía acorralado. En las rarísimas ocasiones en que ella lograba ponerle entre la espada y la pared, él mantenía un tono tranquilo, sin levantar la voz, sin usar palabrotas. Nunca soez, jamás grosero. Había que afinar mucho para llevarlo al punto en que se encontraba ahora.

Tess se planteó aprovechar aquella grieta en su impasibilidad para decirle que ella no necesitaba cruzar medio mundo para acostarse con otro. Que, si le diese la gana, podría hacerlo allí mismo, en Miami. Quería decírselo solo para ver cómo reaccionaba, pero no lo hizo porque, pensó, aquello la acompañaría el resto del viaje, amargándoselo irremisiblemente. Sabía que esas palabras arruinarían las semanas que tenían por delante, que se arrepentiría nada más colgar o por la mañana, libre ya de los efectos del vino.

Siguieron, por tanto, discutiendo en círculos, acusándose de mutua desconfianza, echándose en cara preguntas y respuestas hasta que Tess le anunció que iba a colgar. Y algo más.

—No te voy a llamar mañana, Jack.

—Haz lo que quieras.

—No me digas eso.

Hubo un corto silencio y luego él colgó.

En eso llevaba Tess pensando toda la mañana y también en eso pensaba cuando Donna, en el asiento trasero, preguntó:

—*What is that?*

Tenía el rostro pegado a la ventanilla y todos se giraron en aquella dirección. En el horizonte, no muy lejos de la carretera, se divisaba un conjunto de casas a medio construir. No serían más de veinte y ofrecían un aspecto fantasmagórico, allí abandonadas en mitad de la nada, entre arbustos y tierra seca, como un pedazo de civilización olvidada en plena estepa. Junto a ellas había una grúa inmóvil y herrumbrosa y una enorme valla publicitaria con un texto hacía tiempo ilegible.

—Una urbanización fantasma —respondió Tomás devolviendo la atención a la carretera—. Cosas de la crisis. Algunos constructores se dedicaron a levantar edificios en suelos baratos. Luego, cuando la burbuja inmobiliaria reventó, dejaron los proyectos como estaban de un día para otro.



Tess contemplaba las casas con ademán pensativo.

—¿Podemos acercarnos? —preguntó.

—No creo que haya nada que ver ahí —dijo Tomás—, pero nos acercamos, sí. Así conocéis la otra España. La de piedra gris.

Tomás dedicó una sonrisa a Tess, pero ella no se la devolvió. Estaba hipnotizada por aquel panorama.

Tomaron la primera salida y retrocedieron luego unos kilómetros hasta que por fin dieron con el desvío. Desembocaron en una carretera flanqueada por dos hileras de farolas rotas que se adentraban en la urbanización.

Al salir del vehículo, Donna se estiró y lanzó un prolongado bostezo. Tess se hizo sombrilla con una mano y miró hacia arriba, a la silueta de la grúa recortada contra aquel cielo azul desprovisto de toda nube.

—¡Es increíble! —exclamó—. ¿Y dices que hay muchos sitios así?

—España está llena de sitios así —replicó Tomás apoyándose en el maletero.

No tenía el menor interés en contemplar aquello. Le recordaba todo lo fallido de su país, todo lo que le avergonzaba y le enfurecía: la corrupción, la impunidad, la desvergüenza. Le recordaba también su propia situación, y eso era aún peor. Por monstruosidades como aquella, en parte, estaba él como estaba.

Hugo se apartó del resto y, cámara en mano, fue retratando los elementos más lúgubres del paraje. Fotografizó la maltrecha valla publicitaria que un día promocionara aquella oferta inigualable, los grafitis de las paredes, los hierbajos entre las losetas, los plásticos agujereados de las ventanas. Fotografizó a su padre apoyado en el coche y a Tess asomada al interior de una de las casas. Luego encuadró a Donna, que se retocaba el pintalabios usando el móvil como espejo. Fue a pulsar el disparador, pero prefirió contemplar sin más la escena. En esas estaba cuando algo a lo lejos atrajo su atención.

—¡Hay un señor allí! —gritó el niño apartándose la cámara del rostro.

En efecto, un paisano se acercaba por entre los edificios. Llevaba un bastón de madera y caminaba a buen paso. A su alrededor correteaba energicamente un cachorro de labrador blanco, que levantó las orejas al oír el grito de Hugo.

—Buenos días —dijo el hombre al llegar a su altura y, salvo Donna, todos le respondieron. Sacó del bolsillo un pañuelo de tela y se lo pasó por la

frente—. ¿Se han perdido?

Tendría setenta años, pero estaba en una forma excelente. A pesar del calor sofocante, vestía un jersey desgastado, un pantalón de chándal y unas botas de monte firmemente anudadas.

—No —respondió Tomás—. Íbamos a Ciudad Rodrigo y hemos parado para ver esto de cerca.

El hombre tosió de mucho tabaco y paseó la mirada por los cuatro viajeros. Hugo había dejado la cámara en el asiento del coche y jugaba ahora con el perro, que meneaba el rabo con brío y brincaba y ladraba de cuando en cuando.

—No es que haya mucho que ver por aquí —dijo el hombre.

—¿Vive usted por la zona? —preguntó Tomás.

—Sí. Ahí al lado, a diez kilómetros.

—¿Qué pasó aquí? —preguntó Tess.

El hombre la miró unos segundos dubitativo y dijo:

—¿Es usted extranjera?

—Soy americana.

El hombre asintió mirando a otra parte, como si no le importase gran cosa, y dijo:

—El constructor dejó esto empantanado, ya lo ve. Valiente hijo de puta. Todavía hay gente en el pueblo que le parte la cara el día que se lo cruce. — Tess escuchaba con atención y asentía cuando el hombre la miraba—. Estafó a muchas familias, ¿saben ustedes? Algunas de Madrid también, y de Salamanca sobre todo.

—¿Vendió las casas? —inquirió Tess.

—¡Ya lo creo que las vendió! Antes de poner la primera piedra ya estaba todo vendido. Nos engañó a todos. —Señaló con el bastón a su alrededor—. Dijo que iba a haber aquí, qué le digo yo, farmacias y panaderías. Y luego, si te he visto, no me acuerdo.

—¿Se fue? —preguntó Tess, que no había entendido la última frase.

El hombre apoyó su peso en el bastón.

—Se fue, sí. No se volvió a saber de él. Decían que marchó para América, precisamente. A Brasil o a no sé dónde. Vaya usted a saber. Igual era mentira. El caso es que a la gente la dejó sin un duro. Ni casa, ni ahorros, nada de nada. Un malnacido. Nadie se responsabilizó, ni el gobierno ni nadie, y aquí se quedó todo. Hasta la grúa, ahí la tienen. —La señaló con el bastón y Tess se volvió hacia ella—. Nadie quiere pagar el desmontaje. Se quedará

aquí hasta que se pudra y se venga abajo o qué sé yo. Una tristeza esto. —El hombre dio un golpe con su bastón al suelo seco y repitió—: Una tristeza.

El hotel estaba hasta los topes. Eso les dijo la recepcionista, una mujer de cuarenta años con las uñas esmaltadas en colores alternos, una verde, otra violeta. Les preguntó si les importaba que sus habitaciones estuviesen en plantas distintas. No les dio otra opción, en realidad. Tess y Donna se alojarían en el primer piso; Tomás y Hugo, en el segundo.

—No les molestará el ruido —aseguró—, esto es tranquilísimo.

Era un edificio del siglo XVI con una muy solemne fachada de piedra. El vestíbulo tenía el suelo ajedrezado y estaba cubierto por una serie de lámparas de hierro de resonancias medievales.

En una de las paredes, la que lindaba con la cafetería (también de suelo ajedrezado, también con ínfulas medievales), había una enorme cabeza de toro colgada a la altura de los ojos. Donna se quedó mirándola con la boca abierta. Acercó una mano al hocico, pero se arrepintió antes de tocarlo.

—¿Es de verdad? —preguntó en inglés.

—Sí, claro que es de verdad —respondió Tomás sin necesidad de traducción.

La adolescente apartó la mano rápidamente y gritó que vaya asco y que «¡casi lo toco!». La recepcionista contrajo el rostro en una mueca de disgusto, pero, al verse descubierta por Tomás, la convirtió hábilmente y sin rubor en una sonrisa protocolaria. Luego, martilleó en el mostrador con sus uñas verdes y violetas y alcanzándoles las llaves les dijo:

—Bienvenidos a Ciudad Rodrigo.

Ya en la habitación, Donna seguía haciendo muecas de asco mientras extraía su ropa de las maletas y la iba colocando con cuidado en su parte del armario. Parloteaba sin tregua, decía que el toreo le parecía una cosa horrible y espantosa, que había que ser bárbaro para someter a un animal a semejante

crueldad, clavarle esos palos, matarlo, cortarle ¿qué es lo que le cortan, la cabeza, las patas? Tess soportaba la cháchara en silencio, resistiendo la tentación de decirle que, por decoro, se deben respetar las tradiciones de los lugares que se visitan por muy incomprensibles que estas resulten a ojos foráneos. Pero la adolescente estaba contenta y parlanchina y Tess no quería estropearlo censurándola.

Cuando ya no cupieron más vestidos en el armario, Donna entró en el baño y dedicó un par de minutos a quejarse del tamaño de la bañera, de la poca luz que emitían los focos y de la escasa potencia del secador.

—¿Pregunto a Tomás si quieren dar un paseo con nosotras? —la interpeló su madre en cuanto amainó el torbellino de quejas.

Donna respondió con un ruido nasal que lo mismo podía ser un sí que un no. Tess decidió tomarlo en sentido afirmativo.

Salió al pasillo y subió las escaleras enmoquetadas. A mitad de camino, en el descansillo, se topó con un espejo enmarcado y se detuvo frente a él. Contempló su reflejo: sus ojos, su cabello, su cuello. Se le estaba poniendo cuello de vieja y eso le preocupaba. Un cuello correoso, como el que acabó teniendo su madre, solo que a ella le estaba pasando antes. Tess, que tan orgullosa se había sentido siempre de su largo y esbelto cuello, lo miraba ahora con un cierto recelo. Podía operarse, por supuesto, conocía a gente que lo había hecho, pero los quirófanos le daban pánico. Solo pensar en un bisturí junto a su cara, tan cerca de la yugular, le provocaba sudores. No, se enfrentaría a la edad con resignación, como habían hecho su madre y su abuela antes que ella. Al menos, por ahora.

Llamó con los nudillos a la puerta de Tomás y aguardó. Al otro lado, oyó aproximarse los pasos rápidos y saltarines de Hugo.

—¿Y tu padre? —preguntó Tess al niño cuando este abrió la puerta.

—Está en el baño —respondió. Se oía el agua golpeando contra la porcelana.

—Cuando salga —dijo Tess— pregúntale si queréis dar un paseo.

—¡Sí que queremos! —gritó Tomás, y abrió luego la puerta que comunicaba con el servicio. Tess lo vio, lo intuyó más bien, a través de una rendija. Se había quitado la camiseta, tenía el rostro y el cabello mojados—. Sí que queremos —repitió—. Danos diez minutos.

—Mejor veinte —replicó ella.

Luego, volvió a su habitación. Esta vez no quiso mirarse en el espejo.

Pasearon los cuatro por el conjunto histórico. Hugo, con la cámara en las manos, corría de un lado para otro enfocando con descaro a turistas y lugareños. La mayoría desviaba la mirada o se tapaba la cara con la mano o con el periódico, como si fuesen celebridades sorprendidas por un *paparazzi*. Dos ancianas posaron para él, y Hugo, amable, les mostró el resultado. Las mujeres rieron al verse en la pequeña pantalla, «¡Qué guapas nos has sacado!».

A Donna la preocupación por la salud de su madre ya se le había extinguido y volvía a caminar con actitud aburrida, los auriculares en las orejas atronando quién sabe qué. Unos pasos por delante, Tomás le contaba a Tess la historia de la ciudad (que, esta vez sí, se había preparado convenientemente, consultando la Wikipedia y también un par de blogs). Aquel era un asentamiento humano antiquísimo, dijo.

—En esta zona han vivido humanos desde el Paleolítico.

Tess ni siquiera tenía claro cuándo caía eso. ¿Era anterior o posterior al Neolítico, anterior o posterior a la Edad de Piedra, o tal vez fuese lo mismo? No quiso preguntarlo para no desenmascarar sus carencias culturales ante Tomás, que tanto parecía saber al respecto.

Se toparon con una escultura con forma de cuadrúpedo vagamente definido, sin rasgos faciales ni orejas ni tampoco rabo de ninguna clase. Estaba colocado en mitad de la calle, de forma preeminente, sobre una peana redonda.

—¿Y eso? —señaló Tess.

—Un verraco de piedra. —Ella arqueó las cejas—. Así lo llaman. Se supone que es un cerdo o un jabalí, no está claro. Es anterior al Imperio romano. Nadie sabe muy bien para qué servía. Hay quien cree que tenía un significado religioso, de culto a los muertos. Pero también dicen que podía tener relación con la fertilidad.

Tess se acercó a la escultura y posó una mano sobre su cabeza. Hugo, a distancia, le hizo una foto.

Visitaron luego el parador, un castillo enteramente reformado y decorado con armaduras y telones que pretendían evocar la Edad Media (con éxito, en opinión de Tess, que se sintió de pronto sumergida en aquella vieja película de Disney, *The Sword in the Stone*). Mientras paseaban por el adarve, Tomás le contó a Tess que, por estar amurallada y por encontrarse precisamente allí, tan

cerca de la frontera con Portugal, Ciudad Rodrigo había jugado un papel crucial en la guerra contra Francia. Tess lo miró con desconcierto.

—¿Quién estuvo en guerra con Francia?

—Nosotros —especificó Tomás—. Los españoles. Cuando Napoleón, la Guerra de la Independencia.

—Vaya. Sí que tenéis historia en este país.

Por la tarde, después de comer en una terraza atestada de turistas, decidieron volver al hotel. Hacía demasiado calor para cualquier cosa. Tess se tumbó en la cama con la ventana abierta. Desde aquella posición alcanzaba a ver la copa de un árbol y el cielo sobre él. Tan solo se oía el viento suave entre las hojas y el rumor distante de unos niños que corrían y se llamaban por su nombre. Tess pensó que aquello se parecía bastante a lo que había venido buscando. Cerró los ojos y se durmió sin necesidad de pastillas.

### Tercera lección.

A Hugo se le resbaló la cámara de las manos. Acababa de tomar una fotografía de un perro flaco que vagueaba frente a la antigua cárcel de la ciudad, reconvertida en hospedería. Justo antes de disparar, el animal levantó la cabeza y miró fijamente al objetivo. Una toma perfecta. Tan excitado estaba el niño que, cuando fue a revisar la imagen en la pantalla, se enredó con la correa, la cámara se deslizó y fue a parar al suelo. Su padre se giró hacia él nada más oír el impacto.

—¡Hugo! —le gritó, y el niño pegó un respingo sobresaltado.

Más tarde, Tomás se preguntaría qué pasó exactamente. El problema, a su parecer, no había sido tanto el grito como la mirada que lo acompañó, demasiado dura, demasiado agresiva. Fuera como fuese, el hecho es que Hugo se volvió hacia su padre, lo contempló durante un par de segundos y, sin más, echó a correr calle arriba, dejando la cámara sobre la acera tal cual había caído.

—¡Hugo! —gritó Tomás de nuevo, aunque esta vez no lo hizo en un tono recriminatorio, sino más bien desconcertado. Implorante.

El niño lo oyó, tuvo que oírlo, pero no se detuvo. Siguió corriendo, dobló la esquina y se perdió de vista. Fue una reacción tan imprevista que Tomás tardó un buen rato en procesarla. Se quedó mirando aquella esquina, preguntándose adónde iba su hijo, de qué huía y por qué.

Fue Tess quien recogió la cámara del suelo.

—¿Qué pasó?

—No tengo ni idea —respondió él agarrando la cámara y examinándola superficialmente. Seguía encendida y sin una sola muesca. En la pantalla, el perro flaco le miraba fijamente—. ¿Por qué ha salido corriendo?

Lo preguntó mirando a Tess y también a Donna, pero la joven no quiso meterse; se encogió de hombros y posó el culo en un bordillo. Esperaron allí un minuto, dos, tres, hasta que Tomás no pudo más y dijo:

—Voy a buscarlo.

—Bien —asintió Tess—. Te esperamos aquí.

Tomás echó a andar, convencido de que encontraría a su hijo a la vuelta de la esquina o, en el peor de los casos, un poco más allá.



A Tomás nunca le gustaron los niños. No es que los odiara, simplemente mantenía hacia ellos una prudente apatía. Cada cosa a su debido tiempo, se decía.

La primera vez que una chica, al poco de terminar sus estudios, le preguntó en serio si quería tener hijos él respondió:

—No tengo ni idea.

Y era cierto. Desde su punto de vista, aquella era una decisión perfectamente aplazable. No estaba dispuesto a plantearse tal cosa hasta tener la vida resuelta o, como mínimo, ordenada. Para empezar, conviene tener una pareja estable, un trabajo estable, un futuro estable. Conviene conocer el lugar que uno ocupa en el mundo antes de traer a él un nuevo ser humano. Así lo veía Tomás.

Una noche, tumbados en el sofá, Pat le preguntó:

—¿Nos imaginas de viejitos?

Llevaban saliendo algo más de dos años y hacía apenas mes y medio que se habían ido a vivir juntos. Tomás, que por entonces prefería la sinceridad al tacto, se limitó a soltar un escueto «no» como única respuesta. A Pat no le gustó, se enfadó sin decirlo y Tomás, al notarlo, trató de justificarse.

—No lo he dicho por fastidiarte. Es que de verdad no me lo imagino. ¿Nosotros dos, de viejos, juntos? Pues no me lo imagino, no. Pero eso no quiere decir que no te quiera. —Ella se levantó airadamente del sofá y él preguntó—: ¿Qué te pasa? ¿Prefieres que te mienta?

Eso dejó claro que Tomás aún no comprendía los mecanismos básicos de la pareja y también que el compromiso no entraba en sus planes ni siquiera a un nivel meramente especulativo.

Aquel incidente hizo que dejaran de hablar de planes futuros, décadas venideras y ancianidades compartidas. Y puede decirse que la estrategia les

fue razonablemente bien hasta que un sábado por la tarde Pat salió del baño con los ojos enrojecidos y le dijo:

—Estoy embarazada.

Se supone que la anunciación de una nueva vida debería ser un acontecimiento dichoso. El de Hugo (el de la persona que acabaría siendo Hugo) no lo fue en absoluto. Fue, de hecho, un momento sumamente traumático para los dos. Fue, en pocas palabras, una mala noticia.

—No puede ser —dijo Tomás con un hilo de voz. Estaba limpiando las cubetas de revelado bajo el grifo de la cocina y sintió que también la voz se le escapaba por el desagüe.

—Ven —le dijo Pat cogiéndolo de una mano húmeda y arrastrándolo al baño—. Míralo. Está rosa.

En la pila había un objeto de plástico parecido a un termómetro, solo que no era un termómetro, sino un test de embarazo. Tomás lo sujetó con ambas manos, era la primera vez que observaba uno de aquellos aparatos y lo hizo con espanto. Se fijó en una pestañita rectangular tintada de rosa.

—¿Qué es el rosa? ¿Qué significa?

—Tienes las instrucciones ahí. —Pat se había sentado en el retrete. Apoyó los codos en las rodillas y se llevó las manos al rostro—. Mierda, joder.

—¿Estás segura? —preguntó Tomás—. A lo mejor...

Pero no concluyó la frase. Las instrucciones, muy concisas y profusamente ilustradas con gráficos explicativos, no dejaban lugar a dudas. «Rosa = resultado positivo».

—¿Seguro que lo has hecho bien?

—Solo hay que mear en el palo, no hay mucho margen de error.

Contemplando aquel rectángulo sonrosado, Tomás sintió que el suelo se tambaleaba bajo sus pies y, con él, su futuro, su porvenir, su vida entera. Dijo:

—Voy a la farmacia.

—¿Para qué?

—Voy a comprar otro test. Igual este...

—Tomás —le interrumpió Pat.

—¿Qué?

—Tengo un retraso de seis semanas. —Hizo una pausa y añadió—: Estoy embarazada.

Después de pulular por aquellas calles antiguas durante más de diez minutos, Tomás, derrotado y desvalido, regresó al lugar donde se habían quedado las mujeres.

—¿No aparece? —preguntó Tess, y él negó con la cabeza—. ¿Probaste en el celular?

—Lo tiene apagado.

—¿Y si nos dividimos? —sugirió Donna en inglés. Se había quitado los auriculares y, contra todo pronóstico, parecía sinceramente dispuesta a echar una mano.

Tess tradujo su propuesta, pero Tomás estaba colapsado. Era incapaz de tomar ninguna decisión, necesitaba que alguien asumiera el liderazgo y Tess lo hizo.

—Tú quédate aquí por si vuelve —conminó a su hija. Luego, se volvió hacia Tomás y le dijo—: Vayamos cada uno en una dirección. El que lo encuentre, que telefonee al otro.

Él asintió y los dos se pusieron en marcha. Tomás caminaba a paso rápido con el móvil en una mano y la cámara en la otra, escudriñando por todos lados, buscándole en los callejones, en los soportales, en el interior de las tiendas y de los bares. Seguía preguntándose qué había ocurrido, por qué su hijo había salido corriendo de aquella manera. Se le ocurrió que tal vez lo estuviese castigando. Era eso, tenía que serlo. Se vengaba por el divorcio, porque su padre era incapaz de recordar el nombre de su mejor amigo, por no tener ni idea de lo mucho que le gustaban los trenes, por faltar a sus citas, por hacerle dormir en un cochambroso sofá cama en el que hacía ya dos años que no cabía. Hugo, en resumen, huía de él por ser un padre de mierda.

Llegó Tomás a una plaza atestada de turistas y, mirando a su alrededor, empezó a gritar:

—¡Hugo! ¡Hugo!

Un anciano que pasaba por allí se aproximó a él.

—¿Ha perdido a alguien?

—A mi hijo —dijo Tomás con una voz cargada de angustia que apenas se parecía a la suya.

Se acercó otro hombre y luego una mujer. Le preguntaron qué edad tenía el niño, qué aspecto, cómo iba vestido. Trece años, esta altura, pantalón vaquero corto, una camiseta roja.

—Es mi hijo. He perdido a mi hijo.

Tomás recibió la noticia del embarazo como otros reciben el fallecimiento de un ser querido, con igual pesar y desconcierto, solo que, en su caso, el muerto era él. Sentía que aquel embrión borraba de un plumazo todas sus aspiraciones y lo sentenciaba a una vida de deberes y mediocridad. Truncaba sus planes sin haber podido saborearlos siquiera, condenándolo a una madurez prematura e inevitablemente marcada por la frustración.

Había, sin embargo, una vía de escape.

—Abortemos.

Lo soltó a bocajarro mientras hacían la cena. Meses después se arrepentiría de haberlo dicho de aquella manera. Al mirarlo con perspectiva, Tomás se daría cuenta de que se comportó de manera brusca, insensible y egoísta. Pero, en aquel momento, mientras cortaba unos tomates para la ensalada, le pareció la única escapatoria. Era un hombre desesperado proponiendo, sí, soluciones desesperadas. Pat abrió una lata de bonito y continuó sin decir nada.

—¿Me has oído? —insistió él—. Deberíamos abortar.

Ella depositó la lata abierta en la encimera. La miraba cuando le dijo:

—Quieres decir que *yo* debería abortar.

Tomás meditó largamente su respuesta.

—No —dijo por fin—. Lo he dicho bien. Si tenemos el niño, lo tenemos los dos. Si abortamos, abortamos los dos.

Pat tenía entonces veintiséis años y llevaba dos días en estado de *shock*. Ambos lo estaban, pero Tomás, de carácter mucho más templado, se las arreglaba para proyectar una cierta serenidad. Pat era incapaz. Apenas hablaba, apenas comía. Desde que vio el rectángulo rosa en el test de embarazo no había conseguido pegar ojo. Solo podía pensar que había una vida dentro de ella, una vida que no era suya, ajena a ella, la vida de otra persona.

No contaba con quedarse embarazada, no tan pronto ni de aquella manera. Fue un accidente y, tras consultar el calendario, creyó adivinar cuándo se produjo.

Ocurrió, casi con seguridad, la noche que visitaron una muestra fotográfica en una pequeña y más bien cutre galería de Chueca. Los había invitado el artista, un amigo de Tomás. Era la inauguración, hubo música y vino, demasiado. Un invitado bromeó con ello, dijo: «Quieres emborracharnos para que te compremos alguna foto». Le salió bien y vendió unas cuantas.

Pat y Tomás regresaron pronto a casa, no era ni medianoche. Empezaron a magrearse en el portal, habían bebido mucho. Pat llevaba un vestido corto y ligero que volvía loco a Tomás. En el ascensor le dijo:

—Follemos aquí.

Ella soltó una carcajada, dijo:

—No.

Salieron del ascensor muy excitados y, mientras Pat buscaba las llaves en el bolso, él le subió el vestido por detrás.

—Espera —susurró ella entre risas—. Nos van a oír los vecinos.

—Mejor para ellos.

Acabaron tirados en el pasillo de la entrada. Pat se corrió. Él no lo conseguía y ella le preguntó:

—¿No acabas?

Él farfulló:

—Estoy muy borracho.

—Sal —dijo ella— y hago que acabes.

Pero él no salió. De haberlo hecho, ahora no estarían en la cocina, Pat llorando y gritándole:

—¡Eres un puto egoísta!

—¿Yo soy el egoísta? ¡Ni me has preguntado si quiero tenerlo!

Tomás se marchó dando un portazo. Cenó fuera, un sándwich debajo de casa, en el mismo bar donde comían a veces, cuando no tenían ganas de cocinar. Antes de que acabara, Pat cruzó la puerta y se sentó a su lado. Sin decirse nada, ella se acurrucó en su regazo y él la rodeó con un brazo.

Decidieron que, si era niño, se llamaría Hugo.

Tomás esperó a que dieran las nueve y entonces, resignado, la telefoneó. Pat descolgó inmediatamente.

—Tomás —dijo ella.

—Pat, escucha. Te voy a decir una cosa, pero...

—¿Qué pasa? —interrumpió la mujer. Conocía ese tono de voz y sabía que no presagiaba nada bueno.

—Estamos buscando a Hugo.

La frase no fue improvisada. Tomás llevaba tiempo barruntando la mejor manera de plantearlo. La menos alarmante. Se decidió por aquella, «Estamos buscando a Hugo», frente a la mucho más perturbadora «Hugo se ha perdido».

Tomás llevaba una hora sentado en un taburete de la cafetería del hotel. La policía le había dicho que esperase allí, que estuviese tranquilo, que lo dejase en sus manos. No era la primera vez que un niño se perdía, pasaba todos los veranos, lo encontrarían.

Lo acompañaba Tess, quien, sentada en una mesa, miraba su móvil fingiendo no prestar atención a la conversación telefónica. Donna había subido a su habitación a petición de su madre. «Es mejor que te vayas», le dijo, y la chica estuvo de acuerdo.

—¿Qué? —preguntó Pat al otro lado—. ¿Qué has dicho?

—Escucha, no te pongas nerviosa.

—¿Cómo que estáis buscando a Hugo?

Tomás cerró los ojos y continuó hablando literalmente a ciegas.

—Se ha escapado.

—¿Qué?

—Estábamos en la calle, se le ha caído la cámara y ha echado a correr.

—¿Cuándo? ¿Hace cuánto?

—Hace... —abrió los ojos y miró el reloj de la pared, aunque no lo necesitaba. Sabía perfectamente cuánto tiempo había pasado—. Dos horas.

Casi tres. La policía lo está buscando.

—Dios. Dios, Tomás. Voy para allá, ¿dónde estáis?

—No, ¿qué dices? No vengas, no hace falta que vengas. —Se puso en pie y empezó a caminar en círculos por la desierta cafetería. Tess lo miró ya sin disimulo—. Te digo que la policía está buscándolo, ¿para qué vas a venir?

—Pero ¿cómo...? ¿Qué ha pasado? ¿Qué has hecho?

—¡No he hecho nada! —se defendió Tomás a gritos—. ¡Joder, Pat! Se le cayó la cámara y... salió corriendo sin más.

Tomás oyó cómo Pat se apartaba el auricular y decía:

—Ha perdido a Hugo.

—¿Pat? —preguntó él.

—Espera —respondió ella, y Tomás advirtió cómo cubría el micrófono del móvil con una mano. Él siguió paseando su ansiedad entre las mesas hasta que ya no pudo más—: ¿Pat? ¡Pat, mierda, ponte al teléfono!

Escuchó un ruido y esta vez fue Darío quien le habló.

—Tomás, ¿qué ha pasado, hombre? ¿Qué es eso de que has perdido a Hugo?

—No lo he perdido, se ha escapado.

—Pero ¿qué le has hecho? Me ha dicho Pat...

—¿Qué cojones quieres decir? —interrumpió—. ¿Cómo que qué le he hecho? ¡No he hecho nada!

—Algo le habrás hecho —acusó Darío con sosiego—. Hugo nunca se ha escapado.

Tomás llenó de aire sus pulmones y esperó varios segundos antes de decir:

—Oye, mira, vete a tomar por culo.

—Tomás...

—Ponme con mi mujer.

—Tomás, escúchame.

—¡Que me pases a mi mujer!

La recepcionista, una chica de veintipocos años, se asomó a la cafetería con semblante alterado. Tess se levantó rápidamente de la silla y fue hasta ella. La tomó con firmeza de un brazo y, aunque la muchacha trató de resistirse, logró conducirla de nuevo al vestíbulo, dejando solo a Tomás.

—Dime dónde estás —insistió Darío. Ya no sonaba tan sosegado.

—¿Para qué? ¿Vas a venir aquí a ejercer de padre?

—Tomás, entiendo que estés alterado, pero, si me permites un consejo...

Fue la gota que colmó el vaso. Tomás soltó un grito de rabia, el mismo que llevaba aplazando tres años, y lanzó el teléfono contra el suelo. Este se descompuso en varios pedazos que se esparcieron entre las patas de las sillas. El estrépito fue mayúsculo y Tess no pudo retener más a la recepcionista, que regresó a la cafetería haciendo aspavientos con los brazos en alto.

—Señor —dijo—, por favor. —Estaba visiblemente superada por las circunstancias—. Tenemos más clientes, no puede...

Tomás se volvió hacia ella y, al hacerlo, vio a Hugo a su espalda. Acababa de entrar en el hotel y atravesaba la recepción a paso rápido, con la cabeza gacha, evitando establecer contacto visual con su padre.

—¡Eh! —Tomás le señaló con el dedo índice, pero el niño echó a correr escaleras arriba—. ¡Oye! —gritó Tomás de nuevo, justo cuando dos policías cruzaban la puerta. Eran los mismos con quienes había hablado horas antes. Los mismos que le prometieron encontrar a su hijo.

—Estaba escondido en un callejón —le dijo uno de ellos—. Nos ha llamado una vecina que lo vio por la ventana.

—Gracias —dijo Tomás—. Muchas gracias.

—Está muy enfadado —comentó el otro policía sonriendo—. Nos ha contado algo de una cámara.

Tomás asintió y se lo agradeció nuevamente. No sabía qué más decir, estaba avergonzado. «Para eso estamos», dijo el primer agente, y ambos se marcharon.

Tomás miró a Tess.

—Lo voy a matar —dijo él.

—Te propongo otra cosa. Dame la tarjeta de tu habitación. Deja que hable con él. Tú coge mi celular y telefonea a tu mujer. Estará nerviosa.

Tomás miró el móvil que Tess le ofrecía y suspiró. Ojalá Pat *solo* estuviese nerviosa.



Lo que a grandes rasgos le dijo Pat fue que era un puto desastre, que nunca más le dejaría ir de viaje con *su* hijo y que ya hablarían a su regreso. También lo amenazó, otra vez, con aparecer allí y llevarse a Hugo. «Lo digo muy en serio».

Lo que a grandes rasgos alegó Tomás fue que los niños son imprevisibles. Que no tenía la menor idea de por qué Hugo había reaccionado de aquella manera. También sugirió, de forma más o menos velada, que Darío lo estaba poniendo en su contra. Eso enervó a Pat, que se despidió de él mandándolo a la mierda.

Tomás recogió los pedazos de su móvil y lo recompuso sobre una mesa. La pantalla se había astillado, pero aún funcionaba. Luego, fue al vestíbulo con el propósito de disculparse ante la recepcionista. La chica, todavía acalorada, lanzó una discreta mirada a los nudillos descarnados de Tomás y optó por mantener una prudente distancia física.

Él le explicó en voz baja, sosegada, que había tenido un día de lo más penoso. Su hijo se había fugado y eso puede con los nervios de cualquiera. Por norma general, dijo, y sonrió forzosamente, era un tipo de lo más tranquilo. Andaba Tomás desarrollando estas justificaciones (que, a juzgar por la expresión de la chica, no estaban ejerciendo efecto alguno) cuando Tess apareció por las escaleras.

—Vamos fuera —le dijo ella, y Tomás accedió para alivio de la recepcionista.

Nada más salir a la calle, él tomó una bocanada de aire caliente y se revolvió el pelo con ambas manos. Necesitaba una ducha y dormir y comer algo y volver a casa.

—¿Cómo está? —preguntó.

—Lo dejé en la cama. Está bien. ¿Damos un paseo?

Prefirió no alejarse. La posibilidad de que Hugo se fugase de nuevo era remota, pero ¿por qué arriesgarse? Si lo que ese niño quería era un carcelero, eso era exactamente lo que tendría de ahora en adelante.

Frente al hotel, allí mismo, había una plaza arbolada con media docena de bancos y una cruz de piedra iluminada por la luz anaranjada de las farolas.

—Mejor sentémonos ahí —dijo Tomás señalando el asiento más próximo.

Se acomodaron el uno junto al otro. Tomás apoyó los codos en las rodillas y miró al suelo de tierra. La calma era absoluta, como si el pueblo entero se hubiese conjurado para respetar su intimidad.

—Esto está siendo un desastre —se lamentó Tomás.

—¿El qué?

—El viaje, todo. Ayer le pegué a un tío y ahora... esto. Lo siento mucho, de verdad. Hugo nunca había hecho nada parecido. En la vida se había escapado, no sé qué le ha dado.

—Está enfadado. Tienes que darle tiempo.

—Pero ¿por qué? ¿Qué ha pasado? ¿He hecho algo, es culpa mía? —Miró fugazmente la luna, casi llena sobre sus cabezas—. Te juro que no lo entiendo.

—Fue por Donna.

Tomás se volvió hacia Tess.

—¿Qué?

—Hugo está colado por Donna. Y tú le gritaste delante de ella.

Tomás parpadeó dos veces. Aquello tenía sentido, desde luego.

—¿Te lo ha dicho él?

—Más o menos. No con esas palabras.

—¿Y por qué no me lo ha dicho a mí?

—Te lo dirá cuando esté preparado. —Tess permaneció en silencio unos segundos y luego preguntó—: ¿Te puedo decir una cosa?

—Claro.

—Creo que Hugo te está... estudiando.

Tomás dio un respingo.

—¿Cómo es eso?

—No sé. Es solo una impresión. Os conozco hace unos días, y no quiero... entrometerme. ¿Se dice así?

—Explícamelo —reiteró Tomás sin responder a su pregunta—. Por favor.

Tess meditó un momento con la mirada perdida. Desde allí se divisaba una de las puertas que, horadando la muralla, comunicaba la ciudad vieja con su prolongación moderna.

—Tengo la sensación de que Hugo no te conoce. De que intenta descubrirte ahora.

Tomás negó con la cabeza.

—Hugo me conoce perfectamente.

No era cierto, o no del todo, y Tess se percató de ello. La clave se la dio una leve, casi inapreciable duda en mitad de la frase. «Hugo me conoce», dijo, y se detuvo, miró al vacío, y en voz más baja concluyó: «Perfectamente».

En esa pausa soterrada y apenas perceptible, Tomás se vio asaltado por un recuerdo, el de aquellos primeros días tras el divorcio en que su hijo y él se veían a diario. Resultaba agotador debido a los horarios de Tomás, pero Pat y él se empeñaron en forzar aquellas rutinas artificiales «por el bien del niño». No duraron mucho. Con el tiempo, sus encuentros se fueron espaciando, cada dos días, cada tres. Tomás se convenció de que era algo inevitable, ley de vida, así son las cosas. Más tarde, cuando Darío se mudó con ellos, Tomás redujo aún más sus visitas: una vez por semana, dos como mucho. Ahora se veían cada quince días.

—No lo he dicho para herirte —dijo Tess en respuesta a su expresión inerte.

—No —respondió él, y le dedicó una sonrisa triste—. Ya lo sé. Te agradezco que me lo hayas dicho.

—Hugo está en una edad complicada.

Tomás se apoyó en el respaldo del banco.

—¿Y quién no? —preguntó.

—Sí —ratificó Tess apoyándose también—. Quién no.

Donna dormía en la cama y Tess, ya en pijama, se sentó frente al escritorio. Era pequeño y tenía el tablero rallado, pero cumplía su función. Abrió el cuaderno rojo y hojeó lo que había escrito días antes. La última frase decía:

*Mis abuelos se amaron durante 76 años.*

Se encorvó para abrir la nevera que quedaba junto a sus piernas. Había agua, refrescos y varias botellas de alcohol, todas diminutas. Cogió una de ron blanco, quitó el tapón de rosca y dio un trago corto, lo justo para mojar los labios. Luego tomó el bolígrafo y empezó a escribir.

*A decir verdad, no sé gran cosa sobre la historia de mis abuelos y, tristemente, ya es demasiado tarde para descubrirla.*

*Desconozco, por ejemplo, cómo fue aquel viaje de España a La Habana. ¿Cuánto duró? ¿Dónde dormían? ¿Tenían su propio camarote o lo compartían con más gente? ¿Conocieron a alguien en el barco, trabaron amistades? ¿Hubo algún incidente, atravesaron tormentas, temieron naufragar y no alcanzar jamás el nuevo mundo?*

*Diré lo que sé —o creo saber.*

*Sé que partieron de una gran ciudad portuaria, al sur del país. Mi abuela recordaba un horizonte abarrotado y agobiante, miles de personas apiñadas junto al mar, a la espera del embarque, acarreando cajas, maletas y fardos que portaban su vida entera. Mis abuelos viajaban con sus escasas pertenencias, cuatro bultos repletos de ropa y unos pocos documentos.*

*Los sublevados se alzarían tan solo unas semanas después. Se marcharon justo a tiempo, decían ellos. Un poco más tarde habría sido mucho más difícil, tal vez imposible.*

*Mi abuelo nunca quiso hablar de la guerra. Creo que se avergonzaba por haber abandonado su país en una situación semejante. Temía ser juzgado, acusado de pusilánime, un cobarde que dejó atrás su patria cuando esta más lo necesitaba. En cierta ocasión, mi padre le preguntó en qué bando habría luchado. Aquella pregunta le ofendió profundamente y mi padre tuvo que disculparse.*

*Cuando embarcaron, mi abuelo tenía veinte años y mi abuela diecinueve. Ambos sabían leer y escribir, sumar, restar y multiplicar. Se lo debían al cura del pueblo, de quien, años después, seguían hablando con cariño: el padre Agustín. Un buen hombre. Él los educó y los casó. Mi abuela lloraba al recordarlo. Qué sería de él, se preguntaba. Qué habría sido de padre y de madre y de nombres que a mí no me decían nada. Charito. Emilio. Consuelo.*

*Fue el padre Agustín quien advirtió a mi abuelo de la inminencia de un alzamiento y quien le animó a marcharse, a formar una familia lejos de allí. «Ya volveréis cuando todo se calme». Fue él quien les habló de La Habana, eso me contó mi abuela. «Puedo arreglarlo si queréis», les prometió. Y, aunque dudaron largamente, acabaron aceptando.*

*El padre Agustín consiguió los pasajes y, junto a ellos, le entregó un sobre a mi abuelo, que se emocionaba al recordar una vida después. Le dijo: «Toma esta carta y muéstrala cuando llegues». Había anotado unas señas, las de una capilla, y también un nombre. «Es un cura gallego —le dijo—, compañero mío en el seminario». Él los estaría esperando a su llegada.*

*Y mis abuelos, que nunca habían salido del pueblo, abandonaron su país y cruzaron el océano, un largo viaje hoy, una colosal travesía entonces. Cuando por fin atracaron en La Habana, España estaba ya sumida en el caos.*

*No recuerdo el nombre de aquel cura gallego, no sé si alguna vez me lo dijeron ni si ellos mismos se acordaban. Sé que los proveyó de un lugar donde dormir, un piso minúsculo que compartieron con tres familias más —españolas tal vez, no estoy segura—. También les buscó trabajo: zapatero él, limpiadora ella.*

*Mi abuelo nunca había ejercido de zapatero —era pastor—, pero aprendió rápido el oficio. Empezó como aprendiz y cuatro años después abrió su propio negocio en una callejuela de La Habana Vieja: Calzados Cubil. Por tres días no coincidió la apertura con el nacimiento de mi madre, Rosa, la única cubana de mi familia.*

*Mis abuelos se informaban de la guerra a través de Radio COCO, la principal emisora del país. Muchos cubanos se habían marchado a España para combatir del lado republicano, de modo que el avance del conflicto era seguido muy de cerca. Así supieron, al poco de llegar a La Habana, que la aviación había arrasado un pueblito vasco llamado Guernica. Así se enteraron de la caída de Madrid y de la caída de Barcelona. Las exiguas fotografías que publicaba la prensa cubana mostraban un país devastado, apenas reconocible, y cada nueva crónica aplazaba su perspectiva de regreso.*

*Con todo, me dijo mi abuela, «la peor noticia era el silencio». Se refería a las cartas sin respuesta que enviaban a su pueblo, a sus familiares y al padre Agustín. En ellas exponían sus progresos, detallaban sus nuevas rutinas y quehaceres, hablaban de la buena gente cubana que habían conocido y también de la mala, de quienes les ayudaban y de los pocos que mantenían las distancias, recelosos de aquellos españoles que, lejos de su país, apartaban la mirada cuando alguien mencionaba Seseña o Belchite o el Ebro. Cartas que invariablemente terminaban con una pregunta, «¿cómo estáis?», y una súplica, «responde pronto». Amagos de conversación que enmudecían para siempre en cuanto eran depositadas en el buzón.*

*Pero todas las guerras terminan tarde o temprano y también aquella lo hizo. Mis abuelos decidieron entonces permanecer en Cuba un tiempo más. Unos años. Hasta que las aguas*

*volviesen a su cauce, hasta que España sanase sus heridas. Hasta que todo volviese a ser como era antes.*

*Mis abuelos no volvieron a saber de su familia ni del padre Agustín. Tampoco de aquella España que un día de 1936 dejaron atrás con la esperanza de regresar algún día.*

Tess consultó el reloj de su muñeca. Era la una y diez de la madrugada y hacía rato que se había terminado la segunda y última botellita de ron. Bostezó, cerró el cuaderno y se volvió hacia Donna. Tenía medio cuerpo enmarañado con la sábana y las piernas al aire.

Tess se puso en pie y se acercó a la cama. Lo hizo con sumo cuidado; aun así, la chica ronroneó y preguntó:

—¿Qué hora es?

—Duerme —respondió su madre.

Luego, también ella se metió en la cama.

Tess había heredado el carácter supersticioso de su madre. Aunque tardó en descubrirlo. De joven, comulgaba con la más implacable racionalidad, lo cual constituía toda una proeza en aquella casa. Cada vez que tenía un examen, su madre encendía una vela en el salón, a veces verde, generalmente azul, y allí la dejaba hasta que se consumía por completo. Tess (que ya siempre asociaría aquellos periodos de exámenes con el olor de la cera caliente) insistía en que era un hábito del todo infructuoso. «No voy a aprobar por esto», argumentaba, a lo que su madre impugnaba: «Mal no te va a hacer».

Tess luchó durante años contra aquellas prácticas supersticiosas, pero era una batalla inútil. «Dan energía», decía su madre mientras colocaba por los armarios piedras de colores a cinco dólares la unidad, «y ahuyentan a los espíritus».

Cuando falleció, Tess guardó todo aquello (las velas, las piedras, las medallas, los atrapasueños) en una caja que apiló con otras en el sótano de su propia casa. En una de las solapas de cartón escribió la palabra *AMULETS*, y allí permanecía desde entonces, a pesar de las recurrentes quejas de Jack.

—¿Por qué sigues guardando esta porquería? —preguntaba cada vez que se asomaba al sótano por algún motivo.

A Tess le avergonzaba confesar la verdad: que, muy dentro de ella, le incomodaba desprenderse de la caja («una cosa es no creer en fuerzas desconocidas y otra muy distinta desafiarlas», solía decir su madre), así que se limitaba a responder:

—Me recuerdan a mi madre.

Y Jack se callaba.

Fue un proceso lento. Pasó del racionalismo a la duda, y de ahí a una prudente creencia. En los últimos años, sin embargo, esa deriva se había acelerado y podría decirse que Tess era ya una persona decididamente espiritual. Había empezado a santiguarse, a desconfiar de la simple lógica, a

ver señales donde poco antes solo habría visto casualidades. Le había dado muchas oportunidades a la razón, pero, una y otra vez, esta se había mostrado miope, burda, decepcionante.

Le costaba aceptar que los azares de la vida careciesen de un significado. Consideraba que el escepticismo en el que tan orgullosamente había militado no era sino un síntoma más de la prepotencia juvenil. ¿Cómo saber a ciencia cierta que no había una voluntad superior, un sentido, un plan trascendente, una fuerza desconocida? No podía saberse. No había forma humana de saber tal cosa. El ubicarse a un lado u otro de lo incognoscible era, por tanto, una decisión personal que solo podía ser guiada por el instinto. Y su instinto la arrastraba ahora hacia la mística.

Tess y Jack se conocieron en Nueva Orleans fruto del puro azar. Pero ¿lo fue realmente? Durante años, Tess estimó que aquel improbable encuentro con quien acabaría siendo su marido constituyó un guiño del destino. Que se conocieron *porque debían conocerse*. Luego, cuando la relación empezó a deteriorarse, se le ocurrió que tal vez el destino había intentado decirle otra cosa. Que ella lo había malinterpretado y de ahí venían todos sus problemas.

El día después de la fuga de Hugo fue el último que pasaron en Ciudad Rodrigo. El niño estaba de un humor de perros. Su padre, también. Por la mañana, mientras llenaban sus tazas de café en el bufé del hotel, Tess preguntó a Tomás:

—¿Hablaste con él?

—Lo he intentado —respondió Tomás, y miró a su hijo de reojo. Estaba sentado a la mesa jugando a un videojuego de carreras en el móvil.

Desayunaron los cuatro juntos. O, más precisamente, lo hicieron en la misma mesa, dado que apenas cruzaron un par de frases. Después, Tomás se las apañó para tener un aparte con Tess:

—Si no te importa, voy a pasar el día con Hugo, a solas. A ver si consigo arreglarlo de alguna manera.

Esa mañana Tess descubrió que Ciudad Rodrigo era una estupenda visita para un día, no tanto para dos. Repitieron el paseo del día anterior con leves variaciones, y esta vez Tess prestó menos atención a lo monumental, la muralla, las esculturas y la piedra, y más al resto: las tiendas, los bares, las personas. Se detuvo en lo que para ella resultaba más exótico: las tiendas de jamones, las esquelas en las paredes, las lombardas en la plaza. Era, en



definitiva, un día tranquilo y apacible hasta que, de la forma más inesperada, se convirtió en todo lo contrario.

Ocurrió a las dos de la tarde, mientras regresaban al hotel para resguardarse del calor. Madre e hija iban charlando sobre una plaza de toros abandonada y parcialmente devorada por la vegetación que habían divisado a lo lejos cuando, al doblar una esquina, Tess lo vio. Al principio no creyó lo que veía. No podía ser. Era sencilla y llanamente imposible. Estaba en una calle peatonal, sentado en la terraza de una cafetería. El hombre de cuya casa había huido un año antes en Miami. El mismo que la había agredido y humillado, el que intentó destruirla y casi lo consigue.

A las dos de la tarde, en un pequeño pueblo de España, Tess se encontró con Ismael.

Le acompañaban tres tipos de aspecto rudo, gentes de campo en su vertiente más basta y vocinglera. En torno a ellos, de pie, dos operadores de cámara, dos técnicos de sonido pertrechados con pértigas y una mujer que, abrazada a una carpeta, no perdía detalle de la conversación. Decenas de curiosos contemplaban la escena en la distancia, susurraban a veces, a veces se reían. Cuando eso ocurría, la mujer de la carpeta les hacía un gesto, un dedo en los labios, «silencio».

—Mamá —dijo Donna—. ¿Ese no es...?

No acabó la frase. No pudo hacerlo porque su madre se detuvo en seco y tiró de ella en dirección contraria. Lo hizo sin pensar, presa del pánico, puro instinto de supervivencia. Llegó a decir:

—*Go* —pero ya era demasiado tarde.

Ismael la había visto y, al igual que Tess, tampoco él daba crédito a sus ojos. ¿Cómo hacerlo? La miró a través de sus gafas ahumadas, luego se las retiró y siguió mirándola hasta que ya no tuvo ninguna duda.

—No me lo puedo creer —farfulló, y se puso en pie. Los dos cámaras, desconcertados, siguieron el trazado de la mirada. También la mujer de la carpeta y todos los demás.

Tess tiró nuevamente de su hija. Tenía que largarse de allí, tenía que huir, salir corriendo.

—¡Tess! —gritó Ismael desplegando los brazos a ambos lados como un Cristo Redentor.

Ella se quedó petrificada, incapaz de reaccionar. Su cuerpo ya no era suyo. El terror se lo había arrebatado.

—*Mom?* —preguntó Donna, pero Tess no la miró. No podía.

—Cortad —dijo la mujer de la carpeta, y los dos cámaras obedecieron. Para entonces Ismael avanzaba con grandes zancadas hacia las mujeres.

—¡Es increíble! —gritó—. ¿Qué haces aquí?

Tess seguía paralizada cuando él se detuvo frente a ella, se estremeció cuando apoyó una mano en su hombro izquierdo y cerró los ojos cuando le plantó dos besos en las mejillas. Aunque le costó una vida entera, logró decir:

—Ismael.

Él se giró hacia Donna, que le miraba sonriente, y dijo:

—Tú eres... ¿Cómo era? ¿Jenna?

—Donna —respondió ella extasiada por el hecho de que aquel cantante tan famoso y atractivo *casi* supiese su nombre.

—Pero ¿qué hacéis aquí? —preguntó de nuevo. Y, de nuevo, dijo—: No me lo puedo creer.

Tess tampoco, pero, a diferencia de Ismael, ella no mostraba el menor indicio de alegría. Recordaba perfectamente las últimas palabras que él le había dirigido en Miami, ahí permanecían, grabadas en su memoria. «Eres una calentapollas —le había dicho—. ¿Sabes lo que significa o te lo digo en inglés?».

Y ahora la había tocado. La había besado y había mirado a su hija. ¿Quién coño se creía que era? ¿Su amigo?

—Yo... —dijo Tess—. Nosotras...

—*We are on vacation* —soltó Donna ante el colapso de su madre.

Ismael preguntó hasta cuándo pensaban quedarse y esta vez Tess respondió al instante solo para evitar que lo hiciese su hija.

—Nos vamos mañana.

—Qué pena —se lamentó Ismael. Señaló a su espalda, a la mesa donde ya nadie les prestaba atención—. Yo estoy grabando un programa de televisión. Nací aquí al lado, ¿lo sabías, te lo dije? Esos tres de ahí son amigos de la infancia. Fuimos juntos al colegio. Hacía un montón de años que no los veía. —Miró a Donna, que lo admiraba con una sonrisa estúpida, los labios separados, las cejas en alto—. ¿Por qué no esperáis un rato? No nos queda mucho, media hora o menos. Luego podemos tomar algo.

Donna se volvió hacia su madre con los ojos muy abiertos, iluminados por la emoción. Era un ruego, era una súplica: «¡Sí, por favor!».

—No —respondió Tess con rotundidad—. Tenemos que irnos. —Y añadió—: Estamos acompañadas.

—¡Oh! —exclamó Ismael. Mantenía la sonrisa, aunque algo cambió en ella. Se volvió más tensa, menos natural—. Has venido con tu marido, supongo.

Ella negó con la cabeza.

—Con un amigo.

Ismael bajó la mirada hasta la mano derecha de Tess. Buscó la alianza y la encontró. Tess se percató del gesto (cómo no percatarse, lo hizo sin ningún disimulo) y soltó un bufido más o menos involuntario.

—*Let's go* —le dijo entonces a su hija.

Donna estaba confundida. No entendía la urgencia de su madre que, de pronto, la tomó de un brazo y tiró de ella sin contemplaciones, como si fuese una niña pequeña.

Cuando se habían alejado varios pasos, Ismael gritó:

—¡Me ha gustado verte!

Y Tess, que no creía en las casualidades, se pasó el resto de la tarde preguntándose qué demonios podía significar aquello.

Tess estaba convencida de que su hija sospechaba algo. La culpa, en parte, era suya. No había sido capaz de reaccionar con naturalidad, delatándose sin quererlo. Tampoco ayudó aquel vistazo descarado a la alianza. Cabrón irrespetuoso. Ahora Donna estaría pensando que su madre había tenido o tenía todavía un *affaire* con ese famoso cantante. ¿Cómo no iba a pensarlo?

Tras el encuentro, de camino al hotel, la chica le hizo una sola pregunta:  
—¿A qué ha venido eso?

Tess no respondió. Ni la miró siquiera, lo que sin duda sirvió para acrecentar sus sospechas. Pero ¿qué podía decirle? ¿Que Ismael intentó violarla, que casi lo hace? ¿Que ella se pasó dos meses tonteando con él, que a punto estuvo de traicionar a su marido, «a tu padre, cariño», por un buen rato con aquel malnacido?

A eso de las nueve cenaron los cuatro en el restaurante del hotel. Al igual que en el desayuno, nadie habló demasiado. Ni Tess ni Donna mencionaron a Ismael. Tess no preguntó a Tomás cómo evolucionaban sus problemas con su hijo. No hizo falta; padre e hijo no cruzaron una sola palabra en toda la velada. Tampoco Tomás preguntó por qué Tess y su hija apenas se miraban. Asumió que no era asunto suyo y lo dejó estar.

Tan incómodos estaban todos que apuraron la cena en poco más de veinte minutos. Luego, Tomás y Hugo se marcharon a su habitación.

—Quiero chatear un rato con Kate —expuso Donna acto seguido, y también ella se fue.

De modo que, a las diez menos cuarto de la noche, Tess se descubrió completamente sola en la terraza de un hotel a cuatro mil millas de su casa.

Una docena de turistas cenaban a su alrededor, parejas y familias con niños pequeños. Parecían felices y egoístamente eso la hundió un poco más. También ella fue así. También ella tuvo eso, una vez, hacía mucho.

¿Se lo contaría Donna a su amiga? ¿Se lo estaría contando ahora mismo mientras subía por las escaleras? «No te lo vas a creer. Creo que la loca de mi madre se ha follado a Ismael, ese cantante español». Quiso apartar aquella idea de su mente y sacó el móvil del bolso. Tenía un mensaje. «Ismael», decía la pantalla. El corazón se le aceleró súbitamente. Tess miró aquel nombre largo rato antes de decidirse a abrirlo.

«Tienes tiempo para tomar algo antes de irte?».

Lo leyó dos veces. Tres. Cuatro. Luego, guardó el teléfono preguntándose por qué el destino le hacía aquello, qué quería decir, cuál era el significado.

—¿Desea algo más? —le preguntó un camarero mientras recogía los restos de la cena.

—No —respondió ella. Pero lo pensó mejor y dijo—: ¿Preparan daiquiris?

Se tomó tres, y con cada uno de ellos la situación fue cobrando mayor sentido. Con el primero pensó que, en el fondo, había algo divertido en aquel trance tan improbable. Una cierta ironía, digámoslo así, cósmica. O kármica. Su madre usaba mucho esa palabra. Cuando su Dios cristiano no le bastaba, echaba mano del karma. «Las cosas tienden al equilibrio —decía—. Por cada yin hay un yang». Tess nunca tuvo muy claro qué significaba aquello, y siempre sospechó que su madre tampoco.

Con el segundo daiquiri, que pidió con más ron y menos zumo que el anterior, llegó a la conclusión de que el karma (o el cosmos, o el destino) trataba de empujarla a actuar. Debía hacer algo, eso estaba claro. La cuestión era qué.

Con el tercer daiquiri sacó el móvil y respondió a Ismael.

«Donde estas?».

La citó en un bar de la plaza Buen Alcalde. Quedaba a solo cinco minutos, pero Tess tardó el doble. Estaba borracha y se perdió dos veces a pesar de que las indicaciones del camarero habían sido sumamente precisas. Le dijo «no tiene pérdida», pero sí la tenía. Vaya si la tenía.

Acabó tirando de Google Maps y, durante el trayecto, Ismael le escribió varios mensajes más. Que el dueño del bar era un viejo amigo. Que nadie los molestaría allí. Que podían quedarse cuanto quisieran, hablar tranquilamente. El muy imbécil no se esperaba lo que se le venía encima, y eso le daba a Tess una cierta ventaja táctica.

Eran las once y cinco cuando entró en aquel tugurio. Había seis personas, poca luz, y la música, rock español, sonaba a todo volumen. Ismael, apoyado al fondo de la barra, charlaba animadamente con un camarero que le reía las gracias con un trapo mugriento sobre el hombro. Tess reconoció en él a uno de los tipos que lo acompañaban en la grabación de la tarde.

—¡Tess! —vociferó Ismael sobre la música. También él estaba borracho. Más que ella.

El camarero se volvió hacia Tess y recorrió su cuerpo con la mirada, puntuándolo quizás, desnudándolo sin duda. Ismael se levantó del taburete con movimientos lentos y torpes.

—¡Ven aquí! —gritó.

A duras penas logró Tess contener la repugnancia que poco a poco la iba invadiendo. Al llegar a su altura, él apoyó su mano izquierda en la cadera de ella y le plantó un beso húmedo en la mejilla. Le asqueaba su tacto, su aliento en el rostro y en el cuello.

—Todavía no me creo que estés aquí —dijo él, y se dejó caer de nuevo en el taburete—. Qué pequeño es el mundo, ¿eh? En Miami no nos hemos vuelto a ver y... Ya ves.

—¿Para qué querías verme?

Lo preguntó en un tono cortante. Él la contempló con la mirada líquida y borrosa por el alcohol. Luego, levantó las dos manos en señal de rendición.

—Calma, ¿vale? Te he escrito para hacer las paces. —Tess no dijo nada e Ismael trató de desplegar su sonrisa insolente (esa que declaraba al mundo que nada importa gran cosa), pero el resultado fue una mala réplica de aquella—. Has tenido que beber para venir. Bueno. Yo también he tenido que beber para escribirte. ¡Piti! —gritó de pronto en dirección al camarero, que se había desplazado hasta el extremo opuesto de la barra—. Pon dos cervezas por aquí.

—No me apetece —se apresuró a decir Tess.

—Hazme compañía, anda.

El camarero extrajo dos jarras heladas de una cámara frigorífica y fue con ellas hasta el grifo de cerveza. Ismael sacó un paquete de tabaco del bolsillo trasero del pantalón. Los cigarros estaban aplastados y torcidos. Enderezó uno con dos dedos, se lo colocó en los labios y lo encendió.

—Piti me deja fumar aquí. —El camarero depositó las cervezas a su lado y guiñó un ojo a Ismael—. Grande, Piti.

—¿Para qué querías verme? —volvió a preguntar Tess en idéntico tono que antes. Igual de gélido. Igual de hostil.

Ismael dio una calada y expulsó el humo por la nariz. Luego, se peinó hacia atrás con una mano. Todo en él la desagradaba, hasta sus más sutiles ademanes. ¿Cómo pudo estar a punto de tirárselo? ¿Qué vio en aquel tipo?

—Ya te lo he dicho. Quería pedirte perdón por aquello nuestro. —Tan borracho estaba que le costaba fijar la mirada en los ojos de Tess. Vagaba entre sus labios y sus hombros y, de vez en cuando, también se dejaba caer por su escote y allí se entretenía un momento—. Te olvidaste los zapatos en mi casa, por cierto. Los tengo guardados todavía.

—Puedes tirarlos.

—Mira, no quiero que haya mal rollo entre nosotros. Me caes bien y eres muy buena en tu trabajo. Te he recomendado a mucha gente.

—No necesito que me recomiendes a nadie.

—Ya lo sé. Ya sé que no lo necesitas, pero, si me preguntan por una decoradora, yo hablo de ti. ¿No te lo han dicho, que te había recomendado?

—Sí. Me lo han dicho.

—¿Y por qué no me has llamado nunca?

Tess no respondió. Ismael dio un trago a su cerveza, se secó la boca con el dorso de la mano y retornó la mirada a Tess, a sus labios, a sus hombros, a sus pechos.

—¿Qué te pasa? ¿Sigues enfadada?

—¿A ti qué te parece?

Ismael asintió con una sonrisa arrogante.

—Tu español ha mejorado mucho, ¿a quién te estás tirando?

Tess le soltó una bofetada que restalló sobre la música. Todos los presentes se volvieron hacia ellos. El camarero soltó una risotada ronca y desagradable y uno de los clientes, un tipo flaco con la cabeza rapada, gritó «¡jole!».

—No me faltes al respeto —amenazó Tess con la espalda muy recta. Estaba al borde mismo de las lágrimas, pero no quería llorar. No podía permitírselo. Le temblaban las piernas y también la voz.

—Tienes razón —dijo Ismael peinándose de nuevo—. Tienes razón, perdona. Ha sido de mal gusto. Pero te voy a decir una cosa porque creo que te va a venir bien. —Hizo una pausa y la señaló con un dedo—. No estás tan buena como crees. Deberías ser más consciente de la suerte que tuviste. Y que puedes tener todavía si te portas bien.

Intentaba provocarla, pero Tess no iba a entrar en su juego. Había ido allí con un objetivo y estaba decidida a cumplirlo. Dijo:

—También yo quiero decirte una cosa. —Ismael dio otra calada y la miró con los ojos apenas abiertos. Tess temió que se cayera de la banqueta o, peor, que no recordase nada de aquello al día siguiente. Con todo, le dijo—: Si vuelves a verme otra vez, no me saludes. Da igual dónde sea, aquí o en Miami. Y no te acerques a mi hija. Nunca. No le hables. No la mires. Y ni se te ocurra ponerle una mano encima o... —Tess tomó una bocanada de aire y añadió—: O le contaré a todo el mundo que intentaste violarme.

Ismael arrugó el gesto.

—¿Que intenté violarte? —preguntó con incredulidad, y miró a su alrededor para cerciorarse de que nadie los oía—. ¿Pero qué cojones dices? Fuiste a mi casa porque quisiste, igual que has venido hoy. ¿Ese es tu rollo, calientas a los tíos y luego los amenazas? ¿Qué quieres, dinero?

—Solo quiero que me digas que lo entendiste.

Ismael arrojó el cigarrillo al suelo y lo aplastó con la punta de la zapatilla. Estaba nervioso, sus movimientos eran rápidos y agresivos.

—Zorra loca —farfulló—. Todas las americanas estáis locas, joder.

—Ismael —dijo Tess, y lo hizo con suavidad, casi con ternura—. Es muy importante que me digas que lo entendiste.

El hombre permaneció inmóvil durante varios segundos, y esta vez sí fijó su mirada en los ojos de ella.

—Lo he entendido. —Escupió las palabras con furia—. Ahora lárgate de una puta vez.

Tess se giró y fue hacia la puerta. Cuando estaba a punto de salir, oyó cómo una jarra de cristal estallaba contra la pared y cómo el camarero gritaba algo que ella no pudo entender. Luego, ya en la calle, rompió a llorar.



Por la mañana, después de levantarse, ducharse, vestirse y desayunar, Tomás se sentó al volante de su monovolumen y llegó a la conclusión de que aceptar aquel trabajo había sido una de las peores decisiones de su vida. Exageraba, por supuesto, pero aquel razonamiento revelaba el pésimo humor que arrastraba desde la noche anterior.

Vistos desde fuera, Tess, Donna, Hugo y él parecían una familia mal avenida. Todos se mostraban hoscos y apáticos. Los cuatro parecían profundamente desgraciados por estar allí donde estaban, hartos los unos de los otros.

Tess desayunó dos cafés solos y dos acetaminofenos que engulló de un solo trago. Tenía ojeras y rojeces en la piel. Donna salió de la habitación con los auriculares pegados a las orejas y así los dejó mientras comía un kiwi y bebía un vaso de leche helada. Hugo, a su lado, no levantó la cabeza de sus cereales, mareándolos con la cuchara hasta que se deshicieron por completo; decidió entonces que no tenía hambre.

A lo largo del día anterior, Tomás se había esforzado por comunicarse con su hijo. Quería que se abriese a él, estaba convencido de que podía conseguirlo, pero no pudo, a pesar de mostrarse cariñoso y comprensivo.

—Mamá está preocupada —le dijo por si eso ayudaba a romper su hermetismo—, y yo también.

El niño no respondió.

—¿Quieres volver a casa? ¿Quieres que llame a mamá para que venga a buscarte?

Silencio.

—¿Qué te sentó tan mal? No pasa nada, no voy a enfadarme, solo necesito que me lo digas para no volver a hacerlo.

No se lo dijo, ni eso ni ninguna otra cosa, y así, mudo, permaneció durante todo el trayecto de Ciudad Rodrigo a Mérida, siguiente parada de su

viaje. Fueron dos horas y media, doscientos veinte kilómetros de una tensión que a Tomás le resultó casi insufrible. Antes de ponerse en marcha, sintonizó una emisora especializada en clásicos pop de los años ochenta y noventa, pero ni siquiera eso (U2, Michael Jackson, Bon Jovi, Dire Straits) hizo el recorrido más llevadero. Al llegar a Mérida, ya no parecían una familia disfuncional, sino un grupo de personas que se odiaban intensamente entre sí y probablemente también al resto del mundo.

Tomás había reservado dos habitaciones en el parador, ubicado en un antiguo convento del siglo XVIII. Aparcaron en el patio trasero reservado para los clientes y cargaron con la mitad de las maletas.

—Luego vuelvo a por el resto —dijo Tomás, pero nadie le respondió.

«A la mierda —pensó—. No sé para qué me molesto».

Los recibió una espaciosa cámara blanca que comunicaba con un patio interior porticado. Allí, junto a la recepción, varios turistas se congregaban alrededor de un minúsculo pozo ahora reconvertido en elemento decorativo.

Se registraron en dos habitaciones contiguas. Mientras tecleaba sus datos en el ordenador, el recepcionista les preguntó:

—¿Vienen al festival?

—No —respondió Tomás automáticamente.

—¿Qué festival? —inquirió Tess.

—El de teatro —dijo el recepcionista como si fuese una obviedad. Era un tipo alto, desgarbado y servicial, con cara de recepcionista y modales de recepcionista—. Las representaciones se hacen aquí al lado, en la villa romana. —Cogió dos folletos del mostrador y se los ofreció—. Si les interesa, no duden en decírmelo. Las entradas se agotan en seguida, pero a veces ponen alguna a la venta a última hora.

Tomás se guardó el folleto en el bolsillo trasero sin mirarlo. Tess lo desplegó y contempló una de las fotografías. Mostraba un imponente teatro romano iluminado en plena noche. Jamás había visto nada parecido.

A Tess le pareció que la habitación tenía un cierto regusto eclesiástico, aunque no supo a qué atribuirlo. Quizás fuese la parquedad de aquellas paredes blancas desprovistas de todo adorno, o el suelo frío de azulejos granates, o las mesillas de madera con discretas lámparas de tulipa ocre que parecían llevar allí desde la invención de la bombilla.

Había también un balconcito con balaustrada metálica que daba al jardín trasero del parador. Tess se asomó. A sus pies, entre columnas de piedra truncadas y setos modelados en forma de arcos, una docena de huéspedes bebían y charlaban a media voz.

Tess llevaba toda la mañana pensando en Ismael. Estaba triste y desconcertada. No podía quitárselo de la cabeza. Su rostro, su voz, la idea de que una vez estuvo a punto de acostarse con él. Casi le fue infiel a su marido con aquel cabrón violento. *Casi*. Hacía tiempo que no rememoraba aquella noche (le hacía demasiado daño) y ahora, sin embargo, no conseguía escapar de ella. Recordaba con perfecta nitidez las gotas de agua en el jardín recién regado, el rumor de las olas en el canal, su lengua en el cuello, su tacto en sus pechos. Si el móvil no llega a sonar, si no llega a interrumpirlos...

—¿No sacas la ropa de la maleta? —preguntó Donna a su espalda.

—Luego —respondió ella sin girarse.

Donna. ¿En qué estaría pensando? A Tess le habría gustado mirarla a los ojos en ese mismo momento, decirle: «No me acosté con él». Así de simple. Así de directo. Pero no era capaz de hacerlo.

La posibilidad de que Donna y él coincidiesen en Miami la ponía enferma. Podían encontrarse en una de esas discotecas a las que inevitablemente la chica empezaría a ir tarde o temprano si no iba ya a escondidas, esos antros de South Beach. ¿Qué pasaría entonces? ¿Qué ocurriría si se cruzaban en un sitio así o en cualquier otro? ¿La reconocería él? ¿Se acercaría a ella a pesar de su advertencia? Se lo imaginó, visualizó la situación.

—Soy Ismael, ¿te acuerdas de mí?, nos conocimos en España.

Tess se lo había dejado claro, lo había amenazado sin ambages. Si la tocaba, si se le ocurría poner un solo dedo encima de su hija, no descansaría hasta destruirlo. Lo humillaría, arruinaría su carrera, arruinaría su vida entera. Acabaría con él cualquiera que fuese el precio para sí misma.

Tess se giró hacia la habitación y contempló a Donna. Se había vuelto a encasquetar los auriculares y, ajena a la mirada de su madre, colgaba sus vestidos moviendo los hombros y las caderas al son de la música.

Estaba a punto de convertirse en una mujer preciosa.

Sonó el móvil. Tomás miró la pantalla y le dijo a su hijo:

—Ahora vuelvo.

Estaban sentados en la plaza de España, no muy lejos del parador, a la sombra de un naranjo. Hugo se encogió de hombros sin abrir la boca.

—Sandra —dijo Tomás al teléfono apartándose de la mesa.

—¡Eh! —gritó ella al otro lado—. ¿Cómo va eso, qué pasa, por qué no me llamas?

—Iba a llamarte hoy —mintió—. Perdona, es que está siendo todo un poco... movido.

—Ay, Dios. ¿Por qué? ¿Ha pasado algo?

Tomás oyó cómo Sandra se encendía un cigarrillo al otro lado, el sonido crepitante del papel y el tabaco consumidos por el fuego.

—La verdad —dijo él— es que no sé ni por dónde empezar.

—Tengo tiempo. Estoy en el sofá esperando a que se me seque el esmalte de las uñas. Ahora me pinto las uñas de los pies, ¿qué te parece? Es algo nuevo para mí, estoy en mi etapa femenina. Será algo hormonal, no sé. Venga, cuenta, qué.

Tomás se apoyó en una pared, bajo la solana inmisericorde, y empezó a relatar el percance de Hugo con el otro niño, el tipo borracho, el puñetazo, la comisaría. Sandra lo interrumpió varias veces, le preguntó «¿qué?», exclamó «¡no!» y, en un momento dado, hasta pareció contener un ataque de risa.

—Venga ya —dijo—, ¿me estás hablando en serio?

—Sí —gimió Tomás—. Te estoy hablando en serio, sí.

—¿Has pegado a un tío delante de tu hijo?

—Sandra...

—No, perdona, pero es que... Igual necesitas relajarte un poco.

—Ya, bueno. ¿Cómo van tus uñas?

—Húmedas todavía. ¿Por qué? ¡No me digas que hay más!

Tomás le detalló la abrupta huida de su hijo y el ambiente funerario que había intoxicado el viaje desde entonces. Esta vez Sandra escuchó sin interrupciones y luego preguntó:

—Pero ¿por qué lo hizo?

—Según Tess, a Hugo le gusta Donna. Cuando le grité, sintió que lo humillaba delante de ella.

—Eso tiene sentido. ¿Lo has hablado con él?

—No —Tomás se giró hacia su hijo, enfrascado en su móvil, cuya pantalla toqueteaba neuróticamente—. No está receptivo.

—Y todo eso en una semana.

—Menos. En seis días.

—Pues sí que te está cundiendo el tiempo. ¿Y las americanas?  
—Las americanas —repitió Tomás como abriendo un nuevo capítulo del relato—. A Tess le pasa algo, pero no sé qué. Tiene cambios de humor, me cuesta seguirla. El otro día tuvo una bronca telefónica con su marido. Creo que no le gusta que haya venido aquí sin él. Y Donna, bueno, es...  
Tomás buscó la palabra apropiada, pero Sandra se le adelantó:  
—Una adolescente.  
—Exacto, sí. Y *muy* adolescente, además.  
—¡Oye, suena maravilloso todo!  
—Mucho. Tanto que no veo la hora de volver a Madrid.  
—Pues todavía te queda. —Tomás suspiró y Sandra, en respuesta, dijo —: Venga, no te agobies. Intenta redirigir la situación.  
—¿Cómo?  
—Yo qué sé. Tira de tu gracia natural.  
—No tengo gracia natural.  
—Ya, estaba siendo irónica. —Sandra dio una calada. Luego adoptó un tono enérgico, casi cantarín—. Pregúntame qué tal yo.  
—Perdona, sí. ¿Qué tal tú?  
—¡Me ha salido un curro!  
Tanto gritó que Tomás tuvo que apartarse el teléfono de la oreja.  
—¿En serio? ¿Dónde?  
—En Antena 3. Voy a estar de reportera en el programa de las mañanas.  
—¿En nacional? ¡Oye, qué bien!  
—¡Sí! —exclamó ella. Estaba exultante—. Tenemos que celebrarlo en cuanto vuelvas. ¿Cuándo vuelves? —Ella le hizo prometer que cenarían juntos tan pronto como regresase—. Nos emborrachamos y me lo cuentas todo.  
—Espero que no haya mucho más que contar —dijo Tomás.  
—Visto lo visto, me juego una copa a que sí.

#### Cuarta lección.

«Cenamos juntos?».

Eran las seis de la tarde cuando Tomás recibió el mensaje. Lo enviaba Tess. Él estaba en el jardín del parador, junto a una fuente de piedra, hojeando el periódico del día anterior. Hugo había subido a la habitación hacía una hora y allí permanecía Tomás desde entonces. Repantingado en una silla. Entregado a la lectura. Solo. A gusto.

Respondió:

«Claro! ¿A qué hora?».

Se quedó mirando la pantalla: «Tess está escribiendo...».

«En 20 en la puerta?».

Respondió con un «OK» y subió a la habitación. Solo disponían de una llave y Hugo se la había llevado, de modo que Tomás llamó con los nudillos y esperó mientras el niño se desplazaba con parsimonia hasta la puerta.

—¿Quién es? —preguntó al otro lado.

—Gandalf —respondió su padre en su enésimo intento de acercamiento cómplice. Tampoco esta vez funcionó.

Hugo abrió a puerta y, sin pronunciar una sola palabra, regresó a la cama y a su móvil.

—Oye —le dijo Tomás, pero el niño lo ignoró—. Eh. Te estoy hablando. —Le daba igual—. Mírame cuando te hablo.

—Te estoy mirando —replicó Hugo con insolencia levantando la vista de la pantalla.

Tomás cerró la puerta a su espalda. Deseaba dar un portazo, pero se contuvo.

—¿Estás de mala leche? Genial. Me parece muy bien, pero te recuerdo que acepté este trabajo por ti, así que haz el favor de comportarte. Querías que fuésemos juntos de vacaciones, ¿para qué? ¿Para esto? ¿Para quedarte aquí mirando el móvil? —Hugo le aguantó la mirada en silencio—. ¿Quieres hacer el favor de decir algo?!

—No.

Aquella actitud lo sacaba de quicio. Se sentía frustrado y estúpido a partes iguales.

—Muy bien —dijo Tomás—. A la mierda, estás castigado. ¿Querías eso? Pues ya está, ya lo tienes. Dame el móvil.

—¿Qué?!

Hugo se arrodilló sobre el colchón con los ojos como platos.

—Ya me has oído —Tomás alargó una mano con la palma hacia arriba—. El móvil, venga.

El niño no se movió. Dijo:

—No.

Tomás se abalanzó hacia la cama. Su metro noventa, sus casi cien kilos de peso proyectados con furia hacia su hijo. Hugo se inclinó hacia atrás por

instinto, amilanado por aquella mole que se le venía encima, y, para cuando se dio cuenta, su padre ya le había arrebatado el teléfono.

—¡Devuélvemelo! —gritó con la respiración agitada.

—Los móviles son para los adultos. Te lo devolveré cuando empieces a comportarte como tal.

—¡Darío nunca me quita el móvil!

—¡Pues vete con Darío, joder! —Estaba harto. Caminó hasta la puerta, la abrió y señaló el pasillo—. ¡Venga, sal corriendo otra vez y lárgate con él!

El niño miró el pasillo y luego a su padre. Parecía a punto de llorar, pero no lloró. En vez de eso, se puso en pie y le gritó:

—¡Eres un puto perdedor!

Luego entró en el baño y cerró dando un portazo.

Tomás bajó al vestíbulo, donde Tess y Donna lo esperaban delante de un espejo. La chica, muy concentrada, deslizaba un pañuelo de papel por los pómulos de su madre. Le retiraba, eso le pareció a Tomás, el exceso de colorete. Tess le susurró algo en inglés y su hija le devolvió una sonrisa cómplice. Algunas cosas, por lo visto, empezaban a encarrilarse.

—¿Y Hugo? —preguntó Donna nada más verle.

—En la habitación. Castigado.

Madre e hija arquearon las cejas en idéntico gesto.

—¿No viene a cenar? —preguntó Tess.

—Luego le subiré un sándwich. Así que, si no os importa, prefiero que nos quedemos por aquí cerca. No creo que le dé por escaparse otra vez, pero nunca se sabe.

Cenaron en una plaza justo enfrente del parador. Caldereta de cordero, huevos rotos y una ensalada de ahumados. Todo estaba delicioso. Entre bocado y bocado, Tess enumeró lo que habían visitado por el día: el Museo de Arte Romano, el Templo de Diana, el Pórtico del Foro, la Alcazaba y el circo.

—¿No habéis estado en el teatro? —preguntó Tomás.

—Pasamos por delante —respondió Tess—, pero había una fila larguísima y hacía demasiado calor. Pensé que podríamos ir mañana todos juntos. Podríamos ver una obra si aún quedan entradas.

Tomás asintió con indiferencia. Le daba igual. ¿Había que ir al teatro? Bien, iría. Donna, sin embargo, no fue tan indulgente.

—¿Es obligatorio? —preguntó en inglés.

—Claro que no —dijo su madre—. Te puedes quedar en el hotel si quieres.

—Quiero —se apresuró a decir la chica.

Más tarde, cuando volvieron al parador, Tess le preguntó al recepcionista si aún era posible comprar tres entradas para el día siguiente.

—Dos —precisó Tomás.

El recepcionista chasqueó la lengua. No sería fácil, pero haría lo posible. Apuntó «2 entradas», apuntó «Sra. Greeley» (después de que Tess se lo deletreara dos veces) y también el número de su habitación. Llamaría a primera hora, les dijo, y una compañera les daría una respuesta durante el desayuno.

Así fue. A la mañana siguiente, mientras Tess untaba mermelada en una tostada, una mujer morena y bajita se acercó a ella con un papel en la mano.

—¿Señora *Greenlee*?

—Greeley —corrigió Tess.

—Ha habido suerte. Tienen dos entradas para esta noche.

—¡Qué bien! —exclamó Tess—. ¿Qué obra es?

La recepcionista consultó la nota que llevaba consigo.

—*Las troyanas* —leyó—. De un tal... Eurípides.

Tomás, que en ese momento bebía de su taza, se atragantó y parte del café acabó en sus pantalones.

—¿Estás bien? —preguntó Tess golpeándole en la espalda.

Obviamente, no lo estaba.



La representación empezaba a las diez y el teatro romano quedaba a quince minutos del parador, de modo que Tess y Tomás se citaron a las nueve en el jardín de las columnas. Una hora antes, él se percató de que no tenía ni una sola prenda digna de un evento de aquellas características.

En un principio, valoró ponerse una camiseta azul con unos vaqueros. Luego se inclinó por la camisa blanca, mucho más formal. Eso le convenció, y a punto estuvo de darlo por definitivo hasta que, diez minutos antes de salir de la habitación, lo pensó mejor y volvió a ponerse la camiseta azul marino (según consenso popular, el más elegante de los azules).

Hugo estaba en la cama, con la espalda apoyada en el cabecero de madera. Tenía el mando a distancia en una mano y, aburrido, cambiaba de canal cada pocos segundos.

Cuando Tomás se disponía a marcharse, algo vibró en su bolsillo. Era el teléfono de Hugo, Pat lo llamaba. El niño miró a su padre con el ceño fruncido. Tomás vaciló un momento, pero acabó lanzándole el móvil.

—Tu madre —dijo únicamente.

Hugo cogió el aparato al vuelo, descolgó y saludó a Pat de mala gana. Luego, miró a su padre de reojo, se levantó de la cama y salió al balcón.

Tomás consultó la hora. Ya llegaba tarde, maldita sea. En una de las mesillas había una libreta y en ella anotó:

«Volveré a medianoche. Pide algo de cena al servicio de habitaciones. Yo invito».

Releyó lo que había escrito y luego añadió una carita sonriente. Dejó la nota sobre la almohada de Hugo y, justo antes de marcharse, oyó cómo su hijo decía:

—Se va al teatro con la americana. —Y al poco—: Sí. Solos.

Nada más ver a Tess en el jardín, Tomás se arrepintió de no haber optado por la camisa blanca. Ella llevaba un vestido crema muy ceñido que acentuaba

sus pechos y sus caderas y dejaba al aire buena parte de la espalda. Tomás no pudo evitarlo:

—Dios mío —profirió, y Tess se puso colorada.

—¿Es demasiado?

—No, no —se apresuró a decir él. Y bajó la cabeza contemplando su propia indumentaria—. ¿Es demasiado poco?

Tess sonrió.

—Estás muy guapo.

Hacía una eternidad que Tomás no oía una frase semejante. Decidió que debía corresponderle de algún modo y, sin pensarlo demasiado, replicó:

—Tú estás preciosa.

También hacía una eternidad que no decía eso. Tess se lo agradeció con una sonrisa y le tomó del brazo.

—*Let the show begin.*

Mientras se alejaban, él giró la cabeza. Hugo los observaba desde el balcón con el móvil todavía en la oreja. Tomás se despidió con una mano. El niño se dio la vuelta y entró en la habitación.

Atrajeron todas las miradas. Muchos cuchicheaban a su paso, preguntándose sin duda quién sería esa mujer tan elegante que caminaba en compañía de aquel tipo en camiseta. ¿Una actriz quizás? ¿La protagonista de alguna de las obras del festival? ¿Una gran estrella latina desconocida por esos lares?

Tess no tardó en sentirse incómoda. Se había puesto aquel vestido varias veces en Miami y ni de lejos había provocado una reacción semejante. De vez en cuando se percataba de estar apretando demasiado el brazo de Tomás, producto de los nervios, y aflojaba la presión.

—¿Te puedo contar una cosa? —le preguntó él. Era, en parte, una estrategia para que se relajara.

—Claro —respondió ella.

—Es una tontería. Pero es una tontería curiosa. Resulta que esta obra, la que vamos a ver...

—*Las troyanas* —apuntó Tess.

—Sí. *Las troyanas*. Te va a parecer raro, pero el griego que la escribió, ese Eurípides... Bueno. Digamos que tuvo la culpa de mi divorcio.

Tess meneó la cabeza con perplejidad.

—¿Qué?

Tomás le contó una versión reducida y por momentos atropellada del origen de sus desdichas. Empezó con el regalo de cumpleaños, con el librero y sus dificultades, y concluyó con Darío en la cocina mientras Pat asfixiaba un grito desnuda en la puerta del baño. Tess, que conocía por Lara la esencia de aquella historia, escuchó atentamente la versión de Tomás, mucho más completa y minuciosa, y luego, sin ningún motivo en particular, estalló en una carcajada.

—¡Perdona! —exclamó ante la mirada de Tomás, que fluctuaba entre el contagio y la indignación.

—Da igual —dijo Tomás optando por resignarse—. Supongo que tiene su gracia.

—No, es... ¡Si no la tiene! De verdad que no, pero... —Tess se tapó la boca, no podía parar de reír. Sabía que no procedía, ¿cómo iba a proceder? Tomás le estaba revelando sus más secretas miserias y ella se carcajeaba—. O sea, es *terrible* —lo pronunció en inglés, *térribol*—. Seguro que lo pasaste muy mal, pero... *Shit*, lo siento.

—Tranquila.

—Lo siento —repitió, y se esforzó por recobrar la compostura sin conseguirlo del todo—. Es que me parece increíble. Es tan... no sé qué palabra usar.

—«Rocambolesco». ¿Esa la conoces?

—No. ¡Es preciosa! «Rocambolesco» —repitió Tess con la boca colmada de consonantes.

—Ese tío, Eurípides, me persigue.

—Eso tiene que significar algo, ¿no te parece? —Tomás sonrió, pero no dijo nada—. No crees en esas cosas.

—¿En qué?

—En... —Se interrumpió. No le resultaba sencillo hablar de aquello en español. Exigía términos muy precisos y no estaba segura de dominarlos—. El destino. ¿Se dice así, lo dije bien?

—Sí.

—¿No crees que las cosas tienen un significado?

Tomás permaneció en silencio un momento, contemplando a la gente que los miraba y chismorreaba a su alrededor. Luego dijo:

—No. No creo que nada tenga el menor significado.

Tess fue tajante. Aquel teatro, dijo, era lo más bonito que había visto en toda su vida. Se acababa de tomar dos copas de vino. Tomás también, pero en su caso tuvo el efecto justamente contrario. Si ya estaba meditabundo antes del alcohol, ahora lo estaba aún más.

No conseguía dejar de pensar en aquel maldito libro (papel verjurado, filigrana, cinta de registro, guardas decoradas). Habían pasado tres años, pero ahí seguía la imagen, dentro de su cabeza, con una nitidez aborrecible. En el suelo, junto al jarrón roto. *Tragedias*.

Tess dijo aquello, «es lo más bonito que he visto en mi vida», mientras atravesaban el graderío descubierto, pero lo había pensado (lo había sentido en realidad) un poco antes, al cruzar el peristilo. Nada más entrar en el teatro, contempló las enormes columnas corintias de mármol blanco, las imponentes esculturas del frente escénico, y se quedó literalmente sin habla.

En una placa instalada en un pie metálico, una cita de Horacio:

«Y en el teatro forman tal estruendo que parece que resuena el mar...».

Se sentaron en la grada de piedra y a Tess le dio por pensar que, en aquel preciso instante, su culo estaba en contacto con más de dos mil años de historia. En ese mismo asiento habrían apoyado sus posaderas personas de las más variopintas culturas en toda clase de circunstancias. Quién sabe si un rey o una reina. Quién sabe si una esclava, un guerrero, una actriz, un emperador. Las grandes civilizaciones clásicas estaban ahora mismo en contacto directo con sus nalgas, pensó Tess, y esa idea le provocó una sonrisa.

—¿Qué pasa? —preguntó Tomás.

—Nada. No sé.

Pero sí sabía. El vino. El calor. Miró a la gente que llegaba y se sentaba y charlaba animadamente, dichosos y radiantes, formando, en palabras de Horacio, un lejano rumor del mar.

Cerró los ojos y ante ella se desplegó el océano. Esta vez Tess lo sobrevoló sin miedo a ahogarse en sus aguas.

A las diez en punto se hizo el oscuro. Las voces del público fueron extinguiéndose progresivamente a medida que el escenario se teñía de escarlata en un lentísimo fundido. Por los altavoces rugió un fragor de guerra antigua que fue amplificándose poco a poco. La batalla se aproximaba a ellos

o ellos a la batalla. Aguijonazos de lanzas, restallar de espadas, gritos de furia y de pánico. Una voz femenina:

—¡No os lo llevéis! —suplicó la mujer, el rojo muy intenso ya—. ¡Es mi hijo, por favor, por lo que más queráis!

Una voz masculina, rabiosa:

—¡Vuestros hijos nos pertenecen ahora!

Llantos de mujeres, desgarrados, sin esperanza. El desaliento inconsolable de quien lo ha perdido todo.

Por un hombro entraron cuatro mujeres ataviadas con togas blancas. Por el otro, dos hombres con dagas y atuendos bélicos. Ellas, asustadas. Ellos, amenazantes. Un haz de luz reveló entonces una presencia hasta entonces invisible, la de cinco mujeres, un coro inmóvil que encaraba al público con rostros pálidos e inexpresivos. Fantasma con cuencas en vez de ojos que, al unísono, declamaron:

—¡Cuán dulcemente sonríes pensando en tus desdichas!

Tanto Tess como Tomás se dieron por aludidos.

La representación duró algo más de hora y media y en cuanto las luces se apagaron todo el graderío prorrumpió en una larga y estruendosa ovación. Muchos se pusieron en pie. También Tess lo hizo, aplaudiendo con entusiasmo a las actrices, a los actores y al director, que recibió un ramo de flores en el centro del escenario. Tomás permaneció en su asiento, mucho menos emocionado que la mayoría. Lo cierto es que no había prestado demasiada atención. La cabeza le iba y le venía divagando en torno a Hugo, en torno a Pat, en torno a su cuenta corriente. En un momento dado, se preguntó qué coño hacía allí, en Extremadura, viendo a gente con togas y espadas de plástico (en realidad eran de madera). Dioses y guerreros, ¿a quién podía importarle todo aquello?

Mientras el coro recitaba alguna abstracción arcaica y pretenciosa, Tomás sintió el impulso de levantarse de un salto y gritar:

—¡Nos vamos a la mierda! ¿Qué más da lo que les pasara a los griegos?

No lo hizo, por supuesto. A cambio, tampoco aplaudió demasiado. «Resistencia pasiva» llamaban a eso.

Era casi medianoche y no habían cenado todavía, así que, cuando vieron aquel bar abierto (uno cutre que en otras circunstancias ni siquiera habrían tenido en cuenta), entraron sin dudar. Estaba completamente vacío y en penumbra. El camarero, un viejo obeso al que parecían quedarle minutos para la jubilación, se volvió hacia ellos con una escoba en las manos y un cigarrillo sin encender entre los labios. Miró a Tess de arriba abajo, abducido por el vestido crema y las curvas que perfilaba. Tenía pinta de estar más que dispuesto a permanecer en aquel paisaje el resto de su vida, pero Tomás lo devolvió a la prosaica realidad preguntando si podían comer algo.

—Les puedo ofrecer lo que tengo en la barra —farfulló con un cerrado acento extremeño—. Un par de bocatas de jamón. Los hice por la tarde.

Les pareció bien. Los dos bocadillos y un par cervezas.

—Lo único es que van a tener que comerlos fuera —añadió el camarero, que se resistía a quitarse el cigarrillo de la boca—. Si pasa la madera y los ve aquí, me la lían. Están muy guerrilleros últimamente con el asunto de los ruidos.

Tess no entendió prácticamente nada, pero Tomás asintió y ella reprodujo el gesto.

Se sentaron en un banco frente al bar. Tess dio cuenta del bocadillo en cuestión de minutos. El pan estaba duro y el jamón prácticamente momificado, pero no le importó. Masticó muy deprisa, con la mirada perdida en la calle ya totalmente desierta. Luego, sacó el móvil del bolso y le suspiró a la pantalla.

—¿Todo bien? —preguntó Tomás con la boca llena.

Tess guardó el teléfono y dijo:

—Es Jack. Me llamó tres veces.

—Llámallo si quieres.

—No. No me apetece.

Tomás no supo qué añadir, así que dio otro mordisco al bocadillo. Tess cruzó las piernas, se estiró el vestido y se apoyó en el respaldo del banco. Seguía haciendo calor.

—¿Cómo supiste que tu matrimonio había acabado? —preguntó ella de pronto.

Tomás arqueó las cejas. No era la clase de pregunta que esperaba en aquel momento. No era la clase de pregunta que esperaba *en ningún momento*. Tragó el último trozo de pan y dijo:

—Encontrar a mi mujer follando con otro tío ayudó bastante. —Se limpió las manos con una servilleta de papel—. Aunque estaba acabado de antes. Imagino que te refieres a eso, ¿no? —Tess asintió con gravedad—. Que se acostara con otro era cuestión de tiempo, supongo. O que me acostara yo con alguien.

—¿Lo hiciste?

Tomás se quedó mirando al suelo con los ojos entrecerrados, como si las baldosas se hallasen a una gran distancia y apenas lograrse atisbarlas. Luego se puso en pie de repente y se sacudió con brío las migas del pantalón. Tess se sintió terriblemente violenta por aquel silencio y dijo:

—Perdona, no...

Pero Tomás la interrumpió con un gesto. «Espera». Echó a correr hacia el bar y se coló bajo la persiana sin pedir permiso. Tess pudo ver, a través de las ventanas, cómo negociaba con el viejo camarero y cómo poco después salía del establecimiento con dos latas de cerveza. Sonrió al entregarle una a Tess, que la aceptó, aunque, a decir verdad, no le apetecía seguir bebiendo. Tomás abrió la suya, dio un largo trago y solo entonces respondió:

—Sí. Le fui infiel a mi mujer. Y —levantó un dedo hacia el cielo remarcando mucho aquella «y»— esta es la primera vez que lo cuento.

Tess exploró el rostro de Tomás, pero no fue capaz de deducir su estado de ánimo. No fue capaz de deducir nada.

—¿Por qué lo hiciste? —preguntó ella en un susurro.

—No lo sé. Fue una idiotez. La chica ni siquiera me gustaba. No especialmente, vaya. Pat y yo estábamos en uno de esos momentos, sabes. Una de esas fases del matrimonio. Habíamos sobrevivido a los dos primeros años de Hugo de milagro, y las cosas no iban bien. Tampoco es que fueran mal. Creo que la palabra es... «desidia». ¿Sabes lo que significa?

—No.

—Es como... Que nada importa gran cosa. —Tess asintió—. Y entonces, un día, choqué con esa mujer. Literalmente. Yo conducía la furgoneta de la productora, la del trabajo, y le pegué por detrás a un coche en un semáforo. Iba despistado mirando el móvil, fue culpa mía. Bajamos, rellenamos los papeles del seguro. Ella estaba muy nerviosa porque el coche era de su padre. Era muy joven. —Dio un trago a la cerveza—. La tranquilicé, le dije que hablaría con su padre si hacía falta, que no me importaba. Nos dimos los teléfonos, y eso fue una mala idea, claro. El resto te lo puedes imaginar.

La persiana del bar rugió estrepitosamente a su espalda y los dos se giraron. El camarero se encendió por fin el cigarro, degustó una calada tranquila y se alejó sin mirarlos.

—Yo solo me acosté con un hombre en toda mi vida —confesó Tess a media voz—. También es la primera vez que se lo digo a alguien. Solo mi marido lo sabe. —Hizo una pausa que Tomás respetó en silencio—. Pero hace un año... casi me acuesto con otro.

—¿Casi?

Ella asintió.

—Me eché atrás en el último momento.

Le vino a la mente el rostro de Ismael, borracho en la barra del bar con su sonrisa de mierda y el pitillo torcido. Tess disimuló su furia dando un trago



a la cerveza. Sobre el rumor apagado del viento sonó una risa distante, abrazos, pasos, despedidas. Se preguntó si debía hablarle de su encuentro improbable. Si quería hacerlo. Tal vez eso la ayudase. Quizás así lograra sacárselo de la cabeza. Sería como un conjuro, se dijo, como un exorcismo.

—Antes mencionaste que no crees en el destino. Bien. Dime entonces cómo explicas esto. Hace dos días, cuando estábamos en Ciudad Rodrigo, el segundo día por la tarde, Donna y yo nos...

—¡Pareja!

Dos agentes de policía, un hombre y una mujer, los observaban desde un recodo de la calle, iluminados por la luz naranja y pobre de una farola luctuosa.

—Vayan pensando en recoger —dijo el varón.

—Oído —respondió Tomás—. Ahora mismo nos marchamos.

—Pero háganlo de verdad —añadió la mujer—, que luego se nos quejan los vecinos.

Tomás asintió y los policías continuaron su ronda.

—¿Recoger? —preguntó Tess.

—Que nos marchemos —aclaró Tomás poniéndose en pie—. ¿Vamos hacia el hotel? Es tarde.

Tiraron los restos de la cena en una papelera y echaron a andar despacio por la calle.

—Me estabas contando algo —observó Tomás.

Y a punto estuvo Tess de retomar la historia. De confesarle que dos días antes una fuerza misteriosa había trenzado su camino con el de un ser despreciable y violento, y que por eso arrastraba ella aquel estado de ánimo nervioso e irascible. A punto estuvo de preguntarle a Tomás cómo era posible un encuentro como aquel si no por un capricho del destino. Qué otra explicación había, cómo podía la lógica y la razón dar respuesta a un suceso semejante, un año después, con un océano de por medio. Pero, tras humedecerse los labios y mirar a la luna, que ahí seguía sobre sus cabezas, lo que dijo fue:

—Es igual. Ya te lo contaré en otro momento.

Entraron en el parador, saludaron al recepcionista y subieron a pie, en silencio, hasta la primera planta. Antes de separarse, Tess le dijo:

—Mis abuelos, los de la foto que te mostré, se conocieron de niños. Vivieron en tres países distintos, en dos continentes y en una isla. Escaparon de una guerra y de una revolución. Y nunca se separaron.

—A lo mejor... —Tomás pensó un momento—. A lo mejor esa es la clave para que una relación funcione.

—¿Cuál? —preguntó Tess.

—Compartir una tragedia.

*Mi madre se llamaba Rosa y no debió nacer en La Habana. Eso decía ella cada vez que sus orígenes salían a colación. Que fue un accidente. Que ella de cubana no tenía nada, ni la sangre, ni recuerdos apenas. Su acento, sin embargo, se empeñaba en traicionarla. Incluso al final de su vida, cuando no pronunciaba ya ni una sola palabra en español, su deje hispano seguía siendo del todo reconocible.*

*Muchas veces le preguntaba por qué se negaba a hablar en aquella lengua tan rica y hermosa, el idioma de su infancia. Ella siempre me respondía con evasivas, salvo una vez, hará cinco años, que me dijo:*

*—No le debo nada al español.*

*Quería decir, supongo, que no le debía nada a Cuba.*

*Mis abuelos conservaron durante décadas la esperanza de volver a España. Aguardaban, eso creo, el final de la dictadura. Soñaban con un regreso discreto y en paz, el largamente anhelado retorno de los exiliados. Fantasearon con ello durante buena parte de sus vidas, hasta que un día sencillamente dejaron de fantasear.*

*Lo cierto es que en La Habana mis abuelos prosperaron como nunca hubieran prosperado en Cubil. Dieron una buena educación a su hija, mi madre, y, con el tiempo, consiguieron reunir una aceptable suma de dinero. Fueron precisamente esos ahorros los que les permitieron emigrar de nuevo en 1961, empujados otra vez por los avatares de la historia.*

*A principios de aquella década, Fidel Castro puso en marcha un programa de expropiaciones y nacionalizaciones masivas. Según contaban mis abuelos, y no tengo mejor fuente que su testimonio, el pánico se extendió como la pólvora entre una parte de la población. Las élites burguesas asentadas en la capital temían la abolición de la propiedad privada, como también la temían muchos trabajadores, espantados ante la posibilidad de verse desposeídos de sus escasas pertenencias.*

*Miles de cubanos enviaron a sus hijos a los Estados Unidos al cuidado de familiares y amigos. Fue un duro golpe para el régimen, decía mi abuela, pero también y sobre todo para el ánimo de la población. «Los niños desaparecieron de la noche a la mañana —me contó una vez—, y no hay nada más triste que un país despojado de sus hijos».*

*Mis abuelos tuvieron que enfrentarse a la disyuntiva de quedarse o marcharse. Y, de nuevo, optaron por lo segundo. Debí de ser una decisión extraordinariamente difícil y dolorosa. Otra vez emigrantes. Otra vez exiliados. En aquella ocasión, sin embargo, carecían del impulso de la juventud (ambos pasaban ya de los cuarenta años) y se encontraron con un obstáculo inesperado. Mi madre.*

*Ella, que por entonces tenía diecinueve años, se opuso con vehemencia a los planes de sus padres. En Estados Unidos, alegaba y tenía razón, nadie los esperaba. Lo que era aún peor: nadie los quería. ¿Qué pasaría con sus estudios, con sus amigas, con su vida?*

*Desconozco si mis abuelos lograron convencerla o, más probablemente, impusieron su criterio; el hecho es que, en julio de 1961, mi familia pisó los Estados Unidos de América por vez primera.*

*La partida fue complicada. Aunque me consta que la Iglesia les ayudó, esta vez no hubo un padre Agustín que los llevase de la mano. Prepararlo todo les llevó más de un año, tiempo durante el cual Cuba fue transformándose en un lugar completamente distinto al despreocupado país que los había recibido dos décadas atrás. Primero se deshicieron del apartamento, mudándose al de unos vecinos. Luego, mi abuelo liquidó el negocio de reparación de calzado y, temeroso de viajar con todos sus ahorros encima, envió parte del dinero a unos conocidos que llevaban instalados en Florida desde 1959. Ya entonces, el derrocamiento de Batista había provocado una primera ola de expatriados. Muchos se habían marchado en aquel momento, convencidos de que la revolución arrasaría con todo, que acabaría, sin duda, provocando una guerra. Eisenhower, aseguraban, jamás toleraría algo así tan cerca de las costas estadounidenses. Pero Eisenhower lo toleró.*

*Décadas después, mi abuelo aún recordaba cómo se despidieron de aquellos amigos suyos que abandonaron el puerto de La Habana antes que nadie, convencidos de regresar a la isla al cabo de unos pocos años. Esa, decía mi abuelo, es la ilusión del emigrante. «Uno no puede marcharse sin eso. Puedes irte sin dinero, sin familia y sin amigos, pero no puedes marcharte sin la esperanza de volver».*

*En cierta ocasión le pregunté a mi abuela cuándo asumió que nunca más vería España. Era ya muy anciana. Estábamos sentadas en un banco, en el jardín de su residencia, bajo un sol de finales de otoño.*

*«El tiempo pasa —me dijo—. Los hijos crecen y más tarde también los nietos. Y un día te das cuenta de que no hay un lugar al que volver. El país que abandonaste ya no existe. Se perdió en el pasado y, en su lugar, hay ahora un país diferente y extraño».*

*La única patria del exiliado, me dijo mi abuela aquella tarde, es su memoria.*

Hacía tiempo que Tess no se sentía tan feliz. Donna lo advirtió en cuanto oyó a su madre cantando *Fly me to the moon* en la ducha. La adolescente, que se secaba el pelo en aquel momento, la miró con extrañeza a través de la mampara translúcida. Tess se percató de aquella mirada (que era, sobre todo, suspicaz) y trató de contener su entusiasmo. Pensó: «Anoche salí con Tomás y hoy canto en la ducha». Y pensó también en las erróneas conclusiones a las que fácilmente podría llegar su hija: «Primero Ismael y ahora Tomás, ¿qué clase de madre tengo?». De modo que Tess dejó de cantar, pero no fue capaz de evitar un suave tarareo. Suave pero audible.

Lo cierto es que ni Tess misma conocía la causa de su estado de ánimo. ¿Qué le pasaba? ¿Por qué todo parecía brillar súbitamente de aquella manera? ¿Fue la obra de teatro? ¿La charla posterior tal vez? ¿Era posible que estuviese así solo por haber hablado de amor (o más bien de sus contrarios: el desamor, la soledad, la traición) durante apenas media hora con una cerveza en la mano? No tenía respuesta y, a decir verdad, tampoco se molestó en buscarla demasiado. Como decían en su país: *Don't look a gift horse in the mouth\**.

Para Donna, el acondicionamiento del cabello (lavado, secado y alisado) era una concienzuda labor diaria. A muy pocas actividades dedicaba tanto mimo y tesón como a aquella. Tess se duchó, se secó, se aplicó una crema hidratante por todo el cuerpo, se vistió, se peinó, y cuando hubo terminado, Donna aún seguía delante del espejo con la plancha alisadora en la mano.

—Te espero abajo —le dijo su madre, pero tan concentrada estaba ella en sus puntas dichosas que ni respondió.

En el comedor, Tomás engullía una barrita de pan con tomate mientras contemplaba su móvil con el ceño fruncido.

—*Morning* —dijo Tess sentándose a su lado.

Él tenía la boca llena y respondió con un gesto de cabeza. Se tomó unos segundos para tragar y preguntó:

—¿Has dormido bien? —Tess asintió, muy bien, gracias. Luego, él giró el teléfono hacia ella. En la pantalla, una línea azul culebreaba sobre un mapa bidimensional—. Mira esto. Es el camino a Sevilla, una hora y tres cuartos.

Tess lo miró de reojo mientras llamaba la atención de uno de los camareros. Un café solo, muy largo, y algo de fruta. Le dijo a Tomás:

—Una hora y tres cuartos, sí.

—Te propongo otra cosa, a ver qué te parece. Si nos desviamos por aquí —mover el dedo por la pantalla, Tess siguió el itinerario con la mirada—, atravesamos un parque natural. Daríamos bastante vuelta, pero creo que merecerá la pena. He mirado algunos blogs y lo ponen muy bien. Podemos comer allí y salir por la tarde hacia Sevilla.

A Tess le pareció bien. No lo pensó demasiado porque no lo consideró una decisión relevante. La camarera se acercó con una bandeja y depositó sobre la mesa una taza de café y un plato con un kiwi y un plátano, ambos pelados y troceados. Tess se llevó la taza al rostro, inspiró el aroma y dio un sorbo corto. Estaba muy caliente, pero lo agradeció.

—¿Dónde está Hugo?

Tomás guardó el teléfono en el bolsillo.

—Fuera. En la calle.

—¿Sigue igual?

—Sigue igual.

Y eso a pesar de que Tomás había cambiado de estrategia. Nadie podía acusarle de no haberlo intentado todo: le había pedido perdón, lo había adulado, había sido cariñoso, le había gritado y lo había castigado. Ese día decidió aparentar normalidad. Era su último cartucho. Nada más levantarse, Tomás se entregó al fingimiento, como si fuese una mañana cualquiera de un día cualquiera.

—Buenos días —le dijo—, ¿qué te apetece hacer hoy?

Hugo lo miró extrañado, los ojos todavía legañosos, y preguntó:

—¿Eh?

—Dime qué te apetece hacer hoy. ¿Quieres ver pájaros, quieres ver trenes? ¿Qué quieres hacer?

El niño recibió con desconcierto y suspicacia aquel súbito cambio de actitud por parte de su padre. Se incorporó un poco en la cama y dijo:

—De momento, quiero mear.

—¡Buen plan! ¡Concedido, mea!

Tomás sonrió, pero la única respuesta que obtuvo de su hijo fue una mirada fría y desconfiada. Bueno. Al menos lo miraba.

Más tarde, durante el desayuno, Tomás le mostró la pantalla del móvil, como luego haría con Tess.

—Se llama Sierra de los Hornachuelos —le dijo—. He leído que hay buitres y águilas reales. Nunca he visto un águila. ¿Tú? —El niño siguió masticando sus cereales con indiferencia. Tomás insistió—: ¿No te gustaría ver un águila?

—No sé.

En fin, así estaban las cosas.

Tomás se preguntó cómo gestionaría Pat aquella situación. No tendría que hacerlo, desde luego, porque con ella nunca se habría llegado a ese punto. Pat lo habría parado antes, de algún modo.

Cuando Hugo era más pequeño y celebraba alguna fiesta en casa con sus amigos, era Pat quien mantenía a los niños a raya. Y lo hacía bien, sonriendo, sin perder nunca la paciencia, con palabras suaves, con juegos. Tomás lo intentó un par de veces al principio, pero sus nervios no lo resistían. Acababa indefectiblemente atravesando a algún niño con la mirada: no grites, no corras, no te limpies las manos en la cortina, joder.

—Te va a salir una úlcera —le dijo Pat un día, y acordaron que, en adelante, ella se haría cargo de lo que llamaron «control de festejos».

De modo que, cuando su casa se llenaba de críos, Tomás se quedaba sentado en una esquina sufriendo en silencio por sus posesiones materiales. Sufría por la lámpara de pie, por la televisión, por el tocadiscos y por la alfombra. Sufría por la mesa de cristal, por el sofá, por las fotos enmarcadas y por los libros de Pat. Tanto sufría que a veces tenía que apartar la mirada y concentrarse en aquella época hermosa en que la paternidad era cosa de otros.

Se pusieron en marcha a las nueve en punto de la mañana. Si no sufrían ningún percance, llegarían al parque natural a eso de las doce. Pero lo sufrieron. Hora y media después de partir, Donna anunció que necesitaba un baño con urgencia. Le temblaba la voz, y en el espejo retrovisor Tomás advirtió que la muchacha había palidecido de repente. Tess se giró y cruzó con su hija unas palabras en inglés. Tomás se esforzó por entenderlas, pero no consiguió captar más que unos pocos pronombres.

—Para cuando puedas —le dijo Tess a Tomás con gravedad, y este asintió igualmente serio.

Se detuvieron en una estación de servicio con aspecto de haber sobrevivido por los pelos a un cataclismo nuclear. Tomás aprovechó para tomarse otro café, el tercero del día ya, y las mujeres entraron juntas al baño. Tess regresó al poco, sola, con las manos húmedas y salpicaduras de agua en la pechera.

—¿Me dejas las llaves del coche? —le preguntó a Tomás—. Donna necesita otro pantalón.

Tomás le dio las llaves y Tess salió haciéndolas tintinear entre sus manos. Hugo la siguió con la mirada, los ojos entornados. Estaba de lo más intrigado por todo aquello, pero se abstuvo de preguntar, hasta que no pudo aguantar más:

—¿Qué pasa?

—No lo sé muy bien —mintió Tomás—, pero me parece que Donna ha tenido un accidente.

Al otro lado de la sucia ventana, Tess abrió una de las maletas y revolvía sin miramientos en su interior, apartando camisetas, *leggings* y vestidos.

—¿Un accidente? —inquirió Hugo.

No es que Tomás ardiese en deseos de profundizar en el tema, pero qué remedio. Sin mirar a su hijo, le preguntó:

—¿Sabes qué es la regla?

—El periodo —respondió el niño con absoluta seguridad. Tampoco él miraba a su padre. Estaban los dos como hipnotizados por la enérgica coreografía de Tess, quien por fin encontró un vaquero enterrado entre el resto de las prendas.

—Eso es.

—¿El periodo es un accidente?

—No. Claro que no. Lo que quiero decir es que...

Tess empujó la puerta, que chirrió con estridencia. Llevaba el pantalón sujeto por los bajos y, en un movimiento brioso, se lo colocó encima de un hombro. Dio un soplido para apartarse un mechón que le cruzaba el rostro y, sin detenerse, le lanzó las llaves a Tomás. Él falló en la recogida y estas cayeron al suelo.

—*Sorry* —dijo ella de pasada.

—No —la disculpó él mientras se agachaba—. Tranquila.



Luego, entró de nuevo en el baño. Tomás guardó las llaves en el bolsillo y, girándose hacia su hijo, le dijo:

—Otro día te lo explico, ¿vale?

Hugo asintió. En realidad, también él lo prefería.

Durante la siguiente hora, Donna permaneció en un azorado silencio, la cabeza vuelta hacia la ventanilla y reguetón atronando en los auriculares. Hugo, con la tableta sobre sus piernas, fingía ver una película de superhéroes, pero cada poco dirigía su mirada hacia la chica con la esperanza de que ella se la devolviese en algún momento.

En los asientos delanteros, Tess y Tomás hablaron del paisaje, de la música que les gustaba (pop a ella, rock a él) y de la que odiaban (el reguetón ella, el jazz él). Hablaron del clima de España y del de Florida, de tormentas y de huracanes. Tess le contó que una vez vio un *alligator* por la calle y Tomás no supo si hablaba en broma o en serio, pero rio igualmente. Fue una conversación animada o, más bien, varias conversaciones consecutivas, separadas entre sí por silencios que ya no resultaban incómodos para ninguno de los dos.

En un momento dado, Tess buscó a su hija en el espejo retrovisor y se topó con su propio rostro. Tenía una sonrisa plácida, relajada, casi bobalicona. Bueno, ¿y por qué no? Estaba a gusto. Estaba *muy* a gusto. Disfrutaba charlando con Tomás, lo hacía todo fácil y agradable. Lo contrario que su marido, pensó, y luego se arrepintió de haberlo pensado. Estaba siendo injusta y no quería serlo.

Contempló la frondosa vegetación al otro lado del cristal y repasó los hechos que la habían llevado hasta allí, hasta aquel coche, hasta aquel asiento y aquella sonrisa. Era muy sencillo, en realidad, solo un par de pasos. Llegó a Tomás por Lara, y a Lara por Ismael.

Aquella idea la perturbó. Se le antojó que en aquel breve trazado subyacía una suerte de equilibrio. Una cierta compensación..., ¿qué? ¿Cósmica? ¿Kármica? Algo así. Oyó la voz de su madre al fondo de su memoria musitando: «el yin y el yang».

Se le escapó una risilla (plácida, relajada, casi bobalicona) y Tomás le preguntó:

—¿Qué?

Tess no pudo responder porque, en ese momento, el motor tosió bruscamente y el vehículo sufrió una violenta sacudida. Tomás, creyendo que se trataba de un pinchazo, gritó:

—¡Agarraos!

—¿Qué pasa?! —Era Hugo.

Pero su padre ni siquiera lo oyó. Tenía los cinco sentidos en la carretera y apretaba el volante con tanta fuerza que la mano herida por el puñetazo le dolería durante horas. El motor tosió otra vez, una nueva sacudida, y el coche empezó a perder velocidad. No era un pinchazo.

Estaban en pleno bosque y, aunque no había más vehículos a la vista ni tampoco peatones, Tomás encendió las luces de posición y maniobró hacia el arcén. El monovolumen dejó escapar un último estertor antes de detenerse por completo.

Tomás se giró.

—¿Estáis bien?

Hugo y Donna asintieron con pánico en sus rostros.

—¿Qué ha pasado? —Tess tenía las manos apoyadas en el salpicadero, los brazos todavía rígidos.

—No tengo ni idea.

Salieron del vehículo, lo rodearon e inspeccionaron los neumáticos. Los cuatro estaban en perfecto estado. Tomás se tiró al suelo y examinó los bajos. También allí parecía todo en orden.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Tess.

Tomás no respondió. Se sentó de nuevo al volante y, con la puerta abierta, trató de arrancar el motor. Pero el motor se negó.

# CUARTA PARTE

---

Tess y Tomás

Mientras caía el café en la Nespresso, abrió la portezuela de la nevera y descubrió que su cartón de leche había desaparecido. Allí estaba el yogur de Edu, el zumo verde de Yoli y los *tuppers* de media plantilla. También había tres botellas de agua, un plátano, unas natillas, un tarro de cristal con lo que parecía cuajada casera y una caja de bombones casi terminada que llevaba ahí una semana, desde el cumpleaños de Izaskun. Pero su leche no. Ni rastro de su leche.

Buscó a su alrededor, en la encimera del *office* y en los armarios. La cafetera se detuvo y a Nerea se le ocurrió asomarse a la caja de cartón donde tiraban los envases para reciclar. Bingo. Allí estaba el dichoso cartón, vacío y aplastado. Lo reconoció sin ninguna duda porque en una de las caras figuraba su nombre, «Nerea», escrito de su puño y letra. Había decidido adoptar aquella medida teóricamente disuasoria tres días antes, aunque era evidente que había resultado inútil.

Sería exagerado decir que aquello precipitó su decisión de mandarlo todo a la mierda, pero no hay duda de que influyó decisivamente. Era el año 2013 y, por entonces, Nerea aún vivía en Bilbao.

Salió al espacio común que llamaban «la pradera», donde se agolpaba la mayor parte de la plantilla, y dijo:

—Perdonad. —Le salió un hilo de voz que casi nadie advirtió. Se aclaró la garganta y, con energía, repitió—: ¡Perdón! —Eso fue suficiente para que todos sus compañeros se volviesen hacia ella. Nerea levantó sobre su cabeza el cartón de leche espachurrado como quien exhibe una presa de caza—. Alguien se ha terminado mi leche. Estaba en la nevera y llevaba mi nombre. Es la tercera vez que pasa este mes. Me gustaría saber quién ha sido.

El silencio, inaudito en un espacio donde trabajaban treinta y cuatro personas, se prolongó durante varios segundos. Lo acabó rompiendo un teléfono, con un estridente repiqueteo electrónico. Yoli, la del zumo verde, lo

miró con ansiedad, dejó que sonara dos veces más y, por fin, se decidió a descolgar.

Aitor tenía cerrada la puerta de su despacho, pero eso no le impidió percatarse del insólito mutismo de la plantilla. Se asomó a la pradera y todas las miradas se posaron en él al unísono.

—¿Qué pasa?

—Nada —respondió Nerea bajando el cartón—. Que alguien se ha bebido mi leche otra vez.

Las miradas de los trabajadores se desplazaron, como en una coreografía, de Aitor a Nerea y luego otra vez a Aitor. Este parpadeó un par de veces, se rascó el cuello con una mano, un gesto que ella conocía perfectamente, y dijo:

—Nerea, ¿puedes venir un momento, por favor?

Ella cruzó la oficina con el cartón de leche en la mano. Notó cómo algunos de sus compañeros sonreían, otros cuchicheaban. A la mierda. Los odiaba a todos. No a todos, en realidad. Le caía bien Edu, el del yogur, y también Ainara y Jose. Los demás le parecían unos imbéciles. Ellos, casi seguro, opinaban lo mismo de ella. O algo peor.

Entró en el despacho y miró desafiante a Aitor, que se había sentado en su mesa y la observaba con gesto preocupado. Susurró:

—Cierra la puerta.

—Prefiero dejarla abierta —replicó Nerea.

Aitor enarcó una ceja, que era su particular manera de echar reprimendas sin alzar la voz. Nerea cedió, controlándose para no dar un portazo. Luego, ya en intimidad, le dijo:

—Es la tercera vez este mes. Estoy hasta el coño.

Aitor suspiró. Miró aquel objeto chafado en la mano de la mujer y luego la miró a ella a los ojos.

—¿Me estás castigando? —preguntó a media voz.

—No seas egocéntrico. Solo quería un café con leche.

—Siéntate —dijo Aitor señalando con el mentón la silla que tenía frente a sí.

—Estoy bien de pie.

Aitor se desabrochó los puños de la camisa y empezó a remangarse meticulosamente, cuidando cada pliegue. También ese gesto lo conocía bien ella.

—No puedes hacer estas cosas —dijo—. Tienes que tranquilizarte. — Nerea no estaba tranquila, eso era cierto, pero aquella frase la enervó aún

más. Y la siguiente fue peor—. Ya sabías lo que había cuando empezamos.

No podía creerlo. ¿Estaban hablando *de aquello*? ¿De verdad que, después de tanto tiempo, de tantos «tenemos que ser discretos» y tantos «nada de miradas en la oficina», quería tener una conversación así en su despacho? Nerea reprimió el impulso de gritarle que era un puto egoísta y un niño.

—¿De qué coño estás hablando?

—Ya sabes de qué estoy hablando.

—¿Estamos hablando de mi leche? Porque el problema aquí es mi puta leche y quienquiera que se la esté tomando a mis espaldas.

—Nerea... —empezó a decir él, pero dejó la frase en suspenso mientras terminaba de remangarse. Luego, apoyó los antebrazos en su mesa blanca y dijo—: Si no eres capaz de gestionar tus sentimientos, me obligarás a tomar una decisión desagradable.

Ella se quedó en silencio tratando de procesar lo que acababa de escuchar, negándose a interpretarlo de la única manera que, en rigor, podía interpretarse aquello. Sonrió con impotencia, esa sonrisa maldita que siempre le afloraba cuando quería llorar y gritar al mismo tiempo, y le espetó:

—Que te den por el culo.

Acto seguido, salió del despacho y, bajo la mirada burlona de buena parte de sus compañeros, decidió que había llegado el momento de cambiar de vida.

Conoció a Aitor en su entrevista de trabajo, aunque el peso de la conversación lo llevó su socio. Tenían los papeles bien repartidos; el socio ejercía de poli malo, el interrogador severo, mientras que Aitor era el sabueso bueno y comprensivo. Esa tibieza, como Nerea descubriría más tarde, no era tanto una máscara como el pilar maestro de su carácter, el cimiento de su personalidad.

Cada vez que el socio la ponía contra las cuerdas (por ejemplo: «Háblame de tus aficiones. En inglés»), Aitor le echaba un cable sin disimulo. Asentía a cada frase con gesto de aprobación y la reafirmaba con un *very good* o un *great*. Nerea se sintió atraída por él de inmediato. Años después seguiría recordando la ropa que Aitor llevaba aquel día: camisa blanca y jersey negro con cuello de pico. Tenía barba, aunque no mucha, y era mayor que ella. Nerea tenía entonces treinta años. Él, treinta y siete recién cumplidos.

El día de la entrevista, por la noche, ella le dijo a una amiga:

—Uno de los jefes está buenísimo. —Y añadió—: Ojalá me cojan.

La cogieron, y Aitor se convirtió en su inmediato superior. Ella desarrollaría labores de *branding*, una rama del marketing que Nerea conocía bien porque toda su carrera (salvo la parte correspondiente a «Los Tres Años») se había desarrollado en aquel ámbito. Tendría que encargarse de cuatro cuentas, las cuatro importantes: un banco, una empresa de telecomunicaciones, una marca de cerveza y una de café.

Cobraría un sueldo más que digno, con opciones de mejora a medio plazo, y las condiciones laborales eran sorprendentemente juiciosas. Lo más duro de la crisis empezaba a remitir y aquella empresa se jactaba de darlo todo por el bienestar de sus trabajadores.

En su primer día, Aitor en persona la presentó al resto de la plantilla.

—Chicos —dijo desde el centro de la pradera, muy cerca de donde años después ella alzaría el cartón de leche por encima de su cabeza—. Esta es Nerea. —Ella estaba a su lado, rodeada de desconocidos que la observaban



con interés. Hacía esfuerzos por no bailotear, por mantenerse quieta, con las manos cruzadas y un aspecto sereno—. Hoy se incorpora al equipo de *branding*, y estamos seguros de que nos va a aportar muchísimo. Nerea —dijo, y se giró hacia ella—, en esta empresa tenemos una tradición muy incómoda. —Unos cuantos se rieron—. Verás, el primer día todo el mundo tiene que compartir con los compañeros algún secreto sobre sí mismo. Puedes negarte, pero entonces pensaremos que eres una sosa. O puedes hacer lo que hicimos todos e inventártelo.

Más risas.

Nerea, poco dada a ser el centro de atención, tragó saliva y miró a su jefe con semblante desvalido. Este retrocedió varios pasos, convirtiéndola en el foco de las miradas. Ella se volvió hacia la masa expectante y, tras meditarlo unos segundos, proclamó:

—Me gusta mucho el café. —Una persona la abucheó de broma y otra se sumó—. Y... Bueno, también he sido cocainómana.

Todos se rieron, alguno aplaudió. Aitor, con las manos en los bolsillos, soltó una breve carcajada.

—Estupendo —dijo—. Es un buen secreto.

Nerea pensó: «Sí que lo es». Pero se limitó a sonreír.

Aitor descubrió que Nerea hablaba en serio la primera vez que se acostaron. Lo hicieron en casa de ella, un jueves por la tarde. Vivía en un piso alquilado en el barrio de Bilbao La Vieja, una de las zonas más deprimidas de la ciudad. Era lo único que podía permitirse, cincuenta metros cuadrados más un balcón que ofrecía una vistosa perspectiva cenital del variopinto muestrario de delincuentes que día y noche transitaban la calle.

A Aitor le gustaba que Nerea viviese allí. Eso decía él, pero habría sido más sincero admitir que sencillamente le convenía. Era imposible o muy muy improbable que alguno de sus conocidos lo sorprendiese en aquel barrio, tan lejos de cualquier lugar decente. Y eso, para él, era una cuestión de suma importancia.

—Sabes que estoy casado, ¿verdad?

Se lo confesó de aquella manera, y solo después de que hubiesen follado, cuando los dos descansaban desnudos en la cama, el brazo de él rodeándola a ella. Nerea sonrió sin ganas y replicó:

—Menos mal que me lo has dicho ahora.

Él miró al balcón abierto. Una cortina blanca y translúcida se agitaba con suavidad arrastrando los bajos por el suelo.

—No quería cortarte el rollo.

—Un detalle por tu parte.

Junto al balcón, apoyada en la pared, había una fotografía del tamaño de un póster en un marco sin cristal. La imagen, en blanco y negro, mostraba a un niño de unos diez años caminando orgulloso con dos botellas de vino, una en cada brazo. El cinturón le sostenía un pantalón demasiado grande, llevaba sandalias y un jersey gris que Aitor imaginó verde por algún motivo. El niño miraba a alguna parte con una sonrisa pícaro y contagiosa, feliz.

—Me gusta esa foto —dijo Aitor.

Nerea se incorporó sobre los codos y la contempló.

—Es de Cartier-Bresson. La tomó en París, en los años cincuenta. Me vuelve loca la mirada de ese niño, ese rollo chulesco y alegre que se trae. Parece que dice: me da igual todo, aquí estoy yo.

Aitor sonrió.

—¿Tú eres así? —preguntó acariciándole la corta melena negra.

—¿Cómo? ¿Chula? Por supuesto. ¿Algún problema?

—Ninguno —dijo él, y la besó en un hombro—. Me gustan las chulas.

A Nerea no le gustó aquella réplica, pero lo dejó estar. Se puso en pie con brío plantándose delante de Aitor con los brazos en jarra. Él contempló su cuerpo desnudo. Era muy delgada y nada pudorosa.

—Necesito un café —proclamó ella—. ¿Quieres algo?

—A ti. Todo el rato.

—No seas intenso. Digo de la cocina.

Él no quería nada, pero la acompañó igualmente, también desnudo aunque mucho menos cómodo que ella. Nerea colocó una cafetera italiana al fuego. Luego, se volvió hacia Aitor y lo examinó de arriba abajo. Él se azoró.

—No hagas eso.

—¿Por qué? —preguntó ella con una sonrisa pícaro—. Tú me lo has hecho a mí.

Él no supo qué decir. Se sentó en una silla con las piernas cruzadas. Así se sentía menos vulnerable.

Ella dijo:

—Cobarde.

Él dijo:

—Ven.

Nerea se acercó al hombre caminando de puntillas, contoneándose como en una película antigua. Era una parodia, pero a él le excitó igualmente. Cuando estuvo al alcance de sus manos, la tomó de las caderas y la atrajo hasta sí. La besó bajo el ombligo y Nerea contempló cómo lo hacía.

—Tengo que contarte una cosa —dijo ella. Aitor apoyó la barbilla en su estómago y miró hacia arriba. Vio su rostro, ahora muy serio, entre sus senos diminutos—. El primer día, en la agencia... —Se interrumpió, se humedeció los labios. Él no se movió, ella tampoco—. Dije que había sido cocainómana. —Aitor recordaba el momento perfectamente y sonrió—. Bueno. Pues es verdad.

A él la sonrisa se le congeló en el rostro. Aguardó un momento, a la espera de alguna reacción por parte de la mujer (un desmentido, una

carcajada, algo). Como no se produjo, se apartó un poco del cuerpo de ella. Quería verla bien, escrutar mejor su gesto. ¿Estaba bromeando? No lo parecía. Aun así, dijo:

—Estás de coña.

La cafetera silbó en el fuego.

—No —dijo—. Es verdad. Estuve enganchada dos años. Luego pasé otro más en un centro de rehabilitación.

Aitor la miró sin verla, cavilando quién sabe qué. Nerea conocía aquella reacción, la había visto en el pasado. Aguardó a que él hablase de nuevo.

—Y ahora estás... O sea... ¿Estás... bien?

Por eso nunca hablaba de «Los Tres Años». Por aquel tartamudeo inevitable que a todo el mundo le sobrevenía.

—Sí, estoy *curada* —dijo Nerea, y remarcó la palabra—. Llevo cinco años limpia.

La cafetera seguía silbando y ella se apresuró a retirarla del fuego. Él recorrió su cuerpo flaco con la mirada, como si allí, en su espalda, en su culo, en sus muslos, pudiese hallar algún testimonio de lo que acababa de serle revelado.

—¿Por qué me lo has contado? —preguntó.

Nerea volvió a su lado, esta vez sin contonearse, y hundió sus dedos en el cabello de él.

—Porque no me gustan los secretos.

Hicieron el amor de nuevo y Nerea acabó tomándose el café, ya frío, mientras él se vestía apresuradamente. Después de eso, Aitor se fue a su casa y le contó a su mujer que las cosas se habían complicado a última hora en la oficina.

Para Nerea, vivir en aquella calle constituía un reto personal. Uno al que voluntariamente había decidido someterse. Cuando llegó a Bilbao (ella era navarra) visitó una docena de pisos que se ajustaban en mayor o menor medida a sus posibilidades, pero acabó inclinándose por aquel.

«¿Hachís? ¿Coca?». Lo escuchaba cada vez que entraba o salía de casa. Daba igual que los traficantes la conociesen de sobra y que ella siempre lo rechazase con un golpe seco de cabeza. Ellos persistían en su ofrecimiento cada vez que se la cruzaban. «¿Marihuana? ¿Cocaína?». En cierto sentido, ese ceremonial la complacía. Hacía que se sintiese fuerte. La vida la ponía a prueba cada día y cada día la superaba. No había excepción porque no podía haberla. Ceder una sola vez supondría perderse en un profundo abismo que Nerea conocía bien.

Durante mucho tiempo, cuando las cosas marchaban bien, pasar de largo era sencillo. Pero las cosas dejaron de marchar bien y entonces aquel tramo de la calle se volvió un poco más peligroso.

El hito que marcó el cambio, o el principio del cambio, tuvo lugar un lunes en que Aitor, estando ella desnuda sobre la cama, le dijo que no quería follar.

—Hoy solo quiero mirarte.

Aquella frase lo complicó todo.

Nerea nunca se había enamorado, estaba bastante segura de eso. Había tenido varias relaciones, algunas duraderas. Durante «Los Tres Años» había salido con un tío por el que llegó a hacer locuras, pero ella no lo achacaba al amor, sino al mono. En un determinado estado mental, ambas sensaciones pueden confundirse fácilmente.

«Hoy solo quiero mirarte», le dijo Aitor, y ella supo que aquellas palabras alteraban las reglas de manera irremediable. Hasta entonces, Nerea tenía clara la situación: se tiraba a su jefe y su jefe era un hombre casado. Eso

no le suponía un problema. Podía controlarlo mientras no fuese más que eso, un polvo de vez en cuando, un pasatiempo ocasional, nunca más de una visita por semana, mejor cada quince días.

Pero aquel lunes él solo quiso mirarla, nada más que eso, y Nerea, que de vez en cuando quedaba con otros hombres y a veces se los follaba, dejó de quedar con ellos y de follárselos.

«¿Una caña esta noche?», le escribía, por ejemplo, uno de aquellos hombres, un profesor soltero y divertido con quien llevaba acostándose más de dos años. Y ella, que siempre le respondía con nada más que una hora y un sitio, a las nueve en tal bar, a las diez en tal otro, empezó a no contestar o a hacerlo con subterfugios.

«No puedo. Estoy hasta arriba de trabajo».

O bien:

«Mejor otro día. Te escribo yo».

Pero ella no escribía, y esos hombres, muchos de los cuales se consideraban tan amigos como amantes, empezaron a preocuparse y a echarla de menos. Se preguntaban y le preguntaban a ella si habían hecho algo, si habían cometido algún error, ¿estás bien?, ¿te pasa algo? Ella les devolvía mensajes tranquilizadores, culpando al estrés, no me dan las horas, el nuevo curro me está matando, a ver si llegan las vacaciones.

Lo que de verdad pasaba es que Nerea ya no quería acostarse con nadie más. No lo necesitaba y tampoco le apetecía. Con Aitor tenía suficiente, solo que, de pronto, una vez a la semana dejó de bastarle.

Una mañana entró en el despacho con cualquier excusa y le susurró:

—Ven hoy.

Él asintió, pero luego, en casa de ella, le dijo:

—No vuelvas a hacer eso. En la oficina no.

Era la primera vez que discutían y a ella le gustó. Le agradó verle enfadado, discutir con él y pedirse perdón luego. Era una simulación de pareja, un ensayo de relación.

Ese día, tras pelearse y reconciliarse, Aitor le dijo:

—Me tengo que ir.

Eran las ocho, era invierno y fuera llovía. En casa de Nerea hacía frío a pesar de los viejos radiadores de hierro forjado. Estaban en la cama, tapados hasta el cuello con un edredón nórdico. Ella se abalanzó sobre él, rodeándole con los brazos y con las piernas, inmovilizándole.

—No te voy a dejar. —Él se revolvió entre risas—. Quiero que te quedes aquí. Quiero que duermas conmigo y que nos despertemos mañana juntos.

Aitor le dijo «sabes que no puedo» y por supuesto que ella lo sabía. Lo sabía perfectamente, pero le daba igual. Lo apretó más, le dijo:

—No te voy a soltar. Si te marchas, tendrás que llevarme contigo.

Era un juego, pero ella lo prolongó demasiado, y él empezó a agobiarse.

—Nerea, en serio, suéltame.

Ella acabó liberándole y poco después, al despedirse, le confesó:

—Quiero dormir contigo, haz lo que tengas que hacer. Una noche. Aquí o donde sea.

Se besaron y, ya desde la puerta, Aitor le prometió que lo haría.

No lo hicieron nunca, y eso fue minando a Nerea. Ella insistía de vez en cuando: «Invéntate un congreso o llévame contigo a uno». Él asentía, «lo intentaré», pero ya no le prometía nada. Había dejado de hacer promesas y Nerea se preguntaba por qué.

—Disfrutemos de esto —le dijo una vez, tumbados los dos en el sofá de ella.

Nerea lo hacía, lo disfrutaba, pero no le bastaba y quería más. Se lo exigía cada vez con más frecuencia y él empezaba a sentirse presionado.

—Me das largas y no me gusta —le reprochó ella.

—No te doy largas. Ya sabes lo que hay, no es fácil para mí.

Ella se apartó de él. Se acurrucó en la otra esquina del sofá, abrazándose las piernas delgadas.

—¿Y crees que para mí sí es fácil? Llevamos casi dos años viéndonos y no hemos pasado ni una noche juntos. ¿Sabes cómo me siento?

Él alargó un brazo para acariciarla, pero ella lo apartó de un manotazo.

—¡Solo quieres follarme! —gritó.

Él la miró en silencio, examinando su rostro compungido y furioso. Luego, se puso en pie y empezó a vestirse a toda prisa.

—¿Te vas? —preguntó ella.

—Esto ya no es divertido —respondió él sin mirarla.

—¿Y ya está? ¿Dices eso y te piras?

Aitor se detuvo y la contempló, agazapada en el sofá. Nerea pensó que así, en calzoncillos y calcetines, estaba ridículo. Le parecía un señor mayor y triste, y no era capaz de entender cómo había acabado enamorada de aquel sujeto.

—Creí que estaba claro —dijo él.

—¿El qué?

—Esto. Lo nuestro. Creí que estaba claro lo que hacíamos.



—¡Pues ilumíname, Aitor! ¡Ilumíname, joder!

—No grites.

—¡Estoy en mi casa!

Él abrió la boca, fue a decir algo, pero no dijo nada. En vez de eso, cogió sus pantalones y, mientras se los ponía, ella se levantó de un salto. Tomó del suelo la camisa de él y corrió de puntillas hasta el dormitorio.

—¿Qué haces? —preguntó Aitor.

Se subió la cremallera y entró en la habitación justo a tiempo para ver cómo ella se asomaba al balcón. Estaba desnuda y el frío le puso la piel de gallina. Nerea alargó un brazo sobre la barandilla, amenazando con soltar la camisa, y miró a Aitor con una sonrisa desafiante.

—Ni se te ocurra —dijo él inmóvil junto a la puerta.

—Pues dime algo bonito.

—No tiene gracia. Dame la camisa.

Nerea agitó la mano y la prenda ondeó al viento, como una bandera de alto el fuego. Aitor decidió cambiar de estrategia.

—Te están viendo el culo —dijo con una sonrisa.

—En esta calle se ven cosas peores.

—Nerea...

—Dime algo bonito. Ya.

Él suspiró sonoramente.

—Eres... muy especial.

Nerea soltó una carcajada cínica y espetó:

—Vete a la mierda.

Luego soltó la camisa, que planeó cuatro pisos antes de tocar el suelo a los pies de uno de aquellos traficantes de poca monta que, varias veces al día, ofrecía droga a Nerea.

Aunque siguieron viéndose un año más, nunca volvió a ser como antes. Él ya no prometía, ella no presionaba.

Un día, en la oficina, Aitor le dijo que su mujer tenía un viaje de negocios. Pasaría dos días fuera de España. Lo hizo sin darle importancia, un comentario de pasada, y añadió:

—Podemos dormir juntos, si quieres.

A Nerea se le aceleró el corazón. Quería decir sí, pero dijo que no. Más tarde, en casa, se tuvo que contener para no escribirle. Era lo mejor para ella,

poner distancia, ser consecuente. Sabía que, de lo contrario, acabaría haciéndose daño. Y, sin embargo, aún anhelaba tenerlo a su lado por la mañana, despeinado y con los ojos vidriosos. Ansiaba besarlo así, hacerle el amor de aquella manera. Fue un ejercicio difícil, pero si en algún campo humano estaba bregada Nerea era precisamente en el del autocontrol.

Intentó retomar el contacto con sus amigos. Algunos llevaban más de un año sin saber de ella cuando, de pronto, recibieron:

«Una caña?».

Muchos le respondieron con evasivas, molestos por la forma en que había desaparecido, sin explicaciones, sin responder a los mensajes ni coger el teléfono. En ese tiempo algunos habían iniciado relaciones estables, o eso le dijeron. Uno incluso había sido padre. Ella le deseó lo mejor y luego borró su número de la agenda.

Nerea nunca había tenido problemas para conocer hombres, así que hizo nuevos amigos. Una mañana gris de mediados de abril se despertó al lado de un chico rubio, bastante más joven que ella, con quien coincidió en un concierto reggae de un grupo local. Era amigo del cantante y se dedicaba profesionalmente a reparar tablas de surf, deporte que él mismo practicaba. Era amable, delicado y tenía un cuerpo de escándalo.

Empezaron a verse a menudo. Él se quedaba a dormir y a veces llevaba consigo a su perro, un cocker de pelo negro y de nombre Ilargi, la palabra vasca para «luna».

Aitor no tardó en sospechar que Nerea se acostaba con alguien. Y aunque sabía que no tenía ningún derecho a estar celoso, lo estaba y preguntaba:

—¿Cómo se llama?

Ella le decía «qué más te da», pero sonreía porque disfrutaba viéndolo así. Él insistía:

—¿A qué se dedica? ¿No será de la oficina? Sé que a Jon le gustas, lo sabe todo el mundo. ¿Es Jon? Dime, por favor, que no te estás tirando a Jon.

En septiembre, el surfista dejó un cepillo de dientes en el baño de Nerea y unas mudas en el cajón. Ella no le dijo que, de vez en cuando, su jefe la visitaba, que follaban juntos en la cama o en el sofá, que llevaban tres años haciéndolo y que estaba enamorada de él. El surfista era un chico flemático y despreocupado que no se enteraba de nada o, más probablemente, no quería enterarse.

Cuando Aitor iba a casa de Nerea, ella recogía las pruebas de su doble vida y las guardaba todas juntas al fondo de un armario: el cepillo de dientes,

los calzoncillos y las camisetas, los juguetes de Ilargi y su chubasquero verde oliva. Pero, con el paso de los meses, el armario empezó a quedarse pequeño para tanta mentira. Algo tenía que hacer, y tenía que hacerlo pronto.

Se las daban de empresa moderna. Había una mesa de ping-pong, paredes de colores con palabras en inglés grafiteadas (*joy, freedom, dare, innovation*) y una hilera de pufs dispuestos frente a una Xbox para que los trabajadores pudiesen relajarse de cuando en cuando alejando la mente de la vulgar realidad cotidiana. Le daban gran importancia al buen ambiente, a las relaciones personales, a la cortesía y a la sonrisa. Un grupo formado por cinco trabajadores de distintos departamentos redactó «El decálogo de las buenas maneras», que tenían colgado y enmarcado junto a la entrada, y cuyo primer epígrafe proclamaba: «Da siempre los buenos días».

No había código de vestimenta. El pantalón corto y las sandalias eran bien recibidos, igual que los tatuajes y los *piercings*. A Aitor le encantaba decir:

—La libertad estimula la creatividad, y nosotros vendemos creatividad.

También montaban fiestas. En Halloween, en San Juan y en Navidades. Las celebraban en la propia oficina, y a ellas estaban invitados todos los empleados, sus acompañantes y una distinguida selección de clientes.

Era Idoia, la responsable de eventos de la empresa, quien se encargaba de su organización. Cuando se acercaba la fecha, creaba un documento *online* y lo compartía con el resto de la plantilla para que indicasen si acudirían acompañados y si ellos o sus acompañantes padecían alguna intolerancia alimentaria.

En diciembre de 2013, una semana antes de la fiesta de Navidad, Nerea abrió ese documento y marcó dos casillas, la que indicaba que asistiría con un acompañante y la que señalaba que ambos podían comer de todo.

—¿A quién vas a traer? —le preguntó Aitor esa noche en casa de ella. Acababan de hacer el amor y hacía frío.

—¿A ti qué te importa?

—Es mi empresa —respondió él sin hostilidad, más bien como una broma—. ¿Es tu novio? ¿Voy a conocerlo por fin? Dime que sí, por favor, lo estoy deseando.

A Nerea no le hacía gracia aquel tema y se lo hizo saber, de modo que acabaron hablando de trabajo mientras él se vestía y ella ponía la cafetera al fuego.

Acudió a la fiesta con Eneko, que así se llamaba el surfista. Llegaron deliberadamente tarde, cuando ya corría el alcohol, los pinchos y los gorros ataviados con cornamentas de reno. Sonaba música electrónica. Contra una pared blanca se proyectaban los anuncios que la agencia había producido a lo largo del año, un bucle sin fin de modelos y paisajes y eslóganes y logotipos. Nerea presentó a Eneko como «un amigo» y a él le pareció bien.

Estaban charlando en un corrillo en la pradera cuando Nerea divisó a Aitor entre la muchedumbre, muy cerca de su despacho. Tenía el semblante serio y una copa de cava en las manos. Ella tomó una bocanada de aire y le dijo a Eneko:

—Ven. Quiero presentarte a mi jefe.

Cruzar la oficina les llevó una absurda cantidad de tiempo porque todos saludaban a Nerea, poniéndola en la tesitura de tener que presentar a Eneko, quien hacía lo posible por mostrarse relajado y hablador.

—Aitor —dijo Nerea cuando por fin lograron llegar a su altura—. Este es Eneko, un amigo.

Intercambiaron sonrisas corteses, se estrecharon las manos.

—Encantado —dijeron los dos hombres al mismo tiempo.

Nerea se percató de que una mujer, allí mismo, la escrutaba en silencio. Tendría treinta y tantos, era rubia y elegante. Muy guapa. Estaba visiblemente incómoda, con un vaso de plástico en una mano y una servilleta arrugada en la otra.

—Esta es María —dijo Aitor girándose hacia ella—. Mi mujer.

Pero María no se acercó. Siguió inspeccionando a Nerea con mirada pétrea e inexpresiva, sin mover un solo músculo, sin decir una palabra. Bastó eso para que Nerea se supiese descubierta. Sintió, sin la menor duda, que aquella mujer la estaba leyendo como un libro abierto. Uno en el que ella se acostaba con su marido. Quiso marcharse, dar media vuelta y alejarse de allí, pero Aitor la señaló y dijo:

—Esta es Nerea, del equipo de *branded*. No sé si te he hablado de ella.

La mujer dio un corto paso al frente y, con una voz gélida, extrañamente acorde a su belleza, señaló:

—No, Aitor. No me has hablado de ella.

Nerea notó el pánico trepándole por el estómago, instalándose en su garganta, volviéndose un grumo denso. ¿Cómo demonios lo sabía? ¿Cómo se había enterado? ¿Quién se lo había dicho? Estaba paralizada, pero encontró la fuerza necesaria para extender una mano hacia la mujer.

—Encantada —masculló.

Ella miró fijamente a Nerea, su mano, su boca, sus ojos.

—Podías haber tenido la decencia de quedarte en casa —le espetó con brutal frialdad.

Eneko oteó confundido la expresión de Nerea mientras Aitor tomaba a su mujer por un brazo y susurraba:

—María, por favor.

La mujer pareció quebrarse de pronto. Le sobrevino un suspiro, o un acceso de llanto, algo que la estranguló y hasta la encorvó ligeramente.

—Qué humillante —balbució. Hizo una pausa y arrojó el vaso de plástico contra el suelo—: ¡Qué humillante!

Se hizo el silencio y todos los presentes, trabajadores, parejas e invitados, se volvieron hacia ellos. Contemplaron a la mujer rubia y guapa que torpemente, sin un ápice de elegancia ya, se apresuraba hacia la salida cubriéndose la boca con una mano. Vieron cómo Aitor, paralizado primero, demudado después, se lanzaba tras ella y la llamaba a gritos, «¡María!, ¡María!».

Nerea supo que también a ella la estaban observando, pero no quiso verlo y cerró los ojos. Eneko dudó un momento. Luego, depositó con cuidado su vaso sobre una mesa y se marchó con las manos en los bolsillos. No le dijo nada a Nerea, y esta no intentó detenerlo. En vez de eso, entró en el despacho de Aitor y cerró la puerta a su espalda. En el cristal que la separaba del resto se leía: «¡Feliz 2014!».

Un mes después, alguien se acabó su leche y Nerea no pudo más. Mientras cruzaba la pradera de ordenadores con el cartón aplastado en las manos, sintió todas las miradas clavándose en ella. Exactamente igual que en diciembre. Y, como en diciembre, también entonces supo lo que estaban pensando. Ella ya no era Nerea, sino «la que se folla al jefe», «la que todos sabemos cómo consiguió el trabajo», «la puta».

Nerea era consciente de que hablaban de ella a sus espaldas porque cada vez que entraba en el *office* se hacía un silencio sepulcral o bien se apresuraban a cambiar de tema. Les había dado munición para sus cotilleos, para meses y meses de chismorreos. Era la clase de asunto que daba vida a quienes carecen de ella. Algo de lo que hablar, alguien a quien criticar.

No volvió a ver a Eneko después de la fiesta. Decidió darle una semana, luego dos, y, a principios de año, pasadas ya todas las festividades, le mandó un mensaje:

«Tengo cosas tuyas».

Él nunca respondió y Nerea acabó por meter sus mudas, el cepillo de dientes y el chubasquero de Ilargi en una bolsa de Carrefour que luego lanzó con indiferencia al interior de un contenedor.

De lo ocurrido solo habló con Aitor. Quedaron el 28 de diciembre, día de los inocentes, en una cafetería del ensanche porque él se negó a encontrarse en su casa y porque «en ese barrio tuyo no hay ni un bar normal».

Estaba hecho polvo. Ella no se encontraba mucho mejor.

—Se ha ido a casa de su madre —le dijo él.

—¿Me puedes explicar cómo se enteró?

Aitor negó con la cabeza. Tenía la mirada perdida. Parecía ido. Parecía medicado.

—No lo sé. No tengo ni idea. No lo sé.

—¿La quieres? —Él la miró como si fuese una completa desconocida. Como si no tuviese la menor idea de qué hacía sentado delante de aquella mujer morena y flaca, como si no llevase tres años acariciándola, besándola, haciéndole promesas—. Respóndeme.

—Claro que sí. Claro que la quiero.

Por la mente de Nerea pasó cuanto quería decirle, todas las cuestiones que había rumiado a solas durante los últimos días, las acusaciones, las demandas y los reproches, pero solo tuvo ánimo para preguntar:

—¿Volveremos a vernos?

Él se encogió de hombros.

—Trabajamos juntos.

De modo que Nerea salió de la oficina, dolida y humillada, llevando todavía el cartón de leche. Lo tiró en una papelera de la Gran Vía y transitó a paso rápido por la acera del sol. Los termómetros oscilaban entre los cinco y los seis grados, y ella se había dejado el abrigo en su silla. Le dio igual. Vagó sin rumbo fijo, los brazos cruzados y la vista en el suelo. Tenía ganas de gritar y de correr y de golpear algo con todas sus fuerzas. Quería hacerse daño, demostrar al mundo y a sí misma que era una mujer fuerte y estoica, que podía soportar eso y mucho más. Había pasado por cosas peores. Había muerto y había resucitado.

El frío la ayudó a pensar con claridad. Repasó los últimos años desde que entró en la empresa, desde el mismo día en que conoció a Aitor («Uno de los jefes está buenísimo. Ojalá me cojan»). Cuando fantaseó con él por primera vez, cuando lo metió en su cama. Cuando se paseaba desnuda en su presencia solo para provocarlo, cómo se turbaba y balbucía. Si pudiese volver atrás, si hubiese una manera de recuperar el tiempo perdido. Si la vida diese una segunda oportunidad.

Pensó también en sus compañeros, y sintió rabia y ridículo y tristeza. Se dijo que no volvería a aquella oficina nunca más. Eso se había terminado para ella, hasta ahí había llegado. Se buscaría otro trabajo. Las cosas estaban complicadas, pero no imposibles. Podía hacerlo. Podía hacer lo que se propusiese.

La temperatura seguía bajando, cuatro grados ahora, y ella en jersey. Empezó a tiritar, de modo que puso rumbo a casa. Cuando llegó a su calle, el tipo de siempre la miró y, como siempre, susurró a su paso:

—¿Cocaína?



Ella siguió andando, pero luego se detuvo. Aquello sorprendió a ambos, al traficante y a la propia Nerea. Aunque, sin duda, más sorprendente resultó que se diese la vuelta y, en tono firme, le requiriese:

—Dame un gramo.

Tomás se dio por vencido tras un cuarto de hora girando la llave en el contacto sin ningún resultado. Buscó el número de asistencia en carretera entre los papeles del coche. Una voz femenina con acento sudamericano le tomó el parte de la situación y le garantizó que la grúa:

—Tardará quince minutos.

Tardó cuarenta, y en ese tiempo no pasó por allí un solo vehículo.

—¿Cómo es posible? —se preguntó Tomás en voz alta mirando a uno y otro lado de la carretera. Ciertamente, estaban en el culo del mundo.

De la descacharrada grúa que acudió por fin en su auxilio bajó un mecánico que por poco superaría los veinte años. Vestía un mono azul hasta la cintura y una camiseta blanca con lamparones de aceite en la pechera. Una rama tatuada le recorría el brazo derecho, desde el hombro hasta la muñeca, enredándose en unos músculos bien trabajados. De la rama brotaban hojas. De las hojas, flores.

Nada más verlo, se despertó en Donna un súbito interés por la mecánica. Estaba sentada en un tronco derribado, pero, tan pronto como el muchacho puso un pie en el asfalto, ella se incorporó de un brinco y desplegó una sonrisa que ponía de manifiesto el buen hacer de la odontología estadounidense.

El chico estrechó la mano de Tomás y saludó al resto con un golpe de cabeza. Dijo «a ver qué nos encontramos» y se asomó bajo el capó.

—¿Se ha parado de pronto? —preguntó mientras examinaba el panorama con actitud reconcentrada.

—Bueno —respondió Tomás con la mirada perdida en el motor—, hizo un ruido antes. Y luego, de repente, la quinta marcha... No sé cómo decirlo.

—Ha saltado —observó el mecánico—. Se ha salido.

—Eso es.

El chico dejó escapar un «ajá» gutural y abstraído. Luego toqueteó varios engranajes y dijo:

—Intente arrancarlo.

Tomás obedeció con diligencia y, contra todo pronóstico, el coche arrancó sin problema. Tess gritó «¡Bien!», pero entonces el vehículo empezó a emitir una cacofonía de chirridos ahogados.

—¡Vale! —gritó el chico mano en alto—. ¡Pare, déjelo!

Tomás detuvo el motor, que ronroneó con alivio.

—¿Es grave? —preguntó Tess.

El mecánico le dirigió una sonrisa que no tardó en posarse en Donna, que estaba a su lado. Tenía aquel muchacho un deje de estrella juvenil, como si fuese un actor interpretando un papel en el que no acabase de encajar del todo, demasiado guapo y cautivador para ese mono desgarrado.

—Hay que mirarlo bien —dijo retornando la vista a Tess—, pero tiene pinta de que va a ser del embrague. O a lo mejor del mecanismo de sincronización.

Tess no entendió una sola palabra. Tomás tampoco:

—Eso significa que...

—Significa que voy a tener que llevarme el coche al taller del pueblo.

Donna comprendió lo justo para dar un respingo. Se puso muy recta y, en su español con marcado acento americano, preguntó:

—¿Pueblo?

El mecánico señaló al frente, allí donde la carretera se perdía en la espesura del bosque.

—Está aquí al lado, a unos quince minutos. Suban a la grúa mientras engancho el coche.

Tomás llamó a Hugo, que aguardaba sentado en el arcén con su libro en las manos. Llevaba más de media hora enfrascado en la Tierra Media, ajeno al coche, al mecánico y al resto del mundo, rumiando otra vez un malhumor que evidenció poniéndose en pie sin mirar a su padre, sin dedicarle una sola palabra. «Como si también la avería fuese culpa mía —pensó Tomás—. Como si *todo* fuese culpa mía».

—Vamos a tener que reorganizar la agenda —dijo Tomás al ver la hora en el salpicadero de la grúa. Se había sentado delante por insistencia de Tess.

—Bueno —susurró ella. Y, por algún motivo, le vino a la mente una expresión aprendida de su abuela décadas antes—: Que sea lo que tenga que ser.

El mecánico no se calló durante todo el trayecto. Empezó glosando las virtudes de la zona: su naturaleza salvaje y hermosísima, moteada de muy pocos pueblos, «casi todos al sur», así como la afortunada circunstancia de no aparecer en las guías turísticas, «por lo menos, hasta ahora». Gracias a eso, apuntó, la huella humana apenas era perceptible en el paisaje.

—Mirad alrededor. —Había empezado a tutearles sin pedirles permiso —. No estamos ni a dos horas de Córdoba y parece que estemos en otro planeta.

Tenía razón. En torno a la carretera se desplegaba un paisaje verdísimo, desafiando el cliché que asocia el sur, cualquier sur, a la aridez y la aspereza. Nada allí era árido ni áspero. De cuando en cuando se cruzaban con algún letrero de madera que indicaba puntos de interés y rutas de senderismo. Pero coches, ni uno.

El chico, que se presentó como Roberto, «aunque todo el mundo me llama Beto», enumeró también la fauna de la sierra: lobos, lince, jabalíes, ciervos, nutrias, cigüeñas, varios tipos de buitres y diversas clases de águilas, imperial, entre otras. Luego se interesó por la historia de los viajeros. ¿Eran familia? ¿De dónde venían? ¿Adónde iban? ¿Qué hacían allí? Tess fue detallando todos esos particulares, y el chico prestó casi tanta atención a las explicaciones como a Donna, sentada junto a su madre en el asiento trasero. También ella buscaba la mirada del mecánico en el espejo retrovisor, sonriendo y asintiendo a las frases de su madre, como si estuviese muy de acuerdo con ser de Miami, con estar de viaje, con ir a Sevilla y más tarde a Granada.

El pueblo se reveló súbita e inesperadamente a la vuelta de una curva. Si algún cartel anunciaba su presencia, ninguno lo advirtió. En el centro de un frondoso valle, ocupando un claro ligeramente inclinado, emergía una población de apenas sesenta casas, casi todas ellas blancas, diseminadas sin orden ni concierto. Roberto, o Beto, dijo:

—Aquí es donde vivo. No es Miami, pero tiene sus ventajas.

Donna se fijó en una maltrecha cruz de piedra de unos dos metros de alto plantada en el mismo acceso del pueblo. La examinó con un interés casi seguro fingido y preguntó, en inglés y al retrovisor, qué demonios era aquello.

—El humilladero —dijo el mecánico como si con eso estuviese todo dicho.

Avanzaron en segunda por lo que parecía la calle principal sin cruzarse con una sola persona y se detuvieron frente a un taller mecánico que

permanecía con la portezuela abierta.

—Es de mi tío —aclaró el chico sin que nadie le preguntase—. Está fuera, de vacaciones, y estos días lo llevo yo.

Se bajaron todos de la grúa. El silencio era casi absoluto, quebrado tan solo por alguna voz a lo lejos, algún ladrido, el rumor de las ramas. Tess se percató de una cortina que se agitaba, alguien los observaba desde la primera planta de una casa. Miró, pero no vio a nadie.

—A ver —dijo el mecánico, y dio un golpecito suave en el capó del monovolumen—. Voy a tener que desmontar el embrague para ver qué pasa exactamente. Necesitaré tres horas o así. Podéis dar una vuelta por el pueblo. No es muy grande, ya lo veis, os van a sobrar dos horas y tres cuartos. La plaza está ahí —señaló— a la izquierda. Hay un bar, por si queréis tomar algo.

Tomás entregó la llave al mecánico y, sin más, los cuatro echaron a andar a paso lento por el centro de la calle.

—¿Qué hacemos? —preguntó Tess a Hugo, que seguía silencioso y enfurruñado.

El niño no se esperaba la pregunta y vaciló un momento.

—No sé. —Luego lo pensó mejor y añadió—: Tengo hambre.

—Entonces vayamos de caza —dijo Tess. Y guiñó un ojo a Hugo, que tampoco a eso reaccionó.

De camino a la plaza se cruzaron con dos señoras, ambas envueltas en batines ligeros, equipamiento reglamentario de la ancianidad rural española. Venían discutiendo sus asuntos a voz en grito, pero se interrumpieron para escrutar a los forasteros, a Tess particularmente. Les desearon los buenos días con un recelo momentáneo, pues, tan pronto pasaron de largo, reemprendieron su discusión como si tal cosa.

Aquel lugar despertaba en Tess una sensación ambigua. Todo transmitía armonía y paz, las fachadas encaladas, las montañas, la brisa y su murmullo. Era 2017, pero podría haber sido 2007 y también 1997. Esa indefinición temporal, ese desdén por el normal discurrir del tiempo provocaba en Tess una cierta zozobra. Nunca había visto un sitio así, tan firmemente enclavado en lo impreciso.

Llegaron a lo que Beto, el mecánico, había llamado «la plaza», pero que, en justicia, de plaza tenía poco. Había una fuente en el centro, seca y de diseño tan sobrio que lo mismo podría haberse tomado por un bloque de granito allí abandonado. Contemplaron lo que a todas luces debía de ser el ayuntamiento,

por las banderas lo dedujeron, en ese momento (o tal vez de manera perenne) cerrado a cal y canto. Tess divisó un tablón de anuncios junto a la puerta y se acercó a él con curiosidad. Había tres notas, encabezadas todas por una palabra para ella desconocida: «Bando». Las tres estaban firmadas por «La alcaldesa». Una se refería al lamentable estado del humilladero y a la urgente necesidad de hacer una colecta para restaurarlo. Otra estaba dirigida al vecino que había cogido por costumbre orinar en la fachada de Amparito. «Todos sabemos quién es y le pedimos, por este medio, que cese en su conducta». El tercer bando, todavía más extravagante, contenía un poema sobre la importancia de respetar el bien común. Tess empezó a leerlo, pero le aburrió en la segunda estrofa.

En la plaza había también un bar con tres mesas apostadas a pleno sol. En una de ellas charlaban dos hombres que interrumpieron su conversación sobre fútbol en cuanto ellos se aproximaron. Les habló el más joven:

—Buenos días —dijo en voz demasiado alta—. ¿Qué se les ofrece?

—Hemos tenido una avería —respondió Tomás haciéndose visera con una mano—. Acabamos de dejar el coche en el taller.

El hombre ladeó la cabeza en solidaridad.

—Vaya faena. Pero tienen suerte, dentro de lo malo. Beto es muy bueno. Mucho mejor que su tío. —El otro convino con un gesto—. A mí me ha arreglado el coche lo menos diez veces. Y tiene más de treinta años. El coche, digo. Un Ford Escort del 84, viejo como él solo, pero me sigue haciendo servicio. Si aguanta un poco más, lo venderé como antigüedad. —Soltó una risotada que nadie correspondió y se puso en pie—. Bueno, ¿les pongo algo?

Descubrieron así que quien les hablaba era el camarero o, más probablemente, el propietario de la tasca. Pidieron dos cervezas, dos Coca-Colas y tres paquetes de patatas. El otro hombre se levantó también de la silla y le dijo al del Ford Escort del 84:

—Va, compadre, te echo una mano.

Pasearon sus andares peculiares hasta el bar (el uno era cojo, el otro caminaba con las piernas exageradamente arqueadas). Cuando entraron, Tomás se volvió hacia Tess y le susurró:

—¿No querías ver la España menos turística? Pues aquí la tienes. En todo su esplendor.

Estaban los cuatro acomodándose en una mesa cuando una puerta se abrió en el extremo opuesto de la plaza y de allí surgió un hombre. Salió muy despacio, como un alma en pena asomando por entre los macarrones rojos de

la cortina. Tendría ochenta y tantos años, noventa quizás. Caminaba ayudado de una cachava de madera. Llevaba ropas oscuras a pesar del calor y un sombrero de paja ya destrenzada de tanto uso. A la sombra del ala, dos cejas blancas pobladísimas y unos ojos azules notablemente más vivos que el resto de su cuerpo.

Lo contemplaron en silencio, cautivados por aquellos movimientos que de tan lentos resultaban casi hipnóticos, hasta que el viejo se acomodó en una silla de madera que había junto a la puerta. Solo entonces levantó el anciano la vista, sonrió tibiamente y les saludó con un leve golpe de cabeza. Todos le devolvieron el saludo.

—Se llama Ángel —dijo el camarero con la bandeja cargada de vasos y botellines. Le acompañaba el otro, que traía los paquetes de patatas—. Es el más viejo del pueblo. Lleva treinta años sin decir una palabra.

—¿Es mudo? —preguntó Tess.

El del Ford Escort resopló, como si fuese aquella una pregunta de lo más peliaguda.

—Pues, mire, no sé qué decirle. Dejó de hablar el mismo día que murió su mujer, en el 87.

—En el 86 —le corrigió el amigo.

—Bueno, tanto da. El caso es que no habla desde entonces.

—A lo mejor —aventuró Hugo— es que no tiene nada que decir.

Y después, él mismo se quedó callado.

Pasaron dos horas en aquella terraza, dejándose acariciar por el sol. En una mesa cercana, los dos hombres acabaron aburriéndose del fútbol y se centraron luego en la persistente sequía que assolaba el sur del país, en cómo eso afectaría a las cosechas y a los incendios. Tomás y Tess los escucharon discretamente, sin intervenir. A ella le sirvió para aprender algunas palabras que olvidaría casi inmediatamente: «aguachirri», «plomillazo», «bichear».

Durante ese tiempo pasó por la plaza una docena de personas, de mediana edad los más jóvenes. Todas los saludaron y todas saludaron al viejo de la silla. «Buenas, Ángel», le decían, y él les correspondía con un gesto, a veces acompañado de una sonrisa, a veces desprovisto de ella.

Al levantarse, Tess se percató de que el anciano la contemplaba con una expresión que, en la distancia, le pareció conmovida. Ella se incomodó un poco y desvió la mirada. Luego, cuando se despidieron de él con la mano,

Ángel no sonrió en absoluto, ni parpadeó siquiera. Allí permaneció, con la mirada fija en Tess, a medida que esta se alejaba.

«Le has gustado al viejo», estuvo a punto de decir Tomás, pero le pareció inapropiado y lo dejó estar.

Aún tuvieron tiempo de recorrer el pueblo entero. Vieron una tienda que era al mismo tiempo panadería, quiosco y juguetería, y un botiquín farmacéutico en cuyos estantes de madera se exhibían unas pocas cajas de analgésicos, tarros y vendas. Pasaron frente a un bar con aspecto de llevar décadas clausurado y ante una suerte de supermercado sorprendentemente bien abastecido.

A medida que avanzaba la mañana, el pueblo fue ganando actividad. Llegó algún que otro paisano en moto y algún otro se fue. Se cruzaron con mujeres que cargaban bolsas de la compra y barras de pan. Todas los miraban con curiosidad, y hasta se giraban a su paso, evidenciando que los forasteros no eran ni mucho menos una estampa habitual por allí.

Beto los recibió en la puerta del taller limpiándose la grasa de las manos con un trapo ennegrecido. Después del breve paseo por el pueblo, aquel joven le pareció a Tomás todavía más fuera de contexto.

—¿Y bien? —preguntó.

El mecánico se guardó el trapo en un bolsillo del mono y señaló al interior del local. Allí estaba el coche, montado sobre una máquina hidráulica, a un metro sobre el suelo.

—Malas noticias —dijo—. Ha sido por el aceite de la caja de cambios. ¿Lo cambiaste hace poco? —Tomás asintió. Había llevado el coche al taller de siempre, muy cerca de su casa, unos días antes de emprender el viaje. Había pedido una revisión completa para asegurarse de que todo estaba en orden antes de echarse a la carretera—. Es una avería bastante común. A veces se sustituye el aceite GL-4 por el GL-5. Es prácticamente igual, la diferencia son los aditivos de fósforo y azufre. Lo que pasa es que, en algunos modelos, el GL-5 corroe unos componentes de la caja de cambios que se llaman «sincronizadores».

Tess, Donna y Hugo se volvieron hacia Tomás, quien, entregado a la impostura, asintió con el ceño fruncido.

—¿Entonces vale con cambiar el aceite? —preguntó, y Beto negó con la cabeza.

—No. Ojalá, pero no. Hay que pedir una pieza a la fábrica.



—¿A la fábrica? —preguntó Tomás. Eso sí que lo había entendido y no le gustaba cómo sonaba.

—Estas piezas solo las suministran ellos. Acabo de llamar y me han dicho que podría estar aquí en siete días como máximo.

Tomás se giró hacia Tess y la descubrió contemplando el cielo sobre sus cabezas, ajena, en apariencia, a las palabras del mecánico.

—Tess —dijo—, ¿has...? ¿Has oído eso?

Era la primera vez que Tomás la llamaba por su nombre y a ella le gustó. Su marido no la llamaba así. Él la llamaba Teresa. Decía: «Es un nombre precioso, no veo por qué debería llamarte de otra manera». En eso, como en tantas otras cosas, Jack anteponía su propia voluntad a la de ella.

—Tess —repitió Tomás desconcertado por la actitud de la mujer—. ¿Lo has oído?

—Sí —dijo ella con un sosiego que nadie supo interpretar. Seguía mirando al cielo—. Lo oí.

—¿Y bien? ¿Qué hacemos?

Tess no quería precipitarse. Sentía que aquella era una decisión trascendente, estaba segura de ello, pero ¿cómo explicárselo a quien no es capaz de creer en nada que no haya visto con sus propios ojos? ¿Cómo hacerle entender que lo más juicioso quizás no fuese *lo mejor* en esa ocasión? ¿Y cómo definir *lo mejor*? ¿De qué manera podía ella decirle a Tomás que aquel lugar le susurraba de una manera profunda, en absoluto lógica, en ningún caso racional?

—Mi seguro ofrece un coche de sustitución —insistió Tomás—. Podemos ir en taxi hasta Sevilla o hasta Córdoba y cogerlo allí.

Tess bajó por fin la vista del cielo despejado y, mirándolo, le preguntó:

—¿Y si nos quedamos aquí?

Tomás, que no era supersticioso y que, por lo tanto, solo veía en aquella situación el culmen de una cadena de azares desafortunados cuyo origen se encontraba en la torpeza de su mecánico, aquel que confundió un aceite con otro arruinando en el proceso algo llamado «sincronizadores», miró a Tess con un aire que de tan perplejo resultaba cómico.

—¿Aquí? —inquirió él, y luego paseó la mirada por aquella calle vacía y silenciosa.

—Hagamos una cosa —propuso Tess—. *American way*. Votemos. Que decida la mayoría, ¿sí? —Beto se apoyó en la pared y los contempló con expresión divertida—. ¿Quién quiere quedarse?

Lo preguntó con la mano ya alzada y se volvió en primer lugar hacia su hija. Donna vaciló un momento. Luego, miró de reojo al joven mecánico, que en ese momento se llevaba un chicle de nicotina a la boca. También ella alzó la mano.

—Bien, de vosotros depende —dijo Tess mirando alternativamente a Tomás y a Hugo.

—Si vosotras queréis quedaros, nos quedamos —declaró Tomás metiéndose las manos en los bolsillos.

—No —replicó Tess categóricamente—. Tiene que ser por mayoría. ¿Hugo?

Todos se volvieron hacia el niño, que, callado y cariacontecido desde el incidente de Ciudad Rodrigo, había presenciado la conversación desde una prudente distancia. Miró a Tess y, a continuación, miró a su padre. Observó el coche, montado en aquella máquina, y el tupido bosque al final de la calle.

Un águila imperial chilló sobre sus cabezas. Y Hugo levantó la mano.

Cuando el traficante, un muchacho árabe de veintipocos años, le entregó con discreción la papelina, Nerea la examinó en la palma de su mano, como si fuese aquello un ente desconocido, misterioso e indescifrable. Era, en realidad, todo lo contrario. Se trataba de un viejo y fiel amigo a quien no veía hacía tiempo.

—Guárdalo —le urgió el camello mirando en todas direcciones. Aquella calle estaba siempre llena de policías y no todos lo aparentaban.

Nerea se metió la papelina en el bolsillo y pidió al chico que se quedara la vuelta.

—No soy una panadería —dijo el muchacho devolviéndole unas monedas.

Nerea subió las escaleras de su edificio y fue entonces cuando cobró conciencia del frío que tenía. Le temblaba todo el cuerpo, los pies le latían y sentía los dedos muertos dentro de los botines. Decidió darse un baño caliente. ¿Cuánto hacía que no se bañaba? Una de las escasas virtudes de aquel piso era precisamente su bañera, vieja y desconchada, pero bañera al fin y al cabo. Cuando firmó el contrato se dijo: «Me bañaré todos los días», pero apenas lo hacía una vez al año, siempre en invierno, en días como aquel en que los pies se le morían dentro del calzado.

Fue directamente al baño frotándose los brazos. Abrió el grifo de la bañera y esperó sentada en el borde. En el móvil, cuatro llamadas perdidas y nueve mensajes, todos de Aitor. No leyó ninguno, ¿para qué? Sabía lo que le diría: «¿Dónde estás?, ¿qué te pasa?, no puedes hacer esto». A la mierda con él y con su empresa. A la mierda con todo.

Cuando el agua se caldeó lo suficiente, puso el tapón en el desagüe y fue hasta la cocina. En un armario, bajo el horno, guardaba los restos de la cesta de Navidad. Cogió una botella de cava todavía envuelta en celofán rosa y quitó el corcho con más urgencia que pericia, provocando que este saliese

disparado contra el techo. No se molestó en recogerlo. Tampoco buscó una copa. Dio un trago largo directamente de la botella y notó las burbujas jugueteando en su lengua, bajando por su garganta, derramándose en su estómago. Empezaba a entrar en calor.

Desplegó la papelina sobre la pila del baño, entre el dispensador de jabón y el cepillo de dientes de Eneko, que allí seguía, cubierto de pasta reseca. Trató de imaginar lo que él pensaría de ella y se sintió egoísta y desgraciada. Era un buen tipo y ella lo había jodido. ¿Por qué hacía eso? ¿Por qué era incapaz de mantener una relación? Agitó la cabeza para ver si así los pensamientos se iban, pero no se fueron. Para entonces el baño se había llenado de vaho. Nerea miró el espejo y este le devolvió la imagen brumosa e indefinida de una mujer de treinta y cuatro años que había vivido demasiado. Apartó la mirada y empezó a desnudarse. Al quitarse el pantalón le dio por llorar y no vio razón para cohibirse. Lloró al quitarse la camiseta y al quitarse los calcetines. Lloró mientras se desprendía del sujetador y de las bragas. El agua cubría más de media bañera y Nerea decidió que odiaba su cuerpo, tan flaco y huesudo, tan escasamente femenino. ¿Por qué lo estropeaba todo? ¿Por qué nada le duraba?

Contempló la papelina abierta sobre la pila y dio otro trago de la botella de cava. Aún no tenía el valor suficiente, pero el alcohol se lo daría. En rehabilitación alguien le dijo: «Drogadicta serás siempre. El reto es que te conviertas en una drogadicta no practicante». Y lo consiguió. Lo había sido durante años, pero eso estaba a punto de cambiar. Bastaba con inspirar. Tan sencillo como eso. Si esnifaba aquel polvo blanco, sus problemas desaparecerían en cuestión de segundos. A cambio, habría de sacrificar todo lo demás.

Lo meditó largamente, entre lágrimas y vapor. Arruinaría su vida. Se arrojaría de nuevo a aquel pozo sin fondo, cayendo para siempre, golpeándose contra las paredes, magullándose, descarnándose, hasta desvanecerse, ya solo un esqueleto, en la negrura y el olvido. Tanto tiempo lo sopesó que el agua acabó por desbordarse. Se quemó una mano al cerrar el grifo y el dolor le devolvió la perspectiva. En su mente se agolparon «Los Tres Años» de sensaciones. El sufrimiento, la ansiedad, el miedo; el rostro avejentado de su madre, la ausencia de su padre, las lágrimas y los gritos y los golpes y los fantasmas. «El dolor está para eso —le dijeron en rehabilitación—, para recordarnos que algo no marcha como debería».

No sabía cuánto se prolongaría aquel estado de conciencia, así que se apresuró a coger la papelina y, sin dudarlo, sin respirar siquiera, la arrojó por el retrete. Tiró de la cisterna y solo entonces, cuando el papelito hubo desaparecido por el desagüe, Nerea respiró de nuevo. Se quedó mirando la espiral de agua en el inodoro y pensó: «Ha estado cerca». Sentía pánico, pero ya no lloraba. Lo que experimentaba era el miedo de haber estado al borde del abismo, al capricho de un simple golpe de viento.

Esperó unos minutos antes de meterse en el agua. Abrasaba, pero el dolor la había salvado y así se lo agradecía ella, entregándose a él. Se arrodilló en la bañera y tomó la botella de cava. «Ha estado cerca», se repitió. Dio un trago, luego otro, y no tuvo más remedio que aceptar que algo debía hacer si no quería recaer tarde o temprano.

En rehabilitación se hablaba mucho de aquel momento. «Los recaídos», llamaban a quienes, años después de haberse curado, sucumbían de nuevo a la tentación y volvían allí despojados ya de esperanza, hundidos por su falta de voluntad, derrotados y rotos.

Por eso sabía Nerea lo que debía hacer a continuación. Se lo habían explicado muchas veces. Tenía que romper con todo, escapar, huir cuanto antes. Dejar su vida atrás e inventarse una nueva. Ya lo había hecho en el pasado. Así fue como llegó a Bilbao, a aquel barrio de mierda y a aquel piso miserable. Dio otro trago de la botella sellando así un pacto consigo misma. No se arrojaría al pozo. Quería vivir. Y viviría.

Esa misma noche, ya en pijama, se sentó delante del portátil y empezó a buscarse una nueva vida. La encontró, inesperadamente, a la una y cuarto de la madrugada.

Tomás, Tess, Donna y Hugo observaron la casa con extrañeza. No era, desde luego, una construcción habitual en aquella zona. Tenía dos pisos de planta rectangular y desprendía cierto regusto neoclásico. Había sido edificada en mampostería de piedra con esquinas de sillería. Podría haber sido majestuosa, pero estaba más cerca de la ruina que del esplendor. Tampoco ayudaba a la estampa general un destartado Mercedes 300 de mediados de los ochenta aparcado en un lateral del edificio.

Poco antes, Tomás había preguntado:

—¿Y dónde nos alojamos?

Estaban todavía en la puerta del taller y su hijo acababa de inclinar la balanza hacia la propuesta de Tess. Aunque Tomás formuló la pregunta mirándola a ella, fue Beto quien respondió.

—En el pueblo no tenemos hostales, pero hay un sitio aquí cerca. Queda a unos quince minutos a pie. En coche no tardamos nada. —Deslizó el chicle de un carrillo al otro y se volvió hacia Donna—. Os puedo llevar, si queréis.

En algo estaban de acuerdo todos: el emplazamiento era espectacular. La casa estaba ubicada en un pequeño claro artificial arrebatado al bosque. Se había despejado el terreno lo justo para erigir el edificio y dejar algo de espacio alrededor, no mucho. Además del vetusto coche, había allí una mesa grande de madera con cuatro sillas, tres vasijas teóricamente decorativas sin nada más que tierra dentro y una bicicleta híbrida apoyada junto a la puerta.

—La casa del indiano —proclamó el mecánico a modo de presentación.

Para llegar hasta allí habían tomado la carretera principal desviándose luego por un camino terroso, una pista tortuosa y llena de curvas sin ninguna señalización. Era, pensó Tomás, como si la existencia de aquel sitio fuese un secreto reservado a unos pocos.

—La mandó construir en los años sesenta uno del pueblo que se fue a México —explicó Beto paseándose por un lateral de la casa—. Mandó los

planos y todo. La diseñó un arquitecto amigo suyo. Hay quien dice que era su novio, y que por eso se fue del pueblo, porque era homosexual. Vete a saber, no sé. Dicen que su plan era volver a España al jubilarse y pasar aquí sus últimos días, con su novio.

—¿Y lo hizo? —preguntó Tess, cautivada ya por la historia—. ¿Regresó?

—No. Parece que se murió antes. Y del amigo o novio o lo que fuese nunca se supo. Nadie reclamó la casa y aquí se quedó. Estuvo abandonada un montón de años. Los niños de la zona veníamos aquí y nos colábamos dentro. Creíamos que estaba encantada. Luego la cogió el ayuntamiento y la reformó un poco. Querían hacer un hotel rural, pero llegó la crisis y el proyecto se quedó empantanado.

En ese punto abandonó Beto la historia, provocando que, tras una pausa, Tess preguntara:

—¿Y qué pasó luego?

—Pasé yo, supongo.

Nerea abrió la puerta de la entrada, que emitió un chirrido de goznes oxidados. Iba descalza, llevaba un florido vestido de verano y lucía un moño parcialmente cano. El mecánico la saludó con una sonrisa.

—¿Estáis de ruta turística? —preguntó acercándose a ellos.

Entre Tomás y Beto se lo explicaron: el viaje a Sevilla, la avería, la pieza. Nerea escuchó el relato sin perder la sonrisa, pivotando entre los dos hombres y atendiendo, de vez en cuando, a las reacciones de Hugo y de las dos mujeres.

—Pensábamos quedarnos por aquí —dijo Tess—. ¿Sería posible?

Nerea iba a responder, cuando una yegua color arena emergió de entre los árboles, no muy lejos de donde estaban, y captó la atención de Hugo.

—¡Un caballo! —gritó.

El animal, de crin larga y blanquecina, levantó la vista hacia el niño. Mascaba hierba plácidamente y agitó la cabeza para espantar las moscas que le rondaban.

—Es una yegua —le corrigió Nerea—. Se llama Daisy. Puedes acariciarla, mira.

Nerea se aproximó al animal y le pasó una mano por el hocico. La yegua relinchó plácidamente y latigó la cola con poderío. También Donna se acercó y le acarició el lomo. Estaba familiarizada con los caballos; había ido a hípica unos meses, en Miami, pero le resultaba un entretenimiento extenuante y lo había dejado.

—¡Vamos! —animó Nerea a Hugo, que seguía clavado en la misma posición—. No te va a hacer nada.

El niño miró a Donna dubitativo y solo cuando esta asintió con una sonrisa se animó él a tocar a la yegua. Lo hizo con precaución, imitando los movimientos de la chica.

—Está preñada —dijo Nerea—. Ya no le queda mucho, ¿verdad que no, Daisy?

Un golpe de viento hendió las ramas de los árboles y los envolvió en un susurro de hojas.

—Tengo dos habitaciones arriba —indicó Nerea señalando las ventanas altas de la casa—. De vez en cuando se queda gente, pero os aviso de que no tengo licencia hostelera. O sea, que no puedo cobraros legalmente ni haceros factura ni nada. Si aun así os interesa, son ochenta euros cada habitación, desayuno incluido. No esperéis un gran bufé. Suelo poner tostadas, fruta y cereales. También puedo haceros la comida y la cena, pero eso lo cobro aparte. Si me acompañáis, os enseño la casa.

Dentro, la temperatura era sensiblemente más baja que en el exterior. Nerea les mostró primero el salón. Había una chimenea ennegrecida, dos sofás grandes y viejos y un sillón orejero igualmente destartado sobre el que reposaban varios suplementos dominicales con las páginas arrugadas. También una mesa barata de Ikea y una televisión diminuta para los estándares contemporáneos. Apoyada en una pared, cerca de una ventana, estaba la fotografía enmarcada del niño con las botellas. Tomás la señaló, pero no llegó a decir nada.

—Es preciosa, ¿verdad? —manifestó Nerea, y Tomás se limitó a asentir. Se volvió hacia Hugo con la intención de decirle «¡el fotógrafo del que te hablé!», pero el niño estaba más interesado en un altavoz apoyado junto a la tele.

La cocina, destartada pero muy limpia, estaba equipada con una vieja nevera ronroneante y dos fogones de hierro fundido que Donna contempló como si se tratase de una misteriosa tecnología extraterrestre.

De camino a las escaleras que comunicaban con la planta superior, pasaron de largo frente a una puerta cerrada. A su altura, Nerea aclaró:

—Este es mi dormitorio, tiene su propio baño. No os lo enseño porque... en fin, no esperaba visitas.

Las escaleras, muy estrechas, no les dejaron otra opción que subir en fila india. Arriba había tres puertas y Nerea las abrió todas. Dos de ellas daban



acceso a las habitaciones. Eran austeras, equipadas con dos camas cada una, dos mesillas, una cómoda, una pequeña mesa con su silla y un armario de madera. Habrían de compartir baño en el pasillo, la tercera puerta. A Tess le pareció una incomodidad soportable, pero pensó en su hija y en sus concienzudos cuidados capilares diarios. Se percató, gracias a eso, de que Donna no estaba con ellos. Mientras Tomás inspeccionaba el baño, Tess se acercó a las escaleras. Oyó la voz de su hija en la planta baja, trezada con la del mecánico. Él se esforzaba en chapurrear frases en inglés. No lo hacía mal del todo.

Unos minutos después, los cuatro salieron al exterior acompañados de Beto. Nerea se quedó en la casa, «os dejo que lo penséis tranquilos», pero lo cierto es que no hubo mucho que pensar.

—Es perfecto —aseveró Tess con una rotundidad extraña en ella, y Tomás no supo si se refería a la casa o a algo más amplio y genérico que se le escapaba.

—¿Sí? —cuestionó Tomás—. ¿Nos quedamos aquí entonces?

—Por mí, sí. ¿Qué decís vosotros?

Se giró hacia los jóvenes. Hugo se había metido las manos en los bolsillos y espiaba de reojo a Daisy, la yegua, un poco tenso todavía. Al verse interpelado, se limitó a encoger los hombros en respuesta, acompañando el gesto de un lacónico:

—Vale.

Donna fue más efusiva.

—*It's beautiful!*

—¡Nerea! —vociferó el mecánico, palpablemente satisfecho por la valoración de la muchacha. La mujer asomó por la puerta con unas bailarinas negras en las manos—. Se quedan.

—¡Qué bien! —exclamó ella mientras se calzaba, apoyada en la pared de piedra—. Estaba pensando que os puedo dejar mi coche para que hagáis excursiones. Yo me muevo en bici, así que no lo necesito. A eso invita la casa.

Tomás miró el viejo Mercedes. Se preguntó si arrancaría.

Tenían que coger las maletas en el coche, de modo que Beto los llevó de regreso al pueblo. Nerea los siguió con su Mercedes que, en efecto y contra todo pronóstico, se movía. Lo hacía, eso sí, ruidosa y trabajosamente, como si cada centímetro que avanzaba amenazase con ser el último de su ya dilatada existencia.

Durante el trayecto, de apenas cinco minutos, Tomás aprovechó para sonsacar al mecánico tanta información como pudo. Se esforzó por adoptar un tono casual y despreocupado, no quería que pareciese un interrogatorio, aunque, en el fondo, fuese exactamente eso.

—Nerea no es de por aquí, ¿verdad?

—No —respondió Beto al volante—. ¿No has notado el acento? Es medio vasca. De Navarra, me parece. Alquiló la casa hace dos años y pico, por internet.

—¿La rentó por la internet? —preguntó Tess sorprendida.

—Sí. El ayuntamiento colgó el anuncio en una página inmobiliaria. Fue idea mía —apostilló con una sonrisa orgullosa—. Estaba abandonada y pensé que así, por lo menos, se sacaría algo de dinero para el pueblo. La crisis pegó fuerte en la región. Muchos aquí trabajaban en el parque natural hasta que vino el gobierno con los recortes. La mayoría de mis amigos se marcharon a Sevilla y a Córdoba, por eso hay tantas casas vacías. Ya solo quedan viejos.

—¿A qué se dedica Nerea? —se apresuró a preguntar Tomás antes de que la conversación se desviase demasiado.

—Bueno, hace de todo un poco. Lleva la web del pueblo, porque controla de esas cosas, y dos veces por semana da clases de informática a los ancianos. Le paga el ayuntamiento.

—¿Y qué...? —empezó Tomás, pero se interrumpió y miró por la ventanilla (bosque y más bosque) cavilando la manera más adecuada de articular su siguiente pregunta—. ¿Qué hace aquí?

Beto desplegó media sonrisa.

—¿Tan horrible te parece esto?

—No quería decir eso —aclaró Tomás.

El mecánico le guiñó un ojo.

—Que te he entendido, hombre. —Luego se centró de nuevo en la carretera—. No lo sé, la verdad. No tiene familia en la zona ni conocía a nadie antes de llegar. Alquiló la casa por internet, ya os digo, y apareció un día con una furgoneta de mudanza.

—¿Sin más?

—Sin más. Ni siquiera vino a verla antes. Ni a ver el pueblo tampoco. —Forzó una pausa y añadió—: No es que hable mucho de sí misma.

A Tomás, como es lógico, esa explicación le resultó del todo insatisfactoria. Uno no se traslada a un sitio como ese «sin más». Navarra quedaba muy lejos de allí. Nadie alquila una casa por internet, sin verla antes, en el extremo opuesto del país y en mitad de la nada si no tiene un buen motivo para ello. ¿De dónde sacó el dinero? ¿Buscaba algo? ¿Huía de algo? ¿De alguien tal vez?

Aparcaron en la puerta del taller. Beto ayudó a Tomás a trasladar las maletas del monovolumen al Mercedes, descubriendo así que ya no quedaba sitio para los pasajeros. Nerea propuso lo siguiente:

—¿Por qué no coméis algo mientras yo me llevo el equipaje? Tardaré veinte minutos como mucho.

—¿Seguro? —preguntó Tomás recorriendo con la vista las seis maletas—. Pesan mucho.

—Tranqui. Soy una chica fuerte.

Tomás intercambió el teléfono con el mecánico y este le prometió mantenerlo puntualmente informado de cualquier eventualidad. Luego, los cuatro echaron a andar de vuelta a la plaza por la sombra que ahora, cerca ya de las tres, proyectaban las casas blancas. Tess se preguntó si el anciano seguiría allí sentado. No le apetecía sufrir de nuevo su descarada curiosidad o lo que quiera que subyaciese en aquella mirada suya. Tuvo suerte. Aunque la silla permanecía junto a la puerta de macarrones, no había rastro del viejo más viejo del pueblo.

Quien sí seguía allí era el del Ford Escort y, nada más verlos doblar la esquina, se interesó por el estado de su coche. Tomás se lo detalló mientras se acomodaban en la única mesa resguardada del sol bajo una gran sombrilla de propaganda. Le dijo también que se quedarían en «el hotel de Nerea».

—¿El hotel de...? ¡Ah! ¡La casa del indiano! Muy bien. Entonces espero que se pasen esta noche a tomar algo por aquí. Hago unos combinados buenísimos.

—¿Daiquiris también? —preguntó Tess con picardía.

—Ozú. ¿Que si preparo daiquiris? Pregunte por el pueblo. No hay nadie aquí que prepare unos daiquiris como los míos.

Lo dijo con un salero tal que hasta Hugo sonrió. Y, por primera vez, Tomás pensó que tal vez sí fuese una buena idea quedarse allí después de todo.

Nerea regresó a la media hora, justo cuando ellos acababan sus bocadillos. Aparcó de cualquier manera al lado de la fuente seca y, animada por Tess, se sentó en una silla y pidió una caña al camarero, a quien se dirigió como Toro.

Estuvieron un buen rato charlando apaciblemente sobre la vida en aquel lugar: su economía, su demografía, las aspiraciones sencillas de sus gentes, la casi total ausencia de incertidumbre (más allá, como es obvio, de la inevitable incertidumbre biológica: la enfermedad y la muerte). A petición de Hugo, hablaron también de Daisy. Nerea contó que se la había *prestado* un tipo del pueblo, un tal Daniel, que no sabía qué hacer con ella. Era, dijo, una cuestión meramente práctica. Daisy mantenía a raya la hierba que rodeaba la casa impidiendo que creciese sin orden ni concierto.

—Si no la tuviese a ella, el bosque me comería.

De las pocas personas que pasaron por allí, todas saludaron a Nerea. Algunas se detenían y cruzaban unas palabras con ella. Era una excusa para contemplar de cerca a sus acompañantes, a quienes Nerea presentaba simplemente como «unos turistas». Una septuagenaria ataviada con una bata rosa y unas extravagantes deportivas plateadas le rogó que se pasara por su casa tan pronto como le fuese posible. Necesitaba ayuda con alguna gestión, no acababa de entender un papel, un documento municipal, algo relacionado con unas tierras. Poco después, un hombre en la cincuentena pasó en un coche escacharrado y, por la ventanilla, le gritó «¡qué bien me vienes!» antes de parar y acercarse a ella con un móvil en la mano.

—Mira a ver, porque se me han vuelto a borrar todas las fotos del WhatsApp. Te juro que no he tocado nada.

Nerea respondió a todas y cada una de las peticiones con una sonrisa paciente, adaptando su talante al de su interlocutor, ahora socarrón, ahora

dulce, ahora descarado. Tess escrutó cada uno de sus gestos e inflexiones. ¿Qué edad tendría? ¿Cuarenta? ¿Más tal vez, cuarenta y cinco? No había manera de inferirlo de su conducta ni de su físico. Al igual que aquel lugar, también Nerea parecía sumida en la imprecisión temporal.

A media tarde, Tomás se sentó al volante del Mercedes. «Así te vas acostumbrando», lo animó Nerea. Habitado como estaba a su monovolumen, aquello le resultó de lo más estresante. El motor apenas tenía potencia, el sistema de aire no funcionaba y la dirección definitivamente había visto tiempos mejores. Circuló despacio y tardaron algo más de ocho minutos en llegar a su destino. Para entonces, la camiseta de Tomás estaba empapada en sudor, en parte por el calor y en parte por la tensión.

Nerea les entregó dos juegos de llaves, uno a Tess y otro a Tomás, aunque, aclaró, «siempre dejo la puerta abierta».

—¿Quieres que te deje el DNI? —preguntó Tomás.

A lo que ella respondió con media sonrisa y con un escueto:

—No.

Decidieron descansar el resto de la tarde. Tess se tumbó en la cama y Tomás se duchó en el baño común de la planta de arriba que, descubrió, carecía de pestillo. Los cinco minutos que estuvo bajo el agua se los pasó en un estado de constante alerta, convencido de que alguien abriría la puerta en cualquier momento.

Hugo y Donna pidieron la clave del wifi, pero resultó que no había clave. Se recostaron ambos en el sofá del salón y estuvieron navegando y chateando y hablando sobre las cosas que veían: el vídeo de un perro amedrentado por un ratón, el último videoclip de Rihanna, el nuevo tráiler de Pixar.

Después de la ducha, Tomás se sentó en la silla de su habitación y, a solas, extrajo de la mochila una carpeta de plástico transparente donde guardaba el plan de viaje. Allí tenía los localizadores de todos los hoteles ordenados cronológicamente. Con los papeles en una mano y el móvil en la otra, anuló la reserva de Sevilla, lo cual, le recordó el recepcionista, conllevaba una penalización que sería cargada en su tarjeta de crédito.

Después, decidió salir a inspeccionar los alrededores. Tess seguía en su habitación, los chicos en el salón y Nerea parecía haberse marchado al pueblo. Eso dedujo al ver que la bicicleta ya no estaba apoyada en la entrada. Fuera seguía haciendo calor, pero no tanto como horas antes. También la luz era distinta, más cálida, más suave. Más agradable.

Se alejó de la casa con pasos lentos hasta llegar al límite del claro. Entonces, siguió caminando, bosque a través, en línea recta. La vegetación se fue espesando, los árboles fueron poco a poco tapizando el cielo y, cuando al volver ya no pudo divisar la casa, se detuvo, buscó a su alrededor y se sentó en una piedra grande. Estaba envuelta en un moho amarillento ligeramente húmedo, pero no le importó. Permaneció gozosamente concentrado en los sonidos de la naturaleza, ninguno de los cuales, salvo el roce de las hojas, supo asociar a nada en concreto. Tampoco sabía qué árboles eran aquellos, ni qué plantas, ni qué pájaros. Por lo que a él respectaba, todo cuanto le envolvía carecía de nombre. Eran objetos genéricos, tan solo árboles, plantas, pájaros. Sacó el móvil del bolsillo y comprobó que hasta allí llegaba la cobertura. Mínima, tan solo una rayita, pero quizás suficiente para hacer una llamada.

Agenda, favoritos, Pat.

—Tomás —respondió ella a la tercera señal. No se le oía demasiado bien, tampoco demasiado mal—. ¿Qué tal? ¿Estáis ya en Sevilla?

Él negó con la cabeza aunque ella no pudiese verle.

—No. Ha habido un cambio de planes.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado ahora?

Le habló del aceite equivocado, de la caja de cambios arruinada y de esa pieza que llegaría en no más de siete días. Pat exclamó al otro lado: «¡Qué me dices!», «¡no me lo puedo creer!», «¡qué mala suerte!». Le habló también de la casa del indiano y de su regente, una mujer que alquilaba habitaciones sin permisos ni facturas a turistas extraviados.

—El sitio es bonito —dijo mirando hacia arriba, a las copas de los árboles que camuflaban el cielo—. Y tranquilo. Para que te hagas una idea, somos los únicos turistas. El plan es hacer excursiones desde aquí. La dueña de la casa nos deja su coche.

Él empezó a departir sobre el desvencijado Mercedes, pero a Pat no le interesó y preguntó por Hugo. Que cómo estaba, si seguía enfadado, si ya le hablaba. Le pidió que se lo pasara y Tomás le aseguró que la llamaría por la noche, antes de cenar. «Ahora está jugando», adujo sin entrar en más detalles. Después de eso ya no tuvieron más que decirse. Se despidieron como siempre, con un beso, y Tomás se quedó allí sentado, en la piedra húmeda, con el móvil en las manos y una cierta sensación de desamparo. La naturaleza, al parecer, le provocaba ese efecto. Escuchó el trino de los pájaros, levantó la vista, pero no vio ninguno. Se preguntó cómo sería vivir en mitad de todo aquello. Qué haría la gente día tras día, año tras año. El mecánico, por ejemplo. Beto. Era muy

joven, tenía la vida entera por delante, ¿por qué no se largaba? ¿Acaso no veía que aquel sitio no le deparaba absolutamente nada? ¿Es que no tenía ninguna aspiración, ningún horizonte? ¿Era posible que se conformase con arreglar los coches de los lugareños y los monovolúmenes de los turistas durante el resto de su vida?

Se hizo esas y similares preguntas para ver si así acallaba aquel desvalimiento cuyo origen seguía sin identificar. Funcionó solo en parte. Luego, se puso en pie, se sacudió el trasero y emprendió el camino de regreso. Nada más emerger al claro, divisó la bicicleta de Nerea y a Nerea sobre ella avanzando con lentitud por el serpenteante camino de tierra. Ya estaba cerca de la casa, pero cuando Tomás la saludó con un gesto, ella giró el manillar y pedaleó a su encuentro.

—¿Explorando el territorio? —preguntó la mujer.

—Tenía curiosidad por saber si habría cobertura en el bosque.

Nerea sonrió.

—Yo hice lo mismo al llegar aquí.

Ella se bajó de la bici y caminaron despacio hacia la entrada.

—Aclárame una cosa —dijo Nerea—. Tú eres el chófer, ¿no?

—Algo así, sí.

—Entonces, ¿por qué viajas con tu hijo?

—Ya, bueno... La verdad es que no soy chófer exactamente. Es más complicado.

—¿Cómo de complicado?

Nerea se detuvo para quitarse las bailarinas, que lanzó al interior del cesto. Tomás le miró los pies ahora descalzos sobre la hierba. Eran pequeños y muy huesudos.

—Es una especie de... trabajo casual.

—Anda. ¿Y cómo es eso?

—En realidad me dedico a otra cosa. Soy cámara de televisión.

—Ya. Vale, vale. —Nerea se detuvo, con aire pensativo, forzando a Tomás a hacer lo propio—. ¿Puedo probar?

—¿Probar qué?

—A ver... Estás divorciado y ves poco a tu hijo. Hugo vive con su madre, imagino. Entonces, por algún motivo, no sé, el que sea, te salió este trabajo y te pareció buena idea viajar con él. Para reforzar lazos. Porque os estabais distanciando, ¿no? O... No, espera. Hay otro tío. ¿Es eso? Tu ex ha empezado a vivir con alguien. Hugo ahora tiene un padrastro y pensaste: no

puedo dejar que me tome la delantera. —Tomás parpadeó con pasmo—. Supongo que esa cara quiere decir que he acertado.

—Yo... —farfulló él—. ¿Es...? Joder. ¿Es tan evidente?

—No, tranqui. Es que se me dan bien estas cosas. —Se puso de puntillas y, con una gran sonrisa, dijo—: Ahora prueba tú conmigo.

—No —dijo Tomás con contundencia—. A mí no se me da bien.

—¡Venga! ¡Juégatela, es divertido!

Y al decir esa palabra, «divertido», Nerea lo cogió de la camiseta y tiró hacia sí, atrayéndolo un poco. A Tomás aquel exceso de familiaridad le resultó chocante, pero no molesto. No le resultó molesto en absoluto.

—No sé... —dijo él. A unos metros de ellos, Daisy, la yegua, pastaba entre los neumáticos del Mercedes sin prestarles la menor atención—. Te largaste de tu casa huyendo de algo. O de alguien. Encontraste esto por internet, eso lo sé porque nos lo dijo Beto. Era muy barato y te pareció que estaba lo suficientemente lejos y lo suficientemente escondido. Aquí nadie te conocía. Aquí no te cruzarías con... lo que sea de lo que estabas huyendo. Pero no contabas con sentirte tan sola, eso no te lo esperabas. Así que, cuando te ofrecieron la yegua, te pareció estupendo aunque no tenías ni idea de animales. Te dijeron que era por la hierba, y eso es lo que le cuentas a todo el mundo. El problema es que, con el tiempo, te diste cuenta de que Daisy no era suficiente, que seguías sintiéndote sola. Y entonces se te ocurrió acoger gente en casa. Así podrías hablar con alguien. Con un poco de suerte, sería gente más o menos de tu edad, con unos gustos más o menos parecidos a los tuyos. El tipo de gente que no hay en el pueblo. Cobras a los pocos turistas que pasan por aquí, pero estarías dispuesta a pagar por que te hiciesen compañía un rato y te contasen cómo van las cosas ahí fuera, en el mundo real.

Tomás dijo todo observando su alrededor, y solo cuando hubo terminado se centró en la mujer. Descubrió entonces un semblante serio, casi afligido. Y Tomás, por lo general cortés y mesurado, se arrepintió inmediatamente de todas y cada una de las palabras que acababa de pronunciar. A punto estuvo de disculparse, pero entonces ella recuperó la sonrisa y dijo:

—¿Y bien?

—Y bien, ¿qué? —preguntó Tomás confundido.

—¿Cómo van las cosas en el mundo real?



A las nueve, mientras Nerea preparaba la cena, los cuatro huéspedes colocaron en la mesa exterior un mantel de color turquesa, servilletas, platos, vasos y cubiertos, además de una docena de velas que Hugo procedió a encender. Nerea descorchó una botella de vino, un blanco seco de la región, y los adultos se sirvieron una copa. Fue Tess quien propuso el brindis:

—Por los imprevistos.

Donna se encargó de la parte electrónica de la velada. Su misión consistía en sacar un pequeño altavoz Sony y conectarlo a través de *bluetooth* a una tableta. Lo consiguió en unos minutos, y en el claro empezaron a sonar las voces, todas melancólicas, que Nerea agrupaba en una lista de Spotify titulada precisamente «Cena»: Frank Sinatra, Bing Crosby, Nina Simone, Billie Holliday, Sarah Vaughan, Tony Bennett...

El menú, estrictamente vegetariano, consistía en tres platos: ensalada de pepinillo y yogur, tortilla de zanahoria y judías, y champiñones al ajillo. Fue una noche agradable y cálida. Nerea hablaba un inglés excelente y en todo momento se esforzó por integrar a Donna en las conversaciones. La anfitriona se mostró muy interesada en la vida en Miami, una ciudad que, según confesó, solo conocía por las películas y las series de televisión. Preguntó por el clima y por el turismo y quiso saber el precio de un piso y el de un café. Cuando Tess contó que, como decoradora, a veces trabajaba para personajes populares, Nerea se revolvió en la silla y exigió nombres. Tess dio algunos, la mayoría desconocidos para los españoles; jugadores de béisbol, estrellas de lucha libre, presentadores de televisión... Omitió deliberadamente a Ismael, a quien sí habrían conocido, y Donna no pareció reparar en ello.

La yegua se aproximó una sola vez a la mesa, cuando aún quedaba algo de azul en el cielo. Luego, se perdió entre los árboles y ya no volvieron a verla. Donna preguntó, en inglés, quién era el padre del potro que Daisy esperaba.

—Es un misterio. —Todos sonrieron—. No es broma. Lo digo en serio. No sé cómo ha podido quedarse preñada. Lleva conmigo más de un año y yo no tengo ningún caballo, ya lo veis. A lo mejor por las noches se va hasta el pueblo y tiene allí un *affaire* con alguno.

Hablaron de las aficiones de cada uno, de fotografía (Tomás), de cine (Nerea), de bailar (Donna) y de novela negra (Tess). Hugo dijo que le gustaba el baloncesto. Nada más oírlo, Nerea se puso en pie de un brinco.

—¿De verdad?

No dejó que respondiera. Entró corriendo en la casa y, casi de inmediato, regresó con una canasta portátil en una mano y una pelota de baloncesto en la otra. Se encaramó a una silla y colgó la canasta de plástico en la rama de un árbol cercano.

—¡Estoy harta de jugar sola!

El balón apenas botaba sobre aquel suelo terroso, menos aún en la hierba, pero eso no impidió que Nerea y un entusiasta Hugo jugasen durante un rato. A ellos, inesperadamente, se acabó sumando Donna. Era muy torpe, y el balón se le escapaba cada dos por tres, de modo que Hugo le dio algunos consejos en *spanglish* («flexiona las *legs*», «*put straight* la espalda», «*look to the canasta before* lanzar»). En la mesa, aferrados a sus copas de vino, Tess y Tomás animaban a la chica, que se desmelenó, metafórica y literalmente, como no lo había hecho desde su llegada a España.

Poco después de las once, Donna anunció que se retiraba a la habitación y Hugo también. Quedaron solos los adultos y una botella de blanco, la segunda ya. Tomás miró la luna, creciente casi llena, y la descubrió rodeada de estrellas. Exclamó:

—¡Qué maravilla!

Nerea trazó con un dedo una franja blanca que partía el cielo en dos mitades. La Vía Láctea. Aquello, les dijo, era lo mejor de vivir allí: «las noches despejadas».

—¿Cómo acabaste aquí? —preguntó Tess.

Nerea sonrió, lanzó a Tomás una mirada cómplice muy poco discreta, y rellenó las tres copas.

—Antes vivía en Bilbao, una ciudad del norte. —Tess no la conocía, pero asintió igualmente—. Tenía un buen trabajo y algo parecido a una pareja. Lo tenía todo, o todo lo que se supone que hay que tener. Me iba bien, no me podía quejar.

Hizo una pausa y jugueteó con la copa haciendo girar el vino en su interior, como hacen los catadores para comprobar la densidad, eso que llaman «la lágrima». Nerea había contado esa misma historia tantas veces, a tantos desconocidos, que ya casi había llegado a creérsela. Casi.

—Pero un día me levanté y me di cuenta de que aquel no era el tipo de vida que quería llevar. Que no quería vivir allí, que no podía con la humedad ni con la lluvia. Que no me gustaba mi trabajo, que lo detestaba, que mi novio no era... Bueno. Digamos que no me merecía.

Tess apoyó los codos en la mesa, toda su atención centrada en el relato. Entendía perfectamente lo que Nerea estaba enumerando, aquel inventario de desgracias.

—Una noche me emborraché sola en casa y me tiré cuatro horas navegando por portales inmobiliarios. Estaba decidida a largarme de allí. Quería empezar de cero, donde fuera, cuanto más lejos, mejor. De madrugada, cuando ya estaba medio dormida, encontré esta casa. —Señaló a su espalda con un pulgar—. Había ocho fotos mal hechas, torcidas y muy oscuras. No se veía casi nada, pero estaba claro que era una ruina. La alquilaban por seiscientos euros al mes. ¡Seiscientos euros! Eso era menos de lo que yo estaba pagando por un piso enano en Bilbao. Llevaba años ganando bien, tenía mis ahorros, así que me dije: a la mierda con todo. Probemos. Siempre hay tiempo para arrepentirse, ¿no? Siempre se puede volver. Me quedé dormida en el sofá. Me desperté con una resaca espantosa, pero me seguía pareciendo buena idea. Así que llamé al número de teléfono que venía en el anuncio y... Bueno. Aquí estoy.

Tomás no se creyó una sola palabra. Eso no le impidió asentir, fingiendo acuerdo y comprensión, cada vez que Nerea posaba su mirada en él. No dudaba de que hubiese algo de verdad en todo aquello, pero estaba convencido de que, si la había, era solo la punta del iceberg. La punta de la punta, una diminuta astilla de hielo bajo la cual se agazapaba una realidad inmensamente mayor que Nerea prefería guardarse para sí, lo cual resultaba del todo comprensible. ¿Por qué habría de desvelar sus intimidades a un par de desconocidos?

Nerea era una mujer vehemente, estaba claro, y esa parte de su relato, la decisión impulsiva, el «a la mierda con todo», tenía visos de realidad. Parecía, en efecto, una persona lo suficientemente audaz e insensata como para alquilar una casa destartada con solo una llamada telefónica. Sin duda era capaz de mandarlo todo al carajo por la mera promesa de un quién sabe.

Tomás lo supo aquella tarde, cuando le adivinó media vida y le tiró luego de la camiseta. «Juégatela —le había dicho—, es divertido». Y lo ratificó (que era impulsiva, vehemente, insensata) por la noche, mientras Tess y él ponían la mesa. Nerea cocinaba y, en un momento dado, sus miradas se cruzaron. La de ella fue peculiar, claramente subversiva, la clase de mirada alborotadora de ánimos que no puede lanzarse accidentalmente, sin buscar una respuesta, sin perseguir una complicidad. Nerea era la clase de persona que valora las consecuencias de sus actos tiempo después de cometerlos, o quizás nunca. Era, eso le parecía a Tomás, un ser completamente libre y, por tanto, peligroso.

Nada de eso habría tenido la menor importancia de no ser porque, en el curso de aquella mirada insurrecta, a Tomás empezó a parecerle una mujer atractiva. Fue como si el descaro revelase ante sus ojos la belleza de sus rasgos: las cejas pobladas, los labios finos, la nariz puntiaguda, los pechos minúsculos.

Tomás era un tipo discreto y educado, no reprimido pero sí dotado de un altísimo autocontrol. Su desgracia, la que destacaba sobre todas las demás, es que seguía amando a su exmujer, a pesar de que su exmujer ya no lo amaba a él. Y los hombres enamorados, se supone, no se acuestan con la primera que pasa, por más que les gusten sus cejas y sus labios y su nariz y sus pechos. Esa era su teoría, y era cabal y era lógica. Pero esa teoría no tenía en cuenta el calor y el vino, jamás contemplaba que las estrellas brillaran, que la Vía Láctea partiera el cielo por la mitad ni que Billie Holliday sonara a la luz de las velas.

Y Tomás, que no había deseado a ninguna mujer desde que una tarde aciaga fue expulsado de su hogar, se vio esa noche súbitamente desbordado por tres años de deseo contenido.

## Quinta lección.

Tess se despertó con dolor de cabeza. Estaba sola en la habitación y lo primero que oyó fue la risa de su hija. Sonaba fuera, en el claro. Voceaba frases en un idioma que no acababa de ser español, pero lo intentaba, a las que Hugo replicaba como buenamente podía. Tess consultó la hora en el reloj de pulsera del que, en contra de su costumbre, no se había desprendido la noche anterior. Las diez y cuarto, tardísimo ya. Se esforzó en recordar cuándo se había acostado, pero no fue capaz. ¿A la una tal vez? ¿A las dos? ¿Más tarde? A la segunda botella de vino le había seguido otra, de eso estaba segura porque ella se había hecho de rogar, tapando su copa con una mano, «no puedo más», «nunca beber tanto», pero Nerea había insistido y ella acabó claudicando. Recordaba también que Tomás no paraba de repetir que debían hablar más bajo para no despertar a los niños. Y recordaba, sobre todo, que Nerea se había pasado toda la noche tonteando con Tomás sin el menor sonrojo. Eso le molestó. Pensó que un coqueteo semejante podía acabar enturbiando su estancia allí. A decir verdad, ya había empezado a enturbiarla. Ella se había visto incómodamente envuelta en aquel flirteo, haciéndose la tonta, fingiendo no reparar en lo que pasaba ante sus ojos, las miradas, las sonrisas.

Y bien, ¿qué pasó luego? No tenía constancia de haber subido las escaleras acompañada de Tomás, pero tampoco recordaba haberlo hecho sola. ¿Cómo diablos había llegado a la cama?

Cerró los ojos, trató de hacer memoria, pero un martillo le aporreaba rítmicamente la base del cráneo y, maldita sea, no era capaz de concentrarse. Lo intentó un buen rato y un buen rato fracasó. Por otra parte, ¿qué más daba si Nerea y Tomás se habían quedado juntos allí abajo? ¿Qué más le daba a ella si habían seguido tonteando a solas, si se habían acostado? Y, sin embargo, para

qué negarlo, sí que le importaba. Claro que le importaba. Se dijo: «Si se han acostado, lo sabré en cuanto los vea».

Se calzó las sandalias y salió de la habitación justo cuando Tomás salía del baño. Tenía el torso desnudo y el cabello todavía húmedo. Llevaba un neceser verde bélico cerrado con cremallera y una maquinilla de afeitar. En la cara, una expresión sorprendida e incómoda. Farfulló «buenos días», y Tess no pudo evitar preguntarse qué aspecto tendría ella. Sin duda, los ojos hinchados, legañas, el pelo revuelto, el vientre abultado. Se tapó la boca para encubrir el aliento nocturno:

—Buenos días.

Tomás sonrió.

—¿Resaca?

—*Yeah*.

—Sí, yo también.

Y sin nada más que decirse, se marcharon cada cual por su lado.

Se reencontraron poco después en la misma mesa donde les habían dado las tantas. Daisy pastaba junto a la casa y Tomás apuraba una tostada con tomate cuando Tess, ya debidamente acicalada, se acomodó en una de las sillas y declaró:

—Ya me siento algo mejor.

Tomás asintió con una sonrisa y sacó del bolsillo una hoja arrugada con varias indicaciones manuscritas.

—He apuntado algunos sitios que podemos visitar estos días. Están todos cerca, a media hora el más lejano.

—Estupendo —dijo Tess ojeando el papel. La letra era intrincada y muy pequeña—. ¿De dónde los sacaste?

—De Nerea. Me los dio anoche.

Y nada más invocarla, ella salió de la casa. Llevaba una bandeja redonda y, sobre ella, una taza de café, una jarrita de leche, un zumo de naranja, una tostada y un bol con cereales integrales.

—¡El desayuno! —anunció con entusiasmo mientras colocaba la bandeja delante de Tess—. ¿Qué tal has dormido?

Respondió que estupendamente, muchas gracias, y dio un trago al café. Nerea se sentó con ellos y, de las tres sillas libres, eligió la que quedaba al lado de Tomás.

Hablaron del calor que hacía y del que haría luego, de la importancia de llevar agua a las excursiones y de dónde podían repostar gasolina para el Mercedes. Tess se pasó gran parte de la conversación estudiando discretamente los gestos y miradas de Tomás hacia Nerea y los de Nerea hacia Tomás. Esperaba encontrar en ellos alguna complicidad delatora que confirmase sus sospechas (esto es: que algo había ocurrido por la noche en su ausencia, mientras ella dormía estupendamente, muchas gracias). Buscaba esa proximidad que inevitablemente se revela después de acostarse con alguien, esa intimidad que ya no puede ocultarse por más que se intente y que acaba saliendo a flote en forma de levísima sonrisa, de parpadeo, de silencio. No vio nada de nada.

Hugo y Donna se pusieron sus bañadores por consejo de Nerea. «Hay un pantano aquí cerca —les dijo—. El baño solo está permitido en una zona pequeña, pero no es peligroso y la gente se baña en todas partes. Le he dicho a Tomás el sitio que a mí más me gusta, por si queréis ir». Se convirtió en el plan del día.

Entre una cosa y otra, Tomás acabó arrancando el Mercedes a las once y media de la mañana. Para entonces, el interior del coche ardía ya como una sauna.

—¿Puedo llevar la cámara? —le preguntó inesperadamente Hugo a su padre—. Dice Nerea que el pantano es muy bonito y...

—Claro que sí —le interrumpió Tomás—. Claro que sí. Sube a por ella.

El niño entró corriendo en la casa y cuando segundos después reapareció con la cámara, le dijo a su padre:

—No se me va a caer.

—Da igual. Solo es un cacharro.

Dado que ninguno de los viajeros conocía aquellas carreteras, Tomás dijo necesitar un copiloto atento y entregado, puesto que recayó en Tess por unanimidad. Suya sería la responsabilidad de ir, móvil en mano, dando las indicaciones precisas al conductor.

—La mayoría de los caminos no aparecen en Google Maps —les dijo Nerea—, pero si lleváis el mapa abierto en el teléfono, os las apañaréis para llegar a los sitios.

Ya desde el primer momento, Tess advirtió de que era una pésima lectora de mapas. Tomás lo tomó como una exageración, el cliché machista de las

mujeres y la orientación, hasta que se perdieron por segunda vez. Tess era, en efecto, la peor copiloto que se había encontrado en toda su vida. «Creo que nos lo pasamos». Y Tomás tenía entonces que dar media vuelta en estrechos caminos flanqueados por árboles donde el Mercedes a duras penas podía maniobrar. La ineptitud de Tess, a cambio, les permitió disfrutar más largamente del hermoso paisaje, un intrincado bosque de álamos, fresnos y sauces en pleno esplendor veraniego.

—No tenemos prisa —decía ella cada vez que anunciaba un nuevo entuerto.

Con todo, consiguieron llegar a su destino. Tomás aparcó en un alto, tal y como Nerea le había recomendado. «Desde allí las vistas son una pasada». Y ciertamente lo eran. El embalse se perdía a lo lejos, rodeado de una masa verde, uniforme, imponente.

Hugo salió del coche con la cámara y empezó a fotografiarlo todo, corriendo nerviosamente de aquí para allá.

—Tranquilo —le dijo su padre con suavidad; no quería que se lo tomase como una reprimenda—. Las montañas no se van a ir a ninguna parte.

—¡Tómanos un retrato! —requirió Tess al niño, y se colocó de tal manera que el embalse quedaba a su espalda.

Extendió los brazos a ambos lados para que se acoplasen su hija y Tomás. Este lo hizo de mala gana, estaba acalorado y el sudor le caía por la frente. No tenía ganas de fotos, pero tampoco quería parecer un cascarrabias ahora que su hijo había salido por fin de su crisálida. Donna se colocó junto a su madre, haciendo la señal de la victoria y ofreciendo a la cámara el perfil que, según sus pormenorizados análisis, más se ajustaba a los cánones estéticos del momento.

Tess se esforzaba por relajarse sin conseguirlo por completo. El paisaje era precioso y su hija parecía feliz. Aquello era exactamente lo que había imaginado cuando se planteó por primera vez visitar España con Donna. Todo era estupendo, *casi* perfecto, pero no perfecto. Y la culpa la tenía aquella mujer, Nerea. Le molestaba el súbito protagonismo que había adquirido en su mente. Le disgustaba cómo había irrumpido en mitad del viaje, trastocando la relación agradable y cómplice que empezaba a forjar con Tomás. Y le irritaba, sobre todo, la certeza de que era culpa suya. Fue ella quien insistió en quedarse allí, en instalarse en aquella casa. *Algo* se lo dijo y ella accedió. Se preguntaba si, como tantas otras veces, habría malinterpretado las señales.



Siguió rumiando su desazón con disimulo mientras caminaban los cuatro ladera abajo, hasta el punto en que un arroyo hermoso aunque más bien raquítico fusionaba su caudal con el embalse. Durante el trayecto, con los chicos caminando delante, haciéndose selfis con el móvil de Donna y charlando entre sí en ese idioma mixto que inventaban sobre la marcha, Tess se dio cuenta de que aquel sentimiento suyo se parecía mucho a los celos. Solo que ella no podía estar celosa porque nunca lo había estado, ni siquiera de su marido. Se dijo: «no tiene sentido». Y no lo tenía.

Se sentaron en la hierba y Tess, con los ojos cerrados, se preguntó si se puede sentir celos por alguien a quien no se ama. Su experiencia (no muy variada, pero sí extensa) le indicaba que no, de ningún modo. La mera idea se le antojaba ridícula. Los celos son un sentimiento propio de personas inseguras y acomplexadas, de seres posesivos, y ella se negaba a verse de esa manera. Sin embargo, pensar que Nerea estaba coqueteando con Tomás y que Tomás era receptivo, que eso estuviese pasando ante *sus* narices, durante *su* viaje y pagado con *su* dinero, le molestaba sobremanera. Quizás no fuesen celos después de todo. Quizás fuese simple egoísmo.

Hugo y Donna chapoteaban en el río. Buscaban peces y trataban inútilmente de pescarlos con las manos. Se salpicaban y reían y chillaban y se comportaban, en definitiva, como los jóvenes se comportan en verano.

Tomás, recostado en la hierba a la sombra de un abedul, había conseguido dejar de sudar. Miraba a su hijo y se preguntaba si Hugo recordaría aquel día pasados los años y las décadas. Si cuando tuviese su misma edad, a los cuarenta, le vendría a la mente aquel verano, aquel mediodía caluroso en que se bañó en un riachuelo en mitad de ninguna parte, junto a una bella chica mulata con la que apenas se entendía. Y se preguntó también cómo recordaría a su padre, recostado aquel día en la orilla del río. Si sería un recuerdo benevolente, si sería justo. Si, pasados los años y las décadas, Hugo le miraría a los ojos y le diría: «Sé que hiciste lo que pudiste».

—¿Os acostasteis anoche?

Tan sumido estaba Tomás en su proyección futurista que la pregunta le sonó muy lejos, como si procediese de una realidad distante y ajena. Pero era su misma realidad y era Tess quien se lo preguntaba. Era ella quien, a su lado, le miraba con los ojos muy abiertos, luchando contra una vergüenza que la instaba a apartar la mirada y a disculparse, a salir corriendo y, con suerte, caer fulminada en aquel preciso momento.

—¿Qué has dicho?

Tess deseó no haber verbalizado aquello, pero lo había hecho y ahora se descubriría presa de sus palabras. Ya no había vuelta atrás, no existía ninguna manera de borrarlo, solo podía seguir adelante, hundiéndose más y más en el bochorno.

—No contestes si no quieres, pero pensé que igual... —no pudo aguantarlo y bajó la vista— os fuisteis juntos anoche. No pasa nada. Solo quería saberlo.

Tess culpó al calor, al paisaje (el verde intenso de la vegetación, el azul del agua y el azul, distinto, mucho más claro, del cielo) y al ruido (el rumor del río, la brisa suave entre las hojas, las risas de Donna y de Hugo). Todo eso combinado le había provocado un efecto embriagador, incontrolable, una ebriedad anímica por la que irracionalmente se había dejado llevar.

¿Era tan grave? No se lo parecía. Él le había confesado una infidelidad, *su única* infidelidad, según había dicho. Y también Tess le había revelado la que ella a punto estuvo de cometer. «No se lo he contado a nadie», le dijo él a ella y ella a él. Eso forzosamente generaba un vínculo entre ellos, ¿o no? Aquella noche de teatro abrió la puerta de las confidencias, sería de lo más cínico escandalizarse ahora. Por otra parte, pensó Tess, no es lo mismo desvelar un desliz cometido hace años que una intimidad recién consumada (con *su* dinero, en *su* viaje).

—No —rechazó Tomás categóricamente. Luego arrancó un puñado de hierba y la soltó desde una cierta altura. Las briznas planearon y cayeron, algunas, sobre los muslos de Tess. Ella las contempló sin apartarlas—. No nos acostamos.

Donna emergió entonces del río y agitó su larga melena, arrojando sobre los adultos una ducha de gotas heladas. Tess aprovechó para echar a correr, gritando entre risas. Tomás, en cambio, cerró los ojos y pidió a la muchacha que lo repitiera.

La noche anterior, Tomás deseaba acostarse con Nerea y Nerea deseaba acostarse con Tomás. Ambos fueron transparentes a ese respecto. Pero no lo hicieron. Cuando, en torno a las dos de la madrugada, Tess anunció que se marchaba a la cama, la anfitriona lanzó una mirada a su inquilino y él dijo:

—Yo me quedo un rato más.

Después de eso, ya a solas, permanecieron en silencio durante un tiempo que ninguno de los dos sería capaz de precisar. Quizás fuesen cinco minutos, quizás diez o veinte. Miraron las estrellas, «lo mejor de vivir aquí», apuraron sus copas de vino y se sirvieron otras.

—¿Estás incómodo? —susurró ella.

—No —mintió él.

Tomás empezaba a notarse un poco mareado, víctima de una de esas borracheras en que la gente se nubla y va, poco a poco, perdiendo su identidad. Se percató de ello cuando miró a Nerea y descubrió un rostro empañado en el que solo los labios conservaban una escasa nitidez.

Ella dijo:

—Espera. —Entró en la casa y salió con una hoja de cuaderno—. Os he apuntado algunos sitios que podéis ver estos días. Están todos muy cerca y son bonitos.

Tomás miró el papel. Había allí unos garabatos que, en el momento, le parecieron runas indescifrables, mensajes encriptados que no era capaz de descodificar en aquel estado. Lo guardó en el bolsillo y dijo:

—Muy amable. Mañana lo...

No terminó la frase porque Nerea le tomó una mano y le acarició la palma con las yemas de los dedos. Él, que no se lo esperaba, miró su propia mano y la de la mujer. Tenía dedos largos y muy delgados.

—Háblame de ti —pidieron los labios—. ¿Cuál es tu historia triste?

—Ya la conoces. La has adivinado esta tarde.

—Me falta saber una cosa.

—¿Cuál?

—Una importante.

—¿Cuál? —repitió Tomás. Le costaba hablar, tenía la boca pastosa.

—¿Hay algo entre Tess y tú?

Él soltó una risa demasiado alta y, nada más hacerlo, arrepentido, volvió la cabeza hacia las ventanas del primer piso. Para su tranquilidad, todas permanecieron a oscuras.

—¿Eso es un no? —preguntó Nerea.

—Es un no. Claro que es un no.

—Bien. Me alegro.

Luego, ella aproximó su rostro al de Tomás y se besaron con descoordinación, fruto sobre todo del mucho vino, pero también de la escasa práctica de ambos. Se esforzaron por compensar la impericia con entrega. La brisa era cálida y Nat King Cole le cantaba a la Mona Lisa de Da Vinci. En la cabeza de Tomás, el claro empezó a girar a toda velocidad, su pulso se aceleró y con él su lengua y sus manos, pero, cuando ella quiso más, él la detuvo.

—No —dijo—. Espera. Hoy no.

Nerea asintió, sonrió y asintió de nuevo. Dijo «vale», luego resopló y preguntó «¿seguro?».

—Seguro.

Tomás se puso en pie costosamente, por fases, como lo haría un anciano: primero levantó el culo del asiento, luego estiró las piernas y, por último, enderezó la espalda. Tenía una llamativa erección bajo el vaquero que Nerea contempló sin disimulo.

—¿Seguro seguro?

Tomás trató de recolocarse el pene en el pantalón, pero hasta eso le resultó extraordinariamente trabajoso. Fue una maniobra patética y, además, improductiva. Nerea asistió a toda la operación con sorna, reprimiéndose para no intervenir.

—Estás muy borracho.

Él quiso darle la razón, pero tampoco de eso fue capaz. Se limitó a señalar su ventana, tras lo cual entró en la casa a duras penas y, desplazándose por un mundo ya del todo carente de horizontalidad, logró llegar a su habitación.

Hizo demasiado ruido mientras se ponía el pijama y Hugo, con un ojo entreabierto, se quejó en duermevela, integrando quizás la melopea de su padre en su propio sueño. Tomás pidió perdón en un idioma nunca antes articulado y se acostó en su cama, con la cabeza más o menos sobre la almohada. Se durmió al instante, pensando en Mona Lisa, quien para él, en aquel momento, tenía los rasgos de Nerea.

Tras regresar de la excursión, Tess decidió dar un paseo a solas. Era media tarde y le apetecía alejarse de su hija, de Tomás, de Nerea, de todos. También se habría alejado de sí misma si tal cosa fuese posible. Apagó el móvil y lo dejó boca abajo sobre la mesilla. No quería interrupciones de ninguna clase.

—Voy a dar una vuelta —le dijo a Donna, que adormecida en la cama gruñó su aprobación.

Tampoco quería Tess pensar en nada, de modo que echó a andar por la pista de tierra tratando de concentrarse exclusivamente en el paisaje. Contempló los árboles y se propuso identificarlos atendiendo al perfil de sus copas y a la forma de sus hojas. De niña, la botánica le obsesionó durante un tiempo. Devoraba todo cuanto caía en sus manos sobre la vegetación de Florida, y así fue como aprendió a reconocer varios tipos de palmeras (el palmito, las datileras, las molino de viento, las palmeras pindo) y varios tipos de orquídeas (la *Phalaenopsis*, la *Dendrobium*, la *Cymbidium*). Para asombro de sus padres y de sus profesores, aquella Tess de doce años era capaz de distinguir, de un vistazo, un cactus de otro, este un *Halesia diptera*, aquel un *Harrisia eriophora*. Hacía mucho de aquello y la Tess adulta ya no recordaba nada o casi nada. Solo fue capaz de reconocer unos álamos, unas adelfas, un fresno extraviado al borde de la carretera. Eso le permitió evadirse un buen rato y, para cuando quiso darse cuenta, había llegado a la embocadura del pueblo y tenía ante sí el... ¿cómo lo llamó Beto?

Humilladero, eso es.

Qué hermosa palabra, «humilladero».

La cruz, de piedra amarilla, se erguía custodiada por cuatro pilares altos y finos que tal vez en el pasado sostuvieran una techumbre. Eso le pareció a Tess, porque el color de la cruz era ligeramente distinto al de las columnas, un poco más oscuro, como si hubiese sufrido menos horas de exposición a aquel sol despiadado. Se acercó para tocar la piedra y descubrió unas palabras

escritas a rotulador ya casi borradas. Quedaban más o menos a la altura donde el Jesús crucificado habría tenido los pies y decían: «Arriba España». Tess frunció el ceño confundida por aquella construcción. ¿Arriba España? ¿Arriba de dónde? ¿Arriba de qué?

—¿Le gusta?

Una mujer entrada en años la contemplaba desde el balcón de una de las casas. Sonreía con un trapo renegrido entre las manos.

—Si le gusta, se la puede llevar. No da más que gastos. Cada poco hay que arreglarla y ahí nos ve a todos apoquinando. Si me dijera que somos ricos en este pueblo..., pero ya ve. —Agitó con brío el trapo un par de veces. Una nube de polvo salió volando a contraluz—. Y no creo que a Dios le importe cómo tengamos la cruz esa, la verdad. Digo yo que tendrá cosas más importantes de las que ocuparse, ¿no?

Tess entendió solo parte de aquel discurso, lo suficiente para hacerse una idea del mensaje general y deducir el resto, pero no tenía ganas de iniciar una conversación, menos aún a voces, y se limitó a responder:

—¡Buenas tardes!

—Ay, que no hablas español —replicó la mujer muy apurada—. Perdona, hija. Pues nada, a lo tuyo.

Tess echó a andar por la calle inclinada que dividía el pueblo en dos, cuarenta casas a un lado y veinte al otro, según les contó Beto el día anterior. Muchas de ellas permanecían desocupadas la mayor parte del año, segundas residencias de familias que se dejaban caer por allí en agosto hasta que, hastiados de tanta quietud, regresaban a sus quehaceres urbanos, al ruido y a las prisas.

Pasó frente al taller, tenía la persiana cerrada. Estaba acalorada y sedienta, así que puso rumbo al bar de la plaza. A medida que se aproximaba, advirtió un alboroto de voces masculinas discutiendo con energía, como por lo visto se discutía todo en aquel país, sobre algún asunto relacionado, le pareció, con el Gobierno. No se enteró muy bien porque, tan pronto como puso un pie en el interior, el airado debate se vio abruptamente interrumpido y todas las miradas, seis en total, cayeron sobre ella.

Tess se amilanó un poco ante tanta atención no deseada. Soltó un «buenas tardes» sin destinatario, al tuntún, y se acercó a la barra.

—¡La guiri! —farfulló uno de los hombres a un volumen bajo pero perfectamente audible.

Otro le golpeó en el brazo, recriminándole aquella expresión que Tess no conocía, pero que, en un principio, presumió ofensiva. No debía de serlo a juzgar por la reacción de Toro, que soltó una carcajada despreocupada.

—Perdónale a este —disculpó—. Se cayó un día de la moto y se quedó medio imbécil.

—¡Ya estaba medio imbécil de antes! —adujo el aludido, y varios asintieron mostrando su acuerdo.

—¿Qué te pongo? —preguntó el camarero. Y, sin darle tiempo a responder, añadió—: ¿Estás sola?

Tess asintió.

—Una Coca-Cola, por favor.

—Nos han dicho que es usted americana —intervino el más lanzado, uno que debió de ser guapo en el pasado, alto, ojos azules, cabello blanco y ondulado.

—De la Florida —respondió Tess pasándose una servilleta de papel por la frente.

—¿Y cómo es aquello? ¿Es verdad que todos andan con pistola?

Algunos se rieron, otros miraron al artífice de la pregunta con incómodo desconcierto. Toro, mientras tanto, vertió la Coca-Cola en un vaso alto que dejó sobre la barra.

—Absolutamente. Yo misma tengo una. Nunca salgo de casa sin ella.

Aunque Tess lo dijo sonriendo, con una intención irónica que trató de hacer muy evidente, no todos la captaron, y se quedaron mirándola con los ojos como platos, preguntándose tal vez qué clase de país bárbaro era aquel donde incluso mujeres como esa, tan hermosas y elegantes, iban por ahí con un arma en el bolso.

—¿Qué pistola tienes? —preguntó Toro con una sonrisa cómplice.

—Una Smith and Wesson. ¿La conocen ustedes? —Uno de los hombres negó con la cabeza y a él se dirigió Tess—. ¿No vio *Dirty Harry*? —El hombre negó de nuevo, sin saber siquiera qué negaba—. ¿Clint Eastwood?

—¡*Harry el Sucio*! —gritó el crédulo al caer en la cuenta.

—Eso es. *Harry el Sucio*. ¿Recuerdan su pistola? Una grande, calibre 44. Esa mismita tengo yo. Espero no usarla nunca. Pero, si tengo que hacerlo, les aseguro que no dudaré.

Luego, Tess se volvió hacia Toro, que ya no pudo más y dejó escapar una carcajada.

—Se está cachondeando —descubrió el que ya estaba medio imbécil antes de caerse de la moto.

—¡Claro que se está cachondeando! —bramó otro—. ¿Qué esperáis si le preguntáis idioteces? ¡Os creéis todo lo que sale por televisión!

Bromearon un rato más, sacando a colación tópicos de un país y del otro, hasta que Tess terminó su Coca-Cola, que no pudo pagar porque los hombres no se lo permitieron.

—¡Para una turista que tenemos...!

Les dio las gracias por la invitación y salió del bar encajándose las gafas de sol. Tan intensa era la luz que ni así lograba abrir los ojos del todo. Y entonces, con los ojos entornados, vio a Ángel, el anciano mudo. Estaba sentado en su silla, cachava en mano, junto a la puerta de su casa. Estaba exactamente en la misma posición que el día anterior, y como el día anterior, Tess sintió que la miraba con excesiva intensidad. Con demasiada fijeza. Ella, no obstante, alzó una mano para saludarle, pero el movimiento se quebró a medio camino cuando una campanilla tintineó a su izquierda sobresaltándola. Era Nerea en su bicicleta.

—Perdona, ¿te he asustado? —Tess negó con la cabeza aunque su gesto decía lo contrario—. ¿Qué haces aquí?

—Nada, estaba paseando y me acerqué a tomar un refresco. Ya regresaba a la casa.

—¡Volvamos juntas! —propuso Nerea.

Desmontó garbosamente de la bicicleta y empezó a empujarla con ambas manos. Tess la ayudó, sujetando uno de los manillares. Antes de abandonar la plaza, se giró discretamente. El anciano se había puesto de pie y miraba en su dirección protegiéndose del sol con una mano.

—He venido a comprar la cena —Nerea señaló con el mentón una bolsa de plástico que había en la cesta de la bici—. La compro cada día, ¿qué te parece? Si me lo hubiesen dicho hace unos años... Cuando vivía en Bilbao solo me alimentaba de latas. Y mira ahora. ¡Brócoli!

Soltó una carcajada que Tess correspondió con una sonrisa de cortesía.

—¿Cómo lo hiciste? —preguntó.

Habían dejado el pueblo atrás y caminaban por el arcén entre la densa arboleda. Atardecía, y la luz, de un amarillo saturado, alargaba las sombras como en un cuadro de Modigliani.

—¿Cómo hice qué?

—Marcharte. Dejarlo todo.



Nerea miró al frente, a un recodo tras el cual la carretera desaparecía, oculta por la vegetación. Solo se oían los cantos de los pájaros y el murmullo del viento suave entre las hojas.

—¿Por qué? ¿Te gustaría hacerlo?

A Tess le resultó una pregunta impertinente, pero, para qué negarlo, también certera, y lo segundo le preocupó más que lo primero. ¿Tanto se le notaba? ¿Tan transparente resultaba ella que una desconocida era capaz de diagnosticarla con semejante precisión en apenas unas horas?

—Perdona —se disculpó Nerea percibiendo la tensión que, de pronto, había invadido el cuerpo de la otra mujer—. No he debido preguntar eso.

—El caso es que sí lo pensé —intervino Tess, y ella misma se sorprendió al oír aquellas palabras. Quiso contenerlas, pero no pudo. Brotaron sin más, sin control, sin censura. Tess se dijo «cállate», pero lo que salió de su boca fue—: Lo pensé muchas veces, pero no tengo valor.

—No es una cuestión de valor. —Nerea pensó un momento y matizó—: O no solo. Tú tienes una hija. Y un marido. Yo no tenía nada de eso. Lo que yo tenía allí no valía una mierda. Un amante casado, unos cuantos conocidos y... ¿Qué más? ¿Una carrera? ¿Qué es una carrera, un trabajo que dura mucho? —Sonrió. Era una sonrisa triste—. Siempre me ha dado envidia esa gente que tiene claro lo que quiere hacer con su vida. ¡Algunos lo saben desde niños! Me parece increíble. ¿Cómo puedes tener las mismas aspiraciones a los cuarenta años que a los veinte o a los diez? No me entra en la cabeza, te lo juro. Yo nunca supe qué quería ser. Y sigo sin tener ni idea. Estudié cualquier cosa y me convencí de que era eso, ¿sabes?, de que eso es lo que quería ser, lo que tenía que ser. —Hizo una pausa, miró a Tess—. ¿Tú siempre quisiste dedicarte a la decoración?

Sonrió y negó con la cabeza:

—Estudié *Anthropology*.

—¿En serio? ¿Antropología? No te pega nada. —Tess le devolvió una mirada confusa, no entendía esa expresión—. Quiero decir que... No te imagino como antropóloga.

—¿Y sí me imaginas escogiendo un sofá?

—Mucho más.

—No sé si me gusta eso.

Lo dijo con innecesaria hostilidad, no pudo evitarlo. Algo no le gustaba del carácter de Nerea, aunque no era capaz de precisar qué. Su mirada era limpia, su sonrisa sincera y, sin embargo, Tess era incapaz de relajarse a su

lado. Se trataba quizás de aquella impulsividad suya, la despreocupada ligereza con que afrontaba cada frase, cada asunto. Nerea lo había notado la noche anterior durante la cena, y, desde entonces, se andaba con tiento. Era cuidadosa, elegía las palabras con cautela o lo intentaba, reprimiendo su vehemencia tanto como podía. Eso le molestaba, porque hacía tiempo que había decidido ser ella misma por encima y a pesar de cualquier consideración ajena.

—No pretendía ofenderte —dijo.

—Lo sé —concedió Tess sinceramente—. Perdona. Estoy sensible, no más.

—No me parece menos digno ser decoradora que antropóloga. La verdad es que ni siquiera sé qué hace una antropóloga.

—Nadie lo sabe —sonrió Tess. Trató de sonar distendida, y Nerea se lo agradeció con una risa no del todo sincera, tampoco totalmente falsa—. Intenté dedicarme a ello. Pasé un año trabajando en una universidad, en Palm Beach. Por entonces, Jack, mi marido, empezó a ascender en el banco. Ganaba bastante, cada vez más. La plata no era un problema, no lo fue desde entonces, así que abandoné mi puesto y empecé a buscar otras cosas. Ingresé en varios cursos, pero no acabé ninguno. Fueron años... extraños.

—¿Y cómo te hiciste decoradora?

—Por azar.

Nerea sonrió, arqueó las cejas.

—¿Cómo es eso?

—Un amigo de Jack, compañero del banco, se compró una casa. De vez en cuando cenaba con nosotros y siempre decía lo mucho que le gustaba cómo estaba decorada la nuestra. Me pidió que lo ayudase. Yo quise hacerlo gratis, pero él se negó. Afortunadamente, porque me llevó casi tres meses. Luego llegaron más encargos. Amigos de amigos, gente que no conocía. Acabé por contratar una ayudante y rentar una oficina. —Levantó la vista. La casa se divisaba ya a lo lejos—. Qué sé yo. A veces no tengo ni idea de cómo terminé en esta vida.

—Pero ¿te gusta?

Tess meditó la respuesta. Tantas vueltas le dio, tan largamente reflexionó sobre ello que el camino se terminó y dio paso al sendero, el sendero a la hierba y la hierba al suelo azulejado de la casa. Cuando se separaron, Tess seguía sin responder. Eso, pensó Nerea, constituía la más rotunda de las respuestas.

Cenaron fuera, de nuevo un menú vegetariano regado con vino blanco. Esta vez, sin embargo, Tomás decidió pasarse al agua tras la primera copa y marcharse a la cama antes que nadie. Dijo estar cansado, lo cual era cierto, pero también y sobre todo era una excusa para no verse envuelto en una situación como la de la velada anterior. No quería perder el control ni le apetecía soportar otra sesión inquisitorial de Tess la mañana siguiente. Había días de sobra para lo que tuviese que pasar.

A Nerea le apenó la precipitada fuga de Tomás y se sintió culpable por ello. Disimuló como pudo y aprovechó una visita a la cocina para escribirle un mensaje.

«Espero q no t hayas ido x mi culpa».

Tomás ya estaba tumbado en la cama cuando el móvil vibró. Leyó y releió aquella frase, meditando una respuesta que no fuese demasiado sincera ni demasiado falsa. Fracasó en lo primero:

«Por ti me habría quedado».

Nerea sonrió en la cocina, apoyada en la nevera, y tecleó:

«Pues quédate mañana».

Tal vez lo hiciese, pero Tomás prefirió no decirlo, ni eso ni ninguna otra cosa. Se quedó mirando la pantalla hasta que oyó, a través de la ventana, cómo Nerea salía de la casa y se sentaba con el resto. Oyó también cómo Tess trataba de poner orden entre Donna y Hugo, quienes, muy alterados, seguían mezclando inglés y español en cualquiera que fuese el tema de conversación.

A pesar del cansancio, Tomás no logró conciliar el sueño y se pasó más de una hora escuchando, sin querer primero y queriendo después, cómo Hugo, libre del escrutinio de su padre, acribillaba a Nerea a preguntas más o menos impertinentes. La interrogó sobre su modo de vida, quiso saber dónde compraba la ropa, si cenaba allí fuera también cuando estaba sola, si pasaba

miedo en invierno, cuándo pariría Daisy y qué haría con el potro. Fue un examen sin tregua al que Donna aportó una sola pregunta:

—¿Tienes novio?

Nerea soltó una risa aguda y probablemente fingida.

—¡Vaya pregunta! —exclamó—. No, ni tengo ni quiero tenerlo. Ya he tenido bastantes novios.

A las doce y media de la noche se fueron todos a la cama. Cuando Hugo entró en la habitación y mientras se ponía el pijama, su padre permaneció con los ojos cerrados, tumbado sobre un costado. El niño se durmió de inmediato y Tomás se preguntó entonces si Nerea estaría aún despierta, si estaría en su habitación, si estaría pensando en él.

«¿Os acostasteis anoche?».

La pregunta lo había sorprendido con la guardia baja y, tras la irrupción de Donna, no quiso retomar el asunto. Tampoco Tess lo intentó. Lo cierto es que él no tenía nada más que aportar; ya lo había negado y eso era todo cuanto podía decir al respecto. Se preguntaba, no obstante, el por qué de aquella pregunta. Le había quedado claro que Tess no simpatizaba con la posibilidad de que Nerea y él se hubiesen acostado. Lo adivinó en su tono, en la inflexión de aquellas tres únicas palabras y muy particularmente en la forma en que lo miró después de pronunciarlas, con una mezcla de reproche y decepción. De no haberlos interrumpido Donna, él le habría aclarado que era consciente de su rol. Ni por un segundo había olvidado que era el guía y el chófer y el mozo de las maletas. Ni siquiera en aquel lugar, donde todo invitaba a la indolencia, había perdido la perspectiva. Si lo que preocupaba a Tess era que se distrajesen de sus obligaciones, podía estar tranquila. Eso no iba a ocurrir.

Aquellos pensamientos lo mantuvieron en vilo, dando vueltas en la cama, hasta que, a la una de la madrugada, decidió levantarse. Sigilosamente abrió la puerta del pasillo. La casa estaba en completo silencio y en total oscuridad. Solo la luz de la luna, que se filtraba por las ventanas, perfilaba el canto de la barandilla, a la cual se agarró con firmeza para bajar las escaleras, paso a paso, con cuidado para no tropezarse. Estaba en mitad del descenso cuando creyó distinguir a alguien en la planta de abajo. Él mismo se detuvo y entornó los ojos forzando la vista. Por un momento pensó que se trataba de Hugo, pero era imposible porque acababa de dejarlo en la cama. Tardó en darse cuenta de que era el niño con las botellas, de Cartier-Bresson. Sonrió para sí y continuó bajando, un peldaño tras otro, hasta quedar justo delante de la habitación de Nerea. La puerta estaba cerrada. Tomás se vio llamando con los nudillos,

diciéndole que no podía dormir y que, en parte o en su totalidad, ella era la culpable de su insomnio. Llegó a plantárselo muy seriamente, incluso avanzó un paso con actitud resuelta, pero la madera crujió bajo sus pies y eso le devolvió la sensatez. Si lo hacía, si llamaba a aquella puerta, se arriesgaba a despertar no solo a Nerea, sino al resto de la casa. ¿Y qué haría entonces? ¿Qué argumentaría si Tess o Hugo o Donna se asomaban por la barandilla y lo encontraban en pijama, como un pasmarote, ante la habitación de su anfitriona?

Dejó escapar un suspiro y fue hasta la cocina, donde bebió un trago de agua directamente del grifo. Se limpió los restos con el dorso de la mano y miró de nuevo al niño con las botellas, tan feliz y despreocupado. Aquella imagen, ejemplo impecable del «instante decisivo» que preconizaba su autor, siempre lo había admirado. Era una instantánea técnicamente perfecta, pero la técnica era lo de menos, de ahí que siguiese decorando salones de todo el mundo setenta años después de ser tomada. Lo auténticamente relevante era lo que la fotografía sugería, la historia que subyacía en ella, distinta para cada observador. Tomás se preguntó qué habría sido de aquel niño de ojos vivos. Si seguiría con vida. Si todavía sonreiría feliz y despreocupado, si aún caminaría con esa seguridad y confianza o, como la inmensa mayoría, si se habría convertido en otro hombre más de los que llenan las aceras, como él mismo, prudente y desconfiado, a veces feliz, triste muchas otras, casi siempre resignado. Un hombre indistinguible de los miles de millones que habitan el mundo.

La excursión a la cocina, lejos de apaciguarlo, lo había despejado aún más. Decidió que un poco de aire libre le sentaría bien. Abrió la puerta de la calle muy lentamente, para que los goznes no chirriasen. Al salir, la hierba le congeló los pies descalzos. La temperatura se había desplomado desde la puesta de sol y Tomás lo agradeció. El silencio, sin embargo, le resultó incómodo. Le vino a la mente un reportaje que grabó allá por 2015. Sandra y él visitaron una sala subterránea, completamente insonorizada, de uso científico. Según les explicaron los investigadores responsables, en aquel lugar todas las ondas sonoras eran absorbidas por las paredes, de forma que, si uno se encerraba en un su interior, experimentaba el *auténtico silencio*. A Sandra le bastó con la teoría, pero Tomás quiso experimentarlo. Lo dejaron solo allí dentro, y a los pocos segundos empezó a oír, con perfecta claridad, el latido de su corazón, la acción de sus jugos gástricos, incluso la sangre corriendo por sus venas. Al principio le resultó divertido, pero no tardó en entrar en pánico y pedir que lo sacaran. Los científicos le contaron luego que,

por norma general, nadie aguantaba más de un par de minutos allí dentro. «Las personas no estamos hechas para el silencio —le dijo uno de los investigadores—. El silencio nos vuelve locos».

Aquel, aunque imponente, no era esa clase de silencio. Si se prestaba atención, se oía el leve ulular del viento, los grillos, las aves nocturnas. Tomás echó a andar, y las briznas de hierba, frías y húmedas, le hormiguearon entre los dedos. Era una sensación agradable. Caminaba sin prisa, solo por el placer de disfrutar el aire fresco, cuando oyó algo a su izquierda, entre los árboles. Fue un sonido distinto a los demás. Sonó, de hecho, como una voz humana. Un murmullo. Un susurro. ¿Era posible tal cosa? Luna llena, miles de estrellas y ninguna nube.

Se volvió hacia la casa. A su espalda todo permanecía inmóvil: la mesa de madera, los jarrones de colores, la bicicleta, el coche, la canasta. Aguardó así un momento, a la escucha, y cuando ya estaba convencido de haber sido víctima de su imaginación, otro ruido idéntico al anterior sonó en exactamente el mismo lugar. El cuerpo entero se le agarrotó y una corriente gélida le trepó por la columna. Sus ojos se iban acostumbrando a la oscuridad, de manera que, poco a poco, los árboles empezaron a matizarse: ahora tenían ramas, y pronto las ramas tuvieron hojas.

—¿Hola? —preguntó.

No hubo respuesta; a cambio, un crujido restalló a una cierta distancia. Tomás tragó saliva, estaba dispuesto a marcharse, pero dio un paso al frente.

—¿Hola? —preguntó de nuevo.

Fue hasta un árbol que marcaba el final del claro y el inicio de la espesura, se detuvo allí un momento y luego siguió avanzando. Supo que había alguien allí de esa manera en que, a oscuras, de madrugada, se saben ciertas cosas que, en rigor, no pueden saberse. Eso, por sí mismo, no explica que fuese en su búsqueda, pero lo hizo.

Eufórico de adrenalina, descartó la sensatez y la prudencia. Quería llamar a la puerta de Nerea y besarla otra vez, quería hacerle el amor, eso es lo que de verdad deseaba desde que ella le había dicho «¡juégatela, es divertido!», pero siguió caminando en dirección contraria, alejándose de su cama, cada vez más deprisa, cada vez más profundamente rodeado de bosque y oscuridad. Se clavó guijarros en las plantas de los pies, pero fue un dolor dulce, casi placentero. Deseaba hacerse daño y pisó con más fuerza, apretando los puños y los dientes, hasta que dos ojos negros y brillantes brotaron de la nada justo delante de él.

Se detuvo en seco y contuvo la respiración, el cuerpo entero crispado, el corazón al galope. Tomás y aquellos ojos se observaron mutuamente, inmóviles y en silencio, durante lo que a él le pareció una eternidad. Luego, los ojos empezaron a aproximarse con lentitud, y no fue hasta que los tuvo muy cerca que Tomás adivinó a su propietario: un corcel negro y hermoso de unas proporciones que, en aquel momento y en aquel estado suyo, hubiese jurado inmensas. El caballo se detuvo a un palmo de Tomás, su aliento contra su rostro, y lo examinó con curiosidad. Él aguantó sin mover un músculo, confiando en que así el imponente animal se marcharía. En vez de eso, agachó la cabeza, agitó la crin a ambos lados y empujó con su frente el pecho de Tomás. Fue un golpe lo suficientemente enérgico como para que este se viese obligado a retroceder un par de pasos. La señal era inequívoca: quería que se largara, no pintaba nada allí. Había invadido su territorio y más le valía dar media vuelta. A punto estaba Tomás de hacerlo cuando descubrió, tras el corcel, otro par de ojos. Allí estaba Daisy, más visible por su color arena, contemplándolo a una cierta distancia. El caballo negro dio un desafiante paso al frente y Tomás retrocedió acongojado, alejándose sigilosamente.

Ya en el claro, oyó a su espalda un ligero resuello. No un susurro. Tampoco un murmullo.

*«Solo los tontos culpan a los demás de sus tragedias», decía mi abuela cada vez que alguien le preguntaba su opinión sobre Francisco Franco o Fidel Castro. Pero luego, al quedarse a solas, farfullaba: «La política, la dichosa política...». Y nunca terminaba la frase.*

*Hasta donde yo sé, mis abuelos jamás votaron. Les gustaba George W. Bush como antes les gustó Ronald Reagan, pero ni siquiera ellos lograron ganarse su confianza del todo. Consideraban que la política únicamente servía para desunir a los pueblos, para enfrentarlos. En casa de mis abuelos, política era sinónimo de guerra, de hambruna y de exilio.*

*Con todo, acabaron convirtiéndose en unos firmes defensores del american way of life. «En este país —decían— puedes ser cualquier cosa que te propongas si te esfuerzas de verdad». Desde luego, ellos se esforzaron. También en Cuba, solo que Cuba no tuvo en consideración su sacrificio. Más bien lo castigó. Estados Unidos, en cambio, los recompensó sobradamente.*

*A su llegada, se alojaron en un piso de la calle Ocho que durante años compartieron con otro matrimonio también cubano. Buscaron trabajo y lo encontraron; mi abuela limpiando casas, mi abuelo fregando platos y, más adelante, arreglando calzado de nuevo.*

*La tierra de las oportunidades los recibió con los brazos abiertos, eso me dijo mi abuelo, pero ellos seguían siendo unos wetbacks a ojos de los auténticos americanos, aquellos en cuyas manos habían depositado su porvenir. «El idioma —decía él—, el idioma lo es todo». Se apuntaron los tres, mis abuelos y también mi madre, a unos cursos gratuitos que un cura chileno ofrecía de lunes a domingo, por la noche, en el almacén de un bar. Allí no solo se dedicaron a aprender inglés, también hicieron lo posible por olvidar el español. Con otros exiliados, fueron cultivando el rencor a aquella Cuba que consideraban arrebatada, un sentimiento que acabó por articularse en lo que más tarde la prensa bautizaría como movimiento anticastrista.*

*Con España fue aún peor. La «madre patria», así la llamaban ellos, fue desapareciendo progresivamente de sus conversaciones. No merecía la pena mencionarla, ni recordarla siquiera. Les causaba, creo, demasiado dolor.*

*Cada vez que mi abuela veía en televisión imágenes de una guerra, dondequiera que fuese, rompía a llorar. Contemplaba a los refugiados, a los niños perdidos, desorientados, mirando en todas direcciones sin saber adónde ir, y lloraba como si aquel niño fuese su propio hijo. Decía «la política...» y agitaba la cabeza, pero nunca terminaba la frase. Así*



*fue, al menos, hasta 1965, año en que el ejército estadounidense lanzó doscientas toneladas de bombas sobre una pequeña república comunista del Sudeste Asiático llamada Vietnam.*

*Estados Unidos, es justo reconocerlo, procuró a mis abuelos lo que ni España ni Cuba fueron capaces de darles: un lugar en el que envejecer y morir en paz. De ahí que acabasen desarrollando la férrea devoción del converso. Para ellos, todo en Estados Unidos era maravilloso o cabal cuando menos. Esa entrega acrítica, sumada a su profundo odio hacia el comunismo en cualquiera de sus manifestaciones, los llevó a justificar la guerra de Vietnam. Era una tragedia, por supuesto, pero una necesaria. Se trataba de ellos o nosotros. Una posición, según supe con los años, que generó un grave conflicto en mi familia.*

*Cuando tuvo lugar la operación Rolling Thunder, el primer gran bombardeo americano sobre Vietnam, mi madre tenía poco más de veinte años y se movía en los entornos hippies de la ciudad, uno de los pocos que aceptaban en su seno a inmigrantes de cualquier procedencia, muy especialmente si su procedencia era Cuba. Desconozco si aquella filiación venía motivada por un sincero compromiso político o por el simple deseo de compañía. El hecho es que, de la noche a la mañana, mi madre se convirtió en una cubana recién llegada a Estados Unidos que iba proclamando, a voz en grito, que lo de Vietnam era una invasión imperialista. Mis abuelos tenían buenas razones para estar preocupados.*

*En 1967, cuando mi madre aún vivía con ellos, les anunció que viajaría a Washington para participar en una concentración antibélica. Mi abuelo estalló en furia. ¿Acaso no entendía ella lo mucho que le debía a aquel país? ¿Acaso simpatizaba con la causa de Castro, acaso era comunista, acaso era imbécil?*

*Mi madre me lo contó, muy afectada, poco antes de morir. Ella le replicó que mejor ser una comunista justa que una imperialista injusta. Fue la única vez que mi abuelo pegó a mi madre, y solo sirvió para empeorar las cosas. Ella fue a Washington igualmente y acabó detenida, junto con muchas otras personas.*

*La soltaron dos días después, pero la relación con mi abuelo quedó rota para siempre. Yo misma percibía sus tiranteces, incluso siendo muy pequeña. Recuerdo preguntar a mi madre por qué los abuelos nunca venían a mis fiestas de cumpleaños. No entendía por qué apenas se hablaban, por qué no había manera de que coincidiésemos todos bajo un mismo techo. «La dichosa política...», repetía mi abuela.*

*Yo soy la primera genuinamente estadounidense de la familia. Hija de cubana, nieta de españoles. Estoy convencida de que eso ha esculpido, de manera determinante, mi perspectiva del mundo y mi lugar en él. También las incertezas que me acompañan desde la infancia. ¿Adónde pertenezco? ¿Cuál es mi origen? ¿Dónde está mi raíz?*

*A lo largo de mi vida he conocido a muchos hijos y nietos de emigrados, y a todos nos une una misma sensación. La de no pertenecer a ninguna parte.*

Tomás se despertó desconcertado, se duchó desconcertado y, todavía desconcertado, bajó a desayunar. Muy obvio debía de ser su estado de ánimo porque, nada más verlo, Hugo lo miró de arriba abajo y le preguntó:

—¿Qué pasa?

Él meneó la cabeza.

—Nada.

Había decidido guardarse para sí su extraño encuentro nocturno. Contarlo inevitablemente le obligaría a esclarecer qué demonios estaba haciendo en el bosque a las dos de la mañana, y lo cierto es que carecía de una respuesta satisfactoria. «Bajé a beber agua y, no sé cómo, acabé perdido en la oscuridad del bosque». Pensarían que era un excéntrico o algo peor, y no tenía ningunas ganas de que Hugo se llevase esa impresión de su padre. Bastante estaba afectando aquel viaje a su reputación como para poner otro clavo en su ataúd por una mera anécdota.

De modo que se limitó a desayunar en silencio mientras Nerea relataba un rocambolesco episodio vivido el verano anterior, cuando una plaga de cucarachas la obligó a mudarse a casa de Toro durante dos semanas. Tess y Hugo escuchaban la historia con sendas sonrisas, fascinada la del niño, divertida la de la mujer, mientras Donna gritaba de asco cada vez que Nerea se entretenía en algún detalle escabroso (las cucarachas en la cama, trepando por las sábanas, o en la nevera, acampando en el interior de un sándwich a medio comer, entre el queso y la lechuga).

—¡No! —gritaba la adolescente mirando el suelo a su alrededor, por si alguno de aquellos asquerosos insectos había sobrevivido al exterminio solo para lanzarse ahora sobre sus piernas o su desayuno.

Fue en plena algarabía, entre risas y chillidos, cuando a Tomás le sonó el móvil en el bolsillo.

«Darío».

Aunque Tomás no era un tremendista, aquello bastó para alarmarlo. Darío raramente lo llamaba, solo cuando Pat se quedaba sin batería, y eso siempre ocurría por la noche, en ningún caso a esas horas de la mañana. Tragó el café que tenía en la boca y descolgó.

—¿Sí? —preguntó tapándose la oreja libre.

—Tomás —dijo Darío al otro lado. De fondo, el rumor monocorde de una multitud.

—¿Qué pasa? ¿Pasa algo?

Tal era su nerviosismo que la mesa quedó en silencio y todos se volvieron hacia él.

—No —respondió Darío—. No pasa nada, tranquilo. Es que Pat me contó lo del coche. Lo de la avería. Estáis en un pueblo cerca de Sevilla, ¿no?

—Sí. Bueno, más o menos. ¿Por qué?

Tomás se volvió hacia su hijo, que trazó dos palabras con los labios: «¿Quién es?». Él no respondió.

—Yo también estoy en Sevilla —señaló Darío al teléfono—. Vine ayer. Tengo que dar una conferencia dentro de media hora. No pensaba decirte nada, pero me acaban de anular la comida que tenía luego, así que pondré rumbo a Madrid después del *coffee break*, sobre las doce y media. Había pensado que podía pasarme por ahí y así comemos juntos.

Tomás abrió mucho los ojos y se pasó la mano libre por el cabello, despeinándose y peinándose de nuevo. Todos lo observaban con creciente intriga, salvo Donna, quien, arrodillada sobre la silla, seguía escudriñando la hierba en busca de cucarachas.

—¿Comer? —preguntó Tomás como si no tuviese del todo claro qué acción era esa—. ¿Dónde?

—Donde me digas. Pat me contó algo de una casa rural, ¿no? He venido en coche, puedo pasarme por donde estéis. Así veo a Hugo, le hará ilusión.

Tomás miró nuevamente a Hugo, cuyos labios trazaron esta vez la palabra «¿mamá?». Su padre negó con la cabeza.

—No. O sea, sí. Pero deja que lo comente aquí porque estoy con más gente.

Darío dijo algo más, pero Tomás se apartó el teléfono de la oreja y, tapando el micrófono con una mano, se dirigió a Tess.

—Es el... eh... el padrastro de Hugo.

—¿Darío? —preguntó el niño.

—¿El escritor? —preguntó Tess.

Tomás asintió a las dos cuestiones.

—Está en Sevilla, dice que tiene que pasar por aquí. ¿Te importa si comemos con él?

Deseó que le dijese que no, habrase visto, ¿acaso no has entendido que eres el chófer, el guía y el mozo de las maletas? Nada de familiares, nada de visitas, cuelga el teléfono inmediatamente o, mejor aún, pásamelo, yo me encargo.

Por supuesto, Tess no dijo nada de eso. En su lugar, desplegó una sonrisa encantadora y replicó:

—¡Claro que no me importa! ¡Al contrario!

Tomás parpadeó dos veces sin apartar la mirada de la mujer. ¿Al contrario? ¿Qué quería decir eso? ¿Que, lejos de importunarle, le parecía un plan extraordinario?

Donna pegó un grito y se puso de pie sobre la silla.

—*A cockroach!* —gritó, «¡una cucaracha!», y señaló con un dedo bajo la mesa.

Cuando Tomás se puso de nuevo al teléfono, todos los demás se afanaban en vislumbrar al bicho entre la hierba.

—Darío.

—¿Qué pasa, qué son esos gritos?

—Nada —dijo Tomás—. Te mando ahora un mensaje con la ubicación.

—Estupendo. Nos vemos luego entonces.

Y ambos colgaron.

Para tranquilidad de Donna, la cucaracha resultó ser un saltamontes despistado que huyó de allí tan pronto como pudo. Eso no alivió la inquietud de la chica, que siguió reconociendo el terreno con desconfianza.

Mientras Tomás compartía la localización de la casa a través de WhatsApp, refirió al resto lo que Darío le había contado: su charla, su comida suspendida y su ocurrencia. Lo relató todo con cierta abulia, al borde del bostezo, como si no le importase gran cosa, como si no se lo llevarsen los demonios de solo pensarlo.

Lo peor, sin embargo, no era el hecho de que Darío se inmiscuyese de aquella manera en *su* viaje, ese que había aceptado únicamente para poder estrechar relaciones con Hugo. Lo peor era que el niño parecía francamente ilusionado con la visita.

—¡Le voy a enseñar las fotos que he hecho! —exclamó, y Tomás contrajo los músculos faciales conformando algo parecido a una sonrisa.

Solo Tess interpretó correctamente lo que estaba pensando. Tomás lo supo cuando, de camino a la cocina, ella posó una mano sobre su hombro y, cuidando que nadie más la oyese, le susurró:

—Estará bien, ya verás.

La visita de Darío invalidaba todos sus planes, así que decidieron pasar la mañana allí mismo, a la espera de su invitado. Hugo colgó la canasta en una rama alta y Donna y él estuvieron jugando un buen rato, parando tan solo para revisar sus móviles, comprobar nuevamente que no había cucarachas por la zona y molestar a la yegua que, cada cierto tiempo, se les aproximaba con curiosidad para rehuirles acto seguido.

Tras hacer las camas, quitar el polvo de las habitaciones, limpiar el baño y ventilar las dos plantas, Nerea anunció que el menú de ese día incluiría su especialidad: pastelitos de brócoli. Para eso, dijo, necesitaba acercarse al pueblo y comprar unas cuantas cosas. Tess, que en ese momento leía al sol su novela policiaca, cerró el libro y, resuelta, propuso:

—Si me prestas la bicicleta, voy yo.

Era la oportunidad que estaba esperando.

De camino al pueblo, montada en la bicicleta, Tess pensó por primera vez en quedarse a vivir allí. No era más que una fantasía, por supuesto, no es que se lo planteara realmente. Pero ¿y si lo hacía? ¿Y si, al igual que Nerea, también ella rompía con todo e inauguraba una nueva vida lejos de su casa, en un lugar como aquel, donde no significaba nada para nadie? Sin su marido y sin su hija. Lejos del trabajo y de su ciudad, lejos de su pasado y de los rostros que llevaba décadas viendo envejecer y deteriorarse. Lejos de las tumbas de sus padres y de sus abuelos. Había personas, como Nerea, capaces de hacer tal cosa. Personas dotadas de un empuje que les permitía ignorar la perplejidad y el dolor que una decisión como esa inevitablemente causa en los demás.

Se imaginó a sí misma diciéndoselo a su marido.

—He decidido empezar de nuevo. En Europa, en España, aunque eso da igual. Da igual el sitio. Lo que importa es que está lejos de aquí, de ti y de esta casa. No quiero volver a ver esta cocina, no quiero volver a esperar despierta, de madrugada, a que Donna se digne a aparecer o a llamar siquiera, mientras tú roncas como si tal cosa. Estoy harta de llorar, de culparme por cosas que no son culpa mía. Estoy harta de ti, Jack, porque ya no sé por qué te casaste conmigo ni por qué me casé yo contigo. Lo supe una vez, pero ya no me acuerdo, y tengo la sensación de que tampoco tú te acuerdas. Porque si te acordases, si nos acordásemos alguno de los dos, esto no sería así, Jack. Yo no sería desgraciada, y soy muy desgraciada. Tengo ataques de ansiedad desde hace años y no te lo he dicho. Ya sé que eso no es culpa tuya, fui yo quien decidió ocultártelo, pero pregúntate por qué lo he hecho, por qué no tengo confianza en ti ni siquiera para confesarte eso. A veces siento que me ahogo y ¿sabes qué hago para calmarme, para volver a ser dueña de mí misma? Me imagino lejos, Jack. Pienso en el océano, me sueño a kilómetros de esta ciudad de mierda, y solo así recupero el aliento. ¿Sabes lo que es eso, Jack, que tu vida te asfixie? No, tú tienes el banco y a tus amigos y el golf y el pádel.

Tienes tus cenas, no te pierdes ni una, y vuelves apestando, Jack, apestas a tabaco y a alcohol. No te digo nada porque me da igual, hace años que no me importa. ¿Que te acuestas con alguien? Muy bien. Es tu vida, solo tuya, porque ni un pedazo de ella me pertenece ya. Solo compartimos un techo y la manutención de Donna, eso es todo, solo nos une. También yo, ¿sabes?, también yo quise serte infiel una vez. Intenté engañarte, pero no pude porque soy una desgraciada, y ni eso sé hacer. Quise acostarme con un hombre, y pude hacerlo, pero no fui capaz. ¿Qué sentido tiene, eh? Dime qué sentido tiene esto, dime por qué seguimos aguantando, por qué sigo *yo* aguantando. ¿Hasta cuándo podremos mantenerlo, cuánto tiempo podríamos prolongar esta farsa en que vivimos? Para siempre, ya lo sé, hasta que la muerte nos separe, eso prometimos y es lo que tú querías. Muchos matrimonios lo hacen, infelices durante décadas, toda una vida de silencios y vergüenzas y desgracias, porque eso es nuestro matrimonio: una vergüenza y una desgracia. Sé lo que estás pensando, que así son las cosas, que hay momentos buenos y momentos malos. Que hay que resistir. Pero yo no puedo más, no puedo seguir así solo por miedo a la soledad. Porque estoy sola, me siento muy sola, y la soledad me asfixia. Me ahoga y me está matando, Jack. Me muero ante tus ojos y tú no lo ves o no quieres verlo. Donna es mayor, no le importas tú ni le importo yo, ¿qué pierde ella si me marchó? ¿Qué pierdes tú? Puedes contratar a una cocinera, puedes tirártela si quieres. Te las arreglarás, estoy segura. Tú eres un hombre, envejecéis más despacio, el tiempo no os hace lo mismo que a nosotras, no os maltrata así, no os estropea a la misma velocidad ni de la misma manera. Tengo cuarenta y ocho años, Jack, no puedo esperar más. Entiéndelo, tengo que reaccionar. Necesito respirar, no puedes culparme por ello. Me niego a dar mi vida por perdida. Me marchó y no te diré adónde. No podrás encontrarme y no volverás a saber de mí. Adiós, Jack. Adiós, cariño.

Llegó al pueblo y al pasar por delante del taller saludó a Beto sin detenerse para que este no pudiese ver sus lágrimas. Continuó pedaleando hasta la tienda, apoyó la bicicleta junto a la puerta y se limpió el rostro. Quiso dedicar un minuto a sosegarse, pero no fue posible porque la dependienta, una sexagenaria enjuta y risueña, salió a su encuentro a voz en grito.

—¡Eres la americana!

Tenía más ganas de hablar que de escuchar, así que mientras Tess leía la lista que Nerea le había confeccionado (huevos, azúcar, canela y cuatro tomates), la mujer le fue narrando, sin venir a cuento pero con todo lujo de detalles, el fallecimiento de su esposo, que había tenido lugar una década

antes. Tess se esforzó en mantener la atención en la diatriba («Era un cabezón y de cabezón se murió. Le dijo el médico de aquí, uno que viene los martes, le dijo: Jose, hazte análisis, que esto puede ser grave. Y él que no, que ya se le pasaría, que los médicos, si vas, siempre te encuentran algo»), pero al final se limitó a fingir que la escuchaba y la mujer fingió que lo creía.

Hechas las compras, la tendera insistió en acompañarla hasta la puerta, y aún tuvo Tess que permanecer allí clavada cinco minutos más a la espera de que el relato acabase de una vez con la vida de aquel pobre diablo («Así que, ya ve, de cabezón se murió. No del corazón, porque eso, si se lo cogen a tiempo, se lo arreglan, que se lo dijo el médico bien clarito, que de eso no se muere nadie si te lo encuentran pronto, pero ya ve»). Aunque la mujer no parecía tener intención de dar la conversación por terminada («Y vosotros, ¿qué? ¿Bien en la casa del indiano?»), Tess empezó a pedalear y se limitó a responder que sí, gracias, y a despedirse con una sonrisa extenuada.

Desde donde se encontraba podría haber enfilado la carretera directamente, pero prefirió dar un rodeo, atravesando la plaza, porque, al fin y al cabo, para eso se había ofrecido voluntaria. Quería encontrarse con Ángel, el anciano mudo, para ver si esta vez lograba desentrañar aquella enigmática mirada suya.

No tardó ni un minuto en llegar y, en efecto, allí estaba el viejo, sentado, como de costumbre, junto a la puerta de su casa. Sus miradas se cruzaron y esta vez él le dedicó un gesto con una mano, casi señalándola pero sin llegar a hacerlo del todo. Acto seguido, empezó a levantarse y Tess, desconcertada, posó un pie en el suelo frenando así la bicicleta. La maniobra del anciano fue lenta y trabajosa. Tess la contempló en la distancia, sin decidirse a aproximarse. No se veía a nadie por ninguna parte. El bar estaba cerrado; las tres mesas de la terraza, recogidas y apiladas. Ángel arrastró las zapatillas de felpa camino de la puerta, cada paso un ras que reverberaba con descaro en la plaza deshabitada. Cuando estaba a punto de entrar en la casa, se giró hacia Tess y le brindó un nuevo gesto que esta vez no daba lugar a interpretaciones. Quería decir: «Sígueme».

Ella desplegó la pata de cabra y se acercó hasta la puerta. Apartó con una mano la cortina de macarrones, tras la cual descubrió un pasillo estrecho y lóbrego. Dentro, el aire estaba cargado y hacía demasiado calor. Se quitó las gafas de sol justo a tiempo de ver cómo el anciano, casi al fondo del corredor, penetraba en una de las estancias.

—¿Se puede? —preguntó Tess, consciente de que no habría respuesta.



A pesar de ello, esperó unos segundos de cortesía antes de entrar en la casa. Luego, avanzó por el pasillo con pasos cortos y prudentes, un poco incómoda, un poco inquieta. Se asomó por la puerta que Ángel había cruzado. Resultó ser una pequeña cocina. El anciano estaba de pie frente a la encimera, colocando al fuego una cafetera italiana, vieja y abollada.

—¿Le apetece un café?

Lo preguntó él, con voz suave y melodiosa, paladeando sin prisa cada una de las palabras. Tess lo contempló en silencio, las cejas enarcadas, los ojos como platos. Ángel le dirigió una sonrisa serena, acorde a su timbre y a su tono, de algún modo coherente con aquella casa, con aquella cocina y con aquella cafetera añosa pero aún reluciente y funcional.

—Me dijeron que... —empezó a decir Tess, pero se interrumpió.

El anciano aguardó un momento y, viendo que ella no se decidía, él mismo aventuró el contenido del chisme. No era complicado.

—Que soy mudo.

Tess asintió, todavía perpleja. Ángel señaló a la cafetera con un dedo nudoso y preguntó de nuevo:

—¿Le apetece?

—No. No, gracias.

El anciano encendió una de las placas y se desplazó hasta una silla pertrechada con una manta de algodón y dos cojines entre los cuales encajó los riñones.

—El verano me hace polvo las articulaciones —dijo cubriéndose las piernas con la manta—. Y el invierno también.

—Perdone, pero estoy...

Tampoco esa frase la terminó.

—¿Confundida? —sonrió él—. Ya veo, ya.

—¿Por qué dicen que es mudo?

—Bueno. Es una historia complicada. O no, en realidad. Imagino que dicen eso porque no les hablo.

Tess vaciló un momento antes de preguntar:

—¿Y por qué no les habla?

—Porque mataron a mi mujer.

Lo afirmó sin alterar el gesto, como si acabase de decir algo de lo más corriente, un hecho obvio e indiscutible que no mereciese mayor explicación. Luego, examinó el gesto de Tess y, de la manera más inesperada, le dedicó una sonrisa tierna y reposada.

—Mire —dijo señalando a una pared—. Mire ahí.

Tess siguió la trayectoria del dedo. Sobre los azulejos, pegada con un trozo de celo amarillento, había una antigua fotografía con el color ya palidecido. Mostraba a una mujer en aquella misma cocina, con un bebé en brazos. Sonreía a la cámara con aire feliz y despreocupado. Tess aproximó el rostro a la imagen y descubrió que aquella mujer sonriente, de piel morena y pelo muy negro, de amplio busto y anchas caderas, aquella mujer de ojos negros y grandes, guardaba un extraordinario, casi inverosímil, parecido con ella.

—No son cosas mías, ¿verdad? Cuando la vi el otro día, en la plaza, pensé que era ella. A esta edad la cabeza ya no siempre se comporta como debe. Pero no eran imaginaciones. Es usted igualita que ella.

El agua empezó a hervir dentro de la cafetera.

—¿Por qué...? ¿Por qué dijo que la mataron? ¿Quiénes?

—Olvídelo. Es una historia antigua. No quiero aburrirla.

—No —se apresuró a decir Tess—. Por favor.

—¿De verdad quiere saberlo?

Tess asintió seria. No sabía bien cómo comportarse. El anciano suspiró y se peinó la rala capa de pelo blanco con la palma de una mano. Luego, clavó la mirada en los cuadros marrones de la manta que le cubría las piernas.

—Se llamaba Julia. Era una mujer... especial. Nos conocimos en Madrid mientras yo cumplía el servicio militar. Ella era de allí, pero se vino conmigo al pueblo. Dijo que no le importaba, pero la verdad es que nunca lo llevó bien. Se había criado en la ciudad y no acabó de acostumbrarse a esto. Julia era distinta a la gente de aquí. La habitación del fondo sigue llena de libros y discos suyos, de ópera casi todos. Le gustaba mucho la ópera. Pero en los pueblos la gente es... —Se interrumpió y buscó la palabra. Si la encontró, la guardó para sí—. No toda, claro. No todos son así, pero... Hay muchas envidias, ¿sabe? A la gente de pueblo no le gusta lo diferente. Lo que no entiende lo mira con recelo. Supongo que hay gente así en todas partes, pero en los sitios pequeños pesa más. Todo pesa más en los pueblos. Julia era una forastera, y eso no se les olvidó nunca. La forastera de la ópera y los libros, ¿quién se cree que es? ¿Sabe lo que quiero decir, me entiende? Se lo recordaban cada día. Que era de fuera, que era distinta. Llevaba aquí veinte años y se lo seguían recordando. ¿Le importa servirme un café?

Lo preguntó señalando a la cafetera, que siseaba sobre la placa. Tess siguió sus indicaciones, «apague el fuego, abra ese armario, no me la llene

mucho, por la mitad, así tengo para luego», y le acercó una taza que el anciano sujetó con ambas manos.

—Tuvimos una hija, la que ve en la fotografía. Belén. Una niña preciosa. Muy cariñosa. La tuvimos tarde, cuando ya habíamos tirado la toalla. Julia tuvo muchos problemas. De salud, quiero decir. Las cosas entonces no eran como ahora, no había tantos avances. Pero mereció la pena, ya lo creo que sí. Belén fue una bendición. Un regalo. —Dio un trago al café y añadió—: La chica del otro día, la que estaba con usted. ¿Es hija suya?

—Donna. Sí.

—Entonces ya sabe de lo que hablo. Con suerte, los niños te cambian la vida una vez. Sin suerte, te la cambian dos.

Tess se sentó en una silla frente al anciano. No había entendido aquello y preguntó:

—¿Qué?

—Belén falleció a los cinco años.

—Oh. Lo siento.

—Un accidente. Se cayó del murete que hay al lado del humilladero, lo habrá visto. Se pasaba la vida trepando a sitios. Le gustaba escalar, se subía a todas partes. —Sonrió—. Si le quitabas un ojo de encima, te la encontrabas subida a una rama. Y nunca se caía, pero ese día se cayó. La llevamos en coche al hospital, pero no pudieron hacer nada. Se había roto el cuello. Falleció unas horas después. —El anciano contempló la fotografía que decoraba, ella sola, la desangelada pared de azulejos—. Julia nunca lo superó. Yo tampoco, no del todo, pero los hombres..., ya sabe. Las mujeres lo viven de otra manera. Dejan que las arrastre, ¿sabe usted? No, claro que no lo sabe. Eso no se sabe hasta que se vive, y ojalá no tenga que vivirlo nunca. Ojalá nadie tuviese que vivir algo así. Julia no volvió a ser la misma. Dejó de escuchar música y de leer. Dejó de salir de casa. Ni a la plaza salía. Se pasaba el día en la cama y cuando se levantaba, se quedaba aquí mismo, en la cocina. En el pueblo hablaban. La culpaban a ella. Las pocas amigas que tenía dejaron de visitarla. La trataron como a una apestada, así es como la trataron. Me enfrenté a ellos, a todos, pero no hay nada que hacer contra la necedad. Porque eso es lo que son, unos necios. Todo este pueblo, necios. —Hizo una pausa, miró a Tess y sonrió—. Es usted una mujer muy guapa. Igualita que ella.

Darío apareció por el camino de tierra a las dos menos diez, tras perderse varias veces, según dijo, por aquellas carreteras que ni en el GPS salían. Hugo lo abrazó y, muy excitado, trató de arrastrarlo hacia Daisy, que en ese momento pastaba tranquilamente en el extremo opuesto del claro. A Tomás aquel abrazo lo descompuso. No recordaba la última vez que su hijo lo había abrazado de esa manera, pero sonrió con diplomacia al estrechar la mano de Darío y mantuvo la sonrisa al presentarle a las mujeres.

Como nadie invitó a Nerea, ella misma decidió excluirse del encuentro. Se había pasado media mañana tratando de encontrarse con Tomás a solas, pero él no parecía darse por enterado y no se separaba de los chicos. Acabó escribiéndole un *whatsapp*.

«Nos vemos arriba?».

Tomás, que en ese momento discutía con Hugo la mejor manera de colocar las manos para lanzar un tiro libre, leyó el mensaje con discreción, soltó un carraspeo de lo más incriminatorio y anunció que subía un momento a la habitación.

Ella lo recibió apoyada en la jamba de la puerta del baño. Al verlo, arqueó la espalda, adoptando así una postura con intenciones evidentemente provocativas.

—¿Qué? —preguntó él. Fue una pregunta estúpida.

Nerea lo agarró por las trabillas del pantalón, se puso de puntillas y lo besó en la boca. Él le correspondió apoyando las manos en sus caderas. Así permanecieron, pegados el uno al otro, cada vez más excitados, hasta que Hugo soltó una risotada en el exterior de la casa y Tomás dio un respingo sobresaltado.

—Tranqui.

—No puedo —dijo él retrocediendo un paso—. No puedo estar tranquilo.

Ella asintió y colocó una mano en el pecho de él.

—Vale. Lo entiendo.

Cuando se sentaron todos a la mesa, Nerea los informó de que estaría en su habitación, por si necesitaban algo más. Nadie puso pega alguna y no volvieron a verla durante las dos horas siguientes.

Tess repartió los pastelitos de brócoli y Darío se interesó por el viaje. Lo cierto es que ya lo sabía casi todo porque Pat lo mantenía puntualmente informado y porque casi todas las noches hablaba con Hugo. Pero preguntó de todas formas y escuchó el relato con interés. Fue una exposición desordenada, a tres voces, en la que muy deliberadamente se omitió el incidente violento de Tomás, así como la huida del niño. Tess confesó estar maravillada por la belleza del país, al menos por la parte que había visto hasta el momento. ¿Lo mejor? La piedra amarilla de Salamanca y el teatro romano de Mérida. Y también, por supuesto, el sitio en el que se encontraban. Aquel lugar fabuloso rodeado de verdor.

Darío se comportó con gentileza, introduciendo a Donna en la conversación cada vez que esta, aburrida, desviaba la mirada hacia su móvil. Qué quería estudiar, qué le había parecido Madrid, si lo recomendaría a sus amigas. Resultó una comida agradable y el primer sorprendido fue Tomás, que llevaba horas preparándose para una tortura psicológica que no tuvo lugar. O no del todo, porque Darío, es cierto, fue incapaz de contener su presuntuosa modestia en un par de ocasiones (así la llamaba Tomás, «presuntuosa modestia», porque se daba importancia de una manera que hacía parecer todo lo contrario). Contó que era escritor sin que nadie le preguntase, y sin que nadie le preguntase añadió que todos sus libros eran superventas.

Aunque conocía la respuesta, Tess inquirió:

—¿Qué tipo de libros escribes?

Eso dio lugar al segundo de los episodios modestamente presuntuosos.

Darío puntualizó que eran manuales de inteligencia emocional, «algunos enfocados a directivos, pero otros son para gente normal, como tú y como yo». Lo dijo poniéndose en pie y caminando hacia su coche, de cuyo maletero extrajo un par de ejemplares de su última y exitosa creación. *Reinventate*, subtítulo: *El libro que te ayudará a empezar de nuevo*.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó Tess al ver a la mujer sonriente de la portada—. ¿Tú escribiste este libro? ¡Pero si lo tuve en las manos hace unos días! ¡Lo vi en Miami, en el aeropuerto, y estuve a punto de comprarlo!

—Bueno —dijo Darío con una sonrisa vanidosa—, pues te has ahorrado el dinero.

Dedicó los dos ejemplares, uno para Tess y otro para Donna: «Con mi amistad, Darío».

Más tarde, cuando los chicos entraron en la casa para refugiarse del calor, Tess le preguntó:

—¿De qué hablaste en tu conferencia?

—De felicidad. —Y, en respuesta a la sonrisa más bien escéptica de la mujer, añadió—: Es mi trabajo.

—¿Cómo es eso?

Darío se encogió de hombros.

—Hablo de la felicidad. De cómo conseguirla.

—¿Y cómo se consigue?

—No voy a daros la charla ahora.

—Yo apoyo eso —intervino Tomás.

—Yo no —replicó Tess, y se dirigió de nuevo a Darío—. Si hay una... —buscó la palabra— *receta* para la felicidad, quiero conocerla.

—No hay una receta. Yo solo doy algunas pistas, nada más. Claves.

—Entonces dame alguna.

Tomás agarró su botellín de cerveza por el cuello y se recostó en la silla.

—Para empezar —declaró Darío degustando cada sílaba—, habría que aclarar a qué llamamos «felicidad». Sabemos que todo el mundo la busca. O eso dicen, por lo menos. Si preguntas por ahí cuál es el sentido de la vida, la mayoría de la gente te dirá: «Ser feliz». Pero si les preguntas luego qué es la felicidad, dudarán. —Les hablaba a ambos, saltando con la mirada del uno al otro y apoyando cada frase con gestos bien ensayados—. Te responderán algo, todo el mundo responde algo, pero tendrán que dedicarle un rato porque la verdad es que no tienen ni idea. Nunca se han parado a pensar realmente en ello. Y esa es una de las claves que doy, la primera: llegar a una definición personal, propia de «felicidad».

—Bien —dijo Tess, que estaba completamente entregada a la explicación—, pero eso no sirve para ser feliz.

—No, es verdad. Pero sin pasar por ahí no puedes llegar a lo que importa. Nadie puede buscar algo que ni siquiera sabe qué es exactamente.

—OK. Supongamos que tengo clarísimo qué es la felicidad. —dijo Tess, y se volvió hacia Tomás—. ¿Tú lo tienes claro? —Él, que en ese momento se llevaba el botellín de cerveza a la boca, hizo un gesto con la mano libre: «Más

o menos»—. Bueno, supongamos que sí. Supongamos que todos aquí lo tenemos claro. ¿Cómo se consigue?

—La cuestión —dijo Darío con vehemencia— no es cómo..., sino dónde. La gente busca la felicidad por ahí fuera, en sitios y en cosas. Es lo que suele decirse. ¿Qué es la felicidad? Una casa en la playa, una cabaña en el monte, dormir mirando las estrellas, la vida contemplativa, algo como esto, como este sitio donde estamos. Yo lo pregunto siempre al principio de mis conferencias: «¿Qué es la felicidad para vosotros?». Os sorprendería la cantidad de gente que la asocia a esas cosas, a casas y a paisajes. Y eso estaría bien si no fuera porque la mayoría de la gente jamás podrá permitirse una casa junto al mar y muy raramente se dormirá contemplando las estrellas. ¿De verdad necesitas dormir al raso para ser feliz? Es más, la mayoría de la gente que dice eso no sería capaz de dormir aquí fuera ni una sola noche. Ni una. Echarían de menos su cama, acabarían hartos de los mosquitos, les daría un ataque de ansiedad sin café ni wifi.

—Hay wifi —apuntó Tomás, pero nadie le hizo caso.

—Y si ahora —prosiguió Darío—, después de lo que os acabo de decir, os preguntase dónde buscaríais la felicidad, ya sé lo que me diríais. Me diríais: «En las personas». —Tess asintió jugueteando con un tenedor—. Casi todos hacemos eso, ¿no? Buscamos la felicidad en los demás, en la gente que queremos. En los amigos, por ejemplo. Pero los amigos se pierden, todos lo sabemos, la vida nos lo enseña con el tiempo. Así que, a medida que envejeces, te apoyas cada vez menos en ellos. Sabemos que la amistad es un valor inseguro, cambiante. Sabemos que nuestra felicidad no puede depender de los amigos. —Tess asintió de nuevo y miró a Tomás, que se encogió de hombros. Ninguno de los dos tenía la menor idea de adónde iba a parar todo aquello, con la diferencia de que a él le importaba un carajo—. ¿Qué queda entonces? ¿Qué te queda si sacas la amistad de la ecuación?

Darío señaló a Tess con la mirada, que no dudó en responder:

—La familia.

—Por supuesto. Tu pareja y tus hijos. Pero, lamentablemente, también la pareja puede perderse —eso lo dijo mirando a Tomás, que carraspeó involuntariamente y se giró hacia Daisy—. Y también un hijo puede perderse. De muchas maneras. Y, si eso pasa, entonces todo se desmorona. La vida entera se viene abajo. Sin embargo, hay gente que lo pierde todo, que pierde a su pareja, que pierde a sus hijos, gente que se queda sin nada y, a pesar de eso,

se mantiene en pie, sin derrumbarse. —Hizo una pausa, miró a Tess—. ¿Cómo lo hacen?

—No lo sé —respondió ella pensando en Ángel, en su mirada clara y su manta de algodón, en sus zapatillas de felpa y en la taza de café caliente entre sus manos rugosas—. ¿Existe esa gente?

—Existe, claro que existe.

—¿Y cómo lo hacen?

—Conociéndose a sí mismos. Aceptándose y aceptando la vida tal como es. —Darío posó de nuevo su mirada en Tomás, que esta vez se la aguantó desafiante—. Ya sé que es mucho más fácil decirlo que hacerlo, pero es la única manera. Hay que mirar hacia dentro y preguntarse: «¿Quién soy yo?». Es decir, «¿quién soy yo *de verdad*?». En mis charlas digo que ese es el misterio más profundo de todos. No el cosmos, ni el futuro, ni... Dios. El misterio más profundo lo tenemos aquí mismo. —Señaló con un pulgar el centro de su pecho—. ¿Quién es la persona que hay debajo de toda esta capa de miedos y complejos y frustraciones? ¿Quién está ahí, enterrado bajo todos esos desengaños y heridas y mentiras que uno mismo se ha ido contando y ha terminado por creerse? Con los años llegas a creer que toda esa basura te conforma. Que tú *eres* eso. Pero no es verdad. Son corazas, nada más. Escudos contra el dolor, autodefensas. Si hay una receta para la felicidad es esa. Descubrir quién eres en realidad.

La progresión dramática fue digna de una epopeya. Empezó suave y retórico, avivó luego el tono para generar una suerte de clímax y, tras el éxtasis épico («el misterio más profundo lo tenemos aquí mismo», dedo hacia el pecho), concluyó con una concatenación de locuciones breves y punzantes, pensadas, sin duda, para provocar el aplauso de la concurrencia. Pero no hubo aplauso aquella tarde. Hubo tan solo un silencio breve, arrullado por el viento en las copas de los árboles. Tess preguntó:

—¿Y tú lo sabes? ¿Sabes quién eres?

—Bueno —respondió él cogiendo su copa de vino—. Estoy trabajando en ello.

A eso de las cuatro, Darío consultó la hora en el móvil, se estiró en la silla y anunció que, con mucho pesar, debía partir ya si no quería llegar demasiado tarde a casa. Tomás llamó a Hugo, que bajó corriendo de la habitación con la cámara de fotos y se empeñó en immortalizar el momento. También Donna se sumó al posado por insistencia de su madre. Decidieron no molestar a Nerea, así que Hugo colocó la cámara sobre la mesa, encuadró con



esmero y activó el disparador automático con un margen de treinta segundos. En ese plazo se colocaron todos coordinados por el niño, que se arrodilló en primera línea, al lado de Donna. Justo antes del disparo, Darío apoyó una mano en el hombro de Tomás, que se vio sorprendido por el gesto y así fue retratado: mirando al vacío, con cara de desconcierto.

Y bien, ¿quién era Darío en realidad?

Durante años, vivió con la firme convicción de ser un farsante. Lo era en el trabajo, con su familia y también con el resto de su entorno: amigos, vecinos, pareja. Ante toda esa gente interpretaba un papel, un falso Darío, un Darío tergiversado, y sufría por ello, pero, por más que lo intentaba, no era capaz de evitarlo. Estaba atrapado en su propio fingimiento.

Fue precisamente esa experiencia impostora la que lo ayudó a la hora de traicionar a su mujer. En su momento, de hecho, le pareció un acto de pura coherencia.

Por entonces, él aún trabajaba en la consultoría y, con cierta frecuencia, le encargaban impartir cursos y talleres en empresas privadas. Era bueno en eso. Su especialidad, la gestión de equipos. *Team building* lo llamaban. Aparecía en una oficina con su traje de dos piezas, su mochila Samsonite y su Power Point de ochenta diapositivas, y, en tan solo dos sesiones, adiestraba a toda la plantilla en un conjunto de herramientas para trabajar en grupo de manera eficiente «respetando la personalidad de cada cual». Las valoraciones de sus alumnos siempre eran altísimas, de ocho sobre diez para arriba. Todo el mundo acababa encantado, muy especialmente Darío, que disfrutaba mucho más de aquellas visitas que del rutinario trabajo frente al ordenador.

Así fue como conoció a Pat (por entonces, para él, Patricia). En uno de aquellos cursos, ella levantó la mano, al fondo de la sala de reuniones blanca e impersonal, y preguntó:

—¿Qué pasa si en tu equipo hay alguien que no deja trabajar al resto?

Fue una pregunta cualquiera, Darío la había oído decenas de veces, y respondió lo mismo de siempre. Tan mecanizada tenía la réplica que, mientras hablaba, se dedicó a contemplar a aquella mujer atlética, de ojos grises y facciones duras, casi varoniles. Decía: «El liderazgo es fundamental para establecer relaciones de confianza», pero lo que pensaba es que podría

enamorarle de ella, que no le costaría porque tenía exactamente la clase de belleza que él llevaba persiguiendo desde la pubertad. Por eso mismo, haría cualquier cosa que ella le propusiese.

Es posible que Darío no hubiese pensado todo eso si su relación no atravesara en aquel momento una pésima racha. Su mujer y él apenas se hablaban, apenas se tocaban, y ninguno de los dos era capaz de recordar qué le atraía del otro en un primer momento. Con el tiempo, ella se había convertido en todo lo que él desdeñaba: una mujer débil, temerosa, paranoica e hipocondriaca. Darío, sin embargo, fingía que aún la quería porque fingir era lo que mejor se le daba.

Al término de la segunda y última jornada de formación, Patricia fue hasta él y, estrechándole la mano, le felicitó por el estupendo curso, si bien seguía teniendo algunas dudas. Darío se sintió un poco ridículo al descubrir que la cercanía de aquella mujer le retrotraía a la peor parte de la adolescencia, esa en que la lengua se ofusca y las palmas de las manos se humedecen sin necesidad de calor. Le entregó su tarjeta de visita y apuntó a bolígrafo un número de nueve cifras.

—Es mi móvil. El personal. Llámame si quieres, cuando quieras, y comentamos esas dudas.

Patricia supo que estaba tonteando, pero lo hizo con delicadeza y se sintió halagada. Guardó la tarjeta en uno de los cajones de su escritorio, con las de otros proveedores, como si fuese una de tantas. Solo que no era una de tantas. De vez en cuando la sacaba y la miraba con indecisión. Si lo llamaba, se dijo, estaría aceptando tácitamente un juego al que hacía mucho que no jugaba. Uno al que no tenía claro si quería jugar de nuevo. Por supuesto que había coqueteado con otros hombres desde que estaba con Tomás. Incluso se había besado con alguno, y con uno en concreto llegó algo más lejos, culpa del alcohol, pero siempre supo pararlo a tiempo, en cuestión de horas o minutos. Ni siquiera cuando descubrió la infidelidad de su marido se planteó vengarse de esa manera. Ella no era así.

Pero esto era diferente. Aquel hombre, Darío, tenía algo especial, algo con lo que raramente se había topado en el pasado. Le gustaba mirarlo y escucharlo, le gustaba cómo se expresaba y la forma en que sonreía. Era insólito, era absurdo, pero lo cierto es que todo en él la seducía.

Desde hacía un tiempo, el matrimonio de Pat se encontraba en una suerte de animación suspendida, ni del todo vivo ni del todo muerto. Su relación se desplazaba en el tiempo, inerte y tediosa, sin ninguna tragedia pero sin el

menor entusiasmo. Últimamente, de hecho, había empezado a fijarse *mucho* en otros hombres, transeúntes desconocidos, chicos guapos que se cruzaba en la calle o en el metro, y eso era algo raro en ella, que por norma general iba por ahí abstraída en sus pensamientos.

La tarjeta permaneció en el cajón durante tres semanas hasta que una tarde, en la que no ocurrió nada en particular, Pat sacó su móvil y tecleó:

«Hola, Darío. Soy Patricia. Asistí a uno de tus cursos hace un mes y me pasaste este teléfono. No sé si te acordarás de mí. Sigo teniendo alguna duda».

Dudó largo rato sobre la manera adecuada de rematar el mensaje. Finalmente escribió:

«Si puedes quedar un día, me dices».

Darío le respondió a los pocos minutos. ¡Claro que se acordaba de ella! Se había acordado de Patricia cada día desde que levantó la mano al fondo de aquella sala de reuniones. Pero bien es cierto que a esas alturas ya no albergaba ninguna esperanza de volver a verla. De ahí que, al leer aquellas palabras, especialmente la última frase, se desatara en su mente un torbellino de fantasías.

Quedaron un jueves. Tomaron un café lejos del centro y, aunque se mantuvieron en un código estrictamente profesional, aunque no pasó absolutamente nada entre ellos, Pat decidió ocultárselo a Tomás.

Al día siguiente, por la mañana, Darío le mandó un mensaje. Decía tan solo:

«Me gustó verte».

Pat preparaba el desayuno para Hugo.

—¿Quién te escribe a estas horas? —le preguntó Tomás.

Pat mencionó el nombre de una compañera de trabajo, y esa fue la primera vez que le mintió por Darío. Contra todo pronóstico, le resultó sumamente fácil.

Aquella mañana ni Pat ni Darío trabajaron demasiado. Se pasaron horas escribiéndose, dando rodeos, acentuando lo mucho que les gustaría verse de nuevo. Fue un juego escalonado y excitante donde sus auténticas intenciones fueron ganando terreno mensaje a mensaje.

Se acostaron una semana después en un hotel de la periferia. La preparación del encuentro fue complicada para ambos y el polvo resultó desmañado y chapucero. Sentían vergüenza y follaron casi a oscuras, alumbrados tan solo por la lámpara de una de las mesillas.

Ella no tenía intención de repetirlo. Por mal que fuese su matrimonio, no estaba dispuesta a llevar una vida paralela. Aquello sería solo una travesura puntual, nada más que una excepción. Pero cuando se despidieron en el garaje y él la besó con una mano apoyada en su nuca, Pat supo que estaba perdida.

Pasaron por decenas de hoteles hasta que ganaron confianza, o perdieron prudencia, y empezaron a verse en sus propias casas. Hicieron planes, primero diminutos, cada vez más grandes. Acabaron enamorándose. Estaban convencidos de dejar a sus parejas y empezar una vida juntos. Había un solo problema, un único obstáculo.

—Hugo —decía ella, y se sentía fatal al decirlo, sobre todo cuando estaba desnuda, sobre todo después de follar, cuando aún notaba las mejillas enrojecidas.

—No es un problema si no queremos que lo sea —alegaba él, y la besaba con ternura en un hombro o en el vientre.

Con Pat, Darío dejó de sentirse un impostor. A su lado era capaz de ser él mismo, de expresarse como deseaba, de actuar como siempre había querido.

—Voy a dejar a Yolanda —le dijo él una tarde, y ella le pidió que se callara—. ¿Por qué?

—Haz lo que quieras, pero no me lo digas.

Estaban los dos en el sofá de Pat. Ella le pasó una mano por el cabello y fue a ducharse, dejando a Darío solo en el salón, desnudo en una casa ajena, rodeado de muebles que no eran suyos, todos repletos de libros y de retratos enmarcados de personas desconocidas. Se preguntó cómo había llegado hasta allí, de qué manera la vida (el azar, el destino) lo había empujado a esa situación hasta hacía poco impensable. Se puso los calzoncillos y el pantalón mientras curioseaba las fotografías. Se fijó en una que mostraba a Pat con su marido y su hijo, los tres apoyados en una barandilla con el sol de cara y el mar al fondo.

Pat seguía duchándose y él fue a la cocina. Se sirvió un vaso de agua y a punto estaba de beber cuando oyó el ascensor abriéndose en el descansillo.

Pensó: «Ojalá sea su marido, porque eso nos obligaría a tomar una decisión».

Pero no lo pensaba en serio y, cuando la llave penetró en la cerradura, se quedó completamente quieto, con el vaso paralizado a la altura de los labios. Desde el pasillo, una voz de hombre preguntó:

—¿Hola?

Darío contuvo la respiración y se giró hacia la puerta. Por ella asomó el mismo hombre de la fotografía, ahora un poco más gordo y con barba de varios días. Sujetaba con ambas manos un paquete envuelto en papel de regalo.

—¿Quién coño eres tú? —le preguntó Tomás, y Darío no supo qué responder.

¿Quién era él?

¿Quién coño era?

Aquello puso su vida patas arriba. Solo tenía dos opciones: negar la realidad o contribuir activamente a su dinamitado. Eligió lo segundo.

Esa misma noche le dijo a su mujer que llevaba tiempo viéndose con alguien. Que no podía más, que se sentía un farsante y que, si bien ella no tenía la culpa, lo mejor era poner fin a su relación de inmediato. La mujer no supo de qué le hablaba y sucumbió a una crisis nerviosa. Con todo, Darío sintió un enorme alivio.

Después de eso, los cambios se precipitaron. Pat le aseguró que su matrimonio estaba acabado, pero le pidió algo de tiempo.

—Por Hugo.

Él accedió, y aprovechó aquel paréntesis entre vidas (entre su antigua vida dinamitada y la nueva que le aguardaba junto a Pat) para poner orden en otros asuntos. Decidió liquidar su relación con buena parte de sus amigos y se libró de objetos que lo acompañaban desde la juventud. Dejó para el final el último de sus lastres, y entonces, un miércoles por la mañana, entró en el despacho de su jefe y le anunció que dejaba el trabajo.

—¿Y qué vas a hacer? —le preguntó él estupefacto.

—Reinventarme —respondió Darío.

Eso se concretó en un libro. No fue fruto de una epifanía, por más que así lo acabase relatando él por consejo del departamento de marketing de su editorial. En realidad, llevaba años dándole vueltas. Si no lo había escrito antes era por temor a no ser lo suficientemente bueno. Esos miedos, sin embargo, se habían esfumado en las últimas semanas. Ahora se sentía liviano y fuerte, capaz de cualquier cosa.

El mismo día en que dejó el trabajo, abrió el portátil y tecleó:

### *Capítulo 1*

Escribió enfebrecido durante toda la noche sobre la necesidad de ser uno mismo, sobre el pánico, la cobardía y la desconfianza, y sobre todo lo contrario, la liberación, la valentía, la determinación.

A las nueve de la mañana seguía delante del ordenador. Llevaba ya más de cuarenta páginas cuando le sonó el móvil. Era Pat. Cogió el teléfono y, sin más, declaró:

—Te quiero y te echo de menos.

Ella permaneció callada varios segundos. Luego, soltó una carcajada y dijo:

—¿Podemos vernos esta tarde? Me gustaría que conocieses a Hugo.

Cuando el coche de Darío se perdió de vista, Tomás propuso dar un paseo hasta el pueblo y tomar algo en la plaza. Todos apoyaron la idea salvo Tess, a quien, según dijo, le dolía terriblemente la cabeza. No era cierto, pero para darle mayor credibilidad se masajeó las cervicales mientras ellos, también Nerea, se alejaban caminando por la pista de tierra.

—Me tumbaré un rato —anunció a modo de despedida.

Pero no se tumbó. En vez de eso, se adentró en el bosque y deambuló entre los árboles mientras repasaba aquel día que, en solo unas horas, tantos estímulos le había brindado. En su mente, la historia de Ángel, su hija fallecida y su esposa confinada, se confundía con la suya propia, con su deseo de cambiar de vida, la fantasía de evaporarse, que se mezclaba a su vez con el discurso de Darío, quién soy yo, cuál es mi verdadera identidad.

Pensó en todo aquello hasta que no pudo seguir pensando. Todo era demasiado abstracto y demasiado confuso. Se apoyó entonces en una encina, cerró los ojos y, cuando la mente se le despejó un poco, decidió telefonar a su marido.

En Miami pasaban de las doce del mediodía. Mientras se establecía la conexión, Tess se dijo: «Si no me coge, todo se habrá acabado». Se dijo: «Todo depende de esta llamada, de que descuelgue, de lo que diga, de cómo se comporte».

«Por favor, Jack, hazlo bien».

—*Honey!* —exclamó él al otro lado, y ella suspiró al oír esa palabra.

—Hola, cariño.

—¿Cómo me llamas a estas horas?

—No sé. Me apetecía hablar contigo.

Siguió una pausa y luego él preguntó:

—¿Estás bien?



—Sí. Estoy bien. Se han ido todos al pueblo, pero yo me he quedado. Me apetecía estar tranquila un rato. Estaba paseando y me he acordado de ti, nada más.

Él asintió con un sonido nasal.

Tess temió que le preguntase por «el hermano de la cocinera». Era lo último que necesitaba, eso lo estropearía todo. Acabarían discutiendo, ella gritaría, entraría en cólera como la última vez. Pero no fue eso lo que preguntó, sino:

—¿Cómo está Donna?

Tess sonrió. Deslizó la espalda por el árbol hasta quedar en cuclillas.

—Muy bien. Deberías verla. Se ha hecho amiga de Hugo. Están todo el día juntos. Hasta juegan a baloncesto.

—¿A baloncesto?! —preguntó Jack con evidente asombro, y soltó una carcajada ronca—. ¿Donna jugando a baloncesto?

—¡Sí! Le está sentando bien este sitio.

Era cierto, pero la propia Tess no se percató de ello hasta que lo hubo verbalizado. Aquel lugar había afectado a Donna de una manera más intensa que a los demás. Más profunda. ¿Cuánto hacía que no veía a su hija así de feliz y despreocupada? ¡Incluso se había ido a pasear con el resto, en lugar de encerrarse en su habitación para cotillear con las amigas! Lo había aceptado sin rechistar, sin gritos ni malas caras. Tess, que había seguido deslizándose lentamente por el tronco hasta acabar sentada en la hierba, se preguntó cuánto duraría ese efecto en su hija, si se mantendría al marcharse de allí, si aún sonreiría al volver a Miami, a casa, a la realidad.

En el auricular, una voz de hombre llamó a su marido, «Jack!», y este, en respuesta, pidió un minuto.

—Cariño —dijo—, tengo una reunión ahora. ¿Te importa que te llame más tarde, en una hora o así?

—Claro —contestó ella—, cuando puedas. Aquí estaré.

Pero Jack no la llamó, y esa noche Tess decidió emborracharse. Hasta Hugo se percató de la insólita velocidad a la que rellenaba su copa con un vino blanco muy frío que Nerea había sacado de la nevera. Aquello generó una muy palpable incomodidad, particularmente en su hija, quien, en un momento dado, le espetó en inglés:

—Mamá, no bebas tanto.

Afeamiento al que Tess replicó:

—¡Deja que tu madre se relaje!

Poco después, Donna se fue a la cama con gesto abochornado y, a los pocos minutos, también Hugo se marchó. Eran las once y media, y aunque Nerea estaba a gusto, aunque deseaba permanecer al lado de Tomás un rato más o la noche entera, su presencia allí se revelaba del todo inoportuna. No entendía por qué Tess se estaba comportando de aquella manera cuando, hasta entonces, había hecho gala de unos modales exquisitamente comedidos, pero sí tenía claro que, cualquiera que fuese el motivo, no era de su incumbencia. Se puso en pie, dio las buenas noches y desapareció tras la puerta de su habitación. Tess se llevó la copa a los labios. Apenas lograba mantener los ojos abiertos.

—Me parece que has bebido bastante por hoy —le dijo Tomás procurando no sonar condescendiente ni autoritario y fracasando en ambos esfuerzos.

—*Come on!* —exclamó ella—. ¿Tú también?

Él no supo cómo reaccionar a semejante protesta. Titubeó un momento y evadió la mirada de Tess volviéndose a la negrura del bosque que los rodeaba. Permanecieron así un momento: él contemplando la oscuridad y ella contemplándolo a él, preguntándose cada cual en qué estaría pensando el otro. Luego, Tomás se giró hacia ella y le preguntó:

—¿Quieres hablar de algo?

Tess dejó escapar una risilla beoda que no significaba nada. Alzó la cabeza hacia el cielo, buscó la Vía Láctea, pero no la encontró. En algún momento de la tarde se había nublado, tanto el firmamento como ella misma.

—Estuve pensando en lo que contó Darío.

Tomás se reclinó en la silla.

—¿En qué parte?

—Eso que dijo sobre... Ya sabes. Ser feliz.

—Oh. Eso. —Suspiró, y se pasó la mano por el mentón, como peinándose una barba invisible—. Pues más vale que lo olvides. Es un vendedor de humo. ¿Sabes lo que significa eso? Un embaucador. Un farsante. Vive de repetir esas cosas en todas partes. Lleva viviendo de eso desde que lo conozco.

Tess levantó su copa de vino y miró al frente, a Tomás, a través del líquido amarillento. Cerró un ojo para verlo solo de esa manera, acuoso y ondulante.

—Pero ¿no crees que tiene algo de razón?

—No, no lo creo. Todo lo que dice son lugares comunes. Clichés. Hasta yo podría dar esas charlas.

Tess dejó la copa de nuevo sobre la mesa negando con la cabeza.

—No. No podrías.

—Te digo que sí. He oído esa cháchara suya un millón de veces.

—Es igual. No podrías.

—¿Por qué no?

—Porque él parece feliz y tú no.

Fue un golpe bajo, pero Tess no reparó en ello hasta que lo hubo dicho y Tomás la miró con semblante frío. Ella cerró los ojos, apretó los párpados con fuerza.

—*Shit* —dijo—. Sonó terrible. No quise decir eso.

—Sí querías decirlo —discrepó Tomás con una inflexión de la voz que resultó nueva para ella. Estaba enfadado. Y herido.

—Perdóname. Debería...

«...irme a la cama», eso iba a decir, pero Tomás la interrumpió.

—¿Sabes por qué no parezco feliz? ¿Quieres saberlo? —Tess no se movió, ni asintió ni negó. A Tomás le dio igual y deslizó su silla sobre la hierba para acercarse a ella. Habló a media voz, casi en susurros—. No parezco feliz porque ese farsante está ahora mismo durmiendo con mi mujer. El mismo tío que va por ahí hablando de lo importante que es conocerse y superar los miedos y toda esa mierda se tiró a mi mujer delante de mis narices, en mi propia casa, en la casa de mi hijo, al lado de su habitación. Destrozó mi familia, me quitó a Pat y a Hugo, me lo quitó todo. Y ahora tengo que aguantarlo cuando me dice que no hay que apegarse demasiado a la familia, que la familia se pierde, que esas cosas pasan, qué le vamos a hacer. Tengo que ser amable y educado cuando suelta toda esa mierda barata. No parezco feliz *porque no soy feliz*. Porque ese cabrón sonriente me hizo desgraciado. Y ni siquiera puedo decírselo a las claras porque es él quien educa a mi hijo y quien duerme con mi mujer. Está viviendo *mi* vida solo porque le pareció más interesante o más divertida que la suya.

—No quise enojarte —dijo ella, y posó una mano en la rodilla de él—. Tienes razón, bebí demasiado.

Tomás miró esa mano sobre su pierna y, sin tocarla, se la quitó de encima poniéndose de pie.

—Y otra cosa —añadió antes de marcharse—. Tampoco tú pareces feliz. La verdad es que pareces mucho más desgraciada que yo.

Tomás fue el primero en levantarse. A las ocho y cuarto de la mañana ya estaba mirando un cielo azul que, al igual que la aplicación de su móvil encargada de predecir el tiempo, prometía un día endemoniadamente caluroso. Se preparó un café él mismo porque Nerea aún no se había levantado, y se lo tomó mientras deambulaba alrededor de la casa.

A pesar de su relativa aversión por la naturaleza, Tomás debía admitir que una vida como aquella ofrecía una serie de placeres inaccesibles para los habitantes de las ciudades. Deleites sencillos, como aquel de desayunar caminando sobre la hierba, solo y en silencio, que en modo alguno compensaban las numerosas desventajas del aislamiento, pero que sin duda lo hacían más llevadero. Llenó de aire sus pulmones y le pareció que la sustancia gaseosa que allí se respiraba nada tenía que ver con lo que también en Madrid llamaban «aire» a falta, supuso, de una palabra mejor.

Así estaba él, holgazán y despreocupado, tratando de apartar de su mente el violento episodio que había puesto fin a la noche anterior, cuando advirtió el ruido de un motor aproximándose. Procedía de una vieja *scooter* que, a los pocos segundos, asomó por el camino de tierra y se detuvo junto al Mercedes.

—Buenos días —dijo Beto quitándose el casco y revolviéndose el pelo con una mano. Llevaba consigo una pequeña bolsa de plástico.

Tomás le devolvió el saludo y añadió:

—Nerea no se ha levantado todavía.

—Es igual, te buscaba a ti. He venido pronto por si os ibais de excursión.

—Nos iremos luego, sí. ¿Qué pasa, va todo bien con el coche?

El mecánico vestía, como siempre, un mono azul abierto por arriba y una camiseta blanca de manga corta. A Tomás, sin embargo, le pareció que tenía mala cara, ojeras y aspecto fatigado.

—Por eso he venido —dijo mientras se llevaba a la boca un chicle de nicotina—. Hoy llega la pieza.

—¿Hoy?

—Sí. Al final ha sido mucho más rápido de lo que me dijeron. Esta misma tarde lo tendré arreglado.

Era lo último que Tomás esperaba. Se quedó mirando al suelo, la hierba húmeda y reluciente por el rocío, las zapatillas viejas del mecánico, el polvo en las suyas. Empezó a rehacer los planes. Tendría que buscar un par de hoteles para sustituir los que había anulado por teléfono. Con tan poco margen no sería fácil. A esas alturas de julio estaría todo lleno y carísimo, pero algo encontraría en alguna parte. Estaba pensando en eso, organizándolo mentalmente, calculando la ruta y los tiempos, cuando se percató de que lo hacía a regañadientes. No quería marcharse.

Levantó la mirada y se topó con la del mecánico, que lo observaba con un deje extrañamente atribulado. Y como si estuviese leyendo sus pensamientos, el muchacho le dijo:

—Nadie tiene por qué enterarse.

Tomás torció la cabeza.

—¿De qué?

—De lo que acabo de contarte. Puede quedar entre nosotros si quieres.

—¿Por qué dices eso?

El mecánico se encogió de hombros.

—Lo digo. Sin más.

Pero no lo decía sin más. Nadie dice las cosas sin más, menos aún cosas como esa. Lo decía por algo y Tomás creyó adivinar por qué. Nerea. Ella había hablado con él, estaba convencido. Le había contado sus besos, sus devaneos. El muchacho estaba al tanto de todo.

—¿De qué estamos hablando exactamente?

Beto se agachó y arrancó un puñado de hierba. Se la colocó en la palma de la mano y empezó a jugar con ella.

—Ya sabes.

—No, no sé. ¿Estamos hablando de mentir a todo el mundo?

—No es una mentira. Es... hacer como si nada.

Lo dijo sin mirarlo, dibujando con un dedo una senda en mitad de la mano, entre las briznas. Un caminito sinuoso que comunicaba el pulgar con el meñique. También Tomás lo contempló.

—Hacer como si nada, ¿eh? ¿Y qué ganas tú con eso?

—No todo el mundo se mueve por interés.

A Tomás no le gustó lo que aquella frase parecía sugerir (que él *sí* se movía por interés), pero lo dejó pasar.

Se volvió hacia la casa, que permanecía en completa quietud. ¿De verdad estaba hablando de aquello? ¿En serio estaba urdiendo una conspiración con un chaval de, cuántos, veinte años? Veinticinco como mucho. Era una irresponsabilidad. Un completo disparate. No solo desde un punto de vista ético, también desde el estrictamente práctico. ¿Y si Tess se acababa enterando? No era una idea descabellada, en un pueblo todo se sabe, todo se comenta. Podían pasar por la plaza, detenerse a tomar algo en el bar y entonces alguien les soltaría:

—He oído que el coche ya está arreglado.

¿Qué haría él entonces, cómo lo explicaría?

—¿Y si alguien se entera? —preguntó.

—Nadie tiene por qué enterarse —respondió el chico con total confianza. El sol le pegaba en el rostro, había fruncido el ceño y eso le daba un aire a James Dean—. No va a salir de aquí.

Beto dejó caer la hierba de su mano, se la limpió contra el mono y la extendió luego hacia Tomás. Este la miró un momento y, cuando por fin se decidió a estrecharla, los goznes de la puerta gimieron y por ella salió Nerea, vestida aún con el pijama. Se hizo visera con una mano, los ojos achinados, y preguntó:

—Beto, ¿qué haces aquí?

El chico cogió la bolsa de plástico del suelo, la levantó sobre su cabeza y dijo:

—Traigo cruasanes.

La pedanía se llamaba Palma del Río y resultó que ese día se celebraba allí una feria medieval. Decenas de personas se arremolinaban en los tenderetes ubicados en torno a la iglesia, un templo barroco de ladrillo rojizo coronado por un carillón que los recibió tañendo mientras salían del coche.

La mayoría de los puestos, decorados con telas de color crudo y pendones, ofrecían variedades gastronómicas que poco tenían que ver con el medievo: churros, bollería diversa, queso, vino de la región y refrescos. Los que servían iban todos disfrazados; ellos, camisa blanca y calzas oscuras; ellas, vestidos largos y corpiños.

El pueblo entero estaba entregado al jolgorio en aquellos pocos metros cuadrados. A través de unos altavoces repartidos por la calle retumbaba una música que de medieval tenía lo mismo que la bollería. Los adultos bebían y paseaban y charlaban y reían. Los niños corrían con alborozo, disparándose agua con sus pistolas de plástico y salpicando a las víctimas colaterales de sus escaramuzas.

Tras recorrer el recinto ferial, Tomás propuso beber algo. Se acercaron a un puesto gestionado por una pareja de inmigrantes del este de Europa, ataviados también con disfraces de época. Pidió cuatro Coca-Colas por las que le cobraron nada más que cuatro euros. Tan pronto como tuvieron las latas en su poder, Hugo y Donna corrieron a hacerse un selfi entre los tenderetes, dejando a sus padres solos e incómodos.

—Perdona por lo de anoche —dijo Tess al cabo de unos segundos. Llevaba toda la mañana buscando el momento para disculparse.

Tomás le dedicó una sonrisa sardónica, no fue capaz más que de eso, y negó con la cabeza.

—No —replicó—. Perdona tú. Eso que te dije al irme...

—Es verdad —interrumpió ella—. Lo que dijiste es verdad. Dejémoslo así. Disfrutemos de esto.

Brindaron con sus refrescos, y entonces Tomás tuvo un repentino arrebató de conciencia. ¿Por qué demonios estaba mintiendo a aquella mujer? ¿Por qué no se lo había contado sin más, en lugar de dejarse arrastrar por ese mecánico descerebrado? Habría sido tan sencillo como esperar al desayuno y decir:

—Tess, oye, la pieza averiada llega hoy, pero tal vez podamos quedarnos unos días más aquí, ¿qué opinas?

Habría sido, sin duda, lo más sensato. En vez de eso, ahora se veía atrapado en aquel complot ridículo e innecesario, cargando con el peso de una mentira estúpida. Él, que tanto odiaba mentir. Él, que tan mal fingía.

Hugo y Donna regresaron sonrientes y alterados.

—¿Podemos ir a que nos adivinen el futuro? —preguntó el niño, y señaló a su espalda.

Al otro lado de la calle, una gitana oronda y de tez morena organizaba un mazo de tarot sobre una mesilla cubierta con un mantel de vivos colores. También ella vestía de esa guisa: un pañuelo amarillo anudado en la cabeza, una blusa verde de anchas mangas y una falda roja hasta los pies.

—Es una estafa —dijo Tomás.

—No tiene por qué —discrepó Tess de inmediato.

Los dos se miraron, conscientes de que no había manera de que llegaran a un acuerdo sobre aquello, porque aquello precisamente reflejaba la manera en que cada uno entendía la vida, supersticiosa ella, racional él (o bien: abierta de mente ella, obcecado él). Eran las suyas dos posturas inamovibles, opuestas e irreconciliables, sin un terreno a mitad de camino sobre el que asentar un mínimo común denominador. Tomás no replicó a Tess porque no había ninguna posibilidad de convenio: o existía una fuerza desconocida o no existía en absoluto.

—Por favor —suplicó Hugo.

Y Tomás, que seguía sintiéndose culpable por su conjura secreta, optó por dar su brazo a torcer. Después de todo, ¿qué mal podía hacerle una estúpida lectura de manos?

—Vale —dijo con una sonrisa—. Vamos a ver qué nos cuenta.

Cuando se acercaron, la gitana los escrutó sin disimulo, a todos y cada uno de ellos los examinó de arriba abajo. Tomás tenía claro por qué lo hacía: estaba recopilando información a partir de su aspecto y de sus gestos. Cualquier cosa que pudiese inferir de ellos le sería útil en el supuesto ejercicio adivinatorio. Lo primero que dedujo, sin embargo, no pudo estar más desencaminado.



—Qué linda familia —dijo con amabilidad, a lo que Tomás secamente replicó:

—¿Cuánto cuesta la sesión?

Tal fue la antipatía de su tono que la gitana optó por dirigir su respuesta a Tess.

—Dos euros. Y la voluntad.

La primera en sentarse fue Donna. La adivina ofertaba tres prácticas distintas: lectura de manos, tarot y carta astral (esta última más cara, cinco euros, y también más larga; le llevaría, dijo, una media hora). La chica eligió las cartas. Tess pidió permiso para acomodarse en la silla libre y la pitonisa asintió con ademán teatral.

—¿Cómo te llamas, cariño? —preguntó mientras barajaba unas cartas grandes y amarillentas. Donna respondió sin necesidad de traducción, y la gitana alzó sus cejas pintadas hasta casi media frente—. ¡Qué bonito nombre! Bien. Veamos qué dicen los arcanos sobre ti, Donna.

Siguió mezclando las cartas concentrada, con la mirada puesta en sus propias manos. Tomás se fijó en su hijo, que no perdía de vista los naipes, y se dijo que más tarde tendrían que mantener una conversación al respecto. Explicarle que esa clase de prácticas no son más que paparruchas para gente crédula y temerosa.

—Empecemos con los estudios. Porque estudias todavía, ¿verdad, cariño?

Tess lo tradujo para Donna, quien más o menos lo había entendido, y ya asentía.

La gitana separó una carta del mazo y la colocó boca arriba en mitad del tablero. Mostraba a una mujer recostada en un sillón escarlata con una corona en la cabeza.

—La emperatriz —dijo la adivina—. Símbolo de inteligencia. Te irá bien en los estudios. Eso no quiere decir que no tengas que esforzarte, ¿eh? Vas a tener que esforzarte, pero dará resultado, ya verás. La emperatriz también significa riqueza y abundancia. Lo que estudias te dará alegrías y dinero en el futuro. —Donna sonrió satisfecha, imaginándose tal vez como presentadora de algún programa de difusión nacional, *Today* o *Good Morning America*—. Ahora escuchemos qué tienen que decir los arcanos sobre el amor. —Tomó otra carta del mazo y la dejó sobre la mesa. En ella, un hombre ridículamente vestido contemplaba el firmamento desde el borde de un precipicio con una

flor en una mano—. ¡El loco! —chilló la gitana, y nadie supo si aquello era bueno o malo—. ¿Estás enamorada, cariño?

Tess se lo tradujo y se sorprendió al ver que su hija apartaba la mirada y sonreía tímidamente (¿cuánto hacía que no veía timidez en ella?).

—¿Eso qué quiere decir? —preguntó Tess.

—Mamá, por favor —protestó la chica, que se había ruborizado y meneaba las piernas nerviosamente.

La gitana enderezó la cabeza, satisfecha de su acierto.

—El loco simboliza la falta de sentido común —dijo, y Tess siguió traduciendo de mala gana—. Sabes que ese chico no te conviene, pero te da igual. Quieres sentir eso porque es un sentimiento agradable, ¿verdad, cariño? Te gusta ese chico, aunque dentro de ti, en tu fuero interno, sabes que lo lamentarás y que seguramente también él...

Donna levantó una mano interrumpiendo así a la gitana. El rojo de sus mejillas le había contaminado el rostro entero, hasta los ojos, ahora inyectados en sangre.

—*Enough* —dijo con rotundidad. «Basta».

Luego se levantó de la silla y, muy alterada, puso rumbo al coche. Su madre se lanzó tras ella, la agarró de un brazo.

—Oye, ¿adónde vas? ¿Qué pasa?

—Nada.

—¿Cómo que nada?

—Déjalo, ¿vale?

—Donna, ¿qué pasa? ¿Estás haciendo algo estúpido?

Así empezó una discusión que se prolongó, con interrupciones, hasta la puesta de sol. Fue una suerte de pelea-río, con afluentes, recodos y tramos subterráneos.

Primer asalto, aún en la pedanía:

—Donna, por favor, si pasa algo...

—¡Es que no pasa nada! ¿Por qué nunca me crees?

—Sí te creo, no digas eso.

—No, no me crees. Está claro que no me crees.

—La confianza tiene dos direcciones, Donna. Para que yo te crea tienes que ser sincera conmigo.

—Eso no es confianza, mamá. ¡Dios, déjame!

Segundo asalto, en el coche, por la tarde, delante de Hugo y Tomás:

—¿Tengo que llamar a tu padre?

—¡Que me dejes!

—Ojalá supieras lo que es ser madre.

Donna, en un susurro:

—Ojalá supieras lo que es aguantarte.

—¿Qué? ¡¿Qué acabas de decir?!

Tercer asalto, ya en casa:

—Yo también hice tonterías a tu edad, pero...

—¡No estoy haciendo ninguna tontería!

—Entonces, ¿por qué te has puesto así esta mañana?

—¡Necesito intimidad!

—¿Y no la tienes? ¡Te encierras en tu habitación, ni siquiera me dejas entrar! ¿Más intimidad necesitas?

Aquello hizo añicos todos sus planes, relegando a Tomás y a Hugo al papel de espectadores silentes de un melodrama en idioma extranjero del que solo captaban partes sueltas. La parte positiva, para Tomás, fue que eso acabó de un plumazo con el interés del niño por la adivinación. No llegó a sentarse con la gitana («Creo que paso», dijo cuando Donna se alejó a paso rápido del tenderete perseguida por su madre).

—Sabes que la señora esa no tenía poderes, ¿verdad? —dijo Tomás como si tal cosa. Estaban en su habitación cambiándose para la cena.

—No soy idiota —respondió Hugo secamente.

—Ya sé que no eres idiota, pero hay gente que se cree esas cosas. Sobre todo cuando ve cosas como la de hoy.

Su hijo se quitó la camiseta y olisqueó la zona de las axilas. Se la apartó con asco y dijo:

—He ido a un taller de pensamiento crítico.

—¿Qué? —preguntó Tomás. No sabía de qué le estaba hablando.

—En el colegio. Vino un tío de una universidad y nos enseñó cómo funcionan esas cosas. Hasta nos hizo una carta astral para que viésemos cómo se hace.

—¿Sí?

—Sí. Funciona por sugestión. Te crees lo que te quieras creer. Se lo he dicho a Donna antes, pero le da igual.

Tomás se sentó en la cama y observó a su hijo con orgullo.

—¿Sabes qué le pasa? —preguntó.

Hugo hizo un ovillo con la camiseta sucia y sacó otra del armario.

—¿A Donna? —Tomás asintió—. Está enamorada.

—¿Te lo ha dicho ella?

—Más o menos.

—¿Más o menos? ¿Cómo es eso?

Hugo miró a su padre, vaciló un momento y dijo:

—No puedo decírtelo. Se lo he prometido.

—Vale. Pero prométeme algo a mí. Prométeme que no está metida en ningún lío.

—No está en un lío —aseguró el niño, y Tomás le creyó. ¿Por qué no habría de hacerlo?

Era la una y cuarto de la madrugada y ahí seguía Tomás, tumbado en la cama con los ojos como platos, contemplando el techo iluminado por la luz grisácea de la luna. A poco más de un metro, Hugo roncaba plácidamente, la sábana por los suelos y la boca entreabierta.

En la hora larga que llevaba postrado panza arriba, no había parado de maldecirse. Estaba convencido de que, tarde o temprano, Tess terminaría por descubrir la maquinación que el mecánico y él se traían entre manos y que eso trastocaría definitivamente el resto del viaje. La había llamado infeliz, la había atacado cuando ella más vulnerable era, aturdida por dos botellas de vino blanco, y ahora le mentía a la cara. ¿Era esa manera de tratar a su empleadora? ¿Era esa manera de tratar a cualquier persona?

En un momento del desvelo se planteó llamar a Beto tan pronto como amaneciese y poner fin al complot, pero luego pensó en Nerea, la única mujer que le había hecho sentir algo en tres años, y entonces, con sus labios y sus ojos y su cuello en mente, se dijo: «Son cuatro días». Solo cuatro días para que el coche estuviese *oficialmente* reparado y la mentira urdida por Beto y amparada por él caducase para siempre. ¿No compensaba dejarlo estar?

Se sentó en el borde de la cama, pero solo aguantó unos segundos antes de ponerse en pie. Estaba inquieto y acalorado. Hugo se dio media vuelta y Tomás salió de la habitación para no despertarlo. Nada más hacerlo, creyó oír (oyó, sin duda) una puerta que se cerraba en la planta de abajo. ¿Era posible? Miró su muñeca, pero el reloj no estaba allí.

Bajó a oscuras por las escaleras cuidando de no tropezarse. No había nadie en el salón ni tampoco en la cocina, y la puerta de Nerea permanecía cerrada a cal y canto. Pensó que tal vez hubiese salido por cualquier motivo, probablemente una visita a la nevera, y que ya estaría de nuevo en la cama. Esa era sin duda la explicación más plausible, pero, para descartar otras posibilidades, se asomó a una ventana. Lo hizo justo a tiempo de ver con el

raballo del ojo cómo alguien, a lo lejos, penetraba en el bosque y desaparecía entre los árboles. Era una mujer. Era Donna. ¿Era Donna? Eso le pareció, aunque no podría jurarlo.

Tan inesperada resultó la visión que ni siquiera se planteó regresar a la habitación, calzarse (estaba descalzo) y avisar al resto. En vez de eso, sucumbió a una urgencia que lo hizo salir y empezar a correr hacia el lugar por donde ¿Donna? había desaparecido.

Igual que noches atrás, los cantos y las ramitas se le clavaron en las plantas de los pies. Se coló por entre los árboles y allí se detuvo, esperando a que sus ojos se adaptasen a la oscuridad. Se planteó gritar su nombre, «¡Donna!», pero algo le dijo que no era una buena idea. Guardó silencio y prestó atención a los sonidos del bosque. El viento, los insectos, un pájaro, una voz.

¡Una voz!

Cerró los ojos, apretó los párpados y, en efecto, creyó percibir un murmullo distante y apagado. Igual que la otra noche, solo que ahora estaba seguro de que se trataba de una persona. La había visto. No era Daisy ni tampoco el imponente corcel azabache. Era una mujer, y lo que oía eran palabras. Susurros.

Se lanzó al frente con determinación, pero no tardó en dejar de oírla y se detuvo de nuevo. ¿Y si luego no era capaz de encontrar el camino de vuelta? No tenía ningunas ganas de pasar la noche a la intemperie dando vueltas por aquel bosque. Debería volver, llamar a la puerta de Nerea, pedirle una linterna. Entre las copas negras de los árboles fulguraba la Vía Láctea. Sin quererlo, le vino a la mente Darío y aquella patraña suya de la felicidad y las noches estrelladas. Valiente gilipollas. Qué sabría él de felicidad. Qué sabría él de nada.

La adrenalina empezaba ya a disiparse y a punto estaba Tomás de dar la vuelta cuando oyó, con absoluta nitidez, algo que de ninguna manera podía provocar la naturaleza por sí misma empleando tan solo el viento y las ramas, ni tampoco un animal. Oyó hip hop. Sonaba delante de él, no muy lejos. Avanzó con sigilo, pisando solo con la punta del pie. A cada paso que daba, la música iba ganando volumen. Cuando identificó por fin su procedencia, un móvil apoyado en un tronco, los ojos de Tomás se habían adaptado del todo a la oscuridad. Entonces los vio: tirada en el suelo, sobre la hierba, yacía Donna con Beto sobre ella. Ambos estaban semidesnudos y abrazados.

—Venga ya —farfulló Tomás involuntariamente, y los dos pegaron un brinco simultáneo y sobresaltado.

Donna gritó *God!* y se tapó los pechos con las manos. Beto, con los pantalones por las rodillas, no fue tan rápido. Tomás no quiso presenciar lo que vino después (ropa interior, botones y cremalleras), así que desvió la mirada hacia el cielo, a las estrellas, a la Vía Láctea. El proceso duró algo más de un minuto durante el cual Donna no dejó de repetir:

—No se lo cuentes a mi madre, no se lo cuentes a mi madre, no se lo cuentes a mi madre...

Aunque lo decía en inglés, Tomás lo entendió perfectamente. Como entendió también el motivo de la propuesta que el mecánico le había hecho esa misma mañana. No era por Nerea, era evidente, ella no tenía nada que ver. Lo que Beto quería y había conseguido era ganar cuatro días, o más bien cuatro noches, para retozar entre los arbustos.

—Con que no todo el mundo se mueve por interés, ¿eh? —le dijo sin mirarlo, y añadió—: Para esa música.

Cuando el chico obedeció, Tomás se volvió hacia ellos y los vio ya vestidos, de pie, muy juntos y cogidos de la mano. Eso lo ablandó. Era una imagen tierna, una instantánea que perfectamente podría ilustrar un manual de *Cómo ser joven*, «Capítulo 1. Enamórate y haz locuras». A punto estuvo de sonreír, pero puso todo su empeño en evitarlo. Él era allí el adulto, y como tal había de comportarse.

Aunque Beto trataba de ocultarlas con su cuerpo, o quizás por eso mismo, Tomás reparó en las dos latas de cerveza tiradas en el suelo junto a un paquete de tabaco y una bolsita trasparente con algo en su interior.

—¿Habéis fumado marihuana?

—No —se apresuró a decir Beto—. Es mía, pero no hemos fumado. De verdad.

Tomás suspiró. ¿Qué otra cosa podía hacer?

—Vete a casa, anda.

El muchacho asintió con docilidad y se volvió hacia Donna. Se miraron fijamente durante unos segundos y se besaron luego con los ojos cerrados. Después, el mecánico recogió sus pertenencias y se alejó bosque adentro.

El camino de vuelta resultó más sencillo de lo que Tomás había previsto. Donna se movía despacio, a su espalda, con los brazos cruzados. De pronto, rompió a llorar y Tomás se giró hacia ella.

—No llores —le rogó suavemente.

Ella no dijo nada, tampoco le devolvió la mirada.

—No pasa nada. No voy a decírselo a tu madre. ¿Entiendes lo que digo?

La chica asintió. Bajo la luz fría de la luna, Tomás adivinó los rasgos de Tess en aquel rostro joven y hermoso, ahora congestionado y surcado de lágrimas.

—¿Cómo has hecho para irte sin que tu madre se entere?

Donna creyó entender el sentido general de la pregunta y, entre hipos y sollozos, respondió:

—Zolpidem. *Pills*.

—¿Pastillas? ¿Tu madre toma pastillas para dormir?

Donna asintió de nuevo y gimió profundamente, como si la vida entera se le escapase por entre los labios. Algo crujió entonces a su lado y ambos se volvieron sobresaltados. Allí estaba Daisy, la yegua, contemplándolos en silencio. Del corcel negro, sin embargo, no había rastro alguno.



Estaban ya a bordo del viejo Mercedes, de camino a un pueblo que Nerea les había recomendado («es muy pequeñito, pero merece una visita»), cuando un hombre les hizo señales desde el arcén.

—¿Qué le pasa a ese? —preguntó Hugo desde el asiento trasero.

Habían salido de casa apenas cinco minutos antes para tomar aquella carretera sinuosa que los llevaría montaña a través.

Tomás aminoró y detuvo el vehículo al lado del hombre. Lo conocían. Era uno de los lugareños a los que Nerea había saludado en la plaza del pueblo el día de su llegada.

—¿Ocurre algo? —pregunto Tomás a través de la ventanilla.

Era evidente que sí. El tipo, de unos sesenta años, pelo cano y barba igualmente cana, estaba empapado en sudor y tenía el rostro demudado.

—Es Ángel —dijo con la respiración agitada—. Ha desaparecido.

Fue Toro, el dueño del bar, quien lo había descubierto. Al dar las nueve, se extrañó de que el anciano no saliese a sentarse en su silla, como venía haciendo cada mañana desde hacía más de veinte años. Esperó hasta las diez y entonces, ya preocupado, fue a llamar a su puerta. Resultó que estaba abierta y que Ángel no se encontraba en casa.

—Estamos todos buscándolo —dijo el hombre al otro lado de la ventanilla—. Ayer por la tarde lo vieron en el pueblo. O se ha marchado por la noche o muy pronto por la mañana.

Tess salió del coche sin mediar palabra y se quedó mirando a la espesura. De la arboleda emergió una mujer enjuta a la que Tess reconoció de inmediato. Era la parlanchina gerente de la tienda, quien, nada más verla, se dirigió a ella con expresión grave.

—Ya lo sabéis, ¿no?

—Sí —respondió Tess—. Recién nos lo dijeron.

—Si quieren ayudar —intervino el hombre secándose el sudor con un pañuelo de tela—, lo mejor es que vayan en esa dirección. —Señaló una zona del bosque—. Ángel camina despacio, pero si se marchó por la noche, vete a saber cuánto ha podido alejarse. —Tess asintió y se dispuso a partir en la dirección que el hombre había indicado, pero este la interrumpió—. Una cosa más. Si se encuentran con un jabalí, ni se acerquen. No son peligrosos, casi nunca atacan, pero es mejor que los dejen a su aire. Y tengan en cuenta que no van a tener cobertura ahí dentro. Intenten caminar en línea recta. No se despisten y no se separen, por lo que más quieran. Lo último que necesitamos ahora es que se pierda más gente.

Los cuatro se pusieron en marcha, ascendiendo por una frondosa pendiente. El bosque no tardó en cerrarse a su espalda. Tess marchaba deprisa, en primer lugar, gritando cada poco el nombre del anciano.

—¡Ángel! ¡Ángel!

—Lo malo... —empezó a decir Hugo sin apenas resuello— es que... aunque nos oiga... no puede contestarnos.

Tess sabía que eso no era cierto, pero no dijo nada. Buscaba a su alrededor un cuerpo tendido y, mientras lo hacía, pensaba en lo que Ángel le había contado y se preguntaba por qué a ella precisamente. Por qué motivo había elegido a una forastera, a alguien que estaba de paso, para confiarle su secreto. ¿Solo porque se parecía a su difunta esposa? ¿Solo porque tenía las facciones de una mujer llamada Julia, muerta hace treinta y un años? Ángel no la conocía, no sabía nada de ella. Bien podía Tess habérselo contado a Nerea o a cualquier otro: «¿Sabes ese viejo, el que se supone que es mudo? Pues no lo es. Si no habla con nadie es porque os culpa de la muerte de su esposa. A todos vosotros. Os culpa y os odia».

—¡Ángel! —gritaban los cuatro, espantando así a los pájaros, que echaban a volar en bandadas difusas.

Caminaron durante media hora, cada vez más profundo en el monte, entre árboles y arbustos y rocas. Pasado ese tiempo, Tomás se detuvo y los chicos lo imitaron. Hugo estaba exhausto. Donna apenas se mantenía en pie. Tess, sin embargo, irradiaba energía y determinación.

—¿Qué pasó? —inquirió la mujer.

—Volvamos —dijo Tomás—.

Tess se opuso, ¿por qué iban a hacer tal cosa?

—Es muy mayor, no ha podido alejarse tanto. Tiene que estar más cerca del pueblo, nunca habría llegado hasta aquí. Hace veinte minutos que no

tenemos cobertura, a lo mejor ya lo han encontrado.

—O a lo mejor no —replicó Tess—. A lo mejor está ahí delante.

Tomás no entendía aquella actitud. En un principio la había interpretado como un simple y lógico deseo de colaboración, un gesto de amabilidad con aquella gente, pero empezaba a pensar que encubría algo distinto. Tess parecía querer demostrar algo. Daba la impresión de que *necesitaba* encontrar a aquel hombre.

—Míranos —dijo Tomás señalando el entorno—. Ni siquiera sabemos hacia dónde estamos yendo. ¡Nos hemos perdido!

—No nos perdimos —aseveró Tess.

Había enajenación en su mirada y en su tono, un matiz perturbado que a Tomás le preocupó. Donna se había quitado las zapatillas, tenía los pies colorados y ampollas en los talones. Hugo se agachó a su lado y vertió agua de su propia botella sobre las llagas de la chica.

—¿Te duele? —preguntó el niño en español, y la chica se mordió el labio inferior como única respuesta.

Tomás cogió a Tess de un brazo y la llevó consigo unos pasos más allá.

—Los chicos no pueden más —dijo a media voz—. Llevamos media hora caminando cuesta arriba.

Tess negaba con la cabeza, no estaba dispuesta a escucharlo.

—Yo sigo —zanjó—. Volved vosotros.

Trató de zafarse de Tomás, pero este no se lo permitió.

—¿Qué te pasa? —preguntó él.

—Déjame.

—Tess, ¿qué haces?

—¿Y si le pasó algo?! —preguntó visiblemente alterada—. ¿Y si está herido?!

Donna y Hugo los miraban con gesto preocupado a varios metros de distancia.

—Hemos hecho lo que hemos podido —declaró Tomás—. Este no es nuestro territorio, no tenemos ni idea de hacia dónde estamos yendo.

Tess guardó silencio. Sabía que Tomás tenía razón, que podían perderse, que quizás se habían perdido ya, que tal vez Ángel hubiese aparecido en alguna parte. Pero todo eso no eran más que hipótesis. Conjeturas. Lo único cierto es que aquel anciano había compartido con Tess algo que ella ni había solicitado ni deseaba. Algo sumamente valioso. Su más íntima confianza. Seguir buscándolo, continuar aquella marcha tortuosa era su manera de

compensárselo. Pero no podía contar eso. Y, de todas formas, aunque pudiese hacerlo, ¿quién iba a entenderla? No Tomás. A decir verdad, ni siquiera ella lo comprendía del todo. No lo necesitaba, porque sabía que era lo correcto, lo que debía hacer. Lo sabía como se saben las cosas que importan, las que carecen de sentido para el mundo entero salvo para una misma. Lo sabía como se sabe el amor y la pérdida. De una manera intransferible, única. Lo sabía como se sabe el sacrificio.

Por eso fue tan doloroso claudicar. Por eso cuando Tomás le susurró «Tess» y le susurró «por favor», ella miró a los chicos y se dejó caer allí mismo, donde estaba.

—Dame un minuto —dijo—. Dame un minuto.

Se concedieron cinco y empezaron luego a desandar el camino. Tomás no tardó en constatar que, en efecto, se habían perdido. Evitó mencionarlo para no alarmar al resto, pero, en un momento dado, Donna miró a su espalda, miró de nuevo al frente y, en inglés, aseguró:

—No hemos pasado por aquí.

Era una sentencia arriesgada para alguien que no conocía más que la ciudad de Miami, y solo algunos barrios, pero Hugo coincidió en el diagnóstico. Seguían sin cobertura, y Tomás propuso:

—Sigamos andando y a ver adónde llegamos.

Después de todo, aquello no era la selva. Estaban en un parque natural, tarde o temprano acabarían topándose con algún camino. Continuaron caminando sin preocuparse ya por mantener un rumbo recto. Estaban agotados, tenían sed y el agua de las botellas se les había terminado. Donna cojeaba apoyándose con un brazo sobre los hombros de Hugo, quien ejercía de muleta para ella. La temperatura pasaba de los treinta grados y el calor, sumado a la desorientación, empezó a hacer mella en el ánimo de todos. Marchaban en silencio, cabizbajos. Solo Tess seguía buscando y gritando:

—¡Ángel! ¡Ángel!

Pasaron cuarenta larguísimos minutos antes de que Hugo señalase al frente y dijese:

—Mirad.

Entre el follaje se vislumbraba uno de los más inconfundibles distintivos de la civilización: una oxidada señal de tráfico.

Salieron a una carretera que tal vez fuese, o tal vez no, la misma de la que habían partido. No se veía a nadie, no se oía un solo motor, pero eso no opacó

el sentimiento de alivio que experimentaron. Seguían perdidos, pero ahora mucho menos.

Caminaron por el arcén. Era cuestión de tiempo que acabasen encontrándose con alguien. Y así fue. Al poco, ni diez minutos, un brillo distante les reveló el inconfundible perfil del Mercedes cochambroso. Algo más tardaron en percatarse de que había alguien apoyado en el capó del vehículo. También en esta ocasión fue Hugo el primero en verlo.

—Hay alguien allí —dijo. Y protegiéndose los ojos del sol con una mano, añadió—: ¡Es Ángel!

Tess echó a correr dejando atrás al resto. Llegó al coche jadeando y se abrazó al anciano, quien recibió el arrumaco con una risa bronca. Así permanecieron varios segundos, hasta que Tess se apartó un paso para mirarle. Vestía como siempre, con las mismas ropas oscuras, demasiado gruesas para el verano. Estaba sucio y despeinado, la barba blanca despuntando en la mandíbula.

—¿Qué pasó? —preguntó Tess—. ¿Por qué te fuiste?

El anciano alargó una mano y acarició el rostro de la mujer. Los otros aún estaban lejos, avanzando con lentitud al ritmo que marcaba la cojera de Donna, de manera que no vieron el gesto de Ángel ni oyeron cómo respondía:

—Vi a mi mujer. Me pidió que la siguiera.

Y ya no dijo nada más.

Cuando al día siguiente Tess bajó a desayunar, encontró a Nerea junto a una ventana, todavía en pijama, con lágrimas en los ojos y el móvil en las manos.

—¿Estás bien? —preguntó alarmada.

Nerea se volvió hacia ella, se sorbió los mocos y dijo:

—Ángel ha muerto.

Lo había encontrado Toro. Esta vez no había esperado para comprobar si el anciano cumplía o no con su costumbre. A las nueve menos cuarto de la mañana, se acercó a su casa y llamó con los nudillos. A diferencia del día anterior, la puerta estaba cerrada. Pero Ángel no respondió y Toro llamó de nuevo más fuerte. Aguardó un par de minutos antes de colarse por la ventana.

—Estaba en la cama —balbució Nerea—. Muerto.

Sería exagerado decir que Tess se esperaba aquella noticia, pero lo cierto es que no le sorprendió del todo. Eso, sin embargo, no evitó que la tristeza la invadiese también a ella. Sintió una pena tranquila y reposada, como lo era todo en aquel lugar. Se dijo: «Su mujer le pidió que la siguiera y él lo hizo». El anciano, estaba convencida, se había ido en paz.

Nerea fue a cambiarse y Tess se encargó de informar a los demás a medida que bajaban: primero a Tomás, luego a Hugo y por último a Donna. Cuando Nerea regresó, ya vestida y con un paquete de clínex en la mano, les anunció su intención de acercarse al pueblo.

—Nosotros también vamos —dijo Tess sin consultarlo con el resto.

Fueron todos en el Mercedes. Condujo Tomás a petición de Nerea; ella, aseguró, estaba demasiado alterada para ponerse al volante. Aparcaron en la misma plaza, junto a un todoterreno de la Guardia Civil, una ambulancia y un coche fúnebre. Frente a la casa de Ángel se arremolinaba una decena de vecinos. Algunos lloraban, otros charlaban a media voz, con pesadumbre, las manos en los bolsillos, el gesto compungido.

—No tenía a nadie —les dijo una mujer que, según descubrieron más tarde, era la alcaldesa.

—¿Puedo hacer algo? —preguntó Nerea.

La mujer negó con la cabeza.

—No hace falta. Toro ha dicho que se encarga de todo. —Señaló al dueño del bar, que estaba sentado en la silla de Ángel con la mirada perdida—. Siempre andaba tan pendiente...

Nerea fue hasta él, se agachó a su lado y apoyó una mano en su rodilla. Toro se la apretó con una sonrisa triste.

Dos individuos de traje salieron de la casa portando un féretro. Se hizo el silencio. Los presentes observaron a los operarios mientras introducían la caja dentro del vehículo negro, y así permanecieron, silentes y cabizbajos, hasta que el coche fúnebre se alejó. A continuación, como si fuese un ritual mil veces repetido, todos se fueron congregando en el interior del bar.

Toro se repuso como pudo, entró también en su negocio y sin mediar palabra dispuso sobre la barra seis botellas de vino y una docena de refrescos. Luego, fue colocando vasos en una hilera que acabó por cubrir el mostrador entero. Cada cual se sirvió lo que quiso, tinto la mayor parte de los hombres, blanco la mayoría de las mujeres.

Donna se cruzó con Beto y ambos se saludaron con un discreto movimiento de cabeza y una sonrisa cómplice. En el bar habría entonces una veintena de personas a las que se fueron sumando otras. Muchos de los que entraban se volvían hacia los forasteros con curiosidad.

—¿Son los que lo encontraron en el monte? —preguntaban a sus convecinos, y eso les daba pie para cotillear un rato sobre ellos.

Tess y Tomás se habían acomodado al fondo, en la esquina más oscura y discreta, y hasta allí se desplazó Nerea.

—Voy a acercarme a la funeraria —les dijo—. No sé si llegaré para la hora de comer, pero la nevera está llena. Podéis...

—No te preocupes —interrumpió Tess—. Ve.

Cada cual lidia con la muerte a su manera, y en aquel bar, aquella mañana, se exhibió una amplia variedad de reacciones. Hubo quien no podía parar de hablar y quien, de pura congoja, ni hablar podía. Hubo quien, de cuando en cuando, levantaba su copa a la salud del difunto y brindaba y bebía. Hubo también a quien le dio por recordar anécdotas del finado, cuando casi quema su casa por un fuego mal apagado, cuando un perro loco, quizás rabioso, apareció en el pueblo y Ángel, haciendo gala de una puntería

milagrosa, lo mató de una sola pedrada. Se mencionó a su mujer y a su hija y el nicho que, en un cementerio próximo, le aguardaba entre ambas.

Llegó el mediodía y allí nadie mostraba el menor atisbo de retirada. Toro, algo más entero ya, siguió plantando en la barra botellas y botellines, preparó cafés e infusiones. Unas vecinas aparecieron con platos de comida preparados por ellas mismas, tortilla de patata, gazpacho y migas, que fueron pasando de mano en mano. Nerea y Hugo, aburridos, pidieron permiso para irse a casa y sus padres aceptaron.

Poco a poco, la gente fue saliendo del bar y aquella peculiar ceremonia no tardó en colonizar la plaza entera. Un observador desinformado bien podría haberla tomado por una romería (ciertamente extraña; sin música y sin baile, sin luces ni banderines, pero sí con risas y abrazos y griterío).

—Aquí cada muerte es una tragedia —les dijo un hombre que un rato antes se había presentado como Lucio—. Todas las muertes lo son, claro, pero aquí pesan más. Somos muy pocos. Ya conocen a Roberto, el único joven que nació aquí y que aquí sigue. Acabará por irse también. Todos se van.

—Los pueblos como este están condenados —intervino otro hombre a su lado. Llevaba gafas de pasta gruesa y eso le daba un aire de intelectual—. Hace veinte años vivíamos en la comarca setecientas personas. Ahora no llegamos a trescientas. —Dio un trago a su vino y mirando a la plaza, a sus vecinos, dijo—: Cada vez que alguien se muere, el pueblo entero se muere un poco.

A la una, Tess y Tomás decidieron marcharse. Se despidieron de Beto, de Toro, de la alcaldesa y de otras personas con las que habían charlado a lo largo de la mañana.

—Mi madre murió hace cuatro años —dijo Tess sentada ya en el Mercedes—. Cáncer de páncreas.

—Lo siento.

—Sí. Gracias. ¿Viviste tú algo así?

Tomás asintió abstraído.

—Mi padre. Cáncer de pulmón.

Tess aproximó el rostro a la luna y miró hacia arriba. Las copas de los árboles se abrazaban sobre el coche ensombreciendo largos tramos de carretera.

—A veces me acuerdo de aquellas semanas en el hospital. Sin dormir, sin descansar bien, casi sin comer. Cuando te pasas tanto tiempo allá dentro ves el cambio en las personas. Cómo llegan con sus familiares enfermos, todavía con



esperanza, y cómo la van perdiendo poco a poco. Se van resignando, empiezan a hacer las paces entre ellos y consigo mismos. Hasta que un día te los encuentras llorando delante de una cama vacía. Yo no tengo hermanos y mi padre había muerto un año antes, así que pasé por todo aquello prácticamente sola. Una noche, cuando mi madre llevaba seis semanas ingresada y ya estaba claro que nunca saldría, pensé: «Muérete ya, ¿por qué no te mueres de una vez?». No podía más. Estaba tan cansada... —Se frotó los ojos con los nudillos, como si acusara el eco de aquel cansancio pasado, y apoyó la espalda en el asiento—. Mi madre se murió al día siguiente por la mañana. Me sentí horriblemente culpable. Fue una sensación espantosa. Todavía hoy me siento mal cuando lo recuerdo. No tiene sentido, ya lo sé, pero pensé que... Que, de alguna manera, ella pudo leer mi mente, ¿entiendes? Que, de algún modo, ella supo lo que estaba pensando. ¿Te lo imaginas? ¿Te imaginas saber que tu hija desea que te mueras?

Tomás negó con la cabeza.

—La verdad es que no.

—Tiene que ser terrible —dijo Tess. Luego se apoyó de nuevo en el asiento y contempló sus propias manos—. No se me ocurre nada más terrible que eso.

*Mi madre conoció a mi padre el 21 de febrero de 1965, el mismo día en que Malcolm X fue asesinado en el teatro Audubon Ballroom de Nueva York. De aquel primer encuentro solo sé que los presentó una amiga común. Si se gustaron ya entonces, si el suyo fue o no un amor a primera vista, lo desconozco.*

*El único testimonio que conservo de aquella cita es una fotografía tomada en una esquina irreconocible de Miami. En ella, mis padres y otras tres personas, dos chicos y una chica, posan sentados en una barandilla, vestidos todos con un estilo entre hippie y caribeño. Mi madre lleva un vestido de lunares blancos y unas descomunales gafas de sol. Mi padre, pantalones de campana y una guayabera de manga corta con alforzas. Están el uno junto al otro, pero no se tocan ni se miran. Los cinco sonríen a la cámara con aire despreocupado, como si los años sesenta no fueran a terminarse nunca y ellos fuesen a permanecer jóvenes para siempre. Es una fotografía hermosa y evocadora.*

*Tres años después, en 1968, mi madre entró en casa de mis abuelos con dos noticias. Anunció, en primer lugar, que iba a casarse con un chico blanco y católico, hijo de un industrial irlandés del condado de Broward. Se llamaba William y ellos nunca habían oído hablar de él. Fue una sorpresa de lo más inesperada, pero la segunda noticia lo fue aún más. Mi madre estaba embarazada de diez semanas.*

*Mi abuela rompió a llorar y ya no paró, según me contaron, hasta mi nacimiento. Mi abuelo entró en cólera. Gritó, maldijo, ultrajó a su hija y también a aquel tal William, quienquiera que fuese. Tuvo mi madre que quedarse embarazada para que mi abuelo rompiera por fin el silencio con el que llevaba más de un año castigándola.*

*Lo que él no sabía es que también William, mi padre, había acudido a aquella manifestación de Washington. Que también él fue detenido frente al Capitolio, que fue arrastrado por el suelo con mi madre y que con ella fue encarcelado. Hoy tal cosa me resulta inaudita. ¿Mis padres en una protesta antibelicista? ¿Los mismos que más tarde votarían a George W. Bush y a John McCain? El tiempo, en ocasiones, envuelve los hechos con una pátina de inverosimilitud. Tengo la sensación de que incluso a mis propios padres, en sus últimos años, les resultaba difícil reconocerse en aquella pareja que, décadas antes, marcharon de la mano por la capital de la nación reclamando paz y amor. Ellos, sencillamente, ya no eran esas personas.*

*Mi madre pasó del colorido ajeteo de Little Habana a la mortecina placidez de un complejo residencial de clase alta. De la noche a la mañana ascendió no un peldaño ni dos, sino varias decenas de pisos en la escala social.*

*En su nueva vida, los cubanos no eran vistos con buenos ojos, así que mi madre optó por dejar de serlo. Cambió su nombre de «Rosa» a «Rose» y el apellido británico de su marido, Greeley, hizo el resto. Suprimir por completo su acento hispano fue mucho más complejo y laborioso, pero también eso lo consiguió con el tiempo.*

*Yo contribuí, sin saberlo, a aquel proceso de renuncia. Recuerdo, siendo una niña, avergonzarme por aquellas erres suyas, por su incapacidad para pronunciar correctamente fifth o heat. Ni siquiera su hello sonaba como el del resto. Yo la reconvenía, trataba de enseñarle. «Dilo así: fifth, heat, hello».*

*Mi abuelo y mi madre jamás solucionaron sus desavenencias, que empezaron siendo políticas y acabaron siendo de todo tipo. Apenas se comunicaban, y mi madre evitaba por todos los medios acercarse a lo que, en español, seguía llamando simplemente «el barrio». De ahí que, durante buena parte de mi infancia, mis abuelos maternos fuesen para mí una presencia neblinosa y solo vagamente familiar. Mi abuela culpaba a mi madre: «¡Quieres sacarnos de tu vida! —gritaba—, ¡lo dimos todo por ti y ahora te avergüenzas de nosotros!».*

*Cuando cumplí doce años, sin embargo, algo ocurrió entre ellas, porque dejaron de lado los reproches y su relación se volvió más estrecha. Fue un cambio súbito cuyas causas sigo desconociendo hoy por hoy. Empezamos a visitar el barrio con cierta frecuencia y, por primera vez, se me permitía quedarme a solas con mis abuelos una hora o dos, mientras mi madre hacía algún recado en la ciudad.*

*Un día, recuerdo perfectamente el momento, mi abuela me propuso pasar el fin de semana en su casa. Corrí a contárselo a mi madre, convencida de que ella se opondría. Pero no se opuso. El viernes, al salir del colegio, me llevó en coche a Little Habana y allí me quedé hasta el domingo. Disfruté cada minuto de aquel mundo que resultaba para mí tan exótico, tan excitante, tan alejado de todo lo que yo conocía. Los azulejos de vivos colores, los puros, las frituras, el griterío.*

*Aquellos fines de semana en el barrio se convirtieron en una costumbre. Yo dormía en la misma habitación donde mi madre había pasado su infancia y su juventud, la misma que aún habitaba cuando comunicó que había conocido a un chico católico y rico llamado William de quien esperaba una hija.*

*Fue allí donde le pedí a mi abuela que me enseñase aquella lengua que se hablaba en las calles. Ella se negó al principio, pero ante mi continuada insistencia, semana tras semana, terminó accediendo. Puso tan solo una condición. Que mi madre nunca se enterase. Aunque no entendí el motivo, acepté sin rechistar. Y así fue como el español se convirtió en mi idioma secreto.*

*Cuando ahora evoco aquellos fines de semana de mi adolescencia, me vienen a la mente las palabras y expresiones que mi abuela me enseñaba en la cocina mientras la ayudaba a preparar la comida. También los refranes, que aprendía de memoria y repetía luego, a solas y en susurros, tumbada en mi cama de Broward: «Dime con quién andas y te diré quién eres», «Dios aprieta, pero no ahoga», «perro ladrador, poco mordedor».*

*Algunos sábados acompañaba a mi abuelo a su inexcusable partida de dominó callejero. Sus compañeros, unos cubanos a los que hoy recuerdo viejísimos, me hacían preguntas en español y reían cuando yo me esforzaba en chapurrear alguna respuesta. De ellos aprendí otros refranes que me gustaban más todavía: «A quien nace pa tamal del cielo le caen las*

hojas», «el que tiene tienda, que la atiende», «camarón que se duerme, se lo lleva la corriente».

*Si mi madre supo alguna vez de las lecciones de mi abuela, nunca dijo nada. Ante ella, en casa, el inglés era el único idioma, de la misma manera que Estados Unidos era la única patria.*

*Cuando entré en la universidad, mi español era casi perfecto, y justo entonces, absurdamente, también yo le di la espalda. No fue un abandono consciente, o no del todo. Con la adultez llegaron nuevas personas, nuevas costumbres, nuevos compromisos. Dejé de acudir al barrio, conocí al que acabaría siendo mi marido, me casé, tuve una hija, murió mi abuelo y, meses después, también mi abuela. El español se fue convirtiendo en un recuerdo distante, desempolvado tan solo para exclamar «¡buenos días!» a la entrada de algún comercio, un «gracias», un «adiós» ocasional.*

*No fue hasta el fallecimiento de mi madre, hace ahora cuatro años, que decidí recuperarlo. Sintonicé en la radio del coche una emisora de Univisión y empecé a consultar la prensa latina. Me afanaba en leer noticias de distintas secciones, política, sucesos, celebridades, hasta la liga de béisbol ojeaba, y así fui descubriendo palabras que nadie me había enseñado, como «jonrón (home run)», «batazo» o «remolcada». Lo hacía siempre a espaldas de mi marido y de mi hija, y poco a poco el español se convirtió otra vez en mi idioma secreto.*

*De vez en cuando, al salir del trabajo, estacionaba en Little Habana, muy cerca de la antigua casa de mis abuelos, y entraba en alguna cafetería, en Versailles o en cualquier otra. Me acomodaba en la barra y pedía un expreso o, mejor aún, un «café con leche», y decía cosas como «¡vaya calor tenemos!», «parece que viene lluvia», «¿ya oyeron de la tormenta que se aproxima?». Siempre había alguien, camarero o cliente, dispuesto a darme conversación solo por hablar un rato: «Dicen que este año se adelantará la temporada de tormentas», «basta con que no vengan huracanes».*

*Después, regresaba al coche y, mientras me alejaba de allí, repetía en voz alta las palabras nuevas: «torbellino», «ajetreo», «bonanza». Al hacerlo, volvían a mí los rostros de mis abuelos, las partidas de dominó, los sábados de mi infancia. Como si el mero hecho de hablar en español me transportase al pasado y me permitiese habitarlo de nuevo durante unos minutos.*

*Eso creía entonces.*

*Eso, supongo, sigo creyendo todavía ahora.*

Ninguno de ellos tenía ropa adecuada para un funeral, así que cada cual se vistió con lo que consideró menos impropio. Les tranquilizó comprobar, especialmente a Tess, que en la iglesia la etiqueta era relajada: vestidos de verano, camisetas y zapatillas. Solo los más mayores del pueblo se habían engalanado algo, y tampoco en exceso.

La iglesia, en realidad, era una humilde capilla con una docena de bancos corridos y una mesa cubierta con un mantel blanco que hacía las veces de altar. El calor allí dentro era insoportable, por lo que, durante los minutos previos al oficio, varios vecinos se dedicaron a enchufar ventiladores que habían acarreado desde sus propias casas. Eso, aunque bienintencionado, solo sirvió para remover el aire caliente llevándolo de un lado al otro.

Una mujer se acercó a Tess mientras esta se secaba el sudor de la nuca con un clínex ya empapado y le ofreció un abanico.

—Ten, he traído dos.

Tess se lo agradeció con una sonrisa.

—Se lo devolveré luego —dijo.

—¡Deja, mujer, si los tengo a pares!

El cura, un treintañero espigado y pelirrojo que, según les contó Nerea, solo se dejaba caer los domingos «o cuando alguien se muere», se paseó por la bancada, saludando a los presentes con expresión compungida, repartiendo apretones, besos y palmadas en la espalda.

Tess, Tomás y los chicos se sentaron en la penúltima fila, cerca de la puerta, por si, en algún momento, empezaba a correr algo de aire. Nerea se acomodó delante, entre Beto y un hombre con unas facciones casi idénticas a las suyas, un James Dean canoso y ya entrado en años que, supuso Tomás, sería el padre del muchacho o quizás su tío.

Diez minutos antes del inicio previsto de la misa, el cura subió al presbiterio de madera, se aclaró la garganta y dijo:

—Hace mucho calor, ¿verdad? —También él tenía el rostro perlado—. ¿Os llega algo de aire de los ventiladores?

—¡No! —gritó una mujer. Se escucharon risas.

—¿Y qué quieres que haga, Asunción? —preguntó el cura con una sonrisa no particularmente ufana—. Si alguien se siente mal...

Pero no pudo acabar la frase. Lo interrumpió un golpetazo al que siguió una confusa algarabía. El sacerdote se apresuró por el pasillo hacia el centro de la capilla, donde el resto de los congregados se arracimaba para ver qué pasaba.

Lo que pasaba es que un anciano se había desvanecido y había caído a plomo contra el suelo. «Dejadle espacio», decía una mujer que, por las maneras y el aspecto, bien podría ser su hija. «Abanicadle», «levantadle las piernas», «ayudadme a sacarlo».

Eso retrasó el inicio de la misa y le dio al acontecimiento, supuestamente dramático, un cierto aire de vodevil. Algunos aprovecharon el incidente para salir de la capilla y regresar al poco con botellines de agua. «¡Aquí no se puede estar!», le gritó un hombre a su esposa como si el calor fuese culpa suya. Cuando el cura regresó al altar, una mujer levantó la mano, como pidiendo la palabra, y preguntó:

—Y digo yo, ¿por qué no hacemos la misa fuera?

—No se puede oficiar la misa en la calle, Angelines —respondió el cura con firmeza.

Y aunque la mujer protestó y abundó en su idea, el religioso ya no le dio más coba. Pidió silencio, adoptando al hacerlo una postura solemne, y dijo:

—Nos hemos reunido hoy para despedir al hermano Ángel Barros.

Fue una ceremonia corta y sencilla durante la cual la gente no paró de entrar y salir. El propio Tomás, sumamente agobiado, tuvo que resistir el impulso de marcharse en busca de algo de aire. Tess se santiguó, comulgó y escuchó con atención cada una de las canciones litúrgicas.

El momento estelar, el que más tarde todos comentarían, lo protagonizó Toro cuando fue invitado al presbiterio. Se colocó nervioso tras el altar, carraspeó un par de veces y se dirigió al auditorio con una voz que empezó temblorosa y fue, poco a poco, ganando confianza.

—No soy bueno hablando en público, pero... Os quería contar una cosa que no sabéis ninguno. Pasó hace cuatro años. Me acuerdo de la fecha porque fue cuando me separé. A Carmen y a mí nos iba mal desde hacía tiempo, pero disimulábamos, o intentábamos disimular por lo menos. Yo me pasaba el día

en el bar, como ahora. Solo nos veíamos por la noche, y casi de refilón. Cuando cerraba, cenaba allí mismo, en el bar. Me hacía una tortilla o comía cualquier cosa que hubiese sobrado y solo iba a casa para meterme en la cama. Dormíamos juntos aunque no nos hablábamos, ya veis. Estuvimos meses así. Ahora lo pienso y me parece una idiotez, pero qué sé yo.

No se movía una mosca. Hasta los abanicos se detuvieron en seco ante aquel inesperado preámbulo, aquella confesión que tan fuera de lugar parecía. Se cruzaron miradas, alguno frunció el ceño, alguno asintió como si recordase perfectamente lo que Toro relataba.

—El caso es que una noche —prosiguió— llegué a casa y Carmen me estaba esperando en la cocina. Era invierno y caía una tormenta de impresión. Fue aquel invierno que nos pasamos tres días sin luz, seguro que os acordáis. Llegué empapado porque nunca tengo paraguas en el bar, y Carmen me dijo que quería hablarme de un asunto. Yo ya me imaginaba lo que quería decirme, claro, cómo no me lo iba a imaginar. Me dijo que había estado pensando y haciendo números y que se marcharía por la mañana. Se iba a Córdoba con su hermana, ya lo tenía todo planeado. Estuvimos charlando un buen rato. Me dijo que quería el divorcio y que tendría que buscarme un abogado, que ella ya tenía uno. Luego se metió en la cama y yo me dije: «Ya no puedo dormir aquí». Así que salí a la calle. La tormenta había amainado un poco. Ya no parecía que fuese a salir volando el pueblo, como por la tarde, pero seguía lloviendo. Sería como la una de la madrugada. Me fui hacia el bar, porque mi intención era dormir allí, en el suelo o en cualquier parte. Hice el camino corto, ya sabéis, por detrás de la panadería, y al lado del humilladero me encontré con Ángel. Estaba allí quieto y empapado, justo enfrente del murete. Le dije: «Ángel, ¿qué haces aquí? Vas a agarrar una pulmonía». Estaba como ido. Lo cogí de un brazo, pero él me apartó de un guantazo. Pensé que había perdido el juicio. ¡Os lo juro, pensé que se le había ido la cabeza! Entonces me di cuenta. Estaba en el sitio exacto en el que había muerto su hija. Yo había cogido un paraguas, así que me quedé tapándole. ¿Qué iba a hacer? No sé cuánto tiempo nos pasamos allí. Serían diez minutos o así. Luego, echó a andar hacia la plaza y yo fui con él. Lo acompañé hasta su casa y después me metí en el bar. Cuando me levanté por la mañana, salí a la plaza y allí estaba ya él, en su silla de siempre. Me saludó con la cabeza, igual que todas las mañanas. Como si no hubiese pasado nada.

»Esa noche era la primera que dormía solo, sin Carmen. Me hice algo de cena en casa y estuve viendo la televisión un rato. A eso de la una de la

madrugada tuve un presentimiento, no sé cómo decirlo. El caso es que salí a la calle y fui hasta el humilladero. Ángel estaba en el mismo sitio que la noche anterior, mirando al murete. No quise molestarlo. Esperé un poco apartado hasta que echó a andar y entonces lo acompañé hasta su casa.

»Hemos estado haciendo eso durante cuatro años, casi todas las noches. Yo he fallado alguna vez. Él nunca. Incluso cuando estaba enfermo se pasaba por allí un rato. Hasta hace tres días. Esa noche no se presentó. Me extrañó, claro, pero tampoco le di mucha importancia. Estaba muy mayor, ya sabéis que últimamente le costaba moverse. Pensé que se habría quedado dormido. Pero resultó que había echado a andar más allá del murete. Se había ido caminando por el bosque. A saber por qué. A saber por qué un hombre hace lo que hace, ¿no? Sí. Quién puede saber eso...

Acabada la misa, todos los vecinos fueron concentrándose en la plaza. Fue una reunión breve porque el calor seguía siendo insufrible y la gente no tardó en buscar refugio en la panadería, en la farmacia, en el bar de Toro o en cualquier otro sitio a cubierto y ventilado.

En esas estaban Tomás y Tess, dudando si regresar a la casa o quedarse por allí un rato más, cuando un hombre se les acercó con la mano por delante. Era el James Dean canoso en quien Tomás había reparado antes.

—Ustedes son los turistas —aventuró él deteniéndose a su lado.

Tomás asintió y estrechó aquella mano. El hombre, que se presentó como Tito, plantó dos besos en las mejillas de Tess, resignada ya a aquella cortesía mediterránea contra la cual ni siquiera el sudor prevenía.

—Soy el tío de Roberto. El mecánico.

—¡Anda! —exclamó Tess—. Nos dijo que estaba fuera.

—Sí, estaba de vacaciones en Cádiz, pero con esto... —Señaló a su espalda, a la capilla, en cuya puerta el cura seguía charlando con algunas vecinas—. Me llamó Beto y volví. Por cierto, ya saben que pueden pasar a por su coche cuando quieran, ¿verdad?

Hubo un silencio. Tomás miró a Tito, a su pelo cano y bien peinado, a su camisa impoluta, a sus zapatos desgastados. Luego se volvió hacia la terraza del bar, donde estaban Donna y Hugo trasteando en sus móviles. Tragó saliva. Estaba jodido.

—¿Cómo? —preguntó Tess confusa—. Pero... ¿está arreglado?



—La pieza llegó el otro día. —Contrajo el ceño extrañado—. ¿No se lo ha dicho mi sobrino?

Tess negó con la cabeza mientras a Tomás el sudor empezaba a empaparle la camisa. Trataba de elaborar una estrategia, una coartada, una nueva mentira que maquillase la anterior: «Beto no me ha dicho nada», «tal vez sí me lo dijese, pero lo olvidé», «no tengo ni idea de quién es Beto». James Dean dijo algo más sobre lo mucho que le extrañaba, qué cosa más rara, en qué estará pensando este chaval, y Tess le replicó disculpando al muchacho, se habrá despistado, han sido días complicados. Algo así dijeron, pero Tomás no prestó atención. Seguía con la mirada perdida en busca de un pretexto verosímil cuando Tess extendió un brazo y dijo:

—Mire, allá está.

Tomás aparcó momentáneamente su listado de potenciales subterfugios para seguir el recorrido que trazaba aquel brazo. Señalaba a la mesa de Donna y Hugo. Allí estaba, en efecto, el idiota de Beto. «Nadie tiene por qué enterarse», le había dicho a Tomás, y él le creyó. Tenía las manos apoyadas en el tablero y miraba a Donna, que le sonreía embobada. Hugo, visiblemente incómodo, fingía concentrarse tanto en su pantalla que la tenía casi pegada al rostro.

—¡Beto! —bramó James Dean, y lo hizo de tal modo que el grito resultó una bronca en sí mismo.

El chico se giró hacia ellos, saludó con una mano y luego, como si súbitamente comprendiese la que le venía encima, demudó el gesto. Adiós a la sonrisa encantadora. Se irguió, miró a su tío, luego a Tess y por fin a Tomás, en cuyo rostro mantuvo una mirada borrosa. Daba la impresión de estar esforzándose en comunicarse telepáticamente con él: «¿Qué hacemos? ¿Qué decimos? ¿Cuál es el plan?».

No había ninguno. Lo supo al ver que Tomás, víctima de una ansiedad creciente, se sacaba la camisa del pantalón y se remangaba con escaso miramiento.

—Hola —dijo Beto al llegar adonde estaban ellos. Luego, sin saber bien qué decir, optó por subrayar lo evidente—: Os habéis conocido.

—¿Por qué no les has dicho que el coche ya está arreglado? —preguntó su tío a bocajarro.

Beto arqueó las cejas, meneó la cabeza. Trataba de ganar tiempo, pero parecía más bien un autómatas descuajeringado.

Dijo:

—¿El coche?

Dijo:

—Sí.

Dijo:

—Lo que pasa...

Y no dijo nada más porque, justo entonces, Tomás, ya empapado en sudor, la nuca en carne viva por el roce de la camisa y dos sobaqueras expandiéndose en las axilas, le interrumpió con una mano.

—Me lo dijo. Me lo dijo hace días.

Lo admitió mirando a Tess y el alivio fue inmediato. Se sintió desahogado, ligero, libre por fin de aquella ridícula conjura a la que se había dejado arrastrar por un veinteañero. Hasta el calor se le pasó un poco.

—¿Cómo? —preguntó el tío de Beto desconcertado, paseando la mirada entre Tomás y su sobrino.

—Fue una tontería. Vino a contármelo y yo le pedí que... lo ocultase.

—¿Por qué? —preguntó Tess. No parecía molesta, tampoco defraudada. A decir verdad, ni siquiera se mostraba particularmente sorprendida.

—Porque... —se detuvo. Miró al suelo, al cielo y de nuevo a Tess—. Joder. No tengo la menor idea.

Ella asintió con una sonrisa comprensiva, como si la explicación de Tomás (la *ausencia* de explicación de Tomás) fuese perfectamente lógica. Luego, la sonrisa cobró vida propia y, de la forma más inesperada, se tornó en carcajada. Tomás se quedó un tanto desconcertado por aquella reacción, pero, al poco, también él rompió a reír ante la mirada estupefacta de los dos *james deans*. Era una risa ajena a su voluntad, inexplicable pero también incontrolable. Cuando uno lograba calmarse («ya, perdón»), el otro le contagiaba y vuelta a empezar.

Hugo y Donna los miraron preguntándose qué diablos sería tan gracioso. También los observaban algunos de los vecinos y el propio cura, este último con gesto de reproche. No les importó. Tess y Tomás siguieron riendo hasta que a ambos les dolió la tripa. Era la única manera sensata de tomarse aquello. Era, tal vez, la única manera sensata de tomarse todo.

Sería su última excursión y durante el desayuno los chicos insistieron en volver al pantano donde se habían bañado días antes. El termómetro del monovolumen oscilaba entre los 35 y los 36 grados, pero, al menos, ahora tenían aire acondicionado. Nada más llegar a su destino, Hugo y Donna se desprendieron de la ropa y se lanzaron al agua entre gritos joviales.

—¿Cómo estás? —preguntó Tomás a Tess.

Se habían sentado en la orilla sobre la hierba. Ella se abrazó las piernas y apoyó la barbilla en las rodillas. Llevaba meditabunda toda la mañana. Tomás lo había notado, pero no quiso sacar el tema delante de los chicos.

—Supongo que me afectó lo de Ángel. —Luego se quedó pensando un momento—. Es extraño.

—¿El qué?

—Esto. Ir de vacaciones y terminar en el funeral de alguien que no conoces.

Difícilmente podría Tomás estar más de acuerdo. Todo en aquel viaje estaba resultando insólito y pintoresco. Tess deslizó la mirada por los reflejos del riachuelo y en ese estado de semiausencia se encontraba cuando él dijo:

—¿Puedo preguntarte una cosa?

—Claro —asintió la mujer con la atención aún diluida.

—¿Qué hacemos aquí?

Tess salió de su ensimismamiento y lo miró.

—Aquí, ¿dónde?

—Aquí. —Tomás desplegó los brazos—. En este sitio. Tú insististe en que nos quedáramos. ¿Por qué?

Tess meditó la respuesta. Si era sincera, si respondía a eso con la verdad, él no la entendería. ¿Pero qué otra cosa podía decirle? No había manera de justificar aquello desde la racionalidad porque la suya no fue, ciertamente, una decisión racional.

—Sentí que este sitio era especial —dijo por fin, y analizó la expresión de él en busca de algún indicio de burla. No lo encontró y añadió—: Sentí que me llamaba.

Tomás se volvió al frente, hacia los chicos, que chapoteaban buscando peces bajo la superficie.

—Vale —dijo tan solo.

—Te parezco una chiflada.

—No he dicho eso.

—Pero lo estás pensando. —Tess se puso en pie y Tomás se hizo visera con la mano para evitar que el sol le cegase—. Tuvimos una avería aquí. El coche no se averió antes. No se averió en Madrid o en Salamanca. Se averió aquí. Y llegamos a este pueblo en el que, entre los poquísimos negocios que tiene, hay un taller y una casa con precisamente dos habitaciones. Precisamente cuatro camas. ¿Cómo llamas tú a eso?

—Turismo rural.

Tess soltó una risa alegre que llamó la atención de los chicos.

—De verdad —dijo Tess sonriendo todavía— que no he conocido a nadie más cerrado de mente que tú.

—Te puedo presentar a muchos.

—¿Qué más necesitas para...?

Tess no encontró la manera de acabar la pregunta y Tomás lo hizo por ella.

—¿Creer? —Ella asintió conforme—. Déjame ver. Yo te diría que haría falta que los cielos se abriesen. Y que Dios me señalase con el dedo.

Lo dijo, ahora sí, con expresión burlona. El teléfono de Tomás empezó a vibrarle en el bolsillo. Lo sacó, miró la pantalla y muy serio preguntó a Tess:

—¿Qué hora es en Miami?

Ella consultó su reloj de pulsera y, tras un cálculo rápido, respondió:

—Las ocho de la mañana. ¿Por qué?

Tomás le mostró el móvil como única respuesta. En la pantalla brillaba el nombre de su hermana.

—Lara —dijo él nada más descolgar—. ¿Qué pasa?

Se escuchaba un molesto zumbido digital de fondo.

—Tomás, ¿cómo te pillo?

—Bien —respondió él incorporándose—. Estoy con Tess y con los chicos. ¿Cómo es que me llamas a estas horas?

Hubo una pausa y, en ese breve silencio, por la mente de Tomás pasó un amplio catálogo de posibilidades, casi todas terribles («he tenido un accidente», «lo ha tenido Karim») y solo una feliz («no puedo más, vuelvo a casa»).

—Me acabo de levantar —dijo ella en un tono que no revelaba absolutamente nada—. Quería llamarte antes de entrar en el restaurante.

—¿Pero pasa algo? —preguntó él cada vez más impaciente. Tess, a su lado, no le quitaba ojo de encima.

—Sí pasa, sí —dijo Lara, y Tomás tuvo la certeza de que ella sonreía al otro lado—. Estoy embarazada.

Él se quedó clavado donde estaba, con la boca un poco abierta y las cejas en alto. Se volvió hacia Tess, que le hizo un gesto preocupado con ambas manos: «¿Qué?».

—Voy a ser tío —dijo Tomás.

Tess desplegó una radiante sonrisa. Luego, extendió un dedo hacia arriba y él miró en aquella dirección. Ella señalaba a Dios, pero Tomás solo vio un cielo despejado.

Última lección.

Nerea les anunció una cena especial a modo de despedida que serviría, como cada noche, en la mesa de fuera. Antes de eso, a media tarde, Tomás y ella coincidieron a solas en la cocina. No fue un encuentro completamente fortuito. Nerea llevaba todo el día tratando de forzarlo y él, consciente de ello, hacía lo posible por buscar el momento adecuado. Cuando por fin lo encontró (Tess estaba en su habitación y los chicos enredaban fuera), Tomás fue hasta el frigorífico y cogió una lata de cerveza. Nerea, que cortaba unos tomates frente a la ventana, dejó el cuchillo sobre la tabla de madera y lo miró.

—Me ha encantado teneros aquí —dijo ella mientras se limpiaba las manos con un trapo verde que decía *Home*.

—Y a nosotros nos ha gustado estar aquí —replicó él con un tono demasiado formal, claramente inadecuado.

Nerea lo contempló con los brazos en jarra y una sonrisa cómplice que callaba muchas cosas.

—¿Esas tenemos? —preguntó ella.

—Perdona —dijo él—. No sé qué decir. No se me dan bien...

Ella le pidió que se callase con un gesto. Luego le quitó la cerveza de la mano y la apoyó en la encimera. Él siguió aquel movimiento con la mirada y regresó a sus ojos justo cuando Nerea se ponía de puntillas. Le rodeó el cuello con ambos brazos, obligándolo a encorvarse, hasta que sus rostros estuvieron tan próximos que a Tomás solo le quedaron dos posibilidades. Optó por la que sin duda era la más peligrosa (Hugo y Donna podían verlos por la ventana): apoyó las manos en sus caderas y la besó.

Permanecieron así, besándose con sigilo, un minuto o más. Después, Nerea apoyó su frente en la de él y en esa postura susurró:

—Quiero que vuelvas. Tú solo. Pasa unos días aquí conmigo.

Tomás contempló los labios finos de aquella mujer de la cual solo conocía las medias verdades que ella misma le había contado. Y a un volumen apenas audible, poco más que un murmullo, dijo una frase que llevaba años sin pronunciar:

—Te lo prometo.

Y lo dijo sinceramente.

Una hora después de esa promesa, los cuatro fueron al pueblo para despedirse de los vecinos. Hubo apretones de manos y abrazos, algunos sentidos («a ver si vuelven», «muchas gracias por todo», «hablad de nosotros por ahí, que falta nos hace»), la mayoría puro formalismo. Pararon en el taller, y Donna se despidió del mecánico exactamente igual que su madre, con dos besos recatados y un «hasta la vista». Después, fueron hasta la plaza y, tras dedicar una mirada de soslayo a la casa deshabitada del difunto Ángel, entraron en el bar de Toro, quien les invitó a lo que quisieran, faltaría más.

Hugo llevaba la cámara de su padre colgada al cuello y esa tarde gastó una tarjeta de memoria entera. A Toro lo retrató sonriente, apoyado en la barra, con una jarra de cerveza en una mano y la señal de la victoria en la otra. A Beto, en su taller y a traición, mientras se metía uno de sus chicles de nicotina en la boca. Fotografió la plaza y las calles, la panadería, el botiquín farmacéutico, el humilladero y la silla de Ángel, que allí seguía, desocupada junto a su puerta como si aún se le esperase.

—Cada vez te salen mejor —le animó su padre mientras volvían hacia la casa ya para la cena.

El niño, que en aquel momento revisaba algunas imágenes en la pantalla, se volvió hacia Tomás con expresión recelosa.

—¿Va en serio?

—Claro que sí. Claro que va en serio.

Caminaban juntos por el arcén, varios metros detrás de las mujeres, que charlaban de sus asuntos, cualesquiera que fuesen, en voz baja.

—Algunas son malas —se excusó el niño.

—Claro. Hasta los mejores fotógrafos hacen malas fotos. Lo importante es que sepas diferenciar unas de otras. —Sonrió y miró a su hijo—. Eso se llama «criterio» y no todo el mundo lo tiene.

Hugo no entendió lo que su padre quería transmitirle con aquella sonrisa, pero asintió igualmente y se esforzó por memorizar aquella palabra, criterio, que, eso sí le había quedado claro, era una cualidad buena y deseable.

El móvil de Tomás empezó a sonar. En la pantalla rota centelleó el nombre de Sandra.

—Coge —dijo Hugo en respuesta a la mirada interpelante de su padre. Este se lo agradeció con un guiño.

—¡Hola! —exclamó Tomás.

La cobertura no era especialmente buena en aquella zona, pero permitía mantener una conversación.

—¿Qué pasa, siempre tengo que llamarte yo? —lo abroncó Sandra al otro lado.

Tomás se disculpó, alegó haber tenido unos días movidos, pero no quiso entrar en más detalles. Ella insistió y él prometió contárselo en otro momento. Para cambiar de tema, le preguntó por su trabajo y Sandra no escatimó en detalles. Le habló de su jefa («rara pero maja»), de sus compañeros («hay de todo, pero en general bien»), de la ubicación de la redacción («lejísimos, tardo casi una hora») y de la infraestructura («a mi ordenador le lleva quince minutos arrancar y otros quince actualizarse»).

En un momento dado de la conversación, Hugo se llevó la cámara al rostro. Fue un gesto rápido en el que su padre ni siquiera reparó. El niño se detuvo, enfocó, disparó y luego siguió caminando.

Minutos después, Tomás divisó la casa del indiano e interrumpió la perorata de su amiga.

—Sandra —le dijo cortándola en mitad de una frase—, tengo que colgar. Te escribo en cuanto llegue a Madrid, ¿vale?

Se despidieron y, tan pronto como Tomás se apartó el móvil de la oreja, Hugo le alcanzó la cámara para que pudiese valorar la instantánea que acababa de tomar.

—Mira —le dijo—. Creo que esta es buena.

En la pantalla se veía a Tess y a Donna, ambas por la espalda, en el linde del camino. La chica le ofrecía a su madre una flor recién cortada y Tess la cogía. En el preciso momento capturado por la fotografía, las dos mujeres tenían las manos juntas en el tallo. En sus rostros, de perfil, se intuían dos sonrisas sinceras, dos miradas tiernas. Tan idénticos eran sus gestos que parecían una misma persona en dos tiempos distintos, a dos edades diferentes. Más allá, al fondo, se vislumbraba un telón brumoso de árboles dorados por la luz del atardecer. El encuadre era perfecto, la exposición y el foco también. Pero el encanto de la imagen no se debía a ninguna de esas cosas. La magia de aquella fotografía radicaba en aquel gesto único e inevitablemente fugaz. En aquel irrepetible fragmento de vida allí congelado.

—Esto es —dijo Tomás sin apartar la vista de la pantalla—. Esto es. Se refería, por supuesto, al instante decisivo.



Después de cenar, Nerea decidió poner música clásica a pesar de las muy exaltadas protestas de Donna y Hugo.

—¡Vaya porquería! —berreó el niño.

—*Boring, boring, boring!* —gritó la adolescente.

Pero Nerea no se amilanó. Más bien al contrario.

—¡Venga, dejaos llevar!

Y los chicos decidieron intentarlo. Donna se puso en pie y, con una reverencia, la mano tendida, invitó a Hugo a bailar con ella. El niño aceptó y juntos empezaron a dar vueltas alrededor de la mesa en una parodia de baile de salón desacompañado y caótico. Sonaba la *Sinfonía n.º 92* de Haydn.

—Dicen que esta noche se verá una lluvia de estrellas —dijo Nerea.

—¡Yo quiero ver eso! —clamó Hugo librándose del abrazo de Donna, que empezaba ya a turbarlo en exceso.

A la chica no pareció importarle y siguió danzando sola, girando sobre su propio eje, abrazada a un compañero invisible como la bailarina de una caja de música.

—¿A qué hora? —preguntó Tess.

—No tengo la menor idea. Ni siquiera estoy segura de que sea verdad. Me lo ha dicho Toro esta tarde. Vete a saber de dónde lo ha sacado él. Desde lo de Ángel está un poco ido. De todas formas, yo me quedaré un rato, por si acaso. —Se puso en pie y se estiró con los puños apretados—. Me queda una botella de vino. Si no nos la tomamos esta noche, acabará picándose dentro del armario.

Buscó la mirada de Tomás, pero este tuvo la cautela de volverse hacia su hijo, perdido en el cuerpo de Donna, que seguía girando y girando, ajena al resto del mundo.

—Yo te acompaño —dijo Tess, y rebuscó entre las frases hechas que aprendió de su abuela—. ¿Cómo es esa expresión? ¿Un día es un día?

Nerea asintió.

—Un día es un día.

Una botella más tarde, Donna y Hugo dormitaban repantingados en sus sillas, agotados por el intenso ajeteo del día. Aunque sus padres los habían invitado a marcharse a la cama, los dos rechazaron la propuesta; no estaban dispuestos a perderse la lluvia de estrellas en caso de que realmente se produjera. Haydn había dejado paso a Mozart, y Mozart a Debussy. Fue sobre el piano dulce de la *Suite bergamasque* que Nerea anunció:

—Os voy a contar una historia.

Tenía los pies sobre la mesa y balanceaba precariamente su silla, apoyada tan solo en las patas traseras. Al igual que Tomás y Tess, también ella miraba el cielo negro moteado de astros diminutos.

—Me la contaron al poco de llegar al pueblo. Al principio pensé que se estaban burlando de mí, como si fuese un rito de iniciación o algo así. Para ver si me lo tragaba. Pero lo busqué en internet y pasó de verdad. Os lo digo porque sé que vais a pensar que es mentira, pero os juro que todo lo que voy a contaros es cierto.

Semejante preámbulo bastó para captar por completo la atención de Tess y Tomás. Nerea sonrió, se sirvió otro vino y comenzó.

—Resulta que en el pueblo había un científico. Lo llamaban así, el Científico. Se ve que era el único. Había estudiado física en Sevilla. Trabajó un tiempo allí, en un laboratorio, haciendo lo que sea que hacen los físicos, pero luego se quedó en el paro. Estuvo un tiempo dando tumbos, buscando otro curro, hasta que decidió sacarse las oposiciones de agente forestal y volver al pueblo. Empezó a trabajar de guardabosques y parece que lo hacía muy bien. Convenció a sus jefes para que le financiasen una pequeña estación meteorológica. La usaba para hacer mediciones del viento, la humedad, las precipitaciones... Esas cosas. La montó en el mismo pueblo. Hay alguna foto en el bar de Toro donde se ve, no sé si os habéis fijado. Era una especie de palo, parecido a una antena pero con muchos cacharritos por todas partes. El caso es que ese tío, el Científico, se llevaba fatal con la gente del pueblo.

—¿Por qué? —preguntó Tomás.

—Porque era ateo.

—¿Solo por eso? —intervino Tess.

—Es que era *muy muy* ateo. En un pueblo como este, eso no te hace precisamente popular. Y menos si vas por la vida como él iba.

—¿Y cómo iba él? —quiso saber Tomás.

—Te pongo un ejemplo. —Señaló a su espalda con el pulgar—. Un poco más al norte, cerca del embalse, se encontraron hace tiempo unos huesos de dinosaurios. Pero a nadie le importó una mierda.

Tess enarcó las cejas.

—¿Cómo que a nadie le importó?

—Ya, bueno. Es una cosa muy española esa. Fue la prensa, hizo unas fotos, salió en todos los periódicos y ya. Ahí se quedaron los huesos. La administración dijo que no había dinero para desenterrarlos, así que mandaron construir un tejadillo de chapa para protegerlos un poco del viento y de la lluvia. Al Científico le sentó fatal, por supuesto. Fue a hablar con no sé quién, algún mandamás, y le exigió que financiasen una excavación. Le dijeron que no era posible, porque entraba dentro del presupuesto de patrimonio y ese dinero ya estaba asignado. ¿Sabéis a qué? —Tess y Tomás la miraron con gesto inquisitivo—. A la restauración de iglesias. ¡Ja! Imaginaos cómo se puso. Volvió al pueblo hecho un basilisco. Que si por culpa de los beatos los huesos de dinosaurios se iban a echar a perder. Que si este país nunca saldría adelante por gente como aquella, más preocupada por las supersticiones que por el conocimiento. Casi le parten la cara. No lo hicieron porque, en el fondo, todos pensaban que estaba un poco tarado. El caso, y aquí viene lo importante, es que un día, mientras trabajaba en la central meteorológica, le cayó un rayo.

Se produjo en el claro un desconcertado silencio, perturbado tan solo por el piano de Debussy.

—Y... ¿Murió? —preguntó Tess al cabo.

—No. Lo dejó hecho polvo, pero sobrevivió. Se pasó meses en el hospital, eso sí. Tenía casi todo el cuerpo quemado. Se quedó tuerto, media cara desfigurada... Un espanto. Pero ¿a que no sabéis qué le pasó durante su convalecencia?

Nerea paseó la mirada por sus dos escuchantes. Fue Tomás quien dijo:

—Sorpréndenos.

—¡Encontró a Jesucristo! —exclamó. Y soltó una carcajada que provocó que Donna y Hugo entreabriesen los ojos—. Tumbado en la cama, completamente calcinado, el tío llegó a la conclusión de que Dios había intentado decirle algo. Que el rayo no le había caído porque sí. Que había sido...

Nerea dejó la frase en suspenso, buscando la palabra adecuada. Tomás se volvió hacia Tess, quien, devolviéndole una mirada cómplice, concluyó:

—Una señal.

—¡Eso es! —concedió Nerea—. Exacto. Una señal.

—Es una buena historia —afirmó Tess.

—¡Espera, espera! —rogó Nerea. Estaba eufórica—. No acaba ahí. Cuando se recuperó, volvió al pueblo. Le dieron la incapacidad total y, después de un tiempo sin saber qué hacer con su vida, decidió, atención... — Nerea forzó una pausa dramática, con una sonrisa malévola en el rostro—, ingresar en el seminario.

—¡Venga ya! —exclamó Tomás—. No me creo ni una palabra.

—Pues lo más alucinante viene ahora. Y aquí está el mensaje de la historia, a ver qué os parece. —Nerea se humedeció los labios y apoyó los codos sobre la mesa—. Resulta que el tipo pasó de un extremo a otro. No es solo que quisiera ser cura, es que se volvió una especie de fanático religioso. Iba por ahí diciendo que la ciencia es un cuento, que las cosas importantes nunca podrán ser explicadas por los científicos. Hasta sus profesores del seminario creían que había perdido la cabeza.

—¿Llegó a ordenarse? —preguntó Tomás.

—No le dio tiempo. —Luego Nerea enarcó las cejas, los ojos muy abiertos, y declaró—: Porque le cayó otro rayo.

—No —soltaron Tess y Tomás al unísono con idéntica incredulidad.

—Palabra, de verdad. Estaba en el jardín del seminario cuando empezó a llover. Él se resguardó debajo de un árbol y, de repente, ¡zas! Fulminado.

—Y murió —aventuró Tess tratando, sin éxito, de contener una sonrisa.

—Ahora sí —rio Nerea—. Completamente. Tieso total.

Tomás desplegó los brazos en un gesto entre el asombro y la indignación.

—¿Y ya? ¿Acaba así? ¿Esa es la historia?

—¿Qué más quieres? ¿Que resucite?

—Has dicho que la historia tenía un mensaje —dijo Tomás—. ¿Dónde está el mensaje ahí?

—No tengo ni idea —admitió Nerea riendo todavía—. Llevo años dándole vueltas. Os lo he contado por si se os ocurría a vosotros.

—El mensaje es... —dijo Tess con aire grave y meditabundo—. No salgas los días de tormenta.

Los tres estallaron en una carcajada y las risas acabaron por despabilar del todo a los chicos. En ese momento Hugo dio un respingo y, señalando sobre su cabeza, gritó:

—¡Mirad!

Todos miraron hacia el cielo. Allí, a cientos de kilómetros, varios cuerpos celestes envueltos en llamas se precipitaban fugazmente hacia la desaparición.

Tomás entraba en su antigua casa. Blandía el libro con firmeza, a modo de arma y de escudo, por si, llegado el caso, había de entrar en batalla. La puerta estaba abierta o tal vez no había puerta. Sí había recibidor y jarrón y flores. Rumor de agua contra la porcelana. Alguien estaba en el baño, en la ducha, tenía que ser Pat, ¿quién iba a ser si no? Tomás caminaba por el pasillo, que se hacía más largo a cada paso que daba, cuando algo sonó en la cocina. Un sonido suave, casi imperceptible. Tac. De modo que Tomás se volvió hacia la cocina, o la cocina hacia Tomás, y allí se lo encontró. De pie frente a la pila, con un vaso de agua en una mano y el cuerpo envuelto en una toga, Eurípides le miraba con expresión tranquila.

—¿Qué haces tú aquí? —salió de la boca de Tomás.

El griego le dedicó una sonrisa sosegada, de quien ha visto y creado mil tragedias y, por eso mismo, ya ninguna le sorprende.

—Tu vida ahora me pertenece —dijo sereno. Y, como si tal cosa, se llevó el vaso a la boca, el agua a la garganta.

Tomás contempló aquella nuez señorial y majestuosa subiendo y bajando con indiferencia. Estaba desconcertado, pero no demasiado. Después de todo, él ya había pasado por eso cientos de veces, miles tal vez. Era un experto en abandonos. Un veterano de la pérdida.

—¿Os habéis presentado?

Lo dijo la voz de Pat, quien, de pronto, ahí estaba, desnuda junto al filósofo. En el rostro, una máscara blanca e inexpresiva, de coro griego, ocultaba sus facciones.

—Pat... —acertó a decir la boca de Tomás, nada más que eso, tres letras, un nombre, Pat.

Eurípides dejó el vaso en la encimera, se mesó la barba en ademán pensativo y, con voz grave, de gran genio atemporal, pronunció:

—Tomás, Tomás, Tomás... ¿A qué esperas para reinventarte?

Con esa imagen y con esa frase se despertó Tomás, empapado en sudor, el corazón galopando y la boca seca. Ubicarse le llevó un momento. Cuando lo hizo, cuando comprendió que aquel no era su ático piojoso, sino la habitación de invitados de una casa colonial en mitad de ninguna parte, se masajeó los lados de la frente gimiendo sonoramente.

—¿Estás bien?

Tomás, todavía alterado por la pesadilla, se sobresaltó al escuchar la voz de su hijo. Estaba sentado en el suelo, al lado de la ventana.

—¿Qué haces ahí? —preguntó.

—No puedo dormir.

—¿Por qué? ¿Qué te pasa?

El niño se encogió de hombros como única respuesta. Tomás se giró hacia la mesilla, dispuesto a encender la lámpara cuando el niño le interrumpió.

—¡No! No enciendas las luz.

Tomás se fijó entonces en el rostro de su hijo. Tenía los ojos vidriosos.

—Oye, ¿qué te pasa?

Hugo negó con la cabeza. A punto estuvo de decir algo, pero un sollozo se lo impidió.

—Hugo —dijo su padre francamente preocupado mientras se levantaba y daba un paso en su dirección.

El niño lo detuvo con un gesto. No lo quería tan cerca. Lo quería así, en la distancia y en penumbra.

—¿Estás bien? —insistió Tomás cada vez más alarmado—. ¿Ha pasado algo?

—Me da vergüenza —consiguió decir Hugo. Y aquellas tres palabras entrecortadas constituyeron todo un triunfo para él.

—Venga ya. Puedes decirme lo que quieras. Lo que sea.

Hugo lo contempló un momento, tomó una enorme bocanada de aire, lo retuvo unos segundos en los pulmones, y luego la dejó escapar de golpe.

—Hugo, me estás preocupando. Si no quieres...

—Me he enamorado —soltó el niño de pronto, y contrajo el gesto en una mueca a mitad de camino entre el rubor y el gimoteo.

Tomás se quedó mirando a su hijo, quebrado sobre la madera como un muñeco desarticulado. Luego también él se sentó en el suelo.

—De Donna —aventuró Tomás. El niño asintió sin mostrar sorpresa—. Bueno. Es normal. Es muy guapa y muy simpática. ¿Qué piensas hacer al

respecto?

—No sé. —Los hombros, otra vez contraídos.

—Yo creo que... —Tomás cruzó las piernas a lo indio agarrándose los tobillos desnudos con ambas manos—. Creo que deberías decírselo.

—¡Qué dices! ¡No!

—¿Por qué no?

—Se reiría de mí.

—No se va a reír de ti. Aunque ella no sienta lo mismo, te aseguro que no se va a reír. Se sentirá halagada. Estas cosas hay que decírlas.

—¿Por qué?

—Porque..., si no lo haces, te acabarás arrepintiendo. ¿Qué pierdes contándole lo que sientes?

—No quiero quedar como un idiota —respondió por fin.

—¿Quieres que te acompañe?

—¡Qué dices! —clamó el niño, todo él indignación—. ¡Ni se te ocurra!

—Vale, vale. Solo era una idea.

La luz de la luna recortaba la silueta de Hugo. Era un perfil triste, cabizbajo, las manos entre los mulsos, flácidas, derrotadas.

—¿Cómo sabes que estás enamorado? —Hugo le dedicó a Tomás una mueca extrañada—. Te lo pregunto porque... ya casi ni me acuerdo de cómo es.

Hugo contempló a su padre, la piernas cruzadas, la espalda encorvada. A decir verdad, también él parecía derrotado.

—Pienso en ella todo el rato —musitó el niño—. Quiero estar con ella todo el rato. Y cuando estoy con ella, me da igual lo que estemos haciendo. Me vale con estar juntos.

Esas palabras le parecieron a Tomás una definición sumamente precisa del amor. Al oírlas, hurgó en su memoria tratando de encontrar algo parecido a aquello que su hijo describía, una sensación tan perfectamente delimitada, tan clara, tan rotunda e inequívoca. La certeza de que solo el otro importa. Ni el paisaje, ni el tiempo, ni el contexto, únicamente la presencia de esa persona que todo lo copa, que vuelve trivial cualquier otro asunto, que empequeñece el resto hasta convertirlo en una tramoya irrelevante. Exactamente eso, pensó Tomás, es lo que el amor provoca. La inconsistencia de lo demás.

Escarbó en sus recuerdos, apartando los años a su paso como quien, aventurándose en la espesura, aparta las ramas que le impiden avanzar.



Penetró profundamente en su pasado y llegó, por fin, a un semáforo, a una mujer, a una fotografía.

«Pide que el camino sea largo», había leído él aquella tarde en el libro que ella portaba.

«Que muchas sean las mañanas de verano  
en que llegues —¡con qué placer y alegría!—  
a puertos nunca vistos antes».

—Yo sentí eso por tu madre —le dijo a Hugo sin mirarlo. Parte de él estaba aún en aquel paso de cebra dieciséis años atrás.

—¿Ya no lo sientes?

Tomás se soltó los tobillos y estiró las piernas, apoyando la espalda contra la cama.

—No. Ya no. Aunque sigo queriendo a tu madre. La quiero mucho. Pero no estoy enamorado de ella.

—¿Y te...? —Hugo dudó, se interrumpió, y retomó luego la pregunta—: ¿Te volverás a enamorar?

—No tengo ni idea.

El niño permaneció en un silencio meditabundo. Luego, en tono prudente, apenas un susurro, dijo:

—Espero que sí.

—Yo también —asintió Tomás sonriendo con ternura.

Padre e hijo se miraron, ambos sentados en el suelo. Tomás quiso levantarse y abrazar a Hugo tal y como hacía cuando era más pequeño y lo estrechaba hasta que caía dormido en sus brazos. Rememoró aquella respiración suave y acompasada sobre su pecho. Rememoró cuando, en mitad del sueño, Hugo sonreía de pronto y Tomás no podía evitar sonreír a su vez. Pensó que todo eso había pasado, que ya nunca volvería y sintió una pena inmensa. Nunca antes había sentido Tomás una tristeza semejante por el peso de lo perdido. «Ojalá —se dijo— pudiese revivir el pasado con todo lo que sé ahora». En ese momento, algo parecido a un grito resonó con fuerza al otro lado de la ventana. Solo que no fue un grito exactamente.

Tess se despertó sobresaltada, convencida de que alguien la llamaba por su nombre. Como siempre que se dormía ayudada por el zolpidem, el despertar fue un proceso lento y desfigurado donde la realidad iba recuperando la consistencia a tirones: primero, ella misma, sus brazos, su boca y sus piernas; luego, el espacio, España, el parque natural, la casa del indiano; y, por último, el tiempo, verano, vacaciones, el día de la partida.

—¡Donna! ¡Tess!

De modo que no había sido un sueño. Hugo gritaba al otro lado de la puerta, y ahora, además, la aporreaba con los nudillos. Aún era noche cerrada.

—¡Ya va! —dijo ella, aunque le costaba hablar y pensar con claridad.

Se volvió hacia la cama de su hija y la descubrió vacía. Eso acabó por despejarla. ¿Dónde estaba Donna? ¿Qué ocurría? Se levantó de un salto y abrió la puerta.

—Hugo, ¿qué pasa?

—¡Daisy está de parto! —exclamó el niño. Vestía un pijama de Spiderman y sonreía alegre con los labios y con los ojos.

—¿Daisy? —preguntó ella aún confundida por el somnífero.

—¡Sí! Está abajo, con Nerea y con mi padre.

—¿Y Donna? ¿Está con vosotros?

Hugo vaciló, miró al interior de la habitación, a las camas vacías, y negó con la cabeza.

—Creí que estaba aquí.

Tess se calzó las primeras zapatillas que encontró, bajó las escaleras en compañía del niño y salieron. En mitad del claro estaba Nerea en cuclillas ante la yegua, que yacía tumbada sobre un costado. Tenía una linterna en las manos, cuyo potente haz enfocaba hacia la hierba empañando la escena de un reflejo verdoso e irreal. A su lado se encontraba Tomás, también en pijama, levemente encorvado y con las manos en las rodillas.

—¿Y Donna? —preguntó Tess mientras se aproximaba.

Nerea se volvió hacia ella. Su camiseta estaba manchada de sangre. También sus manos.

—¿No está contigo?

Tess bajó la vista y vio la cabeza del potro asomando. Parpadeaba, envuelto todavía en la bolsa amniótica blanca y translúcida. De pronto, la golpeó un miedo sordo y mareante, irracional y violento. Quería gritar y quería correr, pero ¿gritar qué? ¿Correr hacia dónde? Apretó los puños y se volvió de nuevo hacia Nerea.

—¿Dónde está mi hija?

Tomás se irguió y, en el tono más reposado del que fue capaz, dijo:

—Creo que sé dónde está.

Le pidió que lo acompañase y echó a andar hacia la oscuridad.

—¿Dónde vamos? —preguntó Tess un par de pasos detrás de Tomás.

—Ahí —dijo él únicamente señalando en dirección al bosque.

Al penetrar en el follaje, Tess se volvió. Nerea y Hugo los observaban. A su lado, la yegua seguía postrada en el suelo bufando y empujando.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó Tess, pero Tomás no respondió.

Lo cierto es que no sabía qué decir. «Tu hija se acuesta con el mecánico. Lo descubrí hace unos días, y estoy seguro de que están ahora mismo revolcándose en alguna parte, ahí delante, entre la maleza». En vez de eso, gritó:

—¡Donna!

—Tomás —dijo Tess, y lo cogió de un brazo obligándolo a detenerse—.

Dime qué pasa.

Se miraron sin verse apenas.

—Lo vas a descubrir ahora —dijo él—. Confía en mí.

Y a ella no le quedó más remedio que hacerlo.

Siguieron avanzando a tientas durante un minuto que a Tess se le hizo eterno. Tropezaron varias veces y a punto estuvo ella de caerse por culpa de una raíz desenterrada. Tomás llamaba a la chica a voz en grito, y luego también Tess se sumó, hasta que, en un momento dado, él le hizo un gesto con la mano y ambos se pararon.

—Donna —dijo él. Miraba a un punto concreto de las tinieblas—. Donna —repitió.

De la negrura brotó un tímido:

—*Yes?*

Tess se giró hacia aquel monosílabo susurrado como si acabase de oír al mismísimo diablo. Tras un segundo de estática estupefacción, echó a correr hacia allí, aun a riesgo de estamparse de bruces contra el suelo, y solo aflojó el paso cuando una segunda voz dijo en perfecto español:

—Mierda.

Era, por supuesto, la voz de Beto.

La bronca fue colosal. Tess mencionó las palabras «decepción» y «traición» y «vergüenza». Le preguntó cómo podía confiar en ella, ¿eh, cómo?, si hacía esta clase de cosas. Qué pensaría su padre, qué pensaría cualquiera. Tess se confesó profundamente triste, casi la mata del susto.

—¿Es que no tienes cerebro, es que te da igual todo?

Donna soportó la reprimenda con la cabeza gacha hasta que ya no pudo más y, en inglés, le espetó a su madre:

—¡Tú te acostaste con ese cantante!

La frase surcó el aire como un puñal y fue a clavarse en el pecho de Tess, quien acusó el impacto retrocediendo medio paso. Si la oscuridad no hubiese ocultado su rostro, los demás habrían descubierto una mueca desfigurada por el dolor. De todo lo que podía haberle echado en cara aquella mocosa, de todos los insultos y afrentas, de todas las burlas, eligió esa precisamente. La más dañina.

Tess quiso decirle que no se había acostado con «ese cantante». Que, de hecho, él había intentado violarla, que tuvo que huir, escapar atropelladamente de su casa. Quiso hablarle de las pesadillas recurrentes que la martirizaron durante más de un año, las mismas que la llevaron al zolpidem sin el que ahora no era capaz de conciliar el sueño. Quiso hablarle del sentimiento de culpa y de vergüenza. Del pánico que, desde entonces, le provocaba aquella pequeña isla artificial cada vez que pasaba por allí en coche. Quiso contarle lo que las malas decisiones provocan, el dolor que generan, la ansiedad, el arrepentimiento. Explicarle cómo a veces no hay otra manera de seguir adelante que olvidar, negar, rechazar que una hizo tal cosa, convencerse de que fue otra persona, mi yo de entonces que poco o nada tiene que ver con mi yo de ahora. Quiso zarandearla para ver si así, por agitación, su hija empezaba a comprender de una vez que la vida no es solo chicos y bolsos y vestidos y música, que no es solo diversión, que no es solo belleza.

Ahí seguía el puñal, en el centro de su pecho, y nadie hizo nada para arrancárselo. El bosque mismo parecía congelado, hasta el viento se detuvo y ni las ramas se movían. Tess alargó una mano y Donna apartó la cara temiendo

ser abofeteada. Pero su madre no le pegó. En vez de eso, la agarró de la camiseta y tiró de ella sin contemplaciones.

—Muévete —espetó.

Donna se volvió hacia Beto mientras su madre la arrastraba como si fuese una prisionera desprovista de fuerza y voluntad.

—Lárgate —le dijo Tomás al chico. Luego lo pensó mejor y añadió—: Mañana salimos a las diez.

Cuando asomaron de nuevo al claro, Nerea enfocó la linterna hacia ellos. Donna iba al frente, trotando con paso marcial, los brazos cruzados y la mirada en el suelo. Se fue directa a su habitación y cerró la puerta con un sonoro golpetazo. También Tess entró en la casa, solo que ella se detuvo en el pasillo y, cuando tuvo la certeza de que nadie la veía, se acurrucó en una esquina y rompió a llorar.

—¿Dónde estaba? —preguntó Nerea a Tomás.

Él negó con la cabeza y ella entendió el mensaje. Seguía agachada junto a la yegua acariciándole la crin. De vez en cuando las patas de Daisy se tensaban y el potro emergía un poco más. Hugo, que nunca había presenciado algo parecido, contemplaba la escena con fascinación y también con un poco de congoja.

Los tres permanecieron en silencio, embelesados por el fenómeno que tenía lugar ante sus ojos, hasta que, por fin, un enérgico empujón expulsó por completo al potrillo. Era muy flaco y completamente negro. Daisy se incorporó y examinó minuciosamente a su retoño, tras lo cual deslizó el hocico por su cabeza.

—Qué pasada —dijo Hugo, que se resistía a parpadear por miedo a perderse algo.

La yegua se apartó unos pasos y se dispuso a pastar. Casi de inmediato, el potro intentó levantarse con sus patas endebles y venosas. Fracasó tres veces y Hugo, ansioso, preguntó a su padre:

—¿Le ayudamos?

Él negó con la cabeza.

—Tiene que conseguirlo solo.

Y lo hizo, al cuarto intento. Daisy, que había supervisado las intentonas desde la distancia, se acercó entonces a su cría y le lamió el rostro.

—¿Cómo se va a llamar? —preguntó Hugo a Nerea.

—La verdad es que no lo he pensado —mintió ella—. ¿Se te ocurre algo?

El niño miró al pequeño animal, frágil y escuálido pero heroicamente erguido, y propuso:

—¿Ángel?

A Nerea le pareció bien.

Amaneció un día gris y tormentoso, en perfecta sintonía con el ánimo general. Nada más vestirse, Hugo salió para ver al potro, que allí seguía, dando vueltas por el claro bajo la atenta mirada de su madre.

Desayunaron contemplando los movimientos todavía torpes y dubitativos del recién nacido, salvo Donna, quien apenas levantó la vista de su bol. No dio los buenos días ni respondió cuando se los dieron. Se limitó a engullir sus cereales en silencio y subió de nuevo a la habitación.

—¿Cómo estás?

Preguntó Tomás a Tess cuando se quedaron a solas en la mesa.

—¿Desde cuándo lo sabías? —inquirió ella secamente. Estaba enfadada y no hizo el menor esfuerzo por disimularlo.

Tomás contaba con ello.

—Desde hace tres días.

—¿Lleva tres noches escapándose?

—Probablemente lleve haciéndolo desde que llegamos. No lo sé.

Tess se recolocó en la silla con nerviosismo, miró al interior de su taza, pero no quedaba café.

—¿Cómo te enteraste?

—No podía dormir. Oí un ruido, salí de casa y la vi por casualidad.

—¿Y por qué no me lo dijiste?

Tomás titubeó. ¿Qué podía responder a eso? ¿Que había hecho un pacto con la chica, que tampoco era tan grave, que era verano y en verano ya se sabe? ¿Que Donna era joven y que solo se estaba comportando como los jóvenes llevan comportándose desde que el mundo es mundo? Optó por un escueto:

—Es una cría.

—Por eso mismo. Por eso debiste decírmelo.

Y ahí acabó la conversación porque Hugo atravesó la puerta arrastrando su equipaje y gritando:

—¡Yo ya estoy!

Tomás metió en el coche la última de las seis maletas. Luego, cerró el maletero, estiró la espalda y consultó la hora en su reloj de pulsera. Eran las diez menos cuarto y no había indicios de Beto. Sintió pena por Donna, que se había apoyado en el morro del Citroën con el móvil en las manos y, de cuando en cuando, observaba la pantalla con gesto desvalido.

Cuando todos estuvieron listos, se formó un corrillo junto a la mesa. La misma mesa en la que Nerea y Tomás se habían besado y en la que Tess y Tomás se habían echado en cara sus mutuas desdichas.

—Me gustaría que me escribieseis de vez en cuando —dijo Nerea, y les entregó cuatro tarjetas de visita con la dirección escrita en una de las caras—. Os he apuntado ahí mi Facebook, pero la verdad es que prefiero cartas. Ya sé que no se lleva, pero me haría ilusión. Prometo responder y contaros cómo siguen las cosas por aquí.

Luego fue abrazándoles uno por uno. Dejó a Tomás para el final y, aunque no le dijo nada, sí lo miró de una manera especial (de aquella descarada manera suya que, pensó Tomás, volvía el silencio tan elocuente como el lenguaje mismo).

Lo que ella no le dijo fue:

—Ven pronto.

Lo que él no respondió fue:

—Lo haré.

Se dieron dos besos en las mejillas. Al hacerlo, ella le tomó discretamente de una mano y, aunque Nerea estaba más que acostumbrada a las renunciadas y a los abandonos, le costó horrores soltársela.

Los cuatro montaron en el coche y Tomás tecleó «Cubil» en el GPS. O lo intentó, porque le costaba concentrarse y erró tres veces a mitad de palabra.

—Lo hago yo —se ofreció Tess, pero él negó con la cabeza.

Lo consiguió finalmente y el navegador empezó a calcular la ruta más corta. Antes de girar la llave en el contacto, Tomás lanzó una última mirada a través de la ventanilla. Observó a Nerea allí de pie, junto a la destartalada casa del indiano, y se preguntó si volverían a verse. También ella, sin duda, se estaría preguntando lo mismo.



—¿Listos? —preguntó Tomás volviéndose hacia Donna y Hugo.

La chica se había recluido de nuevo en sus enormes auriculares y ni le miró. Solo el niño respondió un escueto:

—Sí.

Se pusieron en marcha, avanzando despacio por el camino polvoriento. Tan pronto como enfilaron la comarcal, deshabitada como siempre, algo destelló a lo lejos. Tomás frunció el ceño. Tardó unos segundos en descubrir que se trataba de una motocicleta cuyo piloto, aún en la distancia, empezó a tocar el claxon con vehemencia.

—¿Qué le pasa a ese? —se sorprendió Tess.

Tomás, como única respuesta, hizo parpadear las luces delanteras a modo de señal y detuvo el coche en el arcén. Si Tess supo lo que pasaba, no dio muestra de ello. Preguntó:

—¿Qué haces?

—Donna —dijo él. Pero no pretendía ser una respuesta, sino una llamada de atención para la muchacha.

Tuvo que repetirlo más alto, «¡Donna!», y solo entonces levantó ella la cabeza y lo vio. Su rostro se iluminó de inmediato transformándose por completo. Salió corriendo del coche y se fundió en un beso con Beto, quien apenas tuvo tiempo de desprenderse del casco.

Tess contempló la escena sin moverse de su asiento, con los ojos entornados, deslumbrada por el sol. No dijo nada.

Tampoco lo hizo Tomás, que buscó a su hijo en el espejo interior. Lo encontró vuelto hacia un lado, mirando por la ventanilla con expresión afligida. También Tomás se giró en esa dirección. Al otro lado del cristal no había más que árboles. Cientos y cientos de árboles.

Fueron algo más de cuatro horas de viaje, interrumpido una sola vez, a mitad de camino, para ir al baño y tomar un tentempié. Aunque seguía haciendo calor, les llovió durante buena parte del trayecto, un hecho sumamente anómalo para aquellas fechas y aquellos parajes.

—Buenas noticias —dijo en la radio una voz opacada por las interferencias—. Parece que la sequía nos va a dar una tregua durante el fin de semana. El gobierno autonómico ha decretado la alerta amarilla por lluvias intensas y rachas de viento que podrían alcanzar los cien kilómetros por hora.

La situación climática seguiría siendo inestable en las próximas horas. Se esperaba una gran tormenta para esa misma noche en toda Castilla-La Mancha, también al sur de Madrid, y no se descartaba el riesgo de inundaciones. «Protección civil —añadió el locutor con tono grave— recomienda evitar, en la medida de lo posible, cualquier desplazamiento por carretera».

Atravesaron un pequeño municipio y, a su salida, una señal les indicó que Cubil quedaba a solo diez kilómetros. Tess llevaba un buen rato meneando compulsivamente las rodillas, abriendo el bolso y cerrándolo de nuevo, mirándose en el espejo y atusándose un mechón de pelo hasta casi hacerse daño, y la visión de aquella señal agudizó su espasmódica actividad.

—¿Estás nerviosa? —le preguntó Tomás.

Claro que lo estaba, ¿cómo no iba a estarlo? Aquel era el objetivo del viaje, el sentido último de todo aquello. Por eso estaba allí, por eso había cruzado medio mundo, 4.500 millas nada menos. Para visitar el pueblo de sus abuelos.

Era un momento importante para ella. Más que eso. Era un momento trascendental. Tess tenía la sensación de que toda su vida, o buena parte de ella, había apuntado precisamente en aquella dirección: Cubil, Castilla-La Mancha, España, Europa. Los escauceos secretos de su infancia para aprender español a escondidas de su madre, aquel idioma secreto, aquellos refranes que

se repetía a solas en su habitación, «perro ladrador, poco mordedor», «mala hierba nunca muere», «al mal tiempo, buena cara», la habían llevado hasta aquel lugar. Y, sin embargo, lo que veía al otro lado de la ventanilla le resultaba completamente ajeno. Aquel paisaje estepario, yermo y estéril, aquella tierra rojiza no le provocaba ningún sentimiento. Solo nervios.

—Sí —confesó—. Estoy un poco nerviosa.

Cubil resultó ser un pueblo mediano en todos los sentidos: en su tamaño, en su fealdad, en su pobreza. Atravesaron la calle principal, escoltada a ambos lados por casas encaladas de dos y tres alturas. Muchas de ellas tenían las ventanas protegidas con barrotes metálicos negros cuya función parecía más impedir la fuga que la entrada furtiva. El tendido eléctrico cruzaba lánguidamente de una acera a otra, y las farolas, una por edificio, daban la sensación de llevar décadas allí oxidándose al sol sin que a nadie le importase. Solo algunas macetas colgadas en las fachadas, con plantas hermosas y coloridas, evidenciaban la presencia humana.

—Tengo que buscar la dirección exacta del hostel —dijo Tomás intuyendo, visto lo visto, que iba a ser un auténtico tugurio. Después de todo, ¿a quién se le ocurriría alojarse en un sitio semejante?

—Vayamos primero a la iglesia —propuso Tess.

Resultó, de hecho, inevitable, dado que aquella calle desembocaba en una plaza, y allí se ubicaba la iglesia y también el ayuntamiento, delatado no tanto por la nobleza del frontispicio como por las tres banderas sucias que pendían inertes de sendos mástiles. Sentados en un banco charlaban un par de ancianos que se volvieron hacia el coche, lo observaron unos segundos y retornaron luego a su parloteo.

Tess no advirtió nada extraño en un principio. Nada fuera de lugar. De ahí que, cuando Tomás estacionó junto a la acera, ella saliese convencida de que estaba allí donde debía estar y no en ningún otro sitio. Donna se estiró y bostezó y se frotó los ojos con pereza. Hugo siguió contemplando la pantalla de su teléfono sin inmutarse.

—¡Ya hemos llegado! —dijo Tomás saliendo del monovolumen y tratando de contrarrestar, con su falso entusiasmo, la languidez de sus acompañantes y del propio paraje. Se dirigió a Tess y añadió—: El pueblo de tus abuelos.

Tuvo que decir eso precisamente para que Tess, ahora sí, se percatase de que algo no estaba en orden. ¿Era posible o solo lo imaginaba? Abrió el bolso y sacó la antigua fotografía.

—No es aquí —dijo tras cotejar la imagen con el entorno.

Hasta Donna se sorprendió al oírlo.

—¿Qué? —preguntó Tomás perplejo, y Tess le mostró la foto.

—Mira. Esa iglesia —la señaló, estaba en uno de los laterales de la plaza— no es la que aparece detrás de mis abuelos. Y esta fotografía fue tomada desde un alto. No hay ningún alto acá, no se ve ningún monte.

Tomás cogió la fotografía y la examinó con detenimiento. Tras las dos figuras, tras el alcornoque y la bicicleta en él apoyada, se distinguía con perfecta claridad la cúpula de una iglesia distante que, en efecto, no se correspondía con la que tenían ahora delante.

—A lo mejor hay dos iglesias —dijo Tomás mirando a su alrededor. No vio ninguna otra cúpula, ninguna cruz ni campanario—. ¡Oigan! —gritó Tomás a los ancianos del banco, que interrumpieron su cháchara y lo contemplaron sin levantarse—. ¿Cuántas iglesias hay en este pueblo?

Uno de los viejos soltó una carcajada seca y asmática. El otro miró a Tomás con fijeza, como si le tomase por un chiflado o un imbécil, y respondió:

—Esta de aquí. ¿Cuántas quiere que haya?

Una puerta chirrió en el extremo opuesto de la plaza y de allí surgió una mujer de unos setenta años. Llevaba un batín azul descolorido y del cuello le colgaban unas gafas viejas de gruesos cristales.

—¿Tomás Barrio? —inquirió en voz alta.

Todos se giraron hacia ella.

—Sí. Soy yo.

—¡Los estaba esperando! —La mujer sonrió, dejando a la vista una maltrecha dentadura—. Soy Clara. Hablamos por teléfono. Tengo sus habitaciones listas.

A su espalda, un portón gris de aluminio daba entrada a un edificio feo y destartado. Tess no quería atravesar aquella puerta como tampoco quería permanecer un minuto más en aquel pueblo espantoso, pero había cruzado medio mundo solo para eso, así que hizo de tripas corazón y preguntó:

—¿Esto... es Cubil?

La mujer desdentada asintió.

—¡Claro que es Cubil! Sí, señora.

—Es que... —empezó a decir Tess, y rescató la fotografía de la mano de Tomás—. Verá. Creo que hubo una confusión. Nosotros queremos ir a este pueblo, el de esta fotografía.

La mujer se colocó las gafas con parsimonia. Observó la imagen con los ojos entrecerrados y el rostro entero constreñido en un pliegue. Fue desplazando un dedo por las figuras, por el árbol, por la iglesia, como si su correcta interpretación requiriese de una guía.

—¿De cuándo es esta foto?

—De 1936.

—¡Ah! —exclamó la mujer—. ¡Entonces buscan el barrio viejo! —Sonrió orgullosa de su descubrimiento, y añadió—: Vengan conmigo.

Se acercó al banco donde estaban los ancianos, «¡Amancio, Floren, mirad!», que examinaron también la fotografía. Debatieron un momento atropelladamente y a voz en grito hasta que uno de ellos, el mismo que había tratado a Tomás de idiota, le dijo a Tess:

—Esta es la iglesia del barrio viejo.

—¿Y cómo podemos llegar allá?

Los tres sonrieron.

—No pueden —dijo la mujer.

Tess parpadeó varias veces con incredulidad.

—¿Por qué? —preguntó Tomás.

—Lo anegó Franco en el 73 —los informó uno de los ancianos—. Ahora hay un embalse.

Tess sintió que le faltaba el aire. Eso no podía ser cierto. Trató de regular su respiración con bocanadas breves y rítmicas. No iba a ahogarse ahora. No allí, delante de toda esa gente. No delante de su hija. Se esforzó por que nadie lo notara cuando dijo:

—Pero... Creí que *esto* era Cubil.

—Y *es* Cubil —confirmó el otro anciano—. El nuevo. Cuando nos echaron de allí se levantó este pueblo. Le pusieron el mismo nombre.

«El país que abandonaste ya no existe. Se perdió en el pasado y, en su lugar, hay ahora un país diferente y extraño». Eso le había dicho su abuela poco antes de su muerte, y eso le vino a la cabeza en aquel momento.

Se volvió hacia Tomás con gesto desvalido.

—Durante la dictadura —aclaró él— se hicieron un montón de embalses por todo el país. Se inundaron muchos pueblos y se reubicó a la gente en los alrededores.

Tess sintió el impulso de dejarse caer al suelo. Había sido derrotada. Había hecho el ridículo. 4.500 millas para eso. Medio mundo para eso. Quería cerrar los ojos y abrirlos en casa, en América, en Miami. De pronto, echó de menos su cama, sus zumos antioxidantes y su bicicleta estática. Añoró sentarse en el sofá, con su manta y sus pantuflas, incluso a su marido lo echó de menos y pensó que él tenía razón, que no se le había perdido nada en España, que todo aquel viaje era una completa estupidez.

—Les puedo indicar dónde queda el embalse —dijo el más conversador de los ancianos—. Ahora, con esta sequía que tenemos, se puede ver el campanario asomando por encima del agua.

La mujer desdentada miró al cielo, señaló con un golpe de cabeza una amenazadora nube negra y añadió:

—Si deciden ir, más les vale darse prisa. Se avecina tormenta.

Aunque el trayecto hasta el Cubil viejo duró apenas diez minutos, los nervios de Tess lo hicieron poco menos que insoportable. Martilleaba con las uñas en el reposabrazos de plástico, se recolocaba en el asiento una y otra vez, suspiraba, movía los labios sin decir nada y se los mordisqueaba.

A medio camino, una gota se estrelló contra la luna, justo delante de los ojos de la mujer.

—Llueve —dijo ella.

Fue la única palabra que se pronunció durante todo el recorrido. Segundos después, el monovolumen avanzaba despacio bajo una tromba cegadora. La carretera se había sumido en la oscuridad, como si hubiese anochecido súbitamente, y ni siquiera las luces largas servían para divisar más allá de un par de metros.

Se detuvieron donde los ancianos les habían indicado, que era, así se lo dijeron y así resultó ser, el promontorio desde el que aquella vieja fotografía había sido tomada. Tess salió al aluvión abrazada a su bolso de cuero.

—Quedaos aquí —dijo Tomás a los chicos, que obedecieron sin rechistar.

Él se apresuró hasta el maletero y cogió de allí un paraguas que guardaba para tormentas inesperadas como aquella. Tenía las varillas oxidadas y en la tela lucía el logotipo de la cadena de televisión para la que había trabajado durante media vida. Corrió a cubrir a Tess, quien para entonces estaba ya completamente empapada. Miraba en dirección al embalse apoyada en el mismo árbol de la fotografía, allí donde sus abuelos, ochenta y un años antes, habían posado para un retratista desconocido. El mismo lugar donde, hacía casi un siglo, un joven llamado Antonio y una joven llamada Dolores se habían mirado con ternura, una bicicleta a su lado y una hogaza de pan mordisqueada en la cesta.

—Mira —dijo ella, y señaló.

Sobre las aguas emergía el campanario de la iglesia ahora desvencijado y desprovisto de la campana. Había algo fantasmal en aquel perfil, algo irreal y terrible que la estremeció. Imaginó el pueblo allí abajo, inundado y olvidado por todos salvo por un puñado de viejos. Desaparecido de los mapas, sustituido por otro pueblo con idéntico nombre. Reemplazado. Su origen, ese que llevaba toda la vida buscando, había sido anegado, sepultado bajo toneladas de agua, barrido para siempre de la Tierra y pronto también de la memoria. «No hay un lugar al que volver», le dijo su abuela, y resultó ser literalmente cierto.

Tess abrió el bolso. Le temblaban las manos por el frío y por los nervios. Sacó el cuaderno rojo, lo contempló un momento y le dijo a Tomás:

—Espera aquí.

Él asintió sin decir nada.

Tess echó a andar hacia el embalse y, cuando estuvo al borde mismo del precipicio, cerró los ojos y dejó que la lluvia le golpease el rostro. Notó cada una de las gotas heladas, su impacto, los diminutos arroyos que se iban formando en sus mejillas, en sus labios y en su frente. Permaneció así unos segundos y luego lanzó el cuaderno con todas sus fuerzas. Este se abrió en el aire, y por un momento pareció que iba a salir volando, aleteando las tapas como un pájaro exótico de alas escarlata. Pero no voló. Trazó una corta elipse, cayó al agua y allí se quedó, abierto y flotando. Con la tinta del bolígrafo, la historia de sus abuelos y de sus padres, con su propia historia, emborronándose y desvaneciéndose en aquellas aguas devastadoras.

Tess tiritaba, los dientes empezaron a castañetearle cuando, inesperadamente, sintió que todo encajaba. Fue primero una intuición, luego una certeza. Se le ocurrió que aquel viaje sí había tenido sentido después de todo. Que el destino la había conducido a exactamente aquel lugar en exactamente aquel momento. Recuperar el español, conocer a Lara, que ella le hablase de Tomás, que Tomás aceptase el trabajo. Todo eso conformaba las etapas de un itinerario incorpóreo repleto de falsas casualidades, de azares espurios. Pensó en su encuentro con aquel editor en el bar del hotel y en cómo la había animado a escribir su historia. Se preguntó por qué le había hecho caso. Sin duda, para aquello. Todo desembocaba en aquel preciso momento. Tess se había esforzado en compendiar la crónica de su familia, su tragedia, sus victorias y sus fracasos únicamente para poder arrojarlos ahora, todos juntos, al olvido. «Las cosas —se dijo— no ocurren porque sí. Todo tiene un sentido y el sentido de mi viaje es este».



Aguardó hasta que el libro se hubo hundido del todo en las aguas negras y solo entonces regresó al árbol donde Tomás la esperaba cubierto con su paraguas.

—Volvamos a Madrid —le dijo ella con el cuerpo entero calado—. Ya hice lo que vine a hacer.

Sería la peor tormenta de la década. Eso dijo la radio. También que la situación empeoraría a partir de media tarde, y vaya si lo hizo. Aunque podrían haber llegado a Madrid para cenar, a dos horas de su destino se vieron atrapados en una tromba tan compacta que hizo invisible la carretera. Tomás ni parpadeaba, el rostro muy cerca de la luna y las dos manos asiendo con tensión el volante. Fue la propia Tess, temblando todavía por el agua que empapaba su ropa, quien propuso hacer noche en el camino.

—No tenemos prisa.

Dado que no debían presentarse en el aeropuerto hasta las once del día siguiente, lo más cómodo y sensato sería alojarse en un motel de carretera.

Tomaron la primera salida que anunciaba comida y camas. Resultó ser un edificio de tres plantas, rosa y decadente, ubicado al pie de la autopista. Unas letras grandes y brillantes proclamaban el nombre: MOTEL AMA ECER, con un hueco en el lugar que una vez ocupó la N.

El de Tomás era el único coche del aparcamiento entre media docena de camiones. Accedieron a la recepción sin las maletas, solo para ver si había sitio. Una mujer joven, teñida de rubio platino, les ofreció con desgana dos habitaciones dobles en la tercera planta.

Nada más entrar en la suya, Donna la examinó con la nariz arrugada, como si todo en aquella estancia le provocase asco físico. No era para menos. El suelo estaba enmoquetado con un tapiz grisáceo salpicado de manchas oscuras y quemaduras de cigarro. Había un par de camas con colchones de muelles que crujieron espantosamente en cuanto la chica se sentó y un tétrico armario de madera oscura cuyas puertas se negaban a encajar del todo en sus goznes oxidados y negruzcos. En las mesillas, dos lámparas de luz amarilla tamizada por sendas tulipas amarronadas.

—Vaya fin de viaje —dijo Donna con evidente desánimo, pero su madre no la escuchó.

Había descornado la cortina y contemplaba a través de la ventana la monótona panorámica que desde allí se le ofrecía. Los coches y los camiones pasaban incesantemente, pero el sonido de sus motores era atemperado por la lluvia que repiqueteaba contra el cristal.

Donna observó a su madre durante unos segundos, también ella en silencio. Luego se levantó de la cama (otro chirrido agónico) y la abrazó por la espalda. Solo se le ocurrió decir:

—No te preocupes —sin saber, ni ella misma, a qué se refería exactamente.

Cenaron unos bocadillos en el bar de aquel motel desangelado. Era un pequeño cubículo acondicionado con una minúscula barra repleta de rayones y tres mesas para dos ocupantes (más no cabían). Todas estaban ocupadas, de modo que ellos se acomodaron frente al mostrador copándolo por completo.

Mientras comían, Tess y Tomás revisaron los recibos acumulados a lo largo del viaje, apuntando en una servilleta quién pagó qué, quién debía a quién y cuánto.

Entre los demás comensales había quien miraba el móvil, quien leía un periódico y quien simplemente bebía sin decir una sola palabra, perdido en la cerveza y en sus pensamientos. Tess se sintió compenetrada con estos últimos. También ella tenía ganas de hacer eso mismo: beber sin más, vagando por recuerdos y pesares.

Solo Hugo trató de romper aquel ambiente mortecino con algún que otro comentario. Preguntó al aire qué sería del potro, cómo habría pasado su primer día de vida, si andaría ya con soltura. Pero, al ver que nadie tenía ánimo conversador, decidió marcharse a la habitación. Donna hizo lo propio, dejando a los dos adultos todavía enfrascados en sus cuentas.

La subida hasta la planta de arriba resultó una tortura para Hugo. El recorrido completo, desde el bar hasta el pasillo, debió de durar unos treinta segundos, pero al niño le pareció una vida entera. Buscaba una estrategia, una frase. Una manera de abordar aquello que inevitablemente tendría que afrontar en aquel momento o ya nunca. Le sudaban las manos, el corazón le latía con fuerza. En el primer tramo de escaleras se le secó la boca, en el segundo empezó a salivar en exceso. No podía hacerlo. No estaba preparado. Haría el ridículo, quedaría como un idiota. Donna era demasiado mayor y demasiado guapa. Era, a decir verdad, la chica más guapa que había visto en toda su vida.

La clase de chica que no había en su instituto ni en su barrio. La clase de chica que, quince días antes, habría jurado que no existía en la realidad. Pero Donna existía, y bostezaba a su lado, y se pasaba los nudillos por los ojos cansados.

Ya en su pasillo y sin detenerse, Donna dijo:

—*Good night.*

Hugo asintió, ni respirar podía, mucho menos hablar. La lluvia restallaba contra la única ventana. La muchacha arrastró los pies hasta su habitación, introdujo la llave en la cerradura, la giró una vez y, cuando se disponía a girarla de nuevo, se percató de que allí seguía Hugo, como un pasmarote en mitad del pasillo, colorado y abrumado por un vendaval de dudas.

—*You OK?*

El niño no respondió. No era capaz. Quiso asentir, pero tampoco eso pudo hacer. Su cuerpo se había convertido en una extensión de aquel edificio asqueroso, la escultura infante de la primera planta, «El chaval petrificado». Donna insistió:

—Hugo.

Y Hugo, que hasta entonces había permanecido con la mirada perdida en el suelo, alzó los ojos y la miró. Ella sonreía al otro lado del pasillo y Hugo no entendió el porqué de aquella sonrisa. No supo interpretar aquel gesto misterioso que, sin embargo, se le antojó tierno y muy adulto. Más adulto que él. Quiso caminar, avanzar hasta ella. Debía hacerlo. Lo que fuera que acabase diciéndole habría de ser susurrado. Si conseguía hablar, si de algún modo su garganta, su boca y sus pulmones le respondían de nuevo, tendría que conformarse con un hilo de voz. Hasta ahí llegaba su ambición, a nada más que a eso. Un murmullo de amor sofocado por la tormenta.

Pero Hugo no se movió porque a los objetos inanimados solo el viento los mece, y no había viento allí, ni una leve corriente, únicamente quietud y la lluvia furiosa contra el cristal. Donna abandonó la llave en la cerradura y con su enigmática sonrisa todavía puesta caminó despacio hasta él.

—Hugo —repitió ella, pero esta vez no sonó de la misma manera. Tuvo aquella palabra una sonoridad distinta a cualquier cosa que Hugo hubiese oído hasta entonces, y se sintió abrumado por ella, derrotado por la dulzura de su nombre colgado de aquellos labios.

Se supo entonces incapaz de decir nada y dejó de luchar. No había manera de expresar lo que sentía. Cualquiera de las opciones que había barajado (que acabó reduciendo solo a dos: «me gustas» y «estoy enamorado de ti») le resultaban ridículas, estúpidas, pueriles. No era eso lo que él quería

decir. Lo que sentía, lo que hasta entonces había querido transmitir y ya no quería, era definitivamente menos vulgar, infinitamente más complejo. A un «me gustas», a un «estoy enamorado de ti» se podía objetar fácilmente. Bastaba con decir cualquier cosa, un lugar común, «a mí no me gustas», «yo no estoy enamorada de ti». Pero a lo que él sentía, a ese sentimiento que llevaba arrastrando y alimentando en silencio durante las últimas dos semanas, ¿cómo se iba a objetar? ¿De qué manera se podía rebatir algo como aquello? ¿Cómo se podía refutar con palabras algo que ni siquiera puede expresarse con el lenguaje?

Se dio por vencido y trató de girarse, huir a su habitación, volver a su vida, fingir que nada de aquello había pasado. Olvidarlo, negarlo, dejarlo atrás. Pero Donna lo sujetó por la muñeca y su tacto lo congeló en el acto. La miró y solo pudo ver su rostro, muy desenfocado ya, los ojos cerrados, la boca abierta.

Donna lo condujo por el beso y él se dejó conducir. Nunca había besado Hugo de aquella manera y, durante un momento, se sintió confuso y extraviado. Ella le guio con ternura, su lengua contra la de él, marcando el ritmo, despacio primero, rápido después, lento de nuevo.

Hugo experimentó entonces algo desconocido. Tuvo la sensación de que ya había estado antes en aquellos labios. Como si, tras un largo viaje, regresara por fin al lugar al que pertenecía. De un modo que aún tardaría años en comprender del todo, en aquel pasillo mugriento y ruinoso, Hugo se sintió en casa.

Cuando Tess y Tomás revisaron el último de los recibos, quedaron sumidos en el silencio. En una de las mesas, un camionero pidió una copa. Tess se volvió entonces hacia Tomás y le preguntó:

—¿Tomamos algo?

Él estuvo de acuerdo.

Tess habría matado por un daiquiri, pero resultaba evidente que aquel no era el lugar. El camarero era un chico flaco y ojeroso, sin disposición ni talento para la hostelería. Tomás le hizo un gesto y él se acercó de mala gana.

—Tomaremos un *gin-tonic* y...

Tess miró las botellas expuestas en la barra. Vio una de Four Roses, el *whiskey* favorito de su marido, destilado en Kentucky, cien por cien americano, y lo señaló con un dedo.

—Four Roses —dijo con perfecta pronunciación—. Sin hielo.  
Lo tomaría como Jack lo tomaba.

Uno de los camioneros se marchó, dejando libre la mesa más próxima a la ventana, y allí se acomodaron con sus copas. Los dos miraron a través del cristal surcado de gotas. La lluvia había dado paso al granizo y unos nubarrones negros impedían saber si era aún de día o ya de noche. El viento azotaba sin clemencia, silbando por entre las rendijas y balanceando los árboles escuálidos hasta casi arrancarlos. Por la carretera seguían pasando coches, aunque muchos menos que antes y todavía más despacio.

—Quiero emborracharme —dijo Tess, y analizó la reacción de Tomás.  
Él asintió con una sonrisa.

—Me parece bien. ¿Te importa si te acompaño un rato?

El camarero bostezó sonoramente, sin educación. Luego, encendió la televisión y fue cambiando de canal hasta que recaló en una vieja película de James Bond protagonizada por Sean Connery.

—¿Te apetece hablar? —preguntó Tomás, pero no esperó a que ella contestase—. Si quieres hablar, hablamos. Si no, no.

—Qué servicial —dijo Tess con malicia—. Bien, hablemos.

—¿De qué?

Ella dio un corto trago a su *whiskey* que le abrasó la boca y la garganta. ¿De qué quería hablar? ¿De qué *podía* hablar con aquel hombre, el temido «hermano de la cocinera»? Aquella sería la última vez que conversarían, la última que compartirían un pedazo de intimidad. Miró por la ventana al cielo, y no vio una sola estrella.

—Dime qué piensas de mí —dijo ella de pronto, y Tomás enarcó las cejas. Aunque la tempestad de la calle y los puñetazos de la televisión velaban sus palabras ante el resto de los presentes, ella siguió en susurros—. ¿Te parezco una chiflada? ¿Una cincuentona desequilibrada que no sabe lo que quiere? ¿O solo una desgraciada? —Tomás no tenía intención de responder a eso y no lo hizo—. ¿Sabes que fui *cheerleader* en la universidad? No, claro que no lo sabes. No sabes nada de mí. Llegué a capitana. Todos los futbolistas querían meterse en mi cama. Y muchos de sus padres también.

Dio otro trago. Esta vez le quemó menos.

—¿Por qué me cuentas eso?

—Estamos hablando —dijo ella sin más explicación. Se volvió de nuevo al cristal y miró su reflejo—. La belleza es una tragedia. Para las mujeres por lo menos. A vosotros el tiempo no os hace lo que a nosotras. La edad os da

algo, un tipo de belleza que no da la juventud. A las mujeres no. Nosotras podemos conservarnos bien, podemos... ¿Cómo es eso? Parecer sosegadas. Sí, eso es lo que se dice, ¿no? Una belleza sosegada. —Soltó una carcajada y uno de los camioneros se volvió hacia ella—. Yo fui una chica muy bonita, y ojalá no lo hubiese sido. Porque la belleza te arrebató algo. Una no sabe eso cuando es joven, tiene que pasar el tiempo. Tienes que envejecer para descubrirlo. La belleza te vuelve solo una cara bonita ante todos los hombres, sin excepción. Y no me digas que no es así porque sé de lo que hablo. Lo sé porque lo viví y lo vivo ahora con mi hija. Pero la belleza se pierde. A los treinta ya no eres joven, a los cincuenta eres una vieja. Y entonces, ¿qué? ¿Qué pasa entonces? Te conviertes en alguien que fue linda, eso es lo que pasa. Te conjugan en pasado, ¿entiendes? Te señalan y murmuran: esa mujer de ahí, ¿la ves? Esa mujer fue preciosa.

Se quedó en silencio. En la televisión, Ursula Andress salía del agua en bañador ante la mirada de Sean Connery, que la contemplaba apoyado en una palmera. Tomás dijo:

—No deberías darle tantas vueltas. —Tess sonrió, él no—. Lo digo de verdad. Hablo en serio. Eres infeliz, vale. No voy a intentar convencerte de que no deberías serlo porque, como has dicho, no sé nada de ti. A lo mejor sí que debes serlo. A lo mejor tienes motivos de sobra. Ser infeliz es lo justo y razonable en según qué circunstancias. Lo contrario sería estúpido. Y egoísta. ¿Qué derecho tengo yo a ser feliz si mi hijo sufre? ¿Por qué debería ser feliz si..., no sé, si muere mi padre o enferma mi madre?

Tess lo miró con fijeza, aguardó unos segundos y dijo:

—No me respondiste.

—¿A qué?

—No me dijiste qué piensas de mí.

Tomás desvió la vista hacia la pantalla. Ursula Andress y Sean Connery caminaban juntos sobre la arena. Ella le preguntaba su nombre y él respondía: «James».

—No creo que seas una chiflada, desde luego. Y tampoco me parece que seas más desgraciada que yo o que cualquiera. —Tomás agitó su *gin-tonic*. Los hielos tintinearón dentro del vaso—. Cada cual tiene que vivir con sus errores. Y cada vez son más, claro. Cuanto más vives, más errores acumulas. No se puede hacer nada contra eso.

—Pero yo quiero ser feliz, y me da igual que eso sea egoísta. No quiero pasar por la vida sufriendo. Mis padres lo hicieron, mis abuelos lo hicieron y

yo me niego a vivir como ellos. Quiero sonreír y quiero reírme y quiero que se me acelere el corazón de cuando en cuando. ¿Sabes cuánto hace que no lloro de risa? Ni me acuerdo de la última vez. —Suspiró—. Me da muchísimo miedo.

—¿El qué?

—Que la vida se me esté escapando.

Tess pensó, aunque no lo dijo, que esa era una sensación real. Física. Que lo notaba todos los días o casi todos. Algunos se le olvidaba y era un alivio, pero entonces, al día siguiente, sufría el doble porque sentía que estaba envejeciendo dos días, el del recuerdo y el del olvido.

—Todos tenemos miedo a envejecer, Tess.

—¿Y cómo lo hacen? ¿Cómo hacen otros para vivir con eso?

—A lo mejor es que todo les importa una mierda —dijo Tomás espontáneamente, y ella respondió con otra risa brusca y estridente—. Igual esa es la verdadera receta de la felicidad. Decirse: al infierno con todo.

—En ese caso —dijo Tess levantando su vaso—, al infierno con todo.

Brindaron por ello y siguieron charlando durante más de una hora. Hablaron, sobre todo, de Hugo y de Donna, pero también de Beto y de Ángel. Tomás quiso preguntarle por aquella frase que su hija había soltado en el bosque, «te acostaste con ese cantante», pero prefirió dejarlo estar. Tess quiso preguntarle por Nerea, si había pasado algo entre ellos, si él quiso que pasase, pero también ella optó por callárselo. Él bebió tres *gin-tonics*. Ella, dos Four Roses.

Al filo de la medianoche, con todo emborronado, Tess sintió un impulso que no quiso controlar. Libre ya de la carga de su pasado (del suyo propio y del de su familia), decidió dejarse llevar, ser liviana y superficial, despreocupada como su hija. Sin venir a cuento, dijo:

—Bailemos.

Para entonces no quedaba nadie en aquel mísero local. Hasta el camarero se había marchado. Había apagado la televisión y casi todas las luces, de modo que ya solo les alumbraba una bombilla de resplandor verdoso e inestable que había sobre la barra. Fuera, el vendaval más feroz que por allí se recordaba seguía azotándolo todo a su paso. Tess se puso en pie desmañadamente y extendió una mano hacia Tomás, que aceptó la invitación incorporándose también con torpeza. Bailaron sin música, al ritmo que Tess fue marcando: ahora un vals, ahora un tango, un bolero, un guaguancó.



Rieron en la penumbra, la cabeza les daba vueltas. Eran dos personas a la deriva reunidas por quién sabe qué motivo, el azar o el destino, en mitad de ninguna parte. No hay manera de saber si él la besó a ella o ella a él. Los chicos estaban arriba, ninguno de los dos olvidaba eso, ¿cómo podrían hacerlo? Tess tenía frío, Tomás calor. Se besaron sin amarse, sin desearse siquiera. Lo hicieron impulsivamente, pero ¿cuál fue el motor de aquel impulso? ¿La soledad? Tampoco eso podemos saberlo. Se besaron con los ojos cerrados, porque no querían verse. Les bastaba con el calor de unos labios, porque eran los besos lo que importaba. Solo eso. Importaba sentir, y los dos sintieron.

No se dijeron nada para no desvelar su presencia, para que Tomás no supiese de Tess ni Tess de Tomás. Tampoco hicieron falta palabras cuando uno de ellos, no importa quién, tiró del otro en dirección a la puerta. Se empaparon bajo la lluvia, el viento casi los tumba, a punto estuvo de arrastrarlos, pero no los arrastró. Él tardó en sacar del bolsillo las llaves del coche, hasta eso suponía un reto en su estado. Tess aguardó bajo la tromba, se giró y leyó las letras blancas: AMA ECER.

Al infierno con todo.

Se lanzaron al asiento trasero y se desnudaron con urgencia. La lluvia retumbaba contra el techo y los cristales. Los vehículos pasaban por la autopista a un ritmo desigual pero continuo, uno tras otro, dondequiera que fuesen.

Tomás se enzarzó con el sujetador, víctima del alcohol y la falta de costumbre, y entonces regresó a su mente aquella visión decisiva y terrible que lo había cambiado todo. La de su mujer desnuda saliendo del baño. ¿Por qué entonces, por qué (el vaso de agua, el libro) en aquel preciso momento? Volvió a aquella tarde, hacía ya una vida entera, en que la desdicha se había convertido en su estado natural, el único al que tenía derecho. Eso se había dicho entonces y no había parado ya de repetírsele hasta convencerse: que merecía la desgracia, que habitaría en ella como en una casa diminuta, sin salir jamás, recluido para siempre entre sus cuatro paredes. ¿Por qué ahora, por qué regresaba a eso?

Exploraron sus cuerpos, apenas intuidos bajo la luz naranja y tenue de una farola desolada. Podían ser ellos mismos u otros cualesquiera. Qué más daba. Se acariciaron sin pronunciar una sola palabra. Nada más que gemidos y exhalaciones.

El viento golpeaba el coche y Tomás, partido en dos mitades, el cuerpo en aquella noche, la mente en aquella tarde, concluyó que solo él era responsable de su infortunio. Ni su mujer, ni Darío, ni tampoco aquel libro maldito, las *Tragedias* de Eurípides, eran culpables de su naufragio. Solo él lo era, solo a él podía culparse.

Pensó: «El libro no tuvo la culpa».

Fue un descubrimiento triste y doloroso, pero también liberador. Le asombró no haber caído antes, no haberlo sospechado siquiera. Era tan obvio. Acariciaba aquel cuerpo sin rostro y se decía: «¿Cómo no pude verlo, en qué pensaba, hacia dónde miraba?». Pero Tomás estaba borracho y cansado y excitado, y temió que aquella revelación fuese el resultado de todo eso, una conclusión ebria y equivocada que caducase durante la noche. No podía permitirlo. Era la primera vez en años que sentía algo semejante (determinación, confianza, osadía) y estaba dispuesto a lo que fuese para retenerlo. Se dijo: «No dormiré. Seguiré despierto para conservar esta lucidez, para no perderla durante el sueño».

Tess se colocó sobre él, lo abrazó con fuerza, arqueó la espalda, se dejó llevar. No lo hizo para castigar a su marido, tampoco a sí misma ni a su hija. No fue despecho ni fue venganza. Lo hizo porque sentía (y al sentirlo lo sabía, porque para ella no había diferencia entre ambas cosas) que aquella noche era la última, que allí se cerraba una etapa de su vida, una horrible que a punto estuvo de acabar con ella. Con el albor empezaría un nuevo tiempo, despojada de lastres heredados, limpia y vacía. Con el despuntar del sol, en unas horas, amanecería una nueva persona. Y aquella Tess, la que follaba en el asiento trasero de un coche, la que agitaba las caderas sobre un hombre cualquiera, la Tess que se extinguía, la que no sobreviviría a la noche, tenía carta blanca para dejarse llevar por sus impulsos, para ser arrastrada por ellos hasta donde quisieran llevarla. Se lo había permitido.

El hombre entre sus piernas, el que aferraba sus pechos, aquel cuyos hombros ella rodeaba no era Tomás, sino solamente un cuerpo, unas manos, un torso. Porque no era de él, sino de ella de quien trataba todo aquello. Eso es lo que Jack nunca había comprendido. Que Tess no era una prolongación de otra persona. Que su vida no existía como apéndice de los demás, hija, esposa, madre, amante. Que ella era una entidad propia, un ser con deseos y urgencias y contradicciones, con pecados y con ansia por pecar. Solo que aquello no era un pecado. No podía serlo porque no sentía culpa, ni siquiera un atisbo, ni un eco remoto. ¿Cómo iba a sentirse culpable por respirar? ¿Cómo iba a

torturarse por querer sobrevivir, por aferrarse a la vida? ¿Acaso se siente culpable un náufrago cuando se abraza a la única tabla que encuentra flotando en el océano?

Miami figuraba en letras amarillas encima de París y debajo de Berlín. Acababan de sellar las maletas con plástico y Tomás maniobraba ahora un carrito con las cuatro crisálidas gigantescas apiladas una sobre otra.

—Mostrador 930 —leyó Donna en español, y hacia allá se encaminaron.

El aeropuerto bullía de turistas que iban y venían y daban vueltas con el equipaje y lo perdían o perdían a los niños y los llamaban a gritos: «¡Diego!», «¡Martina!», «¡Alberto!».

Donna y Hugo llevaban toda la mañana con aire mustio. Ella consultaba el móvil cada poco, y cada poco, al ver la pantalla, sonreía y se lanzaba a teclear una cascada de mensajes. Hablaba con Beto, prolongando lo que acabaría por extinguirse tarde o temprano, en las próximas semanas o en los próximos meses. Así es como funcionaba, así había funcionado siempre.

Tess y Tomás mostraban un ánimo bien distinto. No alegre, pero tampoco abatido. Por la mañana, al encontrarse en el bar del motel, omitieron cualquier alusión a lo ocurrido horas antes. Se limitaron a un «buenos días» bilingüe y cordial. La noche anterior, al separarse en el pasillo, ella le besó en la mejilla en una extraña concesión a la castidad tras la lujuria. Con ese gesto, Tomás lo entendió perfectamente, quedaba sepultado para siempre lo que había pasado entre ellos.

A pesar de que él se había prometido mantenerse despierto, lo cierto es que cayó dormido nada más tocar la cama. El sueño, sin embargo, no le impidió recordar, al despertarse, las conclusiones que había alcanzado en el asiento trasero del coche. Le dolía la cabeza por culpa de los *gin-tonics*, pero conservaba aún aquella sensación de ligereza. Permaneció bajo el agua caliente durante casi quince minutos, disfrutando de aquella extraña levedad, hasta que Hugo aporreó la puerta del baño.

—¿Te has muerto? —preguntó.

Al contrario. Hacía tiempo que no se sentía tan vivo.

Tras vestirse, se sentó en el camastro de muelles chirriantes y, mientras el niño se acicalaba, mandó un mensaje a Nerea.

«¿Qué haces en dos semanas?».

Ella respondió al instante:

«Mirar las estrellas. ¿Contigo?».

«Conmigo», escribió él.

Acompañaron con música el viaje hasta el aeropuerto. Tess saltaba de una emisora a otra buscando temas que maridasen con su estado de ánimo. Sonó Springsteen, Texas y Dinah Washington, y Tess tarareó con despreocupación la mayor parte de los estribillos. Todo resultaba nuevo para la nueva, vacía y limpia Tess. Aquella era la primera vez que hablaba, la primera que desayunaba y montaba en coche. Nunca antes había escuchado música, nunca había tarareado ni sonreído. Hasta su reflejo le resultó extrañamente novedoso. Se examinó los ojos, las cejas y los labios, y se detuvo luego en el cuello, un cuello largo que, pensó, siempre sería hermoso.

No fue hasta que echaron a andar hacia el mostrador de facturación que Tess cobró consciencia de la inminencia de su partida. Se lo delató el silencio atribulado de los chicos y del propio Tomás, que luchaba ahora por mantener estable la dirección del carro metálico. Sin pretenderlo, Tess se vio rememorando las últimas dos semanas y media. Lo hizo cronológicamente, primero Madrid, luego Salamanca, Ciudad Rodrigo, Mérida, aquel pueblo fuera del tiempo y, por último, los dos Cubiles, el nuevo y el anegado. A pesar de los embrollos y los desplantes, a pesar de los malos ratos, de las lágrimas y de los gritos que inevitablemente le vinieron a la memoria, estaban la piedra amarilla y la Vía Láctea y la belleza aturdidora que ahora se imponían con firmeza a todo lo demás. Pensó en todo eso como se piensa un recuerdo distante y hasta cierto punto ajeno, porque no era ella quien lo había vivido, sino la Tess anterior, la confundida, la naufragada. Lo recordó como si fuese el recuerdo de otra persona, y le pareció una vivencia hermosa de la que ya nunca se desprendería.

Facturaron en apenas cinco minutos, sin hacer cola, gracias a los billetes en primera clase que Tess enarboló frente a un mostrador con el letrero de *Business*. Una vez se despojaron de las tortuosas maletas, y mientras los chicos se hacían un último selfi conjunto, Tomás le dijo a Tess:

—Bueno...

Y no dijo nada más porque no supo qué más decir. Tess asintió, como si estuviese de acuerdo con su incapacidad para expresar aquello, como si esa

sola palabra abandonada a su suerte en unos puntos suspensivos le pareciese un buen resumen. Luego, dio un paso al frente y lo abrazó.

—Cuídate mucho —susurró ella.

—Tú también.

Hugo contuvo las lágrimas al despedirse de Tess, pero no tuvo tanta fuerza cuando Donna, emocionada, lo estrechó entre sus brazos. Los dos disimularon riendo y parlotando, prometiéndose otra vez escribirse en unos días, enviarse fotos y vídeos, seguirse la pista, mantener el contacto. Donna arrancó a Tomás la promesa de una visita a Florida, y esta vez, dijo, ella haría las veces de guía y también de chófer. Les mostraría Miami y Los Cayos, irían a playas y a discotecas, verían delfines, caimanes y flamencos, Everglades y Disney World si Hugo quería, aunque ella lo odiaba. Podrían quedarse en casa, ¿verdad, mamá?, hay sitio de sobra, y viajarían juntos, en coche, por todo el estado, de arriba abajo o de abajo arriba.

Hubo luego un silencio que se dilató casi un minuto, y así habrían permanecido, memorizando aquellos rostros que, casi seguro, ya nunca verían de nuevo, de no ser porque Tess cogió a su hija de un brazo y dijo:

—*Come on.*

Ellos esperaron en el vestíbulo hasta que las mujeres se perdieron entre la multitud del control de seguridad. Justo antes de desaparecer, Tomás vio cómo Tess se giraba y le dedicaba una sonrisa cómplice. Una sonrisa que rompía el compromiso sellado con el beso de la noche anterior, nada de comentarios, nada de miradas como aquella que, Tomás lo supo con absoluta certeza, quería decir «te echaré de menos».

Que fuese o no verdad, como suele ocurrir en estos casos, no tenía la menor importancia.

# QUINTA PARTE

---

Una fuerza desconocida



Tomás añoraba Madrid, pero no se había dado cuenta de ello hasta verse de nuevo rodeado por su actividad, su ruido, su desorden. Hugo estaba a su lado, despatarrado en el asiento del copiloto, con la mirada perdida en el ajetreo que se desarrollaba al otro lado de la ventanilla.

—¿Te lo has pasado bien?

El niño respondió afirmativamente, aunque era obvio que pensaba en otra cosa. En Donna tal vez, o quizás en Nerea, o en Daisy y su potrillo. Lucía ademán circunspecto y parecía cambiado, menos infantil, más maduro que cuando partieron. Eso pensó Tomás sin descartar que fuesen solo imaginaciones suyas.

Habían sido unas semanas complicadas y, a decir verdad, Tomás no estaba orgulloso de la manera en que había gestionado ciertas cosas. ¿Cómo iba a estarlo? Había gritado a su hijo, lo había amenazado. «¡Vete con Darío! —había llegado a bramar—, ¡sal corriendo y vete con él!». Lo había sacado de quicio, cierto, pero eso no justificaba su torpeza.

Había aceptado ese trabajo para aproximarse a él, pero tenía la sensación de que había servido, sobre todo, para poner de manifiesto lo mucho que se habían distanciado desde el divorcio. Eso es lo que pensaba Tomás ahora: que no conocía a su hijo ni su hijo lo conocía a él. Dar por sentado que un viaje podía cambiar tal cosa le parecía de una ingenuidad descabellada. Se conformaba si todo aquello servía, al menos, como punto de partida. Un hito desde el que empezar a cimentar una nueva relación. En lo que a Tomás respectaba, estaba dispuesto a intentarlo.

En dos meses Hugo cumpliría catorce años. Se aproximaba a un precipicio de cambios traumáticos. Cambiaría su cuerpo y su rostro, cambiaría su voz y su forma de ver el mundo, de verse a sí mismo y, sin duda, a su padre. A saber qué le esperaba a Tomás en uno o dos años, cuando su hijo se zambullese de lleno en la adolescencia, cuando sus hormonas y sus amigos

condicionasen cada una de sus actitudes, cada una de sus reacciones. Las cosas estaban a punto de complicarse y Tomás era consciente de ello.

—Yo me lo he pasado muy bien —dijo Tomás, y el niño lo miró con sorpresa—. Lo digo en serio. Ya sé que hemos tenido nuestros más y nuestros menos, pero... Por mi parte, eso queda en el pasado. Me ha gustado mucho hacer este viaje contigo.

—Fue idea mía —se apresuró a recordar Hugo.

Tomás sonrió.

—Sí. Fue idea tuya.

Un coche pequeño, uno de esos eléctricos diminutos, se cruzó frente al monovolumen y Tomás se vio obligado a dar un brusco frenazo para no llevárselo por delante. Tocó el claxon por acto reflejo y a punto estuvo de gritar, pero se contuvo. No quería dejarse arrastrar por la ciudad. No tan pronto.

—¿Se lo dijiste? —preguntó de pronto. El niño supo a qué se refería, pero disimuló mirando a su padre con expresión interrogante—. A Donna. ¿Hablaste con ella?

Hugo encaró de nuevo la ventanilla. Aguardó un momento antes de responder.

—Más o menos.

—¿Qué quiere decir eso? O se lo dijiste o no se lo dijiste.

Hugo permaneció absorto en la confusión de formas al otro lado del cristal, en los coches, en los autobuses y en los peatones, en los ciclistas comerciales cargados con mochilas, en los rótulos y las lonas publicitarias. Miró sin mirar las marquesinas, los andamios, los perros estresados y los músicos callejeros, los contenedores y las bolsas de basura agolpadas a su lado. Todo eso miraba, pero lo que veía era el rostro de Donna muy cerca del suyo, apartándose despacio, enfocándose de nuevo, él paralizado, ella sosegada y sonriente. La vio hundiendo sus dedos en el cabello de su nuca, él sin saber qué hacer ni qué decir. Sin saber, de hecho, qué *se hace*, qué *se dice*. Y la vio después cruzando el pasillo de aquel hotel desastrado, alejándose de él, entrando en su habitación, cerrando la puerta. Desapareciendo.

—Sí —confesó por fin—, se lo dije.

No era cierto, pero tampoco le pareció una mentira.

Tomás quiso preguntarle cuándo lo había hecho, qué había respondido ella, cómo había reaccionado, qué había pasado luego. Pero sintió que no debía hacer esas preguntas ni tampoco ninguna otra. En su lugar, se limitó a

apoyar una mano en el hombro de su hijo convencido de que este se la apartaría. Contra todo pronóstico, Hugo no movió un solo músculo.

Pat no pudo esperar a que entrasen en casa. Tan pronto los vio salir del ascensor, cruzó corriendo el descansillo y se lanzó a por Hugo, que trató de zafarse del arrebato, inclinando hacia atrás la cabeza y protegiéndose el rostro con ambas manos. Gritó «¡mamá!», pero no fue una expresión de alegría, sino una súplica de contención, una petición de calma. A Pat le sorprendió aquella reacción por lo inédita, y el niño aprovechó el desconcierto para retroceder un par de pasos y ganar así algo de espacio.

—¿Qué pasa? —preguntó ella—. ¿Estás enfadado?

El niño negó con la cabeza.

—No, pero no me besuquees.

Pat dedicó a Tomás una expresión aturdida. Creía que besuquear estaba permitido. En realidad, ni siquiera estaba al corriente de que aquello se llamase ahora «besuquear» (hasta ese momento carecía de nombre y entraba dentro de lo admisible).

Tomás abrazó a su exmujer y por primera vez desde que la conoció no sintió el deseo de besarla luego. También eso sorprendió a Pat porque fue un abrazo muy breve, casi de cortesía, como se abrazarían dos amigos que se viesen con cierta frecuencia y que, por tanto, no requiriesen de excesiva ceremonia.

—Aquí te traigo a tu hijo. Sano y salvo, como te prometí. Devuélveme la fianza.

—Habrá que examinarlo primero —dijo Darío con una sonrisa asomando por la puerta—. Bienvenidos a casa.

Tomaron un café en el salón, los cuatro sentados en torno a la mesa. Hugo le pidió la cámara a su padre, quería mostrar las fotografías que había tomado. «Solo las buenas», suplicó su madre, y así lo hizo, pero cada una tenía su historia y se empeñó también en contarlas. Lo hacía con entusiasmo, dramatizando y exagerando, porque en la infancia el tiempo pasa de otra manera y la deformación de los recuerdos es más intensa y acelerada. En el relato del niño todo era superlativo, precioso, horrible, viejísimo, infinito.

De cuando en cuando, Pat lanzaba una mirada a Tomás, que sonreía o bien se encogía de hombros. En casi todo dio la razón a su hijo, incluso cuando la fantasía ocupaba más terreno que la verdad haciendo de esta solo un

telón de fondo; solo en un par de ocasiones se vio obligado a enmendarlo, cuando aquellas exageraciones lo comprometían a él directamente, como el relato que el niño estableció de la búsqueda de Ángel, convertida en poco menos que una epopeya.

—Eso no es verdad, Hugo, no estuvimos *horas* perdidos en la montaña.

—Bueno, una hora, ¿qué más da?

Cuando no hubo más fotos que mostrar ni más historias que distorsionar, Tomás se puso en pie y anunció que se marchaba a casa. Tenía que deshacer la maleta, poner la lavadora y quería comprar algo de comida para la cena. Pat le ofreció media barra de pan, «tengo embutido y latas, llévate algo», pero él rehusó. Le vendría bien salir un rato. Le apetecía. Se despidió de su hijo y luego estrechó la mano de Darío. Pat, como siempre, lo acompañó hasta el ascensor.

—Me alegra veros así —le dijo ella cuando se quedaron a solas en el descansillo—. Hugo parece... No sé. Lo veo bien. Lo veo muy bien.

Tomás no sabría decir por qué eligió precisamente aquel momento. Pudo haber llamado al día siguiente o esa misma noche. Pudo haber esperado unos días o unas semanas. Tal vez fuese el cansancio o la resaca del viaje o el sosiego que le brindaba saberse de nuevo en lo más parecido a un hogar que tenía por entonces. El hecho es que posó una mano en el hombro de su exmujer y dijo:

—Pat, oye, sé que en los últimos meses he estado... distante. Y sé que tú te has preocupado por mí. Quería darte las gracias. Siempre haces eso, te preocupas y me cuidas. Y me he dado cuenta de que nunca te he dado las gracias. A estas alturas no hace falta que te diga lo que opino de Darío ni de cómo hiciste las cosas. Las hiciste mal, los dos lo sabemos, y me sigue costando verle ahí con Hugo mientras...

—Tomás —interrumpió ella desconcertada y un tanto violenta.

—Sí. Perdona. —Hizo una pausa, tomó una bocanada de aire—. Lo que quiero decir es que estoy dispuesto a pasar página. Ya sé que tú la pasaste hace mucho, pero yo no. Cada cual tiene sus tiempos. Eso me decías cuando discutíamos, ¿te acuerdas? A ti te duraban los enfados más que a mí, yo quería abrazarte, pero tú no te dejabas. Cada cual tiene sus tiempos, me decías. Bueno, pues yo estoy pasando página ahora. A lo mejor busco un piso más grande fuera del centro. A lo mejor me planteo cambiar de oficio, si es que se me ocurre alguno. No lo sé. Y me da igual no saberlo. Quería que lo supieras.

Pat lo escuchó con los ojos húmedos, mordisqueándose nerviosamente el labio inferior. Llevaba tres años esperando algo así, y, a decir verdad, ya había perdido la esperanza. Temía que el de Tomás no fuese un estado transitorio, como ella creyó en un principio. Temía haberlo roto para siempre y la culpa la atormentaba. De ahí que al escuchar aquellas palabras sintiese un intenso alivio por él, pero también por ella misma.

Al decir todo eso, Tomás la liberaba de su carga. La herida, aunque visible, quedaba así sellada. Viviría para siempre con su impronta. Los dos lo harían. Con el tiempo, las cicatrices acaban convirtiéndose en parte de uno. Un rasgo más, un atributo único y singular como la boca o los ojos, exactamente igual que la voz o las líneas de las manos.

—Otra cosa —dijo Tomás. Y arrodillándose, sacó de la mochila su vieja Canon—. Dásela a Hugo. Ya no voy a necesitarla.

Tess durmió a intervalos cortos, ninguno de más de una hora y ninguno apacible. Se despertaba desubicada, alterada por el ruido de los motores y el rozamiento del aire. Aprovechó aquellos intervalos de vigilia para terminar la novela que llevaba casi tres semanas paseando de un lado a otro. Resultó una decepción porque no era el detective quien resolvía el caso, sino el propio autor por medio de un *deus ex machina* de lo más gratuito y simplón. Había leído seiscientas páginas de crímenes, investigaciones, procesos judiciales y pruebas falseadas solo para descubrir que el escritor no se había molestado en pensar un final coherente. Miró la portada, decimoquinta edición, y se preguntó en qué demonios pensaba la gente.

A las cuatro de la tarde, hora de Florida, las ruedas traseras de la aeronave se posaron con suavidad en el Miami International Airport. Donna abrió los ojos, despertada por los vítores de algunos pasajeros. Se estiró, miró a su madre con una sonrisa todavía somnolienta y, mientras rodaban por la pista, musitó:

—*Home.*

El aeropuerto estaba sumido en la vorágine propia de aquellas fechas. Cientos de turistas corrían de un lado a otro con expresiones que abarcaban todos los estadios posibles del estrés, desde el nerviosismo hasta el puro pánico. Tess pidió ayuda para sacar las maletas de la cinta transportadora a un par de universitarios con aspecto de jugadores de fútbol. Estos se la prestaron encantados solo para pavonearse ante Donna, que les devolvió, en pago, una muy sincera indiferencia.

En el hilo musical sonaba reguetón cuando las dos mujeres se pusieron en marcha hacia la salida. Tess empujaba el carro, que cogió inercia y se le escapó de las manos en dirección a un grupo de viajeros asiáticos. Su hija la ayudó a domarlo tirando de él con todas sus fuerzas, y las dos rieron.

Justo antes de cruzar la puerta que las plantaría en el vestíbulo de llegadas, Tess se paró en seco.

—Espera —instó, y su hija se detuvo a su lado con expresión interrogante—. Quiero decirte algo. —Los demás turistas las esquivaban por izquierda y derecha, alguno chistaba, vaya sitio para quedarse, ¿no pueden hablar en otra parte?—. Me ha gustado mucho hacer este último viaje contigo.

—¿Último? —preguntó la chica—. ¿Por qué dices eso?

Tess recolocó un mechón rebelde de su hija, que arrugó la nariz en señal de protesta. Odiaba que le tocara el pelo.

—Porque tienes diecisiete años. Dentro de poco conocerás a alguien y querrás irte de viaje con él. Y eso está bien, es como debe ser. No me oírás quejarme, te lo prometo. Solo te pido que... Que no me apartes cuando eso pase. —Donna puso los ojos en blanco—. Escúchame, anda.

—Te estoy escuchando.

—Lo que intento decirte es que me dejes ser parte de tu vida. Porque, para bien o para mal, es lo que toca. Hay madres mejores, no tengo ninguna duda, pero a ti te ha tocado esta.

Donna zapateaba contra el suelo, nerviosa e incómoda, oteando a su alrededor, preocupada como siempre estaba por lo que otros pensarían. Con esa actitud, dijo:

—OK.

Tess la tomó por los hombros y la obligó a centrarse en ella. Lo hizo con suavidad, con ternura, como cuando era una niña y no levantaba un palmo del suelo.

—Ya sé que soy una pesada, pero, en cuanto crucemos esa puerta, volveremos a lo de siempre. Tú quedarás con tus amigas, te encerrarás en tu cuarto, y yo no me enteraré de nada. Por eso quiero decírtelo ahora. Crees que esto durará para siempre, pero no dura para siempre, créeme. Dura mucho menos de lo que parece. Antes de que te des cuenta, yo no estaré.

—¿Pero qué dices? ¡No te pongas dramática!

—Me pongo realista, Donna. Puede que, cuando esté criando malvas en el Memorial Plan o en cualquier otro sitio, tú te arrepientas de las oportunidades que perdiste conmigo, de todas las cosas que no me dijiste. Y puede que te preguntes por qué no lo hiciste, por qué... lo dejaste pasar.

Las puertas mecánicas se abrían y se cerraban incesantemente, desalojando a una multitud de turistas y autóctonos. Al otro lado, de cuando en cuando, un grito de júbilo, un silbido, una carrera.

Donna, que ya no zapateaba contra el suelo ni inspeccionaba el entorno, que ahora observaba a su madre sin que esta tuviese que buscar su mirada ni luchar por retenerla, titubeó un momento y luego preguntó:

—¿Por qué me dices todo esto?

—¿Tú por qué crees?

Donna recapacitó un momento y luego, con un hilo de voz, inquirió:

—¿Qué le dirías a la abuela si...? ¿Si estuviese viva?

—Que lo hizo bien —respondió sin vacilar—. Que fue una buena madre. Aunque en su momento no me lo pareció. La verdad es que me parecía una madre espantosa. Hizo muchas cosas con las que no estoy de acuerdo, cosas que yo nunca haría, pero no por eso fue una mala madre. Las personas cometemos errores, la mayor parte del tiempo no tenemos la menor idea de por qué hacemos lo que hacemos. Simplemente seguimos adelante. Es lo que hizo tu abuela, es lo que hacemos todos. Pero los hijos no aceptan eso, los hijos creen que los padres tienen que estar por encima de su propia humanidad, que tienen que ser perfectos, y se frustran cuando entienden que eso no es posible, que también los padres son débiles y egoístas, que fracasan y que...

—Mamá —interrumpió Donna. La chica, que hasta ese momento había permanecido con su mochila colgada al hombro, la apoyó entonces en el suelo y dedicó unos segundos a ordenar lo que le rondaba la cabeza. Cuando lo hizo y tuvo el valor de clavar los ojos en su madre, preguntó—: ¿Te acostaste con ese cantante? —Y precipitadamente añadió—: Si es que sí, no me importa, te lo juro. No se lo voy a decir a papá ni a nadie, pero...

—No —rechazó Tess en un tono tan sereno que hasta ella misma se sorprendió—. No me acosté con él.

—Vale —se apresuró a responder Donna, evitando ahora la mirada de su madre.

—Pero sí me acerqué a él lo suficiente como para descubrir que es una persona horrible y peligrosa.

Donna suspiró y, por un momento, Tess creyó que rompería en un llanto. No lo hizo.

—Siento habértelo dicho. El otro día, por la noche. Estaba enfadada.

El mechón rebelde se desprendió de nuevo, cruzando el rostro de la adolescente y, de nuevo, Tess lo colocó en su sitio. Esta vez Donna no protestó.

—Ya lo sé —dijo la madre—. No importa.



Fue Tess quien primero se percató del jaleo. Un hombre de traje trataba de cruzar la puerta en dirección opuesta a la permitida. Dos policías le cortaban el paso mientras el tipo señalaba al frente, hacia Tess, y exclamaba:

—*She's my wife!*

—Jack —masculló ella para sí.

Se supone que debía ser una sorpresa. Les había dicho que no podía ir a buscarlas, que estaba ocupado, que tenía una reunión del todo inexcusable. Era mentira. Llevaba hora y media esperando en la terminal de llegadas, mortalmente aburrido. El avión había aterrizado hacía una eternidad, pero Tess y Donna seguían sin dar señales de vida. Extrañado, se acercó cuanto pudo a las puertas automáticas y le pareció verlas al otro lado charlando tranquilamente, con las maletas en un carro. Quiso comprobarlo aproximándose un poco más y fue entonces cuando los agentes le dieron el alto.

*She's my wife!*, gritó de nuevo.

Y tanto que lo era. Hasta que la muerte los separase o tal vez algo menos.

Era una noche de viernes y todos los bares estaban hasta los topes. Daba la impresión de que la ciudad entera se había puesto de acuerdo para echarse a la calle y encontrarse en el mismo momento en los mismos lugares.

Tomás y Sandra se citaron en la boca del metro de Tribunal y dieron vueltas durante veinte minutos antes de encontrar hueco en una barra. Allí se hicieron fuertes, defendiendo su posición con los codos y las patas de las banquetas, resistiéndose a ser desplazados por las nuevas hordas de clientes que se lanzaban a por sus bebidas sin excesivas contemplaciones.

Tomás empezó resumiendo su viaje, deteniéndose en lo que consideraba interesante, que casi nunca coincidía con los intereses de Sandra. «Eso me da igual —protestaba ella—, ya conozco Salamanca, háblame de las americanas». Y lo hizo, pero excluyó lo que sin duda a ella más le habría entretenido. Tomás no dijo ni una palabra sobre aquella noche tormentosa en que acabaron desnudos en el asiento trasero de su monovolumen. Así lo habían convenido, y por más que nunca volviese a ver a aquella mujer, aunque ya nunca supiese de ella, estaba dispuesto a respetar su acuerdo. De modo que la conversación se centró en asuntos menos turbulentos pero igualmente emocionantes: el pueblo sumergido, la muerte de Ángel y, en un momento dado, también el incidente violento de Tomás salió a colación, pese a que él trató de pasarlo por alto.

—Si hace dos semanas —dijo Sandra— me hubiesen preguntado «¿quién es la última persona a la que te imaginas dando un puñetazo a alguien?», habría apostado por ti.

Tomás se encogió de hombros.

—Ya ves. Soy una caja de sorpresas.

La tercera cerveza, consumidas ya las anécdotas del viaje, la dedicaron íntegramente al nuevo trabajo de Sandra. Habló de sus nuevos compañeros, algunos estupendos, otros insoportables, de sus jefes, del sueldo y del horario.

—Solo les preocupa la audiencia. Si bajamos una décima, entran en pánico y, de pronto, cualquier cosa vale, lo que sea con tal de recuperar ese pedacito de *share*. —Tomás asentía, pero todo aquello le resultaba ajeno y distante, una parte de su pasado que ya no le interesaba—. Ayer entrevistamos a un maltratador. El tío dijo que no veía nada malo en pegar a las mujeres. El hijo de puta lo soltó así, en directo. Imagina la que se montó en Twitter. Hoy nos dedican media docena de artículos, no sé si los has visto. ¿Y sabes lo que ha hecho la productora? Ofrecerle al maltratador una colaboración semanal. ¿Qué te parece? Quieren llevar al plató a ese cabrón psicópata una vez por semana. Están dispuestos a pagarle solo para que se hable de nosotros, para rascar unos cuantos espectadores, ¿te lo puedes creer?

—Claro que puedo.

—¡Sí, claro que puedes! Ayer el productor me llamó a su despacho. Dice que le han llegado quejas, que algunos compañeros van por ahí diciendo que soy una guerrillera. ¡Una guerrillera, no te lo pierdas! Me trató como si tuviese doce años, no puedo con los tíos que hacen eso. Me dijo: «Sandra, tienes que tener más tacto, has entrado aquí como un elefante en una cacharrería». Es uno de esos que habla con clichés, no hay manera de mantener una conversación con él sin que te suelte cuatro o cinco. «No solo hay que ser buena compañera, también hay que parecerlo». Un gilipollas. Le dije: «Mira, no puedo ir en contra de lo que creo, pero, vale, lleguemos a un acuerdo». Le prometí que dejaría de cuestionar la línea editorial del programa si me daba libertad para hacer mis reportajes a mi manera.

—Bravo.

—No, de bravo nada. Me dijo que, si me ponía así, a lo mejor tenía que buscarme otro trabajo. Me dijo: «Fuera hace mucho frío, Sandra». Que le den. Que me eche si quiere. Me iré contigo y montaremos una huerta.

Pidieron otra cerveza, la cuarta ya. El local empezaba a vaciarse. El volumen del ruido disminuyó sensiblemente y terminaron los empujones, dando lugar a un ambiente más propicio para otro tipo de conversaciones más íntimas y reposadas. Sandra confesó haber conocido a alguien que tal vez, quizás, quién sabe. No quería hacerse demasiadas ilusiones a pesar de tener motivos para ello. Tomás la animó a dejarse llevar. Ya tendría tiempo más adelante de abandonar toda esperanza. Para eso, le dijo, nunca era tarde.

Compartieron confidencias sin que nadie los molestara ni los interrumpiera. A la quinta cerveza los dos se volvieron borrosos, también sus ideas y sus palabras, más lentas pero también más sinceras. Tomás reveló

entonces sus planes. Estaba pensando en mudarse de casa y de negocio, cambiar de ambiente en todos los sentidos. Explorar a su alrededor y enfrentarse, si tenía suerte, a algo nuevo e inesperado. Eso sería estupendo, vivir con algún imprevisto. ¿Qué más podía pedir a su edad y en su situación?

—La semana que viene vuelvo a ese pueblo donde tuvimos la avería. He quedado con Nerea, la chica de la que te he hablado.

Sandra abrió los ojos de par en par. No era cierto, no le había hablado de ella. Le había hablado de esa casa encargada por un expatriado que nunca llegó a verla. Le había hablado del claro y de la mesa desde la cual, en las noches despejadas, la Vía Láctea ocupaba el cielo entero. Le había hablado del Mercedes sin aire acondicionado, del viejo que se murió, de la yegua y de su potro. Pero a esa mujer, a esa tal Nerea tan solo le había dedicado un par de frases de pasada.

—Espera, ¿qué?

—Pasaré allí unos días. Serán *mis* vacaciones.

—¿Con ella? —inquirió Sandra, que no estaba segura de haberlo entendido correctamente—. O sea..., ¿juntos?

—La casa entera para nosotros —asintió Tomás.

—¿Con su bosque y sus estrellas?

—Con su bosque y sus estrellas.

A las dos y diez, el camarero que llevaba sirviéndoles toda la noche les pidió amablemente que abonasen la cuenta. Lo hicieron y salieron a la calle, que seguía abarrotada. Algunos buscaban un taxi infructuosamente, otros pululaban a la caza de una última copa, algún sitio habría abierto. Tomás y Sandra zigzaguearon por la calzada agarrados del brazo y sin rumbo fijo.

—Tess creía en las señales —dijo él de pronto, hablando en pasado sin percatarse de ello—. Decía que las cosas ocurren por una razón, que hay un orden, un... Una especie de lógica en todo lo que nos pasa. Hablamos bastante de eso durante el viaje.

—¿Me vas a decir que te convenció?

—No. Pero hubiese estado bien.

—Venga ya.

—Me encantaría... —se interrumpió, hipó, pidió perdón y prosiguió—: Me encantaría culpar de todo a una fuerza desconocida. Decir: «Eso pasó por una razón, hubo un motivo, una energía cósmica o lo que sea». Sería mucho más fácil que pensar que nada significa una mierda.

—Pero es que nada significa una mierda.

—Ya lo sé, pero no tiene por qué gustarme.

—Bueno, a lo mejor también puedes cambiar eso —bromeó Sandra—. Cuando te mudes, digo. Cuando cambies de vida. Creo que tengo un libro sobre el karma en alguna parte, ¿quieres que te lo pase?

—Ríete, pero es algo terrible.

—¿El qué?

—Todo. ¿No lo ves? ¡Somos producto del caos!

Sandra estalló en una carcajada.

—¡Estás borracho!

—¡Claro que estoy borracho! ¿Cómo no voy a estarlo? ¡No hay un Dios, no hay un plan, no hay nada! —Tomás se sentía locuaz y desinhibido. Sandra seguía riendo a mandíbula batiente ante la mirada entrometida de los transeúntes y eso lo animó a seguir—. ¡Es una tragedia! —gritó con los brazos desplegados—. ¡Estamos condenados desde que nacemos, desde antes de nacer! ¡No tenemos ningún control sobre nuestras vidas! ¡Creemos que somos libres, pero no es verdad! Solo podemos elegir entre las pocas, entre las poquísimas opciones que se nos presentan. ¡Somos el producto de las decisiones de otros! ¡Somos el resultado, estrecho y miserable, de lo que millones de personas decidieron antes de nosotros! ¿Cómo no voy a estar borracho? ¡Dime cómo no voy a beber si la única certeza que tengo es que la vida escapa por completo a mi control!

Siguieron deambulando entre risas, dejándose llevar por la deriva sinuosa de la ciudad. Podía hacer con ellos lo que mejor le pareciese.

El 11 de septiembre de 2017, mes y medio después de que Tess y Donna regresaran a Miami, un huracán, bautizado con el nombre de Irma, azotó con virulencia la costa este de Florida. Centenares de miles de personas fueron evacuadas. Tess reservó una habitación de hotel para tres personas en Orlando, donde, según las autoridades, el ímpetu del Irma llegaría muy debilitado.

El día de la partida, Jack subió todas las pertenencias de valor a la primera planta de la casa con la esperanza de que nadie se colase allí en su ausencia. Tenía muy presente lo ocurrido en Nueva Orleans, su ciudad, en el año 2005. La miseria humana que siguió a la tragedia, los saqueos y los pillajes. Jack confiaba en que los floridianos, gente por lo general poco dada a exaltaciones, obrasen de manera más cívica y responsable.

Mientras él salvaguardaba joyas, documentos y material informático, Tess bajó al sótano (según los informativos, los bajos de aquella zona se inundarían con toda probabilidad) y buscó entre los trastos polvorientos la vieja caja con la palabra *AMULETS*. Le llevó un buen rato encontrarla. Estaba en el interior de un arcón que contenía los juguetes hacía años olvidados por Donna. Retiró con cuidado la cinta de embalar y separó las pestañas de cartón lo justo para comprobar que allí seguían las velas, los zafiros, las turquesas y las aguamarinas heredadas. Objetos que su madre consideraba mágicos y en los que durante décadas había depositado su fe.

—¿Para qué subes eso? —le preguntó Jack cuando la vio entrar en la habitación de arriba con la caja en las manos.

—No quiero que se estropee —respondió Tess—. Es importante para mí.

Quiso dar a entender que aquel conjunto de baratijas tenía un valor sentimental, lo cual era cierto, pero no era el único motivo para protegerlas. Ni siquiera, a decir verdad, el principal. Si decidió ponerlas a salvo fue, sobre todo, por un miedo irracional a ser castigada en caso de no hacerlo. Tess

era consciente de lo absurdo de aquel razonamiento, si es que merecía tal nombre, de ahí que no lo compartiese con su marido. «Es importante para mí», dijo tan solo, y Jack lo aceptó sin rechistar.

Se estaba dejando llevar por la superstición, lo sabía y había tratado de oponerse a ello. Pero ¿y si su madre estaba en lo cierto? ¿Y si, después de todo, aquellos amuletos *sí* tenían un poder desconocido? ¿Acaso no era también una fuerza desconocida el propio huracán? Los científicos no se lo explicaban. Los había oído en la CNN, en Weather Channel y en la radio, y ninguno de ellos había sido capaz de esclarecer el porqué de semejante virulencia. El Irma, decían, era el huracán más rápido y destructivo jamás visto en el Atlántico. Era, literalmente, un fenómeno inexplicable.

Por fortuna para todos, mientras la familia estaba alojada en aquel hotel de Orlando, el ciclón perdió buena parte de su fuerza, pasando de nivel 5 a nivel 4, y luego de 4 a 3. De modo que, cuando alcanzó la costa de Florida, su poder destructivo había menguado considerablemente.

En los días que siguieron, la palabra «milagro» se repitió con insistencia en las calles y en los medios de comunicación. La casa de Tess no sufrió desperfectos visibles desde el exterior, apenas unas cuantas tejas arrancadas, pero el agua se había filtrado al sótano alcanzando una altura de casi medio metro. Y aunque los daños fueron cuantiosos en todo el estado (tanto que hasta el presidente Trump se dejó caer acompañado de la primera dama), la mayor parte de los miamenses estaban razonablemente contentos.

Tess no atribuyó aquel presunto milagro a los amuletos. Si el huracán se había debilitado antes de llegar a Miami había sido, sin duda, producto de una sucesión de fenómenos naturales, vientos que suben y bajan y se calientan y se enfrían y salvan a centenares de miles de personas del caos más absoluto. Obra de Dios tal vez, pero en ningún caso de las turquesas y aguamarinas de su madre.

Una semana después del paso del Irma, el Miami Herald publicó el siguiente titular:

El vino más caro del mundo naufraga en Miami Beach

El artículo desgranaba la misma historia que Ismael le había relatado años antes en su casa de Star Island: la de aquel barco cargado de botellas que, camino de América, había naufragado en mitad del Atlántico. Eso había tenido lugar en 1995 y ahora, según contaba el periódico, una de aquellas

cajas zozobradas había alcanzado por fin la costa, presumiblemente arrastrada por el huracán. Tras casi un cuarto de siglo a la deriva, el cargamento había llegado a su destino.

Tess se quedó petrificada. Pensó en aquella copa que Ismael le había ofrecido («quizás sea la última botella», le había dicho) y en cómo la derramó cuando, humillada y sumida en el pánico, trató de escapar de sus fauces («me has costado diez mil dólares», le había dicho también). Recordó todo eso sin dolor, porque no era ella quien lo había sufrido, sino una Tess anterior ya desaparecida. Contempló la fotografía que ilustraba el artículo, una caja de madera ennegrecida pero todavía robusta. Y pensó luego en lo que aquel objeto habría soportado. Los envites del mar, las corrientes oceánicas, las aves y los peces y las rocas y los barcos, yendo y viniendo entre destellos blancos de sol, los mismos que la antigua Tess contemplaba cuando cerraba los ojos y trataba de alejarse de sí misma. Se vio de algún modo reflejada en aquella caja inerme y maltratada, olvidada por todos, dada por perdida hacia una eternidad, convertida ya en un recuerdo, o ni siquiera en eso, e inesperadamente revivida por la corriente, salvada por las mareas. Solo que aquel vino, el periodista lo explicaba, ya nunca podría beberse. Solo era una reliquia. Su valor era puramente simbólico, el de la inexplicable supervivencia con todo en contra.

Tess observó aquella caja de madera vieja misteriosamente unida a ella y tuvo de pronto la certeza de que la vida no era más que una sucesión de estados transitorios y, por tanto, no más que una concatenación de renunciaciones. Supo, sin la menor duda, que lo único de verdad permanente era la pérdida. La pérdida de la niñez y de la juventud, la pérdida de los padres, de la belleza, de la piel tersa y la espalda recta, la pérdida de los amigos, los amantes y los hijos, de la fuerza y la energía, y al final, perdido ya todo, la pérdida de la misma vida. No le pareció, sin embargo, un hecho triste, sino sencillamente inevitable. Como los huracanes y los naufragios. Exactamente igual que el viento y las olas.

Eran las diez y media de la mañana y Tess estaba sola en su casa, sentada en la mesa de la cocina bañada toda ella por luz tropical. Miró al exterior, al jardín, al cielo azul, cristalino y limpio, y pensó en todo eso. Y en eso siguió pensando a lo largo del día. En eso seguiría pensando, de manera intermitente, durante el resto de su vida.



## Notas

---

- \* A caballo regalado no le mires el diente.

*Un lugar al que volver*

Jose A. Pérez Ledo

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con Cedro a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño

© de la imagen de la portada, Susan O'Connor - Arcangel

© Jose A. Pérez Ledo, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2019

ISBN: 978-84-08-20627-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.